UNIVERSIDAD DE JAÉN
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE LENGUAS Y CULTURAS MEDITERRÁNEAS

TESIS DOCTORAL

PARÍS, ITINERARIO ARTÍSTICO EN LA OBRA DE ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

PRESENTADA POR:
MARÍA JOSÉ SUEZA ESPEJO

DIRIGIDA POR:
DRA. DÑA. ENCARNACIÓN MEDINA ARJONA

JAÉN, 11 DE DICIEMBRE DE 2008

ISBN 978-84-8439-678-9
DEPÓSITO LEGAL J-1385-2012

UNIVERSIDAD DE JAÉN

DEPARTAMENTO DE LENGUAS

Y

CULTURAS MEDITERRÁNEAS

TESIS DOCTORAL

París, itinerario artístico en la obra de Enrique Gómez Carrillo

Doctoranda:

María José Sueza Espejo

Directora:

Dr. Encarnación Medina Arjona

Tomar citas de autores famosos es como tomar píldoras de sabiduría abreviada, quintaesencia de la cultura establecida.

Amancio Sabugo Abril

El mejor signo de la admiración es la exageración.

Gaston Bachelard

Toda hipótesis es fructífera; es una fuerza matricial que obliga al estudio, que pone la mente en marcha y que, incluso si se van desechando ciertos elementos de su formulación, a medida que se avanza, siempre se llega a alguna parte.

Javier del Prado

Agradecimientos

A mis padres, a quienes todo debo.

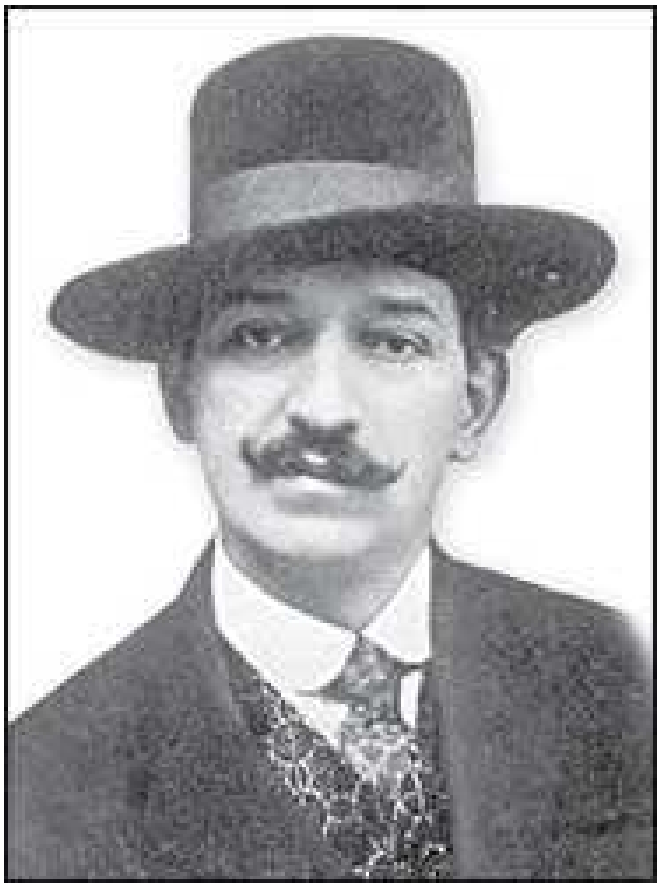
A mis maestros y profesores, por las enseñanzas recibidas.

A mis compañeras.

A mi familia, por quienes todo hago.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Guatemala, 1873-París, 1927



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN Y FUNDAMENTOS METODOLÓGICOS

1. Introducción y consideraciones previas……. Pág.21
2. Objetivos…… Pág. 26
3. Presentación del corpus elegido……. Pág. 27
    3.1. Recopilaciones de crónicas periodísticas……. Pág. 30
    3.2. Relatos de viajes……. Pág. 33
    3.3. Obra autobiográfica……. Pág. 35
4. Fundamentos metodológicos……. Pág. 35

PARTE PRIMERA
ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO: PERIODISTA Y ESCRITOR

Capítulo 1. Enrique Gómez Carrillo. Perfil biográfico……. Pág. 57

Capítulo 2. Enrique Gómez Carrillo y los ambientes literarios franceses en torno a 1900. ……. Pág. 63
    2.1. Enrique Gómez Carrillo como integrador de las diferentes tendencias artísticas de la época. ……. Pág. 64
    2.2. Enrique Gómez Carrillo difusor del Modernismo……. Pág. 81
        2.2.1. El *Nuevo Mercurio*……. Pág. 85
        2.2.2. Gómez Carrillo y *Lettres Españoles* del *Mercure de France*……. Pág. 87
        2.2.3. *Cosmópolis*……. Pág. 96
    2.3. El arte de trabajar la prosa según Gómez Carrillo……. Pág. 102

2.4. Ambientes literarios en torno a 1900……. Pág. 108

2.4.1. Referencias de Gómez Carrillo al ambiente cultural guatemalteco de sus primeros años……. Pág. 108

2.4.2. Ambientes literarios madrileños en torno a 1900 Pág. 110

2.4.3. Ambientes literarios de la capital parisina en torno a 1900……. Pág. 117

PARTE SEGUNDA

PARIS *FIN DE SIÈCLE*, ESPACIO DE ESCRITURA PARA ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Capítulo 3. Producción literaria en y para París. ……. Pág. 127

3.1. Panorámica general de la obra de Gómez Carrillo desde una perspectiva biográfica ……. Pág. 127

3.1.1. Despegue literario de Gómez Carrillo en París... Pág. 127

3.1.2. Actividad periodística y literaria entre el siglo XIX y XX: Implicaciones políticas y colaboraciones periodísticas…. Pág. 133

3.1.3. Actividad periodística y grandes viajes……. Pág. 137

3.1.4. Enrique Gómez Carrillo Cronista de la Gran Guerra……. Pág. 143

3.1.5. Autobiografía y publicación de sus obras completas (1919-1923)……. Pág. 144

3.1.6. Los últimos años……. Pág. 148

3.2. Presentación por géneros de la obra de Gómez Carrillo……. Pág. 153

3.2.1. Recuerdos literarios……. Pág. 153

3.2.2. Crónicas……. Pág. 154

3.2.3. Relatos de viajes……. Pág. 163

3.2.4. Autobiografía……. Pág. 178

3.2.4.1. Primeros años: antecedentes familiares e infancia en Guatemala……. Pág. 179

3.2.4.2. Primer empleo……. Pág. 198

3.2.4.3. Primeras lecturas francesa y debut periodístico……. Pág. 210
3.2.4.4. Hacia el Viejo Continente……. Pág. 221
3.2.4.5. Descubrimiento de París……. Pág. 222
3.2.4.6. En Madrid……. Pág. 223
3.2.5. Narrativa: Novelas y cuentos……. Pág. 239
3.2.5.1. Aproximación general a la narrativa de Gómez Carrillo……. Pág. 239
3.2.5.2. Tendencias artísticas presentes en la obra narrativa de Enrique Gómez Carrillo……. Pág. 241
3.2.5.3. Temáticas y personajes……. Pág. 248
3.2.5.4. Intertextualidad en su obra narrativa……. Pág. 251
3.2.5.5. *El Evangelio del amor*……. Pág. 253
3.2.5.6. Recepción de la narrativa carrilista en su época…… Pág. 255
3.2.6. Traducciones……. Pág. 258
3.2.6.1. Traducciones de la obra de Enrique Gómez Carrillo……..Pág. 258
3.2.6.2. Traducciones realizadas por Enrique Gómez Carrillo…..…..Pág. 263
3.2.7. Composiciones varias……. Pág. 267
3.2.7.1. Recopilaciones o selecciones de obras de otros autores……. Pág. 267
3.2.7.2. Crítica literaria y ensayos……. Pág. 267
3.2.7.3. Prólogos e introducciones a obras de otros autores..……..Pág. 269
3.2.7.4. Obras de propaganda política……. Pág. 271
3.2.7.5. Homenajes a artistas relevantes……. Pág. 272
3.2.7.6. Enrique Gómez Carrillo poeta……. Pág. 273
3.2.7.7. Obra de consulta: Diccionario……. Pág. 274

Capítulo 4. Espacio social de la enunciación: Escritores, Artistas,……
Pág. 275

Capítulo 5. Visión del “Otro” desde París……. Pág. 295

5.1. Visión del “Otro” español……. Pág. 297

5.2. Visión del “Otro” en el teatro y su público……. Pág. 299

5.3. Visión del “Otro” asentado en París……. Pág. 302

5.4. Visión del “Otro” a través del estilo periodístico……. Pág. 302

5.5. Visión particular del “Otro” procedente de Hispanoamérica….. Pág. 305

5.6. Visión de las “Otras”: la mujer y de las mujeres. Las artistas…Pág. 305

5.7. Visión del “Otro” a través de las salas de baile……. Pág. 310

5.8. Una visión anecdótica del “Otro” en Roma……. Pág. 311

5.9. Visión del “Otro” a través de la crónica de tribunales……. Pág. 311

5.10. Visión del “Otro” a través de la adopción de ciertas modas……. Pág. 314

5.11. Visión del “Otro” enmarcado en regiones francesas……. Pág. 316

5.12. Visión del “Otro” a través de hechos históricos……. Pág. 316

5.13. Visión del “Otro” a través de la mujer y la moda……. Pág. 317

PARTE TERCERA

PARÍS, CIUDAD ESCRITA POR ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Capítulo 6. El nombre de París……. Pág. 323

6.1. París en el enunciado……. Pág. 323

6.1.1. París en el enunciado de la obra publicada anteriormente a 1919……. Pág. 324

6.1.2. París en el enunciado de la obra autobiográfica de Gómez Carrillo……. Pág. 337

6.1.3. París en el enunciado de la obra publicada posteriormente a 1919……. Pág. 353

6.2. La nominalización de la ciudad……. Pág. 362

6.3. La adjetivación de la ciudad……. Pág. 373

6.4. Personificación de París……. Pág. 379

6.5. El sexo de París……. Pág. 389

6.6. La ciudad en la intertextualidad……. Pág. 396

Capítulo 7. El espacio urbano en la obra de E. Gómez Carrillo: Inventario de lugares……. Pág. 405

7.1. Los lugares de París en la pluma de Gómez Carrillo……. Pág. 405

7.2. Inventario de lugares……. Pág. 412

7.2.1. Cafés, *brasseries*, restaurantes……. Pág. 412

7.2.2. El Barrio Latino……. Pág. 428

7.2.3. *Montmartre*……. Pág. 434

7.2.4. Los almacenes del *Louvre*……. Pág. 442

7.2.5. Las calles……. Pág. 443

7.2.6. Los hospitales……. Pág. 453

7.2.7. Las librerías……. Pág. 455

7.2.8. Museos y exposiciones……. Pág. 457

7.2.9. Monumentos……. Pág. 465

7.2.10. Teatros, salas de espectáculos, cabarets……. Pág. 467

7.2.11. La *Sorbona*……. Pág. 475

7.2.12. Casas, hoteles, residencias……. Pág. 477

7.2.13. *Palais de Justice*……. Pág. 482

Capítulo 8. La ciudad natural: Descripciones de París……. Pág. 484

8.1. El día y la noche……. Pág. 484

8.2. El Sena……. Pág. 488

8.3. Las estaciones……. Pág. 489

8.4. Bosques y jardines……. Pág. 494

8.5. El cielo de París……. Pág. 498

Capítulo 9. Desplazamientos e itinerarios por la ciudad……. Pág. 500

9.1. *Balades et flâneries*……. Pág. 500

9.2. Itinerarios recurrentes……. Pág. 505

9.3. Los medios de transporte……. Pág. 507

Capítulo 10. Pausas y descripciones……. Pág. 509

10.1. Pintura……. Pág. 509
10.2. Artes decorativas: tapicería, mobiliario, porcelana, orfebrería, ……Pág. 510
10.3. Fotografía……. Pág. 517

Capítulo 11. París y sus habitantes ilustres: recuerdos literarios y artísticos……. Pág. 519
11.1. Primer contacto ilustre: Rubén Darío……. Pág. 521
11.2. Autores conocidos en su primera estancia en París (1891)… Pág. 525
11.2.1. Paul Verlaine……. Pág. 526
11.2.2. Jean Moréas……. Pág. 529
11.2.3. Stuart Merril y Hugues Rebell……. Pág. 538
11.2.4. Oscar Wilde……. Pág. 539
11.2.5. Rémi de Gourmont……. Pág. 548
11.2.6. Théodore de Banville……. Pág. 549
11.2.7. Leconte de Lisle……. Pág. 550
11.2.8. Ernest Renan……. Pág. 552
11.2.9. Maurice Maeterlinck……. Pág. 552
11.2.10. André Ibels……. Pág. 553
11.2.11. Augusto de Armas……. Pág. 553
11.3. Autores y artistas presentes en la obra de Carrillo……. Pág. 554
11.3.1. Paul Verlaine……. Pág. 556
11.3.2. Jean Moréas……. Pág. 558
11.3.3. Stuart Merrill……. Pág. 559
11.3.4. Maurice Maeterlinck……. Pág. 559
11.3.5. Anatole France……. Pág. 560
11.3.6. Oscar Wilde……. Pág. 560
11.3.7. Émile Zola……. Pág. 561
11.3.8. Jean Lorrain……. Pág. 563
11.3.9. Kal Joris Huysmans……. Pág. 563
11.3.10. Alphonse Daudet……. Pág. 564
11.3.11. Jules Bois……. Pág. 565
11.3.12. François Coppée……. Pág. 566

11.3.13. Armand Silvestre……. Pág. 566

11.3.14. Francisque Sarcey……. Pág. 567

11.3.15. Max Nordau……. Pág. 568

11.3.16. Auguste Strindberg……. Pág. 569

11.3.17. Auguste Bartholdi……. Pág. 570

11.3.18. Catulle Mendès……. Pág. 571

11.4. Autores conocidos en su primera estancia en Madrid (1891-1892)

Pág. 572

11.4.1. Vicente Blasco Ibáñez……. Pág. 572

11.4.2. Leopoldo Alas, *Clarín*……. Pág. 574

11.4.3. Armando Palacio Valdés……. Pág. 574

11.4.4. José Octavio Picón……. Pág. 575

11.4.5. Emilio Castelar……. Pág. 575

11.4. 6. José Echegaray……. Pág. 576

11.4.7. Gaspar Núñez de Arce……. Pág. 576

11.4.8. Juan Valera……. Pág. 576

11.5. Autores conocidos por Carrillo según constata su esposa Aurora Cáceres……. Pág. 577

11.6. Otros artistas y ambientes artísticos: pintores, escultores, actores, cantantes,……. Pág. 578

11.7. Anécdotas transmitidas por Enrique Gómez Carrillo……. Pág. 582

11.7.1. Rubén Darío……. Pág. 583

11.7.2. Paul Verlaine……. Pág. 584

11.7.3. Jean Moréas……. Pág. 588

11.7.4. Oscar Wilde……. Pág. 589

11.7.5. Louis Le Cardonnel……. Pág.590

11.7.6. Leopoldo Alas, *Clarín*……. Pág. 591

11.7.7. José Asunción Silva……. Pág. 592

11.7.8. Alphonse Daudet……. Pág. 593

11.7.9. Karl Joris Huysmans……. Pág. 593

11.7.10. Francisque Sarcey……. Pág. 594

11.7.11. Auguste Strindberg……. Pág. 594

11.7.12. De comidas literarias……. Pág. 595

11.7.13. Edmond Rostand……. Pág. 595

11.7.14. Del mimo Debureau……. Pág. 595

11.7.15. Del escultor español Feitu……. Pág. 596

11.7.16. Villiers de Lisle Adam y Henri Pille……. Pág. 596

11.7.17. Sobre enfermedades y genio……. Pág. 597

11.7.18. Sobre entrevistas y entrevistados……. Pág. 598

11.7.19. Sobre la visión de España desde Francia……. Pág. 599

11.7.20. De duelos y retos……. Pág. 599

11.7.21. De la influencia de los actores en la moda……. Pág. 601

11.7.22. Émile Goudeau……. Pág. 601

11.7.23. De derechos de autor……. Pág. 602

11.7.24. Georges Clemenceau……. Pág. 602

11.7.25. Sobre Modas: Mallarmé y Von Bismarck……. Pág. 603

11.7.26. Sobre el ejercicio del periodismo……. Pág. 604

11.7.27. Sobre los métodos de autopromoción de Gómez Carrillo……. Pág. 605

11.7.28. Sobre crítica teatral……. Pág. 606

Capítulo 12. El juego social……. Pág. 607

12.1. Fiestas, reuniones sociales……. Pág. 607

12.2. Salones y tertulias……. Pág. 620

12.3. El lujo……. Pág. 623

12.4. La bohemia……. Pág. 629

Capítulo 13. La ciudad temporal e intemporal……. Pág. 636

Capítulo 14. París desde la lejanía: París en el texto escrito en la lejanía……. Pág. 640

14.1. Visión de París en la lejanía en la obra autobiográfica de Enrique Gómez Carrillo……. Pág. 641

14.2. París en la lejanía: Las crónicas de viajes……. Pág. 653

14.2.1. París en Egipto: *La sonrisa de la esfinge*…… Pág. 655

14.2.2. París en Grecia: *La Grecia eterna*……. Pág. 656

14.2.3. París en Japón: *El Japón heroico y galante*……. Pág. 661

14.2.4. París en los Santos Lugares: *Jerusalén y la Tierra Santa*……. Pág. 663

14.2.5. París en Argentina: *El encanto de Buenos Aires*…..... Pág. 665

14.2.6. París en África: *Fez, la Andaluza*……. Pág. 671

14.2. 7. París en otros territorios: *Vistas de Europa*……. Pág. 674

Capítulo 15. La obra de Enrique Gómez Carrillo y su contribución al mito de París. ……. Pág. 688

15.1. Tras la desaparición de Gómez Carrillo: sentidos homenajes y reconocimientos a su labor literaria y de difusión de la esencia parisina……. Pág. 688

15.2. La obra de Enrique Gómez Carrillo y su contribución a la construcción del mito de París……. Pág. 696

CONCLUSIONES……. Pág. 727

BIBLIOGRAFÍA……. Pág. 735

ANEXOS……. Pág. 753

ANEXO 1. Autores y artistas más representativos tratados por Enrique Gómez Carrillo en sus crónicas en París y obras y capítulos en las que aparecen……. Pág. 755

ANEXO 2. Autores conocidos en Madrid en 1891 (Reseñados en su obra autobiográfica *La miseria de Madrid*)……. Pág. 757

INTRODUCCIÓN Y FUNDAMENTOS METODOLÓGICOS

1. Introducción y consideraciones previas

Enrique Gómez Carrillo (1873-1927) fue un escritor y periodista nacido en Guatemala, quien desde su más temprana adolescencia demostró su interés por las letras francesas. Realizaría su sueño de conocer París siendo también muy joven, con apenas dieciocho años, al seguir los consejos de Rubén Darío, con quien redactara sus primeros trabajos periodísticos en su Guatemala natal. Tras pocas semanas en la capital francesa descubrió el París que él anhelaba, el París bohemio y artístico que le inspirara la lectura de la novela publicada en Francia a mediados del siglo XIX, *Scènes de la vie de bohème* de Murger.[1] Allí conoció a Verlaine y trabó amistad con Moréas y Wilde. Pasó unos pocos meses immerso en lo que consideraba un paraíso cosmopolita, respirando la vida bohemia de los cafés y las tertulias literarias parisinas. Esta primera estancia, interrumpida por otra transcurrida en Madrid, donde todo sería percibido por el adolescente Carrillo en versión antitética y negativa comparada con lo parisino, lo marcaría profundamente y decidiría que su vida estaría sempiternamente ligada a la Ciudad Luz por lazos de amor y veneración, cual un hijo, cual un amante. A ella regresó tras su amarga experiencia madrileña, para residir siempre desde entonces en la capital francesa.

La imagen perfecta de París, la imagen artística, bohemia, literaria, cosmopolita y libre, es la que después, durante toda su existencia y a lo largo de su variada producción literaria (crónicas de actualidad, literarias, de guerra, de viajes, ensayos, crítica literaria, novela,…), se encargaría de prolongar y entronizar hasta el punto de que la Capital del Sena se convierte en un mito a través de sus escritura.

Esta consagración a la recreación y ensalzamiento de la ciudad hasta posicionarla en el olimpo del mito, realizada por Carrillo del París bohemio y artístico de entre siglos, constituirá el objetivo de nuestro estudio a través del análisis de la presencia de la capital gala en la producción literaria carrillista, pues lo parisién constituye todo un itinerario recurrente en la citada producción.

[1] Murger, H., *Scènes de la vie de bohème,* Paris, Grande Librairie Universelle, 1925.

En cuanto a las consideraciones previas, hemos de puntualizar que, al plantearnos el análisis de la función polarizadora de la ciudad de París en los escritos de Enrique Gómez Carrillo, nos enfrentarnos, en primera instancia, al estudio general de la producción literaria y artística del autor. El estudio de la citada obra, nos lanza un reto considerable al encontramos ante su diversidad, dados los distintos géneros que trabajó, desde la crónica periodística a la novela, pasando por la autobiografía, la crítica literaria, el ensayo o las crónicas tanto de guerra como de viajes. En segunda instancia, nos enfrentamos a la gran extensión de la misma, cuya publicación bajo el título de obras completas, las cuales constan de veintisiete volúmenes, no representa sino una parte considerable de las mismas pero en modo alguno recopila su totalidad.

Así pues, el análisis de la producción escrita del autor que nos ocupa se presenta como inexcusable, mas será igualmente inevitable el tener que ceñirnos fundamentalmente a aquellas obras en las que la presencia de París se revela especialmente importante, frente a otras en la que el objeto central de nuestro estudio no alcance un grado muy representativo, como podría ser el caso de las crónicas carrillistas relativas los acontecimientos de la llamada Gran Guerra.

Por otro lado, en cuanto al estudio de las crónicas, nos hallamos ante otra cierta limitación a la hora de enfrentarnos a la producción real de este escritor al ser su principal actividad la del periodismo, por lo cual, la mayor parte de su producción se publicó en la prensa, tanto en Francia, como en España, así como en diversos países sudamericanos. La dificultad para acceder a estos documentos ha hecho que nos centremos en las recopilaciones de los mismos que se publicaran en vida y de mano del propio autor, tanto en sus obras completas como en otras recopilaciones tanto anteriores como posteriores a la publicación de las citadas obras completas. Además, precedentes estudios realizados en base a la consulta de las citadas publicaciones periódicas de Gómez Carrillo nos han servido de gran ayuda en nuestras investigaciones.

Asimismo, debemos dejar constancia también de la imposibilidad que hemos tenido de acceder a alguna de las primeras obras publicadas, puesto que, o no han sido reeditadas, por lo cual son difíciles de encontrar en

la actualidad, o bien porque las que existen en alguna biblioteca, dada su antigüedad y escasez de ejemplares, hacen inviable su préstamo, obstaculizando su consulta. No obstante, expondremos igualmente, que este hecho no ha impedido su conocimiento, ya que existen variados estudios sobre las mismas, además de que algunos de sus capítulos aparecen incluidos en otras obras posteriores, lo cual nos ha facilitado la labor de estudio de las mismas.

Del mismo modo, se hace obligado estudiar la biografía de Enrique Gómez Carrillo, ya no sólo por lo necesario del acercamiento al autor sino también porque resulta imprescindible conocer sus circunstancias personales, las cuales catalizaron su devenir artístico y que, por lo tanto, adquieren dimensiones de interés en cuanto al conocimiento y la comprensión de su obra.

La aproximación a la figura de Gómez Carrillo será acometida desde dos perspectivas: desde la realizada por contemporáneos e investigadores y la legada por el mismo Gómez Carrillo en su autobiografía.

En cuanto a la primera perspectiva, hemos contado con variados y privilegiados testimonios externos, pues son numerosos los personajes contemporáneos que lo conocieron y apreciaron, dejando constancia escrita de su experiencia vivida junto a Gómez Carrillo en obras que le fueron dedicadas. Nos constan dos obras escritas por los que fueron sus amigos y compañeros de actividades periodísticas, una de ellas consta de dos tomos y pretende ser un estudio de la vida y obra de Carrillo,[2] otra dice fue resultado del dolor de un amigo ante la pérdida del escritor, ya que fue escrita en una solo noche tras la muerte del célebre cronista.[3] Habría que añadir a las anteriores la escrita por la que fuera su primera esposa, en la cual queda retratada la personalidad de nuestro autor, la fama de que gozaba como reputado cronista y escritor hacia el año 1907, su intensa actividad literaria tanto en lo relativo a lo periodístico como a la publicación de libros, e

[2] Mendoza, J.M., *Enrique Gómez Carrillo: estudio crítico-biográfico: su vida, su obra, su época*, Guatemala, Unión Tipográfica Muñoz Plaza y Cía., 1940.
[3] González Ruano, C., *Enrique Gómez Carrillo: El escritor y el hombre*, Madrid, Colección Clásicos Modernos, 1927.

incluyendo detalles del agitado transcurrir de la vida conyugal y social que llevaron durante los pocos meses que duró su unión.[4]

Por otro lado, su trilogía autobiográfica nos proporciona valiosa información, ya que se trata de la visión y reflexión del propio protagonista acerca de su existencia, si bien estas memorias deben ser consideradas con cautela, ya que existen ciertos autores quienes afirman que hay más de novela que de biografía en ellas. No obstante, hemos tenido en cuenta del mismo modo a aquellos que postulan que dichas memorias contienen la esencia de la vida y la época de Gómez Carrillo. Por ello, hemos considerado oportuno llevar a cabo la confrontación de los hechos referidos en la autobiografía con estudios biográficos reconocidos, lo cual, en definitiva, arrojaría el resultado de que las citadas memorias ofrecen relevantes detalles interesantes que nos aproximarían de primera mano a las experiencias vividas por el autor, a las circunstancias histórico-sociales del periodo en el que le tocó vivir, así como a la concepción y desarrollo de su obra artística.

Apuntar quizá que su autobiografía, que se quería ambiciosa en un principio, pues la idea primigenia pretendía abarcar la treintena de la existencia de nuestro escritor, finalmente quedó reducida a poco más de los primeros dieciocho años de su vida, con lo cual, el acercamiento a los hechos que nos proporciona resulta bastante limitado, ya que finaliza en el despuntar literario del autor guatemalteco, pero a la vez sustancial, ya que nos presenta a un Gómez Carrillo de regreso al París que no abandonaría nunca y en el cual se labró una merecida fama por la calidad y cantidad de su quehacer literario y periodístico.

El deseo de reconocimiento de sus compatriotas, en un intento de reintegrarle el merecido lugar de honor que le corresponde, lugar que en su época, quizá por su vida un tanto nómada y alejada de Guatemala no se le brindó, ha propiciado el que se hayan emprendido en su tierra natal variadas acciones encaminadas a profundizar en lo relevante de su figura como personaje histórico y como artista destacado, ensalzándolo como escritor guatemalteco de primera línea. Estas actividades han repercutido en un

[4] Cáceres, A., *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo,* Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones Renacimiento, 1929.

remozamiento de los estudios sobre este autor, desde un punto de vista más cercano a la actualidad, lo cual nos ha beneficiado enriqueciendo los documentos a los cuales hemos tenido acceso en nuestra labor de análisis del papel desempeñado por la Ciudad Luz sobre el autor guatemalteco y su obra.[5]

Resaltaremos que la figura de Gómez Carrillo no resulta atractiva tan sólo para sus compatriotas ya que, en la actualidad el acercamiento y la profundización en su personalidad y su obra sigue despertando interés siendo numerosos los estudiosos de diferentes nacionalidades que actualmente investigan acerca de determinados aspectos de su producción literaria. Los citados estudios han supuesto para nosotros una fuente de información de primer orden en nuestra investigación.

Del mismo modo, la abundante literatura existente centrada en la demostración del papel desempeñado por París como centro de irradiación cultural así como de atracción en la Europa de los siglos XIX y XX, ha resultado fundamental como punto de apoyo en la tarea de fundamentar la preeminencia de la capital del Sena en la obra de Gómez Carrillo.

Añadiremos que, el contacto con la ingente obra del escritor guatemalteco, en nuestro intento de rastrear las huellas de París en su producción literaria, nos ha descubierto una gran variedad de temas inexplorados que nos parecen dignos de profundización, pero que, sin embargo y muy a nuestro pesar, como en toda trabajo de estas características, estamos convencidos, al no circunscribirse al ámbito de la presente tesis, quedarán para estudios posteriores, dada su variedad y extensión.

[5] I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, *Revista Cultura de Guatemala*. Tercera Época, Año XXVII volumen III, Septiembre-diciembre 2006, 2-4-agosto de 2006, Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 2006.

2. Objetivos

A través de la aproximación a la vida del escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo así como a la obra publicada en libro del citado autor, concretamente en la selección relativa a sus crónicas y a sus libros de viajes, nos centraremos esencialmente en la labor de análisis de la presencia de la ciudad de París en su vida y en sus escritos, llevando a cabo un inventario pormenorizado de los lugares en general así como de aspectos particulares relativos a París o a lo parisino presentes en las crónicas de Gómez Carrillo, llegando así a establecer las características de la particular visión carrillista del París de la *Belle Époque*, destacando las comparaciones establecidas por Enrique Gómez Carrillo respecto a otras ciudades, tomando como referente principal su personal tratamiento de la ciudad de París.

Nos proponemos igualmente poner de manifiesto la relevancia que alcanzó su figura, gracias a su labor como periodista desarrollada tanto en Francia como en España, así como en Hispanoamérica. Este aspecto nos ayudará a clarificar la importancia en la difusión de tendencias artísticas desde la capital francesa a los países de habla castellana y viceversa que el autor guatemalteco habría contribuido a irradiar desde la privilegiada situación que gozaba en París.

La especial atención al gran elenco de personalidades literarias y artísticas de la época que fueron protagonistas de su vida, convirtiéndose en amigos, así como de su obra, al mantener con ellos relaciones profesionales, nos parece relevante en la medida en la que los citados personajes conformarían la base de la esencia cultural y artística sobre la que se edificaría la cosmópolis intelectual que en el periodo de existencia de Carrillo detentaba la capital francesa.

Del estudio anterior extraeremos la confirmación de la contribución de este autor a través de sus vivencias y de su obra al mantenimiento y difusión de la ciudad de París en calidad de capital intelectual, artística y literaria, elevada al mito, realizada entre finales del siglo XIX hasta 1927, año de su muerte, llegando a construir, a lo largo de la mayoría de sus

obras, un itinerario artístico que situaba a la capital gala en el estatus de meca de obligada peregrinación, de recorrido inevitable, para los amantes del arte en general y de lo literario en particular.

3. Presentación del corpus elegido

La extensa variedad de géneros que conforma la obra de Enrique Gómez Carrillo (crónicas periodísticas, crónicas de guerra, relatos de viajes, novelas, relatos cortos, crítica literaria, antologías de autores admirados, ensayos, literatura de propaganda política, autobiografía, alguna obra de inspiración religiosa cristiana e incluso un diccionario), ha hecho necesario, dada la concreción de nuestro objeto de estudio centralizado en el tratamiento de la ciudad de París realizado por este autor, proceder a una selección entre las obras que integran la globalidad de su producción escrita a favor de aquellas en las cuales la presencia de París surge con potente fuerza, resultando tener un protagonismo absoluto y evidente .

Por ello, la obra de Enrique Gómez Carrillo que constituirá el corpus fundamental de nuestro análisis en búsqueda del París vivido y construido por nuestro autor, del cual deja recreación en forma de omnipresente huella a través de la mayor parte de sus escritos, serán los que conformen tres grandes grupos en base al género literario que los define:

-libros en los que se recopilan crónicas periodísticas aparecidas en la prensa del momento en los diferentes diarios y países en los que publicaba y cuyo tema general versaba sobre cualquier acontecimiento, de todo tipo, que se produjeran en la Ciudad Luz, desde pequeños hechos de la actualidad de la época a la presentación y comentarios de exposiciones del impresionismo o de exposiciones universales,

-relatos de viajes en los que, si bien, el tema central es el país visitado, la esencia de París impregna estos relatos en los que el país extranjero es en multitud de ocasiones confrontado a distintos aspectos de la capital gala,

ya sea para engrandecerlo al igualarlo a ella, o, por el contrario, mostrar su inferioridad, a ojos de Gómez Carrillo, al considerar este autor que los lugares recorridos no estaban a la altura de la metrópoli parisina,

-los tres libros que conforman su autobiografía, pues en ellos París detenta una posición privilegiada, dado que el segundo está plenamente consagrado al descubrimiento del autor de la ciudad de París, siendo el primero dedicado a su infancia y adolescencia en la que ya deja entrever sin ambages su inclinación a lo francés en lo artístico y literario así como su deseo de conectar con lo genuinamente parisino. El tercero, centrado en su primer contacto con Madrid tras haber permanecido algunos pocos pero intensos meses en París, constituye en dolorido canto desesperado ante la ausencia de la capital anhelada, en la que la capital española es sistemáticamente descrita en términos antitéticos de inferioridad con respecto a la capital del Sena.

Justificamos nuestra inclusión de los recuerdos autobiográficos de Gómez Carrillo en este trabajo de investigación basándonos en los relevantes datos que éstos aportan para el conocimiento tanto del autor y de su producción escrita como de la época en la que vivió, pues, como expone Del Prado:

> La verdadera autobiografía se esfuerza –a diferencia del diario íntimo- por tomar de entre la densa amalgama de recuerdos y vivencias personales aquellos que están relacionados pertinentemente con lo que el autor considera que es la línea maestra de su vida.[6]

En cuanto a su obra novelística, dedicaremos especial atención dentro del estudio general de la producción escrita de Gómez Carrillo a tres de ellas publicadas en principio individualmente y más tarde bajo el título de *Tres novelas inmorales,*[7] en las cuales París es el escenario escogido por el autor para que se desarrollen las historias de sus personajes, los cuales, a su vez, representarían determinados tipos humanos de la vida parisina de la época. No obstante, al tratarse de obras de ficción, hemos considerado no

[6] Del Prado, J., Bravo, J., y Picazo, M. D., *Autobiografía y modernidad literaria*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1994, p. 235.
[7] Gómez Carrillo, E., *Tres novelas inmorales, Obras completas,* t. V, Madrid, Mundo Latino, 1920.

incluirlas en el corpus en el cual basaremos nuestra búsqueda de la presencia de París como itinerario artístico en la obra de Gómez Carrillo. Añadiremos que las citadas novelas conocieron gran éxito de público como atestiguan las variadas ediciones de las mismas durante varios años, tanto en Francia como en países hispanoamericanos, y su inclusión en las obras completas del autor que se publicaron entre 1919 y 1923, habiendo sido reeditadas recientemente en Madrid.

Incidiremos, respecto a la denominación de los veintisiete volúmenes que integran las citadas obras completas de Carrillo, que dicha denominación no se corresponde con la realidad, ya que la totalidad de la producción carrillista superaría la cifra anterior en más de veinte obras, no estando incluidos ciertos libros que gozaron del favor de la crítica y conocieron el éxito, como sería el caso representativo del libro dedicado a su visita por Rusia,[8] que fue traducida al francés en 1906, el mismo año de su aparición y que conoció reediciones hasta 1924.

En el resto de su obra de ficción, relatos cortos de inspiración en personajes de la hagiografía religiosa cristiana,[9] así como otras novelas, híbridas entre lo religioso y el género de novela histórica,[10] no hemos hallado conexión con París.

Del mismo modo, la obra de Gómez Carrillo incluida dentro del ámbito de la crítica literaria, la cual ejercía de modo muy personal, primando la expresión de sus propias sensaciones surgidas del contacto con la obra literaria, así como las antologías literarias en general, desde sus primeros *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos,*[11] la cual conociera reediciones en 1913 y 1928, a otras más próximas al final de su existencia,[12] pasando por otras como

[8] Gómez Carrillo, E., *La Rusia actual*, Paris, Garnier, 1906.
[9] Gómez Carrillo, E., *Flores de Penitencia*, *Obras completas*, t. VIII, Madrid, Mundo Latino, 1920.
[10] Gómez Carrillo, E., *El evangelio del amor*, *Obras completas*, t. XXV, Madrid, Mundo Latino, 1922.
[11] Gómez Carrillo, E., *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneo*, Paris, Garnier, 1893.
[12] Gómez Carrillo, E., L*as cien obras maestras de la literatura universal*, Madrid, Renacimiento, 1926 y *La nueva literatura francesa* (Poesía, novela, teatro prensa), Madrid, Mundo Latino, 1927.

Literaturas extranjeras. Estudios cosmopolitas,[13] publicada en 1895 o *Literaturas exóticas,*[14] de 1920, no nos parece significativa en lo que atañe a nuestro objeto de estudio, ya que dichas obras se encuentran focalizadas hacia análisis literarios determinados, ofreciendo panorámicas generales de literatura de diversa procedencia geográfica, lo cual no posibilita la expresión del autor hacia otros temas externos a la obra o al autor tratados de forma concreta, por lo cual, las alusiones a París en ellas son prácticamente inexistentes.

Dada la naturaleza de otras obras, sucede lo mismo que con las anteriores. Nos referimos a sus escritos cuyo objetivo era la defensa de determinados regímenes políticos hispanoamericanos en agradecimiento a los favores recibidos,[15] el diccionario en el cual colaboró,[16] o las obras consagradas en exclusiva a dos nombres femeninos relevantes de la escena artística de la época como fueron, la española Raquel Meller,[17] quien fuera además su segunda esposa o a la espía Mata-Hari,[18] con quien se le relacionó en calidad de amante así como de delator de la artista ante el ejército francés que la ejecutó al encontrarla culpable de espionaje durante la Gran Guerra. En esta obra ofrece su versión al respecto, declarándose inocente de tal acusación, al confesar no haber siquiera llegado a conocerla. Esta obra fue traducida tanto al francés como al alemán.

3.1. Recopilaciones de crónicas

Son numerosos los libros cuyo eje lo constituyen las crónicas que Gómez Carrillo publicara en diversos periódicos y revistas de la época, tanto en Francia como en España e Hispanoamérica. En la mayoría de

[13] Gómez Carrillo, E., *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas,* París, Garnier Frères, 1895.
[14] Gómez Carrillo, E., *Literaturas exóticas. Obras completas*, t. IX, Madrid, Mundo Latino, 1920.
[15] Gómez Carrillo, E., *El gobierno de Estrada Cabrera y los extranjeros en Guatemala*, Bruselas, "Revue Américaine", 1906.
[16] Gómez Carrillo, E., y Sola, A., *Diccionario ideológico. Para facilitar el trabajo literario y enriquecer el estilo*, Madrid, Renacimiento, 1925.
[17] Gómez Carrillo, E., *Raquel Meller. Opiniones de los más ilustres escritores y artistas españoles*, Barcelona, Sociedad Española de Librería, 1919.
[18] Gómez Carrillo, E., *El misterio de la vida y la muerte de Mata-Hari*, Madrid, Renacimiento, 1924.

ellos, las crónicas incluidas tratan de infinidad y variedad de acontecimientos originados en la ciudad misma o relacionados en mayor o menor manera con París. En el capítulo dedicado a la presentación de la obra de Gómez Carrillo damos cuenta de ellos de forma general, pues el comentario exhaustivo de todos y cada uno de los temas tratados por Carrillo en sus crónicas sobrepasa las expectativas de este trabajo. Aunque la naturaleza de los temas sea variada, predominan los relacionados con amplias temáticas artísticas y literarias, lo cual supondrá un interesante material a la hora de estudiar la fisonomía que Carrillo contribuyó a crear de la capital del Sena a través de su producción escrita, en tanto que recreó y proyectó una cierta imagen de París intelectual, literario, artístico, bohemio y cosmopolita.

Los títulos que conformarían este grupo comenzarían con *Esquisses. Siluetas de escritores y artistas*, su primera obra publicada en 1892, para seguir con *Sensaciones de arte* (1893), la cual tendría una segunda edición en el mismo año; *Almas y cerebros. Historias sentimentales e Intimidades parisienses* (1898), *Sensaciones de París y de Madrid* (1900), *El alma encantadora de París* (1902), reeditada en 1911, *Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs* (1904), *El Modernismo* (1905), cuya primera edición aparecería en Madrid, ciudad en la que se reeditaría después en 1908 y 1914, *Entre encajes* (1905), algunos de cuyos capítulos aparecerían reproducidos en obras posteriores,[19] y en la cual la mujer parisina junto con las grandes estrellas que triunfaban en los escenarios parisinos ocupan un absoluto protagonismo; *Desfile de visiones* (1906), editada en Valencia también en 1910 y 1923; *Cómo se pasa la vida* y *Psicología de la moda femenina*, ambas aparecidas en 1907. Hasta aquí, ninguna de estas obras formaría parte de las obras completas de Gómez Carrillo cuya publicación fue acometida entre 1919 y 1923 por la editorial madrileña Mundo Latino.

Ya en 1908 vería la luz *El libro de las mujeres*, obra que figuraría como el primer volumen de las citadas obras completas, y en 1909 aparecería *El teatro de Pierrot*, reeditado nuevamente en 1910 y 1920 y

[19] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, Paris, Garnier Frères, 1909.

que, posteriormente, sería la segunda parte de otro libro dentro de la colección de las obras completas, titulado *La moda y Pierrot* y publicado como el volumen XII en 1920. El mismo año de aparición del libro dedicado al análisis y comentarios relativos al teatro cuyo sempiterno protagonista era Pierrot, saldría *Vanidad de vanidades* y al año siguiente P*equeñas cuestiones palpitantes,* editada en Madrid en 1917 y 1918 también. *Cultos profanos* (1911) aparecería después en un formato reducido en *El cuarto libro de las crónicas* (1921), volumen XX de las obras completas. Ninguna de las obras anteriores, a título individual, figura en las obras completas. Dos obras de 1913, *Prosas escogidas,* obra adaptada como texto de lectura en algunas escuelas de América, publicada en París, y *Prosas. Antología de los más bellos capítulos de Enrique Gómez Carrillo,* tampoco forman parte de sus obras completas.

Entre los más de seis libros de Gómez Carrillo publicados entre 1915 y 1918 relativos a sus crónicas de la Primera Guerra Mundial, los cuales conocieron gran difusión, siendo traducidos al inglés algunos de ellos,[20] y formando parte tres de ellas de las obras completas, y una cuarta de estas obras completas sería recopilación de una selección de crónicas del conjunto de las crónicas aparecidas en los libros anteriores,[21] hemos confirmado que las referencias a París resultan prácticamente inexistentes. Por ello, tan sólo incluimos en este corpus la obra *Campos de batalla, campos de ruinas* (1915), ya que integra una crónica en cuyo título París aparece específicamente aludido,[22] así como *El quinto libro de las crónicas* (1922) por ser representativo de la producción de Carrillo acerca de la contienda bélica que le tocó vivir y cuyas trágicas consecuencias se ocupó de retransmitir para los lectores de los diarios de la época.

A partir de 1919, finalizada la primera contienda que enfrentaría al mundo, y tras unos años consagrados a la publicación de relatos de viajes

[20] Gómez Carrillo, E., *Campos de batalla y campos de ruinas*, Trad. al inglés. London, 1915. y *En el corazón de la tragedia*, Trad. al inglés, New York, 1917.
[21] Gómez Carrillo, E., *El quinto libro de las crónicas*, *Obras Completas*, t. XXIV, Madrid, Mundo Latino, 1922.
[22] Gómez Carrillo, E., "De París a Esternay", en *Campos de batalla y campos de ruinas*, *Obras Completas*, t. XVII, Madrid, Mundo Latino, 1915, pp. 15-20.

aunque mayormente a los libros de crónicas de la Primera Guerra Mundial, comienzan a editarse sus obras completas. Así, enmarcadas en esta colección de obras completas, empiezan a aparecer sus libros de crónicas cuyo título seguirá una numeración, así pues, tras el primer volumen al que ya hemos aludido, se publican *El primer libro de las crónicas* (1919), *El segundo libro de las crónicas: Hombres y superhombres* (1920), *El tercer libro de las crónicas* y *El cuarto libro de las crónicas,* ambos de 1921, y *El quinto libro de las crónicas* (1922), dedicado a una selección de las crónicas aparecidas en diferentes libros anteriores cuya temática era la Gran Guerra.

Del mismo modo, pertenecen a las obras completas los títulos *El libro de las mujeres* (1919), en su versión definitiva, *Primeros estudios cosmopolitas* (1920), *La moda y Pierrot* (1920), (unión de las obras anteriores *La mujer y la moda* (1907) y *El teatro de Pierrot* (1909)) y *El segundo libro de las mujeres. Safo, Friné y otras seductoras* (1921).

En 1923 se publica en Madrid *En el reino de la frivolidad,* obra que tampoco forma parte de las obras completas de Gómez Carrillo.

Especificaremos que en algunas de ellas aparecen extractos de otras obras anteriores, por lo cual podemos hallar el mismo capítulo o la misma crónica en diferentes obras.

3.2. Relatos de viajes

Las casi totalidad de la producción literaria de Gómez Carrillo enmarcada en el género del relato de viajes constituirá para nosotros objeto de estudio en nuestro objetivo de dilucidar todas aquellas ocasiones y situaciones en las que el autor guatemalteco dejaba entrever su pasión por la capital gala, pasión que en todos sus libros de viajes está patente de forma explícita, continuada y evidente.

Siete de sus más de doce libros dedicados a relatar sus impresiones, sensaciones y experiencias en el transcurso de sus viajes por diferentes y lejanos países forman parte de sus obras completas.

Haremos hincapié en el hecho que, durante los últimos años, muchas de estas obras, tanto novelas como libros de crónicas o relatos de viajes, han sido reeditadas en Guatemala por el Ministerio de Educación Pública en una edición de la Biblioteca Guatemalteca de Cultura Popular, en un intento de restituir a su autor, un merecido reconocimiento y homenaje.

Así pues, formarán parte de nuestro corpus de estudio las obras *La Rusia actual* (1906) cuyo texto integral se habría adaptado a las nuevas tecnologías dado que se encuentra incluso disponible en la red,[23] *De Marsella a Tokio* (1906), *Por tierras lejanas* (1907), obras no incluidas en las obras completas aunque sí reeditadas posteriormente. Otras obras que sí forman parte de las obras completas los siguientes relatos de viajes: *La Grecia eterna*, tomo XV de las obras completas fue editada en 1908 con el título de *Grecia*, siendo traducida al griego y al francés ese mismo año, y más recientemente, reeditada en Guatemala en 1964; *El Japón heroico y galante* (1912), es quizá una de sus obras más conocidas pues consta una publicación en la madrileña colección *La novela corta* en 1917, una quinta edición en Madrid en 1923 y reediciones más cercanas a la actualidad en Buenos Aires en 1935, en México en 1958 y en Guatemala en 1959 e incluso ha sido traducido al japonés en 2001; *Jerusalén y la Tierra Santa* (1912), la cual sería traducida al francés e igualmente publicada en Madrid en 1923; junto con la obra que versara sobre Japón. *La sonrisa de la Esfinge. Sensaciones de Egipto* (1913) sería en la época otro éxito de ventas entre los relatos de viajes de Gómez Carrillo, siendo adaptada a *La novela corta* en 1918, conociendo ediciones posteriores hasta llegar a la guatemalteca de 1961; *El Encanto de Buenos Aires* (1914) también apareció en *La novela corta* en 1916, *La vida errante* (1919) conocería una segunda edición en 1923; y la última que estaría incluida en las obras completas sería *Vistas de Europa* (1919).

[23] http://biblio2.url.edu.gt:8991/libros/La_Rusia_Actual.pdf consultada en el catálogo de la Biblioteca de la Universidad Rafael Landívar de Guatemala, con fecha 29/06/08.

Ciudades de ensueño (1920), reeditada sucesivamente por la española Espasa-Calpe en 1928, 1933 y 1943 y *Fez la andaluza* (1926) no figuran entre las obras completas. Esta última ha sido reeditada en versión facsímile con un estudio preliminar por la Universidad de Granada en 2005.[24]

3.3. Obra autobiográfica

El proyecto que Gómez Carrillo concibiera para relatar treinta años de su vida quedaría interrumpido cuando su protagonista hubiera cumplido los diecinueve primeros años de su existencia. Pero en la narración que el autor realiza de sus primeros diecinueve años, se respira casi desde el principio el aroma de París. El citado proyecto quedó plasmado en una trilogía que llevaría por título *Treinta años de mi vida,* compuesta por *El despertar del alma* (1919), *En plena bohemia* (1919), y *La miseria de Madrid* (1921). En su época fueron reeditadas en numerosas ocasiones, como se hiciera en la ciudad de Buenos Aires en 1919 y 1921, o en Madrid en 1931. La Biblioteca Guatemalteca de Cultura popular emprendió su reedición en 1966 y posteriormente en 1974. En España, igualmente, han sido reeditadas en Gijón *La miseria de Madrid* en 1998 y *En plena bohemia* en 1999.

4. Fundamentos metodológicos

La producción artística y literaria de Enrique Gómez Carrillo, la cual podría ser acertadamente calificada mediante el adjetivo de ecléctica, basándonos en la gran variedad de géneros a los que este autor se aproxima (crítica literaria, crónica periodística, novela corta, novela histórica, relato de viajes y crónicas de guerra, crónica de sociedad, ensayos, un diccionario,…),

[24] González Alcantud, J. A., Estudio preliminar a la reedición de la obra de Enrique Gómez Carrillo, *Fez la Andaluza*, Granada, Universidad de Granada, 2005.

constituye un objeto de estudio apasionante. A lo interesante del análisis de la obra añadiríamos el atractivo que presenta la vertiente de la figura del escritor en tanto que literato de reconocido prestigio en los ambientes literarios y periodístico de la época, no sólo en París, donde residiera la mayor parte de su vida, desde que abandonara las guatemaltecas tierras natales rumbo al nuevo continente siendo muy joven, sino también en España, donde residió esporádicamente y donde colaboró asiduamente en publicaciones periódicas, dirigiendo alguna de ellas incluso. Su fama alcanzó del mismo modo al Nuevo Continente con cuya prensa mantuvo colaboraciones igualmente continuadas.

Así pues, el universo de Gómez Carrillo nos aparece como doblemente interesante. Dejando atrás la figura del autor, al centrarnos en el estudio de su dilatada y variada producción en libro, se evidencia una clara línea de investigación centrada en la interpretación sociocrítica de la citada obra. La focalización de la producción literaria del autor guatemalteco a la luz de la sociocrítica, centrada en las interrelaciones que se establecen entre la literatura y la sociedad, en cómo lo literario influencia y puede llegar a introducir, o al menos sugerir, ciertas modificaciones en lo social, y/o la manera en la que lo social es susceptible de hacerse visible en lo literario,[25] rebela sustanciosas informaciones acerca del contexto histórico-social del periodo en cuestión,[26] de las ideologías imperantes o emergentes,[27] de los gustos e inclinaciones artísticas del período, del papel fundamental que la pujanza de la nueva y poderosa clase social, la burguesía, ejercía desde su vertiginoso ascenso a partir del siglo XIX en el éxito o en el fracaso de tendencias literarias y artísticas, imponiendo sus preferencias, guiando hacia ellas las citadas producciones artísticas, de las presiones ejercidas sobre los ámbitos artísticos de las instituciones, de las modificaciones sufridas por el estatus de autor en tanto que obrero de la literatura de la cual podía vivir, de sus relaciones con el periodismo, del desarrollo e influencia en la expansión de lo literario tanto de la tecnología en cuanto a impresión, divulgación, distribución, etc. de la obra impresa como de la diversificación y

[25] Escarpit, R., *Sociología de la literatura*, Barcelona, PUF, Oikos-tau, s.a. ediciones, 1971.
[26] Zima, P., *Pour une sociologie du texte littéraire*, París, Unión générale d'éditions, 1978.
[27] Hamon, P., *Texte et idéologie*, París, PUF, 1984.

especialización del mercado del mundo de lo escrito, es decir, el papel desempeñado por editores, libreros,…[28]

Analizar la obra de Gómez Carrillo a la luz de la sociocrítica equivaldría, sin ningún género de dudas, a la realización de varias tesis. No es éste nuestro objetivo. No obstante, no querríamos dejar de realizar al menos una breve aproximación a este enfoque con la finalidad de presentar, aún de manera muy general, aspectos que nos resultan relevantes para la comprensión de la persona así como de la obra de Gómez Carrillo en su contexto histórico y social.

Expuesto lo cual, esbozaremos someramente algunas de las cuestiones avanzadas en el párrafo anterior. Comenzaremos sopesando el papel de algunas instituciones en la vida de Gómez Carrillo, cómo la institución del periodismo que conociera en esta época gran auge y difusión, la cual le abrió las puertas de lo que posteriormente sería su medio de subsistencia además de trampolín desde el que su obra se catapultara hacia un público amplio, y a partir de aquí, se le presentara la oportunidad de recopilar en libros sus escritos, en principio concebidos dentro del periodismo.

Por otro lado, las instituciones gubernamentales jugaron también papeles decisivos en su existencia, ya que un presidente guatemalteco lo becó para realizar estudios en España y Francia. Por otro lado, del gobierno argentino obtuvo cargos consulares en embajadas que le procuraron altos ingresos y prestigio personal. Esta relación personal y profesional de Gómez Carrillo con instancias gubernamentales a las que debía agradecer cómodos puestos diplomáticos en embajadas, influyeron en cierta medida en su producción escrita ya que publicó algunos artículos y obras de clara intencionalidad propagandística,[29] de ensalzamiento de aquellos gobernantes y sus regímenes, no siempre del todo transparentes y democráticos, con los cuales mantuvo estas relaciones laborales.

[28] Duchet, C., *Sociocritique*, París, Nathan, 1979.
[29] Gómez Carrillo, E., *El gobierno de Estrada Cabrera y los extranjeros en Guatemala*, ed. cit.

Añadiremos que formó parte de reputadas instituciones de otra muy diferente índole al pertenecer a la Academia de la Lengua Española así como a otra insigne institución francesa, al haber sido merecedor de una de las más altas condecoraciones de este país: la de la Legión de Honor. Bajo otra perspectiva, las instituciones literarias apegadas al gusto conservador dirigieron sus críticas hacia el estilo renovado, libre y modernista de Gómez Carrillo. Estas instituciones y sus representantes recibirían la airada respuesta del guatemalteco tachándolos de desfasados, normativos y oscuros.

El éxito de la obra de Gómez Carrillo representa un ejemplo de interrelación entre la sociedad y la literatura de la época pues en ella se vislumbran rasgos de la nueva sociedad naciente, la de una sociedad ansiosa de liberación, de nuevas sensaciones, de paraísos distintos, hastiada de su monotonía, hambrienta de belleza, dispuesta a cambiar los moldes de las viejas formas, sensible ante el arte y capaz de entronizar la libertad personal por encima de las convenciones sociales. Estos trazos pueden encontrarse en su producción, ya que Carrillo abandona las formas literarias clásicas en pro de la libertad en el arte, de la sencillez, considerando al arte como lo primero y primordial en su vida, ofreciendo un ejemplo de vida alejado de normas sociales, viajando por exóticos países para ofrecer visiones nuevas y excitantes a los lectores de mentalidades abiertas, gustosos de acercarse a lo diferente, creando héroes decadentes que buscan el amor fundamentalmente, poniendo todos los medios en juego para lograr sus objetivos, sin coartarse por dictados en materia de moral.

La *Belle Époque* asiste ya a la plena efervescencia de una sociedad avanzada en la que la burguesía ha alcanzado un estatus de poder, el cual le permite afirmar sus gustos y preferencias exigiéndolos a los artistas creadores, de quienes consumen las producciones, imponiendo su ideología, su forma de pensar y de entender la vida. En las producciones de Carrillo pueden apreciarse estos elementos de una sociedad económicamente fuerte, atraída por cuestiones artísticas, deseosa de descubrir otros mundos, gustosa

de estar informada sobre los avatares de los acontecimientos parisinos, intelectuales o de cualquier otra índole.[30]

La literatura se perfila nuevamente en calidad de reflejo de las condiciones sociohistóricas en las crónicas que Gómez Carrillo redactara basadas en sus experiencias en los territorios ocupados de la Francia de la Primera Guerra Mundial, crónicas que fueron recopiladas y publicadas en varios libros, los cuales, en la recopilación de sus obras completas conforman concretamente cuatro de los veintisiete volúmenes de los que constan.

En la figura de Gómez Carrillo observamos la personalidad de un hombre en el que se aprecia la conjunción de las diversas tendencias de su época, pues su obra refleja las variadas inquietudes intelectuales, culturales y artísticas que confluyeron en la etapa de entre los siglos XIX y XX. Período efervescente y prolífico en nacimientos de diferentes y revolucionarias opciones artísticas, Carrillo supo asimilarlas dejando constancia de ello en su obra, como estudiaremos en el capítulo correspondiente, con el objetivo de exponer la miscelánea de modernismo, decadentismo, impresionismo, romanticismo,…, que se hacen presentes en su obra.

De igual modo, en la época que nos ocupa, es de resaltar el estado de la industria del libro, que se halla plenamente desarrollada y especializada en sus diferentes sectores, los cuales realizan una labor que repercutirá directamente en las obras que verán la luz. La producción de nuestro autor será así un producto de este nuevo orden empresarial, del cual obtendrá ventajas. Habiendo comenzado a trabajar en la editorial Garnier Frères colaborando en la realización de un diccionario, su relación proseguirá con esta casa, la cual será durante cierto tiempo la principal editora de sus trabajos.

Al hilo de lo precedente, exponer que Carrillo es ya un ejemplo del escritor que vive de su obra, compaginando esta labor literaria con el

[30] Gómez Carrillo, E., "La mujer y la moda", en *La moda y Pierrot*, *Obras completas*, t. XII, Madrid, Mundo Latino, 1920.

periodismo. En su caso, ambas ocupaciones se hallan íntimamente ligadas, al ser gran parte de su obra la recopilación de las crónicas publicadas en diarios y revistas. De este modo, puede afirmarse que el ejercicio de su pluma bastaba para el mantenimiento de las necesidades de nuestro autor, aunque lo compaginara con el desempeño de labores diplomáticas y burocráticas en consulados en embajadas concedidos desde Hispanoamérica.

El hecho de que Gómez Carrillo escribiera sus memorias nos ha resultado especialmente interesante, ya que consideramos que ellas aportan el punto de vista directo del protagonista de nuestra investigación, aún siendo conscientes del componente de invención susceptible de estar presente en ellas. Esta precaución frente a la autenticidad de los hechos por ellas relatados ha sido ampliamente considerado por variados estudiosos del género, como es el caso de Lejeune,[31] quien pone de manifiesto a través de otros autores,[32] cómo el componente de veracidad no es consustancial al de autobiografía, sin que por ello se le reste a este género su valor tanto documental como artístico. Es más, Lejeune apunta en la dirección en la que la fantasía y la imaginación formarían naturalmente parte de este género, aproximándolo en cierto modo a la novela:

> La mayor parte de las autobiografías tienen su origen en un impulso creativo, y por lo tanto imaginativo, que lleva al autor a recordar exclusivamente, de los acontecimientos y de las experiencias de su vida, aquellos que pueden tener cabida en la construcción de un modo estructurado.[33]

Concluye Lejeune que el interés de la cuestión no radicaría en confrontar autobiografía y novela sino en llegar a una concepción de la una respecto a la otra, en la que se destaque el efecto producido en el lector en cuanto a que, el citado lector, al enfrentarse a la lectura de una autobiografía, cree un espacio especial y único, denominado "espacio autobiográfico".[34] Este espacio autobiográfico que el escritor guatemalteco nos ofrece en

[31] Lejeune, P., *L'autobiographie en France*, París, Armand Colin, 1971 y *Le pacte autobiographique*, París, Éditions du Seuil, 1975.
[32] Lejeune cita las palabras de Gide al respecto de esta idea: "Las memorias no son nunca sinceras más que a medias, por muy grande que sea el deseo de verdad", en Gide, A., *Si le grain ne meurt*, Col. Folio 1972, p. 278, en Lejeune, P., *Le pacte autobiographique*, ed. cit., p. 81.
[33] Id., p. 300.
[34] Id., p. 83.

Treinta años de mi vida es el que hemos querido ponderar en nuestro estudio de la personalidad así como de la obra de Gómez Carrillo enmarcada en su época, como medio igualmente válido para el acercamiento a los mismos.

Incide Lejeune, en calidad de teórico de la autobiografía, en el hecho de que la obra autobiográfica no llegaría al público de manera aséptica, sino que, por el contrario, factores externos relacionados con la producción de la citada obra,[35] como podrían ser perfectamente el grado de notoriedad detentado por su autor en la sociedad en la que se produzca la publicación, ejercerían su influencia sobre el lector.[36] Este habría sido el caso de nuestro cronista, pues, al acceder a los recuerdos de Gómez Carrillo en sus memorias, ya estábamos al corriente de numerosos datos sobre el autor y la obra, datos lo suficientemente estudiados y contrastados como para estar en posición de poder dirimir el grado de veracidad o de imaginación de su protagonista, realizando una labor de cribado en vistas de una selección de los detalles que contribuyeran al mejor conocimiento general de los ámbitos concernidos por nuestro estudio.

La autobiografía de Carrillo merece también, en tanto que género literario, una cierta atención, en cuanto al éxito que este género experimentó en su época, éxito que evidencia una tendencia general en una capa específica de la sociedad, consistente en un sentimiento social que apostaría por el ensalzamiento del individualismo y de la atención suscitada por la concesión de un alto grado de importancia a la persona en sí misma. Lejeune lo explica como sigue:

> Existe una correlación entre el desarrollo de la literatura autobiográfica y el ascenso de una nueva clase dominante, la burguesía, de la misma manera que el género literario de las memorias ha estado íntimamente relacionado con la evolución del sistema feudal.[37]

[35] Lejeune trata el concepto de paratexto en tanto que conjunto de circunstancias que rodean la publicación de una obra y que mediatizan su recepción por parte del público lector. Id., pp. 153-154.
[36] Id., p. 309.
[37] Id., p. 311.

Para hacer extensivo este fenómeno a nuestros días, Lejeune añade que: "A través de la literatura autobiográfica se manifiestan la concepción de la persona y del individualismo propio de nuestras sociedades".[38]

Continuando con las reflexiones acerca de la obra autobiográfica de Gómez Carrillo, resaltaremos la importancia que hemos concedido a su estudio dado que consideramos que la citada obra constituye una interesante y única fuente de información privilegiada tanto para el conocimiento del artista en sí mismo como para el acercamiento a la época y al contexto cultural y artístico en el que pasó su vida desarrollando su labor tanto periodística como literaria. Y afirmamos lo anterior basándonos en que, aparte del primer libro de la trilogía, donde narra los recuerdos de sus primeros años, en el cual podemos ya vislumbrar su naciente interés por lo francés favorecido por las lecturas que gozaban de sus preferencias subconscientes, el segundo y tercer libro resultan significativos en cuanto al objeto de estudio de la presente tesis, es decir, el tema de París en la vida y obra de Gómez Carrillo, puesto que el segundo libro de la citada trilogía autobiográfica está íntegramente consagrado a la experiencia profunda e indeleble que marcaría en él la llegada y descubrimiento de la capital gala, así como la desesperación causada por la obligación de abandonar aquel paraíso soñado con dirección a Madrid, período sombrío que sería relatado en el tercer y último libro de la trilogía, el cual, a pesar de tener como tema central la estancia de Gómez Carrillo en Madrid, podríamos afirmar que se trata más bien de la narración de la ausencia de París, al hallar nuestro escritor en cada rincón, en cada actitud, en cada situación vivida en la capital castellana la antítesis de la Ciudad Luz, antítesis que aguzaría el recuerdo y la añoranza de la capital francesa.

La dualidad periodismo-literatura, incluida la autobiografía, no fue exclusiva del caso del escritor que nos ocupa. Muy al contrario, se trataría de una situación bastante usual entre los autores de la época, los cuales, encontrando el sustento de sus vidas en la labor periodística, no por ello

[38] *Ibid.*

dejaban de consagrarse a diferentes géneros literarios, incluida la narración de sus propias experiencias de vida.

La elaboración literaria de estas experiencias vitales ha sido objeto de estudio por investigadores que han querido clarificar la relación entre veracidad y creación de las mismas, llegando a ofrecer variadas definiciones de lo que sería una autobiografía, desde la que incidiría en la adecuación entre narración y realidad a la que aceptaría sin ninguna reserva la parte imaginativa, creativa o de fantasía así como de confesión de sentimientos y sensaciones,[39] llegándose incluso a señalar una cierta proximidad entre el relato autobiográfico y la novela, según apunta Lejeune al citar a Gide: "todo es siempre más complicado de lo que decimos, tal vez nos acercamos más a la verdad en la novela".[40]

En las autobiografías de los escritores periodistas de la época encontramos la experiencia de estos autores inmersos en las vicisitudes sociales, históricas, económicas,… del tiempo que les tocó vivir, de manera que serían difícilmente separables la vertiente periodística y la vertiente literaria de los autores en cuestión. Pone de relieve esta afirmación Disegni en su estudio sobre la figura de otro insigne literato francés al destacar que: "on ne saurait séparer en Jules Vallès l'écrivain de journal de l'écrivain littéraire: le lien entre les deux est intérieur, dynamique et profond".[41] Creemos poder hacer extensiva esta afirmación a Gómez Carrillo, pues Disegni habla de novela autobiográfica en el caso Vallès, lo cual sería perfectamente aplicable a Gómez Carrillo, quien fuera criticado al publicar su autobiografía por la gran dosis de invención o exageración que habría en ellas, lo cual la aproximaría más al género novelístico que al de las memorias o confesiones, más propias del respeto a la autenticidad. Esta autora defiende igualmente, a lo que nos adherimos sin reservas, la posibilidad de intercomunicación o interferencia entre varios géneros sin que se produzca detrimento de ninguno de ellos, pues cuestiona retóricamente:

[39] Id.
[40] Id., p. 81.
[41] Disegni, S., *Jules Vallès, du journalisme au roman autobiographique*, Paris, L'Harmattan, 1996.

> au délà des genres, ne peut-il avoir circulation d'un plus vaste domaine à un autre, du journal à la littérature légitimée par exemple, à l'intérieur du journal, du roman populaire au roman tout court, de ce que l'on pourrait appeler une culture plus populaire à une culture d'auteur?[42]

En base a lo propuesto por Disegni, consideraríamos la obra de Carrillo como un todo emanado de sus diversas vivencias, que habrían quedado plasmadas en libro, en la cual hallaríamos retazos múltiples y variados de lo que fue su experiencia, su vida y su arte, sin excluir su autobiografía, cuyo estudio consideramos digno de ser observado con cierto detenimiento pues nos descubrirá detalles sustanciosos o apoyará afirmaciones sostenidas.

Centrándonos en el objeto de estudio fundamental de nuestra tesis, los fundamentos teóricos que nos aproximarían a concluir que el papel encomendado a la ciudad de París es elevado a la calidad de fetiche en la literatura de Gómez Carrillo, existen numerosas y variadas líneas de investigación y reflexión respecto al tratamiento que recibirían en la literatura las ciudades en general,[43] y París en particular,[44] dotándolas de una posición encumbrada, la cual sería vehículo de difusión y propaganda de las mismas entre los lectores de diversos orígenes y procedencias, llegando incluso a formalizar clichés de la ciudad absolutamente consolidados en la posteridad. Las líneas de estudio y reflexión que hemos considerado preponderantes son fundamentalmente la geocrítica, la mitocrítica y la imagología. ""City" is, by any definition, a social image",[45] sentencia Pike, a lo que añade, refiréndose a la labor de los literatos encaminada a la entronización de las ciudades, concretamente la de París en la etapa que nos ocupa: "Although Paris was a figure in litterature long before nineteenth century, Balzac was chiefly responsable for transforming it into a myth".[46]

[42] Id., p. 11.
[43] Pike, B., *The Image of the City in Modern Literature*, New Jersey, Princeton University Press, 1981.
[44] Benjamin, W., *Paris, Capitale du XIXe siècle*, Paris, Éditions du Cerf, 1989.
[45] Pike, B., *op. cit*., p. 14.
[46] Id., p. 39.

El autor subyugado por el influjo ejercido por una ciudad resulta una constante en la historia de la literatura, como constata Vion-Dury,[47] quien afirma que el hombre se alzaría en rival de la divinidad creadora para establecer su propio espacio, el espacio de la ciudad, espacio creado por la mano del hombre, siendo el autor quien se encargaría de promover su ciudad, otorgando a este espacio un papel activo hasta el punto que llegaría a apropiarse de algunos autores, si bien, en otros casos, sería el autor el que crearía su propia ciudad, realizando en ambos casos la ceremonia de la mitificación del espacio reverenciado.

Dentro de este ámbito, se establecería el análisis de las relaciones nacientes entre la literatura y el espacio humano, lo que se conocería como ámbito de estudio de la geocrítica, ámbito explorado en profundidad por Westphal,[48] quien trata de evidenciar que la elaboración literaria de la ciudad de manos de un escritor se inscribiría en una dialéctica establecida entre literatura y espacio, la cual implicaría a su vez una influencia que la literatura ejercería en la representación ofrecida al mundo de los espacios elegidos, llegando a forjar el concepto de ciudad-texto y ciudad-libro, (ya que, según Westphal, para algunos autores, la ciudad se convertiría en libro del mismo modo que el libro se convertiría en ciudad).[49] Tal es el objeto de estudio de esta geocrítica, pudiendo ser también entendida en sentido amplio como mitocrítica, dado que la obra de Carrillo concede a la capital gala en toda ocasión un prestigio superior al resto de las ciudades, elevándola por encima de todas, coronándolo como la reina de las ciudades, en definitiva inscribiéndola en el Olimpo de los mitos.

En este sentido, el análisis de la visión de París a los ojos de Gómez Carrillo, el encumbramiento de la capital francesa que realizaría en gran parte de su obra, constituyendo ésta una ciudad-texto, sería objeto de nuestro estudio, desde un punto de vista cercano al de la geocrítica y de la mitocrítica, centrado en desvelar las topofilias del autor, las centralizaciones

[47] Vion-Dury, J., *L'écrivain auteur de sa ville*, Limoges, Presses Universtaires de Limoges, 2001.
[48] Westphal, B., *Pour une approche géocritique des textes*, Limoges, Presses Universtaires de Limoges, 2005.
[49] Id.

concentradas en el entorno de espacios concretamente metropolitanos valorados excepcionalmente por el autor.

Algo posterior a estas dos focalizaciones particulares del acercamiento a la interpretación literaria surgiría con igual deseo de análisis de las imágenes proyectadas por la literatura sería la denominada imagología, consistente en poner de relieve dos polos centrados sobre un mismo punto, el de un sujeto que mira hacia el punto en cuestión, en nuestro caso la ciudad de París, personificado en la figura del autor guatemalteco, confrontado al destinatario lector que busca o recibe información sobre el citado punto, teniendo como función el revelar el yo observador tanto a sí mismo como al destinatario de su relato, de sus impresiones, de sus ideas.[50] Así pues, se trataría de diseccionar las relaciones entre la visión de la ciudad ofrecida por el escritor en la literatura y su conexión con el referente real, teniendo en cuenta la barrera de separación geográfica entre países, pues el ámbito de acción sería el estudio de las representaciones de lo extranjero en la literatura. Aspecto que trabajaremos como punto final de esta tesis, esto es, nos proponemos analizar la medida en la que Carrillo influyó en la creación y difusión de una imagen mítica de París a través de su literatura, tanto en España como en Hispanoamérica, lugares donde publicaba sus crónicas periodísticas y donde contaba con gran número de lectores.

Resulta evidente decir que París ha detentado durante siglos un estatus de ciudad privilegiada, de ciudad única y original, de objeto de deseo y de veneración entre generaciones de artistas, de escritores, en definitiva, de cualquier alma ávida de sensaciones, de vida, de belleza y de modernidad. Este estatus al que nos referimos no sólo se manifiesta abiertamente en la literatura, también en otros ámbitos de la realidad. Pero nos atreveríamos a conectar con la idea muy extendida de que la literatura ha contribuido enormemente a la difusión de la imagen de París en calidad de centro de todas las esencias, de todas las bondades, de todo lo existente y por existir. El estudio de la ciudad en sus múltiples facetas ha sido y es objeto de múltiples investigaciones, desde aquellas que tratarían la ciudad desde un ángulo general o otras en las que las

[50] Id.

focalizaciones se centran en aspectos más concretos, ya sea una época histórica determinada en el devenir de la capital gala,[51]un tipo vida y costumbres extendido entre algunos de sus habitantes,[52] su influencia en la vida y obra de autores literarios de diversa procedencia,[53] el nombre la ciudad asociado a sensaciones humanas determinadas,[54] relacionada con otras ciudades representativas,[55] ya sea un lugar concreto pero convertido en emblemático en la geografía parisina,[56] y esto por presentar algunos ejemplos dado que existen un sinfín de publicaciones con temáticas anexas a lo parisino que serían imposible de completar aquí.

Circunscribiéndonos al tema y al autor que nos ocupa, señalaremos que no sería Gómez Carrillo un caso aislado en cuanto a su labor literaria y vital centrada en la entronización de la ciudad París, espacio que es consagrado como tótem por infinidad de escritores y artistas, haciendo de él un espacio único, el espacio de la expresión y de la determinación personal, lugar poético por excelencia, musa de las más intensas inspiraciones.

En este contexto es obligado dirigirse a la obra de Gaston Bachelard quien reflexiona sobre el punto en el que nos queremos centrar, es decir, las redes establecidas entre escritores y lugares, entre literatos y su alusión a los espacios, pues estudia la poética del espacio[57]en las obras de numerosos poetas, analizando la función que representan para ellos determinados lugares, desde el más pequeño rincón al espacio más amplio, en lo que él pretende fundamentar su estudio sobre la "fenomenología de la imaginación",[58] en tanto que "estudio del fenómeno de la imagen poética cuando la imagen surge en la conciencia

[51] Areilza, J.M., *Paris de la Belle Époque*, Barcelona, Planeta, 1989.
[52] Imahashi, E., "Paris de la bohème. Sur les apprentis artistes de Paris d'Iwamura Toru", en *Études de littérature comparée*, vol. 60, pp. 134-156.
[53] Elwes Aguilar, O., "Paris cruel, la experiencia de Gómez de la Serna tras la huella de Baudelaire", en *Télème, Revista complutense de Estudios Franceses*, vol. 16, 2001, pp. 35-46, o
Bermúdez Medina M. D., "Una claror cenicienta: Azorín en París". En Camero Pérez, C. e Illanes Ortega, I., (Coord.), *Estudios comparativos, representaciones culturales, cromáticas y visuales de la escritura*, 2006, pp. 23-26.
[54] Bermúdez Medina, M.D., "París, Literatura y melancolía", en Després-Caubrière, C., (Coord.), *Homenaje al Profesor D. Francisco Javier Hernández*, 2005, pp. 103-114.
[55] Bermúdez Medina, M. D., "Paris-Namur: Sous le pavé les champs", *Francofonía*, nº 3, 1994, pp. 7-20.
[56] Martí Monterde, A., *Poética del café: un espacio de la modernidad literari a europea*, Anagrama, Barcelona, 2007.
[57] Bachelard, G., *La poética del espacio*, Méjico, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1965.
[58] Id., p. 9.

como un producto directo del corazón, del alma, del ser del hombre captado en su actualidad".[59] Las reflexiones de Bachelard suponen para nuestro análisis de la presencia de París en la vida y obra de Gómez Carrillo, una base fundamental pues nos apoyan en nuestra búsqueda del espacio preponderado por el artista, ya que Gómez Carrillo acierta a transmitir mediante su obra su visión totalmente devota de la capital francesa, haciendo llegar al lector el amor incondicional que por ella experimenta. Intentaremos pues, citando a Bachelard "determinar, por la repercusión de una sola imagen poética, un verdadero despertar de la creación poética hasta en el alma del lector".[60]

La huella que París imprimió en el escritor guatemalteco fue honda e imborrable. Para él París constituiría el espacio por excelencia, el lugar total, amado en su inmensidad así como en sus más pequeños e incluso recónditos rincones, pudiendo aplicarse a sus sentimientos hacia la ciudad del Sena las palabras de Bachelard: "todos los espacios de nuestras soledades pasadas, los espacios donde hemos sufrido de la soledad o gozado de ella, donde la hemos deseado o la hemos comprometido, son en nosotros imborrables".[61] En París, Carrillo gozaba y sufría, mas sin poder nunca perderlo de vista en la realidad o en su mente, haciendo de él su nido, utilizando la terminología de Bachelard, quien diría respecto de esta querencia del poeta hacia el lugar idolatrado: "Físicamente, el ser que recibe la sensación del refugio, se estrecha contra sí mismo, se retira, se acurruca, se oculta, se esconde".[62] Y esto es lo que se dilucida de los escritos de Carrillo respecto de la ciudad que elegiría libremente como hogar vitalicio, París, allí encontraba alivio a todos sus pesares, allí florecía aún cuando no hubiera todavía llegado el tiempo primaveral. Sólo allí hallaba la paz, pues lo consideraba el espacio, grande y pequeño a la vez, capaz de procurarle la protección anhelada. Sería pues esta ciudad para Gómez Carrillo el rincón soñado, que atendería a la definición, en términos de Bachelard de: "todo espacio reducido donde nos gusta acurrucarnos, agazaparnos sobre nosotros mismos, es para la imaginación una soledad, es

[59] *Ibid.*
[60] Bachelard, G., *op. cit.*, p. 15.
[61] Id., p. 42.
[62] Id., p. 132.

para la imaginación una soledad, es crear el germen de un cuarto, de una casa".[63]

En París conservaba siempre Gómez Carrillo su pensamiento cuando se encontraba lejos, y en ella veía su hogar, su sitio de retiro y de deseo, su descanso profundo. Así ve igualmente Bachelard el espacio añorado concebido en términos de casa:

> Se vuelve a ella, se sueña en volver, como el pájaro vuelve al nido, como el cordero vuelve al redil. Este signo del retorno señala infinitos ensueños, porque los retornos humanos se realizan sobre el gran ritmo de la vida humana, ritmo que franquea años, que lucha por el sueño contra todas las ausencias.[64]

Así pues, en la misma dirección marcada por Bachelard, quien se propone "examinar imágenes muy sencillas, las imágenes del espacio feliz",[65] trabajaremos el corpus seleccionado de la obra del autor guatemalteco, con la finalidad de desvelar las imágenes que Carrillo recrea de su visión de París, de su visión inmensamente feliz de la capital francesa en su versión bohemia y artística, ya amada aún antes de conocerla, en la que vivió entre finales del siglo XIX y principios del XX.

Huelga incidir de nuevo en que el embrujo ejercido por París sobre un autor, sobre un artista en concreto, no constituye en Gómez Carrillo un hecho excepcional ni aislado, siendo más bien todo lo contrario, constituyendo legión los artistas que habrían sucumbido ante las magnificencias de la Ciudad Luz, magnificencias que habrían quedado plasmadas en su obra dando así testimonio ante el resto de la humanidad del amor profesado a la que considerarían la ciudad por excelencia, la capital del mundo, contribuyendo de este modo a entretejer toda una red artística y literaria que fundamentaría el posicionamiento de la capital gala en el estatus de mito.

La imagen preponderante, la influencia supina, el halo mágico y benéfico proyectados por la Ciudad Luz al resto del mundo, eminentemente fomentados a través de la literatura y el periodismo, ha sido y sigue siendo

[63] Id., p. 182.
[64] Id., p. 140.
[65] Id., p. 29.

objeto de análisis y seguimiento de un sinfín de autores e investigadores consagrados al estudio del papel de primera fila que París habría desempeñado y continúa desempeñando en calidad de difusor de cultura y de belleza. A modo de ejemplo podemos citar la labor de Benjamín quien dedicara unos trece años a la redacción de un libro concentrado en París,[66] en el cual era su voluntad ofrecer, de manera directa, testimonios relativos a la ciudad, de muy diversas procedencias, con la finalidad de "présenter l'histoire du XIX e siècle non pas dans une construction abstraite mais "comme commentaire d'une réalité"".[67] Así pues, Benjamín dedica más de mil páginas a la capital francesa a través de la cual, gracias a producciones de cualquier tipo de autor que se refiriera a la ciudad en cuestión o a producciones propias en forma de reflexión o comentario, pretendería construir la historia del siglo XIX, teniéndola a ella como capital de referencia impregnándola de un rol primordial en la citada historia. El objetivo de Benjamin, en su fijación sobre París, según él mismo expone, sería:

> […] réunir les matériaux et la théorie, les citations et l'interprétation dans une constellation inédite, comparée à toutes les formes de présentation ordinaires: les matériaux et les citations devaient jouer un rôle prépondérant tandis que la théorie et l'interprétation devraient rester ascétiquement à l'arrière-plan.[68]

Para dar cuenta de esa historia, cualquier aspecto de la capital es susceptible de ser válido en opinión de Bemjamin, y por tanto, él mismo se posiciona en su obra al respecto, declarando: "il est question des rues et des grands magasins, de panoramas, d'expositions universelles et de types d'éclairages, de mode, de publicité et de prostitution, du collectionneur, du flâneur et du joueur, de l'ennui".[69] Todos estos elementos se integran en la obra de Gómez Carrillo.

Al hilo de este posicionamiento, en lo que atañe a la capital gala y a su papel en la historia del siglo XIX en el caso del estudio de Benjamin, y de finales del XIX y principios del siglo XX en lo que atañe a Gómez Carrillo, podemos afirmar que el conjunto de la obra de este último constituiría un

[66] Benjamin, W., *op. cit.*
[67] Id., p. 13.
[68] Id., p. 12.
[69] Id., pp. 13-14.

documento de excepción para la consecución de su objetivo, dado que en ella, Carrillo dedica especial atención a todos los detalles y aspectos de la capital parisina, desde las más humildes calles a los grandes eventos que protagonizaron las exposiciones universales, pasando por barrios emblemáticos parisinos, cafés de culto para la bohemia artística, teatros, personajes, (artistas, escritores, cantantes, …), sucesos de todo tipo, crónica de modas, de sociedad, literarias, de guerra o de tribunales,…, en definitiva, una globalidad de la esencia de París en toda su extensión.

Del protagonismo ejercido por la Ciudad Luz así como su presencia e irradiación ejercida en ámbitos artísticos en general y literarios en particular, tratarían numerosos estudios, de entre los cuales podemos destacar la recopilación realizada por Chenier en la que prima el factor París como elemento fundamental y eje central en la obra de numerosos autores consagrados, desde Mercier[70] a Victor Hugo, Apollinaire, o Anatole France.

Del citado estudio así como de muchos otros basados igualmente en la temática de París en calidad de ciudad faro, dictadora de tendencias,[71] se deduce la importancia de la labor realizada por infinidad de literatos a través de sus escritos para conferir a París su estatus de ciudad omnipotente y omnipresente en el mundo cultural y artístico, en Europa y más allá de sus fronteras. Dentro de estos escritores que encumbraron a París en la cima de las capitales se encontraría Gómez Carrillo, con su estrategia de alabanza continua de la capital gala a lo largo y ancho del conjunto de su producción escrita, diseminada tanto en el país galo como en el país vecino, España e incluso más allá del viejo continente, en el nuevo continente americano. La influencia del enfoque del tema parisino en los escritos de Gómez Carrillo desde la óptica de esclarecer hasta qué punto influyeron en la creación, mantenimiento, expansión y continuación de una determinada imagen de París, será analizada por nosotros a

[70] Louis-Sébastien Mercier (1740-1814), escritor, dramaturgo y crítico francés. Entre sus numerosas obras destacaremos la titulada *Tableau de París*, la cual consta de doce volúmenes en los que el escritor retrata en todas sus facetas las peculiaridades de la época que le tocó vivir.

[71] Véanse las actas del Congreso internacional celebrado en la Universidad de París-Sorbonne, París IV celebrado entre el 22 y el 26 de mayo de 1984 bajo el título *Paris et le phénomène des capitales littéraires,* Pierre Brunel (ed.), 2 vols., Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984.

la luz de recientes publicaciones acerca del estudio en imagología[72] y en mitocrítica[73] en la última parte de este nuestro trabajo, en la cual incidiremos en el peso específico conseguido por nuestro cronista, en calidad de difusor de una determinada imagen de Francia, en aquellos países en los que su literatura tenía lectores, fundamentalmente en España e Iberocamérica, hasta el punto de que no haya obra que trate la imagen de Francia en la literatura escrita en castellano, tanto española como Iberoamericana, en la que el nombre de Gómez Carrillo no conste.[74]

[72] Pageaux, H., "Historia e imagología", en Boixareu, M. y Lefere, R., (coord.), *La Historia de España en la literatura Francesa*, Madrid, Castalia, 2002.
[73] Brunel, P., *Mythocritique: théorie et parcour*s, Paris, Presses Universitaires de France, 1992.
[74] Lafarga, F., (Ed.) *La imagen de Francia en la letras Hispánicas*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, p. 352.

El mundo es el nido del hombre.

Gaston Bachelard

El espacio forma parte del ser humano y expresa una realidad específica, esencial del individuo.

Rosa de Diego

París aparece como una ciudad a medida de la vanidad humana.

Brigitte Leguen

PARTE PRIMERA

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO:

PERIODISTA Y ESCRITOR

Capítulo 1. Enrique Gómez Carrillo: Perfil biográfico

Enrique Gómez Carrillo vio la luz en Guatemala en 1873, en el seno de una familia de clase media, caracterizada por un gran apego al estudio y la lectura, ya que su padre, con antepasados castellanos de ilustre cuna, era miembro de la Academia de la Lengua de Guatemala,[75] fue rector de la Universidad Guatemalteca, además de historiador de reconocido prestigio.[76] Su madre, de origen belga, era igualmente una dama cultivada preocupada por la formación académica de sus cuatro hijos, Enrique, el mayor, al que seguían dos hijas y otro varón.

El joven Enrique siempre demostró un carácter rebelde e indómito, incapaz de sujeciones estrictas, por ello, no realizó estudios de bachillerato, tras ser expulsado de varios centros educativos.[77] No obstante, su amor por la lectura, no tanto de los clásicos castellanos recomendados por su padre, los cuales eran numerosos en la bien nutrida biblioteca paterna, sino por la literatura de autores franceses, hacia los cuales le guiaba una inexplicable atracción, le proporcionaron un amplio bagaje cultural que más tarde sería reconocido y apreciado por personalidades de su propio país y por autores consagrados de la literatura del continente europeo.[78]

Esta formación cultural, unida a su natural inteligencia, su gusto por escribir, su ingenio rápido y profundo, junto con su inagotable inclinación por la lectura y el saber, hicieron de él un erudito, el cual, a muy temprana edad, rondando los veinte años, y pese a carecer de formación académica

[75] González Martel, J. M., "La temprana presencia de Enrique Gómez Carrillo en las Academias Guatemalteca y Española. De la renuncia a la plaza de Correspondiente Extranjero (1895-1903)", en *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, vol. III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 89-112.
[76] Gómez Carrillo, A., *Historia de Centro-América*, San Salvador, Tip. La concordia, 1884.
[77] Gómez Carrillo, E., *Treinta años de mi vida. El despertar del alma*, Libro I. Madrid, Mundo Latino, 1919. En él Carrillo rememora sus primeros años adolescentes en Guatemala hasta el día en que tomó un barco rumbo a Europa.
[78] *Ibid.*

institucional, ya había publicado en periódicos, había escrito un par de obras sobre autores españoles y franceses, y había sido nombrado Académico de la Real Academia Española en la clase de Correspondiente Extranjero en 1895, por méritos lingüísticos, literarios y demás circunstancias;[79] tenía 22 años. Más tarde, por cuestiones personales de desacuerdo con actuaciones, en su opinión poco caballerosas de otros académicos, presentaría su rechazo a este título.[80]

Comenzó su producción escrita, de manera fortuita, en un periódico de la ciudad natal, cuyo director descubrió la perspicacia y valía intelectual de Enrique. También fortuitamente debutó su colaboración en una publicación junto al ya gran Rubén Darío, quien hizo las veces para él de amigo, modelo e impulsor de su capacidad literaria.[81] A partir de entonces comenzó una extensa, larga y fructífera carrera periodística y literaria, culminada en tierras europeas, que le proporcionó grandes honores y alabanzas de personalidades de la cultura de la época.

Muy joven, en 1889, Gómez Carrillo partió hacia Europa, de forma temporal, originariamente hacia Madrid, becado por su gobierno, y animado por Darío, para realizar tareas de formación y periodística de alabanzas al régimen. Desembarcó en París, ciudad que lo cautivó, si bien ya existía en él el germen de amor incondicional hacia la gran metrópoli cosmopolita. Tras varios meses en París,[82] tuvo que abandonar la ciudad idolatrada, por imperativo gubernamental, para trasladarse a Madrid.[83] Su estancia allí no le fue grata, dado el terrible abismo de concepción vital y cultural que, según la percepción de Gómez Carrillo, separaba a ambas capitales. No obstante, allí

[79] González Martel, J. M., "Más noticias biográficas para el reencuentro con Enrique Gómez Carrillo. Historia de la elección popular de un escritor guatemalteco para una ideal Academia de la Lengua Española", *Revista Cultura de Guatemala*, 2006, ed. cit., pp.11-40.
[80] González Martel, J. M., "La temprana presencia de Enrique Gómez Carrillo en las Academias Guatemalteca y Española. De la renuncia a la plaza de Correspondiente Extranjero (1895-1903)", *Revista Cultura de Guatemala*, 2006, p. 102.
[81] Darío, R., *Enrique Gómez Carrillo, Obras Completas*, t. 2, Madrid. Afrodisio Aguado, 1950, pp. 994-997.
[82] Gómez Carrillo, E., *Treinta años de mi vida. En plena Bohemia*, Libro II, *Obras Completas*, t. XXVI, Gijón, LLibros del Pexe, 1919.
[83] Gómez Carrillo, E., *Treinta años de mi vida. La miseria de Madrid*, Libro III, *Obras Completas*, t. XXVI, Madrid, Mundo Latino, 1921.

publicó su primera obra *Esquisses*,[84] subtitulada por el propio autor como "siluetas de escritores y artistas".[85]

Regresó a París tras esta desafortunada estancia en Madrid, desde donde comenzó su intensa labor periodística en numerosas publicaciones francesas españolas e iberoamericanas,[86] donde escribía crónicas sobre cualquier aspecto de la vida parisina,[87] fundamentalmente artística y literaria. Desde esta situación, ejerció de difusor del modernismo, además de cómo agente comunicador de novedades literarias a ambos lados del Atlántico,[88] contribuyendo así al intercambio de ideas y a la aproximación cultural de los pueblos del viejo y el nuevo continente.[89] Por sus méritos periodísticos, en Madrid, fue coronado con el título de *Príncipe de los cronistas* y se le consideró el renovador de la prosa escrita en castellano por su prosa modernista.

En París realizó su ideal de vida bohemia, libre de restricciones, impregnada de arte y belleza, en un ambiente cultural cosmopolita y abierto.[90] Esta ciudad lo marcó indeleblemente como muestra su omnipresencia en sus escritos.[91] En ella residió prácticamente hasta el final de sus días, aunque en los últimos años, residió temporalmente en Niza. La impronta parisina caló hondo en este guatemalteco de nacimiento, hasta ser considerado como "guatemalteco afrancesado hasta el último poro".[92]

Con ciertos poderes políticos establecidos del Nuevo Continente tanto en Guatemala como en Argentina, país del cual obtuvo posteriormente

[84] Gómez Carrillo, E., *Esquisses*, Madrid, Librería de la Vda. de Hernando y Cía., 1892.
[85] Moreno, E., "Esquisses o el vuelo inicial", en *Cultura de Guatemala*, ed. cit., pp. 204-211.
[86] Ulner, A., *Enrique Gómez Carrillo en el Modernismo 1888-1896*, Dissertation Abstracts Internacional, Columbia, University of Missouri, 1973.
[87] Sánchez, L.A., "Enrique Gómez Carrillo y el modernismo", *Atenea XXVII, Revista de las Indias*, 1950.
[88] Samurovic Paulovic, L., "Enrique Gómez Carrillo, redactor de "Lettres Espagnoles" en el *Mercure de France* (1903-1907)", *Revista Iberoamericana*, vol. XXXIII, enero-junio 1967, nº 63, Universidad de Pittsburg, pp. 71-84.
[89] Murcia, C., "Entre L'Amérique latine et Europe: Enrique Gómez Carrillo", *Palinure*, 1985-1986, pp. 84-89.
[90] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed.cit. Allí, Carrillo alaba constantemente las bondades de la ciudad de París donde descubre, a sus dieciocho años, una bohemia dedicada al arte y al amor, despreocupada de problemas terrenales.
[91] Pera, C., "El discurso mitificador de París en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo", en *Hispanic Journal*, 1997, Fall, pp. 327-340.
[92] González Alcantud, J. A., *op. cit.*

la nacionalidad, guardó buenas relaciones, las cuales le procuraron, tras la labor propagandística que de los citados poderes realizara,[93] consulados que desempeñó en París o en Hamburgo.

Gómez Carrillo, hombre de su tiempo, integró en su obra las diferentes tendencias artísticas que coexistían en la época.[94] Sin embargo, plenamente inmerso en la corriente artística modernista,[95] produjo infinidad de crónicas en las que ponía de manifiesto la necesidad de renovación estilística que las letras castellanas, en su opinión, reclamaban urgentemente y que el modernismo procuraba plenamente. Trató el tema del modernismo, escribiendo sobre ello, y sobre sus seguidores en numerosas publicaciones, como en la sección *Lettres Espagnoles* del *Mercure de France*,[96] o en dos revistas que fundó y dirigió, *El Nuevo Mercurio* [97] y *Cosmópolis.*[98]

El número de personalidades con las que tuvo contacto en sus años de éxitos ininterrumpidos desde que saliera de Guatemala y desde que se estableciera en París es innumerable. Entre ellos, resaltar a Verlaine, Moréas, Wilde, Blasco Ibáñez, los hermanos Machado, Pérez Galdós[99] o Leopoldo Alas *Clarín*. Igualmente es innumerable la cantidad de loas, alabanzas y reconocimientos que su labor literaria le procuró entre la comunidad artística europea e hispanoamericana, contemporánea o actual, pues su figura y su obra siguen inspirando interesantes investigaciones. Añadir que fue premiado con el Prix Montyon y laureado con La Legión de Honor Francesa, en reconocimiento a la labor en apoyo del ejército francés

[93] Gómez Carrillo, E., *La verdad sobre Guatemala*, Hamburgo, Agencia de El universal, 1906 ó *El Gobierno de Estrada Carrera y los extranjeros en Guatemala*, ed. cit.
[94] Demetriou, S., "La decadencia y el escritor modernista: E., Gómez Carrillo", en Jiménez, J. O., (Ed.), *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana.* New York, Eliseo Torres Library, 1975, pp. 223-236 ó Méndez, F.A., "Gómez Carrillo: entre el romanticismo y el modernismo", *Revista Cultura de Guatemala*, 2006, pp. 231-236.
[95] Zuleta, I., *La polémica modernista. El modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1988.
[96] Álvarez Blanco, M. del P., "Nuevos espacios en la prensa de fin de siglo", *Ínsula* 614, 1998, pp. 25-28
[97] Zuleta, I., "El Nuevo Mercurio (1907)", *Inter-American review of Bibliography*, (31) 1981, pp. 385-403.
[98] Sabugo Abril, A., "Cosmópolis", *Cuadernos hispanoamericanos. Revista Mensual de Cultura Hispánica*, 1986, Abril, pp. 181-192.
[99] Nuez, S., y Scharaibman, J., *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, Madrid, Taurus 1967, pp. 255-260.

realizada mediante la publicación de sus crónicas de guerra durante la Primera Guerra Mundial.

Hombre bohemio y cosmopolita, amante de las mujeres, del arte y de la vida nocturna, era un conocido dandy en el París de entre siglos, siéndole aplicado usualmente el calificativo de *bulevardero,* en un intento de aunar en una misma persona las características de bohemio, provocador, noctámbulo, artista y liberal. Era tal su fama en París que su peculiar forma de vida incluso inspiró a personajes de ficción de autores contemporáneos, en cuyas obras cuyas peripecias se desarrollaban en París.[100]

Contrajo matrimonio en tres ocasiones, con tres mujeres artistas a su vez. La primera fue la escritora peruana Aurora Cáceres[101] en 1907, la segunda la cantante española Raquel Meller, en 1919, acabando ambos matrimonios en divorcio y la tercera, con la escritora salvadoreña Consuelo Suncín,[102] a quien dejaría viuda en 1927. La primera de sus esposas escribió una obra que versaba sobre los breves meses que duró la convivencia de ambos, y que constituye un documento excelente para el acercamiento al hombre y al escritor que fue Enrique Gómez Carrillo, en el París de principios del siglo XX.[103]

Escritor prolífico, su producción, mayormente constituída por crónicas y artículos, se halla dispersa por infinidad de publicaciones periódicas. Esta producción, a la que habría que sumar sus publicaciones en

[100] Insúa, A. *El negro que tenía el alma blanca*, Madrid, Castalia, 1998, novela cuyo protagonista está inspirado en la personalidad de Gómez Carrillo.
[101] Aurora Cáceres nos muestra la preferencia por la costa francesa frente a la metrópoli parisina de Gómez Carrillo en los últimos años de su vida, transcribiendo sus palabras al respecto: "Yo no pienso moverme de Niza en todo el invierno. ¡Esos argentinos que no quieren cambiarme el Consulado de París por el de Niza!". Cáceres, A., *op. cit*., p. 288.
[102] Consuelo Suncín (1901-1979). estudiante de bellas artes, artista, bohemia y escritora, nacida en El Salvador. Se casó en segundas nupcias con Enrique Gómez Carrillo en 1926, al cual conoció en París siendo éste Cónsul de la Argentina. Después de enviudar de Gómez Carrillo, se convertiría en la esposa de Antoine de Saint-Éxupéry, autor de *El Principito* en el cual ella fue la inspiradora en muchos aspectos, entre los cuales sobresaldría su influencia en la concepción del papel que la rosa juega en dicha obra. Durante la segunda guerra mundial, ella se refugiaría en el pueblo francés de Oppède (Departamento de Vaucluse) junto con un grupo de estudiantes de bellas artes, quienes colaborarían con la resistencia francesa frente al ejército alemán. Enviudó de Saint-Exupéry en 1944, al desaparecer éste en una misión de guerra. Tras su desaparición, todos los domingos le escribía una carta de amor, cartas que fueron publicadas bajo el título *Lettres du dimanche.* Otras de sus publicaciones son *Oppède* o *Les mémoires de la rose,* su diario íntimo.
[103] Cáceres, A., *op. cit.*

libro, es enorme. Gran parte de la misma fue recopilada y publicada en formato de libro entre los años 1919 y 1923, dando lugar a los veintisiete volúmenes que conforman sus obras completas, publicados por la editorial madrileña Mundo Latino, si bien, como ya hemos expuesto, no recogen la totalidad de su producción escrita y publicada en libro por Gómez Carrillo.

En esta extensión y dispersión en la publicación de la obra carrillista se basaron ciertas voces que predijeron, a pesar de la calidad de éstas, habiendo quienes la colocaban como superior a la del valenciano Blasco Ibáñez, quien también fuera su amigo, el inevitable y pronto difuminarse en el tiempo al que estaba condenada la obra del insigne guatemalteco.[104] Otros justificaron idéntica predicción basándose en la frivolidad y ligereza de los temas tratados.[105]

La variedad de géneros que cultivó es amplia, desde la crónica periodística sobre infinidad de temas,[106] a la crítica literaria, la novela, sin olvidar sus crónicas de guerra o las de viajes, que tanta celebridad le proporcionaron y cuyo estilo personal e impresionista de viajero a la búsqueda de sensaciones le valió tantos aplausos y la admiración de muchos contemporáneos, quienes le otorgaron el título de "el Loti castellano",[107] colocándolo a la altura del conocido escritor francés de relatos de viajes Pierre Loti.

Murió en París en 1927, siendo muchos los integrantes de los ámbitos culturales y artísticos que lamentaron la desaparición del insigne artista y hombre de letras, publicando su sincero pésame en la prensa europea y latinoamericana de la época. Fue enterrado en el célebre cementerio del Père Lachaise, en su París amado, por siempre.

---

[104] Kronik, J. W., "Enrique Gómez Carrillo: Francophile propagandist", en *Symposium*, vol. XX, Siracusa University Press, 1967, pp. 50-60.
[105] Cansinos-Assens, R., "Enrique Gómez Carrillo", en *Poetas y prosistas del novecientos (España y América)*, Madrid, Editorial América, 1919, p. 71.
[106] Bastos, M.L., "La crónica modernista de Enrique Gómez Carrillo o la función de la trivialidad", *Revista Sur* (350-351) Enero-Diciembre, 1982, pp. 65-88.
[107] Mendoza. J. M., *Enrique Gómez Carrillo: estudio crítico-biográfico: su vida, su obra, su época*, ed. cit.

Capítulo 2. Enrique Gómez Carrillo y los ambientes artístico-literarios en torno a 1900

"Gómez Carrillo representa al hombre que se hace a sí mismo. […] Guatemalteco de nacimiento y de prontísima vocación europea".[108] Estas palabras de Sabugo Abril definen breve pero acertadamente el perfil de Gómez Carrillo, quien fuera renombrado cronista de la vida parisina, artística en particular y cotidiana en general, además de lazo de unión entre las literaturas españolas e hispanoamericanas escritas en castellano.

La vocación europea de Gómez Carrillo sería el detonante de lo que posteriormente sería su desarrollo vital y profesional, ambos íntimamente unidos, en la pasión por París, el arte, el cosmopolitismo y las nuevas corrientes artísticas europeas; y ello, unido a la determinación de hacer partícipes de esta pasión a sus compatriotas de lengua, es decir, a españoles e iberoamericanos. Con el objetivo, quizá inconsciente, de realizar esta simbiosis de cosmopolitismo entre lo hispanoamericano y lo francés, decidió abandonar su tierra natal en busca de distintas formas de entender la vida y el arte.

Enrique Gómez Carrillo, artista entre dos siglos, se decantó rápidamente del lado de las corrientes nuevas, de la renovación y de la libertad, como no podía ser de otro modo para aquél que, desde siempre, desde su más tierna infancia, se mostró rebelde y cuestionó los órdenes establecidos, en un ansia de ser él mismo y no pálido reflejo de aquello que la sociedad dictaba como norma a seguir. Su carácter apasionado e indómito se lo impedía. Así pues, en lo artístico, como en lo literario, adoptó idéntica filosofía. Se resistió a repetir, como en un círculo cerrado y vicioso, las reglas establecidas, decantándose por los soplos de aire fresco.[109] Es por esto

[108] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 183.
[109] Mendoza destaca el rechazo visceral de Carrillo hacia las reglas con las siguientes palabras: "Fue distintivo suyo la insujeción a toda regla aparatosa e innecesaria y a la retórica turbia de los literatoides, que ofenden de hecho a los hombres superiores de las letras. Porque en esto, como en

que Gómez Carrillo comulgó desde los primeros tiempos con la corriente de renovación en el arte de escribir contraria al clasicismo, a la complicación, al barroquismo, a la retórica vacía y al arte como vehículo de algo más allá del arte mismo. En esta tendencia entroncaría con antiguas tradiciones griegas, según resalta Mendoza: "[…] Fue un constante enamorado de las palabras que suenan como monedas y lucen como corazas legendarias, recordando que los griegos del Parnaso daban preferencia a la palabra sobre la idea y a la línea sobre la emoción".[110] Cita Mendoza igualmente a Manuel Ugarte, ferviente admirador del estilo de Carrillo para ensalzarlo, colocándolo en la cúspide de la perfección, alabando al artista guatemalteco en los siguientes términos: "Pocas veces alcanzó nuestro idioma flexibilidad tan eficaz y relieve, tan elocuente como bajo la pluma de este maravilloso descreído, para quien sólo tuvo importancia lo insignificante".[111]

2.1. Enrique Gómez Carrillo y la integración de diferentes tendencias artísticas de la época.

En general, la obra de Gómez Carrillo se enmarca plenamente dentro de la tendencia modernista. En cuanto a la cronología de la existencia de este movimiento existen varias opciones según la crítica. Consignaremos la que ofrece fechas más concretas, y que situaría la explosión renovadora modernista considerada como una escuela nacida con orígenes totalmente hispanoamericanos (propiciada principalmente por la obra de Rubén Darío), rondando los años 1888 y 1905, período en el que adquirió relieve en lo literario en el ámbito de la poesía, (ya que se ha venido considerando el despegue del movimiento modernista el momento en que, en 1888, Rubén Darío publicó su obra *Azul*, a causa de la innegable repercusión de esta obra en las literaturas hispánicas), trascendiendo igualmente a la prosa, y que básicamente, se caracteriza por su rebeldía creativa, su refinamiento narcisista y aristocrático, una profunda renovación estética del lenguaje y la métrica en poesía, todo ello vinculado al culto por lo cosmopolita.

---

discusiones filosóficas, seguía la enseñanza de Emerson: "Explorad, explorad y explorad. No os lisonjéis con vuestra posición de pesquisa perpetua. No dogmaticéis, ni aceptéis el dogmatismo de otro". Mendoza. J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 19.

[110] Id., p. 18.

[111] Id. pp. 18-19.

No obstante, su radio de acción temporal fue mucho más amplio, estableciéndose diferentes etapas en las que el modernismo se fue amplificando y adquiriendo nuevas connotaciones. Según Cornwell, basándose en otros estudios realizados por actuales investigadores del modernismo, organiza la vida del modernismo en tres grandes fases, la primera se extendería hasta 1916, estando caracterizada por la aparición de una sensibilidad nueva junto con una renovación estilística impregnada de rasgos hispanoamericanos, la segunda etapa iría hasta 1952, en la cual tomarían protagonismo los aspectos de la temática de evasión y la concentración en aspectos técnicos de la escritura modernista, y una tercera, a partir de 1952 en la que la historiografía crítica sobre el movimiento modernista, sus implicaciones e influencias representarían un papel preponderante.[112]

Como toda corriente literaria, el modernismo presentaría influencias de diversos movimientos anteriores y/o contemporáneos.[113] Nos referimos a estéticas post-románticas europeas como el simbolismo y el parnasianismo franceses, o también el decadentismo y el prerrafaelismo. Los autores modernistas, principalmente los poetas, reflejan en sus producciones la gran influencia del poeta simbolista francés Verlaine, e igualmente, aunque en menor medida, la de los estadounidenses Poe[114] y Whitman[115]

De los parnasianos adoptaría el modernismo la máxima ya expresada por Gautier: el arte por el arte, el culto a la belleza formal nimbada de serenidad y equilibrio, junto con temas exóticos y valores sensoriales. Del simbolismo de Verlaine, que no se estanca tan sólo en la búsqueda de lo

[112] Cornwell, D., "El modernismo hispanoamericano visto por los modernistas", en Jiménez, J. O. (Ed.), *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana. Cuadernos de literatura hispanoamerican*, Nueva York, Eliseo Torres, 1975, pp. 306-307.
[113] Id., pp. 305-321.
[114] Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor romántico estadounidense, poeta, crítico y editor, es considerado un gran maestro del cuento de terror psicológico y del relato corto. Fue precursor del relato detectivesco, de la literatura de ciencia ficción así como renovador de la denominada novela gótica. Su estilo ejerció influencia sobre la literatura simbolista francesa, la literatura de fantasmas victoriana, llegando a ejercer influencia en autores como Kafka o Borges.
[115] Walt Whitman (1819-1892), es considerado uno de los más grandes poetas estadounidenses, cuya obra influenció la poesía moderna, siendo herederos de ella autores como Neruda, Borges, García Lorca o Ezra Pound. Su estilo es definido como poético narrativo, con versos amplios y frecuentes paralelismos, para tratar gran variedad temática, entre los que destacan la libertad, la sexualidad, la comunión con la naturaleza, la loa del trabajo, el progreso y el amor por su patria, entre otros.

bello, pretendiendo llegar más lejos en la consecución de descubrir las esencias profundas disimuladas tras las apariencias, la descodificación de los símbolos de la belleza de la naturaleza y de la vida, buscando el arte de sugerir junto con la preocupación por alcanzar con su escritura efectos rítmicos dentro de una variada musicalidad, como había predicado Verlaine: "La musique avant toute chose".

Existe la afirmación de que el modernismo, como movimiento que supone un drástico rechazo de la rígida normativa artística anterior, estaría en consonancia con la crisis universal que se manifestaba en todos los órdenes de la vida de la época: el arte, la ciencia, la religión, la política,… e incluso a nivel social, en el que se observa una crítica especialmente en contra de lo burgués y un decantarse hacia formas de vida más auténticas y primigenias, también en consonancia con el arte, como fue la bohemia entendida en términos de vida plenamente dedicada a lo bello y artístico, ajena a acotaciones sociales establecidas o preponderancia de temas económicos. La figura de Gómez Carrillo, en su vida y en su obra, es muestra clara de estas tendencias, tanto a nivel artístico como personal, pues siempre se inscribió en lo bohemio como consagración al arte por el arte, el arte como belleza, el arte como última meta, el arte, como él mismo proclamó, considerado al mismo nivel que una religión.

De la tendencia romántica también propia del siglo XIX, los modernistas conservaron el llamado "mal du siècle", esto es, un sentimiento de rechazo hacia la realidad cotidiana. Para huir de ésta, el escritor busca otros refugios, ya sea en épocas pasadas, consideradas más esplendorosas que la propia, ya sea en espacios lejanos, en lugares exóticos, en lugares misteriosos y fantásticos, donde la desazón o la melancolía dejaran paso a la fascinación y a la ensoñación. La naturaleza es la suprema vía de escape de los modernistas, así pues, se recrean en su detallada y perfecta descripción para deleite de sí mismos y de los lectores. En este punto alcanzó gran maestría Gómez Carrillo, cuyas descripciones de paisajes, sensaciones de luz y de color, o de cualquier otro tipo sensorial constituyen verdaderas joyas de la literatura. Sirva de ejemplo el siguiente extracto donde nos ofrece

una descripción de la vista de la que goza durante su periplo por Jerusalén, el cual quedó plasmado en su libro *Jerusalén y la Tierra Santa:*

> Todo es seco, todo es estéril, todo es hostil. Las montañas se extienden en duras ondulaciones hacia el infinito. No se ve un árbol. La luz de la tarde hace destacarse cada piedra en el fondo del horizonte, con durezas de cristal roto. Hay reflejos extraordinarios en el espacio. El sol, que se inclina ya hacia el ocaso, enciende luces rojas entre las nubes y convierte los pedruscos en rubíes. Otras piedras, escondidas en la penumbra, tienen matices de amatista.[116]

Quienes convivieron con Gómez Carrillo, le reconocieron este punto romántico inherente a su personalidad, el cual siempre conservó. Comenta Mendoza el componente de romanticismo de Enrique apoyando su afirmación con las palabras que en el mismo sentido pronunciara un renombrado autor de la época, Maurice Maeterlinck, el dramaturgo tan admirado por el cronista guatemalteco, y a quien éste dedicó varias de sus crónicas:

> […] para quienes le trataron, enrique fue siempre, para unos un signo de interrogación, y para otros un signo de admiración. Pocos en su tiempo –de los dieciséis a los veinte años- han sido más románticos que él. […]
>
> Maeterlinck, cuyas obras nos hacen contemplar el misterio de la vida y de la muerte, lo llamó "el último romántico". Era tanto su romanticismo, que llegó a sentir desdén por las personas formales. No podía ver ni pintados a los académicos, a los rectores y a todos esos señorones que se hinchan para saludar y que miran a los demás por encima de sus hombros o tras el vidrio de un monóculo.[117]

Mendoza aporta su propia opinión referente a la forma en que el ideal romántico presidió la existencia de Carrillo:

> Con todo, Enrique siguió siendo, en muchos aspectos de su vida, un incorregible romántico. Aventuras, divagaciones poemáticas, amorcillos, duelos, derroches, idilios; todo aquello que formaba el cuadro ilusorio y desvaneciente de su retrato

[116] Gómez Carrillo, E., *Jerusalén y la Tierra Santa, Obras Completas*, t. II, Madrid, Mundo Latino, 1919, p. 129.
[117] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 115.

> continuó deslizándose en el panorama dorado de su exuberante fantasía.[118]

Igualmente hace extensivo Mendoza este romanticismo a los primeros escritos del cronista, citando el comentario en este sentido que otro escritor contemporáneo hiciera a Gómez Carrillo:

> El escritor mexicano, Federico Gamboa, ha dicho que "los primeros ensayos de Gómez Carrillo eran de fuerte pintura romántica; siendo de notarse que no sólo no soportaba a los maestros del naturalismo, sino que escribió acres censuras contra la escuela.[119]

En cuanto a la renovación del léxico propiciada por el modernismo, Gómez Carrillo se implicó de lleno en ella. Dan testimonio de ello la afluencia de vocabulario preciso e incluso raro, formado por helenismos, cultismos,… que puebla sus obras.

Añadir que, entre los temas preferidos por los modernistas, el de la mujer y el del amor, ambos entendidos en su versión física y carnal, de goce de sentidos en contra de los amores imposibles románticos, ocupan un destacado lugar en la producción literaria de Gómez Carrillo. No sólo en todos sus libros de viajes hace referencia a la mujer del país en cuestión, dedicándoles capítulos íntegros a ellas o a aspectos directamente relacionados con ellas, en alguna obra en concreto, sino que también consagró varias obras por completo a la mujer, a la mujer contemporánea o la mujer en la historia, como es el caso de las obras, *El libro de las mujeres*, *La mujer y la moda* o *El segundo libro de las mujeres: Safo, Friné y otras seductoras*, por citar algunas.

La mujer y la belleza femenina son óbice para introducir gran variedad de temas en la obra de Gómez Carrillo, incluso puede la presencia femenina llegar a representar el camino hacia paisajes soñados perdidos en la noche de los tiempos, como lo demuestra el siguiente pasaje de su obra compuesta durante su viaje a Japón, en el que la aparición de una bella desconocida joven japonesa le abre las puertas del Japón ancestral, cuyo

[118] Id., p. 65.
[119] Id., p. 105.

descubrimiento ansiaba nuestro cronista: "Yo la contemplo absorto. Y gracias a ella, a su belleza extraña, a su gracia lejana, a su esplendor de leyenda, la vulgaridad de esta plaza de estación desaparece, y un Japón admirable surge ante mis ojos extasiados".[120]

En toda la obra literaria de Gómez Carrillo prevalece la temática modernista que concede un papel preponderante a la consecución de la armonía encaminada a velar una realidad, en cierto modo considerada caótica. Se percibe el ansia por alcanzar la plenitud y la perfección, aunque para ello sea necesario buscar otros países, otros paraísos, otros refugios, reales o soñados.

No pudo Gómez Carrillo, como tantos otros escritores de entre siglos, evadirse de otra de las tendencias artísticas que se desarrollaron en su época, concretamente del decadentismo de finales del siglo XIX,[121] hasta el punto de que uno de los géneros que cultivó, concretamente sus novelas, sean plenamente encuadradas dentro de este movimiento.[122]

El decadentismo, corriente artística, filosófica y literaria que surgió en Francia a finales del XIX, cobrando adeptos en gran parte de Europa e Hispanoamérica, e inspirándose en las tendencias poéticas postrománticas cuya herencia recibió del poeta francés Charles Baudelaire, aunque también influyera en el ideario del decadentismo igualmente el poeta francés Rimbaud. Verlaine es incluido en ella, durante los primeros años de esta escuela, gracias a las innovaciones presentes en su obra *Los poetas malditos*, publicada en 1884. Así pues, se confirma en esta autor la unión, *mélange* o sucesión de diversas corrientes en un mismo artista, ya que Verlaine empezó compartiendo la doctrina parnasiana del arte por el arte.

El término decadentismo como etiqueta identificadora de una nueva tendencia artística surgió, como en tantas otras ocasiones, siendo despectivo e irónico al emplearlo la crítica académica. Sin embargo, aquellos a quienes

[120] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*, *Obras completas*, t. VII, Madrid, Mundo Latino, 1920, p. 12.
[121] Demetriou. S., *op. cit*.
[122] Bauzá Echeverría, N., *Las novelas decadentistas de Enrique Gómez Carrillo*, Madrid, Editorial Pliegos, 1999.

iba destinada la adoptaron de buen grado. De hecho, en 1886, Anatole Bajut[123] fundó una revista a la que se dio el título de *Le Décadent*, desde la cual, en una técnica muy utilizada en la época y que Gómez Carrillo puso en práctica él mismo, publicitaban, dignificaban y difundían la expresión de esta nueva corriente artística y literaria.

Una definición muy general de lo que básicamente caracterizaría al decadentismo sería el rechazo y el ataque a la moral y costumbres burguesas, propiciando la evasión de la realidad cotidiana, exaltando el heroísmo individual aunque impregnado de desdicha, lo cual le lleva a sumergirse en regiones extremas de la sensibilidad y del inconsciente humano, adquiriendo posteriormente un significado amplio, resumido en la actitud general de oposición a cualquier tipo de convencionalismo. Por lo tanto, se puede afirmar que el decadentismo se pronuncia como antiacadémico en el arte y antinaturalista en literatura, en reacción a esta tendencia naturalista que imperaba también, en la novela francesa en particular. Digamos que el decadentismo no sería enteramente original y englobaría parte de otras corrientes artísticas del momento.

Lo ecléctico de la tendencia modernista se manifiesta de igual modo en lo original de cada artista. El que fuera inspirador del arte por el arte, y a través del simbolismo que defendía y representaba, el poeta francés Paul Verlaine parece inspirar esta otra corriente artística denominada decadentismo como explicita en su verso del poema *Langueurs,* en la obra *Jadis et Naguère*, publicado en 1884: "Je suis l'empire à la fin de la décadence". Sophia Demetriou analiza este poema y encuentra en él el resumen de "el humor del hombre de "fin de siècle"",[124] humor caracterizado por ser el reflejo de los sentimientos confusos inherentes a la

[123] Anatole Bajut, llamado Baju (1861-1903), periodista y escritor francés, fundador en 1886 de la revista *Le Décadent littéraire et artistique*, cuya publicación duró hasta 1889. Esta fue la primera de numerosas revistas que fueron creadas a partir de la publicación de la novela *À Rebours* de Huysmans y del manifiesto realizado por el escritor francés Moréas en *Le Figaro* en 1886 que se convirtió en el breviario de los simbolistas, donde se reivindicaba la identidad de una nueva corriente artística, haciendo suyo el denominativo decadente, que le había sido aplicado despectivamente por la crítica literaria. Personalidad de finales del siglo XIX, ostenta el orgullo de haber obtenido la dedicatoria de la obra *Paisajes* de Paul Verlaine. Baju evolucionó hacia un arte de tendencia social, pues declara en su ensayo *L'Anarchie littéraire*, publicado en 1882: "la littérature de demain ne sera ni naturaliste, ni psychologique, ni symboliste, ni romane: elle sera sociale".
[124] Demetriou, S., *op. cit*., p. 223.

época: "[…] un compuesto de inquietud febril y de desaliento, de presagio temeroso y de negra resignación. Domina el sentimiento de perdición y de extinción. Es a la vez una época de confesión y de queja dolorosa: […]",[125] palabras que bien podrían caracterizar igualmente a la figura de Gómez Carrillo.

Demetriou, quien se refiere a la corriente decadentista como resultado de una época inmersa en "[…] una suma de sensaciones negativas que contribuyen a crear al hombre egoísta, impulsivo, pesimista y abúlico: al ser degenerado, ese producto final e inevitable de una época que vive su decadencia",[126]consecuencia directa de la pérdida de fe en Dios y en el hombre mismo que conlleva un ensalzamiento del disfrute del momento, completa su análisis de la cuestión desde puntos de vista concluyentes e inspirados en el estudio del autor francés Baudelaire. Por un lado, alude al crítico y novelista francés Paul Bourget y al también escritor de origen húngaro Max Nordau, cuando, en 1881 y 1885 respectivamente ya exponían su idea en la que observaban lo coincidencia entre la decadencia social y el lenguaje,[127] o lo que es lo mismo, entre lo moral y lo artístico-literario; por otro lado, cita a Gautier, en el prefacio que escribió en 1858 a la tercera edición de la obra baudeleriana *Les Fleurs du mal*, donde califica el estilo de esta obra como "style décadent", que sería "fruto de la maduración de las civilizaciones envejecidas".[128]

Autores que participaron de la tendencia decadentista los cuales fueron admirados y conocidos, además de objeto de dedicación de crónicas en la pluma de Gómez Carrillo fueron Amado Nervo, Manuel Machado, Valle-Inclán o Alejandro Sawa.

El decadentismo se hace especialmente patente en las novelas que escribió Gómez Carrillo, sirva de ejemplo el título de una de ellas *Del amor, del dolor y del vicio*, publicada en 1898.

[125] *Ibid.*
[126] *Ibid.*
[127] Demetriou, S., *op. cit*., p. 224.
[128] Id., p. 225.

Testimonió su admiración por Huysmans, quien protagonizó varias de sus crónicas, (como puede compobarse en el anexo de autores protagonistas de las obras de Carrillo que incluimos al final del capítulo 3), influyendo sin duda en él, ya que este autor, con la publicación en 1884 de su novela *À Rebours* donde narra la determinación de su personaje principal, de sustituir la realidad por otra distinta inmersa en lo onírico aislándose del mundo, se convirtió en uno de los escritores más rebeldes y significativos de la época. Consecuentemente, el héroe que creó en este relato se erigió en el paradigma de lo decadente, llegando a considerarse herederos suyos a posteriores personajes de ficción como fueron Dorian Grey de Óscar Wilde o Andrea Speretti de D'Annunzio. Añadir que ambos autores a su vez amigos personales de Gómez Carrillo y entrevistados al igual que Huysmans.

Demetriou clasifica a Gómez Carrillo, por sus circunstancias vitales así como por las características de su obra, en el seno del decadentismo. Señala esta autora el hecho de la llegada a París de Carrillo, cuando en la Ciudad Luz se confundían una serie de condiciones que propiciaban este decadentismo, y que sintetizaron totalmente en la persona del guatemalteco: "[…] el fin de una fe religiosa, la vida en París y el espíritu científico, afirma Demetriou, han contribuido a fundir en una misma personalidad tres clases de sensibilidad que antes eran casi antinómicas: el misticismo, el libertinaje y el espíritu de análisis".[129] Por tanto, la unión de esas actitudes antaño antagónicas producen al ser decadente, al cual define como una simbiosis en gran parte antitética de "Místico-simbolista, libertino casi inocente, crítico analizador".[130] El autor decadente, incapaz de liberarse de este componente intrínseco a su personalidad, producirá irremediablemente una literatura decadente.[131]

Concluye esta autora, en lo que sería una coincidencia con la filosofía artística de Gómez Carrillo, que "El ideal de unir la prosa con la poesía, de crear una prosa artística, si no siempre poética, constituye el

[129] Id., p. 227.
[130] *Ibid.*
[131] *Ibid.*

esfuerzo literario máximo del escritor decadente".[132] Tras estas palabras aplicables a una generalidad de autores, se refiere directamente a Carrillo para demostrar la admiración que producen sus escritos, diciendo: "Su obra prolífica está llena de páginas dignas de perdurar como modelo de la más nítida elegancia; porque es de aquella raza de escritores que persiguen ante todo el ideal del refinamiento estético: la religión de la belleza inmortal".[133] Conclusión que compartimos plenamente.

La tendencia pictórica por excelencia del siglo XIX que fue el impresionismo, con su intensa preocupación a la captación de la luz solar, sus evoluciones y su descomposición en las infinitas tonalidades de color, se halla de igual forma integrada en la producción literaria de Gómez Carrillo. Nuestro cronista, gran observador y amante de la naturaleza, nos ofrece magníficas descripciones, ya sea en sus crónicas de viajes o en otro tipo de crónicas, en las cuales se complace en ofrecer al lector, con todo lujo de detalles, las más pequeñas evoluciones de cada rayo solar, de cada tonalidad en el cielo, en el agua, en la vegetación, en los rostros o en los edificios, haciendo gala de un delicadísimo gusto refinado, en la captación de todos los matices cromáticos en personas, objetos o paisajes. Sirva de ejemplo la descripción realizada por Gómez Carrillo del paseo por las calles de Japón en las que comienza a despejarse el cielo tras una tormenta:

> En el cielo, que va limpiándose poco a poco, delicadísimos tonos verdes, de un verde transparente de esmeralda, aparecen a medida que las nubes huyen. Una claridad casi blanca, algo que es casi como un claro de luna extraordinario envuelve la ciudad en un velo que suaviza los contornos y embellece los objetos.[134]

La pintura no será el único arte que cautivará a nuestro cronista. En términos de arte "descriptivo, plástico y armonioso"[135] define Demetriou el resultado de la escritura de Gómez Carrillo. A la vez expone las preferencias de nuestro autor en cuanto a su defensa de la teoría de que el artista debe ser, ante todo, obrero capaz de pintar, esculpir, esmaltar, pulir, grabar,… con el

[132] Id., p. 236.
[133] *Ibid.*
[134] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante,* ed. cit., p. 16.
[135] Demetriou, S., *op. cit.*, p. 232.

objetivo de crear la "frase mármol", la "frase color" y la "frase orquesta"".[136] Aquí se simplifica la atención puesta por Gómez Carrillo en impregnar sus obras con aromas de estas otras artes, la escultura o la música. Objetivo que colmará con creces en todo su esplendor, traduciendo con palabras músicas lejanas o sonidos de fondo, o elevando ante los ojos del lector estatuas o edificios milenarios, en especial en sus crónicas de viaje, pero también en otras de sus múltiples crónicas sobre cualquier otro tema capaz de captar su atención por la belleza que oculte.

Volviendo a temas pictóricos, Gómez Carrillo reconoce abiertamente la asimilación que es susceptible de aparecer entre realidad y arte poético y/o pictórico, entre paisajes y cuadros, donde se mezcla la poesía con el color, amén de otros aspectos sensoriales. Así lo expresan sus palabras dedicadas a los paisajes japoneses:

> ¡Cómo comprendo hoy a los que dicen que en el Japón los paisajes son más bien poemas que cuadros! Esta atmósfera de azafrán y de perlas en la paz de altos árboles quietos, parece un sueño de poeta realizado. Todo habla al alma, todo evoca visiones ideales. Un rimo delicioso anima las formas y hace palpitar los colores. En las lejanías, los seres que pasan noblemente, lentamente, envueltos en sus kimonos flotantes, son para mí, criaturas de un mundo fantástico. Los techos del templo, armónicos y magníficos, con sus filigranas de oro en fondo de laca roja, alárganse en la penumbra ondulando como dragones fabulosos.[137]

Este tipo de escritor viajero en el que predominaría la búsqueda de la visión impresionista, ya no sólo en lo que al colorido se refiere, sino que constituyó una línea de actuación muy utilizada en la literatura de viajes de la época. Todorov se refiere así al escritor francés Pierre Loti, autor de libros de viajes muy leído en la época, admirado por Gómez Carrillo y con quien fue comparado en términos halagadores llamando al guatemalteco el Loti castellano. Loti se fijó un solo objetivo en este tipo de libros: el de coleccionar sensaciones e impresiones. Sus escritos ofrecieron un modelo a seguir para aquellos que pretendían potenciar la sensación como tema en el relato de viaje. En esta línea Todorov afirma que : "Dans la dédicace de ce

[136] *Ibid.*
[137] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*, ed. cit., p. 275.

même livre (se refiere a la obra de Loti publicada en 1889, titulada *Madame Chrysanthème*), Loti déclare que ses trois principaux personnages sont: Moi, le Japon et l'effet que ce pays m'a produit".[138]

De forma más general, Todorov define un tipo de escritor viajero denominado impresionista, en la cual se encuadraría a la perfección el perfil de Carrillo de la siguiente forma, en la que literatura y pintura se mezclan y complementan:

> L'impressionniste est un touriste très perfectionné : d'abord il a beaucoup plus de temps que le vacancier, ensuite il élargit son horizon aux êtres humains, enfin il rapporte chez lui, non plus de simples clichés photographiques ou verbaux, mais, disons, des esquisses, peintes ou écrites.[139]

Prosigue Todorov, aludiendo de nuevo a Loti, comentando el origen de los motivos que inducirían a este tipo de escritor que viaja a la caza de sensaciones, origen que entroncaría con el gusto por el exotismo y la escapada de la realidad personal hacia lugares remotos donde encontrar paraísos perdidos, tanto geográfica como temporalmente, pues es recurrente la búsqueda del pasado en los países que se visitan,[140] tan acorde con el cosmopolitismo intrínseco de las directrices modernistas. Expone Todorov:

> Parfois, comme Loti, parce qu'il ne parvient plus à sentir la vie chez lui, et que le cadre étranger lui permet d'en retrouver le goût. D'autres fois, parce que comme le suggère Baudelaire dans « L'invitation au voyage », il aspire à trouver un cadre approprié à l'expérience qu'il vit, à l'être qu'il a déjà rencontré. L'expérience recherchée peut être de mille natures différentes : perception de sons, de goûts, d'images insolites, observations subjectives sur les mœurs des autres, ou encore rencontres érotiques.[141]

Al igual que hiciera Loti, Gómez Carrillo en su obra titulada *El primer libro de las crónicas*, se define a sí mismo como un escritor cuyo objetivo primordial y supremo en los desplazamientos realizados a otros países, es principalmente la captación de la sensación. Este querer traducir

[138] Todorov, T., *Nous et les autres*, Paris, Seuil, 1989, p. 343.
[139] Id., p. 379.
[140] Torre Montes, M.L., y Sueza Espejo, M. J., "Visión modernista de Jerusalén y Japón en las crónicas de viajes de Pierre Loti y Enrique Gómez Carrillo", en *Actas del I Congrès Luso Espagnol d'Etudes Francophones de l'Université d'Algarve*, Portugal, octubre 2007.
[141] Todorov, T., *op. cit.*, p. 379.

con palabras la sensación visual, sonora, táctil,…, se traduce en la practica de Carrillo un impresionismo descriptivo desde el cual contribuye a la renovación estética propia del modernismo, en cuanto la erradicación de expresiones gastadas por el uso, a favor de la utilización de vocablos musicales, coloristas, cálidos o fríos, llenos de plasticidad en definitiva, así como de una sintaxis simplificada y cercana, alejada del vacío enrevesado de lo retórico:

El insigne escritor español Miguel de Unamuno en su obra *Ensayos*, reconoce la valía de Gómez Carrillo en calidad de magnífico descriptor, además de gran evocador de paisajes, lugares, entornos o sensaciones, capaz de transportar al lector al lejano país tratado. Unamuno, refiriéndose a la obra de Carrillo dedicada a Grecia, ejerce la siguiente loa:

> Carrillo es un curioso, curioso como un griego; un hombre que recorre países y tierras a la busca de nuevas sensaciones, de visiones nuevas, de novedades en fin […]
>
> Y Carrillo con su Grecia, me ha hecho viajar no tan sólo por Grecia misma, lo que vale mucho, sino por mis propios reinos interiores, lo que vale mucho más.[142]

Aurora Cáceres, la escritora peruana que fuera su primera esposa, reconoce igualmente la excelente calidad de las obras de Carrillo, dada su excelsa capacidad de observación, cuyos resultados plasma en una escritura que merece definirse bajo el título impresionismo descriptivo. Dice Cáceres del que fuera su esposo: "Fisonomista prodigioso, psicólogo de paisajes, sin cavilaciones ni penetrar en profundidades severas, amablemente desliza la cinta cinematográfica de sus fantásticas visiones".[143]

No fue el impresionismo la única tendencia pictórica de la época con la que comulgó Gómez Carrillo. El prerrafaelismo,[144] otra corriente estética

[142] Unamuno, M., "La Grecia de Carrillo", en *Ensayos*, tomo 2, 7ª edición, Madrid, Aguilar, 1967, pp. 1046-1052.
[143] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 79.
[144] La Hermandad Prerrafaelita (*Pre-Raphaelite Brotherhood)* fundada en Londres en 1848, por John Everett Millais, Dante Gabriel Rossetti y Holman Hunt, fue una asociación de pintores, poetas y críticos ingleses, la cual, a pesar de su corta vida como grupo constituido (apenas un lustro), dejó sentir su influencia en la pintura inglesa hasta entrado el siglo XX. Los prerrafaelitas rechazaban el arte académico predominante en la Inglaterra del siglo XIX, centrando sus críticas en el fundador de la Royal Academy of Arts, a la cual responsabilizaban del estancamiento en el que se encontraba la

originada en Inglaterra, innovadora a la vez que contraria a las normas establecidas, estaba igualmente en consonancia con la visión literaria de Carrillo, especialmente en lo referente al gusto por la minuciosidad y cuidado en el detalle unido a la conquista de luminosidad colorista.

La búsqueda de la perfección literaria en las formas más que en el fondo, integrando tendencias parnasianas y simbolistas igualmente en boga en la época, fue la cruz de guía de Gómez Carrillo. El arte por el arte, la palabra como fuente de vida de la belleza eran para él una máxima. Por ello buscaba el vocablo exacta, el adjetivo concreto, el complemento perfecto, cuyo significado aportara luz y color, maravillosas imágenes plásticas y musicales, capaces de estimular cada uno de los cinco sentidos del ser humano, capaz de hacer sentir frío o calor, capaz de hacer distinguir entre tenues tonalidades de un mismo color, capaz de escuchar melodías lejanas. Para alcanzar el dominio de vocabulario que esta intención hacía necesario, cuenta Mendoza que Carrillo tenía en Gautier a un importante referente:

> Era su guía Gautier, para quien no había libro más digno de ser leído por un escritor que el diccionario. Y obedeciendo al maestro, Enrique habíase familiarizado con la lectura de las obras técnicas que tratan de oficios y de ciencias, y con los catálogos acerca de piedras preciosas y de metales; todo, con el objeto de llenarse la memoria de infinito y variadísimo número de palabras.[145]

El Modernismo no se limitaba a exigir un conocimiento minucioso del léxico, también había que ser extremadamente exigente en la elección de palabras para reflejar la imagen deseada ante los ojos del lector, el cual debían quedar extasiado, ante el placer rotundo de la belleza de una naturaleza que cobraba vida e intensidad, como demuestran los pasajes descriptivos de Gómez Carrillo. Para lograr estas visiones, auténticos cuadros podríamos afirmar, Carrillo seguía algunas pautas de escritura, pautas que son analizadas por Mendoza:

---

pintura, perpetuando el manierismo de la pintura italiana posterior a los genios italianos Rafael y Miguel Angel. Contrarios a esta postura academizante, ellos propugnaban el regreso al detallismo minucioso y al luminoso colorido de los primitivos italianos y flamencos, anteriores a Rafael (de ahí el nombre del grupo), a los que consideraban más auténticos.

[145] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 17.

> En materia de arte, guiábale una determinada tendencia hacia el perfeccionamiento, obedeciendo en todo a la flexibilidad y gracia que da el sentimiento a la belleza. Eliminaba en lo posible las jotas, por plebeyas. Suprimía al ras las metáforas segadoras, los verbos cáusticos y las delirantes contemplaciones, los énfasis retóricos y las actitudes prosopopéyicas. Porque, en esto, era como Goethe, para quien no había palabra que no representase algo.[146]

Su implicación con el modernismo lo demostró desde sus primeras crónicas y a lo largo de toda su producción periodística, siendo tal el arte demostrado en ellas, que llegó a ser considerado como el inventor de la prosa modernista, al mismo nivel del gran Rubén Darío, como renovador de la poesía y maestro del modernismo.

Tratar el tema de la corriente artística modernista y no hacer referencia a Rubén Darío sería inconcebible, dado que el renombrado poeta nicaragüense es considerado el maestro, el sumo sacerdote del arte modernista, en cuanto a poesía se refiere. La publicación de su libro de poemas titulado *Azul*, en 1888, constituyó la explosión y punto álgido del despegue de una nueva corriente poética en la que se pretendía, con total éxito en esta publicación, llevar a cabo una renovación de la lengua española, impregnándola de las cualidades plásticas, musicales y hasta pictóricas, que ya se podían hallar en la lengua francesa. El español Juan Valera, quien realizó un prólogo a la segunda edición de esta obra, dice reconocer en ella las influencias de autores franceses de la talla de Víctor Hugo, Alfred de Musset o Lamartine, entre otros.[147]

De igual modo nos parece inevitable, a la vez que interesante, establecer un paralelismo entre el gran renovador de la poesía en castellano, como fue Darío, y el que fuera considerado el renovador de la prosa, Enrique Gómez Carrillo.

Con una pequeña diferencia de edad entre ellos, pues Darío era unos seis años mayor que Carrillo, ambas trayectorias vitales y profesionales presentan características paralelas. Ambos hispanoamericanos, ambos

[146] Id., pp. 17-18.
[147] Véase el prólogo de Juan Valera a la 2º edición de *Azul* de Rubén Darío.

comenzaron sus carreras profesionales en el periodismo y el periodismo los envió a diferentes lugares para desempeñar labores informativas, ambos eran viajeros inquietos por diferentes países hispanoamericanos, también por España y Francia, ambos desempeñaron cargos diplomáticos y ambos fundaron revistas literarias, ambos se declararon conocedores entusiastas de París, ambos compartían su afición por la vida bohemia y las noches en vela recorriendo los cafés, disfrutando alrededor de unas copas y unos amigos, ambos contrajeron matrimonio el mismo año, en 1907, ambos eran asiduos de tertulias literarias, ambos dedicaron muchas líneas a analizar la personalidad junto con la obra de autores contemporáneos a los que admiraban, siendo algunas de sus obras dedicadas íntegramente a los "nuevos" poetas castellanos o franceses, y, sobre todo, ambos escribían porque les salía del alma, sin haber aprendido ni haber seguido ningún tipo de formación académica específica, uniendo a esto sus ánimos por remozar las estancadas letras castellanas, llenándolas de vida, música y color. De Gómez Carrillo ya conocemos su falta de interés por las instituciones de enseñanza, y Darío declaró en más de una ocasión que nunca aprendió a hacer versos, siendo esto una faceta innata en él, que ejercitaba de forma natural.

Algunos años más tarde, en 1896, tras la publicación de *Azul*, *Prosas profanas y otros poemas* supuso la consagración de la poética modernista inaugurada esplendorosamente por Darío, si bien otros autores como Julián del Casal, José Martí o Gutiérrez Nájera ya habían esbozado anteriormente la necesidad de cambios en la retórica restrictiva que padecía la lengua castellana.[148] La sencillez y poca complicación de las que hace gala Darío en los poemas de esta obra se convierten en línea a seguir por poetas contemporáneos. Existen poemas que deben ser considerados esenciales para comprender la novedosa estética que se estaba desarrollando. Poemas darianos como "Ama tu ritmo... " ó "Yo persigo una forma... " representan una nueva estética, tanto en lo conceptual como en lo formal, abriendo paso a la denominada poética modernista. Un renovado lenguaje enfocado a dar

[148] Schulman, I. A., "José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera: iniciadores del modernismo (1875-1877), en *Génesis del modernismo*. México, Colegio de México: Washington University Press, 1966.

cuenta de nuevos universos creativos. El deseo de crear sería la primera y única ley a seguir por el artista.

Frente a aquellos que ven en el modernismo un movimiento generado en Hispanoamérica, hay otros que lo consideran gestado en Europa, dada la evidente influencia de las ideas renovadoras sobre la estética venidas de Francia, las cuales, sabiamente asimiladas por hispanoamericanos posibilitaron el nacimiento de la novedosa concepción del arte.[149]

Las palabras clave del modernismo: naturaleza, color, música, imágenes, belleza, libertad estilística, exotismo, se reúnen admirablemente en los escritos de Gómez Carrillo. Aunque el propio Carrillo se pronuncia contrario al encasillamiento de los artistas bajo etiquetas o escuelas, defendiendo la individualidad y la unicidad de cada artista.[150] Cornwell apoya esta afirmación que constituía un rasgo definitorio de los modernistas, quienes se consideraban únicos y rechazaban encasillamientos artificiales.[151] Los modernistas se mostrarían de acuerdo, como expresan Amado Nervo[152] y Blanco Fombona,[153] quizá tan sólo básicamente en la concepción del modernismo en tanto que búsqueda de una renovación estética consecuencia de la renovación espiritual producida en sus defensores.

El hecho de ser original, único, a juzgar por las declaraciones de Aurora Cáceres, lo logró Gómez Carrillo plenamente, así como el de escribir

[149] Herrera, D., "Martí y el modernismo americano", *Revista Dominicana de Cultura,* vol. 2, Santo Domingo, 1955.
[150] De las charlas que Enrique Gómez Carrillo mantenía con sus compañeros de periódico, Mendoza nos hace llegar las palabras con las que expresó su postura respecto a la existencia de escuelas literarias: "-Pero –dijo Enrique cuando terminó Valle-, yo no creo en la fecundidad de las escuelas literarias, porque ni siquiera existen verdaderas escuelas en el sentido a que alude Rafael, ni en ningún otro concepto en que se las considere como elemento de organización, de orden y de trazos definitivos. […] Entre todos los jefes de las escuelas, nada hay que los una por el procedimiento, ni por el gusto, ni siquiera por el vocabulario. Cada uno es personal, único en su clase, distinguido en su género, especial en sus inclinaciones. […] Cada escritor, cada artista tiene un ideal, un sentimiento de la vida y de la verdad, según su propio temperamento. Los que sienten fuerzas en sí mismos, desdeñan la fuerza de la unión; porque los talentos son muy diversos y muy personales". Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 105.
[151] Cornwell, D., *op. cit*, p. 305.
[152] Nervo, A., *El Modernismo*, *Obras completas*, vol. I, Madrid, Aguilar, 1972.
[153] Blanco Fombona, R., *El modernismo y los poetas modernistas*, Madrid, Mundo latino, 1929.

de tal manera que las palabras cobraran vida. Añade Cáceres, aparte de definirlo como un descriptivo vigoroso e insuperable,[154] lo siguiente:

> […] he leído una crónica de Gómez Carrillo; aunque no llevase su firma le habría reconocido por el estilo: es lo mejor que yo conozco en literatura castellana; siempre encuentra la novedad de la frase, siempre sorprende con lo imprevisto y envuelve el conjunto de elegancia, de sonoridad; más que una lectura, parece que se hablase con él.[155]

Sobre su novedoso estilo se ha escrito mucho. Concretamente, en cuanto al relativo a las crónicas de viajes, siguiendo el gusto de la época por lo exótico y lejano, destaca nuevamente su primera esposa, también escritora:

> Su pluma se transforma en un pincel colorista que traza sinfonías con todos los oros que emanan del sol al hablar del rubio tabaco de Oriente, de la fumería de opio Anamita y de "aquellos ojos de ensueño y de misterios, de voluptuosidades y de tristezas".[156]

La misma autora cita en su obra *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo,* los elogios dirigidos a Gómez Carrillo por otras personalidades del mundo de las letras, quienes se descubren ante su maestría a la hora de escribir.[157]

2.2. Enrique Gómez Carrillo, difusor del modernismo

[154] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 33.
[155] Id., p. 17.
[156] Id., p. 78.
[157] La opinión de Marcel Lami es citada por Aurora Cáceres como sigue: "Gómez Carrillo posee en grado extraordinario el don divino, el don casi inhallable de la fantasía, una fantasía ligera que os orienta, os divierte y os encanta. Esta fantasía tan rara, tan contrastada, Carrillo la emplea en su vida, en sus libros, en su conversación" (pp. 18-19); igualmente dará noticia del comentario de Max Nordau respecto a las crónicas de viaje de Gómez Carrillo aparecidas bajo el título *EL alma japonesa*: "¡Cuánto arte, poesía, sensibilidad y frescura! Marcel Lami le hace a usted justicia; pero aún hay en usted un aspecto que el prologuista no ha evidenciado; esto es, la comprensión de todas las manifestaciones de la belleza, vuestra vibrante simpatía por toda emoción verdadera, prefiriendo las inconscientes, lo que hace de usted el más fino, el más armonioso reproductor de lo bello que existe actualmente en el mundo civilizado…"." (p. 29); Moréas habría opinado en la misma línea respecta a la obra anterior diciendo: "Es un monumento de intensidad artística descriptiva" (p. 49); también reproduce Cáceres las alabanzas de Khan respecto de las crónicas carrillistas dedicadas al Japón, pues, según Cáceres, dice Khan: "lo que se ha escrito en Europa con las cartas de Kipling es lo mejor informado, lo más hermosamente poético y más intuitivo que se ha escrito sobre el país Nipón" (p. 49). Cáceres, A., *op. cit.*

Carrillo, a quien se ha sido reconocida la labor realizada a través de su pluma como artífice de "transfusiones de belleza de unos países a otros",[158] dispuso siempre de privilegiadas tribunas desde las cuales pregonar y difundir las excelencias de este movimiento literario. Nos referimos a su implicación en las revistas *Nuevo Mercurio,* revista que fundó en París en 1907 y *Cosmópolis*, fundada en Madrid, y dirigida por él entre 1919 y 1922. Igualmente ejercitó su maestría modernista y la defensa de la misma en otras, con anterioridad a las revistas citadas, entre las cuales destacaremos especialmente su labor ejercida desde la rúbrica *Lettres Espagnoles* del *Mercure de France.*

La utilización del medio periodístico, a través de la crónica, en pro de la difusión de corrientes literarias estaba a la orden del día en el período de entre siglos XIX y XX, suscitando así el intercambio de ideas y pensamientos, sacudiendo espíritus adormecidos por el peso de la tradición ante la actitud de universalidad que pretendían las renovadoras tendencias artísticas finiseculares. Así lo ha evidenciado Lecrivain en un estudio sobre los medios literarios españoles,[159] en donde pone de manifiesto la situación de la prensa literaria en España, situación que sería la que viviría igualmente Carrillo, dadas sus relaciones con la prensa castellana e hispanoamericana:

> Ce cosmopolitanisme fit l'objet d'un débat ardent qui marqua toute la seconde moitié du XIXe siècle jusqu'aux années 1930, et donna lieu à de nombreuses querelles esthétiques et idéologiques. D'aucuns y voient une possibilité de revitalisation littéraire thématique et formelle après une longue période de repliement sur la tradition, […], alors que, d'autres, au nom du patriotisme littéraire se posent en détracteurs de ce qu'ils considèrent une colonisation culturelle et une imposition de moules et de modèles d'écriture, et réclament un retour aux sources nationales.[160]

Lecrivain comienza su artículo ofreciendo una panorámica de la situación de la prensa especializada en temas literarios, en la que destaca las relaciones fluidas existentes entre las literaturas castellana y francesa, y a su vez, con la iberoamericana, relaciones propiciadas por la circunstancia del

[158] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, Paris, Garnier, 1900, p. 8.
[159] Lecrivain, C., "La réception de Mallarmé en Espagne", *Revue d'Études Françaises*, Nº 52. Cádiz, Universidad de Cádiz, 2000, pp. 65-77.
[160] Id., p. 66.

importante número de hispanoamericanos residentes en París, con altos conocimientos literarios, colaboradores en gran número de revistas literarias, intercambiando noticias sobre literatura francesa o castellana hacia ambos lados de las fronteras, fomentando las relaciones trilaterales en cuanto a temas artísticos.[161] Como vemos, sería perfectamente el caso de Gómez Carrillo, escritor de crónicas literarias o sobre novedades, acontecimientos y ambientes artísticos parisinos para hacerlas llegar tanto a la sociedad española como a la hispanoamericana, y viceversa, desde su papel en el *Mercure de France*, comentando las tendencias españolas en Francia, promoviendo el debate y la circulación de ideas entre Europa y el Nuevo Continente.

Como anunciaba Lecrivain, algunos artículos o crónicas aparecidos en esta prensa especializada en temas artísticos y literarios, en tiempos de renovación, de abandono y refutación de escuelas establecidas en pro de innovadores cambios, levantaban agrias polémicas. Es de suponer que ciertas ideas de Carrillo, como la que expone en la revista venezolana *El cojo ilustrado*, a propósito de Mallarmé comparándolo a Góngora, al cual utiliza como excusa para así defender su inclinación hacia las novedades más al estilo de Verlaine, a favor de la sencillez contraria a la retórica, provocarían serias reacciones entre los partidarios de lo clásico y lo que hasta el momento se consideraba lo genuinamente castellano. Comenta Carrillo la obra de Mallarmé, en la que, haciendo gala de su gusto por los colores a la hora de definir o matizar algo, sólo ve predominantemente el color negro en tanto que alegoría de los obstáculos a la comprensión que ofrece, sin que por ello deje de considerarlo un gran poeta. Incluiremos un extracto de la contraposición efectuada por Carrillo entre los autores francés y castellano, en la que ni Mallarmé ni Góngora salen excesivamente bien parados:

> Algunos de sus poemas parecen jeroglíficos. […] gota de sol en diamante negro, fuego móvil de faro brillando por instantes en el firmamento negro, tal es, realmente el arte de Mallarmé – arte misterioso y sugestivo; pero sin robustez, sin pasión, casi sin vida; arte de artífice para algunos; arte de relojero para los demás.

[161] Id., pp. 65-77.

> […] Mallarmé vivirá en la historia de las letras francesas como Góngora vive en la historia de nuestras letras. Ambos fueron al principio grandes poetas sencillos; ambos complicaron conscientemente sus estilos; ambos fueron ininteligibles y admirables.[162]

Consciente como era de la repercusión de todo aquello que se publicaba, Carrillo tomó seriamente la determinación de que sus publicaciones tuvieran el efecto de las ondas acuáticas en cuanto a privilegiar y potenciar la expresión del modernismo. De su implicación vital en el periodismo como canal de irradiación e influencia en la sociedad, nos habla su amigo, compañero y biógrafo, Juan Manuel Mendoza, transcribiéndonos en discurso directo el sentir de Carrillo a propósito de la gran responsabilidad detentada por el periodista.[163]

Sabugo Abril incide en el aspecto del poco apego por lo académico que Gómez Carrillo demostró desde su juventud, no a modo de reproche, sino, más bien al contrario, para justificar la capacidad de búsqueda de la sorpresa, de lo diferente, como si una curiosidad innata le impidiera ceñirse a lo establecido y estancado, curiosidad que, al igual que otros nombres sobresalientes en el modernismo, fuese la condición *sine qua non* que permitiera germinar la semilla de los cambios estéticos originados a finales

[162] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense*, Colección "La Expresión Americana", Venezuela, Fundación "Biblioteca Ayacucho", 1993, pp. 117-121. El mismo artículo se halla publicado en la revista *El cojo ilustrado*. Venezuela, julio de 1897.

[163] Mendoza transcribe en estilo directo las palabras de Enrique en las que defiende la exclusividad de la dedicación del periodista a su noble labor teniendo en cuenta la repercusión que ello conlleva. Citamos las palabras de Mendoza referidas a Enrique: "Dándonos lecciones de periodismo, Enrique nos decía:

-El director de un diario debe vivir para su diario, al que debe consagrarle todos sus entusiasmos, sus inquietudes, sus fuerzas, sus ideas, sus ilusiones, su existencia. Un periódico de información, es quizá el organismo más delicado que existe en el mundo. Los hombres que se hallan al frente de esos rotativos lo saben por experiencia. Para ellos no existe más que su trabajo. En todas las partes donde los vemos, están trabajando. […] La actividad periodística es una fiebre perpetua. En medio de una fiesta íntima, en el teatro, en cualquiera parte, de pronto toma el periodista alguna idea que se le ha sugerido por las circunstancias y que es indispensable aprovechar para el diario. La masa de noticias, que todos los días se recibe en el periódico, no es sino la materia prima. Cada jefe de información, según sus gustos y los de sus lectores, según su don adivinatorio, según su suerte, descubre la vena que debe servirle al día siguiente para dar en el público una impresión fuerte. El azar es la musa que todos los días permite dar la nota original, interesante, extraordinaria. […] Hay una cosa aterradora para un periodista: es pensar que lo que él escribe se reproduce en millones de ejemplares y va a influir en millones de cerebros. […] Decir al público lo que debe hace, lo que deber pensar, lo que debe adorar, lo que debe creer, lo que debe destruir, constituye la mayor responsabilidad". Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, pp. 286-287.

del siglo XIX, los cuales, a su vez, ejercerían su influencia sobre el modernismo. Expone Sabugo:

> […] El verdadero conocimiento, en el sentido de la existencia, no está en los libros, sino en la vida. El escritor es un intuitivo que va más allá de las verdades aprendida, de los lugares comunes que dan cualquier forma de teoría, tan profundamente caduca. El escritor busca una cierta forma de perennidad. Escribe para rescatar las palabras de su muerte cierta, de su olvido, si no se inmortalizan en belleza. Por eso, el poeta, inventor de la inmortalidad de las palabras, reniega. Los estudios académicos transmiten los códigos estéticos de una sociedad o clase determinada, los tópicos convertidos en teorías o dogmas. Los jóvenes modernistas: Rubén Darío, Juan Ramón, Villaespesa, Antonio Machado, Valle-Inclán o el mismo Gómez Carrillo, no podían encontrar en estudios retóricos o de poética, siquiera a nivel elemental, la revolución poética que se avecinaba; en las aulas no escuchaban palabras como parnasianismo o simbolismo.[164]

2.2.1. *El Nuevo Mercurio*

Su creación de la revista *El Nuevo Mercurio*, en 1907, fue recibida con ánimo y expectación, por la conjunción de cosmopolitismo, arte, literatura y modernidad que se presentaba en una misma publicación. Comenta Eduardo de Ory al respecto:

> Se notaba verdaderamente la falta de una buena revista en castellano, de una revista nueva, completamente nueva y moderna y cosmopolita, donde la actual generación de escritores pudiera decir su pensar; donde no se pusiese vallas a sus ideas; una revista, en fin, que sirviese de bandera y de escudo a los intelectuales de hoy y que sirviera de lazo de unión entre los de España y de América. Y esa gran revista que nunca llegaba surgió bajo la dirección de Carrillo, alma luminosa del periodismo.[165]

Resalta Eduardo de Ory tanto lo magnífico de esta publicación, así como lo original de alguna de sus secciones, pues subraya: "Fue *El Nuevo Mercurio*, sin duda alguna, la mejor revista literaria que ha existido en

[164] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, pp. 183-184.
[165] De Ory, E., *Los maestros jóvenes: Enrique Gómez Carrillo*, París, Garnier, 1909, p. 34.

lengua española. Entre los muchos atractivos que nos traía la revista de Carrillo mencionaré las enquêtes que abrió".[166]

La existencia de este tipo de publicaciones ponía de manifiesto el interés que por la literatura francesa en particular, y por la literatura en general, se respiraba en los inicios del siglo XX, como afirman estudios sobre las relaciones franco-hispanomericanas de la época:

> En France, les élites hispano-américaines francophiles, bercées de culture française venaient en nombre. Il convient d'insister, en particulier, sur le rôle de la colonie intellectuelle hispano-américaine de Paris. Diverses revues en portent témoignage. L'une des premières fut *Le Mercure de France* qui, dès 1897, ouvrit une rubrique importante dédiée aux Lettres hispano-américaines. La Première Guerre mondiale ne changea pas substantiellement cet état de fait. Quatre revues produites simultanément par des Latino-Américains résidant à Paris virent le jour autour de 1914 : *El Nuevo Mercurio* de Gómez Carrillo, *Elegancias* de Rubén Darío, *El Mundial Magazine* et la *Revue Sud-Américaine*. Les trois premières entièrement rédigées en espagnol contrastaient avec la dernière publiée en français par Leopoldo Lugones.[167]

Esta revista sólo publicará doce números. El de diciembre de 1907 será el último, y en él Carrillo se despide de los lectores del *Nuevo Mercurio* resaltando que no verá más la luz, a pesar de su éxito, de las muchas felicitaciones recibidas y de lo desinteresado por parte del editor, el director y los eminentes escritores colaboradores. Confiesa Carrillo, no habiendo podido sufragar los gastos de impresión y correo, se habrían visto abocados a cancelar la publicación. No obstante, no culpa de ello ni a la consideración de que nadie compra literatura ni a la falta de cultura en España y América. El adiós de Carrillo, sin embargo, no es pesimista: "Otras revistas hay que viven y prosperan. Si de algo quisiéramos quejaros sería de nuestra mala suerte. Mas tampoco de eso nos quejamos. Nuestra despedida no es amarga ni triste. Apenas algo melancólica".[168]

---

[166] Id., p. 35.
[167] Huerta, M., *Amérique Latine*. http://www.adpf.asso.fr/adpf-publi/folio/mondesfrancophones/04.pdf p.3. Consultada el 05/05/2001.
[168] De Ory, E., *op. cit.*, p.40 ó *Nuevo Mercurio*, nº 12. diciembre de 1907.

Ignacio Zuleta, en su estudio sobre la revista parisina de Carrillo da cuenta de la amplitud y variedad de los enfoques desde los que fueron tratados los temas tocantes al movimiento modernista de la época. Del mismo modo, enuncia la serie de autores que escribieron en ella así como la de los artistas a los cuales se dedicaron líneas en esta revista que se convirtió en referente e importante publicación literaria modernista, incluyendo en su estudio sobre el *Nuevo Mercurio*, un índice de los artículos, ensayos, crítica, crónicas, encuestas, poesía, narrativa, teatro, etc. publicados a lo largo de sus doce números.[169]

Otras voces lamentaron igualmente el final de esta publicación, mas les quedaba el consuelo de que la pluma de Gómez Carrillo no enmudecería tras esta desaparición. Así expresa su sentir Eduardo de Ory ante la noticia del cierre de la revista del cronista guatemalteco: "[…] pero Gómez Carrillo no ha perdido su tribuna, porque él tiene muchas tribunas y eso nos debe consolar, pues siendo así, sus prosas, aladas como mariposas de sol, como perfumes de clavel, no se alejarán de nuestros ojos".[170]

Acto seguido, tras el fin de la importante empresa que representó para él la dirección de *El Nuevo Mercurio*, Enrique emprendió viaje hacia Grecia para sumergirse en el país heleno, inmersión de la que nacería su libro sobre aquel país, publicado en 1908, prologado por su gran amigo y compañero de vida bohemia, griego de nacimiento, Jean Moréas, libro traducido al francés ese mismo año por Bartez, con el título de *La Grèce Éternelle.*[171]

2.2.2. Enrique Gómez Carrillo y *Lettres Espagnoles* del *Mercure de France*

[169] Zuleta, I., "El Nuevo Mercurio (1907)", *op. cit.*
[170] De Ory, E., *op. cit.*, p. 40.
[171] Gómez Carrillo, E., *La Grèce Éternelle*, Traduit de l'espagnol par Ch. Bartez, Paris, Librairie Académique, Perrin et Cie., Libraires-Éditeurs, s.a. 1908.

La aventura de esta revista venía precedida por su colaboración, entre 1903 y 1907, con el *Mercure de France*, concretamente en la sección *Lettres Espagnoles*, sección que pretendía dar a conocer las letras castellanas al público francés. Cuando esta colaboración comienza, como afirma Liliana Samurovic,[172] Gómez Carrillo era ya una personalidad literaria reconocida, con una larga y prolífica producción periodística, modernista consagrado y valorado por sus relaciones con otros grandes representantes de la literatura. Pone de relieve igualmente esta autora, el papel de lazo de unión que, con esta labor, llevó a cabo Gómez Carrillo, acercando la actualidad de dos realidades distantes, la de la hispanidad y la de lo francés. En palabras de Samurovic, Carrillo: "Lucha con gran tesón para establecer un contacto intelectual más profundo y más completo entre los países hispánicos y Francia".[173]

El hecho de que Carrillo no hiciera distingos entre las literaturas de España e Hispanoamérica, ya desde su primer artículo y al contrario de otros autores de la misma revista,[174] constituye un hecho interesante, ya que se señala como pionero al insertar la renovación que las letras y estilos estaban experimentando, en un marco común de interrelaciones y avances. Así lo ratifica el estudio de Liliana Samurovic.[175]

Este deseo de hermandad a través del arte literario entre uno y otro lado del Atlántico lo expresaría claramente nuestro cronista en el primer número de esta revista parisina, uniendo nombres sobresalientes de estas dos procedencias:

> Et de tous ces efforts on voit déjà jaillir un nouvel idiome littéraire, apte à tout dire, et avec lesquels de purs artistes tels : Octavio Picón, Rubén Darío, Valle Inclán, Jacinto Benavente, Bobadilla, Martínez Sierra, M. Bueno, Maetzu, Blanco Fombona,

[172] Samurovic Paulovic, L., "Enrique Gómez Carrillo, redactor de "Lettres Espagnoles" en el *Mercure de France* (1903-1907)", *Revista Iberoamericana*, vol. XXXIII, enero-junio, 1967, nº 63, p. 71.
[173] *Ibid.*
[174] Díaz Romero, E., en "Lettres hispanoaméricaines", *Mercure de France.*
[175] Samurovic Paulovic, L., o*p.cit.*, pp.73-74.

> Manuel Machado et quelques autres, font des oeuvres admirables ou charmantes.[176]

En esta primera crónica[177] aparecida en la citada rúbrica, realiza Gómez Carrillo un análisis acerca del grado de conocimiento existente en Francia respecto a España así como de la literatura escrita en castellano, constatando finalmente la existencia de un gran desconocimiento por parte de ambas junto con la pervivencia de rancios tópicos respecto a ella enraizadas en suelo galo. Nos sorprende el hecho de que en esta crónica ensalce las virtudes de la literatura española, cuando para él, en la mayoría de los casos, lo español quedaba supeditado a lo francés, como hemos podido comprobar en muchas de sus afirmaciones, fundamentalmente en su última obra autobiográfica en la cual recrea sus nada positivas impresiones durante sus primeros meses de permanencia en Madrid. Realiza esta defensa, quizá un tanto exagerada, del potencial literario de España subrayando la muerte de los tópicos anquilosados sobre el país y su literatura, en los siguientes términos: "Mais en face d'elle une nouvelle nation se lève déjà, avec de nouvelles forces. Car il y a une nouvelle Espagne toute Européenne, toute internationale, et il faut être aveugle pour ne pas la voir".[178] Puede referirse Carrillo a aquellos escritores españoles intransigentes con las tendencias literarias renovadoras, las cuales desprecian por el simple hecho de su procedencia extranjera.

El tema fundamental que presidió la rúbrica de Gómez Carrillo en esta publicación, fue el ensalzar el modernismo en oposición a corrientes literarias anteriores, si bien no lo hizo a base de posicionamientos personales, sino utilizando para ello otras opiniones, otros procedimientos, entre ellos el de la entrevista al precursor del citado movimiento Rubén Darío. Afirma Samurovic en relación a la diversidad de estrategias puestas en práctica por Carrillo en su defensa y difusión de los dictados del movimiento modernista:

> Mientras dure su actividad en el *Mercure de France* él concederá mucho espacio a los diferentes problemas suscitados

[176] Gómez Carrillo, E., "Lettres espagnoles", *Mercure de France*, noviembre, 1903, t. 48, p. 550.
[177] Id., pp. 546-551.
[178] Id., p. 549.

> en la literatura hispánica por la corriente modernista literaria. Utilizando encuestas, cartas personales, declaraciones de diferentes escritores, entrevistas, tratará en sus crónicas de casi todos los problemas del modernismo.[179]

Incluso a la hora de comentar una obra nueva, Carrillo no exponía sus puntos de vista abiertamente, prefiriendo apoyarse en la de otros críticos, limitándose a resumir el asunto de la obra en cuestión. "Se diría que él dudaba en expresar su propio criterio sobre una obra nueva",[180] sospecha Samurovic.

A modo de ejemplo, citaremos el procedimiento seguido por Carrillo en su tratamiento del tema del modernismo al reproducir nuestro cronista la carta que le enviara Manuel Machado en respuesta a instancias del propio Carrillo, cuando éste trataba de dilucidar, para el gran público que aún tenía dudas al respecto, la cuestión de la definición del modernismo. Así pues, Carrillo inserta en Lettres Espagnoles la carta que le dirigiera Manuel Machado tratando el tema del modernismo, de la cual citamos un extracto:

> Il y a chez nous beaucoup d'écrivains, je ne dirais pas modernistes, mais modernes, qui n'ont rien autre de commun que de ne se ressembler en rien les uns aux autres. Le caractère, donc, de notre actualité littéraire, c'est l'anarchie, l'individualisme absolu.
>
> Tous, il est vrai, ont renoncé aux formes de la vieille rhétorique ; mais influencé chacun par des tendances distinctes, venues pour la plupart de France, ou bien livrés à leur propre tempérament, ils suivent des sentiers complètement différents, sans avoir créé d'école, sans prétendre non plus la créer et, qui plus est, médisant de toute école artistique, excommuniant d'avance tous les fidèles à venir. Il est évident que, malgré eux-mêmes, les plus forts, ou les plus doués, d'une moralité plus accusée ou entrainée derrière eux un certain nombre d'imitateurs plus ou moins désorientés par la versatilité de leur modèle. […]
>
> Une fait général est cependant à signaler dans la littérature espagnole moderne: elle est plus personnelle, plus intime, plus humaine qu'elle ne l'a jamais été. Il semble que tout écrivain n'a plus qu'une seule préoccupation: le style au sens exact du mot, au sens où « le style, c'est l'homme » ; et voilà pourquoi tous songent à être eux-mêmes rien qu'eux-mêmes et à se créer un style personnel. Cela les conduit très souvent à la pose et même à l'extravagance, mais le défaut n'est plus, fort

[179] Samurovic Paulovic, L., *op. cit.*, p. 75.
[180] Id., p. 84.

> heureusement, de vouloir ressembles aux bons modèles. Ceci marque un grand pas quant au fond. Quant à la forme et à l'art, le progrès est encore plus sensible. […].[181]

Tras exponer las características definitorias del modernismo, Machado prosigue, mezclando con el tema de clarificar la esencia modernista, elogios a quien fuera su amigo, hasta el punto de considerarlo, y así proclamarlo, como el introductor y propulsor del modernismo en España. Estas son las palabras que Manuel Machado dirige a Gómez Carrillo: "[…] Vous-même, qui êtes parmi les premiers, vous avez exercé une puissante influence sur tous nos chroniqueurs et sur un bon nombre de poètes".[182]

El aspecto renovador que el modernismo introdujo en la literatura, tan clásica y encorsetada en rígidas normas hasta entonces, lo asimila Machado en esta misma carta, al papel que ha jugado en su difusión y en la renovación de las letras castellanas, el cronista Gómez Carrillo:

> La prose castillane qui était à son apogée admirable –aux mains de Quevedo et de Hurtado, était morte ensuite, une fois livrée aux générations suivantes, et jamais, en Espagne, on n'avait plus mal écrit qu'il y a dix ans… […] Les premières chroniques et nouvelles de vous qui se lurent à Madrid furent la révélation d'une nouvelle renaissance de la langue. Agile, aisée, ailée, votre prose montra à vos lecteurs que le castillan peut sauter, et courir, fluide et léger, en phrases admirablement rythmiques et douées, libre de formes classiques, conforme à de nouveaux états d'esprit et à des modernes cérébralités. Vous fûtes le premier, et beaucoup vous ont suivi : les uns au pied de la lettre, d'autres sans vous copier, tout en vous admirant.[183]

El procedimiento consistente en la presentación de la opinión de nombres relevantes de la literatura respecto al modernismo, fue utilizado por Carrillo de manera reiterada con idéntica intencionalidad, la de profundizar en el tema de la corriente modernista. Lo corrobora el hecho, por citar alguno más, de que otra carta con la respuesta de Emilia Pardo Bazán, si bien menos explícita que la anterior, sea también publicada en *Lettres Espagnoles*. En ella dice Pardo Bazán:

---

[181] Gómez Carrillo, E., "Lettres Espagnoles", *Mercure de France*, 1 de mayo de 1907, t. 67, p. 169.
[182] *Ibid.*
[183] *Ibid*.

> Je ne vois pas très bien le modernisme en tant que phénomène du développement littéraire en ces vingt dernières années. Ce que je vois mieux, ce sont ces manifestations dont quelques-unes m'intéressent beaucoup. Je crois qu'en son ensemble le modernisme est une prolongation et une réaction du romantisme.[184]

No sólo se servía Gómez Carrillo de opiniones de los partidarios de esta nueva tendencia, además rentabilizaba las de aquellos que le eran contrarios, dejando entrever, de cuando en cuando, su discreta aprobación o desaprobación ante ellas. Así pues, publicó la respuesta que Unamuno le enviara respecto a su visión negativa de la citada corriente. Y tras ella, en la siguiente crónica publicada, en respuesta a lo comentado por el gran escritor español, asistimos a la defensa tajante del modernismo en primera persona de la mano de Carrillo, la cual toma tintes un tanto ofensivos, pues se refiere a D. Miguel de Unamuno en estos términos: "Vous avez, sans doute, une intelligence mervilleuse, vous jonglez solennellement avec des idées générales. Mais vous êtes le jongleur de province".[185]

Esta airada respuesta no impediría que, poco tiempo después, Gómez Carrillo solicitara al consagrado literato que le hiciera el honor de escribir el prólogo de su obra dedicada a Grecia.

En términos generales, la postura de Gómez Carrillo, aunque ésta se mostrara de forma subliminal, pues ensalzaba a unos y denostaba a otros, era la de la defensa a ultranza de lo moderno rechazando lo antiguo, anquilosado o caduco. Parece ser, que para él, la mayoría de los autores españoles de renombre pertenecían a esta segunda categoría, por lo tanto, no gozaban del aprecio de nuestro cronista, siendo numerosas las ocasiones en las que no elogiaba su labor. Explica Samurovic que no se trataba de un sentimiento antiespañol, sino más bien de la no aceptación de la posición antimodernista de aquellos.[186]

---

[184] Id., p.168.
[185] Gómez Carrillo, E., "Lettres espagnoles", *Mercure de France*, septiembre 1904, t. 51, p. 835.
[186] Expone Samurovic: "Si él había mostrado una cierta hostilidad hacia algunos escritores españoles, se debía a que éstos eran "conservadores", es decir, adversarios del modernismo y no porque fueran españoles". Samurovic Paulovic, L., *op. cit.*, p. 82.

Las opiniones de Gómez Carrillo en la rúbrica del *Mercure de France* dejaron sentir, en alguna ocasión, ciertos vaivenes, como es el caso de las crónicas dedicadas a la figura del autor dramático español Echegaray, con motivo de la concesión del premio Nóbel a éste en 1905,[187] en las que su posicionamiento respecto a la calidad y merecido reconocimiento de este escritor pasa del blanco al negro en breve espacio de tiempo. Transcurrido mes y medio de la concesión del prestigioso galardón a Echegaray, Gómez Carrillo consagra una crónica a la obra de este escritor, inscribiéndola en la tendencia romántica que vivía ya sus postrimerías y que, por lo tanto, carecía de interés para el lector moderno. "Gómez Carrillo se colocó abiertamente de parte de aquellos que habían acogido con un silencio completo la noticia de la distinción acordada a Echegaray", como resalta Samurovic.[188]

Sin embargo, tres meses después, escribió otra crónica dedicada al reciente premio Nóbel[189] en la que brillaban los elogios hacia el galardonado. En España, tras el silencio general de los medios culturales y políticos ante tal distinción, estallaron numerosas muestras de admiración por el anciano escritor. Carrillo se sumó, como anteriormente lo hiciera a los detractores, a los admiradores de Echegaray, pasando de considerarlo un autor caduco a "[…] celui qui incarne encore l'âme chevaleresque de notre race".[190] Justifica nuestro periodista su cambio radical en su ofuscación por el modernismo, dejando de lado todo aquello que no estuviera en su radio de acción y sobre todo, en su oposición ante todo aquello que entroncara con tradiciones pasadas.[191] En esta postura de no negar su valor literario a la obra de Echegaray pero de colocarla en el rancio pasado castellano, coincidiría Carrillo con otros intelectuales españoles, entre ellos, Unamuno.[192]

---

[187] Gómez Carrillo, E., "Les Mémoires d'Echegaray", *Mercure de France*, 1 de febrero de 1905, t. 53, pp. 379-385.
[188] Samurovic Paulovic, L., *op. cit.*, p. 81.
[189] Gómez Carrillo, E., "L'Hommage National à Echegaray", *Mercure de France*, 1 de mayo de 1905, t. 55, pp. 137-141.
[190] Id., p. 140.
[191] "J'ai péché comme les autres! J'ai essayé, avide de vie moderne, d'action moderne, avide de demain, avide d'égoïsme moderne, j'ai essayé de faire croire à ceux qui ont la bonté de me lire que cette couronne que le monde entier nous envie, ornait le front d'un mort", *ibid.*
[192] Unamuno, M., *Obras Completas*, t. X, Madrid, 1961 p. 29.

Su última crónica publicada en *Lettres Espagnoles* del *Mercure de France*[193] la centrará Gómez Carrillo en aclarar el concepto "modernismo", pues tras comprobar la expansión y popularidad del término, constata que no existiría una definición completa y global de la "nouvelle école". Intenta clarificar Carrillo: "Malheureusement, personne jusqu'aujourd'hui, n'a prouvé qu'il connût à fond les bases de la littérature *modernista*".[194] Siguiendo con el método anteriormente utilizado a lo largo de sus crónicas, evitará implicarse directamente recurriendo a la opinión de otros autores, lanzando una serie de cuestiones respecto a la escuela modernista para que quien lo desee se pronuncie al respecto.[195] Así obtuvo cartas de defensores y detractores del modernismo, cartas que más tarde publicarían en el *Nuevo Mercurio*.

Reprocha Samurovic a Gómez Carrillo, tan polarizado por su "penchant" modernista, el no haber concedido relevancia a otras corrientes literarias que coexistían en España junto a esta tendencia,[196] si bien reconoce que ejerció una labor de difusión y afianzamiento de las obras de "las jóvenes literaturas de su continente", inmersas en esta nueva escuela.[197]

Concluye Samurovic destacando el papel destacado que desempeñó Carrillo, a través de estas crónicas en *Lettres Espagnoles*, como precursor del desarrollo de las relaciones entre la intelectualidad de España e Hispanoamérica, superando períodos anteriores de antagonismo,[198] resaltando el estilo propio y original de sus crónicas impregnadas de "actualidad y vivacidad"[199] y, finalmente, calificando estas crónicas como

[193] Gómez Carrillo, E., "Lettres Espagnoles", *Mercure de France*, 1 de mayo de 1907, t. 67, pp. 167-172.
[194] Id., p. 167.
[195] Dice Gómez Carrillo "Au lieu de parler pour notre propre comte, nous aurons donc recours à tous ceux qui considèrent avec intérêt les divers phases de la vie littéraire, et a eux tous, qu'ils soient jeunes ou vieux, qu'ils soient conservateurs ou révolutionnaires, nous demanderons leur opinion sur le sujet qui nous occupe". *Ibid.*
[196] Samurovic Paulovic, L., *op. cit.*, p. 83.
[197] Id., p. 84.
[198] Id., p. 82.
[199] Íd., p. 83.

"documento auténtico precioso, digno de la literatura española de la época, al menos de la vida literaria y de sus problemas durante este período".[200]

La relevancia de la labor de Gómez Carrillo para el mundo de las letras castellanas, desde su posición predominante en París fue innegable, desde las perspectivas de difusor de cultura hispanohablante en España, Francia e Iberoamérica, de lazo de unión entre intelectuales de la época, de diferentes procedencias territoriales. Sabugo ratifica así lo aquí expuesto e incluye alusiones a alabanzas recibidas por Carrillo incluso de personalidades literarias poco proclives a lo francés, como sería el caso de Miguel de Unamuno:

> Gómez Carrillo, en el París de tantos sueños literarios, fue animador de la cultura y un crítico perspicaz y sensible, admirado por figuras como Rubén Darío o los Machado. Incluso Unamuno, tan opuesto a su estética y a su vivir extravertido, le tuvo en su consideración y le dedicó algunos artículos.[201]

No sólo redujo Carrillo su intervención al ensalzamiento del modernismo en estas y otras revistas. También realizó a través de ellas una labor de mecenas en cierto modo, ya que utilizó su puesto e influencia para dar trabajo a amigos-literatos-bohemios en estado de necesidad, o bien para dar a conocer a nuevos valores de la literatura con nuevos enfoques. Sabugo incide en este aspecto de la vida del escritor guatemalteco:

> Gómez Carrillo, bohemio, acomodado en cargos diplomáticos, corresponsalías, colaboraciones, ayudaba a los menos favorecidos por la fortuna, tantas veces bohemios-pobres, de solemnidad, santones de la estética, como aquel Sawa, persona transfigurada en personaje literario, al que también hizo un hueco en sus revistas.[202]

Así es como se explicaría su relación con los Machado, llegados a París donde eran unos desconocidos para la intelectualidad, cuya calidades de jóvenes promesas artísticas, fueron apreciadas por Carrillo en 1899, cuando coincidieron trabajando para la casa Garnier, y años más tarde, sus caminos se cruzaron de nuevo. De estas relaciones consolidadas a lo largo

[200] Id., p. 84.
[201] Unamuno, M., "La Grecia de Carrillo", ed. cit., pp. 1046-1052.
[202] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 185.

de varios años, explica Sabugo Abril, ensalzando la figura de mano tendida, de mano amiga, la actitud mostrada por Gómez Carrillo, en concreto hacia los Machado:

> Leyeron sus poemas a Enrique Gómez Carrillo, crítico de prestigio, quien alabó la calidad estética de los poetas noveles. Antonio Machado […] volvería otra vez a París, en 1902, para ocupar un puesto de funcionario en el consulado de Guatemala. Aquí se ve la mano de ayuda de Gómez Carrillo, entonces cónsul de su país. Había en este, además del escritor un tanto olvidado, un animador de la cultura, y un ayudador de jóvenes talentos; de alguna manera fue un cónsul de las letras hispánicas, aunando voluntades distantes en empresas cosmopolitas; fue un gran defensor, impulsor de la poesía y tal vez un adelantado de lo que mucho tiempo después, los americanos, tan pragmáticos como aprovechados, llamarían nuevo periodismo.[203]

2.2.3. *Cosmópolis*

Otra nueva aventura editorial de Gómez Carrillo fue la revista *Cosmópolis*, realizada esta vez no en París, como *El Nuevo Mercurio*, sino en Madrid. A modo de presentación general del contenido de la misma, escribe Ulner: "Allí se hallan artículos de índole literaria, política, filosófica y artística, así como reseñas de libros, crónicas y noticias".[204] Añade la opinión del crítico Boyd G. Carter, quien ofrece una definición de la misma: "destaca como el principal órgano del vanguardismo hispánico en los comienzos del movimiento".[205]

De igual modo, reseña Ulner a los colaboradores de la citada revista, para ofrecer una aproximación a la calidad alcanzada por la misma:

> Además del mismo Gómez Carrillo, se cuenta entre sus autores a Paul Adam, Maurice Maeterlinck, R. Cansinos-Assens, Manuel Machado, Paul Deschanel, Guillermo de Torre, Luís G. Urbina, Juan Douchitch, Gabriel D'Annunzio, José Tible Machado, Rufino Blanco Fombona, Georges Duhamel, Arturo Torres-Rioseco y Jorge Luís Borges.[206]

---

[203] Id., p. 184.
[204] Ulner, A., *Enrique Gómez Carrillo en el Modernismo 1888-1896*, *Dissertation Abstracts Internacional.* Columbia, University of Missouri, 1973, p. 44.
[205] Carter, B., citado por Ulner, A., *op. cit.*, p. 45.
[206] Id., pp. 44-45.

Sabugo presenta la intención de Gómez Carrillo en esta publicación, citando incluso las propias palabras del director de la misma en pro de la realización del hermanamiento que Carrillo creía posible, basado en la existencia del tesoro de la lengua común:

> Gómez Carrillo crea C*osmópolis* como un universo abierto, plaza mayor, ágora, para escribir y hablar, para dialogar y comprenderse. "Yo querría hacer eso. Yo querría que en las 200 páginas mensuales de mi Cosmópolis colaboraran los mejores de España con los mejores de América, para que viéndose juntos se diesen cuenta de que son individuos de la misma raza, hijos de los mismos padres, soñadores de las mismas quimeras…" Sobre las ruinas del imposible imperio político, proclama el imperio espiritual de una misma cultura y una misma lengua, un abierto cosmopolitismo de conocimiento e intercambio y no al nacionalismo estéril que conduce al aislamiento y ala muerte en un provincianismo de cortos vuelos.[207]

Sobre esta publicación y el que fuera su director, Sabugo Abril realiza un interesante estudio, en el cual analiza la orientación y características, tanto de la publicación como de quien la dirigía. Así define a ambos:

> *Cosmópolis* es una revista de E. Gómez Carrillo, cuyo título casaba bien con su talante de hombre liberal y universal. […], buscaba la manera de sacar a la luz una nueva revista que uniese en sus páginas a los mejores escritores de España y de América, e incluso a internacionales; para que en la lectura y en el diálogo se conociese, pues se ignoraban con el desprecio o con la incomprensión. […] En la primera página de *Cosmópolis,* en la presentación, Gómez Carrillo explica las muchas reticencias y malos entendidos que existían por aquella época entre españoles e hispanoamericanos […].[208]

Pone de manifiesto este investigador la confrontación total y abierta existente entre las corrientes literarias clasicistas del pasado recientemente anterior e inmediato en el tiempo, tanto en España como en Hispanoamérica, con respecto a los aires renovadores que impregnaban las nuevas formas de entender y de construir la literatura. Igualmente resalta el hecho de que Gómez Carrillo daba buena cuenta, a través de las páginas de *Cosmópolis*, del abismo que existía entre ambas:

[207] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 188.
[208] Id., p. 187.

> Gómez Carrillo critica el hispanoamericanismo huero de Ateneo y conferencia, verborrea retórica de aquellos tiempos "ateneístas", de palabrería hueca en polémicas culturales, lecciones magistrales, mítines y tertulias. La lengua hablada, academizante, legalista, política, alimentaba los periodos amplios, las imágenes biensonantes de una escritura sin hondura, sin intimidad, convertida en discurso. La sencillez de los noventayochistas y el buen gusto modernista, transformaron una prosa parlamentaria, huera, redundante, en un estilo sencillo, claro o breve -con paradigma en Azorín; o un estilo decantado, rítmico, coloro, musical, de un Valle-Inclán o Juan Ramón.[209]

Cuando Gómez Carrillo escribía: "El arte literario, en efecto, lejos de acercarse cada día más a las ideas, corre hacia las formas. Es un arte. Quizá el arte por excelencia […]. El arte debe ser arte, sin teorías, como la belleza es la belleza, como la vida es la vida",[210] dejaba patente la brecha entre la concepción de una literatura vehículo de ideas, de moralidad,…, propia de actitudes artísticas anticuadas, frente a la original visión de una literatura, que si debiera ser vehículo de algo, sería tan solo de vehículo de belleza. La coincidencia de numerosos autores respecto a la primacía de la belleza y la necesidad de ausencia de imposiciones que pusieran trabas a la eclosión de la misma, en la perspectiva modernista es evidente, como atestigua la frase definitoria de modernismo como "movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza", que pronunciara el premio Nóbel español Juan Ramón Jiménez, bastantes años después de los inicios del modernismo, concretamente en 1935.[211]

Respeto al binomio belleza y libertad característico de los modernistas y tan presente en la filosofía de Carrillo, apunta Sabugo:

> Hay aquí, implícito, un antiacademicismo visceral, una búsqueda del primitivismo, los orígenes puros de antes de la cultura, siendo palabras que aparecen absolutas, belleza, amor, vida, eran la misma verdad sencilla. Gómez Carrillo, y también los modernistas, separaban la creación (arte) de la crítica (teoría).[212]

---

[209] *Ibid.*
[210] Gómez Carrillo, E., "El arte de trabajar la prosa artística", artículo que salió con motivo de la publicación de un libro de Valle-Inclán, en *El modernismo*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1914, p. 301.
[211] Cornwell, D., *op. cit.*, p. 306.
[212] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 186.

Pudo Gómez Carrillo llevar a cabo este deseo de enfoque literario, consiguiendo plasmar la belleza en sus producciones escritas, a juzgar por las palabras de Ory, referidas a sus crónicas de países lejanos:

> Y Carrillo aspira a decir las cosas tal como las ve con sus ojos de artista, de artista sutil y refinado. Acaso lo vea todo de color de rosa, pero eso no es un defecto; muy al contrario, es una cualidad. […] ¡Loado el que sólo nos habla de lo bello, de lo seductor, de lo emocionante, porque es señal de que quiere alejarnos de las tristezas de la vida para darnos, en cambio, la alegría de la impresión![213]

No circunscribe Ory sus alabanzas al terreno de la crónica de viajes carrillista, sino que concluye por dar esa calificación al conjunto de la obra del guatemalteco: "Toda su obra es un conjunto de belleza que converge en un prisma risueño de frescura, reflejando la juventud, símbolo imperdurable de esa misma belleza".[214]

Efectivamente, esta búsqueda de los orígenes, de la belleza en sí misma sin otro pretexto que ella misma, la ejercía Gómez Carrillo en todas y cada una de sus crónicas, ya se tratase de una crónica sobre cualquier aspecto sutil, quizá de la moda femenina, u otra dedicada a cualquiera de los insignes artistas, literatos o no, a cuyas personalidades y obras, dedicó tantas páginas, sin olvidar, evidentemente, sus crónicas de viajes, donde el color, el olor, el calor o el frío, en definitiva, la sensación era tratada de transmitir en toda su belleza e intensidad a través de las palabras más adecuadas poéticamente. De esta manera, Carrillo llevaría al ámbito de la prosa la renovación modernista que Darío había operado en lo poético. De esta renovación que le dio fama y renombre, se hace eco Sabugo Abril al afirmar:

> Adquirió fama como maestro de la "crónica", prosa cuidada, de ingenio sutil, aprendida y modelada en la prosa francesa, implantada con éxito en España. Hay una revolución estética modernista en el verso y también la hay en la prosa. […] La transformación modernista afectará al vocabulario escogido, preciosista, musical, colorista, al ritmo de la prosa, a la sintaxis.[215]

[213] De Ory, E., *op. cit.*, p. 28.
[214] Id., p. 29.
[215] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, pp. 185-186.

Contemporáneos de Gómez Carrillo, afirmaban igualmente la función renovadora que ejerció Carrillo en la prosa a través de sus crónicas, prosa que, quizá uncida por sus relaciones con Darío y su admiración por éste, se presentaba totalmente impregnada de poesía. Ory realza este hermanamiento entre prosa y poesía en la pluma de Carrillo, lo cual lleva a Ory a concluir que su amigo Enrique es un poeta de la prosa, hasta ensalzarlo como sigue: "[…] es el más poeta de los artistas de la prosa, y al que ha creado, al tejer sus poemas de luz y frivolidad, una literatura preciosista, llena de matices, de sensaciones, llena de símbolos y de aromas fragantes…".[216]

No sólo llega a esta conclusión Ory, sino que, yendo incluso más lejos y coincidiendo con Aurora Cáceres, concede a Gómez Carrillo el estatus de artista único, dado su estilo enteramente original y particular:

> Ningún artista de la prosa ha conseguido hasta el día de hoy reflejar tan escrupulosamente las cosas como Gómez Carrillo. Sus capítulos de viajes los firmaría orgulloso Edmundo D'Amicis si viviese, que era, acaso, el que más acertadamente ha dado la sensación de los pueblos, y si añadimos que Gómez Carrillo hace sus descripciones en una prosa suya, exclusivamente suya, de un estilo único, comprenderemos que su triunfo pueda igualarse al del escritor italiano.[217]

Concluirá Sabugo que la obra de Gómez Carrillo es modelo de modernidad y de innovadora concepción de la escritura, una escritura ecléctica y global pero ante todo, viva:

> Ahí están sus libros, crónicas varias, que nos dan una experiencia directa de la vida, antes que libresca, ensoñada. Gómez Carillo aunaba el estilo crónica con la visión reportera, moderna, una prosa entre la epopeya cotidiana y el lirismo galante.[218]

Cuando, a partir del nº 37 de la revista, Hernández Catá releva a nuestro cronista en su labor de director de la citada publicación, Sabugo

[216] De Ory, E., *op. cit.*, p. 43.
[217] Id., pp. 24-25.
[218] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, pp. 186-187.

considera que "La experiencia cosmopolita de Gómez Carrillo, en vida y literatura, se había cumplido".[219]

Siempre tuvo Gómez Carrillo la fijación de combatir lo antiguo e insípido, lo típicamente castellano hasta la época, en favor de las nuevos aires renovadores en el mundo de la escritura, aires que si venían de Francia, veía en ellos Carrillo todas las virtudes y perfecciones. En esto consistió fundamentalmente, como ya hemos tratado, su línea de actuación en muchos de sus artículos y crónicas, así como en aquellas publicaciones las cuales dirigió. Añadir a esto que, siguiendo la misma dirección, proyectaba otras acciones, como sería el caso de escribir una obra dedicada al método de escritura y al análisis de la obra del maestro Gustave Flaubert, de la cual incluso da el título, *Imitación de Nuestro Señor Flaubert*, y cuyo objetivo consistiría en demostrar cómo el estilo de este gran maestro, no por lo sencillo era fácil ni producto del azar o de una virtud innata del escritor, sino todo lo contrario, como pretendería demostrar nuestro cronista, su producción era el fruto de un encarnizado trabajo de investigación y documentación antes de realizar el acto de escritura, y posteriormente, de muchas relecturas, correcciones y refinamiento continuo de las páginas escritas, hasta alcanzar la perfección deseada por el autor.[220] Este proyecto no llegó a realizarse.

Aparte de estas publicaciones en las que Gómez Carrillo se consagró íntegramente a la corriente intelectual, literaria y artística que más encarnaba su filosofía de vida, es decir, el modernismo, éste tuvo además otro papel protagonista dentro de su producción en libro, ya que una de sus obras, publicada en Madrid en 1905, lleva por título, precisamente, *El Modernismo.*[221] Entre los diferentes capítulos, apartados o crónicas que lo integran, de cuyo conjunto podemos decir que representa en gran parte el resumen de los puntos capitales referentes a todo aquello que más interesó a Carrillo, a todo aquello que lo apasionó en la vida y en la literatura, a todo cuanto dedicó sus esfuerzos, análisis y reflexiones a lo largo de su

[219] Id., p. 191.
[220] Enrique Gómez Carrillo, E., *El Modernismo.* Madrid, José Blas y Cía., 1905, pp. 304-307.
[221] Id.

existencia, esto es, la literatura, la poesía, los escritores en particular y los artistas en general, el periodismo, las mujeres (reales o protagonistas de la ficción literaria[222]), la parisién en particular, el teatro y la escritura), podemos destacar el último de ellos, titulado *El arte de trabajar la prosa artística,*[223] el cual consideramos susceptible de representar plenamente el manifiesto modernista aplicado al ámbito de la prosa. Además de erigirse en modelo a seguir por amantes del modernismo, ya que este libro fue muy bien acogido tras su publicación, dando fe de ello las palabras de Ory, afirmando que proporcionó gran fama al autor, gracias al novedoso, peculiar y artístico estilo en el que estaba escrito.[224]

2.3. El arte de trabajar la prosa según Enrique Gómez Carrillo

En *El Modernismo,*[225] obra recopilación de artículos, crónicas o ensayos, se enmarca el ensayo titulado "El arte de trabajar la prosa", que como su nombre indica, está concretamente dedicado a exponer las ideas de Carrillo respecto a dotar de forma artística la escritura en prosa. Allí se encuentran las bases del ideario de Carrillo respecto al arte: "El arte debe ser arte sin teorías, como la belleza es la belleza, como la vida es la vida",[226] o "El arte literario, en efecto, lejos de acercarse cada día más a las ideas, corre hacia las formas".[227] En estas dos frases lapidarias se concentra el meollo de su visión del arte de escribir, que podría resumirse en su labor incansable enfocada a equiparar la escritura en prosa a la altura de sinónimo de belleza, sin más pretensiones. De ello se deduce que su postura sea contraria al clasicismo de reglas y constricciones. De hecho, el citado ensayo comienza aludiendo a la publicación de un libro de Valle-Inclán, para introducir la

[222] Nos referimos al capítulo dedicado a *Las mujeres de Zola* en la obra de Gómez Carrillo titulada *El Modernismo. op. cit.*
[223] Id., pp. 300-317.
[224] Afirma De Ory: "Pero la obra que, acaso, ha dado más renombre a Gómez Carrillo es la titulada *El Modernismo*. En ella es donde el joven Maestro da más brillantes muestras de su estilo preciosista y afiligranado". De Ory, E., *op. cit.*, p. 23.
[225] Enrique Gómez Carrillo, E., *El Modernismo, op. cit.*
[226] Id., p. 301.
[227] Id., p. 300.

polémica existente en el momento, entre clasicistas y renovadores, en el cual atacan directamente a Baroja como representante de esta postura academicista y antimodernista. Introduce Carrillo su exposición con el preámbulo de la alusión referente a la polémica suscitada por la publicación de ese libro de Baroja, pues del mismo comenta Carrillo: "hace hablar en estos momentos del arte de trabajar la prosa con amoroso cariño de artífice"[228] y se alzan voces en contra, diciendo "Labor inútil",[229] o a favor proclamando "Labor fecunda entre todas",[230] felicitándose Gómez Carrillo de que los que abogan por esta última posición, aún siendo una minoría, sean una minoría representativa del futuro y por ende, de la modernidad. No ahorra Gómez Carrillo la puntada despectiva contra la literatura castellana, perfilándola bajo el prisma de uno de los defectos que él le atribuye, defecto que sin duda, para él, es el origen de su falta de compromiso con los avances y los cambios, de su anclaje en el lastre del pasado, en definitiva, se refiere a ella como "nuestra literatura perezosa".[231]

La frontal oposición de algunos sectores al clasicismo imperante en la literatura castellana de finales del siglo XIX y principios del siglo XX se hace patente de igual forma en este artículo, ya sea expresando las opiniones de Gómez Carrillo contra la corriente clasicista en general, ya sea directamente contra algunos de sus defensores con nombres y apellidos. Así es como nuestro cronista ataca al clasicismo como corriente literaria, diciendo, para afianzar su exposición sobre el arte con valor en sí mismo, como belleza formal en esencia:

> Es el arte emocional y sugestivo. Todo lo abarca. Contiene la sustancia entera del Universo. Pero la contiene en belleza y esto es lo que no quieren comprender esos espíritus groseros que sólo piden al literato que "diga cosas", que "tenga ideas", como si el arte tuviese algo más que su propia gracia y su propia divinidad.[232]

Las alusiones directas a adeptos de lo clasicista toman nombre en este artículo refiriéndose a Pío Baroja, al cual alude Carrillo directamente

[228] *Ibid.*
[229] *Ibid.*
[230] *Ibid.*
[231] *Ibid.*
[232] Id., pp. 300-301.

denostando su partidismo por la literatura práctica en detrimento de la búsqueda de la belleza. No lo hará en términos suaves precisamente:

> Pero esto, ¡oh! Baroja, no lo podéis comprender vosotros los pesados cultivadores de la rutina; vosotros los que creéis que se escribe para decir algo, vosotros los que ignoráis que una página bella no tiene más deberes que una bella rosa; vosotros los que consideráis la frase como un vehículo; vosotros los lamentables irreligiosos de la gran religión del ritmo.[233]

Quiere dejar claro Gómez Carrillo que, esencialmente, la concepción de una literatura-belleza desnuda de otras pretensiones, no conlleva directamente una facilidad en el acto de la escritura, sino todo lo contrario. Explicita Carrillo, que la adopción por el artista de esta postura implica: "los que trabajáis la frase con meticuloso cariño de orfebres",[234] un arduo trabajo, una compleja labor que hará experimentar "el exquisito dolor de escribir".[235] También con ocasión de mostrar a un representante de esta tendencia, presenta al escritor belga Camille Lemonnier,[236] ensalzando su personalidad junto con su estilo artístico, acorde con los gustos de Gómez Carrillo. La obra de Lemonnier es presentada como el fruto de un laborioso esfuerzo, donde brilla por excelencia su riqueza de vocabulario, aspecto éste que el mismo Carrillo trabajaba, considerándolo fundamental a la hora de escribir con la vista puesta en dar exacta cuenta de la belleza que se pretendía transmitir al lector. La excelencia en el uso del vocabulario, aconseja nuestro cronista, será alcanzada, entre otras estrategias, gracias al estudio de los diccionarios. Igualmente reproduce Gómez Carrillo en estilo directo, el consejo de Lemonnier de dedicarse a la lectura de diccionarios si se desea obtener un fluido y rico acerbo léxico.[237] No será al único artista feroz trabajador de las palabras y del estilo al que Carrillo apelará. El gran Flaubert también es invocado por Carrillo en su calidad de "mártir del

[233] Id., p. 301.
[234] *Ibid.*
[235] *Ibid.*
[236] Camille Lemonnier (1844 -1913), escritor belga, especialmente prolífico, cualidad que le valió el apelativo de "el Zola belga". En cuanto a su estilo, trataría de sacudir y despertar la imaginación por medio de la fuerza del color y las imágenes, oponiéndose a lo real y aproximándose al simbolismo. En este aspecto coincidiría con el estilo de Carrillo, ocupándose éste de resaltarlo al considerarlo definitorio del artista en cuestión.
[237] Enrique Gómez Carrillo, E., *El Modernismo, op. cit.*, p. 302.

trabajo",[238] junto con Baudelaire[239] o Gautier[240] entre otros, sin olvidar a los Goncourt, de quienes afirma Carrillo que "En sus obras se ve el triunfo del detalle",[241] aunque ellos mismos, según Gómez Carrillo, reconocieran su particular visión de la gramática, idea que nuestro cronista recoge en su obra: "Nosotros –dijeron- tenemos una gramática que no es la de los gramáticos".[242] No deja pasar la ocasión el cronista guatemalteco para dar cuenta, del mismo modo, que, si bien la ingente y ardua labor de estos genios de la literatura es digna de alabanzas, también les minó la salud.[243]

Esta necesidad de dedicación al conocimiento exacto de la variedad y especificidad del vocabulario, compartida por Carrillo con Lemonnier,[244] le sirve al guatemalteco para atacar de nuevo a la actitud estancada e inmóvil de las letras castellanas a la que aludía en líneas anteriores, y decimos castellanas para referirnos a la lengua castellana en sentido amplio y no sólo a la de España, dado que Carrillo denuncia esta dejadez como defecto existente tanto en España como en Hispanoamérica. Así lo hace constar abiertamente en este artículo, a la vez que funda en el citado conocimiento y estudio de las palabras, la base de la grandeza de que puede hacer gala la literatura francesa, la cual, decantándose en materia de estilo, por lo estético en detrimento de lo gramatical, habría obtenido como resultado un refinamiento sublime, en opinión de Gómez Carrillo.[245]

Ataca abiertamente Gómez Carrillo a los dictatoriales y rígidos clasicistas contrarios al modernismo a base de metáforas originadas en la naturaleza, tales como: "Nuestros gramáticos, siendo poco artistas, han

[238] Id., p. 305.
[239] Id., p. 307.
[240] Id., p. 309.
[241] Id., p. 313.
[242] Id., p. 314.
[243] Id., p. 316.
[244] No será esta la única postura que compartan ambos escritores. Igualmente compartirían su rechazo a ser encasillados en corrientes literarias, defendiendo la libertad y originalidad única de cada artista. Así lo expresaba Lemonnier: "*Je me refuse à planter uniquement des choux dans mon jardin ; je n'entends pas être la vache broutant sa zone d'herbe autour de son piquet ; j'honore, mais sans envier de lui ressembler, le casseur de pierres voué à l'entretien d'un rayon départemental. Bref, lorsqu'il me serait lucratif et commode de me cantonner, à l'exemple d'autrui, dans un immuable périmètre - (les firmes fructueuses ne sont qu'à ce prix), - je m'évade vers de variables latitudes et rechigne à me laisser cataloguer sous une étiquette*". Lemonnier, C. *Esthétique Dame de Volupté*, 1892.
[245] Enrique Gómez Carrillo, E., *El Modernismo, op. cit*., p. 303.

secado la fuente viva de nuestra lengua literaria, obligándonos a no salir de los moldes tradicionales".[246] Carrillo acusará con nombres propios a los responsables de esta sequía agostadora del estilo. Prosigue nuestro cronista, en consonancia con lo anteriormente expuesto, adjudicando el poco agradable calificativo de *espíritus groseros* a aquellos que no quieren advertir la única obligación de la literatura, es decir, su consagración exclusiva a la belleza. Para estos partidarios de lo establecido, para los que no sólo se niegan a aceptar y compartir las nuevas tendencias, sino que se empeñan en entorpecer e impedir su desarrollo, Carrillo ejerce labores de venganza dedicándoles más descalificativos:

> Nuestros tiranos, (los Cejador, los Balart, los Cuervo), han empleado su ciencia en disminuir el tesoro heredado, suprimiendo las hojas secas a pesar de sus lindos matices desfallecientes, y en impedir la formación de nuevos tesoros, poniendo vallas para que lo nuevo no pueda entrar. Y si esto han hecho con el vocabulario, peor aún se han portado con la forma, con la plástica, con el ritmo.[247]

Por medio de la reiteración, Gómez Carrillo alude tanto a las preferencias como al carácter censor de estos gurús de lo preestablecido, pues les reprocha: "La única música por ellos aceptada es la del amplio período clásico. En cuanto a las modernas y caprichosas maneras harmónicas, prohibidas. La frase corta, nerviosa y desarticulada, la frase que salta, y ríe, y goza, prohibida".[248]

Fundamenta Carrillo su apoyo incondicional al modernismo, en las opiniones de personajes consagrados de la literatura francesa afines a sus creencias artísticas. Así, acude a Loti con el fin de dar prestancia a sus tesis, y cita la toma de posición de éste, favorable a la suya propia, reproduciendo las palabras pronunciadas por el maestro de la crónica de viajes Pierre Loti: "que sabe proclamar "que la gramática y la belleza son enemigas".[249]

Tras esta defensa de lo moderno y este rechazo del clasicismo, redunda nuestro cronista en el tema de la falta de comprensión que los

[246] *Ibid.*
[247] Id., pp. 303-304.
[248] Id., p. 304.
[249] *Ibid.*

innovadores sufrirían tanto en España como en Hispanoamérica. Asegura Carrillo que, frases como la anteriormente citada de los Goncourt respecto de su particular interpretación de la gramática, hubiera sido recibida allí con desprecio. Afortunadamente, según hace constatar Gómez Carrillo, en Francia, en París concreta Carrillo, esto sería imposible, dada la especial sensibilidad hacia la belleza que, en su opinión, se respira en todos y cada uno de los ambientes parisinos.[250] Por ello, la pervivencia de la suprema belleza se encontraría en París por siempre garantizada. "El amor por la belleza está en la sangre de este pueblo",[251] concluye Gómez Carrillo en su crónica dedicada al arte de trabajar la prosa.

El análisis de la los preceptos propugnados por Carrillo respecto al arte de trabajar la prosa, acordes con la tendencia modernista, representan en ellos mismos una suma ecléctica de diferentes concepciones artísticas inspiradas por diversas personalidades consagradas en la literatura de la época. Así resume Cornwell esta afirmación, refiriéndose a Gómez Carrillo:

> […] admite en la "revolución técnica del modernismo una variedad enorme de elementos y de arquetipos; los modelos que él cita para quienes deseen "trabajar" artísticamente la nueva prosa incluyen "la frase-mármol a lo Saint-Victor [romántico], la frase-color a lo Flaubert [realista], la frase orquesta a lo D'Annunzio [decadente/simbolista][252]

Otro hecho significativo en el que los modernistas coinciden, y que Carrillo representa plenamente, fue el ser, a la vez que creadores del movimiento, críticos del mismo. Expone este hecho Cornwell, resaltando que, a pesar de no existir entre ellos un acuerdo unánime en cuanto a la definición del movimiento modernista, coincidían los escritores-críticos del modernismo en el entendimiento de "la naturaleza sincrética de ésta en el más profundo de los sentidos: voluntad de nuevos y eclécticos valores formales que expresaban una sensibilidad y una angustia casi metafísicas".[253] Coincidencia que incide en la feroz unión ante su defensa de

[250] Id., p. 315.
[251] *Ibid.*
[252] Cornwell, D., *op. cit.*, p. 319.
[253] Id., p. 321.

la originalidad particular e individual de cada uno y ante el rechazo a imposiciones dogmáticas de cualquier otra escuela.[254]

2.4. Ambientes literarios en torno a 1900

En sus obras, nuestro autor realiza numerosas alusiones a los ambientes literarios ya sean de Europa, de su Guatemala natal, o de España, en el paso entre los siglos XIX y XX, analizando a través de la descripción de las tertulias literarias y a las "querellas" que lo literario levantaba en la época. Estas alusiones son particularmente interesantes en su autobiografía[255] y en ella nos basaremos en gran medida para subrayar la visión de ambientes culturales de la época en las diferentes latitudes en las que se desenvolvió nuestro escritor.

2.4.1. Referencias al ambiente cultural de la Guatemala de sus primeros años

Alguna breve alusión hace Carrillo en su primer libro autobiográfico con la finalidad de calificar la precariedad del ambiente intelectual en su Guatemala natal, rememorando constantemente lugares comunes anquilosados en aquella sociedad, los cuales no propiciaban la posibilidad de paso a novedosos enfoques:

> Las tertulias menudeaban por las noches, recordándose allí la soberbia arrogancia de los viejos castellanos, estimulados por la riqueza y las auras populares que da el fácil predominio. Las intrigas palaciegas, los intríngulis políticos, las visiones seráficas de las monjas, los dramas pasionales y las tétricas hazañas del

[254] *Ibid.*
[255] Gómez Carrillo, E., *Treina años de mi vida, op. cit.*

> bandolerismo; todo allí era pasto de la censura o del elogio, según fuese la índole de los tópicos.[256]

Respecto a las modestas manifestaciones artísticas a las que se podían asistir en la pequeña ciudad de provincias guatemalteca, figuraba el teatro, sin que éste fuera, por el contrario, el vehículo de grandes expresiones culturales, reflejando la siguiente cita Gómez Carrillo la pobreza del ambiente cultural de la ciudad en la que viera la luz nuestro cronista:

> Por temporadas venían algunas compañías dramáticas, de comedia o zarzuela, patrocinadas por el apoyo oficial de nuestros gobiernos. De otro modo no podían sostenerse estas empresas, por no corresponder las entradas a los gastos ocasionados. En esto habíase desarrollado poco el gusto por el arte escénico, pues los capitales se encontraban en pocas manos. Para el pueblo –las clases pobres en su estado más reducido- había, una vez por semana –los domingos generalmente- funciones acrobáticas, a campo raso, no bajo las enormes carpas en que las vemos ahora.[257]

Circunscribiéndose a los aspectos literarios, de manera detallada, Carrillo nos hace partícipes del revuelo que provocó entre sus compatriotas guatemaltecos, en 1890, el primer artículo de crítica literaria publicado en la prensa de su país, sobre las obras del encumbrado escritor también guatemalteco José Milla y Vidaurre, en el cual un adolescente Carrillo, además de poco formado académicamente amén de conocido por su arte en perpetrar travesuras, osaba exponer su opinión crítica y sincera de los fallos de los que adolecía la obra del que era considerado allá como el Cervantes guatemalteco.[258]

Este episodio de su juventud cobraría tintes casi dramáticos, hasta el punto de que su padre le aconsejara no seguir en la crítica al autor guatemalteco admirado y consagrado como intocable, pues temía D. Agustín, padre de Enrique, que dichas opiniones de su hijo publicadas en la prensa, junto con su actitud en no cejar en decir aquello que considerase oportuno, sin considerar las consecuencias colaterales ciertamente desafortunadas, provocaran algún incidente grave, (como el abucheo público

[256] Mendoza, J. M., *op. cit.*, t. 1, p. 29.
[257] Id., pp. 33-34.
[258] Gómez Carrillo, E., "Primer artículo, primer escándalo" en *El despestar del alma*, *op. cit.*

que los defensores de Milla propinaron a tío y sobrino, Enrique y José Tible respectivamente, mientras asistían a una representación teatral), dadas las dimensiones que iba cobrando la indignación popular entre los partidarios del arte de Milla y Vidaurre. El cariz que tomaban las cosas a raíz de este episodio, hicieron que la familia de Enrique viera con buenos ojos que su hijo partiera rumbo a Europa durante una temporada.[259]

Dichos recuerdos de Carrillo nos llevan a concluir que el ambiente literario de la ciudad de su juventud se encontraba plenamente inmerso en la defensa de los valores ya consagrados, no demasiado dispuesto a consentir otros puntos de vista ni reflexiones contrarias a lo establecido.

Por otro lado, nos relata también en sus memorias, el encuentro con Rubén Darío en Guatemala, donde el poder político del momento le reconocía su valor artístico, (apoyándolo con vistas a obtener beneficios que repercutieran en la conservación del poder establecido). Así pues, el Presidente Barillas, máximo mandatario del gobierno de Guatemala en aquel entonces, proporcionó al insigne nicaragüense lo que éste le solicitó, y que fue, lo necesario para la publicación de un diario. En este diario fue contratado Gómez Carrillo y su tío José. Éste fue el feliz comienzo de una relación de aprendizaje y camaradería entre el autor de *Azul* y los jóvenes guatemaltecos, entre los cuales surgió una química especial que favorecía el intercambio de ideas y nociones en lo periodístico, artístico, literario y la vida en general. Además, sería Darío quien apuntara al joven Carrillo la estela de París como fuente de todas las bondades, como vía de escape ante la pequeñez provinciana de la ciudad natal.[260]

2.4.2. Ambientes literarios madrileños en torno a 1900

Esa pequeñez provinciana, esta cerrazón intelectual, esta falta de gusto por conocer al otro, enmascarada por el velo del rechazo y desprecio

[259] *Ibid.*
[260] Gómez Carrillo, E., "Con Rubén Darío en Guatemala", en *El despestar del alma*, *op.cit.*

directo a todo lo que viniera de fuera, para ensalzar lo propio y lo establecido como si lo externo o novedoso constituyera una amenaza, un virus capaz de infectar, de destruir lo oriundo, lo encontraría de nuevo Gómez Carrillo en Madrid, en 1891, ciudad en la que vivió unos meses, tras un breve paso por París. Describe Carrillo la manera en que las alusiones despectivas a lo que provenía de Francia eran constantes,[261] y no había excusa en pensar en que quienes esto opinaban fueran gente poco letrada, sino muy al contrario, personajes con alta formación académica y desempeñando altos cargos en la administración.[262]

En el tercer libro autobiográfico[263] reconstruye Gómez Carrillo el ambiente literario de tertulias de la ciudad madrileña. Por las páginas de *La miseria de Madrid* desfilan los nombres de gran número de autores consagrados de la literatura castellana, Clarín, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Juan Valera, Nuñez de Arce, Campoamor…, obteniendo cada cual, alabanzas o descalificaciones de los contertulios de turno y del propio Carrillo, que dejaba clara la impresión que cada uno de ellos le producía personalmente añadiendo incluso algunas anécdotas o detalles de la vida privada de alguno de ellos.[264]

El joven Enrique se sentía demasiado joven e inexperto como para tomar parte en aquellas tertulias literarias. Por esta timidez, que él mismo confesaba, no se atrevía a hablar entre los presentes a dichas charlas, y el hecho de ser invitado por uno de los pocos hombres de letras que le mereció respeto en aquellos meses madrileños a asistir a las tertulias de su librería enardecieron al joven Enrique, quien recuerda este hecho con cariño:

> Mi timidez y mi insignificancia manteníanme siempre fuera del corro de los elegidos. Yo me resignaba sin pena a mi papel de puro espectador, preguntando a cada instante a mi amigo

[261] Gómez Carrillo, E., "La vida madrileña" en *La miseria de Madrid*, *op. cit.*, pp. 102-109.
[262] Concreta Carrillo en el capítulo que las opiniones contrarias a lo francés provenían de representantes del mundo de la prensa, de la universidad y del parlamento, a los cuales concede los calificativos de grotescos e ignorantes. Id., p. 107.
[263] Id.
[264] Valga de ejemplo la referencia de una conversación a la que asiste Carrillo y en la cual se explicita el gusto por jóvenes señoritas de compañía de D. Ramón de Campoamor. Id., p. 215.

> quienes eran los que entraban o los que salían. Muy a menudo un nombre verdaderamente gloriosos llenaba mi alma de emoción.[265]

Aquel hombre que le merecía respeto, por la sencillez y amabilidad demostradas hacia el recién llegado Carrillo, amén de ser un verdadero intelectual interesado por la belleza artística, era Paco Beltrán, quien desde su puesto como dependiente en la librería de Fernando Fe, llegó posteriormente a ser un respetado e importante editor de la época.[266] Fue él quien se ofreció a ser su guía e introductor en le mundo de las tertulias literarias madrileñas. Lo cuenta Carrillo como sigue:

> Aquel dependiente de Fernando Fe conocía a todo el mundo, de todo el mundo sabía algunas anécdotas curiosas, a todo el mundo lo retrataba con unas cuantas pocas frases pintorescas. Con exquisita amabilidad me invitaba a ir a menudo a la librería, a la hora de la tertulia, para ver de cerca de Castelar, a Núñez de Arce, a Campoamor, a Echegaray, a Valera.[267]

No obstante, las tertulias madrileñas no le interesaban como lo hicieran las parisinas, dado que los contertulios asiduos no alcanzaban, en opinión de nuestro autor, suficiente grado de relevancia. Se queja Carrillo en *La Miseria de Madrid* de que en las tertulias no acudían los gloriosos nombres que él anhelaba frecuentar: Zorrilla, Campoamor, Blasco Ibáñez o Galdós. Destaca que eran otros nombres más de segunda fila como José María Rivero, Emilio Bobadilla, a quienes, unifica nuestro autor comentando, con cierto regusto de venganza, la labor de erosión llevada a cabo por el tiempo sobre aquellos nombres, quienes, según él, eran irrelevantes entonces, y el tiempo le habría dado la razón con su efecto de borrar sus huellas, siendo su obra totalmente desdibujada por el paso de los años:

> El núcleo cotidiano, indispensable y sempiterno de la tertulia no lo formaban, sin embargo, los maestros inolvidables, sino unos cuantos señores muy respetables y que entonces figuraban en primera fila, pero cuyos nombres yacen hoy sepultados en la fosa común del olvido.[268]

---

[265] Id. p. 204.
[266] Carrillo compara a Paco Beltrán al mismo nivel que grandes editores franceses de la época. Id., p. 134.
[267] Id., p. 150.
[268] *Ibid.*

Más adelante, cuando entró en contacto con alguno de aquellos máximos exponentes de las letras castellanas, se produjo el desencanto en la mayoría de las ocasiones, pues no reconocía a las glorias literarias que había concebido en su imaginación en aquellos hombres simples, vulgares y poco interesantes. Aunque no todo serían decepciones.

De Valera nos ofrece unas palabras que intercambiaron y que le granjearon la admiración de Gómez Carrillo, al mostrarse D. Juan Valera interesado por los literatos hispanoamericanos así como por coincidir en su concepción de una España y una Iberoamérica, hermanadas por el idioma, además de contar con el propósito común de difundir ambas literaturas en ambos continentes. Éstas son las palabras sobre Valera que Carrillo reproduce en su autobiografía:

> -No sabe usted –me dijo- lo que me hubiera gustado conocer toda la América española, que, al fin y al cabo, no es sino una prolongación de España en un continente de fabulosa belleza e increíble riqueza… Usted habrá leído mis cartas americanas… Me parece que hasta hoy ningún español de España había llevado a cabo una labor de fraternidad, de reconciliación de familia, mejor dicho, como esa en que yo estoy empeñado… Aquí el amigo Renjifo sabe lo aficionado que soy yo a buscar libros y autores de allende el océano para darlos a conocer en Madrid.[269]

La frontal oposición a lo francés de los ambientes literarios madrileños sigue siendo descrita por Carrillo en el tercer libro de su autobiografía. Recoge nuestro autor las palabras de alguno de sus compañeros al respecto: "¿Dónde tienen los franceses un Velázquez ni un Quevedo?".[270] En ellas se traduce la aversión, el desprecio que lo moderno despertaba en las grises almas madrileñas de la época, en un continuo mirarse el ombligo para no querer apreciar lo extranjero en general y lo francés en particular, en una actitud, utilizando los mismos calificativos que Carrillo concede a las obtusas mentalidades madrileñas, grotescas e ignorantes.[271]

[269] Id., p. 187.
[270] Id., p. 107.
[271] *Ibid*.

Al carácter y personalidad de los renombrados autores castellanos se refiere en términos similares a los anteriores cuando describe sus impresiones al entrar en contacto, al conocer o asistir a la conferencia de alguno de ellos. La desilusión es la norma general de la mayoría de los contactos literarios que Gómez Carrillo establece en Madrid. Ningún autor le parece interesante o cosmopolita. En su mayoría le merecen calificativos cercanos a pequeñez, estulticia y estrechez de miras. La visita de su admirado Nuñez de Arce le deja un mal sabor de boca, pues al verlo alejarse lo describe como "igualito a cualquier burgués de la villa",[272] o la persona de Echegaray, cuyas obras eran admiradas en Guatemala, según destaca Carrillo, lo desilusiona igualmente:

> […] poco después tuve la pena de ser presentado a un viejecito de aspecto no sólo vulgar, sino hasta algo grotesco, que recibía los homenajes de sus admiradores sentado en un sitial y sin quitarse ni la chistera, ni el gabán, ni la bufanda.[273]

De Castelar dirá, cuando otro compañero de tertulia le anuncia la identidad de aquel que recibía los parabienes de sus admiradores con cierto desdén: "Yo no podía, no quería creerlo. ¿Castelar aquel especie de Sancho Panza con chistera, que hablaba cual un arriero, que gruñía cual un cerdo, y que tenía ojos vidriosos que se le salían de la cara?".[274]

Pocos son los personajes de los ambientes literarios que sorprenden positivamente a Gómez Carrillo en su primer contacto con la capital española, como para dejarle huella y hacerlos merecedores de su estima. Sería el caso de Luís Bonafoux, Joaquín Dicenta o Emilio Bobadilla. Éste último fue uno de los pocos autores de renombre al cual el joven y tímido Enrique se atrevió a saludar en aquel ambiente en el que se sentía un don nadie. Bobadilla le causó buena impresión, dadas las cualidades sobresalientes en su personalidad, tan próximas al ideal y a la filosofía de vida de Enrique Gómez Carrillo. Véanse las admirativas líneas que Carrillo le dedica:

[272] Id., pp. 117.
[273] Id., p. 176.
[274] *Ibid.*

> El autor de *Capirotazos* hallábase entonces en el apogeo de su gloria, algo escandalosa. Joven, guapo, altivo, pendenciero, aparecía ante el público cual un mosquetero de las letras, capaz de disputarle los laureles de la fama al mismísimo y endiabladísimo *Clarín*. No se contentaba, como su paisano Bonafoux, con atacar a arañazos: sino que trataba, haciendo alarde de un novísimo aparato de erudición científica y cosmopolita, de destruir los ídolos de las más milagrosas capillas. Los primeros plagios de doña Emilia Pardo Bazán él los descubrió. El primero que sacó de sus casillas a Alas él fue… ¡Oh, ironía del destino! Doña Emilia y don Leopoldo habían sido, justamente, los protectores iniciales de aquel tropical iconoclasta…[275]

Muestra Carrillo la mezquindad que encontraba en los integrantes de las tertulias literarias de la capital española, más concretamente en la tertulia de Fornos o en la de la librería de Fernando Fe, al relatar el hecho de no haber recibido ni felicitaciones ni alabanzas por parte de aquellos contertulios a quienes admiraba y de quienes esperaba una palabra amable para sentirse integrado, con motivo de la publicación de su primera obra *Esquisses*, la cual mereció la suficiente atención de D. Leopoldo Alas como para dedicarle una carta[276] en la prensa del día.[277] En lugar de la natural alegría sana por el éxito de compañeros, dice Carrillo que encontró caras hostiles que le dejaron un imborrable y amargo recuerdo de aquel día que él esperaba triunfal.[278]

En este enrarecido ambiente de envidias y críticas a las adoradas tendencias venidas de París, preferidas por Carrillo, donde no cabía ni un ápice de renovación, innovación, cambio o apertura, pasó varios meses el desilusionado joven guatemalteco. En Madrid encontró justamente lo que en París le anunciaba uno de sus amigos y compatriota estudiante de medicina, un país anclado en el pasado, retrógrado y oscuro.[279]

Así pues, el desencanto cundía en la personalidad del joven Enrique que deseaba hallar en la patria de sus ancestros el rayo iluminador de las

[275] Id., p. 209.
[276] carta reproducida. Id., pp. 166-169.
[277] Gómez Carrillo, E., "El Primer triunfo", en *La miseria de Madrid, o. cit.*, pp. 110-114.
[278] Id., p. 114.
[279] Este estudiante, para hacer ver lo atrasado y lo retrógrado de España, le anuncia:" Figúrate que ahí, en España, en los hospitales, cuando operan a una mujer no la desnudan, porque está prohibido: no hacen más que desabrocharla; y luego la abrochan de nuevo, persignándose para que Dios los perdone…", en Gómez Carrillo, E., *En plena Bohemia, o. cit.*, p. 188.

letras castellanas, y que, por el contrario, no encontró sino oscurantismo. Por lo cual, exclamaba refiriéndose a las reuniones literarias madrileñas:

> […] en cada una de ellas se quedaba un poco de mis ilusiones adolescentes, un poco de mi frescura de alma, un poco de mi fe en la confraternidad juvenil. ¿Es esto –preguntábame siempre al salir de aquella atmósfera de rencores pequeños y de pequeñas presunciones-, es esto lo que se llama una reunión literaria? No volveré nunca… Pero volvía.[280]

Esta sensación de decepción ante las actitudes y comportamientos de los que eran considerados como intelectuales de la época, no es tan sólo una percepción subjetiva del joven Carrillo, influido por la distancia entre éstas y las tertulias que había vivido en París; otros contemporáneos, como Azorín, se refirieron a este ambiente como la "horrible bohemia madrileña",[281] apoyando así esta afirmación en el mismo sentido en que Enrique la hiciera.[282]

La experiencia de Gómez Carrillo en Madrid estuvo marcada por la mala suerte y las vivencias negativas, a pesar de haber logrado también pequeños triunfos, como la exitosa publicación de su primera obra *Esquisses*. Bien pudiera ser que esta visión negativa, pese a los buenos momentos en la ciudad vividos, estuviera influenciada por las penurias económicas que allí sufrió el joven guatemalteco. Aunque la obra en general exhala la palabra miseria en ambos sentidos, en el de la paupérrima situación económica de Enrique y amigos, y en el de la poca brillantez intelectual, moral, social,… que encontraría en la villa del oso y del madroño.

A esto se añadiría el hecho de que la estancia en Madrid venía precedida por los primeros meses de intensivo descubrimiento de París, la ciudad libre, la ciudad cosmopolita, la ciudad arte, la ciudad alegría, la ciudad global, donde había hablado, bebido y debatido con Verlaine y

[280] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid, op. cit.*, p. 171.
[281] Azorín, *Soledades* (1898), *Obras completas*, tomo 1, Madrid, Aguilar, 1947, p. 376.
[282] Al leer las impresiones que en este sentido hacía Carrillo en una revista parisina, Azorín las ratifica añadiendo que Gómez Carrillo no había tenido sus comienzos, afortunadamente, en Madrid, sino en París donde no reinan entre los intelectuales bajezas como las que imperaban en España. Dice Azorín : "Gómez Carrillo no ha tenido esa desgracia: la desgracia de hacer sus primeras armas literarias en esta tierra de viejos maestros que niegan justicia, de compañeros que calumnian, de periódicos que se venden, de editores que estafan". Id., p. 375.

Moréas, entre quienes se había sentido valorado y querido. El abismo entre los ambientes intelectuales de ambas ciudades acentuaría, aún más si cabe, la negatividad que Carrillo encontraba en Madrid, en contraposición a la brillantez parisina.

2.4.3. Ambientes literarios de la capital parisina en torno a 1900

Los ambientes literarios y artísticos de París son recreados por Gómez Carrillo en el segundo libro de su autobiografía, titulado *En Plena Bohemia*. Las personalidades que encuentra en París, al contrario de las madrileñas, cumplen con creces sus expectativas soñadoras y juveniles de superhombres artistas. Desfilan por las páginas de esta obra nombres de personajes con los que intimó profundamente y otros a quienes vislumbró tan sólo unos minutos, pero todos causaron tal emoción en el ilusionado corazón del joven, que veía en ellos la encarnación de sus dioses. Esas deidades serían Paul Verlaine, Jean Moréas, Oscar Wilde, Rémi de Gourmont, Stuart Merrill, o Théodore de Banville, entre otros.[283]

La descripción de las tertulias que en París se celebraban contrastaría igualmente con las que tenían lugar en Madrid. La participación alegre y festiva de los contertulios, el ambiente de bohemia artística en la que el arte era principio y fin de conversaciones apasionadas, la sincera camaradería entre los participantes, la veneración y el respeto por los autores consagrados, la sencillez de éstos y su cercanía ante sus jóvenes y desconocidos admiradores, el hecho de que cualquier rincón, cualquier café, cualquier restaurante, a cualquier hora del día o de la noche, con cualquiera, incluso con una sencilla modista,[284] fueran lugares idóneos para consagrarse al placer de elucubrar sobre el arte y los artistas, encantaban al joven Carrillo.

[283] Gómez Carrillo, E., "Gloriosos amigos", en *En plena Bohemia, op. cit.*, pp. 161-168.

[284] Sorprende al joven Carrillo que Alice, la joven modista novia de un amigo suyo, al cual abandonaría al enamorarse ésta de Enrique, conozca a Verlaine y albergue en su corazón conocimientos y gustos poéticos refinados. Alice se define así: "Yo no soy igual que él… Yo admiro a los literatos y amigos que escriben. Hasta un gran poeta tengo que me quiere mucho". Id., p. 67.

Las inquietudes intelectuales, para Gómez Carrillo, parecían hallarse en el aire que se respiraba en París, de tal modo lo artístico impregnaba las acciones cotidianas de los parisinos, en opinión de nuestro cronista. Carrillo pronto se integró en esta dinámica de vida bohemia y artística que tanto le atraía y que finalmente, tras varias semanas de estancia en la capital francesa, rodeado de serios compatriotas estudiantes de medicina, en absoluto interesados por nada que no fuera su formación y la solvente posición económica que su profesión les reportaría, logró descubrir en París.

Muestra de este ambiente de inquietud y apertura intelectual y artística, sería el hecho de que, cualquier copa tomada en un café podía convertirse en el preámbulo de intercambio de ideas artísticas,[285] cualquier comida en un restaurante cualquiera, se convertiría en improvisada tertulia literaria sin ninguna dificultad en cuanto los comensales dejaran la conversación dirigirse hacia sus aficiones e ideas sobre las letras actuales o pasadas, nacionales o extranjeras. Esta es la impresión que le causa el primer restaurante parisino, el Pulidor, al que acude en compañía de la bella parisina que se convertiría en su compañera durante varios meses. El restaurante aparece, ante los ojos del soñador Carrillo, exacto a las descripciones que había leído en obras que versaban sobre París. Este restaurante habría representado para él el primer lugar auténtico y bohemio, sinónimo de una artística bohemia que anhelaba descubrir el joven soñador de arte absoluto. Así describe Carrillo sus intensas emociones al encontrarse a las puertas de aquel recinto que encarnaba los parisinos lugares deseados:

> […] creía que penetraba en un capítulo del libro de Murger y que me hallaba en el viejo café Procope, paraíso de filósofos hirsutos, o en le cabaret Momus, donde Colline ofrecía el café a Schaunard. […]Sin haber tomado una gota de vino, sentíame embriagado, alucinado, fuera del tiempo, fuera de la vida, en una especie de paraíso loco poblado de fantasmas encantadores.[286]

[285]Relata Carrillo, en lo referente al café como lugar de tertulia, de puesta en común de ideas literarias: "Y seguimos nuestro camino hasta un café desierto, en el cual, según la frase de uno de aquellos bohemios, se podía "relinchar poéticamente" sin ofender a ningún burgués. Y ahí bebimos y charlamos largas horas". *Ibid.*
[286] Id.., p. 78

El ambiente de bohemia, pese a diferentes opiniones oídas sobre la existencia o no del ente denominado bohemia,[287] en la acepción que Carrillo quería adjudicarle, la de filosofía de vida enteramente consagrada al arte, el vivir por y para el arte, la encontrará el joven guatemalteco en ciertos cafés de París, en algunos restaurantes, en determinados barrios. Frente a los cafés cursis, aburguesados y tristes representantes de los cuales serían el Boulant, el Duval, el Vachette, frecuentados por sus compatriotas estudiantes aspirantes a serios doctores,[288] Carrillo coloca los del Barrio Latino, barrio alegre y vivaz el cual, a la hora de redactar sus memorias, contempla con melancolía diciendo:

> Y es que hasta en el Barrio Latino de hace un cuarto de siglo, que no era, como el de hoy, un *quartier* elegante, sino que estaba poblado por infinidad de artistas de extraña facha, la figura de Verlaine llamaba la atención por lo pintoresca y por lo desordenada.[289]

La bohemia, sinónimo de pasión artística entre almas gemelas de amigos, copas y conversaciones literarias celebradas en los cafés parisinos que dejaron profunda y sentimental huella en el corazón de Gómez Carrillo, erigiéndose para él en lugares divinizados, donde pasara horas felices en compañía de fieles y excelsos amigos como Moréas, y cuyos veladores vieron nacer muchos de sus escritos. Confiesa este sentimiento dulcemente melancólico que le traen los veladores de los cafés parisinos como sigue:

> No creo haber demostrado nunca un amor exagerado por mis obras. Muchas de ellas preferiría no haberlas escrito. Pero cuando se trata de ciertas páginas que yo escribía en las mesas de los cafés del bulevar San Miguel, con exaltaciones pueriles, confieso que no puedo leerlas sin emocionarme.[290]

No sólo en su autobiografía podremos encontrar noticias referentes a las tertulias literarias. Es representativo el comentario de Aurora Cáceres, su primera esposa, en el cual describe como una de las habitaciones de la modesta morada que el matrimonio compartiera, en el París de 1907, se

[287] Sus compañeros se empeñaban en convencerlo de que la bohemia era un invento literario, que si existió ya había muerto y que si había una serie de personajes que se podrían denominar "bohemios" no eran más que holgazanes poco dados a la higiene y al trabajo serio. Id., p. 63.
[288] Id., p. 78.
[289] Id., p. 113.
[290] Id., p. 86.

convertía a menudo en centro de charlas de alto nivel intelectual. Recuerda así la esposa de Carrillo aquella estancia tan querida:

> La habitación más simpática de nuestro departamento es el escritorio, donde se reúnen algunos amigos, cuyas conversaciones son, además de interesantes, ilustrativas. Para mi equivalen a conferencias, en las que intervengo cuando el tema requiere restricciones, como ocurre alguna vez con Enrique, que no respeta a nadie y se burla de cualquiera.[291]

Asistir a los cafés como medio idóneo de inmersión en lo bohemio literario y artístico era considerado por Carrillo una necesidad básica, dado que sin un contacto directo con el arte, con los demás amantes de la belleza tan abundantes en París, sería como si le faltara oxígeno, el joven guatemalteco asume esta necesidad como algo cotidiano, hasta el punto de que, a la hora de organizar los recursos económicos, este placer diario es tenido en cuenta de forma primordial, aunque se tratara de las últimas monedas con las que contara y que además no deberían destinarse a ese cometido, sino más bien a pagar el pasaje de regreso a Guatemala, como le ordenaba el presidente Barillas.[292]

Aurora Cáceres dará cuenta de la intensa vida social e intelectual que llevaba Gómez Carrillo, una vez se había convertido ya en alguien de renombre en el mundo de las letras, una vez alcanzado el objetivo que se marcara al salir de Guatemala y que tanto deseara en sus primeros meses, tanto en París como en Madrid, el deseo de poder participar en conversaciones literarias entre iguales, siendo él ya alguien reconocido y reputado. Sus intensas relaciones sociales no se limitaban al núcleo parisino, sino que también se extendían a otros países que visitaba, llevado por sus obligaciones consulares. De igual modo, esporádicamente visitaba a amigos que vivían en el campo, como los Margueritte, o recibiendo visitas en el domicilio conyugal. Aunque lejos de ser desagradecida con los amigos de Enrique, quienes la tratan afablemente, confiesa la primera esposa de Carrillo su desagrado por la trepidante vida social que conlleva estar al lado de su esposo:

[291] Cáceres, A., *op. cit*., p. 107.
[292] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*., *op. cit*., p. 157.

> En cambio a mí no me agrada estar obligada a las continuas fiestas y paseos, que me hacen perder el tiempo y resultan algo así como una tiranía que se debe soportar todos los días y agradecerla. Prefiero vivir aquí sola, con toda libertad, pudiendo leer y escribir y aún me sobra tiempo para dar algunas puntadas.[293]

En definitiva, en París encontraría Enrique Gómez Carrillo los ambientes artísticos que la lectura del libro *La vida de bohemia* de Murguer había contribuido a que tomaran cuerpo en su mente ávida de belleza, ambientes artísticos que lo impregnarían todo, ya que este ambiente es lo que Carrillo identificaba con bohemia, estilo de vida en la que el arte es el objetivo supremo, en el que todo se realiza por el arte y para el arte, sin que otra ocupación le reste ni un segundo a esta total y esencial dedicación. En ningún otro lugar encontró este ambiente, huyó de Guatemala para encontrarlo y ansiaba dejar Madrid para reencontrarlo nuevamente en París, siempre París.

Y sería en París desde donde tomó impulso su quehacer literario, encontrando eco en los medios artísticos y literarios ya no sólo parisienses, sino también españoles e hispanoamericanos, en los que pronto destacó y desde los cuales recibió su obra reconocimientos y parabienes, en tal alto grado que quizá, en sus primeros años, ni siquiera se atreviera a imaginar.

[293] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 81.

Tengo el amor impuro de las ciudades,
Y a este sol que ilumina las edades
Prefiero yo del gas las claridades.

A mis sentidos lánguidos arroba,
Más que el olor de un bosque de caoba,
El ambiente enfermizo de una alcoba.

Mucho más que las selvas tropicales,
Plácenme los sombríos arrabales
Que encierran vetustas capitales.

A la flor que se abre en el sendero,
Como si fuese terrenal lucero,
Olvido por la flor de invernadero.

Más que la voz del pájaro en la cima
De un árbol todo en flor, a mi alma anima
La música armoniosa de una rima.

Nunca a mi corazón tanto enamora
El rostro virginal de una pastora,
Como un rostro de regia pecadora.

Al oro de la mies en primavera,
Yo siempre en mi capricho prefiriera
El oro de teñida cabellera.

No cambiara sedosas muselinas
Por los velos de nítidas neblinas
Que la mañana prende en las colinas.

Más que el raudal que baja de la cumbre,
Quiero oír a la humana muchedumbre
Gimiendo en su perpetua servidumbre.

El rocío que brilla en la montaña
No ha podido decir en mi alma extraña
Lo que el llanto al bañar una pestaña.

Y el fulgor de los astros rutilantes
No trueco por los vívidos cambiantes
Del ópalo, la perla o los diamantes.

Julián del Casal, *En el campo*

PARTE SEGUNDA

PARÍS *FIN DE SIÈCLE*, ESPACIO DE ESCRITURA PARA ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Capítulo 3. Producción literaria en y para París.

Dado que Enrique Gómez Carrillo abandonó a temprana edad su Guatemala natal instalándose en la capital francesa de manera definitiva y continuada, salvo breves espacios de tiempo consagrados a otras latitudes, su producción escrita nace fundamentalmente en París y desde París alcanzaría al mundo hispanohablante.

La panorámica de esta producción literaria de Enrique Gómez Carrillo que emprendemos a continuación la enfocaremos desde una doble perspectiva: En primer lugar realizaremos una aproximación a la misma contextualizándola en la cronología de la biografía del autor. En segundo lugar nos centraremos en su estudio más detallado en función de los géneros específicos que el autor trabajara.

Nos ha parecido acertado emprender este doble análisis dada la gran variedad de los géneros tratados por nuestro cronista, la consagración de un espacio propio a cada uno de ellos para ser analizados en su especificidad, sin olvidar el rasgo fundamental que buscamos en esta obra, el cual constituye un sedimento latente o presente parte importante de los libros de Carrillo, y que es la esencia de la ciudad de París.

3.1. Panorámica general de la obra de Gómez Carrillo desde una perspectiva biográfica.

A partir de su paso por París y posterior traslado a Madrid donde sería publicada en 1892 su primera obra *Esquisses,* tras una breve y desafortunada estancia aquí, Carrillo volvería de nuevo a París donde comenzaría su andadura literaria que ya sería ininterrumpida a lo largo de su vida hasta su muerte en 1927. Las diferentes etapas que marcarían su extensa a la vez que heterogénea producción literaria serán analizadas a continuación.

3.1.1. Despegue literario de Enrique Gómez Carrillo en París

Concluido el período en Madrid, con sus alegrías y tristezas, primeras publicaciones[294] y nuevas amistades, contrastes e ilusiones, unas culminadas, otras decepcionadas, con sus miserias y desenlace inesperado, el joven Carrillo regresó a París donde comenzó a colaborar en la Editorial Garnier Hermanos, y desde donde enviaba crónicas parisienses a la prensa madrileña. En la citada editorial se dedicó en estos principios a redactar el *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, que aparecería en 1895 y en donde colaboraba con numerosos autores españoles e hispanoamericanos. Sospecha Ulner que esta colaboración influiría tiempo después en su propuesta para ocupar un puesto en la Real Academia de la Lengua.[295]

Hace referencia a este regreso, el cual propició el despegue de la fama artística de Gómez Carrillo, su biógrafo Amado Herrera.[296]

Este nuevo período, que comenzaría en 1892, lo considera por concluido José Luís García Martín en 1898, en la introducción a la tercera obra autobiográfica de Gómez Carrillo.[297] Resume este autor los rasgos fundamentales de esta primera etapa de producción literaria de nuestro cronista como sigue:

> Son años febriles los de esta última década del siglo: se hace amigo, o trata de hacerse amigo, de todo el que es alguien en

[294] Véase la referencia a *Esquisses* y a la publicación de un artículo en la prensa que alcanzó repercusión entre algunos de los asistentes a tertulias literarias, referido en Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid, op. cit.,* pp. 165-166.
[295] Ulner, A., *op. cit.,* p. 165.
[296] Amado Herrera certifica el trabajo de Gómez Carrillo en la casa Garnier ocupado en la realización de un diccionario enciclopédico que le ocupaba gran parte de su tiempo pero, en cuanto a sus ratos libres: "los ocupaba en escribir y frecuentar los centros de la vida bohemia y el trato de los grandes escritores. Conoció al padre del naturalismo, Emilio Zola; al fino y delicado dramaturgo belga Maurice Maeterlinck y al gran don Ramón del Valle Inclán. Los hispanoamericanos residentes en la capital gala, comenzaron a sentirse orgullosos de la nueva pluma conterránea. Fue invitado para dar conferencias y empezó a abrírsele el continente de la fama y de los éxitos". Amado Herrera, E., *Enrique Gómez Carrillo: Biografía mínima*. Guatemala, Editorial "José Pineda Ibarra" Ministerio de Educación, 1973, p. 48.
[297] Véase el prólogo realizado por José Luís García Martín a la obra de Gómez Carrillo *La miseria de Madrid, op. cit.*

> la literatura de aquellos años; cultiva su imagen de bohemio derrochador y pendenciero, pero más enterado que nadie de las últimas novedades que bullen en la ciudad que era entonces el centro del mundo.[298]

Aclararemos el rasgo de pendenciero que le atribuye este autor, basándonos en lo afirmado por otro de sus biógrafos: el hecho de que Enrique Gómez Carrillo, practicante del deporte de la esgrima además del boxeo, fuera un reputado floretista en su época, batiéndose en duelo en más de una docena de ocasiones: "De esta suerte, pasaba por un gran valiente, en el concepto de muchos, pavoneándose con su aspecto de bulevardero influyente",[299] aspecto éste que contribuiría a conformar y a difundir, su renombre de dandy, de conquistador osado.

También se hace eco en su obra su primera esposa, Aurora Cáceres, de esta fama que nimbaba la figura de Enrique por aquellos años. Aurora parece compartir la idea de la necesidad de un componente de valentía, ya no en un hombre, sino en un escritor. Afirma Aurora al respecto, cuando aún no se conocían más que por carta y por motivos literarios, poniendo la valentía de Carrillo al servicio de la expresión escrita:

> Es imposible negar que está de moda: en toda Sudamérica, y en España, no se diga, continuamente publican importantes artículos alabándole; además, goza la fama de ser muy valiente.
>
> Se ha batido en duelo barias veces, saliendo siempre vencedor, como que es espadachín y tirador de primer orden; así debe ser todo escritor para que lo respeten, y no como aquellos que no asumen la responsabilidad de lo que dicen, y al contrario, se esconden cuando los buscan.[300]

Subrayar que esta actitud no era en modo alguna rara en aquellos tiempos, no constituyendo así Carrillo una excepción a lo que sería la normalidad en la sociedad de la época, como clarifica Mendoza:

> Harto se sabe que en París los hombres se han batido hasta por un quítame allá esas pajas. ¡Pero si Catulle Mendès,

[298] Id., p. 17.
[299] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, pp. 108-109
[300] Cáceres, A., *op. cit.*, pp. 17-18.

> nada menos, sostuvo un duelo con un oscuro periodista, tan sólo porque éste dijo que Hamlet era un príncipe gordo y pesado![301]

Incluso nos transmite Mendoza las propias ideas de Gómez Carrillo respecto a duelos y retos.[302]

Durante este breve período de seis años, inmerso por fin en su adorada metrópoli, cultivando su fama de bohemio y sus contactos con literatos,[303] literatura y mundo artístico en general, su producción escrita despegó con fuerza tras su debut en Madrid con *Esquisses*.

Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos (1893), traducidos por él mismo, *Cuentos escogidos de los mejores autores castellanos contemporáneos* (1894), *Sensaciones de Arte* (1893), *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas* (1894), *Almas y cerebros* (1898) y las novelas *La suprema voluptuosidad* (1897) y *Del amor, del dolor y del vicio* (1898) componen su producción de este sexenio. Algunas de ellas contaron con prologuistas de la talla de Leopoldo Alas *Clarín* o de Jacinto Octavio Picón.

Muchas de estas obras se definen como ensayos u obras de crítica literaria. En uno de ellos, concretamente en *Sensaciones de Arte*, presenta Gómez Carrillo nuevamente, aunque de forma más depurada, su concepto de la crítica literaria, cercana al impresionismo,[304] movimiento artístico muy en boga por aquellas fechas, así como a la concepción de la crítica de Anatole

[301] Mendoza, J.M., *op. cit*., t. 1, p. 109.
[302] Así Mendoza comenta las palabras del propio Carrillo respecto de los duelos: "Romperse las narices –decía-, ¡qué casa más hermosa! Lanzarse un hombre contra otro hombre, ¡qué distinguido! Aparte es los que los que riñen, en general, no conozcan la táctica. Hay en la esgrima y en el box la ventaja de que ahí no menudean las palabras inútiles, ni hay tanteos ni cóleras siquiera. Sin muchos rodeos, dos o tres golpes, y a veces uno, suelen decidir el éxito. Y santas paces… Con la gran ventaja de que todo rencor se evapora en el acto mismo, chocando las manos de los contendores en señal de seguir siendo tan amigos como antes". *Ibid.*
[303] Ulner refleja en su estudio que Carrillo era un asiduo de los banquetes organizados por la revista *La Pluma*, donde conocía y era conocido por todas las personalidades que se daban cita en los citados banquetes, desde Mallarmé a Bonafoux. Ulner, A., *op. cit.*, pp. 134-137.
[304] Gómez Carrillo explica que para él la crítica literaria consiste en "referir nuestras impresiones en forma artística y hacer de nuestra sensación "una especie de novela para el uso de los espíritus distinguidos, finos, curiosos"". Gómez Carrillo, E., "El arte de la crítica", en *Sensaciones de Arte*, Madrid, Ed. G. Richard, 1893, pp. 27-39.

France,[305] en quien veía Carrillo al sabio contador de las aventuras de su alma en medio de las obras maestras.

Clarín no se mostraría partidario de este tipo de crítica, al considerarla excesiva y exclusivista.[306] No obstante, este autor no ahorra elogios hacia la citada obra y hacia su autor, al que considera un gran conocedor de la literatura francesa.[307]

Esta obra obtuvo igualmente numerosos ecos en la prensa hispanoamericana, en los cuales se alababan la calidad del libro y el saber hacer de su autor.[308]

Resaltar, respecto a la obra relativa a los mejores autores castellanos, que en ella incluye Carrillo a numerosos escritores hispanoamericanos. Esta inclusión la justifica nuestro cronista exponiendo que no establece diferencias entre aquellos que comparten una misma lengua, como corrobora Ulner.[309]

Con la finalidad de dar una idea aproximada del renombre del que gozaría Gómez Carrillo ya desde muy joven en la ciudad de sus sueños, París, destaca Amado Herrera que Enrique, en 1893, era conocido en los círculos literarios en los que se movía, como "El Sabio de los 21 años".[310]

La recepción de la distinción de la Real Academia de la Lengua Española[311] le llegó a Enrique el 21 de noviembre de 1895, cuando fue

[305] Ulner, A., *op. cit.*, p.138.
[306] "Clarín" *Revista Literaria Los lunes del Imparcial*, 11 de diciembre de 1893, citado por Ulner, A., *op. cit.*, p. 140.
[307] Véase el artículo que Croix-Mont dedica a nuestro cronista titulado "Enrique Gómez Carrillo" y aparecido en la revista *La Pluma*, V, núm. 111, 1 de diciembre de 1893.
[308] Ulner, A., *op. cit.*, pp. 155-159.
[309] Gómez Carrillo, E., *Literatura extranjera. Estudios cosmopolita*, París, Garnier, 1895, p. 276.
[310] Amado Herrera, E., *op. cit*., p. 49.
[311] La Real Academia Española (RAE) es el organismo responsable de elaborar las reglas normativas de la lengua española, plasmadas en el diccionario, la gramática y la ortografía, que garanticen un estándar lingüístico común. Se trata de una institución cultural española fundada en 1713 por un grupo de ilustrados que, reunidos en torno al marqués de Villena, concibieron la idea de crear una academia dedicada, como lo hacía la Academia Francesa, a trabajar al servicio del idioma nacional. El rey Felipe V aprobó al año siguiente la constitución de la Academia Española y la colocó bajo su "amparo y Real Protección". Los miembros de la Academia son elegidos de por vida por el resto de los académicos. Cada académico tiene un sillón asignado a su persona, y distinguido con una letra del alfabeto.

nombrado Académico Correspondiente Extranjero por Guatemala, contando con padrinos de excepción como fueron los también académicos Nuñez de Arce, Manuel del Palacio y Manuel Tamayo y Baus. Gómez Carrillo contaba entonces veintidós años. La concesión de más premios y condecoraciones vendrían años después.[312]

De 1895 es también su obra *Literatura Extranjera*, obra en la que de nuevo muestra gran conocimiento de la literatura, no sólo francesa, ya que son tratados incluso autores rusos y alguno de origen asiático. Igualmente demuestra gran interés por las novedades literarias y gran acierto en sus comentarios críticos de las obras de los autores seleccionados. José Octavio Picón, en el prólogo a esta obra, reseña además el valor añadido que esta iniciativa contiene como mecanismo de difusión y acercamiento de nuevas corrientes literarias al mundo hispánico en general y en particular, a una España quizá aislada o quizá poco interesada por lo que se producía fuera de sus fronteras. Dirige Picón estas palabras a Carrillo: "ha llenado usted un vacío… porque, hoy por hoy, nos preocupa muy poco lo que se escribe fuera de España, sin que casi nadie se cuide de estudiarlo".[313]

Este aspecto de difusor e introductor de nuevas corrientes literarias como el modernismo o el simbolismo, en el mundo hispanohablante, de acercamiento de las nuevas ideas artísticas a las jóvenes generaciones de habla castellana, españolas o hispanoamericanas, lo resaltaba del mismo modo la prensa de la época.[314]

Toda esta producción literaria de 1895, sin dejar de colaborar en diferentes rotativos de diferentes países hispanoamericanos y europeos, como por ejemplo *El Cojo Ilustrado* de Caracas,[315] aporta datos fehacientes acerca de la gran capacidad de trabajo intelectual y literario de Carrillo.

---

[312] Más adelante haremos referencia a la recepción del premio literario Montyon en dos ocasiones y al nombramiento como Caballero de la Legión Francesa.
[313] Gómez Carrillo, E., *Literatura Extranjera*, ed. cit., p. 5.
[314] Véanse Arrieta, R.A., *Historia de la literatura argentina*, III, Peuser, Buenos Aires, 1959, p. 448 y Carter, B., *La Revista de América de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre*, pp. 40-41, Ulner, A., *op. cit.*, pp. 179-208.
[315] Ulner, A., *op. cit*., p. 203-209.

En este mismo año de 1895, se enmarca uno de los escasos viajes que Gómez Carrillo realizó a Centro América. En él vivió una situación que bien merece el calificativo de aventura, pues el *Amérique,* barco en el que viajaba, naufragó frente a las costas de Colombia. El motivo de este viaje parece ser la búsqueda por parte de Carrillo de un consulado en París que le permitiera volver y vivir en esta ciudad, según escribe en una carta dirigida a Abraham López Penha, redactada poco antes del naufragio.[316] En el transcurso de la travesía conoció a otro escritor de renombre, José Asunción Silva, el cual, en este naufragio, perdió gran número de sus manuscritos. Este episodio será comentado por Edelberto Torres en su obra dedicada a Carrillo.[317]

Consiguió su objetivo al obtener del gobierno de El Salvador el nombramiento de Vicecónsul en París. Así, tras una breve estancia en Guatemala, volvió a París en mayo de 1895 donde continuó su labor periodística y literaria.

"A partir de 1898 su vida parece estabilizarse",[318] afirma José Luís Martín, si se compara con los altibajos y la falta de seguridad económica que habían caracterizado su existencia hasta el momento. Este es también un año de homenajes y loas para él, tanto en Europa como en América, como refiere Amado Herrera.[319]

3.1.2. Actividad periodística y literaria a finales del siglo XIX: Implicaciones políticas y colaboraciones periodísticas

[316] Miramón, A., *José Asunción Silva: Ensayo biográfico con documentos inéditos*, Bogotá, Imprenta nacional, 1937, Suplemento de la Revista de las Indias, nº 7, p. 187.
[317] Torres, E., *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, Guatemala, Librería Escolar, 1956, p. 118.
[318] Véase el prólogo de García Martín a la obra de Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid*, ed. cit., p.17.
[319] Amado Herrera escribe: "En 1898 partió para Madrid donde le tributaron un cálido recibimiento que presidió el máximo novelador don Benito Pérez Galdós y al que también asistió el jefe del naturalismo, Emilio Zola. Los periódicos y revistas, tanto de España como de distintos países de América, comenzaron a disputarse el honor de contar con su nombre y le llovieron las ofertas, para cuya satisfacción se impuso una severa disciplina de trabajo". Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 49-50.

Es en este año de 1895 igualmente, cuando el presidente interino en Guatemala, Estrada Cabrera, al cual conoció en su viaje acompañando a su hermana Luz desde París donde lo visitaba y donde había enviudado, concedió a Enrique el nombramiento de Cónsul General en París, con un sueldo mensual nada despreciable, en agradecimiento por los servicios prestados por Enrique en la lucha por la reelección, lucha que Gómez Carrillo llevó a cabo utilizando como arma su pluma en los periódicos *La Idea Liberal* y *Diario de Centro América*.[320] Este nombramiento le valdría la enemistad del poeta Domingo Estrada puesto que destituyeron a éste como cónsul a favor de Gómez Carrillo.[321]

Enrique estará al servicio de este presidente hasta 1920, año en el que este presidente, en cuyos comienzos proclamaba los estilos democráticos pero que tardó poco en girar hacia las prácticas dictatoriales, en el que fuera su mandato durante veintidós años consecutivos, hasta que fuera derrocado.

Gómez Carrillo utilizó sus dotes literarias para maquillar en el exterior las prácticas totalitarias de este mandatario de la historia guatemalteca. Este hecho parece haber influido en cierta medida en la falta de aprecio que sus paisanos demostraron a nuestro escritor durante su vida e incluso hasta bastantes años después de su muerte. Sin embargo, estas prácticas merecen el matiz, en disculpa de nuestro cronista, de que fueran artículos publicados en periódicos que podríamos calificar en cierto modo de "ficticios", ya que, el propio Carrillo cuenta cómo existían en París diarios de poca o prácticamente ninguna tirada pero que servían para obtener ciertas prebendas de los que pudieran aparecer o no en ellos.[322] Afirma García Martín que: "El propio Gómez Carrillo publicó en algunos de estos falsos periódicos encendidas defensas de Estrada Cabrera que luego le hacía llegar solicitando a cambio sustanciosos emolumentos".[323]

De su relación con este presidente quedan varias obras escritas por Carrillo cuyo tema fundamental es la defensa, justificación o alabanza de él

[320] Id., p. 50.
[321] Id., p.52.
[322] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed.cit., p. 175.
[323] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid,* ed. cit., p. 18.

y/o de su forma de gobierno. Estas obras no se publicaron sólo en castellano.[324] *Guatemala y su gobierno liberal* (1902), *La verdad sobre Guatemala, el triunfo definitivo de la paz, El gobierno de Estrada Cabrera y los extranjeros en Guatemala. Historia del gobierno de D. Manuel Estrada Cabrera,* todas ellas fueron publicadas en 1906.

El hecho de que Gómez Carrillo tomara partido por un determinado régimen político, y que gracias a esto, consiguiera embajadas o consulados, no sería censurado de forma unánime, sino que existirían voces que apuntan a que, en aquella época, la figura del escritor era la de alguien relevante, por cuyos méritos intrínsecos, se le concedían prebendas, las cuales estaban a su altura tanto intelectual como a su valía personal. Sabugo Abril expone así este hecho:

> Gómez Carrillo fue un hombre de mundo: elegante, exquisito, decadente. Tipo de escritor más usual en Hispanoamérica, donde se echaba mano del ingenio creador para embajadas y representaciones. En Hispanoamérica, un escritor podía llegar a ser presidente. Aquí el escritor ha sido un marginado, frente al poder establecido. Sólo en el siglo XIX, cuando la literatura era una divina moda, efímera, el Duque de Rivas o Martínez de la Rosa ocuparon altas prebendas.
>
> […] El escritor era un tipo influyente, hombre de letras, configurador de su nación. Prócer, es una palabra que gusta, para aplicarla a hombres como Andrés Bello o José Enrique Rodó.[325]

En estas fechas empezaron también sus colaboraciones más o menos asiduas en publicaciones periódicas, comenzando a cultivar con sus dotes peculiares, el arte de la crónica.[326] Hasta agosto de 1899 publicaba crónicas parisienses bajo forma de diario, en España, concretamente en la revista *La*

[324] Tiene incluso una obra en alemán dedicada a este personaje de la historia guatemalteca, publicada en 1903: Seine Excellenz Manuel Estrada Cabrera Präsident der Republik Guatemala, Hamburgo, Ins Deutsche übertragen von Federico Vollmer.
[325] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 182.
[326] Incluye José Luís García Martín en el prólogo del tercer volumen de la autobiografía de Enrique una cita sobre el arte de la crónica propio de Gómez Carrillo definido por Antonio Cortón, joven bohemio escritor con quien coincidió en la tertulia de Fornos durante sus estancias en Madrid. Refiriéndose a sus crónicas, dirá Cortón: "[…] en el periódico tienen su sitio natural, como hechas para ser gustadas deprisa y para dejar en el espíritu algo semejante a la impresión de una caricia suave, delicada, alegre". Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid.* ed. cit., p. 18.

vida literaria,[327] dirigida inicialmente por don Jacinto Benavente. También lo haría en *El Liberal.* Entre las páginas de *La vida literaria* lo descubrieron don Miguel Moya, propietario de *El Liberal,* y el director en aquel momento don Alfredo Vicenti, quienes quizá vieran en el producto de la pluma de Carrillo algo distinto a lo castellano, quizá la impronta innovadora y moderna de París,[328] y quizá por ello fueran requeridos sus servicios para este rotativo como corresponsal en París, debutando aquí el 21 de octubre de 1899 con una primera crónica que versaba sobre *l'affaire Dreyfus.*[329]

Desde este octubre de 1899 hasta el año 1920, fecha en la que se extinguió su colaboración con este diario, publicó en él 2667 crónicas, e incluso llegó a dirigirlo entre 1916 y 1917, tras la muerte de don Alfredo Vicente.[330]

Muchas de estas crónicas fueron crónicas de guerra, dadas las circunstancias históricas de esta etapa, que le hicieron vivir muy de cerca, al ser enviado por el periódico como corresponsal a los lugares en los que se desarrollaban los acontecimientos, la terrible experiencia de dos contiendas bélicas: la guerra entre Rusia y Japón iniciada en 1904 y la Primera Guerra Mundial en 1914.

A partir del año 1920 en el que se desvinculó de *El Liberal*, hasta el final de sus días, en 1927, continuó con sus trabajos periodísticos en el rotativo español *ABC.* Aunque no fuera ésta una dedicación exclusiva ya que, entre 1919 y febrero de 1922, también dirigió la revista mensual

[327] Reproducimos aquí la nota presentada por el prologuista de *La miseria de Madrid* respecto de esta revista: "publicó 31 números entre enero y agosto de 1899. La colaboración de Gómez Carrillo, "Día por día, notas parisienses", se inicia en el nº 5 (4 de febrero 1899, pp. 90-91) y termina en el 30 (3 de agosto de 1899, p. 484), con un ligero cambio de título, "París, día por día"". Id., p. 19.

[328] Años más tarde Cansinos-Assens habla sobre las cualidades de la prosa de Gómez Carrillo. Cansinos-Assens, R., *op. cit.*

[329] El affaire Dreyfus levantó a la sociedad francesa de la época frente a tratamientos racistas subyacentes a temas judiciales, ya que se juzgó y culpó al oficial del ejército francés llamado Dreyfus en base a su origen judío. Años después de las duras polémicas y enfrentamientos entre partidarios y detractores de Dreyfus, este oficial fue declarado inocente. Ofrecemos más datos relativos a este caso en las notas al pié 1024 y 1560.

[330] Rafael Cansinos Assens refiere en sus memorias este hecho y las modificaciones que Carrillo, en calidad de Director del periódico introdujo. Cansinos-Assens, R., *op. cit.*, p.165.

Cosmópolis,[331] revista de cultura hispánica que pretendía aunar lo hispanoamericano y lo español.[332] A esta publicación y al papel que desempeñó como difusora de nuevas tendencias literarias, nos dedicaremos más ampliamente en el capítulo dedicado a la relación entre Gómez Carrillo y el modernismo.

Por otro lado, señalar que, en calidad de corresponsal, durante toda su vida mantuvo colaboraciones con otras variadas publicaciones del mundo hispanoamericano, lo que daba cuenta de su incesante y prolífica actividad tanto periodística como literaria. Así lo certifican las palabras de Darío reproducidas por Mendoza:

> Siendo redactor del periódico *A B C*, de Madrid, tenía a su cargo la corresponsalía de *Caras y Caretas* y de *La Nación*, de Buenos Aires; de *Blanco y Negro* de Madrid; de *El Mercurio* de París, y del *Diario de la Marina* de La Habana; quedándole tiempo para trabajar en el arreglo de sus libros y en la casa editora Garnier Frères.[333]

Y lo ratifican las de Aurora Cáceres:

> No sé cómo se da tiempo; diariamente revisa varios periódicos y revistas y uno o más de los nuevos libros que acaban de aparecer; además, las crónicas para *El Liberal* son casi diarias; la de *La Nación*, semanal; las que envía a Caracas también son

[331] Existen varias revistas con este nombre: El escritor venezolano Luis Manuel Urbaneja Achelpohl (1875-1937) fundó en Venezuela, junto con R. Blanco Fombona, P.C. Domínici y P.E. Coll, la revista *Cosmópolis*, que entre 1894 y 1898 impulsó el modernismo, y cuyo primer número circuló el 1 de mayo de 1894; desde el comienzo esta publicación fue uno de los voceros del movimiento modernista en Venezuela. Pero no debemos confundirla con la revista *Cosmópolis* dirigida en Madrid en 1919 por Enrique Gómez Carrillo hasta 1922. Después, a partir del número 37, la dirige Hernández Catá.
Según Sabugo, esta revista de Carrillo "Sale a la luz el primer número de *Cosmópolis* en enero de 1919, como revista de periodicidad mensual. […] De su continuidad hay que destacar que en la Biblioteca Nacional hay varios gruesos tomos de la revista de 757 páginas cada uno. Cada número de la revista constaba de 200 páginas redondeadas. No es una revista estrictamente literaria, sino que está a medio camino entre el periodismo, el de entonces, y la literatura, aunque cabe decir que las aportaciones a ésta suelen ser sobresalientes". Cita igualmente Sabugo a Carrillo en su agradecimiento al hombre a quien, gracias a su apoyo financiero, esta publicación pudo ver la luz: "Estas son sus palabras de agradecimiento al Señor Allende quien financió esta idea con 60000 pesetas, en el término de la presentación: "Y he aquí cómo un sueño mío, muy antiguo, que ningún editor había querido estudiar a fondo, se convierte en realidad por gracia de un intelectual que tiene además la suerte de ser millonario". Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 188.
Destaca Sabugo entre ellas "las de Rafael Cansinos-Assens, Palacio-Valdés Blasco Ibáñez, Ortega y Gasset o Manuel Machado junto a Henri Lavedin, Paul Adam, D'Annunzio, …, y la publicación de obras inéditas de Wilde o Valle-Inclán". estos autores citados por Sabugo Abril, A. Op. cit., pp. 188-192.
[332] Sabugo Abril, A., *op. cit.*
[333] Darío, R., *op. cit.*, p. 995, y Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, p. 230.

> semanales, y las de la Habana, mensuales, sin contar que siempre tiene algún libro en preparación.[334]

3.1.3. Actividad periodística y relatos de grandes viajes

Aunque en 1900 viajó a Marsella y en 1901 a Londres, 1904 será el año del comienzo de una larga serie de grandes viajes, ya no sólo motivados por enfrentamientos armados entre países, cuyos frutos, en forma de crónica y de libros de viajes, conferirán fama literaria a Gómez Carrillo. Algunos de los títulos resultados de estos viajes fueron *La Rusia actual, De Marsella a Tokio*, ambas de 1906, *Por tierras lejanas* (1907), *Grecia* (1908), *El Japón heroico y galante* y *Jerusalén y la Tierra Santa*, ambos de 1912, o *La Sonrisa de la Esfinge. Sensaciones de Egipto* (1913), entre otros.

El éxito de estos libros de Gómez Carrillo es importante. De este éxito se hace eco Aurora Cáceres:

> […] raro es el día que no leo algo escrito por él o que de él escriben.
>
> Lo más admirable son las alabanzas que le prodigan célebres escritores franceses y extranjeros.
>
> Uno de sus libros, que he oído criticar por uno de tantos a quienes lastima la gloria ajena, como si fuese una ofensa dirigida a las mediocridades, es *La Rusia Actual*.
>
> Para afianzar mi propio juicio, recurro a lo que de esta obra han escrito los notables autores franceses Paul y Victor Margueritte.[335]

Incluye Aurora Cáceres el artículo de estos dos autores en el que alaban las sobresalientes cualidades artísticas de la obra anteriormente citada así como las de su autor.[336]

[334] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 78.
[335] Id., p. 18.
[336] Id.

Por la traducción de una de sus obras, concretamente *El alma Japonesa*, publicada en 1906, recibirá ese mismo año el premio Montyon, una distinción de gran relevancia en el ámbito literario francés.

La publicación de alguna de estas obras en varios periódicos a la vez, de forma fragmentada es atestiguada por las palabras de Eduardo de Ory, al referirse a la producción de este autor, quien, en aquella época, residía en Nesle-la-Vallée, una población cercana a París:

> Y allí escribió Carrillo su libro *Grecia* que está apareciendo actualmente en le folletín del periódico de Atenas *El Mundo Helénico*, por fragmentos que allí traducen al griego de la *Nación* de Buenos Aires, que también lo publica; y allí cincelará la prosa de otro que prepara acerca de las cortesanas griegas, libro erudito y voluptuoso…[337]

María del Palmar Álvarez Blanco analiza el gran desarrollo, renovación, auge y prestigio que cobraba la prensa, abierta cada vez más a un público mayoritario, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.[338] Así pues, representa esta autora el ambiente del periodismo en esta época en la que se formó la personalidad literaria de Enrique Gómez Carrillo, como la de tantos otros escritores contemporáneos:

> El nacimiento de la figura del intelectual está íntimamente vinculado a la transformación que se opera en la prensa en el fin de siglo. El periodismo, de una parte, vendrá a ser una de las formas en las que la modernidad reconocerá la función social del escritor, en tanto que de otra, obligará a éste a redefinir los mecanismos y las estrategias de su trabajo. La aparición de nuevos géneros tendrá mucho que ver con esta cuestión.[339]

Este estudio llevado a cabo por Álvarez Blanco dibuja claramente la realidad en la que vivió y desarrolló su labor literaria Gómez Carrillo. Alude esta autora al nacimiento los géneros nuevos que el periodismo propició, entre ellos la crónica, ya sea mundana, literaria, de viajes,…, de la que Carrillo se erigió en prodigioso abanderado:

---

[337] Se refiere este autor al libro que luego se titularía *El segundo libro de las mujeres: Safo, Friné y otras seductoras*, publicado en 1921. De Ory, E., *op. cit*., p. 10.
[338] Álvarez Blanco, M. d. P., "Nuevos espacios en la prensa de fin de siglo", *Ínsula*, 614, 1998, pp. 25-28.
[339] Id., p. 25.

> Me refiero a formas y estructuras literarias propiciadas por la naturaleza misma del periódico, formas no contempladas en las poéticas, formas sin cánones ni reglas asentadas de antemano, como por ejemplo las que operan sobre las crónicas, el folletín, la novela por entregas, los paisajes y retratos desprendidos de los libros de viajes, los cuentos, el poema de actualidad, el chiste gráfico, los anuncios, etc…[340]

En cuanto a la crónica como exitoso género nuevo, así como óptima proveedora de datos históricos, se refiere Álvarez Blanco diciendo:

> En este marco moderno, en el que todo está cambiando, la prensa hace de la crónica una sección imprescindible para informar de las profundas transformaciones que se suceden casi al ritmo del día a día, con un importante espacio en la misma, para que a lo objetivo de la noticia se pueda añadir un componente subjetivo del cronista, […] El contenido de las crónicas podía tratar sobre acontecimientos políticos, sociales, económicos, científicos o culturales, y su valor como documento histórico, reflejo en muchas ocasiones del sentir colectivo, es inestimable.[341]

Muchas fueron las voces que encumbraron la calidad literaria de las crónicas de Gómez Carrillo, y es que, realmente, los cronistas de la época, cuidaban su labor de escritura en ellas. Se justifica este cuidado en el estilo de las crónicas de la época por, según Álvarez Blanco: "Al ser la crónica un artículo firmado, el autor debía esmerarse lo más posible en su redacción y construcción, por lo que muchas veces encontramos en forma de crónica textos de auténtica calidad literaria".[342]

De igual modo se refiere Álvarez Blanco a la gran difusión que alcanzó dentro del ámbito de las crónicas, desde las mundanas a las de viajes, modalidades ambas en las que destacó Enrique Gómez Carrillo:

> […] es obligado mencionar las crónicas de viajes, escritas por aquellos que, gracias a los nuevos y avanzados medios de transporte surgidos al hilo de la modernidad, viajan por el mundo movidos por el espíritu de la aventura. El narrador de estas crónicas es un viajero, no es un científico, por lo que su objetividad, a veces, cede ante la impresión que le ha producido lo visto, escuchado o presenciado, […] Por ellas, el hombre de fin de siglo conoció Argelia y Túnez […] Y gracias a ellos, el

[340] *Ibid.*
[341] *Ibid.*
[342] *Ibid.*

> hombre comprendió cuán pequeño era su espacio vital, y cuán grande el mundo existente más allá de sus fronteras.[343]

El retrato de personalidades, literarias o de otro cualquier tipo, realizado mediante la crónica periodística también fue cultivado por Gómez Carrillo. Álvarez Blanco trata esta variedad de la crónica que constituyó éxito y novedad en la época, brindándonos datos interesantes para acercarnos al hombre que se hallaría tras el escritor.[344] Expone Álvarez Blanco: "El retrato como género menor se abre camino en la prensa, pero pronto, gracias a su rápido éxito, se escriben libros que en esencia son compilaciones de retratos".[345] Podríamos estar ante la explicación de la génesis de *Almas y cerebros*, obra de Gómez Carrillo dedicada a la presentación y estudio, con el especial estilo que lo caracterizaba, de intelectuales célebres del momento.

Tras comentar brevemente los diferentes tipos de retrato que se daban en el ámbito periodístico, del anteriormente tratado por Carrillo, del literario, añade esta autora:

> Su éxito se debe en gran medida a la conquista que los hombres de letras, mediante la prensa, hacen de la distinción honorífica de profesionales de la escritura. La profesionalización del escritor lleva aparejada la valorización social de la escritura: su trabajo es considerado fruto de la inteligencia y como tal recibe por parte de la sociedad un reconocimiento especial. El interés del lector comienza a centrarse no sólo en la obra, sino también en la persona del escritor, y la prensa (conocedora de esta realidad) comienza a satisfacer este interés ofreciendo numerosos retratos literarios.[346]

Así pues, nuestro cronista, al igual que otros muchos intelectuales de la época, halló en la prensa un medio que le permitió alcanzar difusión y renombre, además de constituirse ésta en un soporte económico con el que poder vivir. Álvarez Blanco proporciona otros nombres célebres cuyo *modus vivendi* estaba en la base de sus trabajos en la prensa de la época:

[343] Id., p. 27.
[344] Id., pp. 27-28.
[345] Id., p. 27.
[346] *Ibid.*

> Los jóvenes escritores modernistas encontraron en estas publicaciones su medio de vida, pensemos en Valle Inclán, Manuel Bueno, Maetzu y Pio Baroja al llegar a la capital de España con los bolsillos vacíos y las mentes llenas de ideas que querían trasladar a la escritura.[347]

Incidiendo en la vertiente periodística de Gómez Carrillo, resaltaremos que es igualmente en esta época de comienzos del siglo XX, concretamente en 1907, cuando funda una revista literaria bautizada como *El Nuevo Mercurio,*[348] haciendo referencia a su homónima versión francesa el *Mercure de France.*[349] Su labor como difusor del movimiento modernista a través de esta publicación será tratado más ampliamente y con más profundidad en el apartado dedicado a la relación entre Enrique Gómez Carrillo y el modernismo.

En 1908 y 1911 mueren respectivamente sus padres, Don Agustín Gómez y Doña Josefina Tible.

Entre 1911 y 1914 colaboraría de nuevo con su maestro Rubén Darío en la revista publicada en español *Mundial Magazine*, de la cual el chileno

[347] Id., p. 26.

[348] *El Nuevo Mercurio* revista fundada por Enrique Gómez Carrillo. Barcelona, Sopena 1907. Se publicaron doce números, desde enero a diciembre de 1907. Tuvo un enfoque literario, artístico e intelectual.

[349] *Mercure de France*, revista literaria fundada en París por algunos jóvenes escritores, reunidos en torno a Alfred Vallette, quien, con la colaboración de su esposa Rachilde, escritora también, contribuyeron al lanzamiento de esta nueva publicación que ofreció su primer número en enero de 1890. Pocas publicaciones de este tipo conocieron tanto auge y fueron tan longevas como ella Desde sus principios alcanzó gran prestigio, fundado en la calidad de los autores que publicaban en ella, desde los primeros poetas simbolistas a los novelistas de la etapa de entreguerras (Régnier, Gourmont, Renard, Proust, Jarry, Duhamel,…), sin olvidar la labor de eminentes críticos y traductores de obras extranjeras. Aunque era una revista de corte eminentemente literario, no se limitó en exclusiva a ello, incluyendo igualmente novedades de otro tipo, desde médicas a políticas e incluso gastronómicas. En el período de entreguerras, agotado ya el período simbolista, esta publicación conoció gran éxito gracias a la publicación de las obras de Georges Duhamel, quien, a la muerte de Vallette, en 1935, se encargara de su dirección hasta el año 1938. Tras él, cogerá las riendas Jacques Bernard, quien la dirigió hasta 1944 ya que en 1945 fue juzgado por colaboracionista con el ejército alemán invasor de Francia. A finales de 1950, es adquirida por las Editorial francesa Gallimard. Simona Gallimard continuó en la línea de publicar las obras de nuevos autores prestigiosos. A partir de 1975 y gracias a Émile Ajar, premio Goncourt de ese año, experimentó un gran relanzamiento dados los nombres tan premiados que publicaban en ella: Claude Faraggi, Dominique Bona o Andreï Makine. En 1995, Isabelle Gallimard toma las riendas de la publicación siendo fiel a su tradición literaria, pero introduciendo proyectos nuevos como la publicación de colecciones como *Le Petit Mercure*, donde se publican textos o novelas cortas basados en temas de la literatura clásica francesa o extranjera, así como otros textos inéditos. En 1999, emprendió la reedición de textos de la prestigiosa colección *Le temps Retrouvé,* con el objetivo de poner a disposición del público en general y de los jóvenes en particular, obras que ya no se encontraban disponibles. Adaptada a los nuevos tiempos y a las nuevas tecnologías, actualmente puede incluso leerse en Internet.

era director literario, siendo la mayoría de sus artículos referidos a las novedades teatrales de la capital francesa.

En este último año, en 1914 realiza su primera visita a La Argentina, donde sería honrado con un banquete al que asistieron grandes representantes de la intelectualidad del momento. En el discurso ofrecido en ella como homenaje a nuestro cronista, se pone de relieve la gran influencia ejercida por el original estilo de Gómez Carrillo, no sólo desde las páginas del diario *La Nación,* sino también a través de sus libros, sobre las nuevas generaciones argentinas, además de animar a seguir las directrices marcadas por el insigne cronista.[350]

3.1.4. Enrique Gómez Carrillo: Cronista de la Gran Guerra (1914-1918)

El ocho de noviembre de 1914 recibió Enrique Gómez Carrillo un telegrama del Ministro de Negocios Extranjeros francés, preguntándole si, en calidad de corresponsal de *El Liberal*, estaba interesado en formar parte de un grupo escogido de periodistas que irían a los escenarios de los enfrentamientos bélicos que se estaban desarrollando. La respuesta fue la siguiente: "Acepto agradecido la invitación que vuestra excelencia se sirve hacerme, seguro de poder rendir justo homenaje al admirable ejército francés".[351]

Las crónicas emanadas de su contacto con los escenarios de la confrontación bélica originada en 1914, constituyen un documento de extraordinario valor ya que se trata de testimonios de primera mano de alguien que vivió la tragedia sobre el terreno, en los lugares mismos en los que se produjo. Lo documenta el periodista contemporáneo de nuestro autor

[350] Véase el discurso de Juan Pablo Echagüe en *Nosotros*, XIV, num 62 (junio 1914), pp. 307-316.
[351] Gómez Carrillo, E., *Campos de batalla, campos de ruinas*, ed. cit., p. 13.

José María Carretero, al afirmar que Carrillo "ha sido el único periodista español que ha tenido la fortuna de llegar hasta las líneas de fuego".[352]

Las crónicas de la Gran Guerra,[353] en las que describe sus impresiones, visiones y sentimientos ante las devastadoras consecuencias de la contienda, a todos los niveles, junto con el ensalzamiento del heroísmo del ejército francés en su lucha contra el imperio alemán, dieron lugar, una vez reunidas, a la publicación de siete volúmenes, de entre los cuales citaremos, entre otros, *Reflejos de la Tragedia* (1915), *En las trincheras* (1916) o *Tierras Mártires* (1918).

Por la labor realizada mediante su pluma como defensor del ejército francés y de sus acciones en pro de la libertad en el marco de la Gran Guerra, Gómez Carrillo fue condecorado por el Gobierno francés, siendo ascendido al grado de Comendador de la Legión de Honor, contribuyendo este hecho a encumbrarlo aún más en la fama y el prestigio del que ya disfrutaba.

Por otro lado, por su labor literaria, en 1917, recibió por segunda vez el premio Montyon gracias a la traducción francesa *Au coeur de la tragédie* de su obra *En el corazón de la tragedia* que había sido publicado un año antes, la cual fue objeto de alabanzas en el *Mercure de France*.[354]

En esta etapa, Gómez Carrillo continuaría con su incesante labor periodística, no solo a través de la redacción de sus crónicas de guerra sino que también es por estas fechas, cuando desempeña labores de director de

[352] José María Carretero citado por Ulner, A., *op. cit.*, p. 29.
[353] La Primera Guerra Mundial (1914-1918), fue un conflicto armado a escala mundial. Originado en Europa, por la rivalidad entre las potencias imperialistas, se transformó en el primero en cubrir más de la mitad del planeta. Fue en su momento el conflicto más sangriento de la historia. Antes de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), esta guerra solía llamarse la Gran Guerra o la Guerra de Guerras.
[354] Así se alaba desde la prestigiosa publicación francesa la particular visión de la Gran Guerra en tierras francesas plasmada en las crónicas de Carrillo: "Ce qui fait l'intérêt des récits de M. Gómez Carrillo, peut-on dire, je crois, assez justement, c'est qu'il ne s'intéresse pas seulement auz choses inmédiates de la guerre, aux actions qui lui sont rapportées ou qui se trouvent se dérouler sous ses yeux, mais avec un grand sens des événements historiques, en même temps que leur à-côté, leur préparation, -l'organisation des armées belligérantes,- il se plaît à étudier, avec leurs décors et leurs fastes, les circonstances du passé. Ses livres… sont pensés, vécus", en Merki, Ch., Ouvrages sur la guerre actuelle. *Mercure de France*. CXXIII, nº 464, 16 octobre 1917.

periódico, concretamente de *El Liberal* de Madrid, en 1916, el cual seguirá dirigiendo hasta 1917.

Su trabajo como cronista de guerra y las crónicas que en esta época produjo, contribuyeron a borrar en cierto modo la fama bohemia y superficialidad de la que podía gozar su obra. Ulner hace una defensa de Carrillo en esta dirección, uniendo la obra referente a la guerra junto con la dedicada a la situación de Rusia, tras el viaje realizado en 1905: "Los escritos de Gómez Carrillo acerca de la primera Guerra Mundial evidencian igualmente que sus intereses no se limitaban estrictamente a asuntos relacionados con los bulevares de París".[355]

3.1.5. Autobiografía y publicación de sus obras completas (1919-1923)

Al finalizar la guerra, Gómez Carrillo emprenderá un nuevo proyecto literario de grandes dimensiones, pues se trataría de recopilar en libro la extensísima producción periodística. José Luís García Martín analiza la motivación que guiaría a Carrillo a tomar esta decisión:

> […] comienza a darse cuenta de que el movimiento que él tanto ayudó a difundir –el modernismo- es ya cosa del pasado y de que nada hay más efímero que las glorias periodísticas. Quiere entonces demostrar a los demás, y demostrarse a sí mismo, que tiene obra perdurable y comienza la publicación de sus obras completas: veintiséis volúmenes que se publican entre 1919 y 1923.[356]

También aclara este autor el desconocimiento del criterio seguido por nuestro cronista en la elaboración de estas obras completas ya que algunas obras no son incluidas en ellas, otras sufren cambios de títulos, e incluso existen reelaboraciones de escritos ya recopilados anteriormente,[357] como ya hemos consignado en las consideraciones previas.

[355] Ulner, A., *op. cit.*, p. 28.
[356] Véase el prólogo a Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid*. ed. cit., pp. 21-22.
[357] Id., p. 22.

Paralelamente a la publicación de sus obras completas, Carrillo realizó un tercer viaje a Argentina en 1920, casado ya en segundas nupcias con la artista española Raquel Meller.[358]

En este período también se enmarca la escritura y publicación de su obra autobiográfica, que, como reseñábamos con anterioridad, no abarca los treinta años que se indicarían en el título, sino que queda interrumpida cuando un joven Enrique apenas ha cumplido los diecinueve.

No perseveró Carrillo en la idea primera de realizar su autobiografía hasta la edad de treinta años. Encuentra justificación este abandono, según él mismo declara en la dedicatoria de la obra a la que nos referimos, dedicatoria consagrada a la célebre artista española que fuera su segunda esposa, con quien había contraído matrimonio en 1919, tanto en la falta de memoria como en la ilusión recobrada por la nueva irrupción del amor en su vida, amor que le hacía apartarse de tristes añoranzas. Confiesa así nuestro autor su intención de no continuar la redacción de sus recuerdos de juventud:

> Cuando comencé estas memorias, seis años ha, mi vida sentimental parecíame terminada para siempre. Mi cuerpo estaba joven. Pero mi alma tenía cien años y sólo en el recuerdo melancólico de las horas pasadas hallaba solaz y sosiego.
>
> […] Un día, […] un día sublime, te encontré en mi camino. […].
>
> Mi vida verdadera comenzó en ti, magnífica, ardiente, clara, feliz. Y en ti continúa…

[358] Raquel Meller (1888-1962). El verdadero nombre de esta cantante aragonesa era Francisca Marqués López, de extracción social pobre, trabajó desde muy joven, siendo descubierta y protegida en el mundo de la canción por la también cantante Marta Oliver, de la mano de quien debutó en Barcelona en febrero de 1908 con el nombre artístico de *La Bella Raquel* que luego cambiaría por *Raquel Meller*, parece ser que en recuerdo del breve idilio que mantuvo con un alemán. En 1912 era ya una estrella muy popular en España y llevaba en su repertorio obras del compositor Enrique Granados, hoy día aún conocidas por formar parte de la "canción española" y que son *El Relicario* o *La Violetera*. En 1919, habiendo ya triunfado en los escenarios de París y habiendo contraído matrimonio con Enrique Gómez Carrillo, comienza su carrera en el nuevo arte naciente: el cine, el cual le procuró éxitos multitudinarios como lo fueron sus películas *Violetas Imperiales* o *Carmen*. No por ello abandonó los escenarios recorriendo incluso los norteamericanos con gran éxito.
El matrimonio con Gómez Carrillo duró cuatro años, separándose en 1922. La aparición del cine sonoro y el cambio en los gustos del público en la segunda mitad de los años treinta frenaron su meteórico ascenso. No obstante, siguió actuando en teatros esporádicamente.

> Así, Raquel, con este tercer tomo, pongo fin a mis memorias apenas iniciadas, porque, verdaderamente ya no recuerdo lo que fue mi existencia y si quisiera contar más tendría que inventar…[359]

A ella dedicará una obra titulada *Raquel Meller* en la que recopila las opiniones que sobre la famosa artista vertieron los más ilustres escritores y artistas de la época.[360]

No será esta la única vez que se ocupe de la figura de la cantante. También lo hizo en forma de crónica periodística, y ésta aparece en la recopilación de las mismas, bajo el título *El libro de las mujeres*. De esta obra seleccionamos algunas líneas que dedicó a las dotes de la artista española, la misma que fuera su esposa, para sorprender al espectador a diario:

> Yo la veo todas las noches. Y si no me equivoco, todas las noches la oigo cantar las mismas coplas a los acordes de las mismas musiquillas. Pero no sólo no encuentro nunca que se repita, sino que cada vez me parece asistir a una nueva creación, oír un nuevo acento, extasiarme ante una nueva belleza. […] Con un solo traje, con la menor cantidad posible de traje, podría, gracias al soplo divino que le anima, se la mujer y las mujeres, todas las mujeres y toda la mujer, bella de mil bellezas, tierna de mil ternuras, picaresca de las infinitas picardías del instinto y fogosa hasta el punto de parecer arder en una llama que la acaricia y la devora.[361]

Nos ofrece Gómez Carrillo, de igual modo, la alabanza de la maestría de oficio que, en su opinión de conocedor de artistas, sobre los escenarios desplegaba la artista española, incidiendo nuestro autor en la capacidad de esta artista para conseguir a la perfección todos los registros, subyugando con su arte a los espectadores:

> Todo su arte, podemos agregar, es un suspiro, una confidencia, un anhelo íntimo. Estudiándola bien, no con métodos analíticos, sino con amor, que es como hay que hacerlo, se nota que no canta más que para sí y para su amante. Variando mucho,

[359] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid*, ed. cit. p. 91.
[360] Gómez Carrillo, E., *Raquel Meller*, Madrid, Sociedad Española de Librería, 1919.
[361] Gómez Carillo, E., *El libro de las mujeres, Obras completas*, t. 1, Madrid, Mundo Latino, 1919. p. 82.

> siendo altiva y humilde, perversa y sencilla, suave y traviesa, ferviente y ligera; siendo una gran dama y una modistilla, una parisina y una andaluza; siendo buena y mala, cruel y piadosa; siendo múltiple e inexplicable, en suma, es siempre ella misma y no es más que ella; es decir, el más armonioso, el más inquietante y el más divino de los misterios humanos.[362]

Su matrimonio se rompería en 1922. Amado Herrera apunta alguna causa de esta ruptura.[363]

En este período, entre 1919 y 1921 concretamente se enmarca también su papel de director de la revista de carácter mensual editada en Madrid, *Cosmópolis*.

3.1.6. Los últimos años: 1924-1927

La publicación de su obra *El misterio de la vida y la muerte de Mata Hari*, en 1924, nos hace partícipes de otra aventura en la que se vería envuelto nuestro cronista. Esta obra la redacta Carrillo en su defensa para contrarrestar los ataques de aquellos quienes lo acusaban de haber sido amante y posteriormente delator de la bella artista de origen holandés ante las autoridades francesas, que la acusaron de haber ejercido el espionaje para Alemania y contra Francia durante la Gran Guerra, siendo declarada culpable y fusilada por este crimen. Carrillo se defiende de tal acusación aduciendo fundamentalmente dos razones, la primera es que declara no haber conocido jamás a la exótica bailarina y la segunda, justifica que, siendo él un amante apasionado de la belleza en general y de la belleza femenina en particular, este sólo hecho bastaría para impedir la denuncia de la bella Mata Hari. Aparte de esta justificación, cuenta la vida y éxitos de la

[362] Id., p. 85.

[363] Amado Herrera afirma: "El cronista estaba muy enamorado de la Meller, pero la cultura intelectual de la cantatriz era ínfima y la mutua comprensión con el escritor era imposible; Enrique la sentía vulgar, aunque adoraba sus delicados encantos femeninos. Poco duró la felicidad y el matrimonio siguió por inercia sin mayor interés. Cada uno vivía su vida por separado, hasta que el divorcio vino a separarlos legalmente". Amado Herrera, E., *op. cit*., p. 54.

famosa y admiraba bailarina, en lo que resulta una interesante biografía de la célebre artista.

Añadiremos que ciertas voces habrían manifestado que el mismo Enrique habría sido el propagador de la acusación anterior, con la única motivación de poder escribir el libro y darle la necesaria publicidad al tema que garantizara la venta del libro. Por otro lado, aparecen testimonios que aseguran que la amistad entre ambos existía y que se les habría visto juntos en variadas ocasiones.[364] No obstante, parece ser que, investigaciones posteriores exculparon a Carrillo de toda implicación en el caso, a pesar de que hubiera mantenido alguna relación con la célebre espía.[365]

La última revista en la que se constata la aparición del nombre de Gómez Carrillo en portada como redactor jefe es *Parisina, Espejo de las Elegancias Parisienses*, cuyo primer número salió a la venta en mayo del año 1926.

Existen indicios de que en sus últimos años fundó otra revista publicada en París y que se llamaría *L'Espagne*, la cual se habría publicado entre 1923 y 1927. Los redactores de *ABC* y Camille Pitolet lo afirman, pero Ulner, estudioso de la faceta periodística de Carrillo confiesa no haber encontrado ningún número de la misma.[366]

En su última etapa de vida, los encuentros con Aurora Cáceres fueron frecuentes, llegando incluso a proponerle proyectos de vida común. Sin embargo, Gómez Carrillo no había cambiado en lo que a su volubilidad se refiere, y él mismo le confiesa mediante una misiva que podemos datar como poco anterior a 1925:

> Aún no soy capaz de la menor *sagesse*. Soy tan loco como a los veinte años.

[364] Ulner, A., *op. cit.*, p. 47.
[365] Id., pp. 47-48.
[366] Ulner cita a Pitollet en *Gloses*, Lille, Paris, Mercure Universel, 1933. p. 164, y *Abc*, 30 de noviembre de 1927, p. 1, Ulner, A., *op. cit*., p. 46.

> La vida tranquila, al lado de una mujer como tú, me parecería demasiado seria y sé que no la soportaría largo tiempo.[367]

Ya hacia 1922, en otro encuentro con su primera esposa, podemos encontrar información del cambio sufrido en su vida, con la madurez, en cuanto a estabilidad económica y asentamiento del que fuera incansable viajero, (que no en cuanto al carácter como veíamos en el párrafo anterior). Nos transmite Aurora Cáceres referencias a esta nueva situación que incluye el deseo de no tener que seguir visitando la que fuera su ciudad fetiche: París:

> Un día me habló extensamente de su situación económica, que era holgada; no necesitaba nada, y aún tenía algunas economías en el Banco. Su único anhelo era que el Consulado de la República Argentina en París se lo cambiasen por el de Niza, para no tener la obligación de ir con frecuencia a París.[368]

En otra carta a Aurora Cáceres, fechada en 1925, aunque Carrillo ya residía mayormente en Niza, aún no había conseguido este deseo.[369]

En 1926 viajaría de nuevo a Buenos Aires, viaje en el que se naturalizaría argentino en el mes de septiembre. La adopción de esta nacionalidad generaría el rechazo hacia él de sus compatriotas guatemaltecos, que verían en ella un abandono de su nacionalidad originaria, una especie de traición.

Ese mismo año contraería matrimonio con la artista salvadoreña Consuelo Suncín[370] a quien conoció en París, y que como él, disfrutaba de

[367] Cáceres, A., *op. cit*., p. 287.
[368] Id., p. 280.
[369] Aurora Cáceres nos muestra la preferencia por la costa francesa frente a la metrópoli parisina de Gómez Carrillo, transcribiendo sus palabras: "Yo no pienso moverme de Niza en todo el invierno. ¡Esos argentinos que no quieren cambiarme el Consulado de París por el de Niza!". Id., p. 288.
[370] Consuelo Suncín (1901-1979), estudiante de bellas artes, artista, bohemia y escritora, nacida en El Salvador. Se casó en segundas nupcias con Enrique Gómez Carrillo en 1926, al cual conoció en París siendo éste Cónsul de la Argentina. Después de enviudar de Gómez Carrillo, se convertiría en la esposa de Antoine de Saint-Éxupéry, autor de *El Principito* en el cual ella fue la inspiradora en muchos aspectos, entre los cuales sobresaldría su influencia en la concepción del papel que la rosa juega en dicha obra. Durante la segunda guerra mundial, ella se refugia en el pueblo francés de Oppède (Departamento de Vaucluse) junto con un grupo de estudiantes de bellas artes, quienes colaboraron con la resistencia francesa frente al ejército alemán. Enviudó de Saint-Exupéry en 1944, al desaparecer éste en una misión de guerra. Tras su desaparición, todos los domingos le escribía una

fama de bohemia. Las circunstancias de su encuentro y posterior boda las comenta Amado Herrera.[371]

Los últimos años de Gómez Carrillo no se caracterizaron por una ralentización en la producción literaria, sino más bien al contrario, la publicación de obras suyas se sucedía hasta el punto de publicarse varias en el mismo año. En 1926 acomete otro reto literario con la publicación del primer tomo de una obra que constaría de cuatro, titulada *Las 100 obras maestras de la literatura universal*. También en este año se publicó su obra *La nueva literatura francesa*, cuarenta y cinco días antes de su muerte

Pese a las pequeñas modificaciones de su conducta, indicadas por Aurora Cáceres, en lo referente a su costumbre de beber sin moderación, no había cambiado:

> Carrillo, que usaba y abusaba del alcohol –como de todo lo de la vida-, cayó un día en el Café Napolitano, donde tomaba su *pernod*, fulminado por una congestión cerebral.
>
> […] Carrillo quedó convertido en un espectro, una caricatura de sí mismo… Arrastraba los pies, no podía trabajar, tenía que permanecer semanas enteras en el lecho…[372]

Incide el periodista Carretero, en la antesala donde Carrillo agonizaba, en el rasgo que Carrillo siempre habría conservado, el de bohemio durante toda su vida y aún en sus últimos días como demuestra la descripción del alojamiento del ya agonizante Enrique realizada por Carretero: "seguía siendo el nido de un auténtico bohemio: desorden en el mobiliario, el baño lleno de libros, las ropas al uso mezcladas con joyas artísticas de las mejores firmas y recuerdos de sus innúmeros viajes".[373]

El periodista Carretero es testigo de las últimas horas de vida de nuestro cronista. En su relato de las mismas da fe del renombre y fama de que gozaría este escritor por el número de personas y personalidades que

---

carta de amor, cartas que fueron publicadas bajo el título *Lettres du dimanche*. Otras de sus publicaciones son *Oppède* o *Les mémoires de la rose*, que es su diario íntimo.

[371] Amado Herrera, E., *op. cit.*, pp. 54-59.

[372] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid*, ed. cit., p. 23.

[373] *Ibid.*

pasaron por su casa para despedirse de quien habría sido amigo, compañero o amante. Cuando el doctor que lo atendía, su íntimo amigo Baldelac de Pariente, anunció, tras una crisis sufrida en su casa, posteriormente a la caída en el Café Napolitano, que la muerte de Carrillo era cuestión de pocos días, Carretero da cuenta de cómo representantes de todos los ámbitos de París acudieron a darle el último adiós. A éstos personajes se sumaron gran número de mujeres que amaron y fueron amadas por nuestro autor. José María Carretero describe este escenario:

> Y la casa de Carrillo se convirtió en meca de peregrinación de todo cuanto en París –en la vida artística, literaria, política y social- significaba algo.
>
> Entonces, durante la agonía de Enrique, me fue dado asistir a un espectáculo sentimental de una originalidad triste, únicamente concebida en el ambiente de un hombre tan original, tan inteligente, tan apasionado como lo fue el famoso cronista…
>
> Durante las últimas horas de Carrillo y mientras él en el lecho se iba extinguiendo, en el estudio que antecedía a la alcoba formaban una especie de anticipado duelo de honor una tertulia de afligidas damas…
>
> Eran mujeres que Carrillo había amado. […]
>
> Las damas, en un elegante pugilato, evocaban discretamente recuerdos de Carrillo… Y elogiaban unánimes sus arrogancias, sus lecturas, sus rasgos de ingenio, sus galanterías, sus gallardos desafíos, sus impertinencias de niño mimado, sus apasionamientos de galán afortunado, que tan bien conocía el amor y la vida…[374]

Sus restos fueron depositados en el cementerio parisino de Père Lachaise. Si bien su lugar de descanso levanta polémicas como lo muestra la obra publicada en 1968: *Enrique Gómez Carrillo: ¿Dónde deben reposar sus restos?*[375]

Nos da noticia del evento del entierro de Enrique Gómez Carrillo, así como del epitafio que reza en su tumba, su biógrafo, Amado Herrera:

[374] Id., pp. 24-25.
[375] Anzueto, J.C., *Enrique Gómez Carrillo: ¿Dónde deben reposar sus restos?*, Guatemala, USAC, 1968.

> Su sepelio fue suntuoso y la noticia de su muerte hizo vibrar los cables que llevaron la infausta nueva a todo el mundo. Fue sepultado en el cementerio del Père Lachaise y sobre la tumba su viuda Consuelo Suncín hizo construir un mausoleo con una columna, donde aparece la mascarilla en bronce del gran maestro de la crónica y hay un epitafio que reza:"Toujours en éveil parmi tant de choses endormies.[376]

La noticia de su muerte tuvo igualmente eco en la revista de gran calidad y alcance en la que colaborara durante largo tiempo, el *Mercure de France*.[377]

A modo de anécdota, añadiremos que su tercera esposa y su viuda, Consuelo Suncín, pese a haber contraído nupcias posteriormente con el célebre escritor francés Antoine de Saint-Éxupéry, pidió que sus restos fueran depositados junto a los del que fuera su esposo Enrique Gómez Carrillo, como fue cumplido,[378] según afirma la poetisa guatemalteca y catedrática de la Universidad San Carlos de Guatemala, Luz Méndez de la Vega.

La repercusión o la influencia que la obra de Carrillo ejerció en los escritores contemporáneos fue muy intensa, contribuyendo enormemente a la difusión de las letras en general, y del movimiento modernista junto con sus partidarios, en una doble dirección, entre lo castellano y lo francés, así como entre tres espacios geográficos, Francia, España y gran parte del Nuevo Continente. Lo hizo a través de los diarios en los que colaboraba así como a través de la publicación de libros plenamente modernistas. Ambas cuestiones serán desarrolladas posteriormente en este estudio.

3.2. Presentación por géneros de la obra de de Enrique Gómez Carrillo

[376] Amado Herrera, E., *op. cit*., p. 67.
[377] Coulon, M., "Échos: Mort de Enrique Gómez Carrillo", *Mercure de France*, núm. 708, 15 diciembre 1927, p. 731.
[378] Mendez de la Vega, L., *Enrique Gómez Carrillo: Un guatemalteco muy parisino*, en http://www.literaturaguatemalteca.org/carrillo2.html p. 5.

3.2.1. Recuerdos literarios

Las crónicas de Gómez Carrillo nos hacen llegar numerosos y sustanciosos recuerdos de índole literaria, dado el contacto que mantuvo, tanto a nivel personal como a nivel profesional, con gran número de personalidades artísticas sobresalientes en la época, fundamentalmente en París pero también en Guatemala en sus primeros años de despertar adolescente así como en Madrid, donde residió varios meses al comienzo de su llegada al viejo continente, y donde posteriormente mantuvo colaboraciones indefinidas con medios periodísticos de la capital castellana.

Los recuerdos literarios ligados a personajes relevantes de la escena artística y literaria de su radio de acción, hispanoamericana, castellana y francesa, serán analizados con detalle en el apartado consagrado a los recuerdos literarios unidos a los habitantes de París.

3.2.2. Crónicas

La historia del género denominado crónica es indisociable de la historia del desarrollo del movimiento modernista. Así lo afirma Aníbal González en su profundo y completo estudio sobre la crónica modernista hispanoamericana,[379] en el cual declara que la lectura de las crónicas fue para él fundamental a la hora de la comprensión de las formas de concepción y organización de la creación literaria de los autores en el período de paso entre los siglos XIX y XX, añadiendo este autor que, a través de ellas, se puede apreciar la concreción de los avances científicos de la época, los progresos en todos los ámbitos del conocimiento, las transformaciones políticas y económicas, …, utilizando la propia expresión del autor, "reverberaban" en torno a los escritores de la época, impulsando

[379] González, A., *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa Turanzas, S.A., 1983.

el camino que la literatura recorrería en el citado período.[380] Así pues, resaltando el componente de apego a la temporalidad inmediata consustancial a la crónica,[381] lo cual no indicaría su factura rápida ni su falta de calidad,[382] dicho componente le conferiría el poder de la cercanía a la realidad. A propósito del valor de este género cultivado por relevantes nombres, entre los que se cita el de Carrillo, González concluye:

> Vistas en conjunto, las crónicas de Martí, de Nájera, de Casal, de Darío, de Rodó y de Gómez Carrillo (sólo por mencionar los más importantes dentro del género), ofrecen algo como una basta y difusa *crónica* –en el sentido de "relato histórico"- del modernismo.[383]

La crónica es considerada por González como el receptáculo donde se ensayaron y cobraron prestancia las innovaciones que las letras castellanas habrían de acoger más tarde en su etapa de renovación, cambio y enriquecimiento, además de constituir el vehículo idóneo para la difusión de las novedosas ideas estéticas, tejiendo una red en la que el intercambio de ideas entre el viejo continente e Hispanoamérica era fluido.[384]

Y se referirá directamente González a la trayectoria artística y periodística de la figura de Gómez Carrillo para ensalzar de modo global sus méritos literarios, tanto en las crónicas efímeras de los diarios como en las contenidas en los relatos de viajes, afirmando, en lo que nos parece un magistral resumen panorámico de la trayectoria artística de Carrillo:

> Con el paso de los años, Enrique Gómez Carrillo se convirtió en un oráculo de la modernidad (entendida rudimentariamente como todo lo que pasaba en París), y sus crónicas, que aparecían en *La Nación* y *La Razón*, de Buenos Aires y en *El liberal*, de Madrid (entre otros diarios), se tornaron en depósitos enciclopédicos de sabiduría instantánea, no tan sólo de la cultura y la literatura francesas, sino también acerca de

[380] Id., p. 2.
[381] Afirma González: "Como género periodístico la crónica está sujeta a exigencia de actualidad, de novedad y a lo que podríamos llamar "leyes de oferta y demanda", ya que desde el punto de vista del periodismo, la crónica es una mercancía… de lujo: su valor es menos informativo que recreativo". Id., p. 77.
[382] Afirma González: "Muchas de esas crónicas de aparente frivolidad son jugosos ensayos que han requerido una larga y paciente preparación". Id., p. 394.
[383] Id., pp. 58-59.
[384] Id., p. 63.

> lugares más exóticos, el norte de África, el Medio y Lejano Oriente, Grecia y Rusia.[385]

La crónica despertaba igualmente el deseo de crítica, de análisis y de posicionamiento de los lectores que tomarían parte activa en ella, propiamente despertado por el espíritu modernista.[386]

El tema del fomento de la crítica no sería exclusivo en el modernismo, entroncando con dictados de la filología, ciencia que gozaría de asistir al comienzo de su éxito en esta época. Las palabras de González en las que unirían lo filológico y lo periodístico así lo corroboran: "Como el filólogo, el *chroniqueur* sopesa, evalúa, enjuicia y, sobre todo estructura, la masa caótica que recibe en el centro. Podríamos decir que el *chroniqueur* realiza una minuciosa "arqueología del presente"".[387] González reúne lo filológico junto a la literatura, en tanto que la crónica es un artículo de lujo el cual pretendería más bien el recreo que la información, y evidentemente también con el periodismo, vía que le procuraría salida y alcance incluso transoceánicos.[388]

Aníbal González, en su aproximación a la crónica modernista hispanoamericana se ve obligado, dada la extensión del ámbito a analizar, a realizar una selección de los autores más representativos que cultivaron este género, resultando destacado por él, el guatemalteco Carrillo.[389] No sólo ha sido este investigador el que ha otorgado a Gómez Carrillo el estatus de representante de excepción en el mundo de la crónica y del modernismo. Gombrich igualmente destaca el florecimiento del arte de Gómez Carrillo inmerso en el mejor caldo de cultivo, París:

> Gomez Carrillo, como muchos de los extranjeros que llegaron al París de finales del siglo XIX llevaban el germen del arte en sus entrañas, y es por ello que su destino es París, donde podrán codearse con los maestros consagrados en el ámbito artístico y podrán sumergirse en el ambiente cultural e intelectual que reinaba en los cafés montmartreses donde el tema del día era siempre el arte, en un intento de las nuevas generaciones de tomar

[385] Id., pp. 166-167.
[386] Id., pp. 67-68.
[387] Id., p. 74.
[388] Id., p. 75.
[389] Id., pp. 164-175.

> las riendas de su propia concepción de arte, para llevarlo a cabo y trabajar en pro de su triunfo.[390]

Estaría tan imbuido de París el cronista Guatemalteco, que sería considerado por sus compatriotas como un desarraigado, dada su pérdida de identidad con lo latinoamericano y su vuelco total con la capital parisina, según confirma Pera,[391] pues no sólo algunos sectores entre los hispanoamericanos, sino también entre los españoles, verían en la ascendencia que cobraba la capital gala un peligro capaz de hacer tambalearse la propia identidad nacional.[392]

En lo relativo al estilo de nuestro cronista, Seymur Menton recrea las características de la prosa modernista tal como la practicaría Gómez Carrillo a lo largo de toda su existencia, pues el autor guatemalteco nunca abandonó el género de la crónica en el que vertía su delicada prosa poética:

> Tenía que ser bella: su paleta de suaves matices tenía que agradar al ojo; su aliteración, su asonancia, sus efectos onomatopéyicos y su ritmo constituían una sinfonía que deleitaba al oído; sus mármoles y telas exóticas daban ganas de extender la mano, mientras los perfumes aromáticos, los vinos y manjares deliciosos excitaban los sentidos del olfato y el gusto.[393]

Tomaremos las palabras de Rubén Darío para condensar la idea relativa a la amplitud y variedad que alcanzó a tocar la pluma de Gómez Carrillo, impregnada de lo parisino, según el autor de *Azul*:

> En su obra prevalecen, […], mucha modernidad, la euritmia, las elegancias femenina, la danza, los personajes de la "comedia" italiana, la anécdota maliciosa, la conversación con sus amigos célebres, la ironía, el halago, la perversidad, el goce, todo lleno de una sutileza francesa, de modo que se diría escrito, o por lo menos pensado, en francés, en parisiense.[394]

El propio Gómez Carrillo diserta sobre la esencia de la crónica, aportando su personal definición, esclareciendo sus propiedades y características, ensalzando sus virtudes, exponiendo sus debilidades. En

[390] Gombrich, E. H., *Historia del arte*, Madrid, Editorial Alianza, 1979, pp. 424-425.
[391] Pera, C., *Modernistas en París*, Berna, Peter Lang, 1997, p. 72.
[392] Id., p. 117.
[393] Menton, S., *Historia crítica de la novela modernista*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1985, p. 109.
[394] Darío, R., *op. cit.*, pp. 995-996.

cuanto a sus virtudes, destaca el componente literario y artístico que se distingue en la prensa parisina y francesa frente al enfoque más directo y reseco, en resumidas cuentas, periodístico, de otros países, fundamentalmente anglosajones: estados Unidos e Inglaterra.[395] Este toque literario es el que conferirá encanto especial a las informaciones y crónicas parisinas a las cuales se referirá Carrillo diciendo que ellas sobresaldrían, como género univoco en sí mismo "por su amenidad, por su ligereza, por su ingenio por su elegancia"[396] y definiéndola metafóricamente dirá de ella que es: "Flor de París, Flor de Francia, en la que luce toda la gracia, toda la espiritualidad, toda la frescura del genio de la raza. Flor de suave ironía y de risueña sutileza. Flor en la que, más que los colores, son los matices los que seducen".[397]

La crónica literaria será efímera y Carrillo es consciente de ello. Así lo expone abiertamente: "flor modesta, flor que no pretende durar mucho; flor que, guardada entre las páginas de un libro, nos recuerda un minuto ardiente de la vida".[398] Prosigue en la misma línea al afirmar: "Las anécdotas, los retratos instantáneos, las notas frívolas sobre literatura y los literatos, no pueden aspirar a la existencia trascendental de las creaciones poéticas o filosóficas".[399] Aclarada la diferencia de status de la crónica, Gómez Carrillo definirá su función primordial, de la cual se deduce igualmente su periodo de caducidad: "Hechas para ilustrar o para subrayar un acontecimiento determinado, tienen siempre una fecha, que las hace envejecer o marchitarse apenas pasa algún tiempo".[400] No obstante, incide nuestro cronista en que, pese a la corta existencia de la misma, no carecería de valor y suscitaría, incluso pasado del tiempo, el interés de los lectores. En este sentido sentencia Carrillo: "creer que ese tiempo sea más limitado que el de la crítica académica, sería un error".[401] Gómez Carrillo aportará datos reales en apoyo de esta afirmación: "La prueba la tenemos en el

[395] Gómez Carrillo, E., "El carácter literario de la prensa parisiense" en *La nueva literatura francesa*, ed. cit., pp. 223-278.
[396] Id., p. 263.
[397] *Ibid.*
[398] *Ibid.*
[399] *Ibid.*
[400] Id., pp. 263-264.
[401] Id., p. 264.

interés con que leemos, reunidos en volúmenes, los fragmentos más curiosos de los *Courriers Littéraires*".[402]

Sin embargo, el valor de la crónica en tanto que propagadora de tendencias y nombres destacados del ámbito literario a lo largo y ancho de territorios extensos y alejados le es reconocida por Pera.[403] Labor de propagación tanto de temas literarios, como del tema general consistente en la que Carrillo habría jugado un papel destacado, así como en la de divulgación de París, en la medida en la que el canto de las maravillas de la capital del Sena,[404] en todos sus aspectos, recorre gran parte de su obra.

Todo lo anteriormente expuesto, cumplido y representado en la propia figura artística de Enrique Gómez Carrillo, dado que sus crónicas poseían esa elegancia, gracia y espiritualidad de la que él mismo hablaba, se publicaban con carácter puntual en la prensa francesa y española, con su carácter efímero intrínseco. Más, recopiladas en libro, siguen interesando al público por lo que de documento histórico y social del París de entre los siglos XIX y XX representa.

Así pues, entre las crónicas de Gómez Carrillo se encuentran profundas crónicas versadas en todos los temas artísticos y literarios que en París acontecieran, ya sean exposiciones, estrenos teatrales, conciertos de grandes divas, aparición de nuevas obras, homenajes a personalidades,…, entrevistas a representativos intelectuales y artistas, franceses en su mayoría, así como la crítica impresionista que gustaba de practicar, siguiendo al gran Anatole France, de las obras que estuvieran en boga, junto a otras más cercanas a temas de interés puntual o de noticias más frívolas, pero siempre parisienses.

En cuanto a lo literario y artístico, Gómez Carrillo realizó numerosas entrevistas a personalidades artísticas en París, entrevistas que fueron publicadas en los diarios y que presentan un aspecto de crónica. Su

[402] *Ibid.*
[403] Pera, C., "El discurso mitificador de París en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo", ed. cit., pp. 74-75.
[404] Id. p. 76.

aproximación a los artistas la hacía con devoción de sincero y rendido admirador, mas queriendo captar en el transcurso de la entrevista primordialmente sensaciones e impresiones personales. No obstante, la no satisfacción de los entrevistados al leer las líneas redactadas por Carrillo le causaba cierta desazón. Ante las quejas de los entrevistados, encontrará consuelo en otros cronistas quienes le dirán que les habría sucedido lo mismo, concluyendo nuestro autor sobre lo arduo de realizar entrevistas sin que sus protagonistas estén en desacuerdo.[405] Dirá Carrillo al respecto:

> […] ¿Qué extraño tiene eso cuando en París mismo, en donde los *hommes de lettres* son por lo general más cultos y más sinceros que entre nosotros, resulta dificilísimo hacer retratos íntimos, sin exponerse a desagradar a las personas a quienes más se respeta y mejor se quiere?[406]

Carrillo se dedicaría durante muchos años en sus trabajos periodísticos al análisis de tendencias literarias, fundamentalmente nacidas en territorio francés, llegando a ser un gran conocedor de las corrientes literarias contemporáneas, lo que le permitiría exponer su opinión acerca de que las escuelas no existirían, pues cada escritor sería un individuo único e irrepetible.[407] Así lo expone en su frase: "Entre los grandes naturalistas, no existe un solo punto de contacto. Si son hermanos, son hermanos enemigos".[408]

Otras corrientes diferentes de las literarias tuvieron igualmente su lugar en las crónicas carrillistas. Las exposiciones de pintura que se celebraban en el París de entre siglos y que presentaban las tendencias pictóricas en boga en la época, tales como el impresionismo[409] o el cubismo, constituyeron el tema de muchas de ellas.

No sólo cuestiones literarias y artísticas poblarían las crónicas carrillistas, pues muchas de ellas se centrarían en pequeñas noticias de la

[405] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., pp. 111-115.
[406] Id., p. 111.
[407] Gómez Carrillo, E., "El culto a la personalidad" en *El Cuarto libro de las crónicas*, *Obras completas*, t. XII, Madrid, Mundo Latino, 1921, pp. 43-55.
[408] Id., p. 47.
[409] Gómez Carrillo, E., "El impresionismo" en *Desfile de Visiones*, Valencia. Prometeo, s.a. (hacia 1924), pp. 7-14 o en *El cuarto libro de las crónicas*. ed. cit., pp. 115-121.

sociedad parisina, algunas de entre las cuales podrían recibir el título de frivolidades. Dichas frivolidades no serían rechazadas por nuestro cronista, es más, él mismo se vanagloriaría de ser uno de sus grandes conocedores, ya que el propio autor escribe la siguiente frase al respecto: "usando el derecho que me concede mi título de doctor en ciencias frívolas",[410] al hablar de las sibilas de París[411] en una de sus crónicas. Si bien luego aclara que no se trataría de una ligera frivolidad sino de una fingida pose, dado que prefiere envolver las cosas "en un velo de sonrisas"[412] a hacerse pesado con cuestiones graves[413] y frivolidad, en su caso, no sería como dice el diccionario, sinónimo de futilidad.[414]

En cuanto a otros temas variados, alejados de lo literario, artístico o intelectual, los encontramos de muy variada procedencia, aunque siempre ligados al suelo parisino. Así pues, Carrillo comenta la situación profesional de los médicos parisienses, que trabajarían por muy poco dinero, sin tarifas unificadas, y algunas de ellas rayanas en lo ridículo.[415] Carrillo anuncia al respecto: "Los médicos de París han comenzado a sindicarse para evitar esta lucha denigrante".[416]

Igualmente podemos hallar entre ellas una selección de los crímenes pasionales que se cometerían en el París de entre siglos, fundamentalmente concentradas en su obra *Pequeñas cuestiones palpitantes*,[417] o el tratamiento de las demandas intelectuales por plagio en ese mismo París así como su impunidad en la justicia francesa con las consecuencias económicas derivadas,[418] el machismo en ciertos sectores profesionales parisienses,[419] concretamente en el de la abogacía y la judicatura en los que, nuestro cronista denuncia lo injusto de las posiciones adoptadas por

[410] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, Madrid, Librería Sucesores de Hernando, 1910, p. 24-25.
[411] Id., p. 7-28.
[412] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit., p. 6.
[413] *Ibid.*
[414] Id., p. 7.
[415] Gómez Carrillo, E., "El culto de Esculapio" en *El cuarto libro de las crónica*, ed. cit., pp. 31-42.
[416] Id., p. 33.
[417] Gómez Carrillo, E., "Los crímenes pasionales" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, *op. cit.*, pp. 253-274.
[418] Gómez Carrillo, E., "El dinero y el arte". Id., pp. 195-206.
[419] Gómez Carrillo, E., "El culto de la toga" en *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 56-63.

los miembros varones de los citados ámbitos hacia sus compañeras de oficio. Las razones que esgrimirían los rancios detractores de la presencia femenina en los tribunales de justicia, según Carrillo, parecen de poco peso, pues relata nuestro cronista cómo un antiguo juez declararía que la invasión de la mujer en la abogacía habría traído consigo la inclusión de la frivolidad en un mundo que, hasta entonces habría sobrevivido envuelto en misticismos monásticos, aislados de mundanales influencias.[420] A pesar de la opinión de los integrantes masculinos de la profesión, que se dejaría sentir en sus comentarios irónicos ante la pronunciación de la palabra abogada, Gómez Carrillo se muestra completamente partidario del desarrollo de la mujer en esta profesión, dado que la considera igual al hombre en capacidades para el desempeño del citado oficio, e incluso capaz de superarlo en ciertas situaciones, donde las características intrínsecas femeninas resultarían más adecuadas y operativas. Se posiciona nuestro cronista a favor de las juristas diciendo no encontrar argumentos que justifiquen su exclusión de este ámbito por una mera cuestión de sexo. Argumenta Carrillo : "por qué una señorita activa y estudiosa no ha de ser defensora de las viudas y de las huérfanas, colaboradoras de la justicia y protectoras de la inocencia, ni más ni menos que un estudioso y activo señorito…";[421] modas parisinas como la práctica del boxeo,[422] deporte anteriormente considerado poco adecuado por la violencia física que debe ejercer; o la influencia en los hábitos de la sociedad de ciertas obras literarias como las protagonizadas por el celebérrimo investigador de ficción Sherlock Holmes,[423] personaje que, con sus procedimientos deductivos habría influenciado enormemente en Francia a los encargados de dilucidar e investigar los delitos cometidos; cuestiones históricas tales como la que se trata de dilucidar al respecto de la afirmación de personalidades entendidas en la materia, consistente en el amor que los habitantes de Flandes conservarían por los españoles, cuyos destinos estuvieron unidos bajo el imperio de Carlos I de España y V de

[420] Id. p. 57.
[421] Id., p. 63.
[422] Gómez Carrillo, E., "El culto de la fuerza", Id., pp.16-30.
[423] Gómez Carrillo, E., "La influencia de las novelas policíacas". Id., pp.179-194.

Alemania;[424] histórico literarias, al extenderse el tema hacia los sentimientos positivos que no sólo la parte española de Flandes experimentaría hacia lo castellano, sino también la zona francesa, como demostraría la reciente publicación de un libro el cual recopilaría la obra de ilustres poetas de Flandes rindiendo honores a España;[425] aproximaciones a la vida de personalidades de la vida política francesa, como, por ejemplo, Georges Clemenceau ;[426] temas totalmente fútiles como el descenso en las ventas del sombrero de copa entre los caballeros franceses,[427] o bastante más trascendentales como el asesinato considerado como una de las Bellas Artes.[428]

Añadir que la mujer es omnipresente protagonista de gran número de las crónicas carrillistas. La mujer en general[429] así como mujeres con nombres y apellidos son el objeto de atención de Gómez Carrillo siéndoles consagradas no sólo numerosas crónicas, sino incluso libros completos[430] ya sea en tanto que análisis de rasgos generales (belleza, inteligencia, cosmopolitismo,…) como de aptitudes particulares en el caso de grandes artistas también consideradas sea en su generalidad[431] o en su individualidad como Raquel Meller, Eleonora Duse, Marthe Bady,…[432]

3.2.3. Relatos de viaje

"Adorar a mi país cual Barrès adora al suyo, me sería imposible, porque una nación me parece demasiado pequeña…"[433] Estas palabras de Gómez Carrillo, apoyadas por las que le dedicara Darío en el prólogo a uno

[424] Gómez Carrillo, E., "La supervivencia del alma española en Flandes". Id., pp. 215-224.
[425] Gómez Carrillo, E., "Los poetas de las Flandes francesas que cantan a España". Id., pp. 225-234.
[426] Gómez Carrillo, E., "Clemanceau" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., pp. 207-216.
[427] Gómez Carrillo, E., *La vida Parisiense*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993.
[428] Gómez Carrillo, E., "Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes" en *Primeros estudios cosmopolitas*, *Obras completas*, t. XI, Madrid, Mundo Latino, 1920.
[429] Gómez Carrillo, E., *Entre encajes*, Barcelona, Sopena, 1905
[430] Gómez Carrillo, E., *Psicología de la moda femenina*, Madrid, Pérez Villavicencio, Biblioteca económica selecta, Vol. VIII, 1907 o *El segundo libro de las mujeres: Safo, Friné y otras seductoras*, *Obras completas*, t. XXII, Madrid, Mundo Latino, 1921.
[431] Gómez Carrillo, E., "Bailadoras orientales" en *El libro de las mujeres*, ed. cit.
[432] Id.
[433] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed.cit., p. 21.

de sus libros de viajes en el que el padre del Modernismo señalaría el don de Carrillo de aclimatarse a todas las latitudes, de ser madrileño en Madrid, argentino en Buenos Aires y parisino en París,[434] denotarían el alma cosmopolita del autor guatemalteco, amante del mundo entero así como del placer que los viajes por exóticos lugares le producían, viajes que constituían para él una experiencia enriquecedora, ya que, fundamentalmente en temas artísticos y literarios[435] se documentaba extensamente[436] antes de su partida a aquellos lugares a los que los diarios en los que trabajaba lo enviaban, con el objetivo de satisfacer el interés de sus lectores, ya sea por cuestiones de actualidad, como sería el caso de su periplo por Japón, país que habría vencido a Rusia en la época, o por el deseo del descubrimiento del pasado glorioso de tierras exóticas, heredado del romanticismo.

El gusto de la época por el acercamiento a paisajes lejanos y exóticos apuntaría a una nueva especie de colonización, esta vez cultural, del occidente hacia el oriente.[437] Torres-Pou, en su estudio sobre Gómez Carrillo y la obra de éste dedicada a Japón, tratando del acercamiento de los europeos a lo oriental, define cómo "se trata de conocer, o lo que es lo mismo de poseer, a ese Japón, a ese Otro cuya naturaleza confunde con su extrañeza y su lejanía".[438] La valoración final de Torres-Pou respecto a la labor de Gómez Carrillo en *El Japón heroico y galante*, aún concediendo que Carrillo destaca los valores positivos de la sociedad nipona frente a la ausencia de éstos en Occidente,[439] concluye que la visión de Carrillo obedece a cánones de superioridad en la que la posición del hombre blanco siempre prevalecería sobre el resto del mundo y sobre los asiáticos en este

[434] Véase el prólogo de Rubén Darío a la obra de Gómez Carrillo, E., *De Marsella a Tokio*, París, Garnier, 1906.
[435] Véanse las extensas y profundas referencias realizadas por Carrillo a las literaturas y artes en general de los países Grecia y Japón en los libros que respectivamente les consagró: *La Grecia eterna*, *Obras Completas*, t. XV, Madrid, Mundo Latino, 1920-1921, o *El Japón heroico y galante*, ed. cit.
[436] Torres-Pou, J., "El discurso colonial en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo", *Bulletin of Hispanic Studies*, Abril, 2005, p. 188.
[437] Id., pp. 185-194.
[438] Id. p. 191.
[439] *Ibid.*

caso,[440] observación que podría hacerse extensiva al resto de su literatura de viajes.

El propio autor expone su ideario acerca de lo que supondría para él la experiencia del viaje y del contacto con el otro, en una crónica de título revelador, "La psicología del viaje",[441] donde expone su creencia en la imposibilidad de captar el alma de los habitantes de los pueblos visitados, y que por tanto, lo que él pretendería captar, y plasmar en sus escritos para así transmitirlo a los lectores, serían las sensaciones e impresiones que dejaran huella en su propia alma de viajero artista, aunque esta huella tan sólo tuviera la duración de un momento fugaz. Esta idea la exponemos con la ayuda de sus propias palabras, pues confesaba Carrillo: "yo no busco en los libros de viajes el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más sutil, más pintoresco, más poético y más positivo: la sensación".[442] Este querer captar las sensaciones, tan presente en el relato de viajes carrillista hace afirmar a Karima Hajjaj Ben Ahmed que en la literatura de viajes de Gómez Carrillo "la sensación será un recurso estético-literario constante",[443] en consonancia con lo expresado por el mismo Carrillo para catalogar a los que, como él, buscan el arte en todo lo que recorren y tratan de forma preferente las impresiones y emociones personales experimentadas. Dice así nuestro cronista: "Todo viajero artista, en efecto, podría titular su libro: *Sensaciones*".[444] En la misma línea se pronuncia Bujaldón, al analizar el tipo de viajero de la época, en el cual se inscribiría nuestro autor, tipo que además enmarca Bujaldón dentro de la categoría del buscador del viaje "estético".[445] Afirma Bujaldón: "El viajero

[440] Id., p. 193.
[441] Gómez Carrillo, E., "La psicología del viaje" en *El primer libro de las crónicas*, *Obras completas*, t. VI, Madrid, Mundo Latino, 1919.
[442] Gómez Carrillo citado por Henríquez Ureña, M., *Breve historia del modernismo*, México, FCE, 1954, p. 395.
[443] Ben Ahmed, K. H., "Crónica y viaje en el Modernismo. Enrique Gómez Carrillo y El Encanto de Buenos Aires". *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 23, Editorial Complutense Madrid, 1994, p. 33.
[444] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 11.
[445] Bujaldón De Esteves, L., "El Modernismo, el Japón y Enrique Gómez Carrillo", *Revista de Literaturas Modernas*, 2001, pp. 53-72.

va en busca de "sensaciones marcadas por la subjetividad y con el afán de hallar en lo extraño un lenitivo para el tedio finisecular".[446]

Así pues, la búsqueda de la vivencia singular guía a Carrillo en sus desplazamientos, "el placer de sentir lo diferente"[447] según destaca Colombi, quien subraya igualmente la influencia que Carrillo habría ejercido en ciertos ámbitos intelectuales de la época, pues concretamente alude Colombi a que, gracias a la atención dedicada por nuestro cronista a la poesía tradicional nipona, ésta habría conocido un resurgir en el interés de poetas hispanoamericanos.[448]

Originariamente, las crónicas realizadas en el transcurso de viajes tuvieron gran demanda por parte del público de principios de siglo XX, siendo tal su éxito que inmediatamente eran editadas en libro, como señala Colombi.[449] Del mismo modo destaca esta investigadora, lo insoslayable de la figura de Carrillo en tanto que escritor de relatos de viaje.[450] Dicha relevancia sería puesta de manifiesto cuando se le concedía el título de ser el *Loti castellano,* el cual le llenaba de orgullo, aunque otras comparaciones con grandes de las letras francesas fueron también apuntadas como veremos más adelante.

Japón, Grecia, Rusia, Marruecos, Jerusalén, Egipto o Buenos Aires, visitados por Gómez Carrillo, dieron origen a libros de relatos de viajes que les fueron consagrados. En ellos, el autor retrata su visión del país, de las ciudades, de los paisajes, de sus habitantes y sus culturas, así como aquellos detalles que le producen impresiones, ya sean profundas e inolvidables,[451] ya sean decepcionantes,[452] favoreciendo conscientemente las detalladas y coloristas descripciones de los bellos paisajes y seductoras

[446] Id., p. 57.
[447] Colombi, B., "La crónica y el viaje: Enrique Gómez Carrillo". IV Congreso de la asociación de amigos de la literatura latinoamericana. *CELEHIS Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas.* 1996, p. 187.
[448] Id., p. 190.
[449] Id., pp. 183-192.
[450] Id., p. 184.
[451] Véase el relato que realiza Carrillo de los sentimientos y sensaciones que despiertan en él la visita de los Santos Lugares en *Jerusalén y la Tierra Santa,* ed. cit.
[452] Véase el desagrado producido en Carrillo los elementos de occidentalización observados en su periplo por tierras nipones en *El Japón heroico y galante,* ed. cit.

estampas contemplados, incidiendo en aspectos del glorioso pasado histórico del país en cuestión, insertando largos pasajes dedicados a la literatura y las artes propias del país y reservando un lugar destacado al análisis y descripción de la mujer originaria de cada tierra en particular, si bien la imagen que de estas mujeres transmite suele ser estereotipada y frecuentemente enfocada en tanto que objeto bello creado para el placer de los sentidos,[453] principalmente de los masculinos, sin que por ello obvie su valor en tanto que individuos capaces de las mayores proezas, al mismo nivel que los hombres. No obstante, Carrillo no ahorrará detalles, quizá poco ortodoxos con la moral burguesa en cuanto a la condición femenina se refiere, a modo de ejemplo, reseñaremos el tratamiento en su libro sobre el Japón recibido por mujeres que ejercieran la prostitución, pues Carrillo incluye la grandeza de elevados actos heroicos realizados por ellas, aunando quizá dos opciones antitéticas para la citada moral burguesa.[454]

Entre sus obras basadas en los recorridos realizados a través del mundo, varios títulos aluden directamente ya no a países sino a ciudades. Sería el caso de obras como *Vistas de Europa*,[455] en las que se recrea en los recuerdos de su paso por ciudades como Barcelona, Sevilla, Verona, Roma,…, o *De Marsella a Tokio.*[456] Misceláneas de sus experiencias por diferentes latitudes, serían obras como las tituladas *Nostalgias,*[457] *Romerías,*[458] o *Por tierras lejanas,*[459] entre otros.

La prosa de Gómez Carrillo en la que redactaba los citados relatos de viajes fue alabada por célebres nombres de la época, y la calidad de estas crónicas no era cuestionada. Aurora Cáceres ofrece numerosas referencias a las felicitaciones que Carrillo recibiría con motivo de la publicación de las mismas,[460] y en ellos se fraguó el calificativo de prosa poética que

[453] Véase el enfoque de Carrillo del barrio de la prostitución nipona, el Yosiwara en la obra *El Japón heroico y galante*, ed. cit.
[454] Véanse las historias de mujeres japonesas incluidas en Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*. ed. cit.
[455] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa*, París, Garnier Frères, 1906.
[456] Gómez Carrillo, E., *De Marsella a Tokio, Obras completas,* t. IV, Madrid, Mundo Latino, 1919.
[457] Gómez Carrillo, E., *Nostalgias*, Valencia, Sempere y cia., 1911.
[458] Gómez Carrillo, E., *Romerías*, Paris, Garnier Frères, 1912.
[459] Gómez Carrillo, E., *Por tierras lejanas*, Valencia, Sempere y cia., 1907.
[460] Cáceres, A., *op. cit.*

recibiría el estilo del autor guatemalteco. Citaremos las palabras laudatorias que el renombrado Maeterlinck vertiera sobre nuestro cronista viajero impresionista en el prólogo a la obra Carrillista *Ciudades de ensueño,*[461] donde el célebre dramaturgo alabará las cualidades artísticas del autor guatemalteco:

> Sabe pintar un paisaje, una ciudad, un palacio, como Teófilo Gautier, pero alcanza además a poblarlos, y en él el mármol y el bronce no aplastan a los hombres. Es a veces risueño, familiar y exuberante, como Dumas Padre (…), fatalista, sombrío, pictórico, melancólico y vago, como Loti; sensitivo, soñador y sutil como Gerard de Nerval.[462]

Y también añadiremos las de una investigadora contemporánea de la obra carrilista, Sophia Demetroiu, quien ensalza la capacidad de Gómez Carrillo para aunar los valores de las diferentes artes conjuntamente con los goces sensoriales en su prosa poética, pues afirma que: "Gómez Carrillo es ante todo un artista. Y será en sus crónicas y en sus libros de viaje donde mejor transmitirá los ritmos de su espíritu. Todo allí se reduce a perfume, a caricia, a música y a visión. Por eso es descriptivo, plástico y armonioso".[463]

No obstante, no todo serían parabienes a sus relatos de viajes, pues Carrillo recibiría algún tipo de crítica respecto de estas obras, pues ciertos críticos harían la observación de que los citados relatos de viajes adolecerían de un desinterés por cuestiones sociales, como reflejan las palabras de Cardoza y Aragón dedicadas a Carrillo: "fue un esteta, de prosa grácil y flexible, sin sensibilidad por lo social, apasionado por los perfumes raros y efímeros".[464]

Esta afirmación no sería aplicable a la globalidad de la obra de Carrillo, pues dentro de los relatos de viajes, si bien es cierto que el

---

[461] Gómez Carrillo, E., *Ciudades de ensueño*, Colección Universal, nº 189, Barcelona-Madrid, Espasa-Calpe, 1920, p. 6.
[462] *Ibid.*
[463] Demetriou, S., "La decadencia y el escritor modernista: E. Gómez Carrillo", En Jiménez, José Olivio (Op.) *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana,* New York, Eliseo Torres Library, 1975, pp. 232.
[464] Cardoza y Aragón, L., *Guatemala, las líneas de la mano…*, La Habana, Casa de las Américas, 1968, p. 259.

exotismo y lo artístico priman, algunas obras, por ejemplo las dedicadas a Rusia principalmente o a Japón, ésta última en menor medida, las alusiones a las duras condiciones de vida de los trabajadores, las mujeres o los niños no están ausentes. En el epígrafe que hemos dedicado a sus crónicas, igualmente hemos señalado la atención de Carrillo hacia ciertas cuestiones sociales, como su denuncia de lo reducido del estipendio de los médicos franceses o su exposición de la existencia de actitudes machistas en ciertos sectores profesionales, postura ante la que se muestra contrario.

En sus relatos de viajes, Carrillo no olvida la imagen de su París amado y la citada imagen recorre estos relatos, de manera directa o de forma subliminal en los diferentes comentarios y comparaciones que el autor establece entre la Ciudad Luz y los diversos componentes de los parajes visitados, ya sea en términos de igualdad, para resaltar las cualidades admiradas de las nuevas tierras, ya sea en términos de alejamiento respecto a la gran metrópoli, los cuales denotarían la inferioridad que, en opinión de Carrillo, detentarían determinados aspectos de los países recorridos.

Las últimas líneas de su libro consagrado a Grecia resumen admirablemente muchos de los viajes realizados por el propio Gómez Carrillo, así como sus emociones y sentimientos experimentados en el transcurso de los mismos pues ofrecen valiosas pistas para comprender su visión de las tierras visitadas. Haciendo referencia a lo sentido en la griega columnata de los Propileos, Carrillo rememora todas sus andanzas y sus profundos estremecimientos, que son lo fundamental, para él, las sensaciones, las emociones que lejanos lugares hacen aflorar en su corazón:

> Yo he padecido, allá arriba, las sensaciones terribles de vacío y de soledad que tantos poetas expresaron en sus notas de Atenas. Yo me he preguntado, lleno de melancolía, cómo mi alma podíase sentir helada en este santuario: mi pobre alma, que lloró al pié del Gólgota; mi alma, que en el Sinaí sufrió el temblor terrible del misterio; mi alma, que en Ceilán, viendo la huella de Buda, se llenó de dulces lágrimas; mi alma, que en Nikko, ante dioses de nombres bárbaros y leyendas oscuras, tuvo un estremecimiento de fe […] Pero, más tarde, contemplando desde este mi balconcillo lejano la apoteosis del templo en la claridad de la aurora, he llegado poco a poco a comprender la grandeza

> divina de la pobre columnata en ruinas. Y lo mismo que el gran Renán, he dicho en voz baja, sin exaltarme mi oración ante el Acrópolis: -¡Diosa de los ojos verdes, bendita seas…![465]

Gómez Carrillo alcanzó alto prestigio como cronista de viajes entre sus contemporáneos, siendo reconocido y alabado por su estilo particular, modernista e impresionista. Por ello fue comparado a su admirado Pierre Loti, escritor francés consagrado en el ámbito de la crónica de viajes de la época, si bien era un poco anterior a Carrillo. Además Carrillo fue considerado el renovador de la prosa, a la que imprimió la pátina del modernismo que Darío imprimiera a la poesía. Ory cita en su obra dedicada a Enrique Gómez Carrillo, la referencia que en la prensa cubana escribiera el escritor cubano Hernández Catá, aparecida en *el Fígaro* de La Habana, describiendo a un Gómez Carrillo concentrado en la redacción de sus crónicas periodísticas, rodeado de sus recuerdos de viajes: "entre retratos de artista y entre *bibelots* está muy bien Gómez Carrillo. El espíritu del más hábil de los cronistas hermana bien con todas estas cosas pequeñas bellamente inútiles".[466]

La especificidad cosmopolita tan característica del modernismo y que de manera tan propia y personal observó siempre Gómez Carrillo se plasmó en su obra como reflejo natural de su actitud vital, haciéndose aún más patente si cabe en las crónicas de viajes que escribió tras visitar y recorrer variadas latitudes. Ory hará alusión de nuevo a la calidad literaria de las crónicas de viaje carrillistas en los siguientes términos: "Es ante todo Gómez Carrillo un espíritu cosmopolita que sabe asimilarse todos los serpenteos de la sensación y dar las impresiones vividas de lo que pasa ante sus ojos, a través de sus nervios y de su alma inmensa y transparente".[467]

En efecto, las crónicas de viaje de Gómez Carrillo representan verdaderamente mucho más que el relato de una serie de visitas por distintas zonas de diferentes ciudades en diversos países. Lo que transmite Carrillo en sus escritos de viajes no es tanto la realidad seca, la apariencia fría y

[465] Gómez Carrillo, E., *La Grecia eterna*, ed. cit.
[466] De Ory, E., *op. cit*., p. 9.
[467] Id., p. 24.

estereotipada. Carrillo interioriza las visiones que se suceden ante su alma de poeta en las ciudades, pueblos y paisajes que recorre, y es el resultado de esta interiorización que traspasa su alma y su corazón, lo que quiere plasmar en ellas y transmitirlo a sus lectores. Sus descripciones no son físicas, sino íntimas y personales, no describe tan sólo lo que ve, sino lo que siente al contemplar, las emociones que le causan las vistas, el contacto con los paisajes y las gentes, las tradiciones y la historia, el arte y la belleza que va encontrando en sus amplios y lejanos periplos. Su sencillez unida a la frescura de su estilo llevan a Ory a afirmar que no sólo era un maestro en el arte de hacer revivir ante el lector los países visitados, sino que parecía estar contándolos cerca de ese lector, casi al oído: "Pero lo que más me entusiasma de estas "sensaciones" es la sencillez; parece que Carrillo está a nuestro lado".[468] Las recopilaciones de las crónicas viajeras, aún siendo extensas, se hagan ligeras y es inevitable que la finalización de su lectura, deje un regusto amargo, como siente Ory al leer las 327 páginas de *Sensaciones de París y de Madrid*, pues se lamenta de esta sensación de brevedad: "se lee tan agradablemente, tan sin sentir, que cuando nos damos cuenta de que la lectura se ha concluido no podemos menos de lamentar que la obra no haya tenido doble número de páginas".[469]

Gómez Carrillo otorga preponderancia absoluta a la traducción en palabras, a la perfecta y minuciosa transmisión de la sensación y a la impresión en sus crónicas viajeras. Sophia Demetroiu afirma "La frase "color" es la frase impresionista; y Gómez Carrillo es siempre un escritor impresionista; pintor de sensaciones".[470] Y concluye: "Es la frase impresionista la que permite la reproducción de esas sensaciones. Sensualiza lo físico, a la vez que nos introduce en el reino impresionista del matiz".[471]

Sus dotes descriptivas y su capacidad de captar todos los matices de cada detalle, le valieron el alcanzar una gran reputación entre los autores cultivadores del género de viajes. Mendoza describe así las habilidades

[468] Id., p. 20.
[469] *Ibid.*
[470] Demetriou, S., *op. cit*., p. 233.
[471] *Ibid.*

descriptivas de Carrillo: “Nada olvidaba, como atento observador. Todo lo medía con sus miradas, todo lo apreciaba y describía con su tenaz perspicacia: climas, modos y costumbres, peculiaridades topográficas, recuerdos y aventuras”.[472]

No es Mendoza el único autor que expresa su admiración ante el arte de describir que practica Carrillo, junto con el arte de transmitir las sensaciones que experimenta. Ory comparte opinión al respecto con Mendoza al afirmar:

> Y así podría decirse de su obra total: que es una caravana que va recorriendo los lugares más seductores; como una peregrina caravana de ensueños y fantasías. Y es que Gómez Carrillo antes de escribirlos ha vivido sus libros. De aquí la emoción que tiene impregnada cada página suya. A veces, una frase, unas cuantas de sus palabras, expresan todo un poema de belleza, todo un curso de estética, de preciosismo.[473]

Su perfección en el arte de describir fue tan valorada por sus contemporáneos, que muchos de ellos consideraron su técnica y estilo más próximos a los de un pintor que a los de un escritor, de tal manera elevaba paisajes ante los ojos extasiados de los lectores: “¿Puede dibujarse mejor un paisaje, con menos palabras? Seguramente que no. Para expresar la manera de escribir de Gómez Carrillo tendríamos que decir que le da movimiento a las cosas al llevarlas al papel”, alaba Ory.[474]

Más no todo es descripción de bellezas o impresiones de sitios físicos en sus crónicas viajeras. No todo son bellos paisajes, lindas mujeres, costumbres ancestrales y ambientes embriagadores en sus crónicas. Constituye un rasgo característico de Gómez Carrillo el hecho de consignar en ellas otros aspectos de los lugares visitados, tales como referencias a la economía, situaciones sociales, situación política, etc.…, incluyendo a veces su desacuerdo o su crítica hacia ciertas cuestiones un tanto peliagudas. Ory da fe de que en la obra en que se analiza la situación rusa en un momento de crisis y de enfrentamiento bélico con Japón:

[472] Mendoza, J.M., *op. cit*., t. 2, p. 194.
[473] De Ory, E., p. 29.
[474] Id., p.26.

> Filigranas –digo yo- que guardan una honda sensación; el reflejo fiel de las impresiones que causaban el poeta-observador aquel pueblo de Gorki regido por el odioso autocratismo, por la cruel tiranía abominable, para la cual tiene el egregio Gómez Carrillo unas leves palabras de indignación.[475]

Prosigue Ory en sus alabanzas hacia la obra escrita por Carrillo sobre Rusia:[476]

> ¡Y de qué modo tan magistral, tan admirable, tan perfecto, llevó a cabo su proyecto! Causa, si, admiración pensar cómo pudo Carrillo en tan pocos días recoger una impresión tan real y tan cierta como del país. Esto sólo puede apreciarse leyendo su libro *La Rusia Actual*, pues pálido resultaría todo encomio en loor de obra tan interesante.[477]

Destaca Ory, sin embargo un rasgo que, estando omnipresente en las obras consagradas a viajes del autor guatemalteco, está ausente en este libro y es el constante recuerdo de París, la constante alusión a lo parisino, rasgo distintivo de Carrillo, que no por estar ausente resta arte a la obra de que se trata: "Claro que esta obra no está saturada de parisinismo como las otras obras del autor, pero no por eso deja de tener los mismos encantos que las demás que ha ido surgiendo de su fecunda pluma".[478]

En enero de 1905, Carrillo emprendió viaje hacia Rusia acompañado de Alfredo Vicenti, subdirector del diario *El Liberal* de Madrid, diario por el que fueron enviados a aquellas tierras con objeto de remitir al rotativo las crónicas del día a día de la Rusia inmersa en el conflicto, donde empezaron a aparecer a partir del 4 de febrero de 1905.[479] Resalta Ory la valentía de Carrillo en tomar la decisión, sin titubear, de realizar el viaje a Rusia: "Cuando estalló la primera revolución rusa, Gómez Carrillo no se hizo esperar en San Petesburgo".[480] Resultado de este periplo por tierras rusas serían crónicas muy centradas por la situación social y política que vivía el pueblo ruso en 1905, inmerso en una contienda contra Japón, como lo certifican sus títulos que luego serían capítulos de la obra: *El zar que*

[475] Id., p. 21.
[476] Gómez Carrillo, E., *La Rusia actual*, ed. cit.
[477] De Ory, E., *op. cit.*, p. 21.
[478] *Ibid.*
[479] González Martel, J.M., *Enrique Gómez Carrillo. Obra iliteraria y periodística en libro*, ed. cit., p. 39.
[480] De Ory, E., *op. cit.*, p. 21.

tiembla, Los obreros, Los estudiantes, Los armenios, El partido socialista ruso, Por la constitución, Funcionaritis,…, aunque no se abstiene Gómez Carrillo de incluir la nota pintoresca de color local en otros capítulos como *En el Nord Express, ¡Esos hoteles!* O *En el acuario*. La nota literaria artística tampoco está ausente, tomando cuerpo en el capítulo titulado *En la casa del poeta* (refiriéndose a Gorki).

Este procedimiento de ser un periódico el que enviara a un corresponsal a tierras lejanas, desde las cuales inspirarse en la composición de fragantes crónicas exóticas de viajes, con objeto de publicarlas en el citado periódico proporcionó al espíritu inquieto y ávido de cosmopolitismo de Carrillo la oportunidad de recorrer gran parte del mundo. Gracias a Ory, tenemos las palabras de Carrillo que nos informan de cuáles eran sus expectativas a la hora de emprender un viaje. Relata Ory: "Él cuando marcha a algún sitio es para verlo todo".[481] Nos transmite Ory esta conversación acontecida en los que serían los días previos a la partida de Gómez Carrillo hacia Túnez,[482] en la que el cronista responde a la pregunta de qué lo llevaba a aquel país, en la que se evidencia que, la afirmación de Ory respecto a la curiosidad infinita del hombre que quería contemplarlo todo, no era una simple intuición ni deducción, sino algo que el propio Carrillo declaraba abiertamente en su respuesta a Ory, la cual éste nos transcribe:

> -Todo –contestó Carrillo- todo: voy allí en busca de paisajes de opereta, de personajes bíblicos. Voy al África por sus ciudades de oro y lapislázuli, por sus cielos translúcidos y claros, en que hasta las brumas se hacen transparentes y coloridas. Voy allí para ver de cerca sus heráldicos indígenas y sus Fatmas misteriosas. Voy atraído por el perfume del África, por esas exhalaciones de drogas y de lanas, de ajo y benjuí; por el aroma repugnante y exquisito de charnier y de vergel florido; por esa especie de podredumbre de mirra y de incienso que el sirocco inyectaba sobre el Sydney, mientras pasábamos por el Canal de Suez…[483]

[481] Id., p. 27.
[482] Véanse las crónicas resultado de este viaje en la obra de Gómez Carrillo, E., *De Marsella a Tokio. Sensaciones de Egipto, La India, la China y el Japón*, París, Garnier Frères, 1906.
[483] De Ory, E., *op. cit.*, p. 28.

No falta en ninguna de sus obras dedicadas a países visitados las amplias referencias a la mujer del país en cuestión, a la mujer contemporánea o a la antepasada, a la real o a la protagonista de intrigas literarias, a la honesta o la cortesana, a la burguesa o a la representante del pueblo llano, coincidentes todas en provocar la ensoñación y excitar la imaginación romántica de Gómez Carrillo, que las ve hermosas e incluso, en numerosas ocasiones, rallando en la divinidad y en lo mágico.

Otro rasgo distintivo de Carrillo lo constituye el hecho de que, antes de realizar sus desplazamientos a cualquier país, se documentara minuciosamente a propósito del mismo y en diferentes ámbitos, concediéndole especial atención al ámbito artístico y literario. Este rasgo es patente en todas sus obras de viajes, y especialmente puede hallarse en el volumen consagrado a Grecia,[484] donde las alusiones a autores griegos, a obras y personajes de la literatura clásica de este país son constantes, incluso se citan los nombres e historias de cortesanas reputadas en la época, por su belleza, su corazón, o ambos. Igual sucede en el libro consagrado a Japón,[485] en el cual ilustra al lector tanto en lo tocante a artes plásticas, citando y comentando la producción artística de diferentes pintores, como Utamaro, además de ofrecer una lección magistral sobre poesía japonesa, pormenorizando al ofrecer las características definitorias de cada tipo de poema, verso o estrofa, diferenciando entre versos tradicionalmente ancestrales japoneses: los *haikus* y los *tankas* e incluyendo ejemplos traducidos de algunos de ellos.[486]

Este aspecto era conocido, valorado y puesto de relieve por sus contemporáneos, quienes, como destaca Ory, veían en esta labor de documentación un elemento esencial de la calidad de la obra resultante, y dicha calidad venía certificada, aún más si cabe, por el hecho de que estas

[484] Gómez Carrillo. E., *La Grecia eterna*, ed. cit.
[485] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*, ed. cit.
[486] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*, p. 142, donde Carrillo incluye esta estrofa como ejemplo de un *tanka*:

¡Oh! brisa celeste
cierra con tu soplo las
aberturas de las nubles
para que la belleza de las muchachas
no se escape de la tierra.

obras, resultado de las aficiones viajeras de Gómez Carrillo, hubieran sido traducidas a varios idiomas:

> Carrillo antes de visitar una tierra desconocida ya la conoce. Y es porque, como hombre estudioso, antes de ir a ella estudia sus costumbres, su vida cotidiana, su espíritu, en fin. ¿Cómo sería posible, sino, que con una breve estancia en el país del Yamato nos diese libro tan interesante como *De Marsella a Tokio* que con *El alma japonesa* ha sido traducido al francés, al inglés y al italiano, y que ha conseguido los honores de la quinta edición? Esta es acaso la obra más popular de Gómez Carrillo. En ella resplandece su estilo sutil y gracioso y deslumbrador; delicado como una figulina, riente como una sonrisa de efebo.[487]

Henri Lavedan, en el prólogo a la obra de Carrillo en la cual plasma sus sensaciones e impresiones del viaje que realizó por Egipto, titulado *La sonrisa de la Esfinge*, se pronuncia en el mismo sentido que Ory al realzar los valores artísticos y literarios del autor guatemalteco, si bien lo lleva al terreno de lo relativo al poder de adaptación del propio Carrillo de tal manera a todos aquellos lugares que visitase, haciendo honor a su componente cosmopolita que lo convertía en ciudadano del mundo*:*

> Cualquier cosa que emprenda, que interrogue o mire, sea en el Japón, en Palestina o en la Hélade, donde se encuentre, está en su sitio, en su casa y comprendiéndolo todo rápidamente toma en cada país un aspecto indígena y un acento natal, Posee un genio de adaptación y de inteligencia extraordinaria, sin que esta fuerza asimiladora perjudique la personalidad de su temperamento, la justeza original de sus ideas.[488]

Carrillo, como cualquier modernista, en sus viajes pretende deslindarse de la cotidianeidad de principios del siglo XX y salir a la caza de paisajes lejanos, ya no sólo hablando en términos de distancias, sino en términos temporales, es por ello que, en tierras lejanas le desagrada lo europeo, el alcance de una homogeneización emprendida desde Occidente que extinguiría esas peculiaridades, exquisiteces y exotismo que el autor modernista desea denodadamente aprehender para sí y ofrecer a sus lectores. Su obra sobre Grecia sería una muestra de ello, ya que la imbricación que realiza de la realidad griega con la historia antigua de este pueblo, con sus

[487] De Ory, E., *op. cit.*, p. 25.
[488] Véase la traducción de este prólogo, "La sonrisa de la esfinge": prefacio en *Cosmópolis*, Madrid, año I, núm. 7, julio 1919, p 555.

autores clásicos y sus personajes míticos resulta admirable, en un retrotraer el presente hacia el pasado o de llevar a cabo una actualización de épocas pasadas haciéndolas presentes en la actualidad. Ory advierte esta retroalimentación que Carrillo establece en esta obra entre ambas temporalidades y así lo expone:

> La idea general de Gómez Carrillo es que la Grecia actual es la Grecia de Platón y de Alcibíades. Carácter, lengua, patriotismo, religión, sentido estético, voluptuosidad, todo, en una palabra, es hoy como era ayer en la Hélade Sagrada. Esta idea atrevida, el genial escritor la desarrolla a través de descripciones y de evocaciones en las cuales vive lo actual y revive lo antiguo.[489]

Aunque el propio Carrillo reconoce ver en el presente, o querer revivir en el presente, almas pertenecientes al glorioso pasado helénico, pues en su obra sobre Grecia dice: "en el silencio y en la sombra de mis melancólicas evocaciones, yo sigo viendo una isla ideal, por cuyas playas vagan los augustos fantasmas de Ulises y de sus compañeros, hasta que alguien me llama a la realidad".[490] Esa realidad es la que prefiere velar para preponderar la visión formada en su mente de lo que hace al país visitado algo exótico y diferente. Por ello, la gente vestida a la europea, como marcan las modas en Londres o París,[491] los elementos propios de la civilización occidental, como los letreros luminosos de cervecerías germánicas, barberías parisinas o agencias americanas que encuentra en su recorrido por la ciudad de El Cairo,[492] ejercen en él una impresión desagradable como si fuera algo que desentonase o estuviese fuera de lugar.

Son numerosos los admiradores de la obra carrillista que coinciden en adjudicarle el poder evocador que impregna sus obras de viaje, poder capaz de transportar al lector hasta tierras lejanas, o hacerle aproximarse a éstas de tal manera, que tras su lectura, se tenga la sensación de haber estado allí, de haber conocido el lejano país. Ory se muestra de esta opinión refiriéndose a varios libros con temática viajera de Gómez Carrillo:

---

[489] De Ory, E., *op. cit.*, p. 40.
[490] Gómez Carrillo, E., *La Grecia eterna*, ed. cit., p. 23.
[491] Gómez Carrillo, E., *La sonrisa de la esfinge, Sensaciones de Egipto, Obras completas*, t. XIII. Madrid, Mundo Latino, 1921, p. 118.
[492] Id., p. 11.

> Lo mismo puede decirse de *Tierras lejanas* y *Desfile de visiones*, donde los paisajes, los cuadros de color, todas las cosas que desfilan por las páginas, que pasan como mariposas fugaces ante los ojos del lector, son un conjunto de encantos, de doradas evocaciones, de fantasías llevadas a la realidad, tan llenas de vida que parece que nos hace emprender un viaje deslumbrador por esas tierras que nos recuerdan las maravillosas de los cuentos de Hadas.[493]

Ory expone igualmente su sensación de considerarse conocedor del Japón, sin haber viajado hasta tierras niponas, más habiendo leído la obra *El Alma Japonesa,*[494] sobre el país del lejano Oriente nacidas de la pluma y de la sensibilidad de Gómez Carrillo:

> Yo puedo afirmar que conozco el Japón tanto como si lo hubiese visitado; porque verlo a través del libro de Carrillo es lo mismo que recorrer sus calles, visitar sus jardines y contemplar el Mikado que pasa en su carroza por el bulevar Guinza entre los policías vestidos de blanco y un grupo inmenso de gente…[495]

No solo lo parisino entra en el juego de las comparaciones. Lo francés en general también lo hace. Incluiremos una de estas comparaciones, a modo de ejemplo, en el que lo francés está presente en la obra de viajes. En el libro sobre Egipto, resalta Carrillo la abundancia de aventuras amorosas que pueblan los cuentos egipcios, y este detalle le hace introducir en esta obra al escritor francés Brantome,[496] sugiriendo que si hubiera existido un autor egipcio de las características del autor galo, estas heroínas de cuento egipcio hubieran magníficamente inspirado una obra equiparable a la del francés, ya que versaba ésta sobre damas ilustres y galantes.[497]

3.2.4. Autobiografía

Hemos decidido realizar un análisis profundo de los datos que Carrillo aporta en su obra autobiográfica pues los consideramos reveladores

[493] De Ory, E., *op. cit.*, p. 29.
[494] Gómez Carrillo, E. *El alma japonesa*, París, Garnier frères, 1907.
[495] De Ory, E., *op. cit.*, p. 27.
[496] Pierre de Bourdeille, Señor de Brantome (1540-1614), escritor francés, quien, tras una carrera militar luchando en Italia y África, debido a un accidente, debe abandonarla y se consagra a una carrera literaria, escribiendo la obra *Vidas de damas ilustres y damas galantes*, que sería publicada en 1665, tras su muerte.
[497] Gómez Carrillo, E., *El alma japonesa*. Ed. cit., p. 220.

para un acercamiento más personal a la época, sus circunstancias así como la situación de los ambientes tanto sociales como artísticos de la época, tanto en la Guatemala de su niñez y adolescencia, como en Madrid, donde residió esporádicamente, aunque guardara siempre relación dada su labor de colaborador con periódicos de la capital castellana, y en París donde estableciera su definitiva residencia. Así pues, estamos convencidos de que el relato del protagonista de sus primeros diecinueve años es interesante tanto para la comprensión de la trayectoria vital y profesional de nuestro autor, como de la sociedad en la que se desenvolvía. Decimos diecinueve años porque en ellos se detuvo el proyecto originario de lo que quedó en trilogía y que lleva por título *Treinta años de mi vida*.

En este apartado nos centraremos más de lleno en los libros primero y tercero de su autobiografía, en los que se relatan respectivamente su infancia y adolescencia en Guatemala hasta su partida hacia París y luego, tras el descubrimiento de París, la experiencia del destierro del paraíso experimentada en Madrid. Concederemos mayor atención al segundo libro en el capítulo relativo al tratamiento de París en calidad de ciudad escrita, ya que es el que narra su primer contacto con la Capital del Sena y el enamoramiento que duraría hasta el final de sus días.

3.2.4.1. Primeros años: Antecedente familiares e infancia en Guatemala

Enrique Gómez Carrillo nació en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala el 27 de febrero del año 1873 en el seno de una familia de clase media. Sus padres gozaban de sólida formación cultural de sus padres aunque económicamente no disfrutaran de una situación desahogada a juzgar por las anécdotas que el propio Enrique comenta en su obra *El despertar del Alma,*[498] primero de los tres libros dedicados a la recopilación de sus recuerdos autobiográficos titulados *Treinta años de mi vida.*

[498] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit.

Fue Enrique el mayor de varios hermanos. Le seguían M ª de La Luz, Ricardo Salvador, Josefina y Julia.

Sus progenitores tenían sus orígenes en Europa. Dado el fenómeno del gran desarrollo de los transportes marítimos que se da en esta época y que posibilitaba este tipo de desplazamientos impensables pocos años antes, unido al de las grandes migraciones de población procedente de Europa con destino a Sudamérica atraídos por las oportunidades que ofrecía este país en plena etapa de desarrollo, encontramos a Dª Josefina Tible, madre de Enrique, nacida en Guatemala, hija de D. Felipe Tible, ingeniero belga,[499] quien formaba parte del grupo de colonizadores de origen europeo (belgas, franceses y alemanes) que llegaron a Guatemala en 1844, estableciéndose en lo que en aquel momento se llamaba Puerto de Santo Tomás (Guatemala) . Don Felipe contrajo matrimonio en este país con Dª Dolores Machado Luna, madre de Dª Josefina. Josefina recibió una esmerada educación, muy superior a lo que en la época se estilaba para las mujeres. De gran belleza, pues heredó de su padre los características europeas (su figura era esbelta, rubia y de ojos azules), Enrique la recuerda como una madre dulce y cariñosa aunque recta en temas de educación, religión y moral. Temas de educación en los que Enrique le dio más de un quebradero de cabeza y en los que ella no cejaba en intentar "meter en vereda" al hijo que "huía" (más bien lo expulsaban) de las instituciones de enseñanza, cosa que hacía sufrir enormemente a su madre y preocupaba a su padre. De ella le vino también el conocimiento de la lengua francesa, con la que tuvo contacto desde pequeño, en el seno del hogar.

El padre, D. Agustín Gómez Carrillo nació el 24 de febrero de 1838. Descendiente de la familia Carrillo de Albornoz, la cual había disfrutado de rancio abolengo en España contaba, además, con parientes pudientes en Guatemala. Realizó estudios de leyes licenciándose como abogado, más no ejerció esta profesión de forma liberal sino que comenzó su vida laboral con modestos empleos al servicio del Ministerio de Hacienda de

[499] Otros le atribuyen origen francés. Es el caso de Julio Colón Gómez, quien afirma que era originario de Cantal, Auvernia, Francia, en su genealogía de esta familia publicada en la página web de la asociación Enrique Gómez Carrillo. http://www.enriquegomezcarrillo.org

Guatemala. No obstante, su saber hacer, su buen carácter unido a su seriedad, responsabilidad y honestidad en el trabajo le granjeaban el respeto de todos aquellos con quienes trabajaba, y así llegó a ocupar puestos de responsabilidad como el de Rector de la Universidad de Guatemala o el de alcalde de su ciudad. Es presentado por el propio Gómez Carrillo como un hombre culto, estudioso de la historia y de la literatura ya que obtuvo reconocimiento como historiador de gran talla y, por su amor del purismo en el idioma, ingresó como miembro de la Real Academia de la Lengua Española y de la Academia de Legislación y Jurisprudencia matritense, recibiendo igualmente reconocimientos del Gobierno Francés.[500] Lo caracteriza igualmente como liberal y honesto aunque poco ambicioso, ya que los apuros económicos que sufría la familia no le hacían abandonar sus ideales personales y políticos e inclinarse hacia actividades más lucrativas. Esta situación propiciaba ocasionalmente los reproches de su esposa, a juzgar por la conversación del matrimonio reproducida por el propio Enrique en el primero de sus libros autobiográficos: "-Agustín, nota que tienes hijos y que con tus pergaminos no has de darles de comer… Si quisieras dejar de ser conservador y acercarte al partido liberal, podrías llegar a ministro…".[501]

D. Agustín ponía remedio a estos reproches anunciando el propósito de trabajar más, a lo que su esposa respondía, según los recuerdos del joven Carrillo: "-¡Si trabajas muchísimo! Lo que sucede es que trabajas sin fruto en un país que no necesita literatos sino agricultores, comerciantes,…".[502]

Y cuando D. Agustín es nombrado Alcalde en tiempos de crisis, su esposa resignada le dice "En todo el país no hay más que un puesto sin sueldo, y ése es el que te dan a ti".[503]

[500] Amado Herrera, E., "El hogar Gómez-Tible", en *op. cit*., pp. 11-14.
[501] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., p. 25.
[502] Id., p. 26.
[503] Id., p .30.

Más los reproches de Dª Josefina, lo aclara Enrique, no provienen de su infelicidad sino de la preocupación por sus hijos, según cree entender Gómez Carrillo:

> En el fondo, ella también tenía un gran orgullo de su situación especial, de su nombre que era símbolo de modestia altiva, del desinterés que todos le reconocían; y hasta estoy seguro de que si un hada le hubiera preguntado si quería que su esposo se convirtiera de pronto en comerciante para enriquecerse, habría contestado que no. Adorándolo ciegamente, no se quejaba, en realidad, de la falta de dinero, sino por sus hijos, a quienes hubiera deseado educar como príncipes.[504]

Estos detalles observados por Enrique, joven que nunca se ciñó a la disciplina escolar, le valían de excusa para no centrarse en los estudios, pese a las recomendaciones paternas y a los ruegos maternos. Al observar como el ser un gran hombre cultivado y erudito no constituía un pasaporte seguro hacia el bienestar económico afirmaba:

> Notando los apuros de mi hogar, yo los atribuía a una especie de maldición que debía pesar sobre los hombres incautos que se consagran a la sabiduría. Todas las piezas del proceso ideológico que mi cabeza instruía contra el estudio, contribuían a fortificar mi odio contra los libros. Entre mis parientes, los que tenían fortuna eran los que no sabían nada, los que se reían de las letras cual de una chifladura. Entre mis amiguitos, los más ricos eran hijos de comerciantes. Y así, poco a poco, acabé por decirme que el único camino seguro para llegar a la riqueza era el comercio. Sólo que, ¿cómo hablar de eso a mi padre, que llamaba horteras a los dueños de las mejores tiendas de la calle Real, y que no perdía oportunidad de sacar a relucir su noble abolengo castellano? Un Carrillo de Albornoz, según él, no podía ser sino capitán en Flandes, canónigo en Toledo o académico en Madrid. ¡Lo que aquel ingenuo orgullo nos costó de pobrezas, de disputas y de humillaciones![505]

No obstante, el joven Enrique no despreció el tesoro que le ofrecía la bien nutrida biblioteca de su padre y, pese a ser mal estudiante, era un apasionado lector. Así lo ratifica su biógrafo y contemporáneo Juan M. Mendoza, al afirmar que Enrique:

> […] heredó de su madre los principales rasgos físicos, y de su padre el ser naturalmente propenso a la literatura, aunque con distinto gusto en lo que respecta a las escuelas, modos y otras

[504] Id., p. 26.
[505] Id., p. 25.

> particularidades propias de la idiosincrasia y educación de D. Agustín. Éste era un clásico recalcitrante, empedernido. Enrique empezó siendo un indómito romántico; se unió enseguida a los simbolistas franceses y concluyó rechazando todas las escuelas y proclamando la absoluta libertad artística.[506]

Pese a los problemas económicos familiares, nuestro autor nos relata una infancia feliz. Sus recuerdos de la casa familiar están repletos de luz y de flores. En absoluto se vislumbra lo que su biógrafo Mendoza comenta sobre el domicilio de los Carrillo:

> […]…en una casita que él recordaba con cariño, a pesar de su humildad y de haber pertenecido a "Los siete pecados de D. David Luna". He de explicar que, el gráfico y despectivo nombre de pecados, les vino a las casitas de referencia por su estrechez, a tal extremo que, en aquel entonces, se consideraba imperdonable hacer en la ciudad viviendas tan incómodas.[507]

Y añade Mendoza, para documentar igualmente acerca de las condiciones básicas de la vida de la familia Gómez Tible:

> Se comprenderá, desde luego, que los esposos Gómez-Carrillo Tible disponían de muy pocos recursos para vivir. Sólo así se explica que personas de su categoría y alcurnia, bienquistas por sus cuatro costados, hayan pasado por alojarse en una especie de zaquizamí, que, sin embargo, cobijaba en sus rincones el alma de los tiempos en los que la existencia humana se limitaba al objetivo primordial de la familia, encerrándose todo en el recinto del hogar doméstico.[508]

Concluye Mendoza respecto a la casa que ocuparan y el régimen de alquiler que mantuvieran:

> Para Enrique no hubo, pues, casa solariega propia, como las hubo en su época para todos sus contemporáneos de igual estirpe a la suya. ¡Pero sí eran, aquellos, los tiempos dichosos en los que la generalidad de las familias tenía un techo! […] Con todo, los padres de Enrique fueron inquilinos toda su vida.[509]

[506] Mendoza, J. M., *op. cit.*, p. 55.
[507] Id., p. 25.
[508] *Ibid.*
[509] Id., p. 26.

No obstante, otro estudioso de su vida, constata que hubo otro hogar mejor, tras mudarse de esta primera pequeña casita.[510]

Antes de continuar, se hace necesario constatar que las obras autobiográficas de Gómez Carrillo han de ser interpretadas con precaución ya que, estudiosos de su vida y obra, personas que le conocieron,… matizan la veracidad de ciertas afirmaciones hechas por el autor en estas obras.[511]

La visión de vida modesta se diluye en los recuerdos autobiográficos de Gómez Carrillo para subrayar otra más íntima, cuando, tras conocer la noticia de un fuerte terremoto sufrido por la ciudad, vuelve la vista atrás con añoranza para plasmar en el papel su sentir, sensaciones que nos hacen recordar los versos de Antonio Machado sobre aquel patio sevillano de su infancia:

> Treinta años van a cumplirse desde que dejé la casita florida en que nací. Y todavía ahora, en los momentos de vaga melancolía, oigo el murmullo de la fuente que encantaba en mi patio blanco su eterna canción de cristal… Todavía veo las flores tropicales abiertas bajo las copas siempre verdes de los limoneros, las inmensas flores sin nombre que mi madre regaba con sus pálidas manos de marquesa desterrada… Todavía oigo el concierto de turpiales que en las mañanas de la perpetua primavera americana despertábanme dándome consejos de amor.[512]

Las sensaciones que Enrique transmite sobre su infancia en su obra autobiográfica no dejan traslucir las "estrecheces" de tipo económico. Para él, la luz, el sol, las flores confieren el toque que hacía de los lugares de su niñez el paraíso más perfecto. Se recrea en presentarnos espacios y sensaciones:

---

[510] Amado Herrera afirma: "Una leve mejoría en las condiciones económicas de don Agustín, le permitió trasladarse de "Las Casas de los Siete Pecados" a una vivienda de mayor amplitud y comodidades, frente a la actual iglesia de San Sebastián, donde transcurrió la infancia del futuro "Príncipe de los Cronistas". Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 15.

[511] Su esposa matiza ciertas afirmaciones que su marido habría reflejado en su autobiografía, pues dice esta autora: "Otra de las inexactitudes de este libro es la exageración con la que habla de la pobreza de su familia.
Tengo varias fotografías que me ha dado de sus hermanas, y en ellas, desde niñas, se las ve, no sólo elegantes, sino lujosamente vestidas; además, se casaron con hombres de alta situación social y de fortuna." Cáceres, A., *op. cit.*, p. 82.

[512] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed.cit., pp.16-17.

> Bebía la vida, en efecto, a grandes sorbos glotones; bebía la luz, la belleza, la alegría de crecer y de gozar; bebía en la copa ardiente del trópico, y me embriagaba del perfume de las flores, del color del cielo, de las sonrisas de las niñas, de las caricias de mi madre. ¡Ah, el recuerdo de aquellos días tan breves en que había que buscarme lo mismo que a un pájaro en las ramas de los árboles![513]

Se confiesa Enrique marcado desde niño por una timidez que nadie parecía reconocer y que no le abandonaría durante toda su existencia:

> Cada vez que he hablado de mi timidez, la gente se ha reído. Y, sin embargo, es tan real y tan grande, que nunca he podido dirigir la palabra a una mujer desconocida, nunca he entrado en un salón sin palidecer, nunca he hablado en público sin que la voz me tiemble. Hay en mí, lo mismo que en muchos artistas, una especie de rubor íntimo, que a veces trata de ocultarse detrás de una máscara de impertinencia o de altivez.[514]

Tampoco lo abandonaría la mala fama que comenzó tempranamente a partir de las innumerables travesuras que perpetraba junto con sus amigos, fama que nunca logró disipar, si bien, siendo adulto, estaba justificada por su afición a la bebida, su actitud desafiante que lo involucró en varios duelos y a los asuntos de faldas. Es consciente nuestro autor de esta fama, la cual, en su infancia al menos, atribuye, en cierto modo, a la mala suerte:

> En el fondo no hacíamos nada terrible, y en justicia yo no era ni mejor ni peor que los otros. Pero no sé por qué el renombre me escogió como víctima y no hubo medio de que me dejaran de atribuir todo lo malo que pasaba en la ciudad.[515]

Su biógrafo Juan M. Mendoza nos ofrece una resumida panorámica de cómo era la vida en la Guatemala de los tiempos infantiles de Enrique; se trata de un somero pero completo análisis de la sociedad y sus costumbres en aquella época, de la estructura, organización y carencias de la ciudad, de la presencia de lo religioso en la vida de aquellas gentes, de sus hábitos en cuanto a lo festivo, del desarrollo del comercio o del nivel de peligrosidad nocturna de las calles.

[513] Id., p. 12.
[514] Id., pp. 15-16.
[515] Id., p. 13.

Nos describe Mendoza una ciudad de unos ochenta mil habitantes, relativamente "joven", pues su fundación data de 1776, y por lo tanto aún en desarrollo. Del estado incipiente de la pequeña ciudad de gustos provincianos nos habla este autor:

> Cuando Enrique nació, Guatemala era una ciudad todavía en formación, de tipo manchego y florecida de tradiciones. Las nobles fachadas de los portales ostentaban con orgullo sus blasones de piedra, coronados de almenas. Sus templos veíanse poblados de sombras, elevándose airosos sobre las esbeltas peanas de sus atrios.[516]

Describe así Mendoza estos detalles referentes a la pobre arquitectura de las casas de la ciudad:

> La higiene era descuidada, y las casas, en su mayoría, de ruinoso, pesado y mezquino aspecto exterior. Las había también de vasta fachada, como raras excepciones, y destinadas para alojamiento de las familias que elevaban sus prestigios de sangre sobre viejos títulos de nobleza heredados por sus antecesores.[517]

La falta de infraestructuras que presentaba la incipiente ciudad constan también en la obra de Mendoza en la que quiere dar cuenta de todos y cada uno de los detalles de la vida que rodeara al que fuera su admirado compañero de rotativo:

> En las calles se notaban graves defectos, sobre todo de irregularidades en su alineamiento: algunas, angostas; muchas sin empedrados, y, de vez en cuando, serpentaban las tortuosidades que lastimaban el buen gusto del ornato.[518]

Las vías públicas, no demasiado bien concebidas por un plan urbanístico previo y serio junto con un estado de no terminación quedan patentes en la visión de Mendoza, para calificar de naciente e incompleta la ciudad que viera nacer a Carrillo:

> Aún no se conocía aquí la electricidad como elemento utilizable en los servicios de luz y calefacción, y como objeto de fuerza en los talleres industriales. Por consiguiente, las calles eran

[516] Mendoza, J. M., *op.cit.*, p. 27.
[517] Id., p. 28.
[518] Id., p. 32.

> alumbradas con faroles, que llevaban dentro combustible de petróleo, y se hallaban colocados a largos trechos.[519]

Incluso relata Mendoza la anécdota del rechazo del Gobierno de Guatemala a la instalación del telégrafo por considerarlo como objeto de lujo para el país. Posteriormente una primera línea fue gentil y gratuitamente instalada por el francés Barón Oscar du Teil. Si bien constata que el año del nacimiento de Enrique vio finalmente este invento puesto al servicio público gracias al Gobierno Liberal de la República.[520]

Resalta Mendoza el papel preponderante que lo religioso jugaba en esta sociedad:

> Una vez concluidos los edificios, y antes de que fuesen ocupados, se practicaba, singularmente, la bendición. En la ceremonia intervenía de preferencia el sacerdote, que esparcía en las habitaciones agua santiguada traída de alguna iglesia. Se entonaban salmos y se rezaban oraciones, pidiéndole al cielo que la felicidad cubriera, con sus alas doradas, a los propietarios del hogar exorcizado, y que Satanás se abstuviera de sembrar la cizaña de la maldita discordia. En seguida venía la fiesta: el agua de canela y los demás agregados de estilo, a usanza de la época, acostumbrados por los sinceros creyentes en el rito sagrado de la fe católica.[521]

Como era de rigor en épocas pasadas, lo religioso dominaba lo festivo, y la ciudad de Carrillo no sería una excepción, como reseña Mendoza:

> Las diversiones principales y los entretenimientos de orden espiritual, se reducían a funciones religiosas en el interior de los templos, […]; y finalmente, las festividades de Semana Santa, con ceremonias fuera y dentro de las iglesias, gastándose gran pompa en la ornamentación y en las vallas de cucuruchos, cuyos puestos principales eran disputados por la aristocracia.[522]

Prosigue Mendoza en este aludir a lo religioso y lo festivo de forma unida, resaltando que lo festivo estaba siempre presidido por lo religioso:

> […] antes de 1871, permanecía arraigado en el corazón del pueblo, el sistema antiguo español de solemnizar todas las funciones cívicas con misas, sermones y procesiones. Estos actos atraían, a los recintos sagrados, centenares de visitantes entre

[519] Id., p. 31.
[520] *Ibid.*
[521] Id., pp. 28-29.
[522] Id., p. 32.

> feligreses y curiosos. Según la clase de festividades, las matracas, las bombas y los cohetes no faltaban: eran y continúan siendo la expansión del regocijo general.
>
> En las fechas más solemnes del año –entre ellas las de Navidad y 31 de diciembre, para saludar el año nuevo- se llevaban a efecto suntuosos saraos.[523]

Dichas celebraciones religiosas sólo dejaban paso a otros dos tipos de fiesta más bien paganos: los toros, que gozaban de gran afición, según Mendoza: "Era tanto el volumen de gente atraído por las corridas de toros, que la plaza rellenaba de bote en bote, se agotaban las entradas, y los puestos eran disputados por las buenas o por las malas",[524] y, por otro lado el carnaval. Afirma Mendoza sobre estas expresiones del alborozo popular guatemalteco:

> Había furor por el juego de carnaval. Éste era el más popular de los divertimentos, para todas las clases sociales; y de él gozaban todos los habitantes a tono exagerado, armados de buen humor, vestidos de diablos y empleando las formas grotescas permitidas por la costumbre y autorizadas por la tolerancia local.[525]

Señala igualmente este biógrafo de Gómez Carrillo el cambio que ya empezaba a notarse en la época en cuanto a la mejora del nivel económico de algunos sectores de la población, sin obviar que, pese a ser buenos tiempos, no lo eran para todos y que el peso de los antiguos colonizadores españoles aún se dejaba sentir:

> En la sociedad empezaba el impulso de engrandecimiento moral y económico y la aspiración de bienestar y de riqueza, aunque imperaba el aire del conquistador, obligando al aborigen a vivir lánguidamente, dentro de una servidumbre que, en cierto modo, tendía a apartarlo del progreso y a recluirlo a fuerza de monotonía, de estupor y de entorpecimiento.[526]

En los mismos términos habla de la ciudad y su entorno otro biógrafo de Gómez Carrillo, el año de nacimiento de nuestro cronista. Afirma Amado Herrera: "cuando nuestra capital empezaba a abrir los ojos a las frondas de la Reforma Liberal y todavía enturbiaban el panorama las

[523] Id., p. 33.
[524] Id., p. 35.
[525] Id., p. 34.
[526] Id., p. 28.

legañas coloniales".[527] Añadiendo éste ciertos datos en cuanto a la situación política de Guatemala: "Nuestro país era gobernado con singular paternalismo por el general Miguel García Granados".[528]

Por otro lado, Mendoza no obvia la existencia de un número considerable de "amigos de lo ajeno":

> En los alrededores, el tránsito se consideraba temerario por las noches; pues no por ser aquellos los tiempos de la abundancia dejaban de merodear, entre las sombras entrecortadas y siniestras de los caminos, los vagabundos y gentes de malas pulgas.[529]

Si bien este desarrollo económico no se constataba especialmente en un comercio boyante según Mendoza: "El movimiento comercial era lánguido, limitado a los más céntricos lugares".[530]

Algunas pinceladas más añade Mendoza para la caracterización de esta sociedad provinciana en sus vertientes relativas a las normas imperantes en cuanto a relaciones sociales o ambiente intelectual:

> Las demás fiestas sociales eran de carácter modesto, apacible y privado, engarzándose los concurrentes en una serie de cuentos, juegos de prenda y expresiones de auténtico buen humor, en que la presencia de las damas dulcificaba las reuniones. Las señoras de alto rango usaban modas de complicada ornamentación, recargadas de valiosas joyas, […] y cuidándose mucho, en todo caso, de no exhibir mayor trozo del pie de lo que la honestidad de entonces consentía.
>
> En las horas de las tardes o en las noches de luna, las gentes paseaban por las plazas públicas. Pero el medio más frecuente de establecer contacto con las personas, era el de las reuniones de confianza entre parientes y amigos íntimos, en donde las salidas de tono ni se acostumbraban ni eran permitidas, brillando por su ausencia. Había un concepto rígido en materia de ética social.[531]

En este ambiente en cierto modo mojigato, de gentes poco inquietas respecto al arte, amantes de expresiones culturales más cercanas a lo folklórico, como el carnaval y los toros, que vivían al toque de la campanas

[527] Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 7.
[528] Id., p. 8.
[529] Mendoza, J. M., *op. cit.*, p. 31.
[530] *Ibid.*
[531] Id., p. 33.

de la iglesia en un incipiente bienestar económico vino al mundo Enrique Gómez Carrillo, y como niño, ajeno en gran medida a todo la anterior, gozó de los placeres infantiles propios de su época, placeres infantiles que del mismo modo señala Mendoza:

> Las bandas de muchachos se reunían para jugar al toro, para bailar sus trompos, elevar sus cometas de variados colores y darse de pedradas en los frecuentes ensayos bélicos, que realizaban a manera de ejercicios deportivos.[532]

Amado Herrera nos informa igualmente del viaje de la familia Gómez-Tible a España, realizado en 1881, donde D. Agustín hizo valer sus antecedentes de elevada estirpe.[533] Tras esta estancia, el matrimonio no regresó a Guatemala hasta 1885, año de la muerte del dictador que gobernaba el país, Justo Rufino Barrios, permaneciendo entretanto en Santa Tecla, en El Salvador, "donde contaba con algunos parientes cercanos".[534]

Enrique fue sobresaliente en estos juegos bélicos y no tanto en los estudios, defraudando así a sus padres, quienes tenían grandes esperanzas depositadas en su primogénito, del cual esperaban que, una buena formación académica, le proporcionara mejores medios de vida de los que ellos poseían y más acordes con sus nobles orígenes castellanos. Las esperanzas del padre, D. Agustín, se basaban en la existencia de antepasados castellanos de alta cuna e ilustres que, nobleza obliga, le hacían considerar para su hijo un buen porvenir ocupando altos puestos tal y como lo hicieron sus ascendientes.

En la obra de Mendoza, además de aclarar mediante la cita literal de la partida de bautismo de Enrique el irrefutable origen guatemalteco de nuestro escritor (en contra de aquellos que lo consideraban salvadoreño, quizá por el origen de una de sus bisabuelas), se delinea el árbol

[532] Id., p. 30
[533] Amado Herrera se refiere a este episodio como sigue: "D. Agustín llevó consigo los pergaminos probatorios de su estirpe, éstos fueron reconocidos como legítimos, despertando la admiración de los españoles, máxime cuando era visitado en su modesto hotel por la marquesa de Nájera, dama de honor de la Infanta Doña Isabel". Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 16.
[534] *Ibid.*

genealógico de Gómez Carrillo a partir de sus bisabuelos.[535] Fueron éstos D. Mariano Gómez y Doña Felipa Menéndez, dama de la aristocracia salvadoreña. El matrimonio pasaba frecuentes temporadas en El Salvador, lo cual unido al desempeño de cargos públicos en el gobierno de este país, de índole fundamentalmente diplomática de uno de sus hijos, el licenciado D. José Ignacio Gómez Menéndez, abuelo de Enrique, parece ser que influyó en cuanto a la confusión del origen de Enrique Gómez Carrillo.

El licenciado D. José Ignacio Gómez Menéndez nació en 1813 y culminó estudios de Derecho, siendo además un reputado escritor. Ejerció su labor en diferentes cargos públicos con distintos gobiernos tanto en Guatemala como en El Salvador. Durante la prestación de sus servicios de índole diplomática a partir de 1847 bajo el gobierno del Doctor Eugenio Aguilar en El Salvador, viajó por diferentes países, entre ellos España, donde contrajo matrimonio con Doña Carmen Carrillo y Nájera, abuela y madrina de Enrique.

Era el padre de Doña Carmen Don Miguel Carrillo de Albornoz Prado y Piloña, perteneciente a la Guardia Real de España y vinculado con Guatemala al venir a desempeñar el cargo de Comendador de Quezaltenango por orden del Reino de España. Sus ascendientes se remontan a la descendencia de Alfonso V, rey de León.

Otros ascendientes sobresalientes de origen español de esta familia fueron D. José Carrillo, que luchó en los campos de batalla en tiempos de Felipe V, así como otro que figuraba entre los camareros del rey D. Juan II, cuyos restos reposan en la española catedral de Sigüenza, provincia de Guadalajara.

Una carta de Aurora Cáceres,[536] su primera esposa, confirma esta procedencia aristocrática:

[535] Mendoza, J.M., *op. cit*., pp. 58-69.
[536] Zoila Aurora Cáceres Moreno, cuyo sobrenombre literario era Evangelina, nació en Lima en 1872 y murió en Madrid en 1958. Hija del presidente peruano Andrés Avelino Cáceres recibió una esmerada y cosmopolita educación en Alemania y en Francia, concretamente en París. En esta

> Cuando estuvo en Madrid, su tía la duquesa de Nájera, dama de honor de la Infanta Isabel, le escribió llamándole; pero él no quiso visitarla por no ser adicto a la corte. Es lástima que Enrique se haya apartado del círculo que debía frecuentar.[537]

Y no será ésta la única alusión que Aurora Cáceres haga a este respecto.[538]

Otra nacionalidad viene a mezclarse con las anteriores, aunque esta sea reseñada de manera humorística, a juzgar por las palabras de Eduardo de Ory, pues viene a afirmar que Carrillo podría ser considerado también gallego:

> me encuentro en el *Heraldo de Madrid* un telegrama de Pontevedra, fecha de agosto de 1908, que dice: "En un banquete que la Diputación Provincial dio en honor de Alfredo Vicente y Gómez Carrillo, se acordó rendir a este último un homenaje, nombrándole gallego honorario, lo que fue aprobado por la Diputación". Así, pues, aunque no sea sino honorariamente, es gallego…[539]

Tras esta panorámica de los antecedentes familiares de Enrique Gómez Carrillo, trataremos del nombre que adoptó, pues sería de lógica que firmara con los apellidos de sus progenitores y, por lo tanto, fuera su nombre Enrique Gómez Tible. Su primera esposa Aurora Cáceres nos refiere en estilo indirecto la explicación que el mismo Enrique le ofreció

---

ciudad comenzó a publicar sus primeras obras siendo la esposa de Enrique Gómez Carrillo. Escribió ensayos de corte feminista y novelas como *La rosa muerta*, de temática cosmopolita y *Las perlas de la rosa*, de temática andina, conjugando así las dos vertientes personales de la autora que se plasmaron en su cultivo tanto del modernismo literario como del indigenismo. En Madrid, en 1929 publicó su obra *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo.* Tras la separación del matrimonio, Aurora vivió como mujer independiente dedicada a la literatura, a la colaboración con organizaciones sociales, luchando por la defensa del catolicismo y de la emancipación femenina.

[537] Cáceres, A., *op. cit.*

[538] Antes de contraer matrimonio, Aurora escribe: "Enrique en todos sus actos, bajo cualquier aspecto que se presente, siempre procede con la mayor corrección, con una hidalguía propia de la gente bien nacida. No puede negar su origen noble, ni parentesco con familias distinguidas de la nobleza de Madrid" p. 57

Próxima a casarse, pide a D. Crisanto Medina, Ministro Plenipotenciario de Guatemala en París y protector de nuestro cronista, informes sobre la familia Gómez Tible. Los resultados son los que siguen: "Me cuenta que viven en Guatemala, donde nació Enrique: la madre es francesa, considerada como la mujer más virtuosa y buena que existe sobre la tierra; las hermanas, todas muy bien casadas con personas de alta figuración social, y el padre, señor Agustín Gómez Carrillo de Albornoz, un historiador reputado, cuya honorabilidad durante su larga vida no ha sido empañada por la más leve sombra". Id., p.59.

[539] De Ory, E., *op. cit.*, p. 43.

respecto a la elección de su firma a favor de Gómez Carrillo en detrimento del real:

> Me cuenta que firmaba su apellido así: Carrillo de Albornoz, pero que suprimió *de Albornoz* porque hay un poeta muy malo de ese apellido, con el que no quiso que lo confundieran, y que ahora desearía llamarse Carrillo, simplemente; pues en Francia una palabra sola suena mejor.[540]

Mendoza ofrece otra versión, repetida por casi todos sus biógrafos, ésta de procedencia más infantil, sobre el abandono del apellido materno.[541] Sus dos apellidos, Gómez Tible, parece ser que fueron motivo de mofa entre los estudiantes compañeros de Enrique al ser su pronunciación conjunta muy próxima al vocablo "comestible", hecho que habría motivado la elección de los apellidos paternos para evitar semejante juego de palabras el cual no sería muy del agrado del joven Enrique.

Así pues, D. Agustín, padre de Enrique, hubiera deseado que su hijo hubiera continuado la línea de ilustres licenciados que caracterizaba a esta familia. No fue así ya que, desde pequeño, demostró no poseer gran afición por las instituciones de enseñanza. Este rechazo es fácilmente detectable analizando la elección del léxico que él mismo emplea para referirse a la decisión tomada por sus padres de internarlo en un centro educativo:

> Cuando, al cumplir yo los catorce años, mis padres se dieron cuenta que no sabía más que leer y escribir, decidieron encerrarme como interno en un Colegio. Era necesario domarme, según parece, y como entonces el Instituto Nacional de Guatemala estaba dirigido por un marino español que tenía fama de gran energía, en sus manos de domador acordó mi familia ponerme. Al oír mi sentencia no sentí ninguna pena. Con dedos ligeros hice mi baúl, y sin queja, sin una protesta, dejéme llevar al encierro.[542]

Las palabras que, a su llegada, le dirigió el Director del Instituto, pese a ser frías y amenazantes, no le causaron sino ganas de reír y mientras éste le sermoneaba, él se recreaba en la observación del atlas histórico que

[540] Cáceres, A., *op. cit.*
[541] Mendoza, J.M., *op. cit.*, p. 67.
[542] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma. Treinta años de mi vida,* ed. cit.

decoraba las paredes del despacho. Ya despuntaba en él el alma de viajero infatigable que llevaba dentro:

> Mientras el dómine pronunciaba así su pavorosa catilinaria, yo, en vez de temblar, contemplaba un inmenso atlas histórico que tapizaba los cuatro muros de su despacho. […]. Mi alma, predestinada a las largas romerías orientales, gozaba ante las vistas del desierto, ante los alminares de las ciudades musulmanas, ante las palmeras que reflejan sus penachos en ríos color de rosa.[543]

La actitud de Enrique en aquel momento fue la de acatar y someterse a los dictados del Director, intentando ser fiel a las sinceras promesas de cambio y de culminación de bachillerato hechas a su querida madre:

> Le había prometido a mi madre ser bueno, ser humilde, ser estudioso, ganar el tiempo perdido en andanzas callejeras… Le había enjugado las lágrimas con mis labios, jurándole que en un par de años haría mi bachillerato… Y dispuesto a cumplir mi palabra, me incliné respetuoso ante la mirada escrutadora del hombre de férula y esperé sus consejos.[544]

Los primeros momentos en el internado transcurrieron con frialdad, como en un sueño, intentando llevar a cabo el firme propósito de estudiar. Meditaba así Enrique "… era preciso resignarme, callar, soportarlo todo, estudiar, ser bachiller…"[545] Pero sus primeras impresiones, en general, fueron poco gratas:

> Cómo transcurrió para mi el primer día de encierro, no lo sé… Automáticamente pasé de una sala a otra sala, de una clase a otra clase, de un patio a otro patio,… En todas partes encontraba las mismas caras, las mismas sonrisas hostiles, las mismas curiosidades irónicas. De manera confusa dábame cuenta de mi fama, que era una mala fama. Pero todo aquello no me importaba, no me llegaba al fondo del alma, casi no tenía nada que ver conmigo. Más que en un mundo real, figurábaseme estar en un universo imaginario, rodeado de fantasmas de todos los tamaños y de un solo color gris, opaco, monótono.[546]

Prosiguen los recuerdos juveniles de Carrillo en los que nos hace partícipes de sus reflexiones al respecto:

---

[543] Id., pp. 37-38.
[544] Id., p. 36.
[545] Id., p. 45.
[546] Id., pp. 38-39.

> Exaltando mis males íntimos con orgullo diabólico, decíame a mi mismo, como si me dirigiera a un ser sin consuelo:
>
> -Es cierto que no hay en el mundo nadie tan infeliz como tú… Eres prisionero y te hallas rodeado de enemigos que te detestan… En vano cierras los ojos para no darte cuenta de las envidias que inspiras, de los rencores que suscitas… […] Por más esfuerzos que hagas, jamás lograrás pasar desapercibido cual otros compañeros… Llevas en ti una maldición astral que te coloca siempre en el centro del Universo para que los demás seres giren a tu derredor señalándote con el índice airado.[547]

En cuanto al estudio propiamente dicho, a las asignaturas que cursó durante los breves ocho o diez días que duraron sus propósitos de la enmienda, destacó su interés por la geografía (como era previsible en su alma ya inclinada al descubrimiento de nuevos paisajes), la historia y la física. No pudo decir lo mismo de la gramática, de la cual confesó que le provocaba un enorme aburrimiento.[548]

Tras la visita de su madre al colegio y sin intención premeditada, cometió un pequeño desliz consistente en penetrar en un parque cuyo acceso estaba prohibido a los estudiantes, infracción que sin duda tendría el castigo correspondiente, y así fue como este hecho fortuito le proporcionó al indómito Enrique la excusa perfecta para poner fin a aquello que para él era una atadura insoportable. El desafortunado error lo consideró Enrique como una muestra más de lo inevitable del destino y manifestación de su propio sino ante el cual no podía rebelarse. Tratando de evitar la sanción, menos por miedo al Director que a sí mismo, según sus propios recuerdos, "de no poder soportar una injuria, un golpe"[549] saltó la tapia del internado, poseído por una irrefrenable necesidad de libertad, necesidad que él mismo confesó llevar siempre consigo como máxima de vida y que quienes le conocieron confirmaron:

> El instinto de libertad irrestricta le era propio, envenenando, en el transcurso de su existencia, las más bellas horas, y

[547] Id., pp. 44-45.
[548] Id., p. 41.
[549] Id., p. 49.

> haciéndole sentir, con una exageración enfermiza, las más pequeñas limitaciones que se le oponían.[550]

Este salto, esta evasión, lo reconfortó y sintió todo su ser llenarse de aire libre. Reflexionaba años después Enrique sobre este momento y decía:

> ¡La vida!... Ha sido siempre mi pasión desenfrenada. Por vivir, por no tener lazos que me aten a un solo sitio, he renunciado mil veces a situaciones envidiables. Pero ningún paso loco me ha costado nunca tanto cual aquel primer salto que me alejó de mis ensueños de bachillerato.[551]

Tras esta huida deambuló toda la noche, sin rumbo y sin más dinero que el que su madre le había regalado al final de su visita en el internado. Reflexionaba sobre el hado maldito que parecía pesar sobre él y que le impedía ser como los demás jóvenes. Se preguntaba: "¿Por qué no soy como los demás, como mis primos que saben tanto, como mis amigos que vegetan felices en sus casas?"[552]

En estas reflexiones estaba cuando se encontró con otro chico de su pandilla que le propuso acompañarlo en su huída. Pasó la noche en un banco "à la belle étoile" en espera de este compañero de viaje hacia la libertad cuyo destino habían fijado en San Salvador. Hizo planes Enrique durante esa noche, planes que lo presentan como el muchacho indómito, fugado de las aulas pese a la palabra dada de permanecer en ellas, pero matizado, por otro lado y para compensar lo anterior, como el buen hijo cuyos padres no estaban ausentes de su pensamiento. Estos son los planes que hiciera esa noche y que recordara años después en sus memorias:

> Mi porvenir mismo aclaróse a la luz del alba blanca. En San Salvador podría trabajar, podría llegar a ser un hombre, y quien sabe, hasta podría hacer fortuna para rodear a mi familia de lujo. En mi entusiasmo, formulé un voto que no pude cumplir sino más tarde, en París, y fue el de enviar a mi madre, aunque me quedara sin comer, los primeros dineros que ganase con mi trabajo.[553]

[550] Mendoza, J.M., *op. cit.*, p. 76.
[551] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., p. 47.
[552] Id., p. 51.
[553] Id., pp. 53-54.

Este episodio de la vida de Enrique, inspira a uno de sus biógrafos a compararlo con el célebre personaje de ficción de la literatura española "Rinconete".[554]

Varios días duró la aventura que empezó para ambos muchachos embriagados de libertad. Nuestro autor describe así los primeros pasos de esta fuga:

> Y ebrios de luz, de juventud, de esperanzas quiméricas, de ansia de libertad, mezclando las ilusiones de fortuna con las misiones amorosas, seguros de nosotros mismos, de nuestra fuerza, de nuestro valor, emprendimos el camino como dos cruzados que van en busca, de la Tierra Santa.[555]

Al final del capítulo de sus memorias en el que narra esta aventura, Carrillo presenta esta primera andanza como un viaje iniciático, hacia la madurez, además de como un viaje de descubrimiento de sí mismo:

> Yo también sentía confusamente que mi espíritu se transformaba poco a poco y que mil preocupaciones, hasta entonces ajenas a mi carácter, comenzaban a inquietarme. Las travesuras que antes me tentaban dejábanme indiferente. Nada me hubiera sido tan fácil, en la independencia salvaje del campo, como dar rienda suelta a mis instintos de violencia. […] El sentido de de la responsabilidad, por una parte, y por otra el secreto anhelo de parecer un hombre, calmaban, sin que yo me diese cuenta de ello, lo que había en mi de turbulento. En la lucha secreta de mis dos almas, de mi alma de niño loco y de mi alma de soñador, ésta última triunfaba. Pero, además, un sentido que nunca me había figurado poseer, el de la curiosidad artística, el del sentimiento de la Naturaleza, el amor de los matices, el de los misterios del cielo, despertábanse en el fondo de mi ser con apetitos ansiosos.[556]

Al llegar a la frontera con San Salvador, un agente de aduanas puso fin a la escapada devolviendo a ambos muchachos a sus respectivos hogares por los cuales eran reclamados.

Aquí finalizaron los intentos paternos de dotar de una formación académica a Enrique, formación que nunca preocupó a nuestro protagonista, como se deduce de sus palabras:

---

[554] Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 25.
[555] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 54.
[556] Id., p. 70.

> Hoy como ayer, a pesar de mis penas, de mis meditaciones, de mi experiencia y de mis canas, no logro dar una importancia muy grande a las cosas que preocupan en general a los hombres. Sólo que hoy mi sonrisa suele ser amarga, mientras que hace treinta años era fresca y alegre, o suavemente melancólica.[557]

Finalmente, la ausencia de una formación académica al estilo tradicional, no limitó el desarrollo de una personalidad y una obra excelsas. "Nació genio, porque sin esfuerzos en el estudio, pudo sobresalir y engrandecerse, con asombro de cuantos le conocieron desde niño"[558] afirma, entre otros, Mendoza.

Es más, el mismo Gómez Carrillo se permite hacer apología de la libertad ante las constricciones impuestas por los sistemas educativos y resalta la relatividad de la eficacia de los consejos de los profesores, poniéndose como ejemplo, en la dedicatoria que hace en su primer libro de memorias:

> Y a los que, más locos y más cuerdos, llevan en el alma el germen de la independencia espiritual, tengo derecho a murmurarles al oído, tratando de que sus padres no me escuchen:
>
> -Ved cuán vano resulta, en este mundo inexplicable, lo que vuestros profesores llaman previsión, constancia y prudencia.
>
> Todo, en mis andanzas, ha sido imprevisto e inesperado. Nada ha sido obra del cálculo. Lo que pensé hacer, casi nunca lo hice, y en cambio, he hecho mucho que ni siquiera imaginé.[559]

A su forzado regreso a casa, no encontró recriminaciones ni castigos. Sus hermanos Luz y Ricardo lo acogieron con alegría, su padre con la actitud habitual "siempre risueño, siempre suave, me dio un abrazo, me miró un segundo, como si no hubiera pasado nada extraordinario".[560] Según recuerda Carrillo, el encuentro con su madre es descrito por nuestro protagonista lleno de emoción y ternura. No se habló de la aventura vivida por Enrique. Éste parecía salir reforzado de la misma según confiesa: "Un

[557] Id., pp. 39-40.
[558] Mendoza, J.M., *op. cit.*, p. 68.
[559] Gómez Carrillo, E. *El despertar del alma*, ed. cit. p. 7.
[560] Id., p. 78.

sentimiento de orgullo, una secreta vanidad de sentirme admirado por mi osadía, por mi valor, animaba mi rostro moreno".[561]

3.2.4.2. Primer empleo

Su padre, convencido al fin de la imposibilidad de que Enrique cursara estudios, le plantea dos opciones: la de los empleos públicos o la del comercio. Enrique elegirá la del comercio para decepción de su padre, al ver a un descendiente de los Carrillo de Albornoz limitado al básico puesto de dependiente. Destaca Mendoza que si Don Agustín ayudó a Enrique a entrar en el comercio fue más bien en la esperanza de que éste se le apareciera como un castigo y reconsiderase su vuelta al colegio.[562] Las palabras de su padre respecto al oficio de comerciante, pronunciadas ante el hipotético abandono del hijo de esta ocupación, denotan su desacuerdo con este oficio al considerarlo poco digno de su estirpe. Gómez Carrillo nos las hace llegar en sus memorias y son inequívocas: "yo te daría mil abrazos y hasta te regalaría mi biblioteca",[563] le ofertaría su padre.

Así fue como, recomendado por su padre, Enrique, con 15 años y lleno de gran entusiasmo, entró a trabajar en el *Bazar de la Sorpresa*, la tienda de un andaluz bondadoso y amigo de la familia, D. Ángel González. Entusiasmo ensalzado por los comentarios del propietario respecto de las grandes posibilidades de hacer fortuna que ofrecía semejante actividad comercial.[564] Tiempo después Gómez Carrillo reflexiona sobre este momento en el que parecía demostrar interés por el comercio y aún no habría surgido el deseo inagotable por la lectura:

> Pensando ahora en todo aquello, lo que me extraña es que, en medio de mi orgullo, la perspectiva de ser dependiente de comercio, lejos de indignarme o de ofenderme, fuérame muy grata. Y también me extraña que la gran pasión que luego he tenido por la lectura no hubiera aún despertado en mi alma.[565]

[561] *Ibid.*
[562] Mendoza, J.M., *op. cit*., pp. 88-89.
[563] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., p. 119.
[564] Id., pp. 82-83.
[565] Id., p. 81.

El breve período (tres o cuatro meses) que duró el desempeño de sus funciones mercantiles fue grato para Enrique. Llevar los libros de cuentas, ordenar mercancías, despachar a las señoras,… resultábale entretenido; e incluso, tiempo después, reconoció que allí aprendió el arte del regateo que tan útil le sería tiempo después en los mercados de Damasco, Estambul o El Cairo entre otros. Tan sólo había un aspecto del oficio de dependiente que no le agradaba, y que citaremos a modo de anécdota, aunque está relacionado con lo que fue una constante en su vida, esto es, la búsqueda de la belleza y el rechazo, a veces conscientemente injusto, de la fealdad, rechazo visceral que conservaría durante toda su vida hacia lo antiestético:

> Lo único que me resultaba penoso, en el cumplimiento de mi deber, era servir a las mujeres feas. Nunca he podido curarme de mi injusto horror hacia las mujeres feas. Ahora mismo creo que si, en vez de ser lo que soy fuese médico, me sería imposible examinar a una enferma desagradable. Ya sé que, en principio, esto es absurdo. Ya sé que hay señoras muy estimadas y muy respetables, a pesar de no ser agraciadas. Sólo que yo no he podido jamás darme cuenta de ello, porque siempre he huido de la fealdad femenina como de un mal contagioso. […] Y es que el amor de la belleza está tan arraigado en mi alma; […] que me parece una profanación, un pecado y hasta un crimen ostentar con cinismo un rostro mal formado.[566]

Otro rasgo general de la personalidad de Enrique despuntaba ya en su época de tendero: pocos fueron los ahorros que Enrique consiguió durante la duración de este empleo. Sus biógrafos y él mismo coinciden en su talante generoso y derrochador:

> […]…al llegar el fin del de mes, nunca me tocaba un real de mi sueldo, sino que, por el contrario, siempre quedaba debiendo algo. En vano toda mi familia dábame consejos de economía y protestaba contra la profusión de mis obsequios. Derrochador por instinto, érame imposible dejar de comprar por comprar, por gastar, por satisfacer una necesidad física. Ahora mismo, ya tan lejos de la adolescencia, me ocurre muy a menudo.[567]

No se mostró nunca Gómez Carrillo arrepentido de este afán de gasto, aunque sí que llega a lamentar el no haber sido ahorrador con otro tipo de posesiones, quizá éstas con un valor más sentimental que otra cosa:

[566] Id., p. 85.
[567] Id., p. 93.

> Cierto es que han pasado por mis manos muchísimos miles de duros, sin que yo haya guardado nunca nada. Pero no lo lamento. Lo que lloro es no haber sabido conservar las innumerables reliquias, los incontables objetos de arte que he poseído. Hasta los recuerdos de mis viajes, hasta las imágenes de amor, las he regalado.[568]

Mendoza incide igualmente en presentar este rasgo de Enrique, calificándolo de "manirroto sin rival".[569] Dice de él que vivía al día sin pensar lo más mínimo en el mañana: "Nunca conoció la previsión. Jamás le preocupó el porvenir montado sobre la base del dinero. Para asegurar su futuro económico nunca tomó disposiciones".[570] Su alma apasionada saboreaba cada minuto del día como si fuera el último, como destaca igualmente Mendoza:

> El instante que se vive era lo único que, en su concepto, merecía la pena de aprovecharse. Y así iba siempre durante su existencia: al día, siempre al día…, […] Derrochó millones de francos y de pesetas. […] Cuando tenía dinero vivía como un príncipe. Cuando nada tenía vivía a costa de los amigos, y como quisieran tratarlo.[571]

Llega Mendoza a compararlo con otros grandes nombres de la literatura que compartieron con él esta inclinación al derroche:

> Ganaba con facilidad; pero el dinero que recibían sus manos, apenas si duraba en ellas el tiempo necesario para pasar a otras. En las colaboraciones para los periódicos –y agregando a esto el producto de sus libros- reunía de diez a doce mil pesetas mensuales. Pero Enrique gastaba tanto como Rubén Darío, como Vicente Blasco Ibáñez, como José Santos Chocano. Los cuatro eran de la pasta de hombres que nunca se cansan de gastar.[572]

Habría que añadir que nuestro autor era derrochador desde la generosidad, desprendido por naturaleza. Mientras él tenía medios económicos, todos aquellos que lo rodeaban recibían muestras de su dadivosidad. El mismo Mendoza refiere una anécdota en la que, nuevamente, la generosidad, el gusto por ofrecer y lo obsequioso de Enrique se ponen una vez más de manifiesto:

---

[568] *Ibid.*
[569] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, p. 90.
[570] Id., p. 93.
[571] Id., p. 96.
[572] Id., p. 87.

> Un día –cuando trabajábamos juntos en el periodismo- llevaba él una linda corbata, cuidadosamente anudada al cuello. Era de seda, de color azul opaco, sembrada de menudos ojillos blancos. Al saludarnos, estrechándonos efusivamente las manos, le dije: "¡Qué hermosa corbata estrenas!" Por toda respuesta se la desató, y, sonriendo, la puso en mis manos. "Para que la uses en mi nombre" –fue su contestación-. Así era Enrique: obsequioso por naturaleza. Si alguien de nuestra camaradería le hubiese pedido los pantalones, habría sido capaz de quedarse en ropas menores para complacer al amigo.[573]

Se encontraba Enrique consagrado a sus labores de dependiente cuando una clienta, totalmente distinta de las clientas habituales de *La Sorpresa,* irrumpió en la tienda y en su vida, para transformar, aunque inconscientemente, el desarrollo de la vida del joven Carrillo. Se llamaba Edda Christensen. Nos referimos a cambiar el rumbo de Enrique ya que un comentario de esta dama hizo tambalearse toda la confianza y respeto que Enrique tenía depositadas en el oficio de comerciante, haciéndole sentir que se trataba de una ocupación vulgar, poco conveniente para él e incluso denigrante. Este comentario de funestas consecuencias para el porvenir mercantil de Enrique, lo pronunció Edda refiriéndose al parecido entre su madre y Enrique. Como sigue lo reproduce el citado hiriente comentario el propio Gómez Carrillo:

> Y cogiendo una de mis manos entre las suyas, agregó:
>
> -Tiene usted su misma boca, sus mismos ojos… En ella pensé cuando le vi en el *Bazar de la Sorpresa*… pero cómo iba yo a figurarme que el hijo de una dama tan distinguida….
>
> No terminó su frase. Yo sentí, sin embargo, al mismo tiempo que la vergüenza de mi estado, la pena de pensar que aquella mujer no me amaría nunca a causa de mi humillante carácter de hortera.[574]

Además, Edda lo inició al placer de la lectura, placer que sería decisivo en el devenir de su vida posterior. Él mismo narra los avatares de esta historia galante que algunos de sus biógrafos corroboran y otros ponen

[573] Id., pp. 97-98.
[574] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., p. 79.

en duda,[575] si bien el propio protagonista llega incluso a confesar posteriormente que tal aventura no existió.[576]

Edda Christensen, dama de origen escandinavo, era la esposa de un ministro veinte años mayor que ella que se encontraba ausente frecuentemente del hogar debido a su cargo político. Además Edda confesaría a Enrique que se trataba de un hombre magnífico que la adoraba como a una hija y que le permitía llevar una vida totalmente libre.[577] Mujer madura de una belleza nada común, cosmopolita, culta y desinhibida, cautivó a Enrique desde el momento en que la vio. Y por lo que siguió al primer encuentro, parece que el sentimiento de atracción fue mutuo, ya que esta clienta, tras adquirir algunas bagatelas en la tienda, se las ingenió para que el joven dependiente las entregase en su domicilio. Tras este primer encuentro, el estado de Enrique, ya consciente de su condición inferior de dependiente, habría dado un giro copernicano, pues él mismo recuerda:

> Al llegar a casa me acosté. Quise leer y no pude. Traté de dormir y no conseguí conciliar el sueño. Mi alma, exaltada, sufría y gozaba, inquieta, ansiosa, acongojada, obscura. "Me ama, me ama"-decíame. Luego pensaba: "Me considera un miserable que sólo merece piedad.[578]

Tanto le dolió lo que el comentario encerraba que, en aquel mismo instante, comenzó a plantearse el abandono de aquella humillante ocupación. Nos transmite así Carrillo sus reflexiones de aprendiz de comerciante:

> Si no fuese demasiado tarde para volverme atrás –decíame a mi mismo- me consagraría a un estudio digno de mi".Y viendo, por una parte, que fuera del Comercio todas las puertas estaban cerradas a mi ignorancia, y, por otra, que era imposible vender cintas sin incurrir en el desprecio público, o mejor dicho, en la

[575] González Ruano, C., *op. cit.*
[576] Carrillo niega la existencia de esta amante de juventud a Aurora Cáceres, que fue su primera esposa, bastantes años tras su separación y habiendo ella leído la primera entrega de *Treinta años de mi vida*, le hace llegar el comentario desagradable que estos amores le habían merecido a una señora, reproduce Aurora la respuesta de Enrique: "Justamente eso no es cierto; esa mujer no ha existido nunca". Y añade la autora "En verdad, ya me había chocado y me parecía incomprensible que una mujer como la Edda descrita por Enrique permaneciese en Guatemala mientras que el Ministro venía a Europa, porque precisamente esa clase de mujeres, aunque el marido tenga por obligación que ir a América, se quedan en Europa". Cáceres, A., *op. cit*., p. 282.
[577] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 132.
[578] Id., p. 99.

> piedad protectora de mi amada, comprendí, una vez más, que el Destino se oponía al desarrollo normal de mi existencia. "Yo no puedo, no puedo, quedarme aquí" pensé.[579]

En la belleza de Edda, el joven comerciante y su jefe no estaban de acuerdo; quizá despuntaba ya en Gómez Carrillo el gusto por la estética de lo europeo, frente a la de su jefe más admirador de las bellezas latinas:

> Yo la encontraba divina en su palidez iluminada por dos inmensas pupilas verdes, y a través del tiempo, sigo convencido de que no he vuelto a ver una belleza tan rara, tan alucinante. Para un tendero andaluz, a la hermosura morena y sana, claro que aquella faz lívida en la que la boca de carmín resaltaba cual una mancha de sangre y las ojeras azules ahondaban las órbitas, tenía que chocar como un capricho carnavalesco. A mi me enloqueció de tal modo, que todavía años después, cuando había renunciado al Comercio para consagrarme a la Literatura, una de las primeras páginas líricas que escribí, y que conservo por casualidad, es una especie de poema en honor de sus ojos.[580]

Este primer flirteo amoroso da pie a introducir lo que sería en nuestro célebre guatemalteco, otra de las grandes inclinaciones constante en su vida, constante en la que coinciden todos quienes lo conocieron, sus biógrafos, y que el mismo Enrique nunca negó: las mujeres. Así lo expone Mendoza:

> En efecto, es un hecho cierto que las mujeres le ayudaron a Enrique a rodearse de fama, de la misma manera que Cicerón se valía del bello sexo para arrancarle los secretos a los conspiradores. Y citaba mi amigo, en apoyo de su tesis, a los prohombres de los vicios que se engendran en las sombras de las tabernas y en las lobregueces de los prostíbulos: Musset, Poe, Stendhal y toda la comparsa callejera y trasnochadora de la bohemia. Y traía también a cuento aquello de que, gracias a las mujeres alegres que deseaban mirarse en los ojos de Balzac y poner sus artimañas bajo sus órdenes, este autor emprendía un trabajo diario de catorce horas, rindiendo una producción colosal.[581]

De la misma forma se compara a sí mismo Gómez Carrillo con otros grandes hombres de letras en este tema, confesando su irrefrenable gusto y veneración por las féminas así como por el amor en el amplio sentido de la palabra:

---

[579] Id., pp. 108-109.
[580] Id., p. 95.
[581] Mendoza, J.M., *op, cit.*, p. 88.

> Como Dante, en efecto, yo no he dejado de amar un solo día de mi vida… Como Dante, no he vivido sino para cultivar, lleno de fuego y de ternura, una insaciable quimera… Como Dante, en fin, he cometido más de una vez la hipocresía de llamar "corazón al apetito"…
>
> Verdad es que, en el curso de la existencia, mi Beatriz ha cambiado a menudo de nombre, de rostro y de alma. Pero, en el fondo, si no he podido ser constante al amar a una mujer, lo he sido al amar al amor sobre todas las cosas y al "prestarle completa obediencia.[582]

Ya hemos puesto de relieve dos de las inclinaciones quizá menos positivas de la personalidad de Gómez Carrillo. No fueron las únicas. A su vertiente despilfarradora y mujeriega habría que añadir la de gran bebedor. Lo pone de manifiesto Mendoza al afirmar: ""A los doce años" – son sus propias palabras- ya Enrique "había bebido demasiado""[583] de diversos *licores*:

> Enrique apuraba la copa de los placeres, embriagándose de los deleites hasta llegar al exceso. No encontró, de momento, más que dos brumosos caminos: el del vino, primero; el de las mujeres, en seguida, y, como resumen, la disipación.[584]

En defensa del que fuera su amigo y compañero en el diario *El Día*, Mendoza resalta que esta adicción ha afectado a no pocos hombres ilustres "Por desgracia, lo de las copas, ha sido mal de muchos literatos".[585]

Volviendo al despertar de la sensualidad de Enrique junto a la escandinava Edda, se debatía el conquistador adolescente entre los recelos que esta relación despertaba en su madre y su pasión arrolladora e indómita por esta fascinante mujer que le acariciaba el pelo desordenando sus rizos morenos (peinado que confiesa el propio Gómez Carrillo haber conservado después durante mucho tiempo), que lo recibía en su *boudoir* perfumado con aromas orientales incinerados en honor a dioses exóticos mientras una discreta criada les servía el té, que le hablaba de *Las mil y una noches*, de los placeres del *Kamma Sutra*, que lo comparaba con héroes de la literatura

[582] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., p. 22.
[583] Mendoza, J.M., *op. cit.*, p. 98.
[584] Id., p. 99.
[585] Ibid. *o* Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., pp. 127-128.
[585] González Ruano, C., *op. cit.*, pp. 35-36.

amorosa como los de la obra griega que le dio a leer *Epigramas de Meleagro*, que lo llamaba *cher petit*, que lo inició en el sexo, que le declaraba su amor total a diario, que colmaba de valiosos regalos a su hermana Luz y a su madre, presentes que, por otro lado, comprometían a la familia al no poder ésta, dada su modesta situación económica, responder con otro regalo.

En cuanto a su padre, no desaprobó abiertamente estos amores; incluso, en cierto modo, los alentó al no condenarlos como hiciera su madre quien apoyaba su rechazo en el hecho de que Edda era una mujer casada, con experiencia en la vida, y mucho mayor que Enrique. Temía, pues, Doña Josefina, que su primogénito se convirtiera en el juguete romántico de una mujer frívola. Por otro lado, parece incluso que sintió un íntimo orgullo ante el hecho de que su hijo hubiera sido capaz de inspirar amor a esta distinguida dama. Además, le preocupaba el escándalo que el jovencito provocaba en la sociedad de la pequeña ciudad, y que fue motivo de alguna discusión entre D. Agustín y Doña Josefina.[586]

Edda propició, sin saberlo, que Enrique abandonara el comercio de *La Sorpresa*. Al verlo su padre leyendo una de las obras que ella le ofrecía exclamó, según nos relata el mismo Enrique "-Un hombrecito que lee a los griegos no puede ser hortera…"[587] Es entonces cuando Enrique confiesa que, a veces, se siente humillado por esta ocupación, sólo que, al no tener carrera se encuentra abocado a seguir en ello. De nuevo el padre dará muestras de su amor por las letras ofreciendo de su bolsillo a su hijo el sueldo que le pagaran en el comercio si se dedica a la lectura, única fuente de realización personal. Se muestra pues el padre en favor del abandono de las mercaderías a favor de la formación a través de la lectura. Y le animaba diciéndole: "Piensa en la dicha de ser libre".[588] Reproducimos la filosofía de D. Agustín expuesta a su hijo:

> Lo único indispensable es amar el estudio por el estudio, sin pensar en lo que ha de producir, y el trabajo por el placer de

[586] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., pp. 91-142.
[587] Id., p. 119.
[588] Id., p. 120.

> realizarlo… ¡Si tu quisieras!... No te pido más que una cosa: que leas lo que te guste… Y que no tengas prisa, que esperes…[589]

Las recomendaciones del padre convencieron a Enrique para abandonar su trabajo como dependiente, oficio que empezó a despreciar en el momento en que Edda dejó sentir lo inapropiado de la ocupación para un joven de tal rango y valía.

Ya liberado de los horarios que el trabajo le imponía, el adolescente dedicaba más tiempo a su amada. Sorprende que ambos progenitores visitaran junto a Enrique a su amante. Nuestro cronista confiesa en sus memorias haber sido siempre sincero cuando sus padres le preguntaban sobre su relación con Edda, e incluso él mismo los invitó a visitarla para agradecerle sus detalles o bien para que ésta pudiera darles las gracias por los regalos también ofrecidos por la familia de nuestro autor. Ambos progenitores, tras su visita, coinciden en la hermosura, lo refinado y aristocrático de esta señora.[590] González Ruano, autor de una obra consagrada a la vida de nuestro autor, hace referencia a esta visita aprovechando esta ocasión como punto de partida para caracterizar al padre de Enrique:

> Uno de esos padres que no supieron regañar a tiempo y que si no infunden respeto, inspiran cariño; tal vez el respeto más admirable. Conversaba con Enrique de todo. […] Estupendo padrazo don Agustín Gómez Carrillo, que al conocer a la querida de su hijo no se le ocurrió decir más que:
>
> -Es muy bella… muy artista… yo he conocido mujeres así en Londres. ¿Es escandinava, como Ofelia?[591]

El desenlace del idilio se precipitó tras los primeros momentos de iniciación y desenfreno sensual y como consecuencia de una escena de celos al ver Enrique la foto de un apuesto oficial en la casa de Edda, el cual resultó ser su hijo, escena que desembocó en las lágrimas de la amante ante el temor a perder a su joven enamorado. El rostro de Edda, descompuesto por el dolor, estropeado el maquillaje por las lágrimas, dejó al descubierto

[589] *Ibid.*
[590] Id., pp.127-128.
[591] González Ruano, C., *op. cit*., pp. 35-36.

lo que todos decían y lo que el velo del amor ocultaba a los ojos del joven enamorado: Edda era mayor comparada con él. Este hecho, unido a sensaciones que había experimentado junto a ella, como la de sentirse inferior o dominado, derrumbaron los inestables cimientos de aquella relación desigual. Sobre sus sentimientos de inferioridad frente a su amada, expresa Carrillo:

> A su lado, entre sus brazos, mi sumisión era absoluta. Pero cuando, más tarde, en mi cama de estudiante, pensaba en mi situación algo subalterna de juguete vivo, rebelábame contra mi suerte. En mi orgullo de machito ingenuo hubiérame gustado, si no sentirme más fuerte que mi amiga, por lo menos, igual a ella. Su edad me humillaba, su situación también. Y también su carácter imperioso. Sin embargo, todo parecíame dulce cuando pensaba en el esplendor extraño de su belleza y en el sabor embriagante de sus caricias.[592]

Las sensaciones de altibajos incomprensibles en el carácter de Edda, minaron igualmente la incipiente relación:

> … después de haber creído que hablaba en broma, llegué a dudar de su juicio cuando me convencí de era muy sincera en sus gentiles desvaríos. Las cosas más absurdas la entristecían o la exaltaban, según los presagios que en ellas descubría. A veces, era el vuelo de un pájaro; a veces una flor que se deshojaba, un rayo de sol proyectando una sombra…[593]

El disgusto que sabía provocaba esta relación en su madre, unido a lo anteriormente expuesto, acabó por precipitar el fin de la aventura galante del joven Carrillo:

> Fuera de los momentos de malestar que me causaban sus caprichos de bruja, lo único que amargaba mi idilio era la invencible antipatía que mi madre demostraba por ella. […] Pero sin hablar, era fácil darme cuenta de que vivía preocupada, obsesionada por nuestros amores.[594]

Enrique anunció la ruptura por carta a Edda. Por este medio conoció Edda el cruel final del idilio. Ésta sería quizá la primera vez que realizaba semejante acción que repetiría tantas veces después a lo largo de su vida. González Ruano da fe de esta práctica que llegó a ser común en Enrique:

[592] Gómez Carrillo, E. *El despertar del alma*, ed. cit., p. 144.
[593] Id., p. 146.
[594] Id., p.147.

"¡Abandonar a una mujer que no quiere ser abandonada! Difícil y estupenda condición que llegó a dominar Carrillo como pocos".[595]

Confiesa Enrique que, con el transcurrir de los años, no cambió en cuanto a temas de amor se refiere:

> Tal cual fui en mi primer amor, he sido siempre. Pero entonces, en mi poca experiencia, siquiera tenía la excusa de "no saber", y me figuraba que con más años hubiera podido tomar un rumbo menos tortuoso. ¡Ay, la experiencia no existe, la edad no enseña nada, los corazones sensibles son incurables, la flaqueza de ánimo es un mal crónico! Evocando la imagen de Edda, es un cortejo el que aparece ante mi vista. ¡Cuántas mujeres me han amado y me han padecido por mi amor, y no por mi falta de amor, sino por falta de cordura en mi amor![596]

Los primeros días sin Edda transcurrieron en casa de Enrique sin que sus padres hicieran referencia al asunto. Su ánimo se debatía entre la satisfacción del filial deber cumplido al abandonar a una amante que tanto preocupaba a su madre y el íntimo orgullo de ser él quien abandonara, recobrando así la preciada libertad. Estos son los recuerdos de aquellos íntimos pensamientos:

> Y al ver que no era ella quien me abandonaba, que era ella la que lloraba e imploraba en vano, experimenté un placer miserable y cruel de amor propio halagado, Pero al mismo tiempo había en mi alma otro sentimiento menos bajo, que nacía de mi instinto de libertad, instinto casi salvaje que no he podido curar nunca, y que en el transcurso de mi existencia, ha envenenado las más bellas horas, haciéndome sentir con una exageración enfermiza el peso de todas las cadenas, aunque hayan sido de oro de flores.[597]

La soledad, al encontrarse de pronto sin amada y sin amigos le pesaba.[598] Pero el tiempo de soledad duró poco al aparecer en su vida el hermano de su madre quien se convirtió para él rápidamente en amigo, guía, consultor y modelo a seguir. D. José Tible tenía casi su misma edad y hasta aquel momento, había vivido en Europa, lo cual contribuyó enormemente a seducir a Enrique, quien lo describe así al hilo de sus recuerdos:

---

[595] Gonzalez Ruano, C., *op. cit.*, p. 36.
[596] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 169.
[597] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., pp. 159-60.
[598] *Ibid.*

> Todo me sedujo en él. Sin carrera y sin paciencia para consagrarse al estudio universitario, tenía una confianza absoluta en la vida. Y como era bravo, atrevido, amigo de intrigas amorosas, conocedor del mundo, agradable en su trato, generoso, afectuoso, ambicioso, desde el primer día en que lo vi le quise de corazón.[599]

Justifica Gómez Carrillo la rápida mejoría de su desaliento tras la ruptura con Edda, no sólo gracias a la compañía de su tío, sino también a su fe religiosa:

> No sólo creía profundamente, ingenuamente, con una fe heredada de mis padres y que, por fortuna he conservado siempre, sino que sentía la necesidad física de buscar a los pies de Jesús crucificado, el único bálsamo capaz de cicatrizar mis heridas interiores.[600]

3.2.4.3. Primeras lecturas francesas y primer empleo periodístico

El despertar de su interés por la lectura acabó de devolver a Enrique a su estado anímico habitual, alejado de pesares y tristezas de larga duración:

> Los libros, que me comenzaban a interesar sirvieron en parte para calmarme. Además, inconscientemente, instintivamente, puse en práctica el sistema de aturdirme, de huir de la soledad, de correr en pos de intrigas menudas, de buscar en satisfacciones de amor propio un bálsamo contra el amor, de embriagarme con la vida como después, en casos iguales, me he embriagado de vino… E imponiendo silencio a mi conciencia, con la alegra complicidad de mi tío José, que aún gozaba de la paz del corazón, me propuse recomenzar mi vida a la edad en que otros no la han comenzado todavía.[601]

La surtida biblioteca de su padre, con ejemplares más bien de corte clásico, no entusiasmaba al joven lector. Se quejaba Carrillo de no haber podido encontrar ni una sola novela ligera, y pocos versos. De la literatura clásica española recomendada por su amigo y director de el periódico *El Día,*[602] D. Manuel Coronel Matus no sacó grandes impresiones, salvo de

[599] Id., p. 163.
[600] Id., p. 167.
[601] Id., p. 173.
[602] Hace notar Ulner el error en el que incurre Carrillo al otorgar a este señor la dirección de *El Día* cuando en realidad el diario dirigido por él era *La República de Centro América*, que comenzó a

alguna que otra obra, como fue el caso de *Misericordia* de Benito Pérez Galdós. Incluso osaría confesar que tras dos horas de lectura de *El Quijote*, obra que su padre le había recomendado encarecidamente como la quintaesencia de la novela, se quedó profundamente dormido.[603]

Su tío José le proporcionó obras francesas en las que sí encontró el joven Carrillo motivos de deleite, para desagrado del padre. En esta inclinación subconsciente podría quizá vislumbrarse ya el germen del apego que siempre experimentaría hacia lo francés y del desdén por lo español:

> Sin saberlo, sin decírmelo, obedeciendo a un instinto oscuro, yo buscaba ya en los libros el matiz, la armonía, las sensaciones, la gracia intensa, el perfume voluptuoso del amor, el refinamiento del gusto, lo que no es español, en suma, y que casi es opuesto al ideal español.[604]

El propio Carrillo era consciente de su afrancesamiento, que lo llevaba incluso, en aquellos momentos, a emitir juicios literarios nacidos del corazón, pues reconocía posteriormente en sus memorias, no haber leído las obras de las cuales hacía semejante críticas tanto a favor como en contra de las mismas:

> Y yo, lo confieso, cada día afrancesaba más mis lentes, llegando hasta cometer injusticias tan absurdas como la de asegurar que Molière, a quien no había leído, era más admirable dramaturgo que Lope, a quien tampoco conocía.[605]

Este afrancesamiento confesado por Carrillo, no era una excepción en la época, pues la influencia de la cultura francesa se dejaba sentir en gran parte del continente hispanoamericano, como señala Huerta.[606]

---

publicarse en noviembre de 1889 y donde aparecen varias colaboraciones del joven Carrillo firmadas con seudónimo. Ulner, A., *op. cit*., pp. 61-62.

[603] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., pp. 173-188.

[604] Id., p. 181.

[605] Id., p. 188.

[606] Mona Huerta afirma: "L'influence de la France en Amérique Latine fut très sensible dès la fin du XIXe siècle aux premières années du XXe siècle. L'intérêt porté à notre pays par les Latino-Américains, à cette époque, peut être mis en évidence par le nombre de livres français empruntés dans les bibliothèques locales. Au Brésil, en Argentine, mais aussi au Chili, pour ne citer que quelques exemples, les livres français rencontraient un vif succès. Ils arrivaient au premier rang des titres étrangers choisis par les lecteurs. Des revues françaises comme *L'Illustration, la Revue de*

Habiendo comentado a su amigo Coronel Matus sus impresiones sobre la literatura española, éste se sorprendió favorablemente, ante la profundidad de las reflexiones del joven Carrillo, habida cuenta de que conocía la falta de formación de la que adolecía. De esta conversación fortuita habría de salir el primer trabajo que cristalizó en "artículo literario" de Enrique Gómez Carrillo y que versó sobre la obra de D. José Milla y Vidaurre,[607] escritor guatemalteco consagrado. La citada conversación es incluida por Carrillo en sus memorias:

> Mi docto amigo me miró largo rato en silencio, como atónito de lo que oía…
>
> -¿Ha notado usted esas diferencias? –preguntóme al fin. Y sin darme tiempo para contestarle, fue hasta su librería, buscó unos cuantos tomos encuadernados lujosamente y me los entregó diciéndome:
>
> -Aquí tiene usted las obras más notables que ha producido Guatemala. Son las novelas de D. José Milla. Quiero que usted las lea con atención tomando notas de lo que en ellas encuentre de notable para que luego me comunique su juicio.[608]

Las reflexiones críticas de Carrillo acerca de la obra de Milla y Vidaurre constituyeron su primera labor periodística relevante. Las llevó a cabo sin descuidar la lectura de toda obra francesa que caía entre sus manos, Hugo, Lamartine, Vigny, Gautier,… Tras el análisis encomendado

---

Paris, la Revue des Deux Mondes, le Mercure de France, la Revue des Sciences Politiques étaient au catalogue de toutes les bonnes bibliothèques publiques ou privées". Huerta, M., *op. cit.*, p. 2.

[607]José Milla y Vidaurre nació en Guatemala en 1822. Hizo sus primeros estudios en el Colegio Seminario, después realizó estudios de Leyes en la Universidad aunque no los concluyó. Aunque al principio compartía la ideología liberal, más tarde inició su carrera como burócrata al servicio del gobierno conservador de Rafael Carrera, en donde desempeñó importantes cargos como: Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores; Subsecretario General del Gobierno.

Fue redactor del periódico *La Gaceta Oficial;* publicó el periódico *La Semana* en donde aparecieron por primera vez sus *Cuadros de Costumbres.* Al caer el gobierno conservador, en 1871, Milla se exilió durante tres años. Visitó varios países europeos y Estados Unidos de Norteamérica. En París fue redactor de planta de El *Correo de Ultramar*. Durante su estancia en el exterior escribió su obra *Un Viaje al otro mundo pasando por otras partes* y creó el personaje Juan Chapín. También fue miembro de la Real Academia Española; miembro honorario de la Sociedad Literaria de París; asistente del Ateneo de León, Nicaragua, de la Sociedad económica de amantes del país y de El Porvenir, de Guatemala. Fue gracias a su esfuerzo que hoy día se conoce la obra de José Batres Montúfar.

José Milla es considerado como el padre de la novela guatemalteca. Utilizó el anagrama de Salomé Jil, con el que fue conocido por sus contemporáneos. Destacan sus *Cuadros de costumbres* y la novela histórica *La Hija del Adelantado*. Aún hoy sus obras gozan de gran popularidad entre el público.

Falleció en 1882.

[608] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., p. 182.

de las obras nacionales de D. José Milla, redactó con él una carta que dirigió, de forma privada, al director del diario, sin pensar en que pudieran ser publicadas, como expresa en sus recuerdos: "dirigí a aquel excelente amigo una carta, en la cual le decía, de la manera más correcta más discreta, lo que pensaba".[609] Corría el año 1889.

Lo que Enrique creía iba a ser una carta privada fue publicada por Coronel Matus en el periódico que dirigía, *El Día*, precedido de una presentación del muchacho a quien consideraba una personalidad prometedora:

> Un joven de abolengo literario, muy estimado en nuestra sociedad por su nombre y su inteligencia, inicia hoy su carrera periodística en nuestras columnas y nos promete asidua colaboración. Huelga advertir que, siguiendo nuestra línea de conducta, insertamos, sin modificarlas, las opiniones expuestas en este trabajo; pero lejos de solidarizarnos con ellas, seguimos creyendo que el egregio D. José Milla es una gloria nacional que no puede discutirse. La excusa de nuestro nuevo colaborador al mostrarse irreverente ante el altar mayor de las letras patrias, la encontramos en su juventud.[610]

Gómez Carrillo acababa de leer *Le Roman de la Momie* de Téophile Gautier. Esta lectura influyó en el análisis de la obra encargada por Coronel Matus y dio como resultado una crítica literaria en la que, si bien declaraba su admiración por D. José Milla, no ahorraba algún reproche:

> Lamentamos –decía al terminar mi crítica- que D. José Milla haya sido incapaz de ofrecernos la novela de las momias coloniales; pero estimemos en lo que valen sus pinturas de una época que tendrá siempre para nosotros el aroma de lo que ha desaparecido.[611]

Juan Manuel Mendoza nos informa sobre la gran difusión que alcanzó el diario *El Día*, en el que se le ofreció la oportunidad de debutar al joven Enrique, a pesar de su efímera existencia, desde septiembre de 1887 hasta agosto de 1888. Del mismo modo pone de relieve el peso que tuvo en

[609] Id., p. 188.
[610] Id., pp. 189-190.
[611] Id., p. 190.

este éxito su director Manuel Coronel Matus, personaje de excelsas cualidades:[612]

> *El Día* llegó a tener seis mil suscriptores. En aquel tiempo, en que eran pocos los que gustaban de leer, un periódico que alcanzaba este tiraje, con igual cantidad de abonados, podía decir en sus columnas que su popularidad era indiscutible y su triunfo ruidoso. Más aún, podía agregarse con orgullo que ejercía ese poder colosal, que comunica el ascendiente de la prensa seria, bien informada y de conocida responsabilidad. Y Coronel Matus ejerció ese poder en Guatemala, en beneficio exclusivo de las nobles ideas que defendía y propagaba.[613]

Orgulloso de ver su firma en el periódico, fue Carrillo aún más feliz cuando su padre le anunció que había aceptado en su nombre la propuesta de empleo como redactor. En el citado rotativo, el joven Enrique, en medio de su alegría y haciendo gala de su generosidad, pidió a su padre que intentara conseguir lo mismo para su tío José, con quien discutía largamente sobre literatura y era quien le proporcionaba y asesoraba en cuanto a las obras francesas que tanto le apasionaban.

Reproducimos aquí sus emociones, en las que se mezclan la felicidad del momento con el sentimiento de certeza que siempre mantuvo, de que es el Destino quien domina la vida de los hombres, y la satisfacción de poder alcanzar lo que otros, tras años de estudio, no habían podido conseguir. Estos son los recuerdos que Carrillo consigna en su autobiografía a propósito de aquellos momentos de exaltación en los que entreveía grandes éxitos fundamentados en su valía personal, los cuales sobrepasarían a los de otras personas de mayor formación académica que él:

> La dicha no me cabía en el pecho. El camino soñado y no esperado, abríase de pronto ante mis pasos, sin abrojos humillantes. Ya no era un porvenir de hortera ni amanuense lo que brillaba en mis ojos. Era una carrera tentadora, halagadora, capaz, no sólo de asegurarme la vida material, sino de conferirme un prestigio más grande que el de los abogados y los médicos. ¡Mi firma aparecería a menudo en letras de molde, mis opiniones serían discutidas, mi fama de chico travieso trocaríase en un renombre honroso!... Yo, que algunos años antes consideraba la Literatura cual el más triste de los oficios a causa de la pobreza de

[612] Mendoza dedica varios capítulos a loar los valores de este hombre clave en la vida de Enrique: del XXXIV al XXXIX del tomo 1. Mendoza, J.M., *op. cit.*
[613] Id., p. 155.

> mi padre, encontrábame al fin conducido hacia ella por la mano del azar y m sentía feliz de mi nueva suerte. […] Yo que no he sido capaz de obtener mi diploma de bachiller –decíame- soy lo que ninguno de mis maestros es.[614]

Este primer artículo, que ya hacía soñar al joven periodista con la gloria, la fama y la presencia de su pluma en los diarios de mayor tirada, no fue bien acogido por el público, confirmando los temores de su madre ante la nueva ocupación de Enrique. La polémica suscitada por las reflexiones en torno a la obra del consagrado autor guatemalteco Milla y Vidaurre provocó uno de los episodios que Enrique siempre recordó con amargura, pues, consecuencia del artículo, él junto con su tío José fueron abucheados y obligados a abandonar el Teatro en el que se encontraban asistiendo a la representación de una comedia española, interpelados violentamente por el resto de los asistentes al espectáculo, indignados por los comentarios periodísticos vertidos sobre la figura del escritor José Milla.[615] Tras este suceso, su padre le recomendó no seguir ahondando en el mismo tema y enfocar su labor periodística hacia terrenos menos susceptibles de levantar violentas polémicas. Tras este consejo, Gómez Carrillo reflexionaba y concluía ser siempre fiel a sí mismo sin temer las consecuencias:

> Sin deseo ninguno de provocar indignaciones fariseos, proponíame ser siempre sincero, hablar según el dictado de mi conciencia y no dar importancia a lo que le resto del mundo pudiera pensar o decir de mí. Al meterme en la cama murmuré: -Aunque me maten, no me harán nunca mentir…[616]

Aclara Mendoza que la crítica de Enrique hacia la obra del consagrado y venerado escritor guatemalteco José Milla, obedecía a razones de admiración y en absoluto a razones de desprecio, como se interpretó en general en la sociedad de la época, pues transmite este biógrafo el sentir de Enrique al respecto:

> Cuando los hombres se discuten, se aman con más fervor. […] En la discusión de los valores se aquilatan los personajes. Las cualidades ficticias no soportan la prueba. Lo contrario

[614] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., pp. 193-194.
[615] Id., pp. 200-202.
[616] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 204.

> sucede con el escritor de verdadero mérito: la prueba realza sus dotes y descubre hasta los que en él existen en estado latente.[617]

En este punto, pone a la misma altura este biógrafo a nuestro autor con otros literatos de gran talla, como el cubano José Martí o la española Emilia Pardo Bazán, quienes compartían con Carrillo la idea del beneficio de la crítica y la discusión entre escritores.[618]

Igualmente considera Mendoza este primer artículo como el germen o el punto de partida para que Enrique, aún convertido ya en célebre cronista y escritor, no fuera, en vida, durante largo tiempo, profeta en su tierra, e incluso, siendo condenados al silencio los ecos de sus preclaros méritos. Denuncia así Mendoza esta situación:

> No fue sino hasta más tarde –después que en París y en Madrid se le tributaron honores a sus libros- que por acá se han dado cuenta de Enrique y de su obra colosal algunos de los valores intelectuales; apaciguándose en parte, el viejo rencor al que dio origen el picante rifirrafe contra las novelas de nuestro ponderado Salomé Jil, nunca traído a menos por sus aficionados lectores.[619]

Respecto a los primeros artículos de Enrique en este periódico que publicaría sus incipientes ideas, Mendoza destaca lo primitivo, lo indefinido, el carácter de esbozo de los mismos, como cabría esperar de un "periodista" apenas adolescente, quien, sin embargo, no carecía de excelentes aptitudes, aunque éstas estuvieran aún por desarrollar y pulir:

> En tan corta edad, la obra periodística de Enrique tenía que ser, aparte de algunos fugitivos centelleos, la de un genio en cierne, todavía no equilibrado; inhábil aún, si se le considera desde el punto de vista de la regla literaria, aunque buscando con ansiedad lo nuevo y el encanto de lo inusitado. Pero desde sus primeros artículos se notaba facilidad, gracia, soltura y animación en la manera de abordar los temas.[620]

---

[617] Mendoza, J.M., *op. cit.*, p. 131.
[618] Cita Mendoza las frases de estos dos autores en apoyo de la idea presentada. La cita de Doña Emilia Pardo Bazán es: "De las obras que nadie combate hay que desconfiar, porque puede que hayan nacido muertas". La cita de la afirmación de José Martí es: "A un escritor público se le desprecia cuando la crítica no le juzga. Id., p. 132.
[619] Id., p. 136.
[620] Id., p. 128.

Señalaremos que Enrique Gómez Carrillo, según Ulner, utilizó diferentes seudónimos para firmar sus crónicas periodísticas, tanto en este primer rotativo como en los que le siguieron posteriormente,[621] aunque fuera la crónica dedicada a la obra de D. José Milla la que firmara por primera vez con su verdadero nombre: Enrique Gómez.[622]

Para Enrique y su tío José transcurrieron varios meses de entrega a la lectura y redacción de artículos, encargado el primero de lo referente a temas de literatura castellana y el segundo a literatura francesa, distribución que no satisfacía del todo al sobrino puesto que las producciones galas le parecían más interesantes y modernas que las que a él le correspondían.[623] Fueron meses de intenso trabajo sin dejar de estar salpicados por alguna que otra aventura galante y bastante dedicación a las copas según confiesa el propio protagonista: "hacíamos creer que nos pasábamos la noche leyendo y el día escribiendo, cuando, en realidad, empleábamos más horas en beber copas en la trastienda de un bar mal afamado, que en hacer nuestros artículos".[624]

Los primeros frutos de reconocimiento de este trabajo comenzaban a llegar cuando los artículos de Enrique obtenían respuestas elogiosas en la prensa de otros países, loas que él mismo se encargaba de publicitar:

> Y como yo tenía buen cuidado de publicar todo lo que sobre mi decía la prensa extranjera, que no era mucho por cierto, mi pequeña fama crecía, crecía, y algunos de los que, a raíz del escándalo del teatro, me tomaban por un necio metido a juez literario, llegaron a confesar que ciertamente era yo un chico de los que prometen…[625]

En estas ocupaciones estaban tío y sobrino a la llegada a tierras Guatemaltecas del gran poeta ya consagrado Rubén Darío,[626] tras pasar por

[621] Seudónimos como *Mobarek, Mingo Revulgo, Adrómida,*… Ulner, A., Capítulo II, *op. cit.*
[622] Ulner, A., *op. cit.*, p. 77.
[623] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit., p. 216.
[624] Id., p. 207.
[625] Id., p. 206.
[626] Félix Rubén García Sarmiento, conocido como Rubén Darío, nació en la ciudad nicaragüense de Metapa, hoy Ciudad Darío, en 1867 y murió en 1916. Poeta iniciador y máximo representante del Modernismo literario en lengua española. Es posiblemente el poeta que ha tenido una mayor y más duradera influencia en la poesía del siglo XX en el ámbito hispánico. Es llamado *príncipe de las letras castellanas.*

otros países Centroamericanos donde recibía el apoyo de los gobiernos y de los cuales salía tras la caída de los gobernantes de turno. En Guatemala se encontró con Presidente Manuel Lisandro Barillas[627] quien le facilitó la labor de fundar un diario. La fama de ambos muchachos les valió el ser seleccionados por Rubén Darío para su proyectado diario y así comenzaron su andadura en el nuevo rotativo que se llamó *El Correo de la Tarde*, fundado por Darío en 1890. Dejan constancia de la positiva impresión causada por Gómez Carrillo a Rubén Darío las siguientes líneas de Amado Herrera:

> Los escritos de Gómez Carrillo, pronto fueron advertidos por el maestro, quien vio brillar en ellos el talento premonitorio de futuros éxitos, una vasta ilustración a pesar de su extrema juventud; la vivacidad y certeza de juicio y, en fin, todas esas excelencias que más tarde vinieron a deslumbrar a los lectores del Viejo y Nuevo Mundo.[628]

Igualmente describe Gómez Carrillo, siendo ya un reputado escritor, al célebre escritor de *Azul* con elogiosas palabras llenas de admiración:

> Los que no han conocido al pobre gran poeta sino más tarde, ya envenenado por el alcohol y la vanidad, no pueden imaginarse lo que aquel hombre era en el año 1890. Ligero, vivo, curioso, enamorado de la vida, lejos de encerrarse en torres de marfil, acercábase al pueblo para ver palpitar sus pasiones. Trabajando en cualquier parte, a cualquier hora, ocupábase lo mismo de la crónica de tribunales, o de las revistas de modas, que de los chismes sociales o de las intrigas políticas.[629]

Aunque no por ello ahorra en sus memorias lo que nos parece abiertamente una crítica a su actitud con respecto a los jóvenes modernistas de la época:

> Y los jóvenes poetas modernistas, que al ver al patriarca de la tribu convertido en "editor" habíanse figurado que ya tenían un

[627] Manuel Lisandro Barillas, político guatemalteco nacido en 1844, dirigió el Partido Democrático en el movimiento revolucionario que derrocó al presidente Vicente Cerna y llevó al poder al general Justo Rufino Barrios. Como gobernador del departamento de Quetzaltenango, sofocó un intento de sublevación del general Barrundía, lo que le llevó a ocupar interinamente la presidencia, cargo en el que fue ratificado mediante sufragio en 1886, tras lo cual reprimió con violencia diferentes intentos de derrocarlo. Su política intransigente se tradujo en la expulsión del arzobispo Casanova y Estrada y en el fusilamiento del general Barrundía en 1890. Fue sucedido en el cargo por José María Reina Barrios en 1892. Murió asesinado en México en 1907.

[628] Amado Herrera, E., *op. cit*., p. 40.

[629] Gómez Carrillo, E. *El despertar del alma*, ed. cit., p. 223.

> órgano oficial para lucir sus madrigales, notaron con estupefacción que las puertas del *Correo* no se abrían nunca para ellos.[630]

También subraya Amado Herrera el papel fundamental que Darío jugó en el desarrollo literario y periodístico de nuestro escritor, pues afirma: "Rubén lo orientaba, le daba consejos y le señaló el camino de los literatos franceses y, por supuesto el mundo donde podía perfeccionarse para esplender: París…"[631]

Mendoza enmarca el periodo de publicación de este nuevo diario entre el 8 de diciembre de 1890 y el 5 de junio de 1891. Del mismo modo, confirma este biógrafo que los comienzos profesionales y de relaciones personales amistosas comenzaron parejos a la aparición de *El Correo de la Tarde,* y se mantuvieron durante largo tiempo: "Enrique fue uno de los primeros en figurar en la lista de los colaboradores, reanudándose así sus tareas periodísticas con mejor preparación intelectual y con más brillos en el manejo de su pluma".[632]

Llega incluso a realizar Mendoza un análisis de los puntos comunes, que eran numerosos así como de divergencia entre las personalidades de ambos personajes.[633]

Rubén Darío fue clave en la vida de Enrique Gómez Carrillo, ya que preparó para su protegido un encargo consistente en realizar una entrevista al máximo mandatario del gobierno de Guatemala en aquel momento, el

[630] *Ibid.*
[631] Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 40.
[632] Mendoza, J.M., *op. cit.*, p. 172.
[633] Destaca Mendoza que ambos escritores y amigos coincidían en su espontaneidad y facilidad a la hora de escribir en cualquier lugar y a cualquier hora, su bondad y caballerosidad incluso para con sus detractores, su gran afición por las juergas y copas, el creer en supersticiones así como ser ambos trotamundos incorregibles. Subraya también la coincidencia de haber celebrado sus primeras nupcias en junio (aunque de diferentes años) y con mujeres ambas dedicada a la literatura. En cuanto a sus puntos de desencuentro señala este autor el amor por el dinero que sentía Rubén en contraposición con el desprecio por el mismo y por las riquezas materiales que demostraba Carrillo; Rubén era un excelente orador capaz de improvisar brillantemente sus discursos mientras que Enrique carecía de este don. Enrique era valiente y osado, incluso tenía fama de pendenciero mientras que Darío no podía oír la explosión provocada por un disparo. Finaliza el capítulo dedicado a este estudio comparativo afirmando que también se alejaban en materia de gusto literario. Mendoza, J.M., "Puntos de contacto con Rubén Darío.-Distanciamientos entre ambos", *op. cit.*, pp. 116-127.

Presidente Barillas, quien, a su vez, marcaría irrevocablemente el devenir de la vida de Enrique, al abrirle la senda de la formación en el extranjero.

Vencida su natural timidez ante la imponente personalidad a entrevistar, Carrillo mantuvo con su entrevistado más de una hora de conversación, tras la cual sacó la siguiente impresión: "…me pareció un buen hombre, lleno de buenas intenciones, y que supo conquistar mis simpatías haciéndome grandes elogios de las labores históricas de mi padre".[634] Añade Enrique en otras notas que este presidente no era un hombre culto ni ilustrado ya que le confesó no ser bachiller, no leer los periódicos ni nada en general y se definió como un *"militarote bruto"*.[635]

El arte de la entrevista que llevaba a cabo Gómez Carrillo demuestra nuevamente su inclinación, quizá en aquellos momentos inconsciente, hacia lo francés. La define él mismo al preferir el modelo de entrevista más vistosa y profundizando en el personaje al modelo americano, más directo y menos personal.[636]

La entrevista no fue publicada tal y como la redactó nuestro cronista sino que lo que apareció fue una adaptación de la misma, que el propio Enrique casi no reconocía como suya, y sin su firma, lo que apareció. Dicha modificación fue sugerida por el Ministro de Relaciones Exteriores, debido a cuestiones políticas. Esta manipulación de su trabajo debió molestar a nuestro autor ya que envió inmediatamente una carta al presidente detallándole lo ocurrido, adjuntándole el trabajo original. La misiva obtuvo inmediata respuesta al ser su emisor citado de urgencia ante la presencia del máximo mandatario, urgencia que preocupó a la familia de Enrique. Mas lo que en principio fue preocupante acabó en final tan feliz como inesperado, ya que el presidente no estaba disgustado con la entrevista y de la conversación que siguió salió Enrique, ante la sorpresa del gobernante, quizá por la coincidencia de que ambos no fueran bachilleres y por el pesar expresado por Enrique de no serlo, con un

[634] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed, cit., p. 228.
[635] *Ibid.*
[636] Id., p. 224.

acuerdo que le concedía una cantidad de dinero que le permitiría seguir estudios en Madrid en el marco de las pensiones establecidas por el propio presidente Barillas para procurar formación de jóvenes guatemaltecos en Europa.

3.2.4.4. Hacia el Viejo Continente

Al comunicarlo a su familia, la alegría general fue mayúscula. Las palabras pronunciadas por José Tible en esta ocasión bien pueden ser el resumen de la trayectoria de Enrique, siempre encaminada por el destino hacia la senda del éxito: "- A ti –me dijo mi tío- todo te sale bien; hasta lo que debiera salirte mal… Has nacido bajo una estrella favorable… Tú no te perderás nunca en el camino".[637]

El protagonista de tan inesperada ventura no se mostraba menos entusiasmado que sus parientes ante esta maravillosa nueva oportunidad para la formación y el estudio que la providencia le deparaba, gozo sólo empañado por la tristeza que su partida podría ocasionar a sus familiares, más concretamente a su madre. Al pesar materno se refiere Carrillo al confesar: "Y aunque yo veía en aquel viaje la realización de un sueño que ni siquiera me habíame atrevido a hacer, comprendía que una sola lágrima y una sola súplica podían echar por tierra todas mis ilusiones".[638]

Su madre no se opuso en absoluto, es más, agradecía sinceramente al presidente lo que hacía por su hijo. No obstante, Enrique notaba la melancolía que ya, aún antes de su partida, comenzaba a reinar en su familia. Afortunadamente, siguió el consejo paterno de partir en el primer vapor que zarpase hacia Europa, y decimos afortunadamente porque el propio Enrique reconocía que, de haber aplazado un poco su viaje, hubiera sido muy probable que no lo hubiera realizado jamás, ante el dolor que le producía abandonar a su querida familia y sus venerados paisajes

[637] Id., p. 232.
[638] *Ibid.*

guatemaltecos. Así daba la razón a los sabios consejos paternos: "…comprendí que mi padre tenía razón: que una semana más en la atmósfera enternecedora de mi hogar habría enervado mi ánimo".[639]

El joven Carrillo debía ser ya un cronista muy leído y bastante conocido ya que la prensa guatemalteca se hizo eco de la noticia de su pronta partida hacia Madrid.[640]

3.2.4.5. Descubrimiento de París

En su camino hacia Madrid, llegaría a París, ciudad soñada cuya imagen magnificada a través de sus lecturas anhelaba descubrir. Tras pocas semanas entre compatriotas serios y estudiosos, en absoluto representantes del paradigma del bohemio consagrado al arte y al goce de la vida, descubriría a Verlaine, los cafés, las tertulias, las noches de conversaciones literarias, el Barrio Latino y Montmartre, viendo realizadas sus ilusiones librescas. Allí permanecería varios meses hasta que el Presidente Barillas usara su poder para exigir a Carrillo que se dirigiera hacia Madrid, habiendo tenido conocimiento de una falsa acusación consistente en una mala acción en la persona de un compatriota, debida a un asunto de faldas.

Con dolor lacerante dejaría Carrillo atrás su paradisíaca vida bohemia parisina para dirigirse a Madrid, donde todo lo vería a través del cristal gris de la nostalgia y la desesperanza, resultando la capital española, para él, la antítesis de la cosmopolita París, visión que plasmó en su autobiografía y en no pocas crónicas posteriores, incluida una obra en la que las dos ciudades serían confrontadas y que allí comparten título.[641]

[639] Id., p. 247.
[640] Enrique Gómez. E., *El Correo de la Tarde*, núm. 15, 24 de diciembre de 1890, Sin firma.
[641] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit.

3.2.4.6. En Madrid

Enrique Gómez Carrillo y Alice, que así se llamaba la joven conquista parisina realizada por nuestro cronista en aquellos primeros días de descubrimiento de la ciudad del Sena, llegaron a Madrid en diciembre de 1891 y allí permanecieron hasta agosto de 1892. Las vivencias en Madrid fueron poco agradables en general para el joven autor, ya que, entre lo madrileño y lo español siempre establecía la comparación con el París abandonado, y eran para él el negro y el blanco, lo retrógrado y lo moderno, lo cerrado y lo abierto, las tinieblas y la luz respectivamente. Esto, unido quizá, al bagaje anticastellano y profrancés, literariamente hablando, que ya traía desde sus primeros descubrimientos allá en su tierra natal, y a la falta de dinero que sufrieron durante largo tiempo al no llegar éste procedente de Guatemala, contribuyeron a que aquella etapa pudiera ser calificada como misérrima, como dejaría constancia en el título de ésta tercera y última obra autobiográfica de *Treinta años de mi vida: La Miseria de Madrid.*[642] El título no podría ser más expresivo. Añadir que esta etapa vivida en Madrid a sus diecinueve años, es rememorada por su protagonista, cuando ya contaba más de cuarenta, y era un renombrado personaje y autor en los círculos intelectuales de la época.

Gómez Carrillo apreciaría la oposición diametral entre ambas capitales en todos los ámbitos, en el modo de vida, en las ideas, en el trato con las gentes, en los comentarios de los amigos y enemigos, en la personalidad de los hombres ilustres conocidos, salvo honrosas excepciones, y especialmente en el rechazo que lo francés en particular o lo extranjero en general provocaba en toda la rancia sociedad madrileña. En Madrid vivió otra bohemia muy distinta de la parisiense. Ésta estaba hecha de charlas con grandes poetas, de reuniones de amigos, de ilusiones, de libertad, de amor, de belleza, de maravillosos descubrimientos, de escritores jóvenes y apasionados,…, aquella empezó con un timo que redujo a poco menos de la mitad sus recursos económicos e incluso les propinó con una noche pasada al raso, habiendo agotado la última vía del

[642] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid,* ed. cit.

empeño de los pequeños "tesoros" propiedad de Alice, (un reloj regalado por el Doctor Garay, los encajes y las sedas), lo cual no bastó para pagar la habitación. En esta situación, Alice preparándose a pasar la noche del treinta de marzo de 1892 bajo las estrellas de un Madrid hostil y despiadado, exclamó dirigiéndose a Enrique: "-*Voilà la bohème…. Voilà…* ¿No la buscabas?".[643]

En lo intelectual, las grandes personalidades literarias españolas a las que pudo aproximarse, por lo general, no le causaron buena impresión; es más, lo decepcionaron de todo punto, desde el aspecto externo al interno.

No obstante, la literatura no faltó, desde los autores griegos o los latinos a la actualidad castellana del momento, sugeridos por el que fuera su amigo y benefactor en tiempos de escasez, conocido en Madrid, Don Jesús Miura y Renjifo, docto, bohemio y pobre habitante madrileño, hasta en la de los tertulianos de algún café o de las librerías frecuentadas. Ambos jóvenes conocieron a este personaje, el cual más adelante sería crucial en el desarrollo de sus vidas, la noche en que no disponían de techo, la noche en la que Enrique, en su desesperanza, sintió pasar por su mente, como un rayo efímero, la idea del suicidio como única salida a aquella cadena de desengaños.[644] No sería ésta la única vez que su pensamiento divagara hacia soluciones drásticas, pues Gómez Carrillo era de carácter contradictorio y propenso a los extremos; él mismo afirmaba, según su biógrafo y amigo Juan Manuel Mendoza:

> […] complacíase en sostener que é huía del término medio, porque éste era su enemigo en todo. Y hacía hincapié por llevar la vida de extremo a extremo, al punto de que sus amigos –sostenía Enrique- "lo encontraban demasiado joven en las cosas serias y demasiado viejo en las cosas frívolas". Tenía justamente veinticinco años cuando de tal manera se expresaba.[645]

Prosigue Mendoza apoyando las aseveraciones anteriores, que el propio Enrique no ocultó en sus memorias, pues afirma Mendoza: "que en

[643] Id., p. 122.
[644] Id., p. 127.
[645] Mendoza, J.M., *op. cit.*, p. 102.

su perpetua contradicción interior, hecha de contrastes, no sólo eran la timidez y la osadía las que combatían, sino también el exaltamiento y la tristeza".[646] Este carácter contradictorio, caracterizado por altibajos, y en ocasiones propenso a extremos, lo sufrió igualmente su primera esposa Aurora Cáceres, quien en su obra consagrada a narrar su experiencia de vida junto al gran cronista, deja constancia acerca de él y de sus ideas más pesimistas, en el pasaje que sigue:

> Paso horas de desesperación. No acierto a comprender a Enrique, no sé lo que hago y menos lo que debo hacer: "El día que sea necesario –me escribe- no esperaré ni la muerte ni la larga agonía cerebral; la vida me parece poco adorable". Leo detenidamente esta frase, y bien claro deduzco que la idea del suicidio asoma a su cerebro. […] Siento horrible inquietud, porque Enrique es capaz de quitarse la vida.[647]

Volviendo a aquella aciaga noche en el frío Madrid de 1892, habiendo empeñado Carrillo lo último que le quedaba, un botoncillo de oro rebuscado en el fondo de un bolsillo, obtuvo la cantidad necesaria para solventar el tema de la cena de ambos, con la holgura suficiente como para pagar también la de Miura y Renjifo, el cual se hallaba en una situación muy parecida a la de los dos jóvenes desamparados. Lo narra nuestro autor como sigue:

> La existencia, durante una hora, parecionos muy agradable, pues además de las satisfacciones materiales de la buena mesa, tuvimos el placer de proteger a un amigo más pobre que nosotros. Era el tal un antiguo profesor de latín, que después de desempeñar una cátedra en el Seminario de Madrid, había sido expulsado "del seno de las Universidades", como él decía, por la ternura excesiva que a sus más bonitos discípulos les manifestaba. Esto de la ternura no lo decía él, sino los literatos de Fornos, cuyas malas lenguas tenían para cada prójimo alguna gota de veneno.[648]

Así trabaron amistad con éste, un estudioso de calidad reconocida venido a menos, pues añade Enrique el dato que sigue:

> Menéndez Pelayo y Juan Valera conservábanle siempre algún afecto, por haberle tratado en sus buenos tiempos, y le

[646] Id. p. 105.
[647] Cáceres, A., *op. cit*.
[648] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid,* ed. cit. pp. 122-123.

> proporcionaban de vez en cuando trabajos de documentación y de traducción, que él ejecutaba del modo más escrupuloso.[649]

Al igual que hiciera el personaje anterior, también la literatura proporcionaría a Enrique sus primeros frutos, ya que fue en esta época de Madrid en la que publicó su primera obra *Esquisses*, la cual obtuvo una aceptable acogida, aunque hubiera quien hiciera un juego de palabras con el título, juego que desagradara a nuestro cronista.[650]

Volviendo a esta nueva etapa en la vida de nuestro cronista, decir que, tras un viaje calificado por carrillo de largo y triste, la primera impresión negativa, la obtuvieron los recién llegados en el mismo momento de la parada del tren que los traía, al encontrarse una estación oscura y sucia. Según los recuerdos de Carrillo, proseguirían otras al llegar al hotel. Las vistas, nada más abrirse las puertas del tren, son descritas por Carrillo en los mismos términos para continuar con el principio de su estancia en Madrid, desde este primer instante, con una visión marcada por el abandono de los hados:

> La suerte, la mala suerte, me hizo aceptar los servicios de un viejo de aire eclesiástico, quien, con pocas palabras, logró convencerme de que en ninguna parte estaría mejor *madame* que en el Bristol, en plena Puerta del Sol, en la calle del Arenal.[651]

Recalca Carrillo "la mala suerte" que presidió sus primeros momentos madrileños cuando nos relata cómo, a su llegada al hotel, fue víctima de un robo, pues entregó a un empleado un billete francés para cambiarlo por la moneda de curso legal en España, y éste le dio un cambio que no correspondía en absoluto con la cantidad esperada y debida.[652] Sin testigos y sin recibo que acreditaran la cantidad entregada, y dado el respaldo demostrado por los propietarios del hotel hacia su empleado, sin duda compinchados con él en el fraudulento negocio, Enrique hubo de

[649] Id., p.123.
[650] Nos relata nuestro cronista cómo Clarín realiza el juego de palabras entre la palabra francesa *esquisses,* título de la primera obra publicada por Carrillo con la frase española *¿Es queso?*, cuya pronunciación es bastante próxima, con una intención quizá ridiculizadora. Id., p. 110.
[651] Id., p. 93.
[652] Id., p. 95.

resignarse a perder casi la mitad del dinero de que disponían para comenzar su nueva vida en la capital española.

Los aspectos positivos de su nuevo lugar de residencia son resaltados por Alice, concretamente la animación que, pese a lo tardío de la hora, reinaba en la capital castellana, para animar a su amado Enrique; relacionando esta animación con la que debería reinar en los círculos periodísticos y artísticos, que de seguro, en opinión de Alice, sabrían reconocer el genio del guatemalteco.[653]

Con el objetivo de olvidar la primera desdicha, salieron a cenar y a divertirse en la noche madrileña en compañía de cierto marqués el cual se les había presentado en el hotel y se había brindado a ser su guía, cenando con ellos y llevándolos a los lugares que desearan. Reseña Carrillo que se le notaba a este marqués cierta inclinación hacia Alice. El fin de fiesta fue desastroso al desencadenarse, en la sala donde fueron a disfrutar de un espectáculo flamenco, una terrible escena de celos protagonizada por Alice, quien, al ver que una de las bailadoras flamencas besaba a Enrique, presa de los celos y bajo los efectos de bastantes copas de jerez, hirió a Enrique en el brazo con una tijeras.[654]

La negatividad seguía siendo la nota común de aquellas primeras horas madrileñas. Aquel acontecimiento, mientras regresaban en silencio, a su habitación en el hotel, es descrita por Enrique como sigue: “yo chorreando sangre, preguntándome si todo lo que aquella primera noche madrileña habíame pasado no sería el augurio de peores días futuros…”.[655]

El día los devolvió a la realidad y abandonando el primer hotel, recorrieron Madrid en busca de nuevo alojamiento más acorde con sus posibilidades económicas. De aquel correr calles, recordaba y sentenciaba Gómez Carrillo, comparándolas con fechas más próximas, las

[653] Id., p. 94.
[654] Id., pp. 99-100.
[655] Id., p. 101.

características arquitectónicas de Madrid, encontrando siempre la superioridad de París con respecto a la capital castellana.[656]

Señala nuestro autor otro hecho que lo marcaría profundamente desde sus comienzos en Madrid: las numerosas ocasiones en las que Carrillo notó el rechazo hacia lo francés, y por lo tanto hacia su persona y la de su compañera Alice. Este rechazo lo notaban hasta en los más pequeños detalles. Recién instalados en su nuevo alojamiento, refiere Gómez Carrillo la anécdota de que la patrona de su albergue parecía sorprendida por la delicadeza y la sensualidad de las prendas de ropa interior de la joven francesa. Carrillo aclara que más que admiración, estas prendas despertaban la repugnancia en esta señora, lo cual resultaría significativo para Carrillo respecto de la idiosincrasia imperante en la capital castellana, pues sentenciará a propósito de su casera: "Para su dureza castellana, aquello, más que signos de elegancia y de refinamiento, era un símbolo de la perversión y de la corrupción francesa".[657] Sus compañeros de comedor en la pensión lanzaban diariamente dardos envenenados en la misma dirección antifrancesa con comentarios como: "¿Dónde tienen los franceses un Sagasta?...".[658]

Los tres comensales que proferían semejantes frases, a quienes Enrique trataba de convencer de que si lo español era digno de respeto, también lo extranjero lo era, sorprendieron por lo inesperado de sus comentarios dado que no provenían de baja extracción sino que ostentaban altos cargos, por lo cual, opinaba Carrillo:

> Oyendo aquellos discursos tan vacíos, tan vulgares, yo suponía que mis tres amigos pertenecían a la casta apolillada de los escribientes de ministerio. ¡Cuál no fue mi sorpresa al enterarme una noche, después de un debate tempestuoso, de que uno de ellos era diputado, otro catedrático y el tercero redactor de *El Imparcial*!...

[656] Id., pp. 103-104.
[657] Id., p. 105.
[658] Id., p. 107.

> -Se necesita tener mala suerte- me dije a mi mismo para tropezar con los únicos personajes grotescos e ignorantes de la Prensa, de la Universidad y del Parlamento.[659]

Las referencias a las reuniones literarias de la época ocupan un lugar preeminente en las memorias de Carrillo tanto las parisinas como las de Madrid. Entre los asistentes a la madrileña tertulia del café de Fornos, caballeros todos interesados en lo literario, tampoco faltaban aseveraciones en la misma dirección anterior. Veamos la siguiente, pronunciada como defensa ante las críticas negativas recibidas por la descripción de un parto, descripción naturalista, enmarcada en una obra de la escritora doña Emilia Pardo Bazán, coyuntura que se aprovecha para exaltar lo propio en detrimento de lo foráneo:

> Lo que pasa es que aquí tenemos la manía de no estimar sino las tonterías que vienen del extranjero, sin darnos cuenta de que todo lo hemos inventado nosotros antes que los franceses y los ingleses…[660]

El trato con aquellas gentes obtusas pronunciaba aún más si cabe, su añoranza de la bohemia parisina, llegando Gómez Carrillo a ser consciente de este empeoramiento diario y reflejándolo así en sus memorias.[661]

Con motivo de la publicación de su primera obra, titulada *Esquisses,* escrita en una semana, según el propio Enrique declarara en el último libro de sus memorias,[662] al mes y medio de hallarse en Madrid, acuciados por la escasez de medios económicos, y que contra sus expectativas, fue un éxito, ya que, pocos días después de haber destinado Enrique los ejemplares destinados a la crítica, el mismísimo Leopoldo Alas *Clarín* le dedicó un artículo en *El Imparcial,* para alegría y orgullo del joven escritor debutante. No obstante, nuevamente en esta ocasión, nuestro autor pudo comprobar nuevamente el carácter español, tan contrario al parisino, en cuanto a celebración de triunfos ajenos se refiere. Al mostrar Enrique a los contertulios del café de Fornos el artículo que le dedicaba

[659] *Ibid.*
[660] Id., p. 113.
[661] Id., p. 108.
[662] Id., p. 110.

Clarín, esperando felicitaciones de los allí presentes entre los que se encontraban personalidades de la intelectualidad de la época como Antonio Cortón, Luís París, Luís Bonafoux, Joaquin Dicenta, Ricardo Caterineu,…, se sorprendió al no recibir ninguna alabanza así como al notar entre los citados caballeros cierta sonrisa crispada, que le hizo pensar nuevamente en cómo el éxito de un compañero movía a la envidia en España, mientras que en París sería motivo de sincero y compartido júbilo.[663]

La publicación de esta primera obrita con el correspondiente elogio de *Clarín*, junto con el éxito que estaba teniendo al venderse los ejemplares que, con cierto desdén, aceptaron gratuitamente algunas librerías, y que hicieron que el buen Paco Beltrán, empleado en la librería de D. Fernando Fe, quien se convertiría de ahí de adelante en un buen amigo, le comprara casi la edición completa, le proporcionó lo que consideraba una fortuna por lo que suponía para quienes son presentados en su pobre situación: "No teniendo ni para tomar café, sólo íbamos a Fornos cuando nuestro amigo y protector Renjifo, lograba conquistar, en el curso de sus largos periplos, algunas pesetas",[664] describe Carrillo aludiendo a su paupérrima existencia en aquellos momentos.

Fue Enrique asiduo de las tertulias, en las cuales, dada la relativa importancia literaria de los asistentes unida a su timidez. Además de no considerarse destacado en este mundo de la escritura, le impedían dirigirles la palabra[665] y participar activamente en ellas, como hubiera deseado.

Volviendo a la situación de desamparo en que, como reseñábamos anteriormente, se encontraban al amanecer de aquella penosa noche pasada a la intemperie, optaron por intentar pedir ayuda a quienes, en aquel Madrid, tenían fama de generosos. Pensaron en Luís Bonafoux o en Joaquín Dicenta, pero carecían de sus respectivas direcciones.[666] Acudieron al ilustrado bohemio que habían socorrido a la hora de la cena de la víspera, don Jesús Miura y Renjifo, para que se las indicara. Este

[663] Id., p. 114.
[664] Id., p. 134.
[665] Id., p. 204.
[666] Id., p. 130.

buen bohemio, viendo la necesidad en la que se hallaban, rebuscó entre los ejemplares de su biblioteca un libro para llevar a la casa de empeño y les ofreció desayuno así como que aceptaran vivir en su misma pensión que era barata aunque no intenta disimular en cuanto a su austeridad y pobreza, pues aparece de esta manera en los recuerdos de Carrillo:

> No niego yo que ni que sea algo hedionda, ni que sea muy oscura, ni que esté bastante llena de cucarachas… Pero, en fin, techo tiene…Y bajo el techo hay de fijo una cama para ustedes, y, además una mesa, en la cual, tarde y noche, se puede encontrar una olla sin gallina ni vaca ni chorizo; una buena olla con sólo garbanzos y patatas alrededor de un hueso que es siempre el mismo…[667]

Naturalmente, dadas las opciones, aceptaron la oferta, la cual les pareció un milagro. Así comenzó una relación de amistad, de ayuda mutua, de confidencias, de lectura de libros, de descubrimiento de autores clásicos recomendados por el nuevo amigo, de nuevos proyectos literarios.

En aquel oscuro y sórdido domicilio, donde llevaban una existencia calificada por Enrique como "régimen digno del dómine Cabra",[668] del cual no salían casi nunca y donde organizaban veladas literarias para no aburrirse, no echar de menos las de los cafés, y poner en práctica el natural optimismo de los tres nuevos amigos, nació en Enrique, influenciado por las recientes lecturas de Oscar Wilde y de Flaubert, la idea de escribir una novela cuya protagonista fuese María Magdalena. Así expone sus ideas al respecto: "consistía en imaginar a Judas enamorado de la pecadora, delatando a su maestro por celos".[669] Las primeras páginas guardadas con cariño de esta obra, tan sólo comenzada y nunca concluida, las incluye Gómez Carrillo en su tercera obra autobiográfica.[670] Carrillo leyó las citadas páginas a su erudito amigo, el cual, pese a calificarlas como bonitas y artísticas, no encontraba factible el proyecto. Sin desanimarlo, le aconsejaba seguir otras direcciones y se ofrecía a asesorarlo en el camino del proceso a seguir en el proyecto de escribir una novela histórica.[671]

[667] Id., p. 131.
[668] Id., p. 135.
[669] Id., p. 136.
[670] Id., pp. 136-139.
[671] Id., p. 141.

Enrique aceptó la propuesta no sin sentir su vanidad un poco herida. El Destino nuevamente se encargaría de que este proyecto no cristalizase.

En conversaciones posteriores, encontraron el tema central de la obra proyectada; sería tal la propuesta que Carrillo aceptaría entusiasmado, en palabras de Renjifo:

> Jerusalén de Herodes, con sus lujurias, son sus crímenes, con sus intrigas, con su fanatismo, […] te leeré las notas que he reunido sobre la existencia del último gran monarca de Judea, y si te parecen interesantes, las convertiremos en una amplia evocación poética como Salambô…[672]

El propio Renjifo apuntaba ya las fuentes a las que podrían recurrir para recrear los escenarios históricos donde habrían de desarrollarse los acontecimientos: "De Plutarco sacó Shakespeare algunas de sus tragedias. ¿Por qué no hemos de pedirle nosotros elementos para un capítulo de novela?".[673]

Corría el año 1892 y nuestros protagonistas se hallaban ensimismados en estos proyectos, cuando la Fortuna llamó a su puerta para cambiar, aunque sólo temporalmente, su miseria, y procurarle ciertos fondos provenientes de su primera obra *Esquisses*, fondos que Carrillo compartió con Alice y Renjifo, haciendo honor a la bien ganada fama de alma generosa de la que siempre gozó.

Esquisses era una obra de 72 páginas, cuyo primer capítulo está fechado en París en diciembre de 1891 y tenía por título *Oscar Wilde*. El resto de capítulos, así como otras partes más reducidas englobadas bajo el título de *Camafeos*, sirven para presentar a personalidades literarias relevantes del panorama cultural de la época. Así pues figuran en ella junto a Wilde, Paul Verlaine, Juliette Adam, Charles Maurras, Leconte de Lisle o Rubén Darío.

En esta obra, además de la descripción física de los escritores, junto con referencias y comentarios a sus obras, transmite también Carrillo su

[672] Id., p. 146.
[673] Id., p. 220.

filosofía personal acerca de su concepción de la crítica literaria como una actividad de primer orden digna de toda la consideración, y no una actividad de segunda fila supeditada a las obras literarias a las cuales se refiere.[674] En obras posteriores nos ofrecerá nuevas pinceladas sobre el tema, que irán perfilando su actitud crítica hacia las obras literarias, que preconizaría una crítica literaria impresionista y personalizada.[675]

Al poco tiempo, otro afortunado acontecimiento tuvo lugar, contribuyendo a aumentar la autoestima del joven Carrillo, a hacerle vislumbrar nuevos y mejores horizontes y en fin, a hacerle experimentar uno de los pocos momentos agradables dignos de ser mencionados, de su estancia en Madrid:

> […] en aquellos días publicaron *Los Lunes del Imparcial* un artículo mío, que les había enviado dos meses antes y que ya consideraba yo perdido en el cesto de los papeles inútiles. […] Bonafoux y Luís París le dieron mayor importancia a aquel trabajo periodístico que a mi buen librito recién publicado, y por primera vez, el día en que mi artículo apareció, hablaron seriamente conmigo de literatura, concediéndome, no diré lo que en tauromaquia se llama la alternativa, pero, por lo menos el derecho a no ser ya un simple chiquillo indigno de que se le tomase en serio. Este cambio en la manera de tratarme en Fornos me halagó, naturalmente; pero no tanto como una larga carta de *Clarín* que recibí poco después, y que todavía me parece interesante, por lo que tiene siempre de actual en nuestra época, veinte y tantos años después de haber sido escrita.[676]

Gómez Carrillo reproduce la citada carta en la que Clarín le comenta su acuerdo con algunos aspectos de su artículo así como su desacuerdo con otros, en un tono agradable, llamándole incluso, "querido amigo".[677] Es de imaginar las esperanzas y la euforia que la carta de esta consagrada y admirada autoridad literaria española, pudieron despertar en nuestro joven cronista. Como él mismo reconocía, puso buen cuidado en difundir esta misiva, concretamente en medios periodísticos hispanoamericanos, a fin de ir procurándose la formación de "un nombre" dentro del mundo de la crónica literaria, aunque, en este caso, las

[674] Ulner, A., *op. cit*., pp. 121-122.
[675] Sobre su concepción de la crítica impresionista, Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, *op. cit,* .pp. 39-40.
[676] Id., pp. 165-166.
[677] Id., p. 167.

consecuencias no fueran del todo afortunadas, pues provocaron, sin que Carrillo fuera el culpable, el enfriamiento de los buenos principios entre nuestro autor y don Leopoldo Alas , por motivos ajenos a ambos.[678]

Sin embargo, como la dicha no había de ser completa, en aquella misma tertulia de Fornos en la que dicha publicación propició que se le concediera a Enrique protagonismo como tertuliano, apareció la sombra que todo lo ennegrecía en aquel enrarecido ambiente madrileño de finales de siglo XIX. Se trató de la acusación de plagio de Clarín por parte de Bonafoux, tema que no constituía una novedad aquel día y que, incluso había dado lugar a ciertas publicaciones sobre el tema; por otro lado, pero que dolió especialmente a Enrique hasta el punto de decidir el no volver a estas tertulias, aunque después, irremediablemente, volviera.[679]

Enfrascados en sus proyectos de novela se hallaban Miura y Renjifo y Carrillo cuando una fuerte suma de dinero procedente de Guatemala los llenó de alegría. Sin embargo, esta suma, concedida por el presidente Barillas, era un último subsidio y debía ser destinada a los gastos de regreso de Carrillo a su país natal. No obstante, la idea de regresar ni siquiera cruzó por el pensamiento de Enrique ya que, ante los consejos de su amigo y de Alice, que le recomendaban, uno, que permaneciera en Madrid, la otra, que volvieran a París, Enrique repartió el citado dinero con objetivos nada orientados al retorno a la tierra natal. Éste es el destino que Carrillo daría a aquel dinero:

> Primero: dar enseguida a nuestro glorioso latinista, para que realice su rapto, quinientas pesetas. Segundo: dar a mi mujercita otras quinientas pesetas para comprarse cintas. Tercero: darme a mí mismo, para pagar deudas y ofrecer banquetes. Cuarto: guardar para más adelante otras mil pesetas. Quinta: pagar a nuestra ama con las otras quinientas pesetas.[680]

El rapto al que se refería Enrique era el que Renjifo le había comentado tener en mente para poder estar junto a su amor, Ramón, un joven sudamericano, de aspecto tímido y afeminado, cuya familia había

[678] Id., p. 169.
[679] Id., p. 171.
[680] Id., p. 223.

enviado a España para estudiar bajo la tutela de don Juan Valera y al cual daba clases el erudito amigo de Carrillo. Descubiertos los devaneos del joven aprendiz con el que era su profesor don Jesús Miura y Renjifo, fue internado en un colegio, del cual planeaba liberarlo el profesor en cuanto dispusiera del dinero necesario.

Realizado tal proyecto, la irrupción de Ramón en el universo de Enrique introduce otro aspecto de su carácter y filosofía abiertos y progresistas en general, y en temas amorosos en particular, puesto que no sólo no rechaza la relación homosexual entre Renjifo y Ramón, sino que la acepta de la manera más natural. Enrique clarifica su postura al respecto:

> ¿Qué importancia podía tener tal detalle, puesto que nuestros principios de cínicos adolescentes, educados más allá del bien y del mal, no se oponían a que, al lado de nuestra vida, dos pájaros caprichosos hubiesen creado otro nido de diferente especie?... *Toute licence pour l'amour* era entonces, y sigue siendo hoy, mi único lema.[681]

Desde el momento en que apareció este nuevo personaje de aspecto andrógino, los celos de Alice, que estaba convencida de que era una mujer y no un hombre, convencida también de que miraba a Enrique con deseo, se despertaron. También los de Renjifo, que observó ciertas actitudes provocadoras en el comportamiento de Ramón. Al principio Carrillo se defendió y defendió a Ramón no viendo en las situaciones nada que no fuera inocente, pero, poco a poco, fue notando la atracción que por él sentía y demostraba el joven Ramón. Es más, el mismo Carrillo dudaba de sus fraternales sentimientos hacia él, como demuestran sus palabras tras un roce provocado por Ramón:

> Yo no me atreví a decir nada, por miedo de que el temblor de mi voz revelase las emociones de mi alma, de mis sentidos, de todo mi ser. Aquel pie que me acariciaba, aquellas palabras que eran una declaración amorosa, aquellos ojos lánguidos que me miraban con dulzura implorante, todo lo que en aquel andrógino endiablado había de perturbador, de seductor, de tentador, me repugnaba, me irritaba y al mismo tiempo, no sé por

[681] Id., p. 234.

> qué misterio, subíaseme a la cabeza, embriagándome cual un filtro maldito.[682]

La ambigüedad que el juego de seducción que llevaba Ramón hacia la persona de Gómez Carrillo lo incomodaba en cierto modo, aunque se tranquilizaba nuestro cronista sobre cuestiones de la propia orientación sexual pensando que estas dudas eran temporales y puntuales, desvaneciéndose cuando el joven Ramón desaparecía de su presencia, pues reflexionaba así Carrillo:

> Lo que me consolaba, haciéndome ver que aquellos mis arrebatos no eran sino caprichos perversos, es que, lejos de atormentarme en la soledad, desvanecíanse apenas me hallaba separado de Ramoncillo.[683]

En las últimas páginas de su tercer y último libro de memorias nos anuncia sus proyectos presentados a la casa editorial francesa Garnier Frères, compartidos por sus dos amigos, proyectos que llevaban anexado indiscutiblemente el regresar a París para trabajar allí, en la realización de una antología de cuentos de autores franceses traducidos al castellano.[684]

Aún tendrían que esperar algún tiempo para emprender este viaje de regreso al paraíso añorado, ya que un gran proyecto de realización de un diccionario español-latino fue encargado a Renjifo, y este no quiso partir hasta hacer la primera entrega de las páginas convenidas y recibir las primeras pesetas, no sin antes convencer al editor, de que debía consultar bibliotecas en París para realizar un trabajo de calidad. La existencia, con la certeza de volver a París en breves fechas, se tornó plácida y segura, como no había sido hasta entonces ni un solo día en aquel Madrid de la mediocridad, desde el mismo momento en que llegaran.[685]

Pero el día anhelado llegó, aunque, paradójicamente, no causó el efecto esperado, como si la intensidad de aquel sueño, llegando a su realización, resultara demasiado mágica para ser real, llegando Enrique incluso, por inverosímil que parezca, a declarar que no sentían alegría por

[682] Id., p. 236.
[683] Id., pp. 237-238.
[684] Id., p. 236.
[685] Id., p. 244.

ello. Quizá esta falta de alegría viniera motivada por el fin de aquella existencia plácida que habían llevado en los últimos tiempos, seguros de volver al lugar de sus deseos, París.[686]

Para festejar las últimas horas en Madrid, tuvo Alice la desgraciada idea de despedirse de la capital española, yendo al café concierto de la noche de su llegada, donde vivieron el suceso desagradable de que Alice, presa de los celos, hiriera a Enrique. Pensaba la joven francesa que con ello lograría conjurar la mala suerte que habían tenido.[687] Todos aceptaron de buen grado la idea, sólo que, ante el peligro de que reconocieran al joven "raptado", se propuso que Ramón se vistiera con ropas de Alice, para que así, las dos parejas digamos tradicional al estilo heterosexual. La reacción de Gómez Carrillo, al ver el resultado de la transformación del chico que se miraba en el espejo, fue la de sorpresa total, pues recuerda: "No. No era él. Era ella, una ella misteriosa, una ella irresistible, una ella demoníaca… Me quedé también mudo y quieto ante su imagen reflejada en la luna".[688] Ramón se volvió hacia Enrique y, rodeando su cuello con sus brazos, lo besó. Carrillo, respecto al beso inesperado, exclamará: "¿Cuántos segundos o cuántos siglos duró aquel beso?... No lo sé".[689] El desenlace de esta situación fue trágico pues, descubiertos en esta actitud por los respectivos amantes, los insultos llovieron sobre Gómez Carrillo, quien, ante la inesperada violencia de los mismos, optó por huir, por salir a la calle, en un estado de excitación y de embriaguez que él mismo relata:

> Mis labios balbuceaban frases incoherentes. Estaba borracho… ¿Borracho de qué?... No había bebido ni más ni menos que las noches anteriores… Pero, sin duda, una borrachera delirante, vacilante, exaltada, torpe, privábame del uso de la razón y hasta del equilibrio… ¿Era acaso el filtro de aquel beso maldito?... ¿O era la vergüenza de haber tenido que huir así perseguido por las injurias de aquellos seres animalizados por los celos?...
>
> No lo sé… Más en el fondo de mi alma palpitaba la fe absoluta de que aquellos labios que así me habían enloquecido no

[686] Id., p. 246.
[687] Id., p. 247.
[688] Id., p. 249.
[689] *Ibid.*

> eran los de un niño, no, sino los de una mujer… Hay algo en esas cosas que no engaña…[690]

Este beso marcaría la separación y el tomar distintos caminos en la misma encrucijada, para los cuatro personajes que habían confluido y convivido en Madrid. Es igualmente este beso, el que pondrá fin al tercer libro de las memorias de Enrique Gómez Carrillo, cuando contaba diecinueve años de edad.

Así quedó abortada la idea primera de Carrillo en cuanto a realizar su autobiografía hasta la edad de treinta años. Como ya exponíamos en la página 146 de este estudio apoyándonos en la misma cita, el cronista justifica este abandono tanto en la falta de memoria como en la ilusión recobrada por la nueva irrupción del amor en su vida que le hacía apartarse de tristes añoranzas, según él mismo declara en la dedicatoria de la obra a la que nos referimos, dedicatoria consagrada a la célebre artista española Raquel Meller quien se convirtió por aquel entonces su segunda esposa. Así se expresa Gómez Carrillo en el comienzo del tercer libro autobiográfico:

> Cuando comencé estas memorias, seis años ha, mi vida sentimental parecíame terminada para siempre. Mi cuerpo estaba joven. Pero mi alma tenía cien años y sólo en el recuerdo melancólico de las horas pasadas hallaba solaz y sosiego.
>
> […] Un día, […] un día sublime, te encontré en mi camino. […].
>
> Mi vida verdadera comenzó en ti, magnífica, ardiente, clara, feliz. Y en ti continúa…
>
> Así, Raquel, con este tercer tomo, pongo fin a mis memorias apenas iniciadas, porque, verdaderamente ya no recuerdo lo que fue mi existencia y si quisiera contar más tendría que inventar…[691]

[690] Id., p. 250.
[691] Id., p. 91.

3.2.5. Narrativa: Novelas y cuentos

3.2.5.1. Aproximación general a la narrativa de Enrique Gómez Carrillo

La producción narrativa de Enrique Gómez Carrillo consta de novelas, y una serie de relatos que son considerados por el propio autor, unos novelas cortas y otros, cuentos. Según consta en el estudio de la recopilación de la obra de nuestro autor, llevado a cabo por González Martel,[692] Enrique Gómez Carrillo escribió varias novelas cortas siendo publicadas de forma independiente. La primera sería *La suprema voluptuosidad,*[693] la cual vería la luz en 1897. Le seguirían *Del amor del dolor y del vicio,*[694] publicada en 1898, *Bohemia Sentimental*[695] y *Maravillas*[696] ambas aparecidas en 1899, *La leyenda de San Pakomio*[697] y *El alma inexorable de San Schenudi,*[698] igualmente publicadas en 1912 y *El Beso Maldito,*[699] aparecida en 1921.

Como sucediera habitualmente en la producción de Gómez Carrillo, estas publicaciones lo serían de nuevo, como partes integrantes de obras de mayores dimensiones. Es el caso de sus segunda, tercera y cuarta novelas cortas: *Del amor del dolor y del vicio, Bohemia Sentimental* y *Maravillas*, que se publicarían de nuevo en 1913, reunidas bajo el título de *Tres novelas inmorales.* Y más tarde, formando parte de la publicación de sus obras completas, en el volumen V, en el año 1920. *La leyenda de San Pakomio* y *El alma inexorable de San Schenudi* formarán parte igualmente, junto con más relatos del mismo corte, de un libro recopilatorio que se

[692] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro, op. cit.*
[693] Gómez Carrillo, E., *La suprema voluptuosidad*, París, "La Campaña", 1898.
[694] Gómez Carrillo, E., *Del amor, del dolor y del vicio*, París, "La Campaña". 1898.
[695] Gómez Carrillo, E., *Bohemia sentimental*, Guatemala, Imprenta A. Siguere, 1899.
[696] Gómez Carrillo, E., *Maravillas*, Madrid, Casa Vda. De B. Rodríguez Serra, 1899.
[697] Gómez Carrillo, E., *La leyenda de San Pakomio*, Madrid, Los Contemporáneos, El Libro Popular, nº 195, Imp. Blass, 1912.
[698] Gómez Carrillo, E., *El alma inexorable de San Schenudi*, Madrid, Los Contemporáneos, El Libro Popular, Año I, nº 16, Imp. Blas, 24-10-1912.
[699] Gómez Carrillo, E., *El Beso Maldito*, Colección "La Novela Corta", Año VI, nº 274, Madrid, 19-03-1921.

publicaría en 1913, titulado *Flores de Penitencia,* el cual, posteriormente, formaría parte de las obras completas, siendo el volumen VIII.

Añadir que alguna de ellas, habiendo sido ligeramente modificada, tras una revisión, bastante años después de su redacción primera, aparecería bajo diferente título, pues la inicial *Maravillas,* puede encontrarse también llamada *Pobre clown,*[700] en la edición de *Tres novelas inmorales* comprendida en las obras completas llevada a cabo en 1920.

En cuanto a novelas, González Martel recoge otros dos títulos significativos: *El evangelio del amor,*[701] publicada en1922 y La *esencia del amor,*[702] de 1925, prologada por Rubén Darío.

Su novela *El evangelio del amor* fue el fruto de varios años de trabajo, concretamente desde 1918 hasta el de su publicación en 1922, siendo por ello su mejor novela, la más cuidada y elaborada. El propio Carrillo confesaba sentirse orgulloso de ésta su mejor novela.[703] A ella dedicaremos un apartado al tratarse de un relato que contiene características diferentes, salvo algunas coincidencias, al resto de la narrativa carrillista en general y a *Tres novelas inmorales* en particular.

En lo referente a narraciones encuadradas en el género del cuento, aparecieron publicados de forma individual *Marta y hortensia*[704] y *Nuestra Señora de los ojos verdes.*[705] Sin embargo, posteriormente fueron publicadas reunidas con otros relatos de las mismas características en obras de recopilación de crónicas. El primero de éstos cuentos lo haría formando

[700] Véase la primera edición de la recopilación de novelas de Gómez Carrillo, *Tres novelas inmorales*, de 1920, donde aparece el título *Pobre Clown* y *Maravillas* entre paréntesis, *op. cit.*
[701] Gómez Carrillo, E., *El evangelio del Amor*, Madrid, Mundo Latino, 1922.
[702] Gómez Carrillo, E., *La esencia del amor*, Buenos Aires, Op. Tor Co., "Lecturas Selectas", Vol. XXI, 1925.
[703] Acevedo R. L., "Arte y erotismo: las novelas de Enrique Gómez Carrillo" en *La novela centroamericana*, Río Piedras, Editorial Universitaria, 1982, p. 142.
[704] Gómez Carrillo, E., *Marta y hortensia*, París, Garnier Frères, 1908.
[705] Gómez Carrillo, E., *Nuestra Señora de los ojos verdes*, Madrid, El cuento semanal, Año III, nº 144, 01-10-1909.

parte de la obra *Almas y cerebros*, titulada "Historias sentimentales"[706] y el segundo en *Flores de Penitencia*, citada anteriormente.

Nellie Bauzá Echeverría realiza un estudio en profundidad centrado en la obra *Tres novelas inmorales* de Gómez Carrillo, en el cual analiza las tendencias literarias y culturales de la época que nuestro autor recogería en su producción narrativa, los temas tratados, los arquetipos de la literatura finisecular que habrían sido reproducidos, el tratamiento que realiza el autor del erotismo en estas novelas y cuentos, así como las huellas de intertextualidad que Carrillo revelaría en ellas.[707]

En el citado estudio nos basaremos fundamentalmente para realizar una aproximación a la producción narrativa del autor guatemalteco, ya que *Tres novelas inmorales*, junto con *El evangelio del amor*, constituyen lo más representativo de su narrativa.

3.2.5.2. Tendencias artísticas presentes en la narrativa de Enrique Gómez Carrillo

La época que le tocó vivir a Enrique Gómez Carrillo se caracterizaría por la gran confluencia de tendencias culturales existentes. Nuestro cronista, dada su privilegiada posición de habitante de París, ciudad artística y cultural por excelencia, junto con su inagotable interés e inclinación al arte en general, habría estado en contacto directo con todas aquellas corrientes artísticas sobresalientes, las cuales habrían influido su acto de escritura hasta formar un todo definible a modo de mosaico, surgido de la selección de determinados elementos que le resultaran atrayentes de cada una de aquellas escuelas artísticas de entre siglos. Así lo atestigua Bauzá al afirmar: "Como crítico de arte y letras, fue cronista, periodista, cuentista y novelista, transformándose en uno de los testigos de toda la efervescencia artística y cultural de la época".[708] En la misma

[706] Gómez Carrillo, E., "Historias sentimentales" en *Almas y cerebros*, ed. cit.
[707] Bauzá Echeverría, N., *op. cit.*
[708] Id., p. 13.

dirección se pronuncia Acevedo al afirmar respecto a Gómez Carrillo: "el primer novelista a quien podemos identificar con las nuevas corrientes estéticas".[709]

Carrillo, inmerso en los ambientes bohemios, artísticos y culturales del París donde recrea sus historias, hará hablar a sus personajes acerca de temas cercanos al citado ambiente, pues, como afirma Mendoza: "puso en boca de uno de sus personajes novelescos, esta opinión, a manera de juicio: "Lo interesante en el arte es que no sabemos nada de nada, fuera de la inspiración y del sentimiento"".[710]

De las tendencias finiseculares, particularmente la decadentista, la primera de ellas, quizá, adoptada por Carrillo, fuera la de situar las acciones de sus novelas en la capital francesa, ya que entre los artistas esta ciudad sería sinónimo de libertad total en todos los sentidos.

En el análisis realizado por Bauzá, se destaca que las novelas cortas integrantes de *Tres novelas inmorales* tendrían aspectos comunes que posibilitarían el que fueran definidas como "crónicas del sensualismo y del hedonismo caracterizador del llamado *fin de siecle*".[711] Además, presentarían rasgos propios de las corrientes naturalista, modernista, impresionista, simbolista, parnasiana y decadentista.[712] Del mismo modo, destacará esta autora la perspectiva fija del autor, creyente ante todo y sobre todo en el arte por el arte, consecuencia de lo cual, la forma, la belleza estética externa será el objetivo fundamental de estas producciones artísticas.[713] De ahí que la estética sea el fin y lo didáctico no encuentre resquicio por donde penetrar en ellas.

Del naturalismo reflejará Carrillo en sus novelas lo relativo a la influencia de la herencia familiar y genética como medio de explicación o justificación ante ciertos comportamientos, que podrían ser considerados como poco convencionales. Así, a modo de ejemplo, aludiremos al

[709] Acevedo, R. L., "Arte y erotismo: las novelas de Enrique Gómez Carrillo", *op. cit*., pp. 136-148.
[710] Mendoza, J.M., *op. cit*., t. 2, p. 108.
[711] Bauzá Echeverría, N., *op. cit.*, p. 11.
[712] Id., pp. 23-53.
[713] Id., p. 13.

personaje de Liliana en *Del amor del dolor y del vicio*, la cual evoca su desgraciada infancia, tras perder a su madre y ser internada por su padre en un convento.

Se apreciará en las novelas de Gómez Carrillo un rechazo a las exageraciones propias de la escuela romántica en un acercamiento hacia lo preconizado por naturalistas y decadentistas, en cuanto a análisis de conflictos humanos entre razón y sentimientos, entre cuerpo y alma, entre diferentes opciones sexuales, todo ello ambientado en la sociedad parisiense de fin de siglo.[714]

Constituiría una base común a los modernistas sus características y preferencias cosmopolitas así como su búsqueda de refugio en el exotismo y los paraísos lejanos o artificiales. Este hecho sería en cierto modo el causante del reproche que sus compatriotas hicieran a los Hispanoamericanos en términos de desarraigo de la patria, reproche que no fue desconocido para Gómez Carrillo. Siguiendo con el modernismo, su estilo de prosa elaborada, tan trabajado y tan característico en Gómez Carrillo, se halla en sus novelas, las cuales se enriquecen con detalladas descripciones, se observa la valoración de la traducción de los efectos cromáticos, la elegancia artística, el vocabulario exquisito y preciso hermoseado por cultismos, arcaísmos, extranjerismos o neologismos, así como asociaciones o correspondencias simbólicas.[715]

En lo referente al exotismo, encuentra Bauzá conexiones entre las novelas cortas carrillistas y una novedosa tendencia artística de la época, el Art Nouveau, el cual se define como "arte de decoración exótica con preferencia hacia lo oriental",[716] para proseguir concretando: "predominan las líneas curvas y la sensualidad de las formas"[717] y "es un arte de desnudos, de provocación erótica y en su forma es un arte muy sensual".[718] Estos aspectos se harían palpables en las novelas de Carrillo en cuanto a la

[714] Id., p. 19.
[715] Id., p. 25.
[716] Id., p. 34.
[717] Id., p. 35.
[718] Id., p. 36.

presencia en ellas del erotismo así como del desnudo fundamentalmente femenino.

De los parnasianos seleccionaría nuestro autor la intencionalidad innovadora plasmada en el gusto en pulir y elaborar la prosa hasta hacer de ella un producto de arte totalmente perfecto. El propio Carrillo habría confesado este aspecto como uno de los que más importantes consideraba en su crónica "El arte de trabajar la prosa artística".[719] Añadir el refinamiento y gusto concedido por Carrillo en su prosa a la descripción de las tonalidades, de las luces y las sombras, del matiz cromático exacto. En este aspecto, señala Bauzá otro punto de conexión común a los parnasianos y a los modernistas, pues ambos disfrutarían de "sensibilidad visual que atribuye a lo cromático un valor simbólico".[720]

Destaca igualmente esta autora el encuentro entre modernismo y parnasianismo en: "la devoción por la belleza plástica, la abundancia de expresiones sensuales exóticas y la búsqueda de la forma impecable".[721]

Gómez Carrillo habría asistido a las exposiciones impresionistas en los Salones en París, y habría conocido ya la escuela impresionista cuando ésta se hallaba en su apogeo, disfrutando de reconocimiento, lejos ya aquel apelativo despectivo de *impresionismo*. La filosofía de la pintura impresionista, en cuanto a plasmar la realidad, sería equiparable a la técnica carrillista en lo literario: "En literatura surge como búsqueda de una escritura que busca vincular una realidad fluyente con una visión subjetiva".[722] Esto es, los escritores pretenden hacer llegar la realidad que observan a sus lectores mediante el tamiz de sus sensaciones o impresiones. Así pues, podemos afirmar que las *Tres novelas inmorales* y otros relatos de Carrillo ofrecen plenamente las sensaciones de Carrillo acerca de la bohemia artística parisiense imperante en *la Belle Époque*.

[719] Gómez Carrillo, E., "El arte de trabajar la prosa artística" en *El modernismo,* ed. cit., pp. 300-317.
[720] Bauzá Echeverría, N., *op. cit*. p. 32.
[721] Id., p. 30.
[722] Id., p. 33.

Utilizará Bauzá concretamente la expresión de "cuadros impresionistas" aplicada a la obra *Bohemia sentimental* de Carrillo, basándose en la afirmación del propio autor respecto a sus intenciones de captar en esta novela su bohemia y su París.[723] Llega a ser aún más explícita cuando afirma:

> El arte impresionista estaba hecho de brochazos y de la misma manera Gómez Carrillo escribe una trilogía novelística basándose en la técnica de pinceladas esporádicas sobre el ambiente parisino. El lector de las mismas debe construir mentalmente la escena.[724]

Cierta herencia simbolista se deja entrever, del mismo modo, en las novelas cortas de Gómez Carrillo. El simbolismo prefiere la inexactitud de la sugerencia, frente a la palabra justa pondera la sugerencia, el rodeo, el símbolo. Concreta Bauzá, en cuanto a la huella simbolista en *Tres novelas inmorales,* en las inclinaciones del autor hacia: "lo raro, lo artificial, lo voluptuoso. […] El escritor simbolista actúa motivado por la intuición y los sentimientos como ocurre en las *Tres novelas inmorales* donde aparece la lucha constante entre la razón y la pasión".[725]

Del decadentismo extraerá Carrillo su inconformismo social, la búsqueda de temas artificiales, la complejidad y el hastío. Se delimitan los perfiles de los protagonistas decadentes en función de su sexo: el héroe decadente es un ser complejo, inadaptado, insatisfecho, inconformista, el cual para huir del hastío que lo invade busca el placer supremo en la realidad o en la alucinación, mientras que la mujer sería el prototipo de la *femme fatale*, bella, sensual, morbosa a la vez que perversa, cruel, fría, calculadora, destructiva, diabólicamente egoísta en definitiva, mujer-tentación.[726] Efectivamente, estos héroes viven en las novelas cortas de Gómez Carrillo. Y lo artificial se hace presente allí en los triángulos amorosos en los que se ven atrapados dichos protagonistas, triángulo que

[723] Id., p. 115.
[724] Id., 116.
[725] Id., p. 39.
[726] Olivares, J., "La recepción del decadentismo en Hispanoamérica", *Hispanic Review*, 48, 1980, pp. 57-76.

se convierte en el emplazamiento donde tendrá lugar el duro combate entre razón y pasión.

Carrillo integra en su narrativa la presencia de algunas de las figuras propias de la literatura de finales del XIX, figuras que Hinterhaüser habría analizado,[727] reduciéndolas a cinco, tres de las cuales estarán en las novela carrillista, concretamente la *femme fatale* a la que aludíamos anteriormente, su opuesto, la *femme fragile* y otra figura caracterizada por el equívoco entre sexos, el andrógino, personaje éste último, de igual modo presente en los autores que le influyeran o con quienes mantuviera contacto, Huysmans y Wilde.[728] Ejemplos de *femme fatale* en las novelas y cuentos de Carrillo serán Ofelia en *Maravillas*, quien utilizará todas las argucias para hacerse con el amor de Eugenio, amante de Luisa; Margarita del Campo quien, además de rentabilizar todos sus encantos femeninos para conseguir a los hombres que desea, se insinúa a Liliana, induciéndola a una relación lésbica, en *Del amor, del dolor y del vicio;* o Marta de San Lys, quien con métodos calculados, intenta seducir a su amiga en *Marta y Hortensia*. Será éste un arquetipo que abunde en las novelas y cuentos del autor guatemalteco.

El andrógino servirá a Carrillo como medio para introducir sus ideas antiburguesas así como para experimentar con lo raro, lo diferente, lo poco convencional, según las normas de la burguesía anteriormente aludida. Este ser indefinido será uno de los protagonistas de la novela corta de Gómez Carrillo *El beso maldito,* inspirado en aquel episodio que marcara el final de sus memorias, y se vislumbrará en *Maravillas* cuando una bailarina llamada Noemí deba disfrazarse de paje por exigencias de la obra.

En cuanto a la *femme fragile*, está también presente en este tipo de novela y en el cuento carrillista. Esta figura literaria correspondería al contrario de la mujer malvada, la mujer en tanto que sinónimo de traición o de peligro encarnada por la *femme fatale*. Sería una mujer inocente,

[727] Hinterhaüser, H., *Fin de siglo, figuras y mitos*, Madrid, Taurus, 1980.
[728] Bauzá Echeverría, N., *op. cit*., p. 140.

sensible, ideal, sumisa al hombre del cual es devota y al cual inspira amor sublime. Esta figura la sitúa Bauzá, en cuanto a lo literario, en el surgir de la pintura prerrafaelita que se inclinaba por un modelo de mujer detentadora de los valores de pureza y la inocencia, representando el ideal del amor espiritual y místico.[729] De este tipo es Luisa, la joven protagonista de *Maravillas,* junto con la protagonista del cuento *El regreso fatal.*[730]

Al igual que sentiría las influencias de las tendencias culturales, nuestro escritor acumularía la experiencia de otros autores muy representativos de la época o de épocas anteriores. Resalta Bauzá, entre los escritores que más influyeron en la novelística de Carrillo a aquellos, que por otro lado, habrían formado parte de las crónicas-entrevistas realizadas por nuestro autor, y que serían:

> Anatole France con su escepticismo ironía y prosa elegante; el decadente Gabriel D'Annunzio, con su sensualidad e individualismo; Maurice Barrès, con su "culto al yo"; Gustave Flaubert, con su desprecio de la burguesía, su aristocratismo intelectual y su doctrina del arte por el arte.[731]

Aún más directamente será señalado como inspirador de Gómez Carrillo, Karl Joris Huysmans y su obra *À rebours*, cuyo protagonista, Des Esseintes, es un personaje producto final de la decadencia de una larga saga familiar. Este protagonista sería equiparable al héroe de otro gran escritor, que fuera amigo de Carrillo, Dorian Gray, del irlandés Oscar Wilde.[732]

Por otro lado, referir que de la obra de Maurice Barrès de *Du Sang, de la Volupté et de la Mort*, tomará Carrillo la inspiración para el título de la primera novela integrante de *Tres novelas inmorales*.[733]

Destacará igualmente la influencia en Gómez Carrillo del exotismo proveniente de los admirados maestros Goncourt y Loti.[734] Como ya

[729] Id., pp. 149-150.
[730] Gómez Carrillo, E., "El regreso fatal" en *Almas y cerebros*, ed. cit.
[731] Bauzá Echeverría, N., *op. cit.*, p. 17.
[732] Id., p. 38.
[733] Id., p. 96.
[734] Id., p. 31.

habíamos señalado, la comparación del autor guatemalteco con Loti, para su orgullo y satisfacción, vendría de manos de Rubén Darío, el cual diría:

> Con sus libros de viajes, a Gómez Carrillo le hicieron considerar como el Loti castellano, pues aparecieron en él dones de penetración, afinidades filosóficas, calma y serenidad, además de sus condiciones de paisajista y descriptor, dueño de una rica paleta, y siempre vibrante ante el espectáculo artístico o la figura sugestiva.[735]

Dado el apego de Carrillo por el mundo artístico, los ambientes bohemios de Montmartre y su contacto directo con el mundo del espectáculo en París, Bauzá encuentra en él influencias incluso de la obra del artista y cartelista francés Toulouse Lautrec constatables en las novelas cortas de Carrillo.[736]

Tres novelas inmorales ha sido clasificada como una obra decadente. No obstante, señala Bauzá, sería más acertado calificarlas de novelas de la decadencia pues "en ellas el escritor describe la historia del decadentismo insistiendo en lo ilusorio, lo imposible y sobre todo, en la insatisfacción decadentista".[737]

3.2.5.3. Temáticas y personajes

El erotismo es uno de los temas omnipresentes en *Tres novelas inmorales* así como en la mayor parte de los relatos de Gómez Carrillo. Lo desinhibido en las relaciones íntimas entre las parejas, la homosexualidad y el lesbianismo, lo artificial, lo raro, lo diferente, lo exótico, lo alejado de la normalidad, se hallaba en el ambiente y en lo literario. Autores como Wilde o Verlaine, y personajes como Des Esseintes serían otros representantes contemporáneos de Carrillo que trataron el sentimiento de atracción por lo hermafrodita.

[735] Mendoza, J.M., *op. cit.*
[736] Bauzá Echeverría, N., *op. cit.*, p. 37.
[737] Id., p. 30.

En la época, el erotismo se convirtió en objetivo fundamental tanto de las artes plásticas como del Art Nouveau, preponderando las formas voluptuosas, las curvas, las redondeces, lo sensual en definitiva.[738] La literatura de finales del siglo XIX también lo adoptaría como tema de referencia constante.

Por otro lado, el rechazo de las normas burguesas fue siempre una constante en la vida de Carrillo, proclamando la libertad siempre por encima de cualquier moral impuesta, y este principio vital del autor guatemalteco será una línea a seguir por los personajes en sus novelas.[739]

Gómez Carrillo tratará abiertamente el tema sexual, tanto en la óptica heterosexual como en la homosexual y lésbica. Este tema, que sería catalogado como inmoral por la sociedad burguesa de la época, no lo es en la filosofía de Carrillo, quien afirmaría ver en la unión amorosa y carnal en general, nada más que la naturalidad de la "comunión de los sexos",[740] como resaltará Bauzá. Sin embargo, esto no es óbice para que, con este gesto, Gómez Carrillo transgrediera un tema tabú entre sus contemporáneos.

En *Tres novelas inmorales*, el erotismo es un gran protagonista, unido al rol que Carrillo asigna a las mujeres, el cual distaría mucho del desempeñado en el ámbito privado, burgués y honesto que sería el apropiado en lo femenino. Muy al contrario, el papel de sus heroínas es activo, y por supuesto, lejos de las paredes de un hogar conyugal o familiar al uso. Explicita Bauzá el protagonismo femenino en las novelas de Carrillo: "el rol femenino se invierte al grado de que las mujeres asumen una actitud agresiva respecto al hombre que queda relegado a una posición pasiva de mero facilitador".[741] El concepto de amor queda invertido igualmente, pasando de lo virtuoso y desprendido a lo hedonista y sensual.[742] Hasta el punto de que desaparecería el citado concepto ante la

[738] Id., 92.
[739] Id., p. 131.
[740] Id., p. 17.
[741] Id., p. 95.
[742] *Ibid.*

irrupción de otro que constituiría, del mismo modo, un elemento unificador en las narraciones de *Tres novelas inmorales*: el sexo y/o diferentes prácticas sexuales: "el lector encontrará, incorporados a la trama, el tema del homosexualismo, el sadismo, masoquismo, bestialismo, narcisismo, incesto y otros muy afines", enumera Bauzá.[743]

En *Del amor, del dolor y del vicio,* el tema central es la iniciación sexual de Liliana en el mundo de la bohemia artística de París, cuando, tras la muerte de su anciano marido, decide abandonar la vida honesta pero desperdiciada que habría llevado hasta el momento para dedicarse, en un intento de recuperar el tiempo perdido, al placer hedonista y sexual. Así, toma como amante al secretario de su marido, después lo abandona por otros diferentes amantes, posteriormente una relación lésbica se insinúa, para finalizar en un deseo que desequilibra y enloquece a su poseedora, abocándola a una insatisfacción total y al abandono del frenesí promiscuo en pos de la recuperación del verdadero amor primero.

Bohemia sentimental nos presenta a una actriz cuyo nombre artístico es Violeta de Parma, amante de René Durán, hombre rico y propietario de un teatro, quien desea ser reconocido como escritor y para ello, dado su escaso estilo, paga a escritores por sus obras que luego firmará como propias. Luciano venderá con repugnancia el fruto de su genio a René como único y postrer medio de poder subsistir. Violeta, mujer de pasado borrascoso y desgraciado en su intento por alcanzar el objetivo de convertirse en gran actriz, se enamorará de Luciano, el artista pobre, por quien abandonará la vida acomodada que llevaba junto al empresario que satisfacía sus necesidades pero a quien no amaba.

Maravillas relata la historia de una joven bailarina llamada Luisa, la cual ingresa en el teatro para representar un número junto a su amiga Noemí. Luisa caerá en brazos de Eugenio, empleado de una tienda, quien la abandonará por Ofelia, mujer de mala reputación que se dedicaba a cantar canciones obscenas. La figura del payaso Rip-Rip pondrá la nota de

[743] Id., p. 96.

cordura y humanidad en el escenario del desencanto y la traición, cuando, enamorado de Luisa, se convierta en su apoyo ante la traición de Eugenio.

Ciertas temáticas serán reiterativas en la narrativa Carrillista, no sólo en sus novelas cortas sino también en sus cuentos. Sirvan como ejemplo el tema de las relaciones lésbicas tratado en *Bohemia sentimental* y en el cuento *Marta y Hortensia*[744] o el de las dificultades de los nuevos literatos para hacer publicar su obra en París, y llegar a ser reconocidos por su arte, tema presente igualmente en *Bohemia sentimental* y en el cuento *La cabellera de Cleopatra.*[745]

3.2.5.4. Intertextualidad en la narrativa de Enrique Gómez Carrillo

Enrique Gómez Carrillo evidencia en sus escritos del profundo conocimiento de la literatura en particular y del arte en general que detentaba, siendo conocida su erudición en cuanto a lo literario en especial, y no sólo circunscrita a los temas europeos, pues sería notorio igualmente su conocimiento de otras literaturas, como por ejemplo la literatura oriental, concretamente la japonesa para ser más exactos.[746]

Tanto su erudición como su proximidad y dominio del mundo artístico contemporáneo no dejaron pasar la ocasión de hacerse presentes en las novelas, relatos cortos y cuentos que escribió. Así, la figura del escultor francés Rodin será la primera que aparezca en uno de ellas, en *Del amor, del dolor y del vicio*, pues en el prefacio de ésta apela a la escultura *Las puertas del infierno* de este artista para defenderse de las acusaciones de ir contra la moral que cosecharon sus *Tres novelas inmorales*,[747] dado que, según argumenta nuestro escritor, la citada obra escultórica representaría todas las formas de la pasión humana, y no por ello se las consideraban inmorales. En esta parte introductoria, citará igualmente a

[744] Gómez Carrillo, E., *Marta y Hortensia*, ed. cit.
[745] Gómez Carrillo, E., "La cabellera de Cleopatra" en *Almas y cerebros*, ed. cit.
[746] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*, ed. cit.
[747] Bauzá Echeverría, N., *op. cit.*, pp. 57-58, o Gómez Carrillo, E., *Del Dolor del amor y del vicio*, París Librería americana, 1913. p. vii.

Zola, d'Aurevilly, Mendès, los Goncourt o Maupassant para seguir su defensa contra los que le acusaban de inmoralidad, calificando su obra de tímida enfrentada a las obras de los anteriores autores, queriendo clarificar que era el suyo un erotismo menos explícito y abierto que el practicado por los grandes escritores franceses consagrados.[748]

Ya de lleno en la intriga de las novelas, Carrillo incluye a los nombres de los grandes literatos, de diferentes etapas de la historia francesa, todos ellos por él admirados. Muchos de ellos, fueron conocidos suyos. En ellas surgirán los nombres de Flaubert, France, D'Annunzio, Mendès,…[749] También dejarán sentir su influencia, aunque no sean citados explícitamente Sade,[750] Zola, Dumas, Barrés, Masoch.[751] En referencia a este último, comentar que el personaje de *Bohemia sentimental* se inflinge heridas, para evitar el deseo carnal y en *Maravillas*, Luisa al apresurarse por despojarse de sus ropas, se pincha con alguno de sus broches, y su amante saborea la sangre que brotaría de las pequeñas heridas.

Se puede establecer la comparación directa entre personajes carrillistas, y el personaje de Hyusmans de *À rebours*, Des Esseintes, obra que Carrillo admiraba el breviario de la decadencia y héroe que representaba esta tendencia al ser un personaje inadaptado que busca dar sentido a su vida creando su propio universo ajeno a reglas morales preestablecidas y con el objetivo único de obtener su placer personal.

[748] Bauzá Echeverría, N., *op. cit.*, p. 58.
[749] Id., pp. 60-61.
[750] Donatian Alphonse François de Sade, más conocido como Marqués de Sade (1740-1814), escritor y filósofo francés. En sus relatos sobresale un erotismo exacerbado en el que se pregona como objetivo fundamental y único, la consecución del placer personal sin que existan ningún tipo de frenos o leyes que los gobiernen. Por la presencia de la violencia en sus descripciones de encuentros sexuales, su nombre dio lugar a la palabra sadismo en tanto que comportamientos violentos en las relaciones sexuales.
[751] Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895), escritor austriaco apreciado en la época por su obra consagrada a la vida y costumbres de las regiones del Imperio Austrohúngaro. La publicación de su novela La Venus de las pieles, en la que describía las inclinaciones sexuales patológicas de sus protagonistas tendentes a obtener placer mediante vejaciones y humillaciones síquicas y físicas, hizo que su nombre diera lugar al vocablo masoquismo, como sinónimo de la unión del dolor y el placer en las relaciones sexuales.

Del mismo modo, se alude a Dickens con motivo de describir el ambiente de soledad opresiva de las mansiones de ensueño habitadas por los héroes visionarios.[752]

En *Maravillas* se hará presente Murger al existir referencias a los personajes que poblarían sus *Escenas de la vida de bohemia.*[753]

En esta misma novela, descubre Bauzá paralelismos con dos obras de Shakespeare en la composición de las escenas de Carrillo, concretamente a *Hamlet* en cuanto al teatro dentro del teatro y a *Macbeth*, por la temática de los celos y las envidias.[754] Los paralelismos con autores no franceses no quedan aquí en cuanto a estas novelas cortas de Gómez Carrillo, sino que señala esta autora que existiría otro rasgo que aproximaría al guatemalteco hacia consagrados autores en castellano: "destacar la presencia de un "misticismo carnal" que parece análogo al que expresa en las *Sonatas* de Valle Inclán y en poemas como "Carne Celeste" de Rubén Darío".[755]

Las alusiones pictóricas resultan igualmente frecuentes en las novelas y cuentos, figurando en las líneas escritas por Carrillo, entre otros, los representantes del prerrafaelismo de la época Dante Gabriel Rossetti o Burne-Jones, o el rococó del XVIII aludido en la figura del pintor francés Watteau, los representantes del renacimiento italiano del siglo XV, Botticelli y Ghirlandaio o el español Goya.[756]

3.2.5.5. *El evangelio del amor*

El evangelio del amor es una novela de temática amorosa, religiosa e histórica, ambientada en el siglo XIV, en el imperio bizantino, concretamente en el monte Athos. Su protagonista es un joven anacoreta

[752] Id., p. 73.
[753] Id., p. 75.
[754] Id., pp. 77-80.
[755] Id., p. 81.
[756] Id., p. 59.

Teófilo Constantino, que se debatirá entre las inclinaciones espirituales y las carnales. Viviendo en principio en un monasterio, recibe la voz de Dios que lo anima a vivir de nuevo entre los hombres, por lo cual abandona su vida de retiro. Teófilo contraerá matrimonio con Eudoxia, rica, joven, bella y honesta mujer que lo ama tiernamente y a quien él corresponde, siempre dividido entre lo carnal y lo espiritual. Mas su corazón no abandonará nunca su amor al Creador y deseará volver a su antiguo monasterio y predicar un evangelio basado única y exclusivamente en el amor, despojado de ritos, de preceptos, de cualquier otro adorno que no sea el amor, pues, como afirma Martínez Cachero, "llega a la conclusión firme y segura de que el mensaje amoroso de Jesús fue torcidamente entendido y expuesto a los fieles cristianos por unos eclesiásticos cuyos mandatos sobre el particular son falsos y absurdos".[757] Así pues, Teófilo se propondría una reformulación del cristianismo totalmente contraria a lo que estaría establecido, en lo que vería "una especie de locura tétrica, misógina y misántropa".[758]

Los emisarios de su esposa lo encontrarán muerto habiendo sido lapidado por sus antiguos compañeros de retiro, lo cual deja un gusto amargo en cuanto a la concepción del amor y de la religión en los hombres, incluidos los hombres consagrados a esa religión que predicaría el amor sobre todas las cosas.

En esta obra, el tema del erotismo sigue apareciendo, pues los encuentros íntimos entre los esposos obtienen de Gómez Carrillo una descripción pausada, detallada y poética. No obstante, en esta obra, ambos protagonistas son virtuosos y las relaciones sexuales son tratadas casi dentro de la normativa burguesa, a no ser por el rol activo que Eudoxia ejerce en cuanto a petición de contactos con Teófilo, mientras que éste adopta un papel más pasivo. Por ello, en esta novela, el tema fundamental sería la interpretación de la religión en términos absolutos de amor, desnuda de cualquier otro ingrediente que velara el principal, así como la

[757] Gómez Carrillo, E., *El evangelio del amor*, ed. cit., pp. 43-44.
[758] Id., p. 44.

no aceptación de esta verdad suprema en el mundo mezquino de los hombres.

En esta novela, Gómez Carrillo sigue haciendo gala de su prosa poética, refinada, trabajada, enriquecida con matices cromáticos, con profusión de adjetivos, con toques de exotismo, además de exposiciones eruditas que Martínez Cachero califica de "carga culturalista de citas, menciones e historias librescas".[759]

Realizaremos la conexión de esta novela con los cuentos aparecidos en la obra *Flores de Penitencia*, en la que se encuentran reunidos relatos cuyo denominador común sería la temática de la religión o las religiones, en varias de ellas representadas por la novelación de la biografía de santos anacoretas, alejados de las tentaciones del mundo, en un intento de llegar a Dios mediante el camino de la soledad, la privación, la penitencia y el olvido absoluto de sí mismo, incluyendo los sacrificios de todo tipo, incluidos los de acercamiento al ser supremo mediante la mortificación del cuerpo. El estilo de Gómez Carrillo al que aludíamos en el párrafo anterior, sigue siendo de aplicación a estos relatos recogidos en *Flores de Penitencia*.

3.2.5.6. Recepción de la narrativa carrillista en su época

Ante las críticas negativas recibidas por las novelas de Carrillo en su época, por considerarlas inmorales, Ory apela al juicio emitido por la crítica acerca de estas obras, enfocando el tema hacia su calidad literaria y al contenido de las mismas. Llevará Ory a cabo esta defensa de la obra de Carrillo, mediante la estrategia de la pregunta retórica:

> ¿Serán efectivamente inmorales aquellas sus primeras novelas *Maravillas, Del Amor, del dolor y del vicio*? ¿Serán efectivamente inmorales aquellas dos obras que aplaudió la crítica con palabras de elogio más calurosas, con el más vivo entusiasmo? ¿Serán inmorales aquellas páginas plenas de

[759] *Ibid.*

> juventud vívida, por donde pasan, como ráfagas, Luisa y el clown, Carlos y Liliana?[760]

Cita Ory la opinión de otros dos autores al respecto, en los que se pondría de manifiesto, por un lado, la inmoralidad existente en la sociedad, de la cual se haría eco la literatura en tanto que reflejo de las costumbres humanas de la época, y, por otro lado, la relatividad del concepto *inmoral*, realizando así unas reflexiones de corte sociocrítico:

> Si la sociedad es inmoral, el arte, al describirla, ha de ser inmoral forzosamente" dice un crítico joven y erudito: Andrés González Blanco. Y por su parte, dice también otro distinguido escritor, Felipe Sassone: "la moralidad de un libro depende casi siempre de la moralidad de sus lectores.[761]

El propio Ory se refiere al carácter de pintura de la realidad que detentaría la narrativa carrillista, y por ello, la exime del veredicto de culpabilidad por inmoralidad gratuita, pues afirma: "Las novelas de Gómez Carrillo puede decirse que han sido arrancadas de la realidad, y si en la realidad hay vicio, en las novelas tiene que haberlo naturalmente".[762]

Mas no todo serían censuras y críticas negativas para la obra novelística de Gómez Carrillo, pues como señala Ory, "Una de las novelas más celebradas de Gómez Carrillo –y acaso la más leída- es *Bohemia Sentimental*. En ella demuestra más que en ninguna otra su especial cualidad de observador".[763]

Tristes Idilios[764] es una colección de cuentos que también pertenecen a la primera serie de obras de Gómez Carrillo. Asimilará Ory la personalidad de Carrillo a lo vertido en esta obra y concluirá: "En *Tristes Idilios* se muestra más transparente que en ningún otro libro suyo el alma

[760] De Ory, E., *op. cit.*, p. 12.
[761] Id., p. 13.
[762] *Ibid.*
[763] *Ibid.*
[764] Gómez Carrillo, E., *Tristes idilios*, Barcelona, Librería Española, Colección Diamante, nº 68, Editor Antonio López Robert, 1900.

sensible y excesivamente pasional de Carrillo, que a juzgar por estos sus himnos a Eros, sabe mucho de cosas de amor y de caricias de llamas".[765]

En *Sensaciones de París y Madrid*, el propio Carrillo hace referencia a la publicación de elogios hacia sus novelas, cuya trama se ambienta en París y en Montmartre, llegando estas opiniones a considerar a nuestro autor como el más montmartrés de los parisinos. Las alabanzas se publican en el *Mercure de France*, donde se dirá de Carrillo que:

> […] es un especialista del parisienismo: vive en París, adora a París; casi todos sus libros son relativos a París. Su preciosa novela *Bohemia Sentimental* se desarrolla en Montmarte y el Panteón. *Del amor, del dolor y del vicio* va del barrio Marboeuf a Billancourt: […] con *Maravillas* henos aquí en el music-hall del faubourg Montmartre.[766]

Unas palabras de Galdós serían adecuadas para definir la presencia del autor guatemalteco en sus propias novelas y cuentos, en la construcción de sus personajes y sus problemáticas, así como de las temáticas allí tratadas: "Para Gómez Carrillo la vida no es un valle de lágrimas, sino un hervidero de goces, dolores, contiendas e ideas contrapuestas, que se pelean como las sonoras tempestades de que nos habla el poeta latino".[767]

Otras palabras de Mendoza serán igualmente aptas para referirnos a características personales de Carrillo como parte integrante de sus novelas en las que la temática amorosa, sexual y desinhibida estaría muy presente, palabras en las que, al comparar al guatemalteco con grandes nombres de la literatura europea, denotan la admiración que por él experimentaba: "Como Goethe, Enrique creía que la vida es amar, reír y beber"[768] o "Como Stendhal, Enrique necesitaba amar siempre; amar frecuentemente, hasta topar con el extremo del abuso".[769]

[765] De Ory, E., *op. cit.*, pp. 14-15.
[766] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit.
[767] Mendoza, J.M., *op. cit*., t. 2, p. 226.
[768] Id., p. 236.
[769] Id., p. 237.

3.2.6. Traducciones

3.2.6.1. Traducciones de la obra de Enrique Gómez Carrillo

Gómez Carrillo no escribió prácticamente en francés, lo cual vendría avalado por declaraciones del propio autor. En una carta escrita tras la publicación en 1915 de *Campos de Batalla, Campos de Ruinas* y dirigida a Julio Cejador y Frauca revela no haber aceptado una colaboración en el periódico *Matin* debido a esta limitación idiomática de la que era plenamente consciente y que así la confiesa:"si yo no la he aceptado es porque soy incapaz de escribir veinte líneas en francés".[770] A lo cual añadirá la justificación correspondiente: "La razón es que tengo la coraza castellana que me defiende siempre contra los ataques de los extranjeros. Cuando cometo un galicismo es por ignorancia, no por coquetería".[771]

Sin embargo otros testimonios evidencian que, si no lo hizo asiduamente, Gómez Carrillo escribió en francés algunas crónicas, como señala Pitollet: "dominait admirablement notre langue, en conque si sa façon d'écrire ne fût pas parfaite, raison pour laquelle il faisait revoir par divers amis ses écrits français".[772] En apoyo de esta producción en francés del cronista guatemalteco vendrían sus escritos en la rúbrica de "Lettres Espagnoles" en el *Mercure de France*, firmados por él entre noviembre de 1903 y mayo de 1907, crónicas que fueron publicadas en francés, sin que existan indicios de que nadie las tradujera, según deduce Ulner.[773]

Enrique Gómez Carrillo declaraba en el primer libro de su autobiografía conocer el idioma francés gracias a los orígenes belgas de su madre.[774] No obstante, Enrique Gómez Carrillo confesaría no sentirse capaz de escribir en francés, lo cual es igualmente referido por algunos personajes contemporáneos que le conocieron y admiraron, así como por

[770] Cejador y Frauca, J., *Historia de la lengua y literatura castellana*, t. X, Madrid, Tip. De la Rev. De Arch., bibl., y museos, 1919, p. 265.
[771] *Ibid.*
[772] Pitollet, C., *Gloses*, *op. cit.*, p. 182.
[773] Ulner, A., *op. cit*., p. 40-41.
[774] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit.

estudios posteriores realizados sobre su figura y obra.[775] Por tanto, Gómez Carrillo, no ejerció de traductor desde su lengua materna a la francesa, siendo otros los que se ocuparan de traducir los escritos de Gómez Carrillo al francés. Barthez fundamentalmente, junto con otros traductores como Gabriel Ledos, Champeaux, Georges Philéas Lebesgue, o Montoya fueron los que tradujeron gran número de las obras carrillistas a la lengua francesa.[776]

No obstante, existen varias referencias que indican que, si bien Gómez Carrillo no se expresó de forma habitual en francés en sus trabajos escritos, sí que redactó alguna obra y ciertos artículos directamente en su lengua de adopción. Sería el caso de una obra publicada en París en 1910, *Le monument du Général San Martín. Son origine, son importance, sa réalisation.*[777] Este texto se hallaría encuadrado en los de propaganda política, los cuales publicaba Carrillo de vez en cuando, con la finalidad de procurarse las bendiciones de los representantes de las fuerzas políticas imperantes, con los que se hallaba en buenas relaciones en los países de Hispoanoamérica. Del mismo tono sería el folleto titulado *Le Message du Président M. Estrada Cabrera,*[778] folleto que el propio Carrillo habría gestionado para que se publicara en Francia y que contendría la traducción al francés de un discurso del presidente guatemalteco.[779] Incluso se apunta la posibilidad de que no fuera el autor guatemalteco el que realizara dichas traducciones, en base a los rumores que apuntaban hacia "su incompetencia para escribir en francés".[780]

En el caso de artículos o crónicas citaremos uno titulado *Georges Marguet*, publicado en 1919 en la revista *Cosmópolis*, el cual afirma

[775] Mendoza, J.M., *op. cit.*
[776] González Martel, J.M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, Guatemala, Colección Biblioteca Guatemala, 2000, pp. 82-87.
[777] Id., p. 85.
[778] Gómez Carrillo, E., *Le Message du Président M. Estrada Cabrera*, París, 1908.
[779] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 91.
[780] Véase prólogo de González Alcantud. J. A., a la obra de Gómez Carrillo *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 20.

González Martel, fue originalmente redactado en francés, pues había ya aparecido anteriormente en otra publicación periódica francesa.[781]

Títulos como *L'âme japonaise,*[782] aparecida en 1906, *Terres lointaines,*[783] de 1907, *Langueurs d'Alger*[784] de 1908 y del año siguiente *La Grèce eternelle,*[785] *Le sourire du Sphinx; sensations d'Egypte,*[786] publicado en 1918, o *Jérusalem ou la Terre Sainte,*[787], publicada en 1912, en posterior reedición titulada *Pèlerinage passionné; Jérusalem et la Terre Sainte,*[788] de 1923, *Fès ou les nostalgies andalouses,*[789] de 1927 constituirían la mayor parte de la obra de viajes carrillista traducida al francés.

Las publicaciones de Gómez Carrillo de temática bélica, es decir, las que recopilaban sus crónicas sobre la primera Guerra Mundial, fueron objeto igualmente de traducciones al francés. Así nacieron títulos *como Parmi les Ruines. De la Marne au Grand Couronné,*[790] *Le sourire sous la mitraille*[791] o *Au coeur de la tragédie sur le front anglais.*[792] En estas obras, Gómez Carrillo ensalzaba los valores y méritos del ejército francés en defensa de la patria y de la libertad, posicionamiento francófilo[793] que le valió ser distinguido con la Legión de Honor francesa. De igual modo, su

[781] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 87.
[782] Gómez Carrillo, E., *L'âme japonaise*, Traduction de l'espagnol par Ch. Barthez, París. Bibliothèque Internationale d'Édition, E. Sansot et Cie, Éditeurs, s. a., 1906.
[783] Gómez Carrillo, E., *Terres lointaines. Sensations d'Égypte, Céylan, La Chine et le Japon*, Traduction de Ch. Barthez, París, Garnier Frères, 1907.
[784] Gómez Carrillo, E., *Langueurs d'Alger*, Traduction de Ch. Barthez, París, Petite Collection *Scripta Brevia*, Sansot et Cie, R. Chiberre, s. a., 1908.
[785] Gómez Carrillo, E., *La Grèce eternelle*, Traduction de Ch. Barthez, París, Édition Perrin et Cie., s.a., 1909.
[786] Gómez Carrillo, E., *Le sourire du Sphinx. Sensations d'Égypte*, Traduction de Jacques Chaumié, Paris, Bibliothèque Charpentier, Eugène Fasquelle Editeurs, 1918.
[787] Gómez Carrillo, E., *Jérusalem ou la Terre Sainte*, París, Garnier Frères, 1912.
[788] Gómez Carrillo, E., *Pèlerinage passionné, Jérusalem ou la Terre Sainte,* Traduction et préface de Albert Golget, Paris, Louis Michaud, s.a., 1923.
[789] Gómez Carrillo, E., *Fès ou les nostalgies andalouses*, Traduction de Ch. Barthez, Paris, Librairie Charpentier et Fasquelle Éditeur, 1927.
[790] Gómez Carrillo, E., *Parmi les Ruines. De la Marne au Grand Couronné,* Traduction de J. N. Champeaux, Librairie Militaire, Paris-Nancy, Imprimerie Berger-Levrault, 1915.
[791] Gómez Carrillo, E., *Le sourire sous la mitraille*, Traduction de E. Gabriel Ledos, Paris, Nancy, Berger-Levrault, 1916.
[792] Gómez Carrillo, E., *Au coeur de la tragédie sur le front anglais*, Traduction de E. Gabriel Ledos, Paris, Nancy, Berger-Levrault, 1917.
[793] Kronik, John W., "Enrique Gómez Carrillo, Francophile Propagandist", en *Symposium.* Siracusa Univerty Press, 1967, Vol. XXI, pp. 50-60.

labor literaria en la primera contienda mundial le hizo merecedor de otra distinción, el premio Montyon. De ambas distinciones ya hemos hablado anteriormente.

Algunas de las novelas escritas por Gómez Carrillo fueron igualmente traducidas al francés, como por ejemplo, la considerada de mayor calidad, *L'évangile de l'amour,*[794] la cual interesó en mayor medida al público francés que al castellano hablante, pues superó la traducción las diez ediciones mientras que la versión en español no pasaba de la cuarta.[795]

Ciertas partes de otras obras se tradujeron al francés para ser publicadas de manera independiente. Es el caso de *Les âmes qui chantent,*[796] dedicado a la famosa cupletista española que fuera su segunda *esposa,* Raquel Meller, que sería la traducción del capítulo *Cantadoras imaginarias*[797] enmarcado en la obra titulada *El segundo libro de las mujeres,*[798] publicado en 1921, apartado en el que Carrillo hace un amplio recorrido por las cualidades artísticas de diversas artistas en función de sus diversas nacionalidades.

No sólo obras completas del autor guatemalteco fueron traducidas al francés. También lo fueron crónicas puntuales o extractos de alguna de estos libros, con objeto de ser publicadas en periódicos o revistas contemporáneos.[799] Apunta González Martel la posibilidad de la existencia de otros escritos de Gómez Carrillo traducidos al francés, concretamente los referidos a crónicas o artículos consagrados a autores de renombre en la época, que se hallarían incluidos en otras de sus obras de mayor

[794] Gómez Carrillo, E., *L'évangile de l'amour*, Traduction de Georges Philéas Lebesgue, Paris, Bibliothèque Charpentier, Eugène Fasquelle Éditeur, 1923.
[795] González Martel, J.M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 87.
[796] Gómez Carrillo, E., *Les âmes qui chantent*, Paris, Éditions Sansot, R. Chiberre, 1922.
[797] Gómez Carrillo, E., "Cantadoras imaginarias", en *El segundo libro de las mujeres*. *Obras completas*, t. XXII, Madrid, Mundo Latino, 1921 pp. 157-230.
[798] Id.
[799] González Martel, J.M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 83.

envergadura, como *Sensaciones de Arte*[800] o *Literatura Extranjera,*[801] los cuales habrían sido traducidos para su publicación en prensa.[802]

Otras obras de diferente temática se tradujeron también en su integridad en francés. Citaremos una de las más recientes en su producción, ya que data de 1904, sería la versión francesa de la obra original en español *Entre encajes,*[803] y que se titularía en la traducción al francés *Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs,*[804] y que fue publicada con anterioridad a la obra original; y otra de las últimas *Le mystère de la Vie et de la Mort de Mata Hari,*[805] traducción de la obra en la cual Gómez Carrillo realiza un estudio de la figura de la bella y afamada bailarina, ajusticiada en Francia a causa de su implicación en cuestiones de espionaje para el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial, y en la que Carrillo se defiende de quienes lo acusaban en calidad de delator de la artista ante las autoridades francesas. Aunque existieron ciertas voces que sugerían que el propio Carrillo habría divulgado los citados rumores para así promocionar esta obra.

En apoyo del renombre y popularidad de los cuales gozó Gómez Carrillo durante su vida dan testimonio el gran número de idiomas a los cuales fueron traducidas algunas de sus obras, entre los que figuran el inglés, el alemán, el italiano, el griego, el portugués, el rumano y el sueco, según hace constar González Martel.[806]

---

[800] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de Arte*, ed. cit.
[801] Gómez Carrillo, E., *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas*, ed. cit.
[802] González Martel, J.M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p.82.
[803] Gómez Carrillo, E., *Entre encajes*, Barcelona, Casa editorial Sopena, 1905.
[804] Gómez Carrillo, E., *Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs,* Traduction de Ch. Barthez, Paris Petite Bibliothèque Cosmopolite, Bibliothèque Internationale d'Édition, E. Sansot et Cie. Éditeurs, 1904.
[805] Gómez Carrillo, E., *Le mystère de la Vie et de la Mort de Mata Hari,* Traduction de Ch. Barthez, Paris, Charpentier et Fasquelle, Éditeur, 1927.
[806] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., pp. 82-89.

3.2.6.2. Traducciones realizadas por Enrique Gómez Carrillo.

Ya apuntábamos al inicio del capítulo dedicado a las traducciones, el hecho de que Carrillo no escribiera en francés. Consta este hecho en varias publicaciones. Así pues, citamos esta afirmación aparecida en la prensa de la época, en la nota necrológica escrita al poco de su muerte, y que rezaba: "Carrillo no ha escrito una línea en francés, lengua que él hablaba de manera bonita de entender, pero con un acento y una sintaxis que eran de extranjero".[807]

Lo que si hizo el cronista guatemalteco fue verter al español obras escritas en lengua francesa, en su deseo francófilo de hacer partícipes a los hispanohablantes, castellanos e hispanoamericanos, unidos en la identidad del idioma compartido, de las excelencias de la literatura gala. De ellas nos da noticia González Martel en su trabajo de recopilación bibliográfica de la obra carrillista. Las primeras publicaciones de Gómez Carrillo, de índole crítica, realizadas por el propio autor guatemalteco, cuentan con variadas traducciones al castellano, desde la original lengua francesa en la que fueron escritas por los autores comentados en dichas obras.

En una de sus primeras obras publicadas, la segunda concretamente, resultado de la propuesta sugerida por la editorial Garnier Frères con la cual colaboraba, *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos,*[808] es donde nuestro autor realiza una presentación y comentario de la figura y obra de variados y admirados autores franceses, muchos de los cuales figuraban entre sus conocidos y amigos,[809] de entre los cuales destacamos al célebre autor de *Lettres de mon moulin*. Alphonse Daudet o a Charles Maurras, incluyendo en ella relatos de los mismos, traducidos por el propio Carrillo, asesorado por Elías Zerolo, colaborador

[807] Coulon, M., "Mort de Enrique Gómez Carrillo", en *Mercure de France*, 15-XII-1927.
[808] Gómez Carrillo, E., *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos*. Traducción al español, con prefacio y notas de Enrique Gómez Carrillo, París, Garnier Frères, 1893.
[809] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 24.

de la Sección Española de la Editorial Garnier, traducciones que recibieron elogios por su gran calidad.[810]

Del mismo año es la publicación de la obra *Sensaciones de arte*[811] en la que Gómez Carrillo continúa en la línea de la obra anterior, comentando fundamentalmente la figura y obra de escritores franceses a los que considera maestros de la literatura, como Flaubert o Baudelaire, aunque también consagra capítulos a otros enfoques artísticos, deteniéndose en los artistas japoneses o en la figura del escritor americano Oscar Wilde. Son catalogables dentro del mismo género las obras *Literatura extranjera*[812] y *Almas y cerebros.*[813] En esta última, Carrillo dedica todo un apartado en exclusiva a expresar sus ideas personales y estéticas respecto a grandes autores de la literatura principalmente francesa como Zola o Verlaine,… aunque no exclusivamente de esta nacionalidad.[814]

En estas obras en las que se ocupa de autores en lengua francesa, pero también en otras lenguas, se pueden encontrar fragmentos traducidos al castellano por Carrillo, tanto de prosa como de poesía, traducciones obtenidas gracias a los conocimientos de lenguas extranjeras de nuestro cronista, así como gracias a las colaboraciones que solicitaba de amigos o compañeros filólogos de la lengua en cuestión, ya que trata desde escritores franceses a alemanes, griegos o japoneses.

No obstante, el propio Carrillo expresa sin ambages, en cuanto a poesía se refiere, su opción de dejar sin traducir ciertas estrofas, con el fin de salvaguardar la pureza y estilo original, los cuales, sin duda, serían difícilmente conservados al realizar la traducción. Ciertas tentativas de traducción, aparecen para Carrillo como "un verdadero pecado literario".[815] Expresa claramente esta postura en su obra sobre el Japón, en la cual inserta la traducción de alguna estrofa genuinamente nipona, aunque

[810] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 90.
[811] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit.
[812] Gómez Carrillo, E., *Literatura Extranjera. Estudios cosmopolitas*, ed. cit.
[813] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros. Historias sentimentales e intimidades parisienses*, ed. cit.
[814] Gómez Carrillo, E., "Intimidades parisienses" en *Almas y cerebros*, ed. cit.
[815] Gómez Carrillo, E., *Literatura Extranjera*, ed. cit., p. 131.

teniendo la precaución de advertir de la posible *traición*, por ínfima que sea, a la obra original. De los que han traducido a lenguas europeas dichas estrofas o versos semejantes, dice Carrillo: "Los que han tratado de hacerlo se han visto en la obligación de parafrasear o de inventar, y han hecho a veces cosas curiosas, a veces cosas raras, a veces cosas bellas; pero fieles cosas, nunca".[816]

En ocasiones, incluirá la traducción realizada por otros autores si la considera de calidad, como así lo evidencian las respectivas notas bibliográficas que reseñará nuestro cronista en la obra en cuestión.[817]

González Martel documenta la labor de traducción al castellano ejercida por Gómez Carrillo de "La Prensa Argentina" en la *Revue de Revues* de París, donde tradujo lo relativo a la historia y al periódico bonaerense *La Nación.*[818]

Otras traducciones del francés al castellano son las de obras de Jules Huret[819] *La Argentina. Del Plata a la cordillera de los Andes,*[820] o una comedia de Nicodemi titulada *L'Aigrette*, cuya versión en castellano fue representada en Madrid, en mayo de 1914, sin obtener demasiado éxito de crítica, si bien el trabajo de adaptación de Gómez Carrillo cosechó elogios unánimes en cuanto a su calidad y respeto al texto original.[821]

Un drama inédito del belga Maurice Maerterlinck fue igualmente adaptado y traducido por Gómez Carrillo para la escena castellana, llevando por título *El Alcalde de Stilmonde.*[822] Dicha adaptación teatral al castellano sería publicada en tres entregas en la revista *Cosmópolis* dirigida

[816] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*, ed. cit., pp. 209.
[817] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 90.
[818] Id., p. 91.
[819] Jules Huret, (1863-1915), periodista y escritor francés, conocido fundamentalmente por su arte de la entrevista a personajes literarios de gran talla así como por los relatos de viajes que escribió con sus opiniones y sensaciones experimentadas en los lejanos países que visitó, como Alemania o Argentina.
[820] Huret, J., *La Argentina. Del Plata a la cordillera de los Andes*. Traducción y prólogo de Enrique Gómez Carrillo. Buenos Aires, s.a.
[821] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 91.
[822] Maeterlinck, M., "El alcalde de Stilmonde", *Cosmóplis*, nº 2,3 y 4. Madrid, febrero-marzo-abril, 1919.

en aquel entonces por nuestro autor. Este drama sería estrenado en el mes de febrero de 1919 en Valencia, siendo la primera actriz la afamada Margarita Xirgú,[823] y posteriormente representado en otras capitales de provincias, así como en Madrid en 1920, representación ésta que fue comentada por Manuel Machado en el nº 2 de la citada revista.[824]

Quedaría por tratar la traducción al castellano de una obra del filósofo, crítico e historiador francés Hyppolite Adolphe Taine, que Carrillo publicaría firmada con su nombre, concretamente, un estudio sobre los griegos. Parece ser que Carrillo se atribuiría esta traducción, mas la misma se publicaría en el número 388 del diario *El Correo de París*, con fecha 1 de mayo de 1897, firmándola Ricardo Fuente, compañero de Enrique en la casa editorial Garnier Frères, en el que además afirma haber entregado el citado trabajo de sus propias manos a Gómez Carrillo, el cual lo publicó como propio.[825]

En su obra El modernismo, se incluye una traducción de nuestro autor a unas líneas de Stuart Merrill, introducidas por su "permitidme que os traduzca algunas estrofas".[826]

[823] Margarita Xirgú (1888-1969), actriz española de gran éxito en España y en sudamérica. Fue la actriz preferida de García Lorca, siendo ella la que estrenara casi todas sus obras. Igualmente intervino en algunas películas. Obtuvo la nacionalidad uruguaya, permaneciendo en Uruguay durante sus últimos veinte años de vida, hasta su muerte en 1969.
[824] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 91.
[825] *Ibid.* p. 91.
[826] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 237.

3.2.7. Composiciones varias

3.2.7.1. Recopilaciones o selección de obras de otros autores

Enrique Gómez Carrillo, pese a haber sido un estudiante mediocre, siempre demostró el amor de las letras, siendo desde edad muy temprana un lector incansable. Gracias a su inclinación natural por la lectura y a su interés inagotable por ella, alcanzó el estatus de erudito en temas literarios, y estos temas literarios siempre estuvieron presentes a lo largo de su trayectoria como escritor. A modo de ejemplo, podemos citar dos de sus primeras obras en esta línea, consistentes en selecciones de obras de autores admirados, tanto españoles como franceses y cuyos títulos son: *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos*[827] y *Cuentos escogidos de los mejores autores castellanos contemporáneos.*[828] Añadiremos a éstos el último proyecto en este sentido que emprendiera un año antes de su desaparición y que dejara inconcluso: *Las cien obras maestras de la literatura universal.*[829]

Otros títulos que se enmarcarían en este ámbito serían *Zelaya y su libro,*[830] *Literaturas exóticas*[831] o *La nueva literatura francesa (Poesía. Novela. Teatro. Prensa)*[832]

3.2.7.2 Crítica literaria y ensayos

Sus obras de crítica literaria, es decir, aquellas crónicas o recopilaciones de crónicas en las que Carrillo se centra en los comentarios

[827] Gómez Carrillo, E., *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos*, ed. cit.
[828] Gómez Carrillo, E., *Cuentos escogidos de los mejores autores castellanos contemporáneos*, ed. cit.
[829] Gómez Carrillo, E., *Las cien obras maestras de la literatura universal*, Madrid, Editorial Renacimiento, 1926.
[830] Gómez Carrillo, E., *Zelaya y su libro,* París, Garnier Frères, 1910.
[831] Gómez Carrillo, E., *Literaturas exóticas, Obras Completas,* t. IX, Madrid, Mundo Latino, 1920.
[832] Gómez Carrillo, E., *La nueva literatura francesa (Poesía. Novela. Teatro. Prensa),* Madrid, Editorial Mundo Latino, 1927.

personales sobre el autor más que como artista como hombre, y sobre su obra, son numerosas en la producción artística de Gómez Carrillo. Realizaría Carrillo una crítica literaria, reconocida por el propio Carrillo, definible como impresionista y heredera de la trabajada por Anatole France, pues tan sólo trataría de transmitir las sensaciones e impresiones que las obras literarias despertaran en su mente. Sus siluetas de autores constituyeron su primera publicación, *Esquisses*, a la que siguieron varias con este distintivo. Su estilo a la hora de comentar autores y obras fue muy apreciado en la época por lo novedoso y personal de su enfoque. Así lo expresa el consagrado poeta y periodista malagueño Salvador Rueda, en calidad de amigo y admirador, en el liminar que hiciera a una de estas obras: "Paréceme que en esos estudios de escritores y artistas se revela un crítico que a la vez hace crítica y poesía…a su modo; el sentimiento, el amor al calor y a la luz, y la sagacidad del juicio, van de la mano a través de las páginas del libro".[833] Añadirá Rueda que dichas crónicas merece la pena que sean editadas en libro, evitando de esta manera su dispersión y pérdida en el tiempo, inconveniente inherente a las publicaciones periodísticas, en base a la calidad de las mismas, pues, encuentra Rueda que, dichos críticas son: "guías que ilustran, obras que entretienen, estudios perspicaces",[834] las cuales, al reunirse en formato de libro "serán la patente de una inteligencia privilegiada."[835]

Aunque existieran, por otro lado, voces que no compartirían su agrado por este tipo de crítica, de entre los cuales destaca Clarín, postura que nos hace llegar Carrillo en las palabras que le dirigiera a modo de crítica el célebre escritor español, quien le habría dicho: "yo no puedo admitir esa forma de crítica sugestiva de que habla usted en su libro",[836] refiriéndose a la crítica practicada por nuestro autor en su primer libro *Esquisses*.

A las diferentes posturas ante la crítica, al enfoque de la vieja crítica y de la nueva crítica, así como a sus defensores y practicantes, dedicará

[833] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 12.
[834] Id., p. 13.
[835] *Ibid.*
[836] Id., p. 27.

Carrillo uno de los capítulos de *Sensaciones de arte*.[837] Finalizará Carrillo el capítulo afirmando su consejo de seguir la modalidad de crítica moderna, promulgada por Anatole France, y que sería la más próxima a su gusto personal, y que define como el seguimiento de "nuestros temperamentos y refiriendo con sinceridad las aventuras de nuestra alma a través de las páginas de un libro".[838]

Del mismo género serían las obras *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas*,[839] donde nuestro autor analiza la personalidad y producción literaria de renombrados autores de diferentes nacionalidades.

2.2.7.3. Prólogos e introducciones de Enrique Gómez Carrillo a obras de otros autores.

Con anterioridad, hemos destacado el relieve profesional y personal del que Gómez Carrillo disfrutó en su época, tanto en París, en Francia como en España e Hispanoamérica. Al respecto dice González Alcantud en referencia al autor guatemalteco: "Uno de los mayores difusores de la poesía modernista francesa en España y América, de cuya cercanía implícita se beneficiaba".[840]

Prueba de ello, además de los testimonios directos de personalidades contemporáneas que le expresaron abiertamente su admiración, testimonios algunos de los cuales hemos incluido en este trabajo de investigación, son del mismo modo, el gran número de prólogos e introducciones que nuestro cronista realizó bien para los libros de muchos, variados y relevantes

[837] Id., pp. 27-39.
[838] Id., p. 39.
[839] Gómez Carrillo, E., *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas*, ed. cit.
[840] Prólogo de González Alcantud, J.A., a la obra de Gómez Carrillo *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 15.

autores de diferentes nacionalidades, bien para reediciones de obras imprescindibles de escritores consagrados.[841]

La naturaleza de las obras a las cuales dedicó prólogos o introducciones fue bastante ecléctica, pues figuran desde obras de tintes religiosos, como el realizado para *El Evangelio de San Francisco de Asís;*[842] novelas como *La ciudad del sol,*[843] de la escritora peruana Aurora Cáceres, su primera esposa, para el cual utilizó un artículo que había escrito y publicado en el diario *La Razón* de Buenos Aires en 1925, titulado "Una poética evocación de los esplendores del antiguo Perú adorando al sol";[844] poesía como la dedicada a la obra de su maestro y amigo, el uruguayo Rubén Darío que llevaría por título *Sol de Domingo;*[845] o a la edición de la traducción en español realizada por su también amigo y colega de trabajo en París, el sevillano Manuel Machado; de la obra *Fiestas Galantes. Poemas Saturnianos*[846] del muy admirado por Carrillo poeta francés Paul Verlaine; cuentos como los argentinos de la obra que se titulaba *Carne doliente;*[847] relatos de viajes, como el estudio crítico concebido para la publicación de un libro en homenaje, basado en páginas escogidas del autor de de la obra Del *Turia al Danubio;*[848] diccionarios como el especializado en términos y argot militares;[849] dramas como la

[841] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., pp. 101-106.
[842] Véase De Asís, F., "Las florecillas de San Francisco" Prólogo a *El Evangelio de San Francisco*. Bibliothèque des Religions, Vol. I. París, Garnier Frères, 1913.
[843] Cáceres, A., (*Evangelina*) *La ciudad del sol,* Prólogo de Enrique Gómez Carrillo, Lima, Librería Francesa Científica y Casa Editorial Rosay Hermanos, 1927.
[844] González Martel, J. M., *Enrique Gómez Carrillo: Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 101.
[845] Darío, R., *Sol de Domingo* Poesías inéditas de …, Prólogo "Pensando en Rubén" (1916) de L. G. Urbina, "Responso pagano" (1916) de M. de Cavia y "Apreciación" de E. Gómez Carrillo. Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1917.
[846] Verlaine, P., *Fiestas Galantes. Poemas saturnianos*, precedida por un prefacio de François Coppée y traducción al castellano de Manuel Machado, prólogo de E. Gómez Carrillo, Madrid, Colección Ánfora, Librería de Gregorio Pueyo, 1909.
[847] Ghiraldo, A., *Carne doliente*. (Cuentos Argentinos) Prólogo "Algunas opiniones sobre su autor" de E. Gómez Carrillo (y otros), Madrid, V. H: de Sanz Calleja, 1917.
[848] Navarro Reverter, J., *Páginas escogidas*. Prólogo de José Echegaray, E. Gómez Carillo y José Solsona; estudio crítico de E. Gómez Carrillo, París, Garnier Frères, 1914.
[849] Rieu-Vernet, A., *Le langage dans les tranchées.* Diccionario franco-español de los términos militares, de "argot y populares, empleados en las trincheras francesas, carta prólogo de E. Gómez Carrillo, Madrid, Ediciones de "La Razón", 1916.

traducción castellana del inglés del drama *Salomé* de Wilde;[850] u obras de índole relativa a la crítica literaria, al estilo que usaba Gómez Carrillo en sus obras *Cuentos de los mejores autores franceses contemporáneos*[851] o *Cuentos de los mejores autores castellanos contemporáneos,*[852] que fuera realizada por el francés Pierre Jan.[853]

Añadir que sus introducciones no se circunscribieron a las fronteras de escritores europeos e hispanoamericanos, sino que transcendieron al Imperio del Sol Naciente al prologar *Los cuarenta y siete capitanes*, una novela japonesa basada en una leyenda muy conocida de la ancestral y tradicional literatura nipona y que Carrillo comentaba en su obra dedicada al Japón, dicha novela se titula.[854]

Citaremos igualmente el prólogo dedicado a la que fuera una de las obras que gozaron de su admiración, la cual aparecía con cierta frecuencia en sus escritos, en tanto que modelo de genialidad, refinamiento e imaginación, *El libro de las Mil y Una Noches*, y que poseía, además, el aliciente de ser la versión realizada por su gran amigo, el célebre literato valenciano, Vicente Blasco Ibáñez.[855]

2.2.7.4. Obras de propaganda política

Gómez Carrillo mantuvo desde temprana edad relaciones de dependencia con diferentes gobernantes hispanoamericanos. Desde el primer presidente de Guatemala que posibilitara su beca de formación en

[850] Wilde, O., *Salomé*, prólogo de E. Gómez Carrillo, traducción del inglés por J. Pérez Jorba y B. Rodríguez, Madrid, B. Rodríguez Serra, Editor, 1902.
[851] Gómez Carrillo, E., *Cuentos de los mejores autores franceses contemporáneos*. ed. cit.
[852] Gómez Carrillo, E., *Cuentos de los mejores autores castellanos contemporáneos*, ed. cit.
[853] Carrillo realizó un trabajo de documentación sobre el movimiento artístico argentino, para publicarlo en la revista *L'Art et les Artistes* de París, el cual le sirvió luego como prólogo al libro que preparaba Pierre Jan con semblanzas de artistas iberoamericanos, estudios que fueron apareciendo igualmente en la citada revista.
[854] Tamenaga, S., *Los cuarenta y siete capitanes*, prólogo "La literatura heroica del Japón" de E. Gómez Carrillo, Traducción del japonés de Ángel González, Madrid, Librería de Fernando Fe, Imprenta de Domingo Blanco, s.a. [1908].
[855] Véase *El libro de las mil y una noche*, prólogo de E. Gómez Carrillo: "La obra de Mardrus". Traducción directa y literal del árabe por J. C. Mardrus y versión española de Vicente Blasco Ibáñez, t. I, Valencia, Prometeo, s. a.

París hasta sus vínculos con el gobierno argentino quien le procurara cargos diplomáticos que económicamente fueran interesantes. Por ello, se veía en la obligación de escribir en defensa o ensalzamiento de estos regímenes en Europa. Así, algunos títulos de este tipo de obras carrillistas serían *La verdad sobre Guatemala,*[856] *El gobierno de Estrada Cabrera y los extranjeros en Guatemala,*[857] *El monumento del General San Martín. Su origen, su importancia y su realización.*[858] Señalar que éste último se trataría de un breve folleto.[859]

De este tipo de publicaciones, existe la sospecha de que sería el mismo Carrillo el que escribiría artículos contra los dirigentes sudamericanos, bajo seudónimos, en la prensa francesa o castellana, para, acto seguido, redactar respuestas airadas en su contra y a favor del dictador en cuestión, firmados ya con su verdadero nombre.[860]

2.2.7.5. Obras de homenaje artístico

Hemos reunido bajo este epígrafe dos obras de Gómez Carrillo cuyas protagonistas son celebérrimas artistas de la escena mundial de la época de entre siglos. La primera sería la consagrada a la cantante y actriz española que triunfaría tanto en escenarios europeos como americanos y que fuera su segunda esposa Raquel Meller, titulado *Raquel Meller. Opiniones de los más ilustres escritores y artistas españoles.*[861] En ella trata de rendir sincero homenaje a esta su admirada artista.

La otra obra está dedicada a la artista Mata-Hari, célebre tanto por su belleza y arte como por sus actividades de espía para el ejército alemán durante la Gran Guerra. Existe la creencia de que esta bailarina fue

[856] Gómez Carrillo, E., *La verdad sobre Guatemala*, ed. cit.
[857] Gómez Carrillo, E., *El gobierno de Estrada Cabrera y los extranjeros en Guatemala*, ed. cit.
[858] Gómez Carrillo, E., *El monumento del General San Martín. Su origen, su importancia y su realización*, París, Publicaciones del Comité Central del Monumento, 1909.
[859] González Martel, J.M., *Enrique Gómez Carrillo, Obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit., p. 47.
[860] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 20.
[861] Gómez Carrillo, E., *Raquel Meller. Opiniones de los más ilustres escritores y artistas españoles*. Barcelona, Sociedad española de Librería. Imprenta Pedro Ortega. s.a. [1919].

traicionada y entregada por su amante al ejército francés, el cual, hallándola culpable de espionaje, la ejecutó. En la época habría existido el rumor de que este despiadado amante habría sido Gómez Carrillo. En la obra *El misterio de la vida y la muerte de Mata-Hari,*[862] en la que Carrillo realiza una biografía pormenorizada de la artista, nuestro autor confiesa haberla escrito para librarse de tan terrible acusación, ya que, según afirma el propio autor, ni tan siquiera habría llegado a conocer personalmente a tan admirada artista, habiendo solamente asistido a algunas de sus representaciones, dada la admiración que le profesaba. Existen igualmente voces en la época que apuntarían a que habría sido el propio Carrillo quien habría difundido el anterior rumor con el objetivo de promocionar la obra que estaba escribiendo en homenaje a la citada bailarina-espía. Finalmente, tras ciertas investigaciones, Carrillo sería exculpado de tal acusación.

2.2.7.6. Enrique Gómez Carrillo poeta

Ulner destaca dos poemas firmados por un autor que podría ser perfectamente Gómez Carrillo, según la investigación seguida a través del seudónimo con el que estarían firmados. Éstos habrían sido publicados en *El Imparcial* en 1890.[863] Los reproduciremos aquí:

Abanicos

Quiso la mente en sus delirios loca,
Dejar el alma en tu abanico presa,
Por si el aliento tibio de tu boca,
Al besar al guipur, también la besa

En el de Adela

¿Oyes, al agitar este abanico,
Algún dulce rumor?
Es que te lleva el aura entre sus alas
El eco de mi amor.

[862] Gómez Carrillo, E., *El misterio de la vida y la muerte de Mata-Hari*. Madrid, Op. Renacimiento, Cia. Ibero-Americana de Publicaciones, s.a. [1924].
[863] Ulner, A., *op. cit.*, p. 102.

2.2.7.7. Obra de consulta: Diccionario.

Entre la variada obra de Gómez Carrillo figura una obra de consulta relativa a vocabulario, terminología y expresiones, concebida para resultar un apoyo importante para aquellos escritores en ciernes deseosos de perfeccionar su estilo, volviéndolo variado y rico. Esta obra sería el *Diccionario ideológico. Para facilitar el trabajo literario y enriquecer el estilo*[864] realizado en colaboración con Alfonso Sola.

[864] Gómez Carrillo, E., y Sola, A., *Diccionario ideológico. Para facilitar el trabajo literario y enriquecer el estilo*, Madrid, Editorial Renacimiento, 1925.

Capítulo 4. Espacio social de la enunciación: escritores, artistas, editores,…

Enrique Gómez Carrillo fue un cronista y escritor de origen guatemalteco que alcanzó gran renombre en su época, no sólo en Francia, país que amó y en el cual residió desde su juventud hasta su muerte en 1927, sino también en España e Hispanoamérica, llegando a convertirse en un personaje célebre por diferentes motivos: por su original personalidad así como por su forma de vida siempre defensora de la bohemia artística, por la innovación que supuso su peculiar arte de escribir, pasando por sus tempranas dotes creativas y de improvisación, además de por lo variado y extenso de su obra que incluye desde crónica periodística a crítica literaria, novela o relatos de viajes, sin olvidar que frecuentó y se relacionó con todas aquellas personalidades destacadas de los ámbitos literarios y artísticos del momento, siendo considerado como un gran conocedor de los mismos. Valga al respecto la siguiente cita: "Figura culminante en esta falange es Enrique Gómez Carrillo, el escritor que con más arte ha sabido hacer libros admirables en las fugaces hojas de un periódico".[865]

Tal fue la importancia y variedad de su producción, aparecida, en muchos casos, primero en la prensa de diferentes países europeos e hispanoamericanos, y después recopilada en libros (una parte representativa de ella), que llegó a ejercer gran influencia en latinoamérica, por lo cual se le reconoce su relevante papel como propagador de ideas y estéticas entre ambos continentes, lo cual pondrá de relieve Ulner en su tesis sobre la producción periodística de Gómez Carrillo en los siguientes términos: "Through his own writings and promotional activities we trace his emergence as a master of Modernista prose and as an important cultural link between Europe, especially France, and Spanish America".[866]

Parece evidente que, tras su desaparición, la historia de la literatura no le ha hecho justicia, ya que su obra cayó en el olvido y su figura no ha sido

[865] Mendoza, J.M., *op cit.*, t. 2, p. 367.
[866] Ulner, A., *op. cit.*, p. 1.

conocida por la posteridad a pesar de su gran valía. Si bien es necesario añadir que, en su país de origen, recientemente, se están llevando a cabo variadas iniciativas con la finalidad de colocar su nombre y su obra en el lugar de honor que le corresponden conforme a su calidad literaria y a su valor histórico.

Por nuestra parte, y para hacerle esta justicia que creemos merece indiscutiblemente, aportaremos testimonios de escritores, de críticos, de periodistas, de literatos, de amigos,… de su época, tanto españoles como franceses e hispanoamericanos, que darán fe del alto grado de respeto, de erudición, de fama, de reconocimiento así como de admiración de los cuales gozó desde poco después de que partiera de su Guatemala natal, con apenas diecisiete años, rumbo al París de sus sueños en el año 1891, y donde permaneció la mayor parte de su vida.

César González Ruano, uno de sus biógrafos, además de amigo, reseñó la admiración que suscitó siempre entre todos aquellos que le conocieron, la personalidad de Gómez Carrillo:

> Si era encantador para las mujeres, a los hombres nos pareció interesantísimo siempre. Viajero y hombre de aventuras, parecía signado por la Fortuna, desde su nacimiento en la lejana Guatemala, para todo lo extraordinario, difícil y excesivo.[867]

Este reconocimiento comenzaría a germinar a partir de 1892 con su primera publicación, que vio la luz en suelo español, donde pasó una breve estancia tras la igualmente breve primera estancia en París, su París amado, al cual volvió tras los cortos meses en los que habitó en Madrid, en un Madrid que le decepcionó, por lo que suponía de contraste con la vida parisina cosmopolita y moderna, pero que le valió este primer libro que supuso su primer éxito literario y que llevó por título *Esquisses*, en el que realizó un esbozo de sus impresiones acerca de una selección de escritores y artistas en boga en aquel momento.

A modo de presentación general y panorámica de la figura de nuestro escritor, citaremos las palabras del poeta Amado Nervo en las que nos

[867] González Ruano, C., *op. cit.*, p. 22.

presenta la personalidad libre de Gómez Carrillo en cuanto a reglas literarias, sin que ello disminuyera a su calidad literaria. Pronuncia Amado Nervo estas palabras en defensa de un Enrique Gómez Carrillo que acababa de recibir la distinción de la Legión de Honor Francesa,[868] y que era criticado por aquellos que no estaban de acuerdo en que mereciera tal distinción, basándose en lo disipado de su estilo de vida:

> En efecto, Gómez Carrillo no practica las virtudes teologales, aunque es muy capaz, por lo que va a la tercera de ellas, de dar libremente su dinero a quien lo ha menester, en un momento de buen humor. No ayuna ni usa cilicios, se acuesta un poco tarde, se muere por las mujeres bonitas, le gusta comer con champaña, no se escandaliza de nada y… "ha amado mucho". No tiene ni de la vida ni de la moral un concepto muy austero que digamos; no cree en los apostolados literarios… y jamás escribe novelas de tesis. Es elegante y superficial en su obra como un ala dorada de mariposa, como un rizo de agua que corre, como una espuma sonrosada, como el leve acorde de un piano, como el *moire* fugitivo del Sena, como una imagen galante en un espejo… como todo lo que es bello y fugitivo en la vida.[869]

Comenzaremos por poner de relieve el hecho conocido por todos y reconocido por él mismo en el primer libro de sus memorias[870] de que, sin haber llevado a cabo ninguna formación académica específica, tan sólo gracias a su afición temprana por la lectura, afición que reinaba en su hogar, y a pesar de no haber realizado estudios de bachillerato, era gran conocedor de la literatura, principalmente francesa, siguiendo las inclinaciones de sus gustos, y demostró precozmente gran tino en cuestiones de crítica literaria. Las líneas que siguen lo atestiguan: "La lectura de libros propicios, hicieron que Gómez Carrillo llegara a París sin desconocerlo en absoluto",[871] según la afirmación de González Ruano.

Se refiere esta cita a las lecturas que había nuestro autor realizado en su más tierna juventud y que le habrían proporcionado una imagen ideal de un París sobre todo bohemio y artístico.

---

[868] La Legión de Honor es la más conocida e importante de las condecoraciones francesas, establecida por Napoleón I. La orden se concede a hombres y mujeres, franceses o extranjeros, por méritos extraordinarios realizados dentro del ámbito civil o militar. Gómez Carrillo es distinguido con ella por su labor como cronista durante la primera guerra mundial.

[869] Amado Nervo citado por Aurora Cáceres, A., *op. cit.*, p. 35.

[870] Véase el primer libro de la trilogía de Gómez Carrillo, E., *Treinta años de mi vida, El despertar del alma*, ed. cit.

[871] González Ruano, C., *op. cit.*, p. 41.

Todos los estudiosos de su trayectoria personal, profesional y artística se muestran de acuerdo en cuanto a sus amplios conocimientos literarios adquiridos no mediante estudios convencionales sino por su natural e inagotable atracción por la lectura:

> Su fecundidad estaba en el conocimiento de los grandes escritores contemporáneos y en el modo de explotar su vocación, apropiándose de las delicadezas del pensamiento y las suavidades de la forma. […]
>
> Las discusiones gramaticales de Enrique sobre rimas y sinónimos, nos sorprendían, haciéndonos pensar en la variedad de sus conocimientos y en lo preciso de sus ideas; todo lo cual, expuesto por él con amable naturalidad, con ingénita benevolencia, hacía de su persona un amigo leal, seguro en el consejo, acertado en la lección, y de gesto imponente, que doraba con imágenes preciosas la excelsitud de sus potentes frases.[872]

Además, con el paso de pocos años, siendo muy joven, consiguió llegar convertirse en cronista y escritor afamado, loado por infinidad de personalidades del mundo de la cultura de los continentes europeo y sudamericano. Son varias las citas que incluiremos en este sentido, con el objetivo de subrayar el estatus de escritor de calidad que alcanzó Gómez Carrillo a edad temprana, casi desde los veinte años:

> A los veintiún años de edad, en 1893, las prensas entregaban su segundo libro: "Sensaciones de Arte", que le abrió la amplia carrera del éxito, porque la crítica lo acogió elogiosamente, ponderando esa tersura de prosa viva y seductora.[873]

Del mismo autor aportaremos igualmente la siguiente cita, en la que además de resaltar el extenso bagaje cultural de Gómez Carrillo, alaba el bello estilo de su escritura: "Prosa recamada de brillante joyería es la de Gómez Carrillo, y transparenta una profundidad de conocimientos asentados en vasta y firme erudición".[874]

De Aurora Cáceres, gran admiradora de su obra, autora peruana que le conoció bien, pues llegó a ser su primera esposa, son las siguientes líneas que apuntan hacia la unión de renombre y juventud que se aliaban en la

[872] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 19.
[873] Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 49.
[874] Id., p. 61.

personalidad del autor guatemalteco: "Es muy original, con una personalidad enteramente suya; tal vez todos los escritores que se encuentran en el apogeo de la gloria sean como Enrique, mas lo que parece difícil es que, siendo tan jóvenes como él gocen de igual reputación".[875]

Uno de sus biógrafos se expresa como sigue respecto al tema de la fama totalmente merecida y tempranamente conquistada por nuestro cronista:

> Gómez Carrillo a pesar de su juventud […] ha conseguido, -por su talento, por su estudio, por su laborar constante,- el triunfo más espléndido y más completo; ha conseguido ponerse a la vanguardia de la intelectualidad actual. ¿Qué más decir pues, de su gloria indiscutible?[876]

La siguiente es aún más intensa, ya que el autor de la misma, Juan Manuel Mendoza, otro de sus biógrafos, el cual también fue amigo además de compañero de redacción en un periódico de Guatemala, establece comparaciones fabulosas entre Gómez Carrillo y otras grandes personalidades sobresalientes en diversas épocas y ámbitos artísticos:

> Fue Enrique uno de esos hombres raros, que aparecen de tiempo en tiempo y que producen a temprana edad. Fue como Rubén Darío en la poesía, como Goethe en la tragedia, como Mozart en la música, como Pope en las matemáticas, como West en la pintura, que, desde la niñez y la infancia, fueron célebres.[877]

No obviaremos las palabras que el gran Azorín escribiera al respecto en honor del joven escritor Gómez Carrillo, ensalzando sus obras así como las plumas de los excelsos nombres de la literatura que habrían considerado un honor prologar los citados libros:

> El autor de *Sensaciones de arte*, sin pasar por tan amargos trances, sin haber perdido su salud, y lo que es más triste, las ilusiones de la juventud en la horrible bohemia madrileña, ha llegado a alcanzar un nombre envidiable de literato culto, inteligente, laborioso. Su ilustración es grande; su amor al trabajo, más aún. Es representante ilustre de nuestra república literaria en París. Nadie entre toda la gente intelectual de España –y español es él de cuerpo entero- que mejor conozca la literatura

[875] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 28.
[876] De Ory, E., *op. cit.*, p. 43.
[877] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, p. 306.

> modernísima, que más a fondo halla penetrado la mentalidad de ciertos escritores, si famosos en el extranjero, desconocidos por completo en esta tierra. Ahí están demostrándolo sus libros, *Sensaciones de arte, Literatura extranjera,* con prólogo de Picón, nuestro Bourget; *Almas y Cerebros,* presentado por *Clarín.*[878]

En 1909, cuando nuestro escritor contaba veintiséis años, tanto su persona como su obra son objeto de las siguientes preguntas retóricas, cuyas respuestas manifiestan la profunda admiración que el estilo de Carrillo despertaba:

> ¿Quien es Gómez Carrillo? ¿En qué estriba su personalidad literaria? ¿Cuál es su lugar en la nueva literatura? Todas éstas y muchas más preguntas podían hacerse si nuestro artista fuese desconocido en la intelectualidad actual. Pero cuando vamos a hablar de Gómez Carrillo ya él ha logrado una reputación brillante, ya él ha conquistado un renombre glorioso y sólo nos queda ocuparnos de su labor fecunda, de sus libros primorosos, de la crítica que ha consagrado las obras magistrales de este gran escritor prodigioso y universal.[879]

E incluso, el mismo autor de las palabras anteriores lo califica de *Maestro,* llegando a colocar sus obras y su vida por encima de las críticas: "quien puede llamarse pomposamente el Maestro de la joven literatura hispanoamericana, no necesita críticas de nadie".[880]

Esta fama no la consiguió gratuitamente, sino gracias a su insaciable interés por los círculos artísticos, su inagotable curiosidad por ellos y su gran capacidad de trabajo, si bien, sus dotes naturales de improvisación le ayudaron grandemente. Mendoza fue testigo presencial de las dotes de improvisación de nuestro autor y así lo evidencia en su obra sobre Carrillo:[881]

---

[878] Azorín, *Soledades*, ed. cit., pp. 376-377.
[879] De Ory, E., *op. cit.*, pp. 1-2.
[880] Id., p. 2.
[881] Mendoza llega incluso a incluir a modo de anécdota, lo que ocurría con cierta frecuencia en la redacción del rotativo en el que ambos trabajaban: "Algunas veces, después de una noche de borrascosos holgorios, Enrique llegaba a la redacción sin el material. Pero ello era óbice para que el folletín saliera, sin interrumpirse ni un solo día. Sentábase Enrique a la mesa, tomaba lápiz y papel y, con casi vertiginosa rapidez, escribía un capítulo de la novela. No se preocupaba de leer lo que dejaba escrito. Tenía tal seguridad en lo que hacía que no mostraba empeño en enmendar errores, diferenciándose grandemente de los que usan de ese pretexto para pulir y repulir sus producciones". Mendoza, J. M., *op. cit.*, t. 1, p. 304.

> […] las ideas acudían presurosas a su mente y se forjaban con orden maravilloso, sin esfuerzo, sin experimentar tedio ni cansancio.
>
> […] En el concepto de Enrique, la gracia y el mérito consisten en escribir mucho y bueno; escribir con inclinación vocacional, al compás del pensamiento, sin mayor excitación ni empeño.[882]

Esta rapidez e inmediatez en la escritura, según testimonia Mendoza, no influía negativamente en la calidad de la producción de Carrillo; al contrario, este autor se asombra de la perfección del resultado de la escritura de su compañero de redacción, hasta el punto de llegar a pensar, de no haberlo visto escribir sobre la marcha y con sus propios ojos, que dicha producción era resultado de una concienzuda labor de pulido y refinamiento:

> Si no me constara de vista que sus trabajos eran hechos sin previa meditación ni arreglos preliminares –improvisados muchas veces por ocurrencias del momento- habría creído yo que fueron bruñidos con método riguroso y paciencia inquebrantable.[883]

Lo anteriormente afirmado respecto a su talante de incansable trabajador, viene atestiguado por las siguientes citas de Amado Nervo o de Pérez Galdós entre otros. Dice Nervo: "Gómez Carrillo trabaja mucho. Después de su *Rusia actual,* viene ya otro libro: *De Marsella a Tokio,* y en el intervalo ha tenido tiempo de publicar un volumen: *Entre Encajes*".[884]

Don Benito Pérez Galdós escribió unas líneas en este mismo sentido, resaltando su trabajo continuado e ininterrumpido, añadiendo algunas alabanzas a sus dotes descriptivas, a su genial estilo mostrado en sus obras consagradas a la crónica de viajes:

> Los que hace tiempo le conocíamos admiramos en él al hombre inquieto y febril, de agilidad en su pensamiento; admiramos la galanura de su estilo, la presteza de su pluma, el poder de su retina que todo lo abarca y todo lo embellece. No da paz a la pluma, describiendo todo lo grande y bello que palpita en los pueblos vivos, en los pueblos muertos y aún en los que

[882] Id., t. 2, pp. 56-57.
[883] Id., t. 2, p. 62.
[884] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 36.

> resucitan. En su género pocos le igualan en Europa y ninguno le superaba en el mundo.[885]

Que fue incansable escritor es innegable, a juzgar por lo extenso de su obra, como fue igualmente inagotable su eterna inclinación por todo lo bello y artístico, llámese literatura, poesía, teatro, pintura, escultura, mimo, moda, folklore,… Fruto de sus relaciones con los citados círculos eran las frescas y vívidas crónicas que escribía sobre lo que acontecía en los mismos, crónicas que más tarde serían recopiladas para su publicación en libro. Del mismo modo, los y las integrantes de esos círculos le abrieron sus puertas y le testimoniaban su reconocimiento. Varias personalidades corroboran lo afirmado aquí. La primera pertenece a la que fuera su primera esposa, expresada cuando aún estaban conociéndose, antes de contraer matrimonio: "¡Qué vida tan agitada! Los compromisos periodísticos, los libros que escribe, y además, las invitaciones, los banquetes; como que van a dar uno en su honor, en el Restaurante Español".[886]

A este homenaje se refiere otro de sus biógrafos, para informar de las personalidades y representantes de instituciones que a él asistieron con la finalidad de presentar sus respetos a Gómez Carrillo y ensalzar sus cualidades artísticas así como personales:

> Asistieron representantes de las Embajadas y Consulados de España y Argentina, Cámara de Comercio Española, Oficiales de la Legión de Honor, representantes de la Sociedad de Literatos y del Sindicato de Prensa Extranjera.
>
> Pronunciaron discursos el corresponsal de *La Razón* Mr. Paul Cossagnac, en nombre de la Unión de Asociaciones de Prensa; el Embajador de Argentina, Sr. Álvarez de Toledo y el Señor Martínez de la Hoz.
>
> París ha rendido al escritor honores de hijo de la Patria, porque si todos tenemos dos patrias, la nación donde nacimos y Francia, Gómez Carrillo era el más francés de los españoles, el más español de los americanos.[887]

[885] Galdós citado por Mendoza, J.M., *op. cit*., t. 2, p. 300.
[886] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 27.
[887] González Ruano, C., *op. cit.*, pp. 115-116.

Era un asiduo de las tertulias literarias. Trabajando en Guatemala para el periódico *La Idea Liberal* en el año 1900, comentaba las citadas tertulias con sus compañeros, dado el interés que lo literario despertaba en aquella época en Guatemala. Así lo atestigua Mendoza, compañero de trabajo en el citado rotativo:

> Había franca preocupación por el encauzamiento literario, en la mayor fecundidad y pureza que se ha visto en Guatemala. Sobresalía el goce exquisito por las ideas, por las líneas y los colores en las figuras del pensamiento. Gómez Carillo nos describía la tertulia de los lunes, en casa de la señora Pardo Bazán; la de los sábados, en la de don Juan Valera; la de la librería de Fernando Fé, presidida por don Ramón de Campoamor; y la de Fornos, semillero de chismes, de intriguillas y de adulaciones, en donde la envidia cerníase en vapores diabólicos.[888]

Amado Nervo nos ofrece nuevamente indicios que nos permiten asegurar tanto la fama como el reconocimiento de que gozó Enrique Gómez Carrillo entre los artistas que frecuentaba. Estos indicios los recoge observando la decoración del apartamento parisino de nuestro cronista, en el transcurso de una visita que le hizo con motivo de presentarle sus respetos y felicitarle por la concesión que le habían hecho de la Legión de Honor Francesa:

> Gómez Carrillo pertenece ya a la Legión de Honor. Acaban de concederle *ce petit bout de ruban rouge*, que tanta significación tiene en Francia.
>
> Con este motivo, de paso por la rue Lafitte, subí a saludarlo a su alegre, luminoso y… poco amueblado tercer piso.
>
> […] qué profusión de recuerdos en los muebles, tapizados de retratos, de japonerías, de cartas postales y de grabados, etc.
>
> Entre los retratos, las celebridades de ayer, de anteayer y de hoy, con sendas dedicatorias o firmas autógrafas.
>
> Y, sobre todo, muchas mujeres, de las que han vuelto loco a París una noche, un día, una semana, un mes…[889]

Su carácter cosmopolita era otra de sus facetas más destacada. Lo evidencian autores como Mendoza o el filósofo, escritor y periodista

[888] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 8.
[889] Amado Nervo citado por Cáceres A., *op. cit.*, pp. 34-35.

español contemporáneo de Carrillo, Antonio Zozaya, quien diría de Carrillo: "Fue americano, por el gran soplo de impulso renovador; europeo, por la afinidad intelectual, por el alma superior; confundiéndose esas modalidades en el seno materno de una misma finalidad".[890] O ""ciudadano de todas las patrias que visitaba". Epicuro se sentía ciudadano del mundo y Sócrates proclamaba que su verdadera patria era el universo".[891]

Su arte, su manera especial de entender y renovar las formas de escritura, lo enmarca dentro del movimiento modernista, movimiento iniciado por Rubén Darío hacia finales del siglo XIX. No hay quien falte en compararlo, poniéndolo al mismo nivel del introductor del citado movimiento literario, Rubén Darío, al cual conoció gracias a la faceta periodística de ambos, al ser éste quien le proporcionara uno de sus primeros trabajos y le aconsejara visitar París. Un Rubén Darío que luego siguió siendo su amigo y admirador, a pesar de que también hubiera altibajos en esta relación de admiración mutua. Amado Herrera cita el artículo del escritor guatemalteco José Rodríguez Cerna, publicado en *El Imparcial* en 1943, en el cual establece el paralelismo referido anteriormente:

> […] dos centroamericanos, Enrique y Rubén, renovaron la poesía y la prosa españolas, devolviendo cumplidamente la visita de las tres carabelas. En la paramera de la prosa eternamente castiza y seca y en el desierto de la poesía rígida, encorsetada, sin reflexiones, los dos maestros pusieron el matiz, la delicadeza, el encanto, la verdadera poesía interior, la etérea música de los más sutiles encantos" […] "Enrique bebió ávidamente, con abrasadora polidipsia, en las fuentes todas de todos los placeres, amamantándose a los pechos rotundos de la vida. Sus días y sus noches irradiaban, en la irradiación de París, de Madrid, de Buenos Aires, de ciudades tentaculares, exóticas o santas. Y bocas y copas, amor y champagne, estuvieron al borde de su sed.[892]

En la misma línea se define Mendoza, uniendo el nombre de Carrillo y de Darío al de la originalidad y la renovación, subrayando además el

[890] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, p. 261.
[891] Id, p. 162.
[892] Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 61.

carácter sencillo y llano de ambos, pese al gran relieve adquirido por ellos en el mundo de las letras:

> Como escritor, perteneció a la clase de innovadores que van a lo hondo, más allá de lo que corresponde al vocablo y al giro, volcando su propia alma en la envoltura de su prosa y avivando con rayos de albura su emocionante pensamiento. Simpatizador de la metáfora original, del ritmo espontáneo y fluido y de la neta precisión de las imágenes, tronó contra las imposiciones de la retórica, considerándolas oxidadas o decrépitas. Vicio, le llamaba al academicismo anquilosado; vicio, a todo lo que significaba rigidez extorsionante, empedernimiento y rutina. […] En esto, él y Rubén Darío tradujeron en castellano formas hasta entonces desconocidas: fueron los más genuinos y caracterizados paladines del modernismo, sin darse los tonos de maestros indiscutibles, que los hicieran singularizarse.[893]

Prosigue Mendoza ensalzando el estilo, a la vez sencillo y esmerado, que cultivaría el genial cronista, en el cual se alejaba de cánones literarios reduccionistas o encorsetados para dedicarse al arte de practicar la belleza en libertad a través de sus escritos:

> Modernista puede llamársele a Enrique, pero sin ser fanático; porque él miraba no sólo al pensamiento, sino también hacia estilo de sus obras. Con el afecto e interés que le inspiraba cada jornada literaria, trabajó, pulcra y seriamente, las formas voluptuosas de su prosa. […], enamorado del arte, cuya máxima necesidad es la de crear, nunca pudo prescindir de la armonía y el ritmo, identificándose con la esencia de su naturaleza. Reprochó a los que intentaban hacer del arte un dislocamiento ideológico decepcionador, y abrió su inteligencia, su voluntad y su gusto a toda ráfaga de renaciente vitalidad que enriqueciera pero no degradara la literatura.[894]

Así pues, Gómez Carillo es considerado como un innovador dentro de la crónica periodística. Pero hay quien va aún más lejos, otorgándole el mérito de ser su creador, de haber dotado de nuevo sentido y contenido moderno al género de la crónica. Son las palabras del contemporáneo cronista y escritor nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez:

> Dicen que Gómez Carrillo fue el maestro de la crónica. Yo creo que en realidad era algo más: era el inventor de la crónica. El idioma castellano, al mismo tiempo que sufría en el verso la súper

[893] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, pp. 196-197.
[894] Id., p. 167.

> alquimia de Darío, sufría en la prosa la innovación halada de Gómez Carrillo.[895]

Esta faceta de Gómez Carrillo como introductor de novedosas corrientes literarias la resalta Eduardo de Ory en una carta dirigida a la revista *Nuevo Mercurio,* revista que dirigiera nuestro cronista en 1907, y en la que se trataba ampliamente el tema de la corriente modernista: "Creo que usted y Valle Anclan han sido los primeros que han introducido en España la prosa moderna, lírica, fragante, llena de colores y de perfumes; la prosa en fin, flexible a todas las sensaciones. Por eso es de ustedes el triunfo".[896] Prosigue este autor en la misma carta, elogiando el arte del estilo novedoso y a la vez enteramente original de Enrique Gómez Carrillo, en los siguientes términos:

> Y es que la prosa de Carrillo no tiene precedente en ninguna época literaria; es, ya lo he dicho, una prosa única, exclusivamente suya; que parece evocada en un sueño de palabras bonitas. ¡Oh las palabras bonitas! Yo creo que en las palabras bonitas, está el todo para trabajar la prosa artística. Con palabras bonitas –con esas palabras que son como sonrisas y besos y hojas de rosa- y con símbolos, pueden cincelarse los más encantadores poemas, las más bellas prosas. Y creo también como Flaubert que las palabras tienen sus colores y que las hay alegres y tristes. Y no hay que olvidar que para decir una cosa no hay dos voces. He aquí el problema: en lo que estriba el arte de los modernos adoradores de la forma.[897]

Añade Eduardo de Ory en esta carta su defensa del modernismo y de Gómez Carrillo como su máximo representante en cuanto a prosa se refiere, intentando ofrecer la razón por la cual este movimiento no gozaría de la apreciación de los partidarios de lo clásico en literatura:

> Y es que esto, como dice Carrillo muy acertadamente, no lo comprenden esos espíritus groseros que sólo piden al literato "que diga cosas", "que tenga ideas" como si el arte tuviese algo más que su propia gracia y su propia divinidad.
>
> He aquí porqué no se aprecia hoy la labor de la juventud que lucha y corre entusiasta tras la verdadera originalidad. Los espíritus del día, más dados a lo material que a las bellezas de un ánfora labrada con el cincel del paganismo, no gustan de estos

[895] Id., p. 305.
[896] Ory reproduce su carta publicada en la revista *Nuevo Mercurio*, Nº 4, abril 1907, p. 36, (del libro, no de la revista).
[897] *Ibid.*

> trabajos de orfebrería, y sin embargo se solazan leyendo, en pleno siglo XX, los versos del *Tenorio.* […] vienen esos señores del clasicismo, esos señores que hablan pausadamente y rebuscando sus palabras, a decirnos que hoy no existe literatura y que tenemos el mal gusto de escoger a los franceses para modelos, como si los Flaubert y Verlaine, y Rémi de Gourmont y Maupassant fueran unos titiriteros de feria, que no hubiesen escrito en la vida unos palotes.[898]

Coincide con la concepción de esta revista como difusora y propulsora del modernismo así como de lo modernista Boyd G. Carter al afirmar que esta publicación "debe considerarse como el máximo vocero del modernismo de aquel tiempo en Francia".[899]

Entre sus biógrafos, Amado Herrera se define en la misma línea anterior, resaltando la nueva forma de escribir propia de Gómez Carrillo alejada de gustos clásicos y por tanto, más fresca, agradable y accesible para los lectores, sin que ello menoscabase ni su calidad ni su profundidad en cuanto al análisis de los temas enfocados:

> La prestancia adquirida por Gómez Carrillo como artista de la pluma, consistió en elevar la crónica a un alto sitial insospechado, que jamás había alcanzado con anterioridad. Hizo de la crónica una expresión viva y palpitante muy alejada del relato marchito. Cada crónica, además, es toda una creación literaria por la técnica metódica en tratar los distintos asuntos que interesaron a este poeta de la prosa, en cuyo ámbito bordó verdaderas filigranas de antología, pero sobre todo, cada crónica tiene una penetración de estudio, que le da carácter de ensayo en los variados temas tratados; hay penetración sicológica; hay investigación social e histórica que va surgiendo espontánea, fluida, sin el tedio de los tratados eruditos, sino con la plenitud de vida que nos sitúa en las distintas épocas y medios que retrata, dándonos la impresión de ser una especie de Virgilio conduciéndonos de la mano y señalándonos la profusión de variedades que integran la unidad.[900]

Éste mismo biógrafo nos transcribe las palabras de otro insigne escritor y crítico de nacionalidad venezolana, Rufino Blanco Fombona, con quien comparte la opinión de que Gómez Carrillo fue un renovador de la lengua castellana:

---

[898] De Ory, E., *op. cit.*, p. 37.
[899] Carter, B., *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas,* Méjico, Ediciones de Andrea, 1968, p. 21.
[900] Amado Herrera, E., *op. cit.*, p. 61.

> Fue él quien trajo al periodismo de lengua española –hay que confesarlo, porque es cierto-; aquella gracia, aquella ondulación, aquella amenidad, aquella suave ironía que convertían sus crónicas en obras maestras…[901]

Proseguiremos las alusiones al aspecto innovador de nuestro cronista reproduciendo las palabras de su compañero de periódico, amigo y biógrafo Juan Manuel Mendoza: "En Enrique el pensamiento se hizo imagen, sonido, color, sabor y sensación táctil; y la cuerda del sentimiento vibró en su pecho con tensión tan excesiva, que antes había sido eso cosa extraña".[902]

No obstante, aprovecharemos esta cita para hilar las numerosas alabanzas que el estilo modernista de Enrique Gómez Carrillo recibió de multitud de personalidades del mundo de las letras europeas e hispanoamericanas. Mas tan sólo ofreceremos algunas en las que sus autores realizan el símil de un Gómez Carrillo artista capaz de alcanzar o de asimilar la literatura con otras artes tales como la pintura o la escultura. Así lo representa esta cita de Eduardo de Ory en la que Carrillo es considerado un orfebre de la palabra:

> Ningún prosador ha conseguido obtener una labor tan rica, tan varia, tan delicada como la de Gómez Carrillo. Dijérase que escribe sus crónicas, sus cuentos, sus críticas con notas musicales, con los colores del iris, con el murmullo de la fuente, con el gorjeo de los ruiseñores. Dijérase que ha trabajado con el buril de un orfebre griego que fuese muy parisién, luego muy encantador.[903]

Juan Manuel Mendoza comparte con de Ory la visión de un Carrillo artesano, que esculpiría con palabras, comparándolo por ello con el genial escultor italiano Cellini:

> El verbo es terso y resonante; las cláusulas palpitan con ardimiento, y se desatan sugestivas y brillantes como raudales, como manojos de rosas, como lluvia de rayos. Son páginas de primorosos relieves, que recuerdan las orfébricas labores ejecutadas por el cincel de Benvenuto Cellini.[904]

---

[901] *Ibid.*
[902] Mendoza, J M., *op. cit.*, t. 1, p. 250.
[903] De Ory, E., *op. cit*., p. 10.
[904] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, p. 255.

Las comparaciones de la prosa de Gómez Carrillo con el ámbito de la pintura han sido igualmente numerosas. Destacamos las realizadas por un contemporáneo de Carrillo, Jules Claretie, cuyo verdadero nombre era Arsène Arnaud Claretie, quien fue escritor, novelista, autor dramático, historiador y cronista de la vida parisina en numerosos periódicos con los cuales colaboraba usando diferentes seudónimos. Refiriéndose al libro carrillista *El Alma Japonesa*, Claretie lo califica como "la obra de un observador, que es a la vez, pintor y poeta".[905]

Su biógrafo Juan Manuel Mendoza, también considera su obra cercana a la de un *pintor*:

> Magnífica y grandiosa inteligencia era la de Enrique, que realizó todo lo que un buen escritor puede ambicionar. Fue pintor de elegancias, soberbio descriptor de todos los cuadros de la vida. Lo grande y lo pequeño, lo frívolo y lo serio; todo pasaba por su pluma. Y su fecunda paleta ofrecía, a los diversos aspectos de los temas, los más vivos colores y los más propicios contrastes para distribuir las luces y las sombras necesarias.[906]

Otra referencia en esta dirección es la apuntada por el poeta malagueño considerado uno de los precursores del modernismo español Salvador Rueda, en la que nos presenta su concepción de un Gómez Carrillo capaz de aunar diferentes disciplinas artísticas: "no sólo critica, esmalta la forma con primores de estilo, de toques gráficos para acusar líneas características de sus retratos, modela, esculpe y tiene tino para hacer destacarse en el lienzo la figura".[907]

Sobre el alcance de su obra escrita desde París para diferentes modalidades de prensa tanto en Europa como en América, nos da noticia Amado Nervo, poniendo de relieve del mismo modo, el papel de lazo de unión que interpretó Gómez Carrillo a través de sus escritos:

> Gómez Carrillo ha divulgado en América y en España la belleza y el poder prestigiosos de la moderna literatura francesa. Ha sido lo que se decía de Gutiérrez Nájera y lo ha sido con más exactitud: "un plenipotenciario intelectual de Francia ante

[905] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 49.
[906] Mendoza, J.M., *op. cit*., t. 2, p. 195.
[907] Amado Herrera, E., *op. cit*., p. 49.

> América". Él ha llevado a nuestros nervios todas las vibraciones, todos los estremecimientos, todas las emociones, todas las angustias del viejo mundo intelectual.[908]

Manuel Ugarte, en el prólogo de la obra escrita por la primera esposa sobre su vida conyugal con Gómez Carrillo, pese a algún que otro reproche, en términos generales pone de manifiesto en numerosas ocasiones la gran calidad artística de un Enrique que ha sabido aunar sus raíces hispanoamericanas a lo genuinamente parisino, enfatizando particularmente su excelente labor en cuanto a la crónica de viajes:

> Sería injusto discutirle un puesto de primera fila entre nuestros más altos escritores. A pesar de la falta de convicciones y de apego a nuestra América; a pesar de la zona frívola en que él mismo quiso encastillarse, Gómez Carrillo ha escrito páginas que perdurarán como modelos de elegancia y de estilo. Sus impresiones de viaje, y sobre todo sus crónicas, impregnadas de un parisianismo espumoso que no le impidió seguir siendo *métèque*, serán recordadas en el porvenir. Pocas veces alcanzó nuestro idioma flexibilidad tan eficaz y relieve tan elocuente como bajo la pluma de este maravilloso descreído para quien sólo tuvo importancia lo insignificante.[909]

De entre otras muchas celebridades que se pronunciaron al respecto de las magníficas dotes descriptivas demostradas por nuestro cronista en sus escritos sobre países lejanos, seleccionaremos las palabras de Pérez Galdós, quien reconoció de la misma manera la maestría demostrada por Carrillo en cuanto a crónica de viajes se refiere. Así lo expresa en las siguientes frases:

> Viajero paciente y seguro; tierno y riguroso, de todas las comarcas. Parece hecho y compuesto expresamente, por sus medios adquiridos y por sus dones innatos, para pasearse libremente durante la vida a través de todos los paisajes y luego describirlos.[910]

Que la esencia parisina llegó hasta la médula de Enrique Gómez Carrillo es reconocido a nivel general, no sólo por el propio Carrillo sino también por muchos de los que le conocieron y por todos los que han estudiado su vida y producción artística. Eduardo de Ory nos hace llegar la

[908] Cáceres. A., *op. cit*., p. 35.
[909] Id., pp. 7-8.
[910] Amado Herrera, E., *op. cit*., p. 62.

afirmación de Rubén Darío en la que señala esta simbiosis entre Gómez Carrillo y la capital gala:

> […] como dice muy acertadamente Rubén Darío, en *La Nación* de Buenos Aires, no ha habido un escritor extranjero compenetrado con el alma de París como Gómez Carrillo, que conoce todos los "secretos" de la gran cosmópolis y que "si no ha llegado a escribir sus libros en francés es porque no se dedicó a ello con tesón. Más en su estilo, en su psicología, en sus matices, en su ironía, en todo: ¿quién más parisiense que él? Muerto Jean Lorrain no hay entre los mismos franceses un escritor más impregnado de París que Gómez Carrillo.[911]

Juan Manuel Mendoza recopila numerosas opiniones que inciden sobre las excepcionales cualidades de Gómez Carrillo como cronista de viajes. Así recoge la del académico dramaturgo francés Henri Lavedan:

> Gómez Carrillo es un viajero en la más noble y amplia acepción; un viajero de países, de tierras, y de cielos, de océanos y de costas, de espacios y de grandes extensiones, de llanuras de arriba y de abajo, de cumbres de todas clases, y un viajero de costumbres, de religiones, de hombres, de caracteres y de almas.[912]

O la de otro contemporáneo suyo, el célebre escritor belga Maurice Maeterlinck, quien realiza en estas palabras numerosos paralelismos entre el arte de Gómez Carrillo y el de grandes nombres de consagrados autores de reconocido prestigio literario:

> Gómez Carrillo es, ante todo, un gran poeta en prosa; es trasvasar, más o menos directamente, un líquido perfumado, cuyos mejores aromas se alteran y evaporan. Da él la impresión, como viajero, del peregrino perfecto. Sabe pintar un paisaje, una ciudad, un palacio, como Teófilo Gautier; pero alcanza más a probarlos. Y en él el mármol y el bronce no aplastan a los hombres. Es a veces, risueño y exuberante, como Dumas padre; pero se ve que su imaginación está siempre al servicio de la más estricta verdad. Cuando hace falta muéstrase preciso, narrativo y gráfico como Stendhal; fatalista, sombrío y pictórico, melancólico y vago como Loti; especulativo y documentado, como Taine; sensitivo, soñador y sutil como Gerardo Nerval; ergotista, combativo, práctico y modelo como Julio Huret, de quien tomó la ojeada pronta y despiadada, y la frase instantánea. Todo esto se armoniza, forma un tejido sin costuras, sin piezas, atravesado por hilos de oro y plata, que nos avisan de que, bajo el escritor febril vive un poeta que no descansa por nada y a quien los mejores

[911] De Ory, E., *op. cit*., p. 33.
[912] Mendoza, J. M., *op. cit*., t. 1, p. 194.

> poetas de hoy saludan como a un hermano turbulento e infatigable.[913]

No siendo esta la única vez que Maeterlinck se refiriera a nuestro autor, pues como hace constar Mendoza en su obra, y como consta en el prólogo que éste le hiciera a la segunda entrega de sus memorias[914] le dedicó elogiosas palabras que sintetizan tanto la alta estima que su arte le inspiraba como la que fuera su personalidad y forma de vida extrema en ocasiones pero siempre intensa:

> Gómez Carrillo es, ante todo, un gran poeta en prosa…Su vida recuerda la de aquellos magníficos artistas del Renacimiento italiano, que derrochaban ardientemente tres o cuatro existencias en una sola y conocían la vida tres o cuatro veces mejor que los que no consumen sino una.[915]

No sólo su producción relativa a transmitir sus impresiones, ideas, reflexiones,… nacidas de sus periplos por países más o menos lejanos merecieron el elogio de sus dotes artísticas. Nuevamente Mendoza nos ofrece un conglomerado de reconocimiento de los méritos de Gómez Carrillo procedentes de distintos altos representantes de la literatura:

> El gran crítico Faguet declaró que "Pierre Loti no haría nada mejor que Gómez Carrillo". Luis Bonafoux lo calificó con el epíteto de "primer literato de la América Española". J. Martínez Ruiz dijo que: "Gómez Carrillo era un artista delicadísimo. Voltee Peraza que "El talento de Gómez Carrillo, convertido en clarísimo prisma, recoge toda la luz dispersa y nos presenta la maravillosa irradiación de que va a formarse, no muy tarde, el matiz heroico de la moderna literatura". Rufino Blanco Fombona: que "La obra de Gómez Carrillo es bella, artística; de amor y no de conveniencia". De Pérez Caldos son estas frases: "Enrique Gómez Carillo, el admirable escritor para cuyo ingenio y actividad son estrechas las cinco partes del mundo, nos ha pintado, en los cuadros incomparables de sus primeros libros castellanos, el alma del Japón, de Tierra Santa, de Grecia, de Buenos Aires, de Egipto; y toda esta riqueza de observación nos la trae fragantemente al sol nativo, con lo cual ha sabido dar a nuestra prensa un carácter mundial.[916]

Para poner el colofón a esta hilera de homenajes, Mendoza acaba con otra frase en la que se alían la descripción física con la artística, para, en

[913] Id., p. 237.
[914] Gómez Carrillo, E., prólogo de *El despertar del alma*, ed. cit.
[915] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 224.
[916] Id., pp. 261-262.

pocas palabras, ofrecer una presentación total y exacta del personaje y su arte. Nosotros la consideramos igualmente acertada para cerrar esta breve presentación que pretende demostrar la importancia y relevancia que Gómez Carrillo alcanzó, ayudando en ocasiones no tanto por motivos literarios como personales,[917] pero de las que siempre disfrutó dadas sus excelentes cualidades literarias. Expone Mendoza basándose en otra relevante opinión laudatoria dedicada a Gómez Carrillo: "El crítico Juan Brasa escribió: "Es un tipo guapo, elegante, despilfarrador, mosquetero y poeta. Sí, poeta: un gran poeta. Su prosa brillante no es otra cosa que poesía acabada"".[918]

Añadiremos otro dato que igualmente proporcionará una idea clara de la dimensión que la persona y la obra de Gómez Carrillo adquirieron en su época. Este dato es relativo a prólogos,[919] tanto a prólogos que Carrillo escribió como de los prólogos que otros excelsos literatos tuvieron a bien crear para las obras de nuestro cronista guatemalteco.

Gómez Carrillo, que además gustaba de dedicar sus libros a personajes destacados con quienes le unían lazos amistad o de admiración, valgan como ejemplo los nombres de Maurice Barrès, Leopoldo Alas, Louis Bonafoux, a Vicente Blasco Ibáñez, a Torcuato Luca de Tena, al subdirector de la publicación *La Razón* de Buenos Aires, Angel Sojo o el Conde de Romanones, actuó en calidad de introductor a la obra o como prologuista para gran cantidad de autores y/o reediciones de obras, como ya hemos reseñado en el epígrafe correspondiente a la revisión de la obra

[917] En los estilos indirecto y directo nos comenta Mendoza alguna idea al respecto que puso en práctica nuestro cronista. Así nos transmite resumido cual sería su pensamiento en cuanto a las vías susceptibles de ser utilizadas, aunque no siempre muy ortodoxas para alcanzar renombre: "El escándalo era una de sus propensiones favoritas y uno de sus estimulantes más activos. Entendía que es ésta una de tantas maneras, autorizadas o permitidas, para que los hombres se hagan célebres o, por lo menos, populares".
En las propias palabras de Carrillo, nos transmite Mendoza la recomendación de Carrillo ofrecida a un joven que le pide consejo con la finalidad de perfeccionar su estilo y llegar a ser famoso. La opción escogida por nuestro autor para ponerla en práctica a la hora de alcanzar notoriedad en la sociedad de la época es la siguiente: "El estilo no importa. La fama tampoco. […] Consiga usted que le amen unas cuantas docenas de mujeres parisienses, y después veremos si no mejora el estilo y si no crece la fama. Ahí tiene usted el secreto que busca y que me pide". Id., p. 220.
[918] Id., t. 1, p. 269.
[919] González Martel, J.M., *Enrique Gómez Carrillo: obra literaria y producción periodística en libro*, ed. cit.

carrillista. De entre los cuales resaltaremos a Rubén Darío, Aurora Cáceres, Francisco Villaespesa, Sunshuy Tamenaga, Oscar Wilde, Eduardo Marquina, Paul Verlaine o Jules Huret.[920] Algunos de estas personalidades fueron a su vez prologuistas de la obra de Gómez Carrillo. Éste sería el caso de Rubén Darío y de Leopoldo Alas. Del mismo modo actuaron como introductores a su obra, el que fuera su amigo personal y célebre escritor Jean Moréas, Antonio cortón, Alfredo Vicente o Maurice Maeterlinck.

Asimismo, refuerza la afirmación del gran alcance y proyección logrados por la figura de Enrique Gómez Carrillo el hecho de que algunas de sus obras fueran traducidas a varios idiomas. Al idioma al que fue más traducido fue al francés. No obstante, existen traducciones de algunas de sus obras al alemán, inglés, checo, rumano, griego, italiano, portugués, sueco e incluso al japonés.[921] Sobre alguna en concreto de estas traducciones nos transmite sus impresiones Aurora Cáceres, para declarar la palidez que sufre en ella el peculiar estilo de Carrillo: "De *Marsella a Tokio* ha sido editado después de *L'âme japonaise*, traducción que me disgusta leer, porque en el idioma francés me parece que no fuese escrita por Enrique".[922]

[920] Id., pp. 101-105.
[921] Id., pp. 82-89.
[922] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 79.

Capítulo 5.Visión del “Otro” desde París

Partiendo de la premisa consistente en que Gómez Carrillo consideraba París como la única ciudad habitable del mundo,[923] la visión del Otro y de los 0tros contendrá siempre matices despintados con respecto a la propia, embebida de lo y en lo parisino. Es lo que sucede cuando Carrillo quiere destacar la labor artística de cinco literatos franceses al realizar una crónica titulada “Los cinco príncipes de las letras”,[924] donde compara la afición o hábito de conceder títulos nobiliarios, aunque sólo sean de carácter honorífico, a prohombres destacados en diferentes campos, costumbre compartida con el norte del Nuevo Continente, si bien no regirían los mismos criterios a la hora de nombrar nobles. Criticará Carrillo lo mercantilista de lo norteamericano frente a lo ideal de lo francés en lo relativo a la concesión de estos títulos honoríficos:

> Más vale ofrecer coronas ideales a dulces pastores de quimeras que brindar cetros a los que acaparan el petróleo. Allá, en los Estados Unidos, hay reyes del acero, del azúcar, del aceite, de los diamantes, del algodón... Aquí los príncipes son del ensueño, del ritmo, de la imagen.[925]

El resto del mundo cobra relieve cuando se regresa a París. A lo largo de toda su vida, Gómez Carrillo realizó múltiples viajes a través de lejanos y exóticos países, con el objetivo de transcribir en sus crónicas las sensaciones que las tierras lejanas le producían. Dichas crónicas serían publicadas en el periódico en el cual trabajara en cada momento, crónicas que luego darían lugar a la publicación de libros sobre los citados países. Aunque Gómez Carrillo reconocería su gusto por partir al descubrimiento de nuevos pueblos, de nuevas gentes, de nuevos paisajes, de nuevas sensaciones y emociones, lo cierto es que, estos periplos lo obligaban a permanecer lejos de su París amado, de sus bulevares habituales, de sus cafés cotidianos, de sus amigos literatos,… de todo lo que era parisino y significaba para él su hábitat natural. El propio Carrillo confesará que, una de las ventajas del viaje consistiría en el redescubrimiento de las bondades

[923] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas,* ed. cit., p. 35.
[924] Id., pp. 115-157.
[925] Id., p. 115.

de París al regresar. Estas bondades aparecerían resaltadas en comparación a su percepción algunos meses atrás, diluídas por el efecto de la costumbre, pues confiesa Carrillo en tanto que viajero:

> No sentimos ni la fatiga del viaje, ni las molestias de los hoteles, ni el mareo de los barcos, ni las tristezas de las interminables tardes solitarias, porque, gracias a todo eso, podemos ahora sentir la dulce belleza parisina, mejor que hace tres meses. ¡Oh, nuestro París!, ¡Cuán caro nos eres! La separación ha aumentado en nuestra alma el amor por ti.[926]

Esta idea se erige claramente en su crónica titulada "Psicología del viaje",[927] en la cual, la aparición de la silueta lejana de la Torre Eiffel, símbolo universal de la capital francesa, hace que la impaciencia del parisino se desate ante la proximidad de su anhelado París, desdibujando todos los goces y sensaciones disfrutados en otras lejanas y bellas tierras. Así lo expresará Carrillo:

> Cansados de los grandes hoteles, cansados de los trenes rápidos, cansados de los museos famosos y hasta de los divinos paisajes remotos, los buenos bulevarderos experimentan, al volver a ver, en fin, la torre Eiffel a lo lejos, una sensación de infinita voluptuosidad, que ni los lagos italianos, ni los mares escandinavos, ni las montañas suizas, ni las pirámides egipcias, no los acrópolis griegos les proporcionaron nunca.[928]

A través del análisis llevado a cabo por nuestro autor a través de sus desplazamientos de aquellas ciudades, de aquellas tierras visitadas, demostraremos en el capítulo siguiente consagrado a la visión carrillista de París en la lejanía, cómo la contemplación de aquello que es bello, que es grandioso, que es admirable, en el transcurso de los citados viajes, lleva a nuestro cronista a rememorar sus visiones de París. La imagen de París no se difuminará nunca en los recuerdos de Carrillo, estando siempre presente a un nivel muy superficial, lo cual propiciará que pase a primer plano en la crónica de viajes, incluso aunque se trate de polos opuestos y alejados entre sí como Japón o Buenos Aires.

[926] Id. p. 35.
[927] Gómez Carrillo, E., "Psicología del viaje" en *El Primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 7-35.
[928] Id., p. 32.

5.1. Visión del "Otro" español.

La visión de España desde París es inevitablemente negativa, resultado de la oposición de lo que España, para Carrillo connota de oscuro, de retrógrado, de clásico, de inamovible, de conservador,…frente a la luminosidad de París, donde todo es posible gracias a la inmanente apertura global de esta ciudad en lo relativo a su gusto por lo novedoso, a su capacidad de captación, integración y expansión de lo nuevo, de lo diferente, de lo avanzado. Las alusiones de este tipo a España y a lo castellano abundarán en su obra autobiográfica titulada *La miseria de Madrid*,[929] donde contará sus peripecias de adolescente casi sin recursos económicos, en una ciudad gris y anquilosada, que lo parecía aún más a los ojos de aquel que venía deslumbrado por los brillos de París, rememorada esta etapa también en su obra autobiográfica de título más amable *En Plena Bohemia.*[930] Mas no sólo en la obra dedicada a recordar los cortos meses transcurridos en la capital castellana encontraremos alusiones en las que quede patente el rechazo de Carrillo a lo madrileño como concentración de lo español,[931] puesto que en otras muchas de sus obras aparecen variados comentarios en este sentido, principalmente referidos al mundo de las letras. Es el caso de su crónica "El arte de trabajar la prosa",[932] reproducida en varias de sus obras, nuestro cronista abogará por la libertad en el arte de escribir frente a rígidas leyes y normas petrificadas, preponderantes aún en la prosa castellana. En contra de aquellos escritores de procedencia española que sostienen y defienden directrices de este estilo en lo literario, con nombres y apellidos, muy ilustres por cierto, dirigirá sus iras Gómez Carrillo, pues ellos estarían contra la concepción de un arte sin teorías, un arte en libertad total, del cual era partidario nuestro cronista. Así señala Carrillo a aquellos literatos españoles intransigentes con las novedosas tendencias que promulgaban la belleza como *súmmum* en la

[929] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit.
[930] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit.
[931] Carrillo encontrará esta sordidez en las pensiones, en las gentes, en los literatos, en las actitudes de los intelectuales de renombre de la época, en las costumbres,…, siendo raros los nombres de aquellos a quienes conociera en Madrid, que le proporcionaran gratos recuerdos. Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit.
[932] Gómez Carrillo, E., *El Primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 177-198.

literatura frente a la instrumentalización de la misma concebida únicamente para transmisión de ideas (y que ya citábamos en la página 104):

> […] esto, ¡Oh! Baroja, Unamuno y Compañía, no lo podéis comprender vosotros, los que creéis que sólo se escribe para "decir algo"; vosotros, los que ignoráis que una página bella no tiene más deberes que una bella rosa; vosotros, los que sólo consideráis la frase como un vehículo; vosotros, los lamentables irreligiosos de la religión del ritmo.[933]

Irá más lejos Gómez Carrillo en su condena de la incomprensión hacia lo moderno y renovador, condenando a los hispanoamericanos junto a los españoles, pues reprochará: ""Las voces –dice Rémy de Gourmont- son signos aptos para todo: uno mismo, es ya verbo, ya adverbio; ahora sustantivo, luego adjetivo". Eso en Francia, se entiende. En España no. En América tampoco".[934] No ahorrará Carrillo calificativos para aquellos literatos poco abiertos a nuevas corrientes, englobando a castellanos e iberoamericanos en el mismo entorno de anclaje al pasado literario, pues denunciando su cerrazón y oposición a lo novedoso e innovador.[935]

No obstante, en algunas ocasiones, Carrillo declarará vislumbrar cambios en las tendencias artísticas españolas, en concreto en la literatura castellana, en la que deposita su confianza en una próxima y cercana superación del peso hasta entonces aplastante de la ortodoxia imperante. Es lo que expresará en la crónica titulada "El provenir de la literatura española", cuyos subtítulos serán "La opinión de un pesimista" y "Una visita a Miguel de Unamuno" .[936] La mirada que Carrillo dirige hacia España, buscando opiniones acerca del venturoso futuro que esperaría a sus letras, choca con la figura del entrevistado por nuestro cronista, el ilustre rector de la Universidad de Salamanca, D. Miguel de Unamuno. Citará Carrillo alguna alusión metafórica realizada por el ilustre español contraria a la influencia de lo francés en las letras españolas. Estas son las

[933] Id., p. 177.
[934] Id., p. 179.
[935] *Ibid.* Ya incluíamos esta cita en la página 105 del presente estudio y que repetimos para argumentar nuestra afirmación: "Nuestros gramáticos, siendo poco artistas, han secado la fuente viva de nuestra lengua literaria, obligándonos a no salir de moldes tradicionales".
[936] Gómez Carrillo, E., *Desfile de visiones*, ed. cit., pp. 179-189.

palabras de Unamuno citadas por Carrillo en su crónica: “En España, ciertas pretendidas exquisiteces literarias o artísticas, mezquinos remedos de monsergas bulevarderas de París, resultan collares de diamantes, […] en una moza hambrienta, escuálida, sucia y andrajosa”.[937] Tras escuchar las doctas conferencias de Unamuno durante su entrevista realizada en Madrid, la visión de Carrillo, en tanto que artista imbuido de modernismo, de París, de bulevares y de innovaciones es, ante la figura de D. Miguel, de blanco sobre negro, o más bien, colores sobre negro. Veamos las impresiones de nuestro cronista en las que creemos encontrar una crítica tanto intelectual como personal, cuando tras las desilusionantes palabras del español hacia el horizonte de su literatura, invita a nuestro autor a pasear por el Prado madrileño en un soleado día de otoño: “Era un día de fiesta de la Naturaleza. Todo gozaba, todo reía. Sólo don Miguel de Unamuno continuaba serio y melancólico, sin notar siquiera que el cielo le invitaba a sonreír. Pero… ¿sabrá sonreír este hombre?...”[938]

5.2. Visión del “Otro” en el teatro y su público

El público en general, productor o receptor de las obras artísticas tanto nuevas como conservadoras, es enfocado por Carrillo de forma diferente según su procedencia sea parisina o castellana. La visión del parisién es la de un espectador entendido y sensible ante la belleza, bajo cualquiera de sus presentaciones, frente a la del latino insensible ante las sutilezas del estilo literario. Lo expresará en los siguientes términos, aludiendo a los franceses: “Genios, grandes cerebros, espíritus superiores, llegarán quizá a faltar. Artistas, no. El amor de la belleza está en la sangre de este pueblo”,[939] cita que ya hemos resaltado anteriormente.

El artífice real del éxito de las novedades sería el público, según afirma Carrillo, siendo el público parisino el ideal en la apreciación del

[937] Id., pp. 183-184.
[938] Id., p. 189.
[939] Id., p. 191.

arte, sensibilidad de la cual carecería el público latino, pues concluye nuestro autor: "En París el público sabe por instinto que lo que es bello es siempre perfecto".[940]

No obstante, tras estas alabanzas a los espectadores franceses y parisinos, Carrillo procederá a comentar otros rasgos que en ellos encuentra menos halagüeños. Las actitudes de la burguesía parisina que acude a los teatros con intereses distintos a los de admirar el arte e ideas expuestos en una obra dramática, sino con objetivos más enfocados hacia los de figurar socialmente, hacerse ver, son puestos de relieve por nuestro cronista. En contraposición a este rasgo negativo, buscará Carrillo en otros países el ejemplo a seguir. Lo encontrará en Escandinavia, donde las salas de teatro se caracterizan por su oscuridad. Fundamenta Carrillo, que en esta ausencia de claridades, los burgueses parisinos, no se tomarían la molestia de asistir, dado que no podrían brillar con luz propia y ser admirados por los demás asistentes.[941] En este tono se lamenta Carrillo: "¡Ah, si los teatros en París fueran, como parece que son los de Escandinavia, lugares oscuros en los cuales nadie ve a su vecina, probablemente tendrían menos espectadores!".[942]

La cuestión del teatro popular, esto es, de la creación de teatros para uso y disfrute de las masas populares francesas, en tanto que sujetos susceptibles y capacitados para la captación de la esencia del arte y de la belleza, es el tema que ocupa a Carrillo en su crónica "El teatro popular".[943] La práctica al respecto llevada a cabo en otros países inspirará a Carrillo en su postura totalmente a favor de la creación de salas destinadas al pueblo llano parisino y francés, ya que esos ejemplos de teatros populares, en Viena o en Berlín, habrían demostrado el éxito de estos teatros en los que se representarían todo tipo de obras, incluidas las

[940] Id., p. 190.
[941] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas,* ed. cit., pp. 221-222.
[942] Id., p. 222.
[943] Gómez Carrillo, E., *El modernismo,* ed. cit., pp. 66-104.

de grandes dramaturgos,[944] logrando unir la diversión con la edificación moral y personal del espectador a través de la escena.

Nuestro escritor se decantará por enfocar la creación de este Teatro Popular bajo la óptica de ofrecer otro servicio público más al que todos los ciudadanos deberían tener garantizado el derecho de acceso. Lo expondrá así Carrillo: "Se trata de un servicio público, tan útil cual el correo y los caminos -¡el servicio de la belleza!- ¡Que pague, pues, el Estado!".[945]

Tras analizar numerosas cuestiones que afectarían a la instauración del citado Teatro Popular (financiación, repertorio, organismos oficiales implicados,…) trata Carrillo el tema de la censura, resaltando la conclusión a la que habrían llegado los teóricos del citado teatro acerca de la necesidad de su existencia. Carrillo no parece estar de acuerdo y vuelve la vista hacia otros países donde esta influencia sobre lo artístico no existiría tales como España, Portugal y a Bélgica.[946] A éste último se refiere cuando comenta que la censura no actuaría en sus teatros en contraposición con la existente en París: "Ved, si no, con cuanta frecuencia obras que en París prohíbe la policía se representan en el país flamenco".[947]

Gómez Carrillo echará paseará su mirada por diferentes capitales, en un intento de encontrar en ellas las dos caras de un fenómeno artístico y teatral al que se referirá bajo el nombre de *clownismo,*[948] en el cual diferenciará modalidades según países, las cuales podrían contemplarse en diferentes ciudades del mundo, siendo la más auténtica y primigenia la practicada en tierras inglesas. Según aclarará nuestro cronista, será en tierras del Reino Unido donde sobresalga la calidad de los espectáculos protagonizados por payasos:

> […] para saber lo que es el clownismo genuino, patético y grotesco, sin snobismo y sin bluff, hay que ir a Inglaterra, no precisamente a Londres, sino a los pueblos pequeños: En París, en

[944] Id., pp. 69-71.
[945] Id., p. 72.
[946] Id., p. 95-96.
[947] Id., p. 96.
[948] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las mujeres*, *Obras Completas*, t. XXII, Madrid, Mundo Latino, 1921, pp. 81-84.

> Madrid, en Buenos Aires, no vemos sino a los reyes del género, a los que ganan centenares de libras diarias, a los que sólo en escena son siniestros.[949]

Las ciudades citadas, con excepción de la capital bonaerense, recibirán la observación de Carrillo con la finalidad de reunirlas, al contrario que en el rasgo anterior que las separaba, bajo el manto común de detentar por igual lo que considera el gran mal del mundo del *music-hall*: los celos entre artistas.[950] Declarará nuestro autor haber sido testigo, en todas ellas, entre bastidores, del sufrimiento de los grandes artistas ante los éxitos de sus propios compañeros.

5.3. Visión del "Otro" asentado en París.

El otro, afincado en París en particular, o en Francia en general, es concebido por nuestro cronista, siempre que se trate de almas sensibles al arte y a la belleza, como un francés más, como un parisino más, aunque sea de opción y de adopción. La justificación de la ausencia de *dépaysement* en aquellos asentados en la capital francesa llegados de otras latitudes, las encontrará Carrillo en las bondades y características propias del suelo de París, que no haría a estos extranjeros añorar las tierras natales. Dirá Carrillo respecto de la acogedora tierra francesa y parisina en particular: "Los orientales, que en España misma, en aquella atmósfera azul, se sienten desterrados, en los campos franceses del centro encuentran una nueva patria".[951]

5.4. Visión del "Otro" a través del estilo periodístico

Mirará hacia otros países nuestro cronista cuando ejerza la labor de análisis de la situación del periodismo contemporáneo parisino y

[949] Id., p. 84.
[950] Id., pp. 88-90.
[951] Gómez Carrillo, E., *El Modernismo*, ed. cit., p. 265.

francés,[952] especialmente en dos aspectos, en el del periodismo elegante, sutil y artístico desempeñado por los franceses frente al mismo género practicado por anglosajones, concretamente por estadounidenses e ingleses, cuyo oficio encontraría Carrillo carente de la gracia y la belleza que los franceses habrían sabido imprimirle.

El otro aspecto de lo periodístico del cual Carrillo se ocuparía sería el de la situación de las redacciones de los periódicos en lugares modernos y cómodos y no en lugar de en antros desvencijados o poco adecuados para el ejercicio de la información. En este último aspecto, Carrillo volverá la mirada hacia España, la cual no saldrá muy bien parada en la comparación, puesto que Carrillo hará referencia a que, frente al tópico popular en la que creería que las redacciones de los diarios se encontrarían en locales viejos, quizá poco aptos para el desarrollo de la labor periodística, se encontraría un empresario de la prensa parisina, quien, habiendo comenzado su andadura en el mundo de la información de manera modesta, habría logrado llegar a mantener una tirada importante, ubicando su empresa en instalaciones dignas de ser calificadas de "palacio" por Gómez Carrillo.[953] A ello añadiría lo asequible del entorno en que los informadores franceses desempeñarían su trabajo, pues frente a estas óptimas condiciones, recordará nuestro cronista las habituales propias del oficio en tierras españolas diciendo: "No diré que exista aún, como en España, la mesa redonda, en la que todos trabajan juntos, a hora fija, entre bromas y tazas de café",[954] situación que Carrillo conocería de primera mano al haber colaborado en varios diarios españoles, e incluso dirigido uno.

En cuanto a la comparación con la labor periodística anglosajona, de ésta señalará la frialdad del oficio en pro de la concisión y la adaptación a la necesidad de concentración, lo que eliminará del resultado informativo todo rastro de estilo, de belleza o de arte, así como de toques personales que humanizarían las crónicas informativas. Así pues, mientras que el

[952] Gómez Carrillo, E., "El carácter literario de la prensa parisiense" en *La nueva literatura*, ed. cit., pp. 223-278.
[953] Id., p. 233.
[954] *Ibid.*

reportero parisino sería, a los ojos de Gómez Carillo, más artista y literato, el anglosajón sería un aséptico transmisor de noticias. Lo especificará Carrillo en los siguientes términos, alabando al periodista francés:

> Entre dos reportajes, hechos a vuela pluma para ser transmitidos por telégrafo, escriben cuidadosamente, amorosamente, páginas que guardan para más tarde y que han de ser capítulos de novelas, estrofas de poemas, artículos de revista literaria. La literatura, ha ahí el signo que diferencia al francés del yanqui o del inglés.[955]

Proseguirá Carrillo en idéntica dirección al abundar en la misma idea exponiendo: "El hombre de Londres o de Chicago nace repórter y muere repórter. El de París, hasta cuando ejerce las más humildes funciones de informador callejero, sueña con ver su nombre en la cubierta de un libro".[956]

Incidirá de nuevo nuestro autor en lo divergente del oficio de periodista entre las concepciones anglosajona y francesa. Lo hará al organizar en dos tipos los periódicos publicados en París, en base a su campo de actividad.[957] Estos dos tipos serían los diarios informativos en primer lugar, y en segundo, los diarios literarios. Apuntando hacia la primera parte de la clasificación, Carrillo especificará: "En el primero, inspirado en métodos yanquis, todo debe ser o parecer eléctrico, mecánico, vertiginoso, inaudito; […]; todo en sus dominios, en fin, es breve y sin adornos, salvo los títulos, que a veces ocupan más sitio que el texto".[958] En cuanto a la modalidad de prensa literaria, más acorde al temperamento francés, dirá Carrillo:

> cree que la gente tiene necesidad de leer cosas agradables, de enterarse de las actualidades artísticas lo mismo que de las políticas; de hallar, en suma, en las páginas del periódico un reflejo halagador de todo aquello que, en la existencia, nos preocupa, nos seduce, nos interesa o nos apasiona.[959]

[955] Id., p. 245.
[956] Id., p. 246.
[957] Id., pp. 247-251.
[958] Id., p. 248.
[959] *Ibid.*

5.5. Una visión particular del "Otro" procedente de Hispanoamérica

La mirada de Carrillo se vuelve hacia su continente natal al tratar el tema del auge que experimentaban las ciencias ocultas con fines adivinatorios en el París contemporáneo. Hablará nuestro autor de diferentes métodos usados en la labor adivinatoria, de nombres consagrados en aquel París, de las versiones científicas de interpretaciones sicológicas del sueño, finalizando con la reseña referente al creciente número de adivinadores procedentes de Hispanoamérica, importados por miembros de la realeza europeos. Así lo expresará Gómez Carrillo: "la gran América, que principia en el estrecho de Behring y acaba en la Patagonia; la América integral, trilinguüe y multicolora; la América de todas las riquezas y de todas las sorpresas, comienza a exportar también magos".[960]

5.6. Visión de las "Otras": la mujer y de las mujeres. Las artistas.

En el tema femenino, unido al artístico, las miradas de Carrillo se dirigen hacia distintos otros, o más bien, otras, en un deseo de ensalzar cualidades, de contraponer artes, de dejar constancia de las modalidades de belleza representadas por cada artista, según su país de procedencia. Lo evidencia su obra *El libro de las mujeres*, puesto que, dentro de sus apartados titulados *Bailarinas*[961] y *Entre encajes,*[962] pululan distintas artistas, distintas mujeres, analizadas desde la esencia de sus tierras natales. Entre las artistas de la danza dedicará sus admirativas páginas de prosa poética a Isadora Duncan,[963] a Napierowska,[964] a las artistas orientales en

[960] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., p. 27.
[961] Gómez Carrillo, E., "Bailarinas" en *El libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 11-79.
[962] Gómez Carrillo, E.,"Entre encajes", Id., pp. 139-249.
[963] Gómez Carrillo, E., "La bacante que baila", Id., pp. 11-26.
[964] Gómez Carrillo, E., "Napierowska", Id., pp. 26-28.

general[965] o a las inglesas.[966] En el otro apartado se referirá tanto a mujeres francesas como a foráneas, desde las parisinas y las de Biarritz[967] a las sevillanas[968] o londinenses,[969] entre otras.

Sus recuerdos de Sevilla aparecerán en su obra, concentrados en la visión de los bailes típicos de la región. La bailarina sevillana representará a la esencia de la capital hispalense allá donde muestre su arte. En ello cree Carrillo sinceramente, pues afirma, fusionando a la artista con su tierra: "En un cartel, cuando la vemos en países lejanos, pensamos en el acto en la Giralda, en la Torre del Oro, en los Jardines del Alcázar. Ella es Sevilla".[970]

No obstante, Carrillo realizará un camino contrario, no desde el elemento parisino hacia el exterior, sino al contrario, en su intento de resaltar el carácter único y original de alguna artista de la danza, despojándolo de todos los matices que otras danzas, que otras ondulaciones musicales, pudieran imprimirle, no encontrando "al otro" en la esencia de esta bailarina: "No hay en ella fiebres de las que, en Oriente, hacen del vientre de la mujer un volcán. No hay en ella temblores sagrados, como los que sacuden los torsos rígidos de las danzarinas gitanas".[971]

En *El segundo libro de las mujeres,*[972] el cronista guatemalteco realizará una visión panorámica teniendo como objeto central a artistas y cantantes de diferentes procedencias geográficas, de las cuales resaltará sus dones y estilos artísticos característicos, contraponiéndolos entre sí o estableciendo comparaciones con los parisienses.[973] Entre las diferentes artistas según sus orígenes o lo especializado de sus géneros artísticos tratará de la gitana, la oriental, la inglesa, la cupletista, la alemana, la persa,…. Entre ellas establecerá divergencias de estilos así como

[965] Gómez Carrillo, E., "Bailarinas orientales", Id., pp. 65-71.
[966] Gómez Carrillo, E., "Las girls", Id., pp. 71-78.
[967] Gómez Carrillo, E., "Mujeres de Biarrtiz", Id., pp. 238-243.
[968] Gómez Carrillo, E., "El prestigio voluptuoso de las sevillanas", Id., pp. 168-176.
[969] Gómez Carrillo, E., "Las mujeres de Londres", Id., pp. 182-188.
[970] Id., p. 46.
[971] Id., p. 49.
[972] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit.
[973] Gómez Carrillo, E., "Cantadoras Imaginarias", Id., pp. 155-230.

coincidencias en belleza y arte. De la gitana ensalzará su carácter original, único y fiel en el mantenimiento de sus ancestrales esencias, diferenciándose así en un mundo con tendencia a la globalización de las modas:[974]

> […] en esta época, que hasta las campesinas de Galicia y de Irlanda quieren parecer parisienses, las hijas de los antiguos domadores de osos son las únicas mujeres que aún sugieren ideas pintorescas, con sus trapos policromos, sus gestos extraños, sus altiveces socarronas y sus bocas enigmáticas.[975]

En la cantante oriental[976] encontrará similitudes con las jóvenes parisinas, pues dirá nuestro cronista: "Tal cual esta muchacha de Siria o de Anatolia indica el tembloroso despertar de su alma a las tentaciones embriagadoras, asimismo lo hacen, en los conventos aristocráticos de París, las niñas que recitan sus primeros madrigales".[977]

La singularidad de las voces de procedencias africanas reclama de igual modo la sensibilidad artística del cronista guatemalteco.[978] El arte de una cantante de raza negra escuchada en París hace exclamar a Carrillo, henchido de belleza artística tanto como de rechazo de prejuicios racistas que apuntarían incluso a la imposibilidad de la existencia del alma en los cuerpos de ébano: "¡Esos querría yo que vinieran ahora aquí y escucharan a esta gran artista africana!...Porque es, indiscutiblemente una gran artista, consciente, sensible, capaz de expresar los matices más finos".[979]

En función de la esencia exhalada por la artista del cuplé,[980] modalidad artística de la que parece estar un tanto hastiado nuestro autor, hallará confluencias Gómez Carrillo en el triángulo de tres capitales europeas, incluida París: "¿Parisiense? ¿Romana? ¿Madrileña?...Lo mismo da. La

[974] Gómez Carrillo, E., "La gitana", Id., pp. 157-162.
[975] Id., p. 159.
[976] Gómez Carrillo, E., "La oriental", Id., pp. 177-181.
[977] Id., p. 179.
[978] Gómez Carrillo, E., "La negra", Id., pp. 225-230.
[979] Id., p. 229.
[980] Gómez Carrillo, E., "La cupletista", Id., pp. 189-195.

especie, en su hibridez sin acento y sin carácter, florece bajo todos los cielos latinos con desesperante monotonía".[981]

El extenso y profundo bagaje viajero de Gómez Carrillo propiciaba esta mirada rotativa por diferentes latitudes al fijarse en las bailarinas. Este bagaje, unido a las excelencias decorativas de la Exposición Universal en el seno de la cual presencia la danza de artistas orientales, hace que su mirada se extasíe, embrujada por el arte del baile, confesando no saber a punto fijo, debido al sugerente deleite experimentado ante la danza, el lugar exacto donde se encontraría. La puesta en escena de aquel arte lo habría transportado de tal manera que reflexiona nuestro autor: "a medida que la luz disminuye, el opio sutil de las evocaciones me alucina hasta hacerme creer que en realidad estoy lejos de París y de Europa, en una ciudad de casas blancas, de habitantes negros, en una Babilonia mitad árabe, mitad negra".[982]

Al hilo de una situación vivida por una de las bailarinas admiradas por Carrillo, éste expone la contraposición de las posturas más o menos progresistas en diferentes países respecto al arte, ponderando el progresismo y visión abierta de lo parisino, frente a lo muniqués en este caso, pues exalta la postura adoptada por la prensa parisina ante lo que consideraba una actitud retrógrada y reduccionista en el ámbito artístico demostrada por los muniqueses: "Cuando, hace poco tiempo, Mademoiselle Adorée Villany fue procesada en Munich por haber bailado desnuda en un teatro, la Prensa parisiense se indignó con razón contra los rigores y pudores de la policía alemana".[983]

La visión no parte exclusivamente desde París hacia otros puntos geográficos. En ocasiones, la dirección es la contraria, siendo las emociones vividas en la capital francesa las que despierten otras surgidas en lejanas tierras. Las sensaciones experimentadas en lejanos lugares subyacen en el inconsciente de Carrillo, haciendo que, ante la aparición de

[981] Id., p. 189.
[982] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las mujeres*, ed. cit., p. 66.
[983] Id., p. 36.

un estímulo específico, adquieran presencia ante su mirada, que ésta se vuelva hacia los recuerdos de remotos países, de remotas gentes. Le sucede cuando, al referirse al genio de una artista de origen español, rememora: "Viéndola en el escenario, todos mis recuerdos de Ceilán se elevan en el fondo de mi alma, haciéndome revivir aquellos instantes cálidos, en los cuales comenzaron a aparecer ante mi vista los misterios alucinados de la India".[984]

Las figuras femeninas de diferentes procedencias volverán a ser objetivo de la pluma de Carrillo, cuando éste exponga el deseo de su amigo Paul Adam de crear una especie de Templo de la Mujer en el que se prediquen la belleza natural en oposición a los rocambolescos experimentos que la moda probaría en los cuerpos femeninos y que, a juzgar por las opiniones de Carrillo entre otros, en absoluto contribuirían a ensalzar la belleza natural de la mujer.[985] Así, en el citado templo, figurarían representantes de cada país, en una exposición antológica de todas las características de la belleza femenina de forma mundial:

> Junto a la veneciana de cabellera de oro antiguo, erguiríase la morena madrileña: La pálida escandinava permanecería grave mientras sonriera la coqueta provenzala. La chica de Londres fraternizaría con su hermana la chica de París. Los países de Oriente, en fin, llenarían con sus iconos de bronce palpitante algunos de los más ricos altares.[986]

En cuanto a temas matrimoniales, Gómez Carrillo no encontrará diferencias en otros países. Desarrollará nuestro cronista su filosofía del matrimonio al cual llegarán el hombre y la mujer con esperanzas diferentes, esperanzas que la vida se ocupará de refrenar y obligar a la mutua concesión por ambas partes. Asegurará Carrillo que esto sucede en todos los lugares del mundo, y para hacerlo más evidente, proclamará que así sucede en los polos más opuestos del planeta, esto es, tanto en París como en la China, desde la China hasta París.[987]

---

[984] Id., p. 32.
[985] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot,* ed. cit., pp. 52-55.
[986] Id., p. 55.
[987] Gómez Carrillo, E., *El modernismo,* ed. cit., p. 205.

La literatura española servirá de ayuda a Gómez Carrillo en su búsqueda de elementos con los cuales ejemplificar y sostener una tesis referida a la fusión que entre las féminas sufrirían dos elementos diferentes: el amor y Dios. Encontrará apoyo Gómez Carrillo en dos autores castellanos, hombre y mujer respectivamente, en los cuales se daría el caso anteriormente expuesto. Así pues, aducirá nuestro autor: "Lo que es creencia en San Agustín, es pasión en Santa Teresa".[988]

5.7. Visión del "Otro" a través de las salas de baile

Los bailes parisinos son especiales en opinión de Gómez Carrillo. Y, con el objetivo de subrayar dicha especificidad, se verá obligado a mirar hacia otros lugares de cuya contraposición hará surgir la evidencia. Realizará Carrillo la comparación del más emblemático de los bailes parisinos, el *Moulin Rouge*, con otros bailes por él conocidos, tanto franceses como extranjeros, para realizar tal afirmación. Asegurará nuestro cronista: "En los demás molinos (azules, verdes o amarillos), el arte no es tan grandioso como en el de París; pero en cambio es más ingenuo".[989] Repasará los bailes de Normandía, de Burdeos,… para pasar posteriormente a referirse al fenómeno danzante en España.[990] El resultado será variado según las zonas, resultando la capital española la peor parada, pues parece lamentarse Carrillo: "En Madrid nadie se preocupa de la alegría pública".[991] Andalucía será resaltada por su alegría universalmente conocida, la cual se encarnaría en el ambiente de los citados bailes. Bajo este prisma repasa nuestro autor varias capitales andaluzas exaltándolas: "En Sevilla, en cambio, en Sevilla y en Málaga, y en Cádiz también, en todas las ciudades del Mediodía, que son las ciudades de la belleza y de la gracia, de la línea y del movimiento, hay muchísimos bailes públicos".[992] La ciudad de Barcelona será igualmente colocada a la altura de Andalucía,

[988] Gómez Carrillo, E, *El libro de las mujeres*, ed. cit., p. 244.
[989] Id., p. 245.
[990] Id., p. 246-247.
[991] Id., p. 246.
[992] *Ibid.*

poniendo de relieve el hecho de que hubiera tenido en otros tiempos un cabaret llamado cual el parisino *Molino Rojo.*[993]

5.8. Una visión anecdótica del "Otro" en Roma

Mientras nuestro autor pasea por las calles de Roma acompañando a la gran bailarina Isadora Duncan, poco conocida en aquella ciudad aunque celebérrima en París o Madrid, ante la indiferencia de los que pasaban a su alrededor, inconscientes de la cercanía de la gran artista, Carrillo no puede evitar el pensamiento de lo que ocurriría, en la misma situación, en otras ciudades en las que la artista era considerada una estrella: "De sólo pensar lo que me pasaría en Madrid en estos instantes, me pongo a temblar. Pero Roma es impasible e insensible. No veo una sonrisa, no oigo un comentario, no siento siquiera una mirada irónica".[994]

5.9. Visión del "Otro" a través de la crónica de tribunales

Una especie de crónica de tribunales en la que Carrillo analizaría una sentencia judicial por un tema de defensa de la propiedad intelectual, concretamente la demanda del autor al empresario de un cinematógrafo que habría copiado su comedia, sin haber olvidado, no obstante, tomar la precaución de cambiarle el título, dará lugar a las reflexiones carrillistas acerca de las puertas al plagio impune que tal sentencia habría abierto, así como la situación y actitudes de los escritores al respecto.[995] El tema del plagio o de la inspiración, según se contemple, favorece que Carrillo acuda a otros lugares, a otros autores, a través de la historia, con la finalidad de analizar el fenómeno. Concluirá Carrillo con afirmaciones un tanto sorprendentes, puesto que dirá:

[993] Id., p. 247.
[994] Id., p. 11.
[995] Gómez Carrillo, E., "El dinero y el arte" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed.cit., pp. 195-206.

> […] desde hace muchos siglos los hombres se entretienen en hacer lo que hace el empresario del cinematógrafo, sin tener la excusa de no crear sino personajes mudos. ¿Qué inventaron, en efecto, los dramaturgos griegos? Nada o casi nada. Sus asuntos están en la *Iliada*, en la *Odisea*, o en las fábulas religiosas. Así no es raro encontrar el mismo argumento tratado por Esquilo, por Sófocles y por Eurípides. Más tarde, en el gran occidente, encontramos a Shakespeare, que emplea situaciones tomadas de autores italianos…Y más tarde a Corneille que copia a los españoles…Y más tarde a Moratín que saquea a los franceses.[996]

La literatura servirá de nuevo al autor guatemalteco en sus comentarios acerca de novedades acontecidas en la Ciudad Luz. En este caso, será el tema el crimen pasional motivado por celos de un hombre hacia su mujer, al haber detectado en ella la prueba irrefutable, según el marido, de una mirada tierna dirigida a otro hombre.[997] Carrillo se vuelve hacia una obra de la literatura universal que siempre le apasionó, *Las Mil y una noches*, para justificar que este hecho sorprendente no sería, por el contrario, novedoso, ya que se hallaría presente estos antiguos cuentos orientales.[998]

Otras ciudades francesas, una muy próxima y la otra un tanto alejada hacia el suroeste, constituirán el eje de comparación del nada igualitario reparto de justicia en Francia, en opinión de Carrillo. El fallo benévolo para con el celoso asesino su esposa del jurado parisiense, al mostrarse comprensivo ante los argumentos pasionales esgrimidos por el acusado, suscita el reproche en la pluma de Carrillo. Esgrime nuestro cronista el argumento fundamentado en el hecho de que, este mismo caso, sería juzgado más duramente y más justamente en ciudades no tan lejanas de la capital francesa. Denuncia Carrillo el diferente rasero de la justicia, según los territorios, ante lo que considera una injusticia cometida por el tribunal parisién: "El mismo delito que en Versalles merece la cadena perpetua y que en Burdeos llevó a su autor a la guillotina, en la Ciudad Luz no tiene castigo alguno".[999]

[996] Id., p. 197.
[997] Gómez Carrillo, E., "Los crímenes pasionales", Id., pp. 253-274.
[998] Id., p. 253-254.
[999] Id., p. 255.

La crónica carrillista sobre los crímenes pasionales ofertará un abanico de enfoques del mismo desde diferentes ángulos geográficos. Tratando el tema de la difícil prevención de este tipo de crímenes, Carrillo comentará un caso publicado recientemente por los periódicos de la época, acontecido en Venecia, con el documento gráfico de la foto en la que aparecería el asesino, horas antes de cometer su crimen, alimentando a las palomas de la veneciana Plaza de San Marcos, como un inocente turista cualquiera.[1000] Servirá esta foto italiana para mostrar la imposibilidad de previsión de ciertos delitos, dada la normalidad previa sostenida por los agresores.

El tema es recurrente en varias crónicas carrillistas, pues en otra de sus obras, tomará cuerpo de nuevo su denuncia ante la impunidad de los celosos maridos asesinos, amparados por leyes sexistas que consideran a la mujer en términos mercantiles, al mismo nivel de cualquier otro objeto susceptible de ser poseído por el hombre.[1001] Desde su París idolatrado, cuna de la Revolución Francesa, germen de los Derechos Humanos, corazón de una Europa, nacida de las clásicas culturas grecorromanas, considerada moderna y progresista, Carrillo dirigirá su mirada hacia otros lugares, considerados menos avanzados o civilizados, los cuales, sin embargo, no practicarían lo que Gómez Carrillo considera tan retrógrada costumbre en el seno del matrimonio: "Hay países lejanos, países que no son hijos de Grecia ni de Roma, países casi bárbaros, en los cuales la ley no excusa del crimen al marido. Y -¡oh, sorpresa!, ¡oh, cambio de sentimientos!, ¡oh, metamorfosis de locuras!- en esos países los maridos no asesinan".[1002] El mensaje lanzado por nuestro autor a la sociedad de la época es claro y consistiría en afirmar que este tipo de crimen existiría porque la ley lo justificaría al ampararlo.

[1000] Id., p. 258-259.
[1001] Gómez Carrillo, E., "La esposa asesinada" en *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 139-145.
[1002] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit. p. 140.

5.10. Visión del "Otro" a través de la adopción de ciertas modas

La contraposición se produce entre diferentes partes de Francia, sin traspasar las fronteras del país, respecto al tema de la adopción de ciertas modas. El éxito de estas modas entre la población francesa hace reflexionar a nuestro autor.

Por un lado, se refiere a la influencia ejercida en Francia por las dotes deductivas de uno de los investigadores más célebres del mundo de la ficción entre los encargados de esclarecer crímenes de cualquier índole, esto es, la adopción de los métodos de dar con la verdad empleados por el héroe de Sir Arthur Conan Doyle.[1003] Encontrará Carrillo que esa influencia habría afectado a las grandes ciudades en general, pues afirmará: "En París, en Marsella, en Burdeos, en Lyon, en todos los grandes centros de criminalidad, el juez nuevo es un lógico a la manera de Sherlock Holmes, un lógico cruel, duro, incapaz de emoción y piedad".[1004]

La tendencia creciente entre la población francesa de salir de vacaciones hacia destinos diferentes también será analizada por nuestro autor. La mirada de Gómez Carrillo circulará por Europa para arribar a dos de las regiones costeras francesas características por sus paisajes vírgenes de naturaleza un tanto salvaje. Los centros vacacionales de ocio frecuentados por los europeos en sus meses de descanso son analizados por el autor guatemalteco, en un intento de estudiar las preferencias, en materia de reposo, de aquellos a quienes considera como los condenados a sufrir los inconvenientes de las aglomeraciones propias de las grandes urbes modernas.[1005]

Las ideas previas de nuestro cronista respecto a los destinos que creía preferidos por los que buscaban el relax lejos de las prisas de la vida moderna se localizaba en las zonas costeras francesas: "pensaba yo, como

[1003] Gómez Carrillo, E., "La influencia de las novelas policíacas", *El Cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 179-194.
[1004] Id., pp. 180-181.
[1005] Gómez Carrillo, E., "La neurastenia", Id., pp. 195-204.

casi todos los habitantes del bulevar, que durante los meses caniculares Europa entera reuníase en las diez o doce playas célebres de Francia, Bélgica y de Alemania".[1006] Se sorprenderá el cronista de su descubrimiento relativo a los veraneantes modestos que se inclinarían por la elección de las francesas costas de Bretaña y Normandía. El motivo de la elección de estas zonas lejanas a las más célebres playas o a ciudades importantes obedecería, en opinión de Gómez Carrillo, al deseo de la búsqueda de la quietud y la calma propiciadoras del descanso. A lo cual se añadirá el hecho de que, en esas pequeñas localidades pesqueras en las que buscan refugio los veraneantes, no se acercara el ferrocarril, pues distensión y paso de trenes se presentarían como dos realidades irreconciliables.[1007] Esta ausencia, dirá Carrillo incluyéndose, ayudaría a "la necesidad de creernos muy lejos de todas las grandes ciudades, muy lejos de los Parises, de los Londres, de los Berlines, de las Romas y de los Madrides, que nos enferman".[1008] Así aparecen ante los ojos de Carrillo las grandes ciudades reunidas bajo la misma óptica y bajo el mismo símbolo de alienación humana. A partir de este punto, elucubrará nuestro autor a propósito de su teoría sobre la existencia de una relación directamente proporcional entre el aumento del progreso y la disminución de la alegría, en el bienestar humano.[1009] De ahí, el éxito de la Bretaña o la Normandía entre los ávidos de paz, la cual se encontraría en su falta de fábricas, de industrias o de riquezas.[1010]

Añadiremos que resulta sorprendente quizá este rechazo hacia lo urbano mostrado por Carrillo en esta obra. La justificación a esta afirmación proveniente de quien adorara París y se considerara cosmopolita integral, la encontramos tan sólo si consideramos que se trataría ésta de una obra de madurez, lejos ya los primeros momentos de deslumbramiento de París y pasados largos años en ella.

[1006] Id., p. 195.
[1007] Id., pp. 196-197.
[1008] Id., p. 197.
[1009] Id., p. 203.
[1010] Id., p. 204.

5.11. Visión del "Otro" enmarcado en regiones francesas

De los habitantes de estas dos agrestes regiones francesas, la Bretaña y la Normandía, destacará el cronista guatemalteco el apego en su forma de vida a las costumbres ancestrales. Estos habitantes, pese a la dureza de las condiciones de trabajo, no cesan de cantar, libres pues de cualquier signo de depresión, neurastenia en palabras de Gómez Carrillo.[1011] Y la observación de esta felicidad sencilla, nacida de una vida simple sin grandes pretensiones, le devuelve la vista hacia las realidades de París, uniendo ambas visiones bajo el peso de la muerte, que en ambos lugares será igualmente divergente, pues dirá que los bretones o normandos: "Cantan siempre. Y bajo el azul implacable del cielo, bogan así, libres de toda neurastenia, hacia muertes que, por violentas que sean y por trágicas que parezcan, lo son mucho menos que los oscuros suicidios de París".[1012]

5.12. Visión del "Otro" a través de hechos históricos

Un hecho enmarcado en el gran conflicto bélico que marcó la primera mitad del siglo XX, esto es, la Primera Guerra Mundial, desviará la mirada de Carrillo hacia otro del pasado, de la historia. El hecho en cuestión sería la salvación de París ante el avance del ejército alemán que no habría podido penetrar en ella, gracias a una intervención divina, según la creencia popular, concretamente la de Santa Genoveva, quien velaría por la seguridad de la capital francesa. La misma situación se daría muchos siglos atrás, y será hacia ellos hacia donde se dirija nuestro autor al rememorar: "Los bárbaros de hoy, como los de hace siglos y siglos, huyeron de las inmediaciones de Lutecia sin haber siquiera logrado ver las torres de sus iglesias".[1013]

[1011] *Ibid.*
[1012] *Ibid.*
[1013] Gómez Carrillo, E., *Campos de batalla, campos de ruinas*, ed. cit., p. 16.

5.13. Visión del "Otro" a través la mujer y la moda

El tema de la mujer, unido al de la moda y al creciente ascenso de la influencia de la industria norteamericana del diseño sobre la francesa, hace que nuestro cronista mire hacia el norte del Nuevo Continente con cierto desdén hacia sus novedades grandiosas, sus suntuosidades, sus lujos exacerbados, los cuales cree no encajarían en la clásica elegancia parisiense, pues se cuestiona nuestro autor: "yo me pregunto si todas esas novedades llegarían a valer lo que valen las gracias callejeras del París actual".[1014]

La mujer, de manera indirecta, inducirá a la comparación de París con otras insignes ciudades. Será el sombrero el elemento a cotejar. Carrillo verá en este complemento femenino otra de las exquisiteces únicas e irrepetibles producidas en tierras parisinas e imposible de ser producidas en otros lugares. Aceptará nuestro autor que en Londres, en Viena, en Buenos Aires, en Nueva York, en Madrid y, en resumen, en cualquier parte del mundo, existan costureras capaces de confeccionar vestidos excelentes que pongan de moda a sus clientas, pero no será así en cuanto a las modistas, las encargadas de idear y confeccionar los sombreros. En opinión de nuestro cronista en cuanto a este punto no cabrían concesiones, las modistas francesas no tendrían rival en el mundo entero.[1015]

Al igual que los sombreros, la mujer de París, será elevada al concepto original e irrepetible, únicamente susceptible de ser enmarcado en lo parisiense, e inútilmente buscado en otras tierras, dada su originalidad y exclusividad, inexistente en mujeres de otras ciudades, de otros países. Tras citar las palabras de un artista de París el cual, según Carrillo, llevaría largo tiempo dedicado al estudio de la belleza femenina, éste habría concluido que como la esencia de la mujer parisina no habría nada,[1016] pues, reproduce nuestro autor las palabras resumen de la teoría de su amigo artista el cual se expresa en términos de botánica: "Y esta mujer no existe

[1014] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., pp. 123-124.
[1015] Id., p. 138.
[1016] Id., p. 148.

sino en París porque sólo aquí se cultiva",[1017] incidiendo en que la parisína sería una belleza adquirida, trabajada, elaborada, la cual daría lugar a una especificidad propia y original que sería independiente de la belleza física en sí misma. Concluiría este artista amigo de Carrillo, tal y como lo reproduciría nuestro escritor, realizando comparaciones con mujeres de otros países, consideradas igualmente encantadoras por su belleza, si bien subrayando que la parisiense destacaría siempre:

> En París, las mujeres cuyos retratos hacen palidecer a los adolescentes del mundo entero, no tienen la belleza augusta de una princesa de Chimay, venida de Nueva York, o de una Fatma, nacida en Oriente. Pero tienen algo que ninguna otra mujer tiene: tienen la gracia, la divina gracia moderna, la gracia que se aprende, la gracia que se adquiere cultivando las líneas con voluptuosidad egoísta, la gracia que es el producto maravilloso de una docta enseñanza, en fin.[1018]

Por último, y siguiendo con el tema de la moda, Carrillo verá en París, incluso en este tema, el foco de instrucción que podría iluminar al mundo, en tanto que centro de irradiación del saber en cuanto a elegancias femeninas y freno a rocambolescas modas, ya que en este ámbito, la ciudad del Sena también detentaría el saber máximo, siendo "el otro", es decir, el resto del mundo, el alumno que debe aprender de lo excelso de los conocimientos parisinos. En consecuencia, se plantea la necesidad de que París cree una Universidad de la moda, en la que se enseñe a las féminas en particular y a las sociedades en general, a adquirir esa gracia tan *sui generis* de la parisiense, incomparable en cualquier otra mujer del universo, en opinión de nuestro cronista.[1019]

[1017] Id., p. 139.
[1018] Id., p. 150.
[1019] Id., p. 151.

Tout ce qui est ailleurs est à Paris

Victor Hugo

L'univers ne fait que ramasser les bouts de cigare de Paris

Théophile Gautier

Paris es una enorme metáfora

Julio Cortázar

Le coeur content je suis monté sur la montagne,
D'où l'on peut contempler la ville en son ampleur,
Hôpital, lupanars, purgatoire, enfer, bagne,
Où toute enormité fleurit comme une fleur.

Charles Baudelaire

PARTE TERCERA
PARÍS, CIUDAD ESCRITA POR ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Capítulo 6. El nombre de París

6.1. París en el enunciado

Carrillo evita cualquier tipo de malentendido acerca de una concepción global de su obra con respecto a la ciudad en la cual y para la cual fue escrita: "Mi obra entera es, en cierto modo, un himno aparentemente frívolo, mas en el fondo muy lleno de fe grave, a la gloria, a la belleza y a las virtudes parisinas".[1020]

González Alcantud sentencia acerca de nuestro cronista: "La primera y más importante ciudad de su vida fue París".[1021] Así pues, París se hallará omnipresente en los contenidos e ideas de los escritos de diversa índole, nacidos de la pluma de Gómez Carrillo. En infinidad de ocasiones, tanto de manera evidente como veladamente tras figuras retóricas como la metonimia, aludiendo a las partes que conforman el todo la ciudad divinizada, gracias a la alusión a algunas de sus partes o componentes, que son a menudo las denominaciones de parisién, parisiense, parisino o parisina, toma cuerpo la capital francesa. La Ciudad Luz también protagoniza abiertamente muchos de los títulos de obras, así como los de capítulos o apartados insertos en dichas obras. Analizaremos pues la presencia de París en títulos generales, subtítulos o títulos de capítulos en la producción literaria de Enrique Gómez Carrillo, como otra vía más de constatación de la supremacía ejercida por la ciudad de París en la citada producción artística y literaria de nuestro escritor.

Estructuraremos este estudio en tres bloques, siendo la línea divisoria elegida entre el primero y los dos segundos el año 1919, dado que este sería el año en el que se comenzaran a publicar las obras completas de Gómez Carrillo, así como su autobiografía, en la que la figura de París se

[1020] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 59.
[1021] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 30.

hallará omnipresente. Por ello, consagraremos un primer apartado al análisis de la presencia de París en el enunciado en obras anteriores a este año, para dedicar después otro apartado al estudio de la presencia del título París en la autobiografía carrillista, finalizando con el estudio de la aparición del citado enunciado en el resto de obras de Gómez Carrillo publicadas tras la fecha indicada.

6.1.1. París en el enunciado de las obras publicadas anteriormente a 1919.

Hemos elegido la fecha de edición como premisa en la organización de este bloque consagrado al análisis de la presencia de París en el enunciado de la obra carrillista. Así pues, el primer libro que citaremos será *Sensaciones de París y de Madrid,*[1022] publicado en 1900, compuesto por la recopilación de crónicas y relatos escritos por Carrillo, aparecidos en prensa entre 1898 y 1899.[1023] En ella, nuestro cronista ofrece el contrapunto entre estas dos ciudades, las cuales marcaron indeleblemente sus primeros meses de existencia independiente, de descubrimiento de la vida y de la libertad, soñadas en el ambiente poco propenso a libertades o innovaciones que respiraba en su Guatemala natal. Ciudades ambas en las que, posteriormente, pasó etapas de su vida, más en París que en Madrid, puesto que en París mantenía su residencia habitual, pero también en Madrid, ciudad que visitaba frecuentemente, dados sus compromisos laborales con los diferentes diarios con los que colaboraba, dirigiendo algunos de ellos durante ciertos períodos, como hemos reseñado en apartados anteriores.

En *Sensaciones de París y de Madrid,* bajo un formato cercano al del diario, pues cada artículo o crónica va introducida por el día de la semana en que fueron escritos, Carrillo hará dos grandes bloques de contenidos, tras los artículos en los que trata de variados temas vividos, surgidos o

[1022] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit.
[1023] González Martel, J.M., *Obra literaria y producción periodística en libro,* ed. cit., p. 34.

relativos a lo parisino, pasará a otros en los que el tema estará relacionado con España, con Madrid, o con lo castellano, habiendo incluso uno en el que se trata de la literatura española, resaltando nuestro cronista lo poco conocida que ésta sería en la capital francesa, dado el propio desinterés de las tierras galas por todo aquello que excediera sus fronteras.

En esta obra, los temas parisinos son muchos y variados, siendo los más recurrentes los protagonizados en los cafés de los barrios artísticos y bohemios que frecuentaba diariamente y en los que encontraba a amigos intelectuales, o asistía al espectáculo de la vida parisina, las exposiciones de pintura del mes de abril parisino, las representaciones teatrales en la ciudad del Sena, publicaciones, poetas y escritores parisinos, celebridades artísticas del *tout Paris*, tanto femeninas como masculinas, visitas o conversaciones con artistas de la época, e incluso temas tan dispares como el asunto Dreyfus[1024] o la consagración del *champagne* como el "vino del amor".[1025] En cuanto a los temas relacionados con lo castellano, son esencialmente de índole literaria, comentando las últimas publicaciones en España de su maestro y amigo Rubén Darío, de amigos periodistas, de escritores y teatros españoles, de artistas españolas, de su fe en la superación que espera a la literatura castellana, e incluso publicando Carrillo las opiniones contrarias a él que en la prensa española se vertían.

Aunque otra obra anterior, de 1898, cuyo título no contiene el nombre de París, pero si alude al mismo su subtítulo, es *Almas y cerebros*, título que se completa con el de *Historias sentimentales e Intimidades parisienses.*[1026] Efectivamente, el libro se compone de estos dos apartados: en el primero Carrillo recopila una serie de historias de ficción, pequeñas *nouvelles* se podría decir, y en el segundo gran apartado, el de *Intimidades parisienses*, se halla compuesto en su mayoría por las crónicas fruto de las entrevistas realizadas a grandes nombres del arte y de la cultura francesa

[1024] Caso judicial en el que el capitán francés de origen judeo-alsaciano Dreyfus fue condenado injustamente por espionaje como consecuencia de una serie de errores en el juicio y la tendencia antisemita del tribunal que lo juzgaba. Este caso suscitó numerosas polémicas tanto a nivel político como social en Francia entre 1894-1906, año éste último en el que la víctima fue rehabilitada.
[1025] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 327.
[1026] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit.

del momento. Dichas entrevistas serían muy sugestivas, ya que Carrillo se aleja de la fría entrevista académica para realizar una entrevista humana, en la que sea éste aspecto el que sobresalga y apoye a la figura del artista.

Sobre el estilo peculiar de Carrillo en el arte de la entrevista, el poeta y periodista español Salvador Rueda, en el liminar a la obra *Sensaciones de arte*, obra en la que Carrillo realiza un conglomerado de artículos sobre grandes personalidades de la cultura francesa bajo el título de "Los siete maestros" (Renán, Taine, Flaubert, Baudelaire,…), dirá: "se revela un crítico a la moderna, es decir, un crítico que a la vez hace crítica y poesía… a su modo. […] En el libro encuentro muchos secretos íntimos de la vida literaria de París".[1027] Respecto a sus artículos y a quien los escribe, expresa este autor su más alta opinión sobre ellos, animando a que sean reproducidos los escritos de Carrillo, ya que los define como sigue: "son guías que ilustran, obras que entretienen, estudios perspicaces y porque unidos en un volumen serán la patente de una inteligencia privilegiada".[1028]

Entre las crónicas de esta obra dedicadas a las intimidades parisienses vividas junto a personalidades de la talla de Daudet, Zola o Bartholdi, en dos de sus apartados se cita directamente a París o a lo parisiense. Es el caso del primero de sus capítulos, dedicado a Jean Lorrain[1029] donde uno de sus apartados se titula "Los rufianes de París".[1030] En él Carrillo alude bajo ese título a los personajes que pueblan las obras de Lorrain, en los cuales se inspira y a los cuales estudia y analiza con la finalidad de crear verdaderos personajes reflejo de los auténticos. Por otro lado, en el capítulo decimocuarto de la misma obra, titulado "Los apóstoles parisienses",[1031] contiene otros dos con nomenclaturas semejantes: "Los parisienses"[1032] y "Los que son apóstoles y parisienses".[1033] Carrillo atiende a comentar una obra aparecida con este título: *Los apóstoles parisienses*, obra en la que se pretendería presentar a diferentes

[1027] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 12.
[1028] Id., p. 13.
[1029] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit.
[1030] Id.
[1031] Id.
[1032] Id.
[1033] Id.

personalidades que habrían ejercido gran influencia en las letras y la cultura francesa, sean o no nacidos en París. Lo cual llevaría a dar una definición de parisiense en función de un determinado espíritu, unas determinadas características, que no tendrían que ver intrínsecamente con el hecho de haber nacido en la capital francesa.

Habría que añadir la existencia de una tercera parte en esta obra, titulada Las enfermedades de la sensación desde el punto de vista de la literatura,[1034] donde Carrillo auscultará los síntomas de males como la pasión, el sadismo o el masoquismo, entre otros, partiendo tanto de estudios científicos y médicos, de casos reales, como desde la literatura y a través de ella.

De 1902 es otra obra en la que nuestro cronista repasa, con su toque original, las figuras de personalidades del mundo de la cultura, como la del poeta parnasiano francés Catulle Mendès, la del escritor y político Maurice Barrès, los actores más reputados de la escena francesa, o cualquier otro aspecto de la vida social o artística que estuviera en boga en el París de la época (la decadencia parisiense, la crítica y los críticos,…). La obra en cuestión es *El alma encantadora de París,*[1035] en varios de cuyos capítulos aparece de nuevo el nombre de París. Comentando la vida y obra de Maurice Barrès realizará el artículo titulado "Un filósofo de París".[1036] "El poeta de París"[1037] será Catulle Mendès. "Alemania en París"[1038] será el título bajo el cual Carrillo comente el éxito que lo teutón experimentaría en el París contemporáneo en cuanto a las artes se refiere (música, publicaciones sobre ética, estética, metafísica,…) poniendo el acento en el hecho, casi insólito, de que los teatros franceses acepten obras de factura alemana, (las cuales se estaban representando en París con gran expectación y satisfacción entre el público), siendo, como habrían sido hasta el momento, reacios a las de otros grandes autores extranjeros como Ibsen o D'Annunzio. Asimismo aquí reunirá las sensaciones de su mirada

[1034] Id., pp. 325-392.
[1035] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit.
[1036] Id., pp. 125-140.
[1037] Id., pp. 141-150.
[1038] Id., pp. 181-202.

crítica hacia la obra del dramaturgo alemán Hauptmann, uno de los dos representados y valorados en aquella época en París. En otra crónica titulada "La crítica y los críticos de París",[1039] nuestro cronista elucubra sobre la existencia o no de la crítica, la posición ante la misma adoptada por las antiguas y las nuevas generaciones, y, por supuesto, comenta varios nombres a los que Carrillo concedería el título de verdaderos críticos, finalizando el artículo con su particular concepción de la crítica literaria, en tanto que comentario personal de aquello que es artístico o habría causado impresión de arte o de belleza en el lector crítico.

A los capítulos anteriores de la obra *El alma encantadora de París* habría que añadir varios más en los que directamente no figura el nombre de la capital francesa pero sí la palabra parisiense, lo que en definitiva, vendría a ser lo mismo. Éstos son: "El paganismo parisiense"[1040] en el cual, Carrillo se regocija en pintar para sus lectores las fiestas, los cortejos paganos que se suceden en París a la llegada del mes de septiembre y en los que los parisienses se volcaban con el ánimo de producir belleza y de disfrutar de la alegría de lo festivo. Algunos pintores franceses como Adolphe Willette o Paul César Helleu, entre otros, junto con sus perspectivas peculiares en cuanto a representar la esencia y la belleza femenina parisiense, serán los protagonistas de "Pintores parisienses".[1041]

La visión de la parisiense plasmada por Willette en su obra[1042] se resume en Colombine, la figura del personaje característico del teatro de Pierrot. Hablará Carrillo, de lo que este pintor concede y demanda a su personaje, en un intento de plasmar en el lienzo su visión acerca de la esencia parisina realizada en formas femeninas: "le permite que sea cruel, que sea infiel, que sea viciosa, que sea perversa, que sea codiciosa. Lo único que le exige es que sepa engañar en belleza",[1043] comenta Carrillo sobre la mujer pintada por Willette.

[1039] Id., pp. 203-210.
[1040] Id., pp. 25-38.
[1041] Id., pp. 101-124.
[1042] Id., pp. 101-109.
[1043] Id., p. 106.

Helleu representará una belleza más real, más carnal, a través de su visión del espíritu de la mujer parisiense:[1044] "Esta mujer alta, esbelta, ondulante, que nos sonríe con tanta discreción en las vidrieras de los marchands de tableaux, es la flor suprema de una raza. Todo en ella es fino, pulido y rítmico".[1045] Esta parisiense, no destacando en belleza entre las demás féminas, si que sobresaldrá por un rasgo diferenciador: "Sin ser más bella que otra mujer cualquiera, tiene, en su gracia frágil, un sello de aristocrática superioridad".[1046] Y añadirá el toque relativo a la capacidad innata de la que, en opinión de Carrillo, goza la parisina en cuanto a su poder de seducción: "se ve que ha nacido para gustar, para seducir".[1047]

Otro artista tratado es el dibujante Bac,[1048] de cuyos álbumes sobre figuras femeninas, dirá nuestro cronista: "podrían titularse *la femme et le pantin*",[1049] incidiendo igualmente Carrillo en el componente seductor de esta mujer, de esta habitante de París, que sería: "siempre deliciosa y siempre endiablada. Rica o pobre, aristocrática o plebeya, morena o rubia, chica o grande, tiene en todo caso una gracia perversa y una singular elegancia".[1050] Irá más lejos el cronista al resaltar el grado en que es seductora la mujer parisina representada por Bac diciendo: "es la devoradora profesional".[1051] Destacará Carrillo, que este artista, habiendo conocido muchos lugares, habría preferido inmortalizar en su obra a una mujer que reuniese lo intrínsecamente parisiense, por encima de otras esencias femeninas, con un único objetivo: "para hacerla más rica, más lujosa, más coqueta, más artificial",[1052] para reflejar en esta parisiense "la encarnación del eterno enigma".[1053]

[1044] Id., pp. 109-113.
[1045] Id., p. 109.
[1046] *Ibid.*
[1047] Id., p. 110.
[1048] Id., pp. 113-118.
[1049] Id., p. 113.
[1050] *Ibid.*
[1051] Id., p. 115.
[1052] Id., p. 116.
[1053] Id., p. 117.

Lo totalmente opuesto a estas criaturas poco naturales, nimbadas de un aura de misterio y seducción, serán las parisinas esbozadas por Steinlen.[1054] "Es algo menos poético, más real",[1055] dirá Carrillo, pues las mujeres de este artista son las féminas del pueblo, las trabajadoras de los suburbios, las jóvenes, casi niñas, obreras, que viven en una atmósfera de sufrimiento, abocadas a la desgracia, desde su más tierna infancia.

Las crónicas carrillistas dedicadas a las parisienses representadas por estos pintores aparecerán incluidas en otras obras posteriores. Los cuatro aparecerán en *El Libro de las mujeres.*[1056] En cuanto a las referencias a Steinlen y Helleu, se hallarán de nuevo publicadas en *Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs.*[1057]

Siguiendo con la obra *El alma encantadora de París*, encontramos "Los breviarios de la decadencia parisiense",[1058] en el cual nuestro autor se consagra a comentar la obra *Monsieur de Phocas* de Jean Lorrain, obra en la que Carrillo confiesa encontrar todos los elementos del decadentismo literario.

De un total de catorce capítulos de esta obra, siete detentan París o parisién en sus enunciados. Si a esto añadimos que otros capítulos están dedicados a ciertos personajes quienes, para Gómez Carrillo, representaban la esencia de París, es decir, eran exponentes de lo representativo de la Ciudad Luz, como es el caso del poeta Paul Verlaine, a quien dedica un capítulo llamado "El alma lamentable de Verlaine",[1059] el porcentaje de aparición de París o lo parisino es considerablemente elevado.

En definitiva, *El alma encantadora de París* nos ofrece una interesante panorámica sobre los puntos de atracción que polarizaban los intereses del cronista guatemalteco acerca de la ciudad del Sena, principalmente el arte

[1054] Id., pp. 119-124.
[1055] Id., p. 119.
[1056] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit.
[1057] Gómez Carrillo, E., *Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs,* ed. cit.
[1058] Id., pp. 151-164.
[1059] Id., pp. 91-100.

en general y el teatro en particular, las artes plásticas, los artistas (pintores, actores, escritores,…), la crítica, la mujer…

En 1904 se publica *Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs,*[1060] obra en la que se dedican dos crónicas a representaciones de la visión de la figura femenina parisina, esto es, de la encarnación de París en la esencia de sus mujeres, expresada por dos artistas plásticos, y que serán "Les parisiennes de Steinlen"[1061] y "Les parisiennes de Helleu",[1062] crónicas que acabamos de analizar en los párrafos anteriores. Estas dos crónicas serán reproducidas de nuevo en obras publicadas posteriormente, como es el caso de *Entre encajes,*[1063] de 1905, que incluye "La parisiense del pueblo"[1064] así como "La parisiense aristocrática".[1065] Esta obra será considerada parte integrante en otra obra de mayor envergadura titulada *El libro de las mujeres,*[1066] publicado en 1919, donde se añaden nuevas visiones de París a través de sus representantes femeninas inmortalizadas por pintores de la época y que son, además de las de Steinlen y Helleu ya citadas, "Las parisienses de Willette"[1067] y "Las parisienses de Bac",[1068] igualmente comentadas en párrafos anteriores, al estar incluidas en otro libro de anterior publicación.

El libro de las mujeres se clausura con un apartado dedicado a algo tan parisino como es uno de sus cabarets más afamados, incluso hasta en la actualidad, esto es, a "Los bailes parisienses y el Moulin Rouge",[1069] bailes públicos a los cuales concederá Carrillo el título de moradas eternas de la alegría, donde las encontrará todos aquellos que los frecuenten, con un poder globalizador y unificador que hará que todo el que asista a ellos olvide diferencias de clase, procedencia o riqueza, para ser uno más, libando los elixires de la alegría de la juventud, la música y el amor, que

[1060] Id.
[1061] Id.
[1062] Id., pp. 146-148.
[1063] Gómez Carrillo, E., *Entre encajes*, ed. cit., pp. 139-247.
[1064] Id.
[1065] Id.
[1066] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit.
[1067] Id., pp. 139-145.
[1068] Id., pp. 149-154.
[1069] Id., pp. 243-247.

allí reinarían con soberanía absoluta. Los definirá nuestro autor como "lugares en los cuales se ama y en los cuales se baila: Son conservatorios de buen humor, de risas frescas, de goces inconscientes. Son templos de belleza humana".[1070] Ensalzando sus méritos como reserva de optimismo, el autor guatemalteco se mostrará agradecido: "Gracias a ellos, París conserva su alegría y sigue siendo, en una Europa preocupada por guerras y conflictos, la "Gai City" que dicen los ingleses, la ciudad dichosa, y regocijada, y rítmica".[1071]

Esta misma obra, *El libro de las mujeres*, contiene un tercer apartado titulado "Seres de ensueño",[1072] donde sus protagonistas son criaturas femeninas, irreales sin embargo, puesto que el primero de sus capítulos lleva de nuevo por nombre "La parisiense",[1073] y en él analizará la obra teatral homónima, (crónica incluida igualmente en el libro *El Modernismo*, donde la analizaremos a continuación). El resto de la obra lo integra el análisis de los personajes femeninos más destacados que pueblan el universo literario del célebre escritor francés Émile Zola.[1074]

El Modernismo,[1075] una obra publicada en 1905, contiene un apartado denominado "El Colegio de Estética de París",[1076] donde Carrillo da un repaso a esta institución académica existente en París, así como al profesorado que lo integra y las disciplinas impartidas por cada uno de ellos. Este capítulo aparecerá de nuevo insertado en otra publicación de Gómez Carrillo, *El Tercer Libro de las Crónicas,*[1077] de 1921, conformado este libro igualmente por la recopilación de numerosas y variadas crónicas anteriormente ya publicadas. La citada institución académica entroncaría totalmente con la cuestión bohemia, ya que, con tal de que asegurar su existencia, y dado que sus enseñanzas serían gratuitas para los estudiantes,

[1070] Id., p. 244.
[1071] Id., p. 244-245.
[1072] Id., pp. 249-304.
[1073] Id., pp. 251-259.
[1074] Gómez Carrillo, E., "Las mujeres de Zola" en *El Modernismo,* ed. cit., pp. 276-299.
[1075] Id.
[1076] Id., pp. 52-65.
[1077] Gómez Carrillo, E., *EL tercer libro de las crónicas*, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1921.

los profesores la sustentarían económicamente.[1078] Sobre las intenciones de este establecimiento, notará Carrillo las palabras a él dirigidas por el propio director de la institución: "Nuestro fin es descubrir, reunir, explicar, aclarar las leyes fundamentales de lo moderno".[1079] Enumera nuestro autor las asignaturas allí impartidas: la estética de la vida, historia del arte contemporáneo, estética musical, estética científica,…[1080] Subrayará Carrillo la concepción del arte de este colegio como panteísta, pues verían el arte en todo, adoptando ideas ya anteriormente pregonadas en la dirección de que el artista es un obrero, o lo que sería lo mismo, el obrero es un artista.[1081]

El Modernismo incluirá también otra crónica titulada "La Parisiense",[1082] dedicada esta vez, no a la visión propia de Carrillo de la mujer parisina, ni a la interpretación de las diferentes parisinas vistas a través de los ojos de los pintores. En esta ocasión, Gómez Carrillo se refiere a la obra de teatro homónima cuyo autor era el escritor y dramaturgo francés Henri Becque. En esta crónica, nuestro autor realizará la crítica de la obra en cuestión y alabará la calidad de la representación impresa al personaje de la parisina por la gran actriz del momento, Réjane.[1083] Carrillo alabará sus dotes interpretativas en este drama diciendo que, finalmente, ella habría sabido imprimir al personaje, como ninguna otra actriz anteriormente hubiera conseguido, todos los matices que el autor le había otorgado. Ensalzará Carrillo a la actriz y al personaje creado por Becque, Clotilde, confundidos en la integración de los opuestos, en la representación de la parisina por excelencia:

> el engaño y el sacrificio, el capricho y la gravedad, la mentira y la pasión, el pecado y la sencillez, la voluptuosidad y la prudencia, la ironía y la piedad, la codicia y la lealtad; -lo que en otras mujeres de otros países marca fronteras morales y que en la parisiense se mezcla, se confunde y se combina; lo que no es sino de aquí en delicadas proporciones; […], lo parisiense en su fluida

[1078] Gómez Carrillo, E., *El Modernismo*, ed. cit., p. 52.
[1079] Id., p. 58
[1080] Id., p. 53.
[1081] Id., pp. 61-64.
[1082] Id., pp. 119-128.
[1083] Gabrielle Charlotte Réju (1856-1920), célebre actriz francesa, más conocida bajo el sobrenombre de Réjane.

> y desconcertante expresión, lo tiene Réjane, como lo tiene Clotilde.[1084]

El teatro representado en París será uno de los intereses fundamentales de Gómez Carrillo durante toda su vida. Constancia de ello dejan las numerosas crónicas que le dedicará a lo largo de toda su producción artística. Así, "El teatro parisiense"[1085] es una de las dos partes que completan la obra *Vanidad de vanidades*, publicada en 1909. En él se detallan cuestiones referentes a los actores, a los críticos, a la economía de lo teatral,…. Este mismo artículo será incluido en la obra posterior,[1086] en la cual analizaremos más detalladamente la visión de nuestro autor acerca del mundo de la escena parisiense.

Del año siguiente, de 1910 es la obra *Pequeñas cuestiones palpitantes.*[1087] Gómez Carrillo continúa aquí sus comentarios sobre la escena parisina de la época y consagra un apartado a "Las sibilas del Bulevar",[1088] o lo que sería lo mismo, a las futuróloga de París. Carrillo nos ofrece una panorámica del estado e interés que generaban las ciencias ocultas en el París de la época. Subrayará Carrillo el auge de las adivinadoras y adivinadores, fomentado por el deseo creciente de los parisinos por conocer lo que el provenir les depararía. Así alude nuestro escritor a la inquietud de la sociedad parisiense respecto al porvenir:

> Estamos en el tiempo de la quiromancia y de las quirománticas. En cada esquina hay una sibila misteriosa…Cada barrio tiene su antro predilecto…Cada clase social proclama con energía sus preferencias por uno de los sistemas adivinatorios en boga.[1089]

Analizará nuestro autor algunos de los vehículos de los cuales se servirán los médium en su labor adivinatoria: manos,[1090] naipes,[1091] cuestiones científicas basadas en la psicología o en la interpretación de los

[1084] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., pp. 120-121.
[1085] Gómez Carrillo, E., *Vanidad de Vanidades*, ed. cit.
[1086] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las Crónicas*, ed. cit.
[1087] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed.cit.
[1088] Id., pp. 7-28.
[1089] Id., p. 7.
[1090] Id., pp. 7-9.
[1091] Id., pp. 9-11.

sueños,[1092]…añadiendo algunos bastante menos científicos y sin antecedentes históricos que los respalden, cargados con bastante ironía, como los consistentes en analizar la forma de abotonarse el chaleco, llevar el bastón o gastar las suelas de los zapatos, también llamado éste último método *suelología*.[1093] Algunas renombradas damas adivinatorias serán citadas por Carrillo, siendo puesto de relieve el tiempo necesario para conseguir audiencia con alguna de ellas, de tal modo estaban solicitadas por la sociedad parisina.[1094] Finalizará su artículo nuestro autor comentando la importación europea de magos lectores del futuro proviniendo desde Hispanoamérica, reclamados por las coronas del viejo continente.[1095]

En plena Primera Guerra Mundial, Gómez Carrillo ejerció de corresponsal para diarios españoles en las zonas francesas devastadas por las tropas alemanas durante la contienda. De esta época serán varias de sus obras dedicadas a las crónicas sobre el enfrentamiento mundial. Una de ellas, publicada en 1915, *Campos de batalla, campos de ruinas,*[1096] contiene una crónica titulada "De París a Esternay".[1097] Constituirá éste el primer capítulo de la citada obra, donde Carrillo describe un París transformado por la presencia de barricadas erigidas a base de troncos de árboles parisinos envueltos en alambre de espino, con vistas a fortificar la ciudad ante el avance de los alemanes, que se preveía cercano a ella. Acompañado por otros reporteros y un militar que ejercerá las funciones de guía para ellos, Carrillo dejará París con destino hacia los lugares que habrían verdaderamente sufrido la invasión de las tropas de Guillermo II. En esta crónica, como en el resto de las que componen sus obras consagradas al comentario de la Gran Guerra, resultan usuales los retratos de devastación de las hermosas tierras francesas, la destrucción de campos, aldeas y ciudades así como los desgarradores testimonios de las víctimas de las tropas germánicas, conjunto éste que hará experimentar al grupo de

[1092] Id., pp. 11-13.
[1093] Id., p. 24-26.
[1094] Id., pp.13-24.
[1095] Id., p. 26-28.
[1096] Gómez Carrillo, E., *Campos de batallas, campos de ruinas*, ed. cit.
[1097] Id., pp. 15-20.

periodistas gélidas sensaciones, tras la primera visita a las cercanías de París, arrasadas por los soldados teutones y la escucha del terrible relato sobre tortura y muerte de una anciana de la villa. Dirá Carrillo: "Todos sentimos frío, mucho frío en el cuerpo y mucho frío en el alma".[1098]

A las crónicas anteriormente aludidas añadiremos dos que contienen el nombre de Paris en sus enunciados y que se encuentran recopiladas en una obra publicada en 1993, resultado de una selección realizada de entre las crónicas de Gómez Carrillo.[1099] Las dos crónicas a las que aludíamos son, por un lado, "Los pintores españoles en París",[1100] firmada por Carrillo en julio de 1907, y por otro, "La influencia italiana en París"[1101] que dataría de febrero de 1908.

Tratará Carrillo el tema de los pintores españoles en la capital gala con motivo de su presencia en una exposición de las habitualmente conocidas como Salones. Carrillo tendrá palabras de admiración para algunos de los pintores de la época como Joaquin Sorolla, cuyas obras son muy apreciadas por su trabajo de captación de los matices lumínicos en escenas de la vida cotidiana enmarcadas en paisajes mediterráneos, a quien dirigirá la siguiente bienaventuranza inspirada por la exaltación que despertaría en él la visión de los efectos de la luz solar tan genialmente trabajados por el pintor valenciano: "¡Grande pintor aquel que sabe despertar en nosotros la admiración y que nos enseña a amar el sol sagrado, el sol que fecunda!";[1102] como al representante del realismo Ignacio Zuloaga, a quien considerará en base a su arte "el descendiente más directo de Velázquez, de la vieja escuela española";[1103] como Santiago Rusiñol, pintor español muy influido por el impresionismo, a quien considerará además de pintor, poeta;[1104] y como al considerado postimpresionista Hermenegildo Anglada-Camarasa, de quien dirá: "es el más original de los pintores

[1098] Id., p. 20.
[1099] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense*, ed. cit.
[1100] Id., pp. 37- 44.
[1101] Id., pp. 110-116.
[1102] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense*, ed. cit., p. 39.
[1103] *Ibid*.
[1104] Id., pp. 42-43.

españoles que habitan en París",[1105] dado que "Ninguno le iguala como colorista".[1106]

En cuanto a la influencia proveniente de tierras italianas que Carrillo observa en la sociedad parisiense, confesará sentirse sorprendido ante la invasión pacífica de lo italiano en una Francia reacia a dejarse influir. Carrillo analizará el éxito obtenido por lo italiano en Francia dentro de diferentes ámbitos, tales como libros,[1107] lo pictórico,[1108] lo teatral, concretamente en la comedia italiana[1109] o incluso en lo que Carrillo denomina "los pequeños escándalos".[1110] Por ello, afirmará nuestro cronista: "Pero no es sólo en lo material y en lo comercial en lo que noto la influencia italiana. Es también en lo intelectual y en lo artístico, en lo espiritual y en lo político".[1111]

6.1.2. París en el enunciado de la obra autobiográfica de Gómez Carrillo.

A partir de 1919, Carrillo comenzó a publicar sus memorias, divididas en varios libros. Su proyecto inicial motivó que su autobiografía se titulara *Treinta años de mi vida,* proyecto que quedaría luego reducido a las memorias de un Carrillo que apenas habría abandonado los dieciocho.

En los tres libros en los que Carrillo nos legó su autobiografía, encontramos en primer lugar *El despertar del Alma,*[1112] dedicado a sus primeros años en su tierra natal, con su familia, sus primeros pasos en el mundo laboral y periodístico y su partida hacia el nuevo continente, cuando contaba unos diecisiete años, en busca de paraísos de arte y libertad, que se resumían en su idea de lo que debería ser París, la capital

[1105] Id., p. 43.
[1106] Id., p. 44.
[1107] Id., pp. 112-113.
[1108] Id., p. 114.
[1109] Id., pp. 114-116.
[1110] Id., pp. 113-114.
[1111] Id., p. 111.
[1112] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma,* ed. cit.

de la belleza. En este primer libro no se encuentran capítulos enunciados con el nombre de París, dada la naturaleza de los hechos relatados, si bien la ciudad soñada aparece en varios capítulos como punto de destino así como ideal a alcanzar.

El segundo libro, *En plena bohemia,*[1113] podemos afirmar que el citado título hubiera sido igualmente adecuado si se hubiera sustituido por *En París*, aunque menos artístico y sugerente quizá, ya que para Gómez Carrillo, su París ideal era el París bohemio, donde lo artístico y lo bello ocupaban la plaza primordial entre todos los ámbitos de la vida. Contiene esta obra varios capítulos con el nombre de París, ya que éste es el entorno donde se desarrollan las peripecias del joven guatemalteco recién llegado, ávido de desvelar todos los misterios de la ciudad mítica, de iniciarse en todos sus rituales. Estos capítulos son "Los primeros pasos en París"[1114] y "El descubrimiento de París".[1115]

El tercer libro autobiográfico, *La miseria de Madrid,*[1116] relata el abandono de París al que se ve obligado el joven enamorado de la Ciudad Luz, debiendo dirigirse hacia la capital española, donde el cambio será rotundo y la diferencia de vida notada será abismal, como cabe deducir del título elegido, por contraposición a la dorada y adorada bohemia parisina que acababa apenas de comenzar a saborear. En ella, las alusiones a París como fuente de melancolía son innumerables, más no constituye el título de ninguno de sus capítulos.

Nos detendremos en la obra en la que Carrillo narra los avatares de sus dieciocho años en París, ya que la ciudad o la búsqueda de su París ideal, impregnará cada una de sus líneas. Llegar a París y encontrarse con todo lo contrario de lo que su imaginación le había anunciado, fue todo uno, ya que lo acogieron compatriotas suyos estudiantes de medicina, alojados en una pensión respetable y seria en la que se respiraba un estricto ambiente de estudio y sensatez. Los cafés y restaurantes que frecuentaban

[1113] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit.
[1114] Id.
[1115] Id.
[1116] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit.

estos estudiantes tampoco se ajustaban a las visiones que Gómez Carrillo esperaba presenciar, y se desesperaba al no hallar el objeto de sus deseos. Su avidez del París imaginado se concentra en la siguiente declaración que Enrique pronuncia en tono metafórico: "Yo estaba sediento de apurar todas las copas, hambriento de probar todos los manjares".[1117]

Así lo confiesa a sus compatriotas el Dr. Toledo, que llegó a ser posteriormente un eminente diplomático, o el Dr. Ortega, cuando se interesaban por el motivo de sus desilusiones. Aducía Enrique que la razón de este desconcierto era el no haber encontrado nada de aquello que los libros le describían sobre un París el cual estaba profundamente ansioso por descubrir, ya que ese París de la vida de bohemia descrita por Murger, era ya no sólo la ciudad en la que deseaba respirar sino la forma de vida que quería adoptar.[1118]

Todos estos compañeros se aliaban para presentarle la bohemia como un extinto invento literario, cuyos integrantes "bohemios" no eran más que holgazanes, poco amigos de la higiene así como de las responsabilidades inherentes al trabajo.[1119]

Afortunadamente para Enrique, su también compatriota Doctor Garay, tenía una novia parisina y al presentársela a Enrique, éste vio por primera vez ante sus ojos, la realización de las quimeras parisinas que se habían materializado en su mente. Era ella la encarnación de París, es decir, París hecho carne en la persona de Alice, una chica rubia, menuda, risueña y picaresca.[1120]

La divina aparición se tornó perfecta cuando Alice Freville, que así se llamaba la linda parisina, se declaraba totalmente contraria a la filosofía de vida de su pareja, el Doctor Garay, posicionándose mucho más cercana a los ideales y aficiones de nuestro protagonista.

[1117] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 62.
[1118] Id., p. 63.
[1119] Las palabras del Doctor Toledo transcritas por Gómez Carrillo, al que iban dirigidas, se plasma esta idea: "la bohemia es un pretexto para que los incapaces y los holgazanes disfracen sus vicios y sus sordidez con harapos novelescos". *Ibid.*
[1120] Id., p. 66.

La joven irrumpió en la vida de Gómez Carrillo para introducirlo en el París bohemio que él tanto anhelaba en el momento en el que nuestro autor comenzaba a creerlo realmente imaginario. Además, le confirmó que su bohemia soñada, la bohemia literaria, generosa, alegre, desinteresada, superior, artística, existía en un París de múltiples caras, mosaico de lo burgués y lo bohemio a la vez.[1121]

Esta definición, mezcla de extremos que conviven, se pone nuevamente de manifiesto cuando el Doctor Garay le ofrece su visión particular, ante la extrañeza de Enrique por el hecho de que Alice no entre en la pensión donde se alojan ambos, hecho al que Carrillo no hubiera dado importancia; es más, hecho perfectamente natural, sorprendente en un París moderno, libre y desinhibido. El Doctor Garay justifica que Alice los espere en la puerta del domicilio con un discurso plagado de tópicos que ya horrorizaban a Enrique, basados en la moral burguesa, máxima respetuosa de las apariencias exteriores y las formalidades hipócritas.[1122]

De la mano de Alice, Enrique descubrirá el París de sus ilusiones novelescas, los cafés ideales, los restaurantes bulliciosos y alegres, las avenidas luminosas y animadas llenas de gente dinámica y sonriente, las orillas del Sena adornadas con sus encantadoras parisinas paseando,…

En el primer restaurante bohemio que le mostrará Alice, el restaurante *Pulidor*, experimenta Enrique la culminación de la felicidad, al hallar realmente el lugar al que se asociaba el ambiente soñado.[1123]

Tras el almuerzo en este restaurante, el cual hizo las delicias de Enrique y Alice, pero que desagradó al serio Doctor Garay, los dos amigos de lo bohemio fueron a pasear por el París que Alice quería hacer descubrir al joven amigo de su novio, mientras éste volvía al café serio y monótono que compartía con sus compañeros estudiantes de medicina. Gómez Carrillo se mostraba encantado, constatando la existencia real de aquello

[1121] Id., p. 68.
[1122] Id., p. 75.
[1123] Id., p. 78.

que ya empezaba a sospechar que nunca encontraría al ser tan solo el producto de su imaginación.[1124]

El día que siguió a este paseo fue el primero de la toma de posesión por parte de Enrique de lo que, a partir de ese momento, sería su París. Cambió su pensión, definida como "el único lugar de París que no tenía nada de parisiense",[1125] por otra situada en un barrio más acorde a su forma de vida, en Montmartre. Entró en cafés que encontró maravillosos y dignos de ser comparados a los descritos por Murger, deambuló feliz por bulevares, avenidas, calles y callejuelas.

Como colofón a este maravilloso día, Alice y su novio lo llevaron a un café donde le presentarían al gran poeta Paul Verlaine, ante el cual fue presentado Enrique por Alice como "un literato de mucho porvenir".[1126] Sólo que no comunicaron a Enrique el nombre de aquel poeta, tan admirado por la deliciosa parisina. Enrique se hubiera quizá arrodillado ante aquel poeta al cual veneraba, tanto por ser un artista como por ser un representante de la esencia bohemia de París.

Mientras que el Dr. Garay opinaba sobre aquel poeta que no se trataba más que de un viejo empedernidamente borrachín, Alice veneraba su nombre considerándolo un poeta soberbio, anunciando a Enrique que ella le prestaría las obras del gran autor. Carrillo, oyendo la sincera y profunda defensa de la joven parisina en favor del pobre poeta, se sintió enternecido a la vez que admirado, ante la actitud sensible artística y humana de la joven parisina.[1127]

Al despedirse los tres amigos tras la velada, es cuando Carrillo descubre la identidad del anciano presentado horas antes. Este descubrimiento hace nacer en él el sentimiento de la admiración, de la incredulidad ante tamaña experiencia, encontrándose en tal estado de

[1124] Id., p. 82.
[1125] Id., p. 84.
[1126] Id., p. 97.
[1127] Id., p. 99.

agitación y emoción que no podía acostarse, vibrando ante la intensidad de la última experiencia, haber estado en presencia del gran Verlaine.[1128]

Y en medio de un delicioso delirio, "animado por un sentimiento ingenuamente vanidoso",[1129] se puso a escribir una carta a su tío José con la finalidad de hacerle partícipe del divino acontecimiento, exagerando bastante, al comunicarle su emoción al haber estado junto al gran poeta, cargando un poco las tintas, pues decía que era su amigo, aún cuando desconocía siquiera su identidad.[1130]

Como era de esperar, la coincidencia de gustos, aficiones e ilusiones literarias y bohemias que confluían en Alice y Enrique desembocó en el abandono del noviazgo entre ésta y el serio y realista Dr. Garay, amigo de Enrique. Alice confiesa que, desde el primer momento en que conoció a nuestro cronista, sintió nacer una chispa especial.

Enrique, dividido menos ante el sentimiento de evitar la traición a su amigo que ante el deseo de sucumbir al amor ofrecido por la encantadora modista, se decanta por esto último, no sin esperar el desenlace de la última oportunidad que se da la pareja antes de tomar la decisión de separarse definitivamente. Enrique confiesa el aumento de su ego al saberse adorado por una diosa parisina, una representante viva de todo cuanto él anhelaba poseer.[1131]

Aunque en el breve intervalo de tiempo que pasó entre la declaración de amor de Alice a Enrique y la segunda y última oportunidad dada por ésta a su relación con el Dr. Garay, Carrillo no perdió el tiempo. Para consolarse de la pérdida momentánea de la joven parisina, intentó encontrar el remedio en otros brazos femeninos, los cuales encarnaran del mismo modo lo genuinamente parisino.[1132]

[1128] Id., p. 101.
[1129] *Ibid.*
[1130] *Ibid.*
[1131] Id., p. 119.
[1132] Id., p. 111.

Con el regreso de Alice para permanecer a su lado, el íntimo orgullo de la conquista, realizada casi inconscientemente, de la posesión de aquello que nunca hubiera soñado alcanzar, le hacía dar gracias al cielo por haberle concedido el don más preciado, la esencia de París hecha mujer.[1133]

El concepto de mujer parisina que las lecturas de Enrique le habían proporcionado era el de un ser dual, capaz de alcanzar todos los extremos. Él mismo nos ofrece su visión, visión que, ante Alice, representante de este tipo de mujer, le hace sentir cierto miedo, por lo apasionado del carácter que Enrique suponía a la mujer parisina.[1134]

A pesar de estas dudas y prevenciones, Enrique asumió el riesgo, como era propio de él, dado que ya, a sus dieciocho años, estaba curtido en el arte de optar por lo menos seguro, saliendo victorioso. Así pues, comenzó el idilio entre Alice y Enrique, visitando restaurantes alegres y bulliciosos, en cafés bohemios, conociendo a nombres consagrados de la literatura francesa, saboreando el amor en París del brazo de una flor parisiense.[1135]

La armonía y conjunción de sus almas e inclinaciones hicieron que vivieran largos e intensos días consagrados a sus predilecciones en el mundo de lo bohemio, lo artístico y lo literario. Carrillo se extasiaba ante la profundidad de las reflexiones literarias y artísticas de su amada Alice, declarando sentirse encantado por la compañía de esta parisina, que además coincidía con él en sus gustos artísticos e inclinaciones literarias, abriéndole las puertas de un nuevo paraíso buscado, poblado por grandes nombres de las letras francesas.[1136]

Esta felicidad tan sólo se veía ligeramente enturbiada por las escenas de abatimiento y soledad que protagonizaba el Doctor Garay, escenas ante las cuales Enrique decía no entender la postura de humillación adoptada por aquel hombre que disfrutaba de grandes cualidades, pues era

[1133] Id., p. 103.
[1134] Id., p. 111.
[1135] Id., p. 139.
[1136] Id., p. 123.

joven, fuerte e inteligente, como para dejarse amilanar por una situación tan común, y quizá, para el conquistador Enrique, tan poco digna de importancia.[1137]

Pero estas escenas no eran lo suficientemente intensas como para evitar que Enrique tuviera una visión de la existencia que llevaba junto a Alice, como perfecta, como la realización de una quimera que nunca hubiera podido más que imaginarse, dado que le proporcionaba numerosas ocasiones de experimentar lo único que pedía al Destino: no eran riquezas ni honores terrenales, sino que lo llenara de emociones, de sentimientos, comparándose en este aspecto, con el protagonista de uno de los cuentos de los Hermanos Grimm, quien sólo deseaba en la vida el poder estremecerse. De este modo expresaría Carrillo tal plegaria:

> Yo también, desde que había salido de mi tierra y de mi casa, no buscaba sino emociones. Las ideas de porvenir serio, de estudio metódico y de trabajo práctico que al despedirme de mi madre habíanse adueñado de mi cerebro, desvanecíanse, al contacto de la existencia, como vanos fantasmas abstractos. Con una intuición singular en un adolescente, yo adivinaba que en mi vida lo que la gente llama "serio" no sería nunca grandemente trascendental. Las carreras de mis amigos del café Vachette, que a los veinte años tenían el gusto de oírse llamar doctores y hablaban con calma de los millones que habían de ganar más tarde, lejos de inspirarme envidia, me hacían sonreír con desdén. Ya entonces sentíame tan orgulloso de mi independencia bohemia, que no hubiera cambiado mi bagaje de ensueño por el título de ninguno de mis paisanos.[1138]

Y nos anuncia ya, con gran precisión, como el Destino obedecería ciegamente a estos propósitos, a lo largo de toda su existencia:

> Con cuanta complacencia fue oída mi plegaria lo iremos viendo, poco a poco, en el curso de estas confidencias. Raros hombres, en efecto, han tenido tan buena o mala suerte como yo, según se consideren don o maldición los peligros, los sobresaltos, los cambios bruscos de fortuna, las tragedias íntimas… Sin presagios, mi cielo trueca a cada instante su serenidad en borrasca.[1139]

[1137] Id., p. 119.
[1138] Id., pp. 138-139.
[1139] Id., p. 139.

El abandonado Dr. Garay, en su despecho, intentó suicidarse tirándose desde el balcón de la habitación que ocupaban Enrique y Alice durante una visita en la que ellos, confiados, le confiesan su felicidad. Ante este hecho inesperado y desafortunado, Enrique intuía las consecuencias del mismo: "De un modo confuso, yo sentía en el fondo de mi alma la angustia de la desgracia irreparable, y sin creerme causante de ella, temía sus consecuencias cual un castigo de otras culpas".[1140]

Sentimientos de penumbra acudieron a la mente de Enrique obscureciendo las maravillosas sensaciones proporcionadas por los deliciosos días pasados en compañía de su bella parisina, cuando, la noche del intento de suicidio del Doctor Garay, una nota del mismo, rogaba a ésta que fuera a verlo al hospital, subrayando que había de ir sola. Esta última palabra desencadenó un silencio denso entre los dos amantes, y el nacimiento de una cierta amargura en el joven Carrillo:

> Un gran silencio nos envolvía haciéndonos meditar, por primera vez, en la gravedad de la existencia. Mi alma de niño sentíase madura, sentíase cansada, sentíase centenaria. Mirando hacia atrás, mi vida parecía hundirse en un largísimo pasado de dolores, de fatigas, de desilusiones, de miserias, de incertidumbres… Veía mi tierra perdida en la lejanía infinita… Veía el rostro de mi madre envejecido… Veía mis recuerdos de colegio como en un paisaje de ensueño casi irreal… Veía mi idilio con Edda, cual si fuera una historia de otras edades…
>
> Muy cerca de mí, echada en un diván y envuelta en la penumbra, Alice callaba. Yo creía que ella también meditaba. De pronto, noté que dormía…
>
> Entonces me sentí tan solo, tan triste, tan abandonado, que me tuve lástima. Y lloré, lloré contemplándome, lloré sobre mi mismo, hasta que el sueño me venció a mi vez…[1141]

Días más tarde, tras la visita de Alice al hospital en el que se recuperaba favorablemente de sus fracturas el Doctor Garay, llega la confirmación de lo que Carrillo ya sospechaba en su fuero interno, cuando

[1140] Id., p. 143.
[1141] Id., p. 153.

su enamorada declara: “Y todos, según parece, te hacen a ti responsable de lo que ha pasado…”[1142]

En efecto, el intento de suicidio, las conclusiones que muchos de sus compañeros sacaron del acontecimiento, el aumento de falsos rumores al correr éstos de boca en boca, y una carta escrita por el propio Garay a su familia en Guatemala, en la que acusaba a Enrique de ser el artífice de sus desgracias, carta que incluso llegó a manos del Presidente Barillas, contribuyó a aumentar la mala fama que rodeaba a Gómez Carrillo. Magnificada aún más al propagar el mismo Doctor Garay ciertas afirmaciones, de todo punto negadas por Enrique, referentes a la venta por parte de Alice, para sufragar los gastos del idilio mantenido con el amigo traidor, de una serie de joyas que él, como antiguo prometido, supuestamente le había regalado. Aunque Enrique aclara a uno de sus amigos que le comenta los rumores que circulaban, quien por otro lado lo tranquiliza al confesarle que todos hubieran hecho lo mismo que él, que Garay sólo le había regalado a su novia un reloj de poco valor.

Al llegar a oídos del Presidente Barillas los hechos acontecidos, su repuesta fue la inmediata suspensión de la asignación económica de la que estaba dotado nuestro autor y el envío del dinero necesario para abonar el pasaje, de vuelta a Guatemala. No obstante, Enrique, quizás menos por hacer caso a su padre y al cónsul guatemalteco en París, que le recomendaban, dado el enfado del Presidente, demorar un poco su regreso hasta lograr convencerlo de la falsedad de los hechos acontecidos, que por prolongar su libertad bohemia en la ciudad soñada, no regresó sino que distribuyó el dinero del pasaje, con el objetivo de que le permitiera permanecer cinco meses más en la Ciudad Luz, envuelto en el ambiente de arte y de bohemia que se respiraba en París por aquel año de 1891. Se dijo nuestro bohemio: “-Cuando este dinero se acabe, pensaremos en lo que haya que hacer… Entretanto, aprovechemos el tiempo para aprender y para amar”.[1143]

[1142] Id., p. 154.
[1143] Id., p. 157.

Tomada esta decisión, haciendo las cuentas de gastos generales para gastos básicos (y menos básicos pero también diarios), vislumbraba ante sí un período lleno de mieles, de vino y rosas, en los que las necesidades básicas estarían cubiertas y no tendrían que abstenerse del placer de visitar los cafés, cuyos ilustres clientes y cuyas tertulias tanto le entusiasmaban.[1144]

Una de las actividades predilectas a las que se dedicó durante este tiempo, primero en solitario y luego, contagiada Alice de esta "fiebre", acompañado y apoyado por ella, fue la de recorrer las calles parisinas en busca de reconocer entre las gentes a las celebridades literarias del momento.[1145]

Como habitualmente ocurría, la Fortuna favoreció sus deseos y pudo conocer por este método a escritores como Banville, Leconte de Lisle o Renan. A otros personajes, como Stuart Merrill o Rebell, los conoció al coincidir cotidianamente en el mismo restaurante, y estos, a su vez, le presentaron a Oscar Wilde, personaje éste último que frecuentó y con quien intimó durante su estancia en París, naciendo entre ellos una profunda amistad que siempre conservarían.

Pero, hasta el contratiempo más fastidioso que podría constituir una enfermedad, en Enrique se volvía a su favor. Al sentir un dolor de garganta que se intensificaba con el tiempo, y aconsejado por uno de sus compatriotas médicos, se dirigió al Hospital San Luís para tratarse, el cual ya conocía de haber visitado al Doctor Garay tras su tentativa de suicidio. Allí, contrariamente a lo que pudiera esperarse, no nos presenta Carrillo en las visitas a este establecimiento que su tratamiento exigía, escenas propias de un centro hospitalario, sino todo lo contrario, lo que nos narra son escenas de amistad, de alegría, de fiesta, y de bohemia que se celebrarían cada noche en el comedor de los internos del citado centro sanitario.[1146]

[1144] *Ibid.*
[1145] Id., p. 166.
[1146] Id., pp. 170-171.

Dicho banquete se clausuraba con bebida, música y baile, todo ello, en el entorno de la Asistencia pública. Describe Gómez Carrillo el comienzo de aquellas fiestas: "Pero la verdadera fiesta no comenzaba sino después del café, cuando el comedor, despejado de sus mesas, convertíase en un salón de baile".[1147]

Así comienza lo que sería la presentación de una época en la que las desenfadadas visitas al hospital eran diarias, casi cada tarde, tras un agradable paseo en tranvía, admirando los paisajes parisinos, acompañado de Alice, para recibir los cuidados de un amable médico interno el cual le hacía partícipe de teorías científicas interesantes aunque ciertamente extravagantes.[1148] En el vasto comedor de los internos se habilitaba una especie de modesto banquete para todos aquellos jóvenes y/o estudiantes que quisieran asistir. No faltaron anécdotas como la del robo de un piano de la sala de guardia de los farmacéuticos, para que las notas musicales no faltaran al final de la fiesta.[1149] Allí pasaron muchas veladas Enrique y Alice, las cuales son descritas con todo lujo de detalles en el libro autobiográfico *En Plena Bohemia.*[1150]

Como todo no había de ser perfecto, el asunto del doctor Garay no saldría gratis a Gómez Carrillo. He aquí las consecuencias del mismo: Enrique dirigió una carta al Presidente de Guatemala, su benefactor, explicando su versión de los hechos acontecidos. Esta carta apaciguó en cierta medida el enfado del presidente, pero no hasta el punto de permitir que todo siguiera como si nada hubiera pasado. La decisión del Presidente le llegó mediante una misiva, definida por el propio Gómez Carrillo de "estilo militar centroamericano".[1151] En ella le concedía una segunda oportunidad, menos por él mismo que "en virtud de su familia",[1152] pero alejándolo de París y enviándolo a Madrid, y no sin finalizarla con la

[1147] Id., p.174.
[1148] Este interno asociaba la presencia de los microbios en un organismo humano, junto con el tratamiento farmacológico correspondiente, con el desarrollo del genio. Id., pp. 169-177.
[1149] *Ibid.*
[1150] Id., p. 173.
[1151] Id., p. 200.
[1152] *Ibid.*

advertencia de “Sírvase darme cuenta de su cambio de residencia y de conducta, y reciba la expresión de mis saludos…”.[1153]

Los sentimientos de Enrique ante este nuevo giro de su existencia se debatían entre lo positivo y lo negativo del mismo, más el dolor de la separación se vislumbraba claramente.[1154]

Pese a lo que Enrique imaginaba, Alice no tomó mal el cambio que se les imponía e intentaba animar a Enrique al notar la gran tristeza que el abandono de su ciudad amada le producía, llegando incluso a proponerle, si quería continuar en París, volver a trabajar en su antigua ocupación, en los almacenes del Louvre, o bien disponer de una suma de dinero que, cierto señor brasileño ya mayor, el señor Cuadras, quien la quería como a una hija, en ocasiones pasadas, le había ofrecido.

Nuestro joven autor, sintiéndose herido en cierto modo en su dignidad de hombre latino, rechazó de plano ambas opciones. Incluso, llegó a plantear la posibilidad de que Alice, si así ella lo prefería, no le acompañase a la capital castellana.

Alice, profundamente enamorada, descartó inmediatamente esta posibilidad, confesándole que lo acompañaría aunque tuviera que hacerlo a pie.[1155] Y para desvanecer las negras nubes que Enrique veía en su futuro, Alice le demostraba la confianza que tenía depositada en el éxito que pronto le procuraría su genio, con estas palabras: “-[…] Con el talento que tú tienes, no has de tardar mucho en darte a conocer, en ganar dinero, mucho dinero…”.[1156]

Asumido el hecho de tener que abandonar París, los últimos días en la ciudad supusieron una especie de torturadora cuenta atrás para el joven Carrillo, en la que cada segundo contaba para despedirse tristemente de todo aquello cuanto había amado con intensidad, en el corto espacio en el

[1153] *Ibid.*
[1154] *Ibid.*
[1155] Id., p. 203.
[1156] Id., p. 202.

que pudo disfrutarlas.[1157] Y como no podía ser de otro modo, mientras se despedía de los lugares idolatrados, ensoñaciones literarias venían a su mente enlazadas a sus recorridos de despedida.[1158] Era tal su desesperanza ante la proximidad de la partida, sólo comparable a la talla de su espíritu artístico, que personificaba las cosas hasta el punto de hablarles y comunicarles su tristísima despedida.[1159]

Entre sus sentimientos de tristeza, no obstante, florecían proyectos literarios ligados a los lugares queridos. Quizá para darse esperanza de seguir ligado a lo parisino, aunque tan sólo fuera intelectualmente, Carrillo entreveía el proyecto de escribir una novela histórica.[1160] Aunque a este proyecto literario anteponía otro a más corto plazo, dada la necesidad que tenía más de dinero que de fama, aunque vaticinaba que éste le reportaría ambas cosas en grandes cantidades. Este proyecto, como no podía ser de otro modo, estaba directamente relacionado con lo francés, pues consistía en realizar un estudio sobre representativos nombres de las letras hispanoamericanas que escribieran en lengua francesa.[1161]

Esta idea surgió de una conversación con el poeta cubano Augusto de Armas, quien le dio una pequeña lección sobre escritores de origen hispanoamericano que producirían su obra en francés, citándole como gloriosos ejemplos a su paisano José María de Heredia o a Lautréamont y a Jules Laforgue, resaltando la figura del escritor sudamericano De la Roca de Vergaló como creador, injustamente olvidado, del Simbolismo. Tras hacerle un breve resumen de la biografía de este literato, concluía así Augusto de Armas, según hace reseña Carrillo en sus memorias autobiográficas:

> Toda la gente del movimiento actual, desde Regnier hasta Gourmont, todos los simbolistas aprendieron su retórica nueva en las obras admirables de la Roca de Vergaló. Pero todos, de acuerdo, hicieron la conspiración del silencio alrededor de su nombre. No bastaba despojarlo de sus tesoros de novedad. Era

[1157] Id., p. 203.
[1158] *Ibid.*
[1159] Id., p. 207.
[1160] *Ibid.*
[1161] *Ibid.*

> preciso matarlo, enterrarlo. ¡Qué diablo, un extranjero, más aún, un rastacuero que venía de las lejanas Américas, no podía ser proclamado maestro por un parisiense como el señor Gourmont, que tanto desprecia a los extranjeros, o por un Regnier, que tanto orgullo de raza tiene![1162]

Aunque para hacer justicia, cita De Armas una crónica de Catulle Mendès consagrada a la figura de De la Roca, en la que el autor francés reconoce el papel innovador en la poesía de este peruano: ""Es necesario reconocer que, primero que nadie, De la Roca de Vergaló, concibió ciertas innovaciones, sobre las cuales se pusieron pronto de acuerdo algunos representantes considerables de la joven generación"".[1163]

A esta aventura literaria le empujaba, principalmente, su adoración por la lengua de su país de adopción, además del convencimiento de que, el verdadero triunfo, el máximo triunfo al cual aspiraba, era a ser reconocido en París, por méritos literarios.[1164]

Lamentablemente para Enrique, la víspera de la partida llegó. Los intensos y felices ocho meses parisinos tocaban a su fin, y con ella, la terrible realidad de la separación del divino sueño, quizá definitiva. Nuestro joven autor se desesperaba, comparando sus propias expectativas, nada halagüeñas de lo que podía ser la vida en Madrid, con la visión optimista ofrecida por Alice, quien creía en el triunfo madrileño del talento de su amado.[1165]

La angustia de la partida le impidió dormir aquella noche. Sentía el joven Carrillo un dolor tan lacerante ante la ya inminente separación, que no le permitía conciliar el sueño, sintiéndose exaltado e inmerso en un profundo desasosiego, quizá sinónimo del que sintiera un condenado a muerte, en el cual dormir equivalía a perder los últimos minutos preciosos que le restaban de vida en la ciudad idolatrada.[1166]

[1162] Id., pp. 209-210.
[1163] Id., p. 209.
[1164] Id., p. 210.
[1165] Id., p. 211.
[1166] Id., p. 212.

Con este objetivo se dirigió a través de las pequeñas calles parisinas predilectas para llegar a sus cafés habituales y despedirse de sus amigos. Lloró ante la imagen de una virgen de piedra colocada en un nicho profundo a la puerta de una carbonería, implorándole compasión.[1167] Vagó por calles desiertas, no pudo encontrar a su admirado Verlaine, quien se encontraba en el hospital desde hacía un tiempo.[1168] Tan sólo pudo hablar y beber para olvidar, con su amigo el doctor Hurtado, quien lamentaba de veras su partida y lo puso al corriente de la situación del Doctor Garay, de su terrible deterioro físico y moral debido a su reciente adicción a la morfina y del odio enconado que sentía hacia Enrique.[1169]

Para colmo de males, hablaron de Madrid. La pincelada esbozada por el Doctor Hurtado no representaba para Enrique una estampa muy esperanzadora, pues Hurtado presenta un panorama de Madrid que sería todo lo contrario a París, presentándolo como lo arcaico frente a la modernidad parisina.[1170]

Tras dirigirse a otro café y no encontrando a ninguno de los amigos ansiados para calmar su sed de conversación y de desahogo, siguió bebiendo tratando de calmar su desasosiego. Los efectos del alcohol le hicieron quizá entrever pequeñas posibilidades de éxito en su nuevo destino, como la de escribir un libro sobre los poetas hispanoamericanos y una novela histórica localizada en París, en aquel Madrid en el que, por descontado, no encontraría las maravillosas distracciones parisinas.[1171] ¡Cuán poco certeros fueron los augurios propiciados por el ajenjo aquella noche, al menos en cuanto a lo que a felicidad se refería!, podríamos afirmar tras haber estudiado la vida del insigne cronista.

Finalizaremos este apartado de la vida de Gómez Carrillo haciendo hincapié en que la huella que imprimió en él el descubrimiento de París, que tan honda sería como para marcar posteriormente toda su vida así

[1167] *Ibid.*
[1168] Id., p. 213.
[1169] Id., p. 214.
[1170] *Ibid.*
[1171] Id., p. 215.

como su producción literaria, no constituye un ejemplo aislado, ya que este enamoramiento eterno de París, fue denominador común en muchos de los artistas, tanto latinoamericanos como de otras nacionalidades, que pasaron por la capital francesa, aunque no adoptaran, en su mayoría, el francés como lengua de expresión literaria, como expresa Mona Huerta:

> […] beaucoup d'entre eux firent des études en France, occupèrent des fonctions diplomatiques, voyagèrent ou vinrent se réfugier à Paris. Francophiles et parfaitement francophones, tous à un moment ou à un autre invitèrent Paris et la France dans leurs ouvrages mais peu choisirent le français comme langue de création.[1172]

6.1.3. París en el enunciado de las obras de Gómez Carrillo publicadas posteriormente a 1919.

El año 1919 fue excepcional para Gómez Carrillo en cuanto a publicaciones se refiere, ya que en esta fecha, además de su autobiografía, comenzó igualmente la publicación de sus obras completas, publicándose en este mismo año varios volúmenes de las mismas. Entre ellos, el volumen IV, que llevaba por título *Vistas de Europa*.[1173] En él, Carrillo ofrece sus impresiones sobre diferentes ciudades, regiones o incluso algún país (le dedica un capítulo a Rusia), todos ellos europeos. Se inaugura dicha obra con el capítulo titulado "El alma sublime de París",[1174] donde nuestro cronista examina el papel fundamental desempeñado por la capital francesa durante la Primera Guerra Mundial, resultado del cual, se habría consagrado, a nivel mundial, como modelo de ciudad defensora de la libertad, detentadora de las más altas y profundas cualidades, echando así por tierra clichés de frivolidad, lujo, glamour o desenfado que la caracterizaran desde el exterior con anterioridad a la gran contienda.

[1172] Huerta, M., *op. cit.*
[1173] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa*, *Obras Completas*, t. IV, Madrid, Mundo Latino, 1919.
[1174] Gómez Carrillo, E., *El Primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 7-16.

Otras recopilaciones de crónicas, publicadas ya bien entrado el siglo XX, son *El Primer libro de las Crónicas,*[1175]de 1919, y *El Cuarto libro de las Crónicas,*[1176] de 1921.

El Primer libro de las Crónicas contiene una crónica centralizada en la visión del teatro en París, en la cual, con cierta sorna e ironía, Gómez Carrillo ofrece una panorámica de la situación del teatro en la capital francesa, incidiendo en la gran afición de los parisinos y parisinas hacia él, organizándolo en torno al análisis del papel desempeñado en la citada situación del teatro de los actores y actrices,[1177] de los autores[1178] y de los críticos.[1179]

El Cuarto libro de las Crónicas incluye la crónica consagrada a "Los malandrines de París",[1180] en la cual nuestro autor se queja de la falta de elegancia, generosidad y galantería con la que actuarían, en la época contemporánea, los que se dedicaban a actividades delictivas en París, a diferencia de cómo lo hicieran los practicantes del bandolerismo de otros tiempos, algunos de los cuales fueron merecedores de inspirar novelas y romances.[1181] Aludirá Carrillo al hecho de que se dé un renacimiento en la literatura en París de la figura galante del bandolero, el cual socorrería a las masas trabajadoras en detrimento de instituciones gubernamentales explotadoras o de ricos sin escrúpulos, perseguido por éstos últimos y protegidos y respetados por los primeros. Destaca nuestro cronista la adaptación de aquella forma de robo a los tiempos modernos, en los que habría adoptado la forma de la estafa. Tratará, pues, de los estafadores en general y, tras comentar varios casos de la actualidad resaltados por los diarios de la época, confesará Carrillo, profesarles cierto cariño, pues, refiriéndose a ellos, reconocerá: "jamás pude sustraerme a la admiración que me causan esos seres extraordinarios que saben servirse de la habilidad

[1175] Id.
[1176] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit.
[1177] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 217-253.
[1178] Id., pp. 253-260.
[1179] Id., pp. 260-76.
[1180] Gómez Carrillo, E., "Los malandrines de París", en *El Cuarto libro de las crónicas,* ed cit., pp. 161-170.
[1181] Id., p. 161.

lo mismo que sus abuelos se sirvieron de la fuerza".[1182] Concluirá Carrillo su revisión de la situación de los delincuentes parisinos subrayando el hecho de que tan sólo las formas exteriores habrían cambiado en este mundo, subsistiendo la esencia, compartida por bandoleros y estafadores, dirigida al empleo de medios con los que apoderarse de lo ajeno: "Lo único que ha desaparecido, en realidad, es el trabuco y la capa. El alma aventurera vive y vivirá siempre. Se ha hecho sutil, eso es todo, y en vez de amenazar, convence".[1183]

Resulta interesante la panorámica que Carrillo nos presenta respecto a la situación del teatro en el París de la primera mitad del siglo XX, por lo completa, ya que analiza al público, la situación económica que afecta a los empresarios teatrales, pasando por actores, sastres, decoradores,…y por supuesto, autores, directores y críticos. La visión que Carrillo ofrece, decíamos anteriormente, con ciertos toques irónicos viene motivada por el hecho de que nuestro cronista comienza esta crónica declarando que la máxima fuerza en el teatro de la época la ejercían. No los autores, como sería lógico, sino los actores: "Francia es una república que tiene sus reyes y esos reyes son los actores".[1184] A esto añadirá cuán excéntricos serán sus caprichos y exigencias y cómo deberían doblegarse ante ellos los "pobres poetas",[1185] quienes se verían obligados incluso a concebir sus obras en función de aquellos quienes fueran a representarlas,[1186] o bien adaptarlas a los deseos y pretensiones de actores, actrices, directores o empresarios, como ponen de relieve las palabras de un autor quien debe acomodar el personaje de su drama a las características de la actriz que el empresario insiste en que sea seleccionada para el papel en cuestión.[1187] Lo resumirá Carrillo en estas palabras: "-Así es la vida teatral. Por darle gusto a una dama joven o a un padre noble, los dramaturgos tienen que falsear la historia".[1188] Es por esto y por otros muchos casos más conocidos, que

[1182] Id., p. 166.
[1183] Id., p. 170.
[1184] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 217.
[1185] Id., p. 218.
[1186] Id., p. 219.
[1187] Id., pp. 218-220.
[1188] Id., p. 220.

Carrillo osa afirmar que: "Los dramaturgos no son hoy sino proveedores de los comediantes, y saben que desde el director hasta el último maquinista no hay nadie en el escenario que se crea indigno de darles una lección de poética".[1189]

A tenor de lo anteriormente expuesto, en esa misma crónica, Gómez Carrillo manifestará su opinión sobre cuál sería la clave del éxito de una u otra obra en París, aprovechando las palabras en idéntica dirección escritas por otro autor al respecto. El secreto estaría en que funcionase el método clásico del boca a boca, pues señala Carrillo que, en su opinión, que es igualmente la del escritor francés Rémi de Gourmont, sería un método infalible para atraer al público al teatro. Carrillo cita las palabras del autor referido con las cuales convendría totalmente: "¡Es necesario haber visto eso! Cuando los parisienses se repiten esta frase los unos a los otros, es el gran éxito",[1190] sin que la obra contenga necesariamente grandes dosis de calidad, pues, del mismo modo, Carrillo aludirá al público que asiste a las representaciones, resaltando que no lo hace guiado por el interés de descubrir una obra nueva, un tema novedoso o a un autor célebre, sino para dejarse ver, para atraer las miradas, añadiendo que lo que interesa a las espectadoras no es más que los trajes que luzcan las actrices.[1191] Exagerando este punto, comentará Carrillo que la aceptación o no de un drama para ser representado podría depender de la indumentaria que debieran lucir los personajes, pues refiere nuestro autor cómo un triste Jean Lorrain le habría confesado, decepcionado tras ser rechazada una de sus obras por un director, que si al costurero le hubiera gustado el drama, éste habría sido aceptado.[1192] Llegados a este punto, Carrillo se atreve a exponer su visión claramente, un tanto pesimista, acerca de lo que el lector de la citada crónica vendría pensando a medida que avanzara en la lectura de la misma, esto es, la insignificancia en sí misma que tendría la obra, pues dice Carrillo: "En cuanto a las obras, tienen tan poca importancia, que llegará el día en que se encargará a cualquier actor de confeccionarlas para

[1189] Id., p. 219.
[1190] Id., p. 221.
[1191] Id., pp. 221-223.
[1192] Id., p. 223.

economizar lo que se da a los poetas".[1193] De hecho, Carrillo refiere, irónicamente, con nombre y apellidos, a actores así como a actrices principalmente, los cuales se emplearían en el oficio de poeta. Refiriéndose a este tipo de lo que él considera intrusismo, Carrillo opinará: "deben pensar, […], que escribir versos o prosas es un pasatiempo tan elegante como el *polo* o el *tennis*".[1194] Las producciones literarias de estos actores no quedarían en el ámbito privado, sino que se publicarían en algunas revistas, y para demostrar este hecho, nuestro autor inserta algunos extractos de las mismas en esta crónica.[1195] Llega Carrillo a afirmar, que muchos actores no se contentarían con ejercer de literatos esporádicamente sino que entraría en su ánimo rivalizar con grandes autores.[1196] Siguiendo la estela de la erudición y el genio alcanzado por los comediantes, Carrillo reseña también la moda de que éstos devengan conferenciantes en algunas ocasiones: "Cuando los actores no hacen dramas, hacen conferencias. Ni necesidad de gloria se necesita para poner cátedra de conferencista. Con ser actor o actriz basta".[1197]

Los autores más recientes recibirán también una dosis de ironía carrillista en esta crónica sobre el teatro en París. De ellos dirá que "En París es el rey del día".[1198] Aludirá a la fama de que gozan entre la juventud que antes habría preferido a autores consagrados: "Entre los libros confiscados en los liceos, ya no son las novelas de Alejandro Dumas […] los que más abundan, sino las comedias modernas. Los mosqueteros y las grisetas se han dejado vencer por los personajes de teatro".[1199] Ensalzará Carrillo las reacciones altivas e indignadas de estos autores debutantes ante cualquier atisbo de crítica negativa: "En cuanto no hay una adoración arrodillada en lo que el crítico escribe, el dramaturgo se indigna".[1200]

[1193] Id., pp. 223-224.
[1194] Id., p. 224.
[1195] Id., pp. 225-228.
[1196] Id., pp. 228-231.
[1197] Id., p. 231.
[1198] Id., p. 254.
[1199] Id., p. 255.
[1200] Id., p. 259.

La evolución de la labor de los críticos, acelerada por las costumbres de la época, obtiene igualmente el comentario de Gómez Carrillo, incidiendo en que los nuevos usos, derivados del gusto por ofrecer información teatral de las obras, incluso aún antes de ser estrenadas, habrían hecho evolucionar la práctica de la crítica, imprimiéndole rapidez y anticipación pero restándole credibilidad y seriedad. Alude a la transformación vivida por este ámbito que, en pocos años, habría evolucionado desde la crítica dominical escrita tras el estreno a la realizada a partir del ensayo general aún antes de la *première*, evolución que habría impregnado negativamente su trabajo de estrés y por consiguiente, de falta de tiempo para realizar una crítica de calidad.

No obstante, señala Carrillo, esta rapidez no sería un elemento que afectara tan sólo al oficio de la crítica, habiéndose convertido en una especie de mal del siglo, pues según afirma Carrillo: "En nuestra época el vértigo de la carrera, la fiebre de ir deprisa es una enfermedad universal".[1201]

Aún añadirá nuestro cronista otra característica de la crítica en lo teatral propia de los nuevos tiempos, puesto que hace alusión al hecho de que sean los autores los que realicen la crítica de sus propias obras. Esta nueva costumbre no parece gozar del beneplácito de nuestro cronista, que se expresaría al respecto en los siguientes términos:

> Rubén Darío ha dicho que desde que murió Jean Lorrain no hay nadie más parisiense que yo. Algo exagerado debe ser eso, puesto que todavía me asusta esta crítica en que cada uno se elogia a sí mismo y en la que todos tratan de darse cuenta de lo que aún no existe…[1202]

Su opinión contraria a esta práctica la expresará Gómez Carrillo sin rodeos, diciendo, que si él fuera crítico, diría a aquellos que realizan las críticas sin ser su profesión: "-¡Nada de opiniones, señores míos, cada uno a su oficio…!"[1203]

[1201] Id., p. 266.
[1202] Id., p. 268.
[1203] Id. p. 275.

La última referencia que haremos constar data de 1927, año de su muerte, en el que publicó, entre otras obras, *La nueva literatura francesa*,[1204] donde reserva una extensa y pormenorizada crónica consagrada a "El carácter literario de la prensa parisiense",[1205] en la cual incide en resaltar el citado carácter artístico y literario que impregnaría a la prensa parisina concretamente y a la francesa por extensión, contraponiéndola a prácticas periodísticas de otros países, caracterizadas por ser más secas y centradas en la información, pero desprovistas del arte y la elegancia intrínsecamente franceses. Lo expresará así Gómez Carrillo: "Lo que sí puedo asegurar, es que en Francia, […], hasta los más humildes gacetilleros de los diarios, tratan siempre de ser artista en el campo en que trabajan".[1206] Con motivo de la publicación de un libro sobre la prensa francesa,[1207] al que considera Carrillo el único hasta el momento que tratara de manera seria y objetiva este aspecto tan relevante de la vida parisina y francesa, comentará nuestro cronista la labor de información impregnada de arte que llevan a cabo los diarios parisinos y franceses, tocando aspectos muy diversos, algunos ya aludidos en crónicas anteriores, como la queja de los periodistas acerca de las escasas remuneraciones recibidas,[1208] las dificultades económicas de los periódicos para salir cada mañana, la labor de claridad y concisión que los reporteros persiguen sin detrimento del estilo armonioso. Evidencia nuestro cronista la adaptación de la prensa parisiense a los tiempos modernos sin perjuicio o menoscabo en cuanto a su calidad artística, resumida en esta afirmación suya: "En París, la brevedad no ha hecho hasta hoy daño a la belleza y al arte".[1209] Del mismo modo, tratará otros muchos aspectos de este tema, como el radio de acción que concerniría al ámbito periodístico, el cual sería amplísimo, ya que, en opinión de Carrillo: "Un diario es el reflejo de la existencia entera";[1210] el renacimiento de la crónica que en el periodismo parisino y francés habría experimentado en los últimos tiempos, cuyo

[1204] Gómez Carrillo, E., *La nueva literatura francesa*, ed. cit.
[1205] Gómez Carrillo, E., "El carácter literario de la prensa parisiense", Id., pp. 223-278.
[1206] Id., p. 278.
[1207] Billy, A. y Piot, J., *Le monde des journaux*, Paris, G. Crès & cie., 1924.
[1208] Gómez Carrillo, E., *La nueva literatura francesa*, ed. cit., p. 227.
[1209] Id., p. 230.
[1210] Id., p. 231.

germen encontrará Carrillo en los gustos de los nuevos tiempos: "nos hallamos en una época de cultura refinada, en que el público necesita que los hombres más eminentes en las letras, en el arte, en la ciencia, le expongan, día por día, sus ideas",[1211] incidiendo en los componentes imprescindibles de veracidad y autenticidad así como de equidad en lo publicado que el rotativo debe respetar siempre como la primera máxima,[1212] dada la gran influencia que el periódico puede ejercer en la sociedad, lo cual responsabiliza enormemente a todos los estamentos implicados en la publicación de los diarios,[1213] concediendo su importancia a todas las modalidades de noticias, incluida la crónica de la calle, a la cual eleva a la calidad de semilla que puede dar grandes frutos. Refiriéndose a ella afirmará: "Eso tan vulgar, sin embargo, es la novela, el drama, la comedia y, a veces, también la tragedia de la actualidad".[1214] Igualmente, destacará la divergencia existente entre periódicos informativos y literarios, aunque concluirá que el público necesitaría de ambas cosas, basándose en las cifras de tirada de periódicos de las dos modalidades: "esto mismo nos hace ver que lo que el público busca no es literatura solamente, ni siquiera literatura sola, sino literatura y vida, acción y ensueño, noticia y comentario, prosa y cifras, títulos y artículos, sonrisas y lecciones".[1215] En cuanto a la crónica, realizará un análisis en el que incidirá en que los antiguos cronistas le merecían mayor respeto artístico que los contemporáneos, encontrando en éstos últimos cierta sequedad frente al florecimiento de aquellos, quizá propiciada por los acontecimientos bélicos de la Primera Guerra Mundial.[1216] Gómez Carrillo, aún admirando las cualidades de los cronistas contemporáneos, declarará: "ninguno de los otros que en los diarios parisienses glosan ahora la actualidad, puede proclamarse hijo directo de los grandes cronistas de ayer. No es que les falte ni talento ni arte".[1217] Encontrará Carrillo las razones de esta desvirtuación en la tendencia general de la humanidad, la cual habría

[1211] Id., p. 233.
[1212] Id., p. 234.
[1213] Id., pp. 236-240.
[1214] Id., p. 247.
[1215] Id., p. 251.
[1216] Id., pp. 251-260.
[1217] Id., p. 259.

ganado ciertos elementos propios de la modernidad, pero, por el contrario, en opinión de Gómez Carrillo, habría perdido "en gracia, en ritmo, en armonía, en ligereza, en galanura, en gentileza".[1218]

Se referirá nuestro cronista, de igual modo, a la crónica literaria, renovada tras la guerra, pues incluiría notas personales acerca de aquellos que la realizaban, e incluso acepta el rasgo de efímeras que todos conceden a este género de periodístico.[1219]

La entrevista, género tan querido por nuestro autor, también resulta objeto de comentario en esta crónica, a la cual concederá el segundo puesto en importancia dentro del periódico, tras la información,[1220] subrayando, tanto el auge que estaría experimentando, dado que ya se empezaban a compilar las mismas ser publicadas en formato libro. La explicación para este fenómeno la hallaría Carrillo en el encanto propio que la caracterizaría, siempre que naciera de buenas plumas que le imprimieran su estilo y sello personalizado. De esta modalidad periodística ensalzará que: "cultivado por verdaderos literatos, cultivado con amor, es uno de los géneros que más encantos ofrecen al curioso de novedades y de intimidades".[1221] Aquí, nuevamente, aclarará su postura de apoyo hacia lo esencial y diferenciador que resultaría este toque personal, ausente en otras concepciones de entrevista fuera de Francia. Reclamará Carrillo la impronta personalizada que eliminaría la fría trascripción de preguntas y respuestas. La labor del entrevistador queda así personalizada, en opinión de Gómez Carrillo: "Es un artista el que interpreta, que resume, que filtra, que aclara, que engalana, que estiliza".[1222]

El propio Carrillo resumirá sus intenciones al sobrevolar este tema que le era tan cercano, tan conocido y tan amado, así como al incluir los nombres de ciertos representantes del oficio:

[1218] Id., pp. 259-260.
[1219] Id., pp. 260-267.
[1220] Id., p. 267.
[1221] Id., p. 269.
[1222] Id., p. 272.

> Me he complacido en presentaros a estos típicos cultivadores del reporterismo parisiense, porque creo que resulta así más fácil que hablando del género de una manera abstracta, haceros sentir la variedad, la espiritualidad, la amenidad que reina en la prensa literaria.[1223]

6.2. La nominalización de la ciudad.

Afirma Del Prado, en relación a su estudio centralizado en la autobiografía: "La nominalización es siempre el acto por el cual el hombre aprehende y se apropia del mundo, haciéndolo suyo y comunicándolo".[1224] Nosotros aplicaremos esta afirmación al ámbito de la nominalización de la capital gala que nuestro cronista muestra a lo largo de su producción escrita, pues convenimos con Del Prado en que la nominalización intensifica el efecto de apropiación por parte de aquel que lo lleva a cabo, apropiación que Gómez Carrillo realiza intensa y extensamente en su literatura, la cual contribuiría directamente a la comunicación y difusión de un ideal París, si bien se trataría de un París *sui generis* carrillista, o más concretamente, de una faceta delimitada de la capital del Sena, la faceta artística y bohemia, considerados ambos términos en calidad de sinónimos en el universo de Gómez Carrillo.

El concepto París en la imaginación del joven adolescente que saliera de Guatemala lleno de ilusiones, con los ojos puestos en el viejo continente, especialmente en la capital francesa, era sinónimo de cuna del éxito y cumbre de todas las aspiraciones, es decir, de una especie de tierra de promisión en la que todos los sueños serían realizables. Por tanto, para Gómez Carrillo, la culminación de todas sus expectativas se hallaba en París. Tan sólo en la Ciudad Luz el triunfo aparecería como accesible, el triunfo total no sería tal si no lo concedía Paris, y así lo declara el propio protagonista de los sueños de conquista parisina: "Y es que, en mi devoción parisiense y en mi exaltación americana, yo consideraba que

[1223] Id., p. 278.
[1224] Del Prado, J., o*p. cit.*, p. 219.

nada era tan extraordinario, tan inaudito, tan envidiable, tan admirable, como llegar a escribir en francés y ser conocido en París".[1225]

París también sería tierra de promisión para otros personajes que llegaron a alcanzar renombre y celebridad en la ciudad del arte. Así se deduce de las palabras que el actor Coquelín cadet dirige a nuestro cronista, sobre sus humildes orígenes y su partida hacia la capital francesa con ánimo de cumplir en alguna medida su sueño con la escena teatral, sueños que consiguió más allá de lo que pudiera imaginar el día de su salida hacia París, día en el que comenzaría a cambiar su destino, París, al igual que sucediera con Gómez Carrillo, palabras que él mismo reproduce: "Al fin, un día me marché de la oficina, sin despedirme, y me fui derecho a París…"[1226]

La ciudad de París aparecerá igualmente como la tierra en la que todo se realiza, fuera de la cual, nada vuelve a ser lo mismo. Esta idea se vislumbra en la referencia que realiza Carrillo a otro gran actor del teatro francés, Mounet-Sully, quien, habiendo abandonado las tablas del teatro siguiendo el consejo de un crítico, retornó al centro cultural francés, como destaca Carrillo: "Por fortuna, sus compañeros lograron hacerle volver a París al cabo de pocos meses".[1227]

La capital francesa era para nuestro cronista sinónimo de triunfo, de culminación, de alcance de todas las expectativas. Más, en numerosas ocasiones, Carrillo apelará a la ciudad del Sena con palabras filiales, considerándola ante todo, como a una madre:

> Y en vano los que conocemos el corazón lleno de ternura, de ardor y de delicadeza de esta ciudad, en la cual hay más mujeres que se suicidan por amor que en el resto del Universo, en el cual los extranjeros perseguidos encuentran una nueva patria, en la cual al artista no se le pregunta nunca de dónde viene, protestamos indignamente contra tamaña injusticia.[1228]

[1225] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed.cit., p. 210.
[1226] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París,* Barcelona, Editorial Maucci, 1902, p. 50.
[1227] Id., p. 54.
[1228] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed.cit., p. 60.

Se trataría de la respuesta de labios de nuestro autor ante la acusación que se haría contra la Ciudad Luz referente a que París sería "un lugar encantador y sin conciencia, donde todo se vende y todo se compra".[1229]

Y como los brazos de la madre son el lugar a donde siempre se puede regresar, París, en los mismos términos de hogar o de acogida, significará para Gómez Carrillo patria; patria de artistas de cualquier nacionalidad, cuya esencia intrínseca podría considerarse subyacente a la genética o a la idiosincrasia de los artistas. Esta asociación la realiza Carrillo hablando de un pintor de origen norteamericano que exponía su obra en París, lugar donde residía, alegando que este americano no era extranjero en París.[1230] Carrillo argumenta que "Los grandes artistas del siglo XIX tienen siempre algo de parisienses,"[1231] añadiendo la frase de un filósofo que afirmaría que cualquier hombre de talento poseía dos patrias, la propia y Francia.[1232] Afirmación compartida por Carrillo y que conllevaría su incondicional apoyo en su incansable tarea de entronización de Francia y de su capital, París, como representantes del genio, de la brillantez, de lo destacado, de la sabiduría y del arte, en definitiva.

París, por otro lado, es frenesí en la mente de nuestro autor. Lo expresará Carrillo en oposición a lo destilado por la obra de Barrès, en la cual encuentra nuestro autor, cuestiones limítrofes con lo "muriente".[1233] Sin embargo, para Carrillo, la multitud de componentes que integran la febril actividad parisiense no dejan resquicio para lo instalación de lo lúgubre: "En París, entre el bullicio de la lucha eterna por la existencia, es difícil pensar con reposo en la muerte. La vida y sus imágenes se imponen. La intriga, el placer, la fama, la fortuna, la hipocresía, la falsedad, son vida, vida intensa".[1234]

La misma idea de vida frenética en París es la que destaca en las palabras que una célebre actriz dirige a Carrillo, expresándole el ritmo de

[1229] *Ibid*.
[1230] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed.cit., p. 62.
[1231] *Ibid.*
[1232] *Ibid.*
[1233] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 134.
[1234] *Ibid.*

vida que lleva y que gustaría de abandonar, aunque fuera por breve espacio de tiempo, tan sólo para descansar algunos días. Estas palabras son reproducidas por nuestro autor: ""Le aseguro a usted que saldría corriendo de París y me refugiaría en mi casita normanda, en mi blanca cabaña de playa, para ver pasar las nubes, oyendo la canción de las olas…""[1235]

La noción de tranquilidad, de bienestar, se podría unir igualmente al nombre de París. He aquí la tesis sostenida ante Carrillo por el escritor armenio Irgate Tigrane en la que sostendría que París constituiría, para todas las almas extranjeras, lugar de reposo y sensaciones hogareñas, comparando la Ciudad Luz a un jardín. Nuestro cronista encontrará otra cercana, pero que, en su opinión sería todavía más acertada. Esta otra tesis sostenida por otra artista, llegada a la capital gala desde orígenes lejanos, Anna de Noailles, la descubrirá nuestro autor en los poemas de esta autora, en los que dirá encontrar en París la armonía total. Compartirá Carrillo la opinión de esta escritora, confesando él mismo, en tanto que alma lejana y sureña: "Esto es, en efecto, lo que a todos nos seduce en París, esta armonía, este orden en la belleza, esta gracia en la poesía. Y esto, tal vez nosotros, los extranjeros del Sur, lo sentimos mejor que los franceses mismos".[1236]

Una curiosa definición de la capital francesa es la que Carrillo nos hace llegar, como producto existente desde antiguo, cuando hable del fenómeno de aclimatación perfecta ejercido en París de los métodos deductivos del personaje novelesco conocido mundialmente por su célebre frase *Elemental, querido Watson:*[1237] "En París, que según la frase clásica es el campo de todos los experimentos sociales, no hay comisario de policía, ni juez instructor, ni agente de la seguridad, que deje de proceder a la manera de Sherlock Holmes".[1238]

[1235] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed.cit., p. 86.
[1236] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 266.
[1237] Gómez Carrillo, E. "La influencia de las novelas policíacas" en *El Cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 179-194.
[1238] Id., p. 186.

Victoria sería otro nombre conveniente a la ciudad del Sena según retrata Carrillo a Paris en tanto que capital victoriosa tras la Gran Guerra. Muchos serían los nombres que se dan a París en calidad de sinónimos, habida cuenta de los enormes esfuerzos y sacrificios ofrecidos por ella en el desarrollo de la lucha por la libertad durante la Primera Guerra Mundial. Así, París se revela, para Gómez Carrillo, sinónimo de victoria, de modelo, de patrón, de capital de capitales, de grandeza, de nobleza, de valentía, de virtud, de hospitalidad, de sinceridad y de modestia, para terminar considerándola el destino perfecto para cualquier persona, dado que contendría en sí misma todas las excelencias. Veremos con más detenimiento la forma en que Carrillo adjudica dichos nominativos a su ciudad venerada en términos rayanos en la santidad, más que nunca, en aquellos momentos, tras los grandes dolores sufridos durante la contienda mundial.

La capital francesa es para Gómez Carrillo inicio y final, punto de partida y final de trayecto, es hogar y refugio, es bálsamo y excitante, es el lugar ideal desde donde partir y al cual regresar, es la ciudad mágica que se inventa y se reinventa, la que habitualmente guarda un as en la manga para sorprender, la que nunca deja indiferente, extrema y antagónica, capaz de las más locas frivolidades y los más insignes sacrificios y siempre profundamente auténtica. Así la ve Carrillo en *Vistas de Europa,*[1239] publicado en 1919. Un París que habría demostrado al mundo, tras la Gran Guerra, ser mucho más que la ciudad babel, mezcla de múltiples pueblos, la ciudad artista con sus teatros y cabarets, la ciudad de la alegría y la vida bohemia, la ciudad capaz de todas las frivolidades y de todos los pecados, la ciudad provocadora, la capital cosmopolita de los placeres por excelencia a donde todas las miradas, propias o extranjeras, se dirigen, la cosmópolis donde realizar los ambiciosos sueños de juventud intrépida. Habría así demostrado ser capaz de grandes sacrificios y dejado aflorar lo que casi nunca se percibía bajo la tópica pátina de desenfado y fiesta que la cubría en tiempos de paz, dejado emerger lo que tenía de noble, de valiente, de arrojada, de temeraria, para ganar terreno al enemigo, para

[1239] Id.

plantarle cara en todo su esplendor, caminando, como la heroína de *La libertad guiando al pueblo* de Delacroix, dejando atrás a los caídos en la lucha, con la vista puesta en el frente, animando a los que la siguen, insuflándoles su avidez de victoria, avanzando para conseguir la liberación, la derrota de la opresión impuesta, para volver a ser lo que siempre fue, la Ciudad Luz, en sentido amplio.

El homenaje que Carrillo ofrece a París, está de sobra anunciado en el título elegido para las páginas que le dedica, bajo la fórmula de una personificación espiritualizada: El alma sublime que se escondería tras los muros de París. "El alma sublime de París"[1240] comienza sin rodeos, declarando los motivos que encumbran en esa época, una vez más, a la capital francesa. Declara orgulloso Carrillo: "Gracias al triunfo de las armas y de las ideas francesas, París se ha convertido en la metrópoli del nuevo mundo".[1241] Prosigue anunciando que el nombre de la ciudad ya habría sido santificado desde ese momento y para siempre, al mismo nivel que, en otras etapas de la historia, lo fueran Atenas, Roma o Jerusalén. Ya sería conocida, en los cinco continentes, bajo seudónimos grandilocuentes como "Capital de Confederación de las Naciones", "Acrópolis de Europa", se le aplicarían los apelativos de "faro, antorcha, santuario, torre, baluarte…"[1242] en un intento por ensalzar su papel fundamental de guía, cuyo influjo y acción alcanzarían importantes distancias, adquiriendo dimensiones universales. Destaca además Carrillo, que ese título habría sido otorgado unánimemente: "París se convierte, por el voto unánime de los pueblos en la capital del universo".[1243]

En tal grado habría conseguido París ser considerada capital del universo, que no quedaría ahí su grandeza, pues incluye Carrillo la idea al respecto, expresada por alguien a quien identifica como "un poeta

[1240] Gómez Carrillo, E., "El alma sublime de París" en *Vistas de Europa*, ed. cit., pp. 7-16.
[1241] Id., p. 7.
[1242] *Ibid*.
[1243] Id., p. 11.

inglés"[1244] y que pronostica a los parisienses: "No podéis formaros una idea de lo que vuestra ciudad será en siglos futuros".[1245]

La dimensión universal de París la completa Gómez Carrillo fundamentándola con frases como "Todas las leyes morales que han de regir a una Europa purificada por el fuego, en París se elaboran poco a poco"[1246] o "Todos los resortes de la Sociedad de las Naciones, en París se fabricaron ya".[1247]

Festividad será otro nombre asociado a la Ciudad Luz desde tiempos inmemoriales. Refiriéndose a los que la visitan por primera vez, con ideas prefijadas de grandiosidad, lujo, fiesta o bohemia, contrapondrá Carrillo los tópicos de la ciudad ligera, quizá expandidos por los propios visitantes foráneos, contra la verdadera grandiosidad de París. Aunque él mismo reconocería que así anhelaba él mismo que fuera su París idealizado, veinticinco años atrás, a su llegada a la metrópoli perfecta para sus aspiraciones, "la ciudad de los locos, de los artistas y de las cortesanas",[1248] mezcla de "antro diabólico y tentador, todo músicas y canciones, todo sonrisas voluptuosas, todo embriaguez, todo espíritu sutil e ingenio exquisito, todo pecado elegante y gracia suntuosa…"[1249] que ellos han sido los propagadores de esta imagen superficial y un tanto escandalosa, a la vez divina y frívola, de la capital francesa. Mas imagen falsa a todas luces, pues, el mismo Carrillo confiesa haber descubierto la profunda verdad que se escondía tras la frivolidad de París: "Era París, era la villa incomparable que, por una coquetería singular, complacíase en ocultar sus virtudes para no enseñar sino sus vicios".[1250]

En defensa de su autenticidad, explicará Carrillo, que la Ciudad Luz ya poseía la esencia que tras la guerra, se habría manifestado abiertamente: "En realidad, París era ya entonces lo que ha sido siempre: la fuerte

[1244] Id., p. 12.
[1245] *Ibid.*
[1246] Id., pp. 11-12.
[1247] Id., p. 12.
[1248] Id., p. 8.
[1249] Id., p. 9.
[1250] *Ibid.*

metrópoli del imperio moral más puro de nuestros tiempos, cerebro y voluntad a la vez".[1251] No obstante, declararía Carrillo que no figuraría París entre las urbes hipócritas dadas a construirse rostros exteriores cual sepulcros blanqueados, pues añadiría Carrillo a las líneas anteriores: "Pero no tenía, no quería tener la fachada solemne y austera con que otros pueblos esconden sus vicios".[1252]

Hogar y París son uno y el mismo indisoluble para nuestro cronista. En la obra autobiográfica consagrada a su llegada y primeros meses en la capital francesa, Gómez Carrillo alude a París nominalizándolo con términos como refugio o santuario, términos que denotan sentimientos de acogida, de bienestar, casi de abrazo materno:

> Porque París, para los que lo conocemos en toda su suavidad y lo amamos en todo su esplendor, es algo más que un nido, algo más que un refugio: es un santuario, es la fuente milagrosa de las nobles inspiraciones, es la ciudad santa del mundo moderno.[1253]

Proseguirá nuestro autor adjudicando a la capital francesa otras facetas, igualmente elevadas, tras los acontecimientos bélicos de 1914, facetas que él, como buen admirador ya conocía, tales como su heroísmo disimulado y su capacidad de sacrificio, aún antes de que la demostración de las mismas, acontecida durante el citado conflicto bélico. Los terribles acontecimientos sufridos en su propio seno, habrían hecho demostrar a París, a aquellos que tan sólo le reconocían características livianas y festivas, las nobles acciones realizadas por ella misma. A ellas se refiere Carrillo al decir, que ahora pueden los incrédulos reconocer en París: "sus magníficas virtudes de heroísmo, de sacrificio, de altivez sonriente, y se inclinan ante su faz transfigurada por las luces sublimes del holocausto. Yo no había necesitado esta prueba para conocer su grandeza espiritual".[1254]

París será sinónimo de enfermedad en algunas líneas de Carrillo, mas no concebida así por nuestro autor, a al menos, sin mostrar deseos de curación. Será su amigo Bonafoux el que interprete la adicción de Carrillo

[1251] Id., pp. 10-11.
[1252] Id., p. 12.
[1253] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 59.
[1254] *Ibid.*

a la Ciudad Luz en esos términos. Aludirá Carrillo al proyecto de Bonafoux de llevarlos, tanto a él como a su hija, a Londres, para que, de este modo, diría Gómez Carrillo, "nos curemos de nuestro amor exagerado de París".[1255] Pues parece ser que este autor encontraba excelencias en la capital del Támesis que otros denostaban completamente frente a las magnificencias de París. Sin embargo, el periodista venezolano Pedro Emilio Coll, llegado de Londres a la capital francesa, no recomienda esa visita su amigo guatemalteco. Comparará ambas metrópolis el cronista venezolano en los siguientes términos: "Al llegar a París viniendo de allá, se siente la impresión de entrar en un salón de baile al salir de una bodega monumental…",[1256] imagen que sin duda complacería al autor guatemalteco.

En contadas ocasiones, París no se asociaría a connotaciones positivas. Será considerada miseria cuando Carrillo trate el tema de la situación del periodismo en París en su crónica "Esplendores y miserias del periodismo",[1257] pues comentará allí el alto número de periodistas existentes en la ciudad del Sena subsistiendo en precarias condiciones económicas. Denunciará Carrillo esta situación exponiendo: "en París, más de las tres cuartas partes de nuestros compañeros no comen. ¡Y si los otros comieran bien!"[1258] En semejantes términos definirá nuestro cronista una labor penosa y mal remunerada en París, a todos los niveles, desde los reporteros a los redactores, ofreciendo datos exhaustivos acerca de horas de trabajo y sueldos percibidos, así como de grandes y pequeños diarios parisinos. También pondrá de relieve una práctica común en París, consistente en obtener asignaciones económicas de la banca, de las empresas,… en periódicos de poca tirada, para que los periodistas no comenten ciertos aspectos de sus negocios, ensalzando, por el contrario, las personalidades y las acciones representativas de los ámbitos concernidos.[1259]

[1255] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed.cit., p. 51.
[1256] *Ibid.*
[1257] Gómez Carrillo, E., *El modernismo,* ed. cit., p. 165-181.
[1258] Id., p. 165.
[1259] Id., pp. 174-177.

El misterio tendría su lugar en la ciudad gala, como toda gran ciudad que se precie. París sabría guardar secretos, los cuales serían revelados tan sólo a pocos privilegiados. A los secretos de París, en materia de galantería, aludirá nuestro autor al comentar la actitud adorablemente engañadora y femenina que muestra una reo que estaría siendo juzgada al ser considerada sospechosa de un crimen pasional, de la cual no proporciona el nombre: "Los que conocen los secretos de París, aseguran que no hay cortesana ninguna que haya hecho derramar tantas lágrimas como ciertas damas maduras. Y algunos agregan: "ni que tantas vidas de hombre tenga sobre su conciencia"".[1260]

Los delincuentes harán cundir el miedo en la ciudad del Sena. La ciudad se sentirá amedrentada bajo el peso de sus fechorías. Frente a la dificultad en la prevención de delitos pasionales, Carrillo se pronunciará sobre la facilidad de evitar en París, otros de diferente índole, concretamente los delitos comunes cometidos en las calles parisienses:[1261] "Las legiones de apaches que aterrorizan a París no son, por lo menos en su principio de formación, sino desfiles de hambrientos. Con darle pan, se podría desarmar a esos bandidos".[1262]

Las calles, como parte integrante e intrínseca de París, serán igualmente susceptibles de ser personificadas por la pluma de Gómez Carrillo. Es lo que sucede cuando se refiere al peso en el mundo de la moda cobrado por las actrices, de manera que lo que ellas aprueben o rechacen, marcará la pauta de las elegancias de la temporada. Citará a una actriz que declarará querer consagrarse al periodismo dentro de la modalidad de las crónicas sobre moda. Y entonces personificará Carrillo una de las vías representativas en el ámbito de la vestimenta y la moda francesa: "Lo que ella diga, la *rue de la Paix* lo oirá con respeto, puesto que ella será siempre la actriz parisiense por excelencia, la que crea una

[1260] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres,* ed.cit., pp. 227-228.
[1261] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit., pp. 258-262.
[1262] Id., p. 260.

moda con sólo adoptarla, la que sirve de modelo vivo para todas las suntuosidades armoniosas".[1263]

Que todo el mundo moderno giraría en torno a París es una idea que se deduce a lo largo de la obra de Gómez Carrillo, pero en alguna en concreto, no se trata de una deducción, ya que la afirmación es clara y tajante. Así sucede cuando nos hace partícipes de la idea de un amigo que convendría con él en cuanto a gustos estéticos relativos a la artificialidad de la moda en detrimento de la belleza natural de los cuerpos femeninos. El citado amigo expone el deseo de creación de un organismo que se ocupara de difundir a la vez que de defender la aludida belleza natural frente a los artificios propugnados por los modistos en boga. Para que dicho organismo tuviese la suficiente proyección, habría que ubicarlo en un lugar neurálgico, esto es, en París.[1264] Así traducirá Carrillo las intenciones de su amigo Paul Adam al respecto: "ha imaginado un medio para devolver su prestigio a la belleza, y es fundar en París, centro del mundo, un Palacio de la Mujer, un Templo, mejor dicho".[1265] Creemos poder afirmar que nuestro cronista estaría totalmente de acuerdo con el emisor de dicha frase, ya que se ocupa de consignarla en su obra.

En otra ocasión, siguiendo con el tema de la moda y del papel desempeñado por las joyas en el conjunto lujoso y exuberante de la belleza femenina, París es comparado con la capital maravillosa del cuento oriental más célebre de la literatura universal: "En París, sobre todo, que es el Bagdad de las modernas mil y una noches suntuosas y escabrosas, en París, sobre todo, se espanta uno de ver lo que una mujer joven y bonita, […], puede ganar en unos cuantos años de teatro y de amor".[1266]

Gómez Carrillo declara en más de una ocasión creer que París es la ciudad donde todo puede realizarse, una especie de ciudad milagro. Dirá nuestro autor: "Pero una vez más veo que en París todos los milagros son

[1263] Id., p. 86.
[1264] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., pp. 52-55.
[1265] Id., p. 52.
[1266] Id., p. 82.

posibles".[1267] Lo afirmará tras haber analizado de forma general las influencias de la moda en París y en Francia, y particularmente, las incongruencias y ridiculeces propiciadas por modas antiestéticas que contribuirían a deformar las bellas líneas naturales de la mujer, declarándose defensor de una moda acorde con las formas femeninas, al estilo de los antiguos clásicos, quienes no escondían sino que mostraban las excelencias de sus mujeres. A la existencia de un renacimiento, en París, de este respeto por la exteriorización de belleza femenina, por el cuerpo de la mujer, exento de religiosos e históricos matices pecaminosos, es al que se refiere Carrillo cuando habla de milagro.[1268]

6.3. La adjetivación de París

Este es el rosario de adjetivos que ofrece Carrillo a París, cuando se refiere a él como la revelación ante los ojos del mundo como la ciudad fuerte y abanderada de la libertad durante la Gran Guerra,[1269] a pesar del tópico de ciudad ligera, de arte y de diversión, de la cual disfrutaba anteriormente a la contienda: "Vivaz, ligero, risueño, galante, novelero, voluptuoso, irónico, algo fanfarrón y muy tierno en el fondo, con un poder creador que no decaía nunca, con un sentido artístico impecable, con un entusiasmo generoso por todo lo bello, por todo lo noble".[1270]

París recibe siempre, según afirma Carrillo: "Una de las más exquisitas noblezas está en su carácter hospitalario".[1271] Lo hará Carrillo al comentar que, si bien cualquier persona con riquezas desearía vivir en ella, un poeta suizo afirma que, si fuera muy pobre y muy viejo, donde querría habitar sería en París, pues esta ciudad le haría olvidar estas tristes condiciones, gracias al carácter respetuoso y acogedor que demuestra la

[1267] Id., p. 147.
[1268] Id., pp. 145-151.
[1269] Gómez Carrillo, E., "El alma sublime de París", en *Vistas de Europa*, ed. cit., pp. 7-23.
[1270] Id., p. 11.
[1271] Id., p. 12.

ciudad para con todos aquellos que la aman.[1272] Va más allá Carrillo, afirmando que cualquiera que conozca París, sin importar su situación personal o económica, querría tener en esta ciudad los últimos momentos de su vida. Aduce Carrillo una serie de razones por las cuales París es la última morada idílica, razones que se reformulan en una sola y es que en París se concentra todo: "Y es que París es un mundo, es que en París hay cien ciudades, cien aldeas, es que París tiene todos los cielos, todos los climas, todas las bellezas, todos los contrastes,…"[1273]

"París es único en Europa"[1274] dirá Gómez Carrillo, el cual tranquiliza a los amantes de este París auténtico, asegurando que no existe peligro de que esta ciudad cambie tras la victoria obtenida en la Gran Guerra, ni de que se desvirtúe su esencia, contaminada tras alguna exposición universal, para convertirse en una gran urbe moderna y desordenada.[1275]

En *Sensaciones de París y de Madrid,* dedicará Carrillo una lista de adjetivos admirativos y grandilocuentes a la ciudad amada, a la par que dotados de connotaciones humanas y femeninas. La ensalza Carrillo, elevándola al nivel de las míticas ciudades antiguas, afirmando:

> París la esfinge, la insondable, la aldea mujer que se entrega sin dejarse ver, que tiene algo de misteriosa cual Eleusis, que es campechana como Atenas, que es noble como Roma, que lo es todo: que es invisible, que es incomprensible, que es implacable.[1276]

Que París sería original a los ojos de Carrillo en innumerables aspectos, hasta en insignificantes detalles, y a nivel mundial, parece ser indiscutible. Pero nuestro autor lo proclamará a los cuatro vientos en sus obras. Es el caso de la afirmación: "París es, en efecto, la única ciudad del mundo donde se publican libros sobre asuntos que en otra parte apenas servirían para un artículo".[1277] Dirá esto Carrillo al encontrar la publicación

[1272] *Ibid.*
[1273] Id., p. 13.
[1274] Id., p. 14.
[1275] *Ibid.*
[1276] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed.cit., p. 4.
[1277] Id., p. 23.

de una obra cuyo tema central eran las comidas artísticas y literarias parisinas.[1278]

París es contradictorio a veces para Carrillo. Después de hacer un breve repaso ante la injusticia cometida por la liberación de criminales confesos que, en París, habrían cometido sus desmanes guiados por instintos pasionales, con el beneplácito y comprensión del pueblo parisino,[1279] Carrillo confesará un tanto entristecido ante la injusta contradicción: "En París pueden cometerse impunemente todos los delitos pasionales. Mas ¡ay del que teniendo hambre se atreva a robar un pan!",[1280] en alusión directa quizá, al protagonista de *Les Misérables* de Victor Hugo.

La contradicción o la incongruencia parisina aparecerán de nuevo al comentar Carrillo cómo se puede ser denostado hoy y encumbrado mañana en la Ciudad Luz. Para evidenciar semejante tesis trae a colación la situación vivida por el insigne escultor francés Rodin en una exposición artística, cuando su estatua de Balzac fue rechazada para la citada exposición por no acogerse a las normas exigidas, mientras que, al año siguiente, se pondría a su disposición todo un pabellón para exponer su obra al completo.[1281]

En su afición por definir a la ciudad amada, muchos son los adjetivos que utilizará Carrillo, llegando incluso a atribuirle un color especial y único, como hiciera con otras grandes ciudades que descubriera durante el transcurso de sus viajes.[1282] Para Carrillo el color de París es el gris, pero no un gris cualquiera, sino uno muy concreto, que lo diferenciaría de otras ciudades grises: "París es gris, no gris cual Londres, no gris de piedra vieja; es gris sin humo, gris suave, gris de perla gris".[1283] Y no sólo tendría un color propio, sino que también sonaría con una nota característica, a la

[1278] Id., pp. 22-28.
[1279] Id., pp. 292-296.
[1280] Id., p. 294.
[1281] Id., pp. 292-296.
[1282] Gómez Carrillo, E., "La psicología del viaje", en *El Primer libro de las crónicas,* ed. cit., pp. 7-35.
[1283] Id., p. 30.

cual Carrillo no dudaría en llamar *frufrutante*: "París se diría que tiene un eterno frufrú de sedas en su actividad deliciosa".[1284]

Varios son los adjetivos que Carrillo adjudicará a París, visto desde lejos por aquellos que regresan a su seno, tras algún viaje o el paso de períodos vacacionales. De los emocionados hijos pródigos parisienses dirá Gómez Carrillo: "lo que hace palpitar sus sienes, lo que agita exquisitamente sus párpados es el perfume de París, del París invariable, del París adorable, en donde, al fin, se encuentran de nuevo".[1285]

París es un monstruoso integrador de cualquier tipo de innovación, cambio u originalidad. Cualquier tendencia novedosa encontrará adeptos en los habitantes de París. Así lo habría demostrado el triunfo de muchos artistas gestado en la capital francesa, mientras que eran denostados en otros países. Por tanto, y basándose en esta experiencia, Carrillo pronostica, no sin cierta ironía, el éxito para una nueva y reciente tendencia literaria de la época, denominada unanimismo y definida, según un amigo trataría de exponer a nuestro cronista, como: "una poesía que quiere suprimir de las obras al individuo, […] para no pintar, para no evocar sino masas, multitudes, gremios, grupos".[1286] Para Carrillo, la causa de este éxito radicaría, simple y llanamente en el terreno abonado en el que habría sido sembrada la semilla, es decir, en París: "Y, como en París hay gente para todo, no me extrañará que este llamamiento sea oído por muchos adolescentes que, aún sin saber lo que es el unanimismo, querrán ser unanimistas, por ser algo".[1287]

Su esencia única, hace a la ciudad impregnar de características nuevas a aquello que traspasa sus umbrales. Lo demuestra nuestro autor al aludir al arte practicado por una bailarina en París, el cual, siendo remedo de muchas danzas universales, resultará original tras absorber la esencia parisina: "Se llama Gaby, y baila tangos, fados, valses, cosas lánguidas o

[1284] Id., p. 31.
[1285] Id., p. 34.
[1286] Id., p. 89.
[1287] Id., pp. 88-89.

atorbellinadas, cosas de Europa y cosas de América, cosas que han pasado por París y que en París han adquirido su carácter".[1288]

Característica universal de París será su carácter de ciudad abierta, ajena a prejuicios, desprovista de ideas preconcebidas. No obstante, a pesar de resaltar este rasgo general que la ciudad derrocharía generosamente, nuestro cronista encontrará un prejuicio en ella: será el creer que un hombre, debido a su dedicación a una determinada profesión alejada de lo literario, le impediría tener cualidades de poeta. Esto sería lo que ocurriría al comisario de policía Ernest Raynaud, citado por Carrillo entre los poetas nuevos franceses:[1289] "En este París, que no tiene muchos prejuicios, hay, en todo caso, uno que consiste en creer que un hombre cuyo oficio consiste en guardar el orden en un barrio no puede ser un gran poeta, ni siquiera un poeta en serio".[1290]

El París cosmopolita ensalzado por Carrillo demostrará su cosmopolitismo incluso a nivel de concentración de representantes de la voluptuosidad de muy diversas y alejadas procedencias entre sí, superando además, a cualquier otra ciudad. Así describirá Carrillo al París cosmopolita, integrado por mujeres de casi todas las nacionalidades:

> […] en materias de galantería, París, mejor que ninguna otra ciudad, representa el cosmopolitismo y ofrece en mayor número y en menor espacio, bellezas profesionales de Andalucía, […], y transparentes muñecas de Escandinavia y esbeltas morenas de Italia con ojos cuyas pupilas negras están talladas cual los diamantes, y solemnes rubias de Viena, y pálidas inglesas y risueñas orientales.[1291]

Encontrará Carrillo en París, consecuencia de este cosmopolitismo y apertura de ideas, un alto nivel cultural en todas las mujeres, tanto en las que se podrían clasificar de vida disipada como entre las serias, para suerte del género masculino. La moda ayudaría a no poder distinguir entre las unas y las otras, de tal manera su aspecto exterior y su conversación podían

[1288] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres,* ed. cit., p. 48.
[1289] Gómez Carrillo, E., "Los poetas nuevos de Francia. 2ª antología", en *El modernismo,* ed. cit., pp. 249-275.
[1290] Id., p. 267.
[1291] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres,* ed. cit., p. 223.

llegar a ser refinadas: "París es una ciudad en donde los hombres no necesitan recurrir a las mujeres de existencia libre para saborear el placer exquisito de la charla espiritual. El gineceo moderno está abierto a todo el mundo".[1292]

París recibirá el calificativo de loco de la pluma de su más profundo admirador, Gómez Carrillo. No obstante, se tratará de una locura deliciosa, como no podría ser de otro modo, manifestada en los honores hechos hacia un artista parisino considerado, en palabras del propio carrillo como "el pintor de la galantería parisiense. Con sutileza alada inmortalizó lo más vaporoso y lo más perverso de la belleza femenina".[1293] Describirá nuestro cronista el citado homenaje: "Este loco París, que tiene delicadezas exquisitas, acaba de celebrar la gloria eterna de Gavarni con un baile de máscaras".[1294]

La apariencia de frivolidad y eterna fiesta ofrecida por París y que llegaría a constituir un mito, también fue cultivado por el propio Gómez Carrillo, quien, no obstante, aprovechaba las ocasiones para poner de relieve la otra cara de la ciudad, la de la grandeza y la de la profundidad de sentimientos frente a la ligereza frívola y festiva. Lo hará con motivo de los comentarios respecto a una cantante célebre en los escenarios parisienses, de quien el público apreciaba especialmente sus registros galantes, picarescos o sensuales, obviando otras interpretaciones más serias. Extrapolará nuestro autor esta situación a la general de la ciudad de París diciendo:

> En vano es hablar de la conducta de todas las Arlettes que se sacrificaron, sonriendo, durante la última guerra…El público prefiere ver siempre en la parisiense a una criatura falaz y exquisita, armoniosa y desequilibrada, princesa del *chic*, reina de la moda y patrona de la liviandad frívola.[1295]

La vertiente de París, en calidad de ciudad rebosante de pecaminosa alegría, como reflejo de la reinante entre sus comediantes en particular y en

[1292] Id., p. 117.
[1293] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., p.102.
[1294] Id., p. 101.
[1295] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit., p. 174.

sus mujeres y todos sus habitantes en general, no la encontrará nuestro autor en las cantantes inglesas.[1296] Éstas, revestidas de un halo límpido y hasta virginal, huirían de las características anteriores, considerando que no serían relevantes en el oficio del espectáculo. Aconsejaría Carrillo que no se les comentase semejante tema, pues "os exponéis a que os consideren atacados de la exquisita y peligrosa inmoralidad parisiense".[1297]

Falaz será el adjetivo adjudicado a la capital francesa por el autor guatemalteco al señalar que, los escritores de novelas, que tanto interés y trabajo pondrían en las descripciones de los vestidos de sus heroínas, no serían expertos en semejante tema, y, por lo tanto, cometerían errores garrafales, los cuales afectarían a las lectoras, ávidas imitadoras de tales protagonistas. Las palabras de Carrillo serán un mensaje a estas mujeres, en cierto modo, estafadas por el desconocimiento en modas de los literatos: "Si, os lo aseguro; los maestros escritores de esta París falaz se burlan de vosotras en todo lo relativo a *toilettes*".[1298]

6.4. La personificación de París

París, tras la Gran Guerra aparece transfigurada en forma humana detentando grandes virtudes, expresadas en hileras metafóricas: "Es la gracia bendita entre las gracias, la sonrisa que florece cual una rosa, el encanto que todo lo embellece…"[1299]

La personificación acude como recurso de estilo en Gómez Carrillo cuando presenta los pensamientos profundos de la ciudad ante las acusaciones de frivolidad y ligereza injustamente vertidos contra ella. Escribe Carrillo las reflexiones de la ciudad: "no protestaba siquiera contra los que lo acusaban de frívolo. "El día que sea necesario demostrar mi

[1296] Id., pp. 183-188.
[1297] Id., p. 188.
[1298] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot,* ed. cit. p. 141.
[1299] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa,* ed. cit., p. 11.

fortaleza -pensaba-, el mundo se espantará".[1300] Y ese día llegó cuando los alemanes invadieron las calles parisinas, y la ciudad de París, hasta el último de sus habitantes hizo frente al invasor, según Carrillo, sin que hubiera uno sólo de ellos que "no aplaudiera a Gallieni al saber que ese guerrero estaba dispuesto a defender palmo a palmo las calles de la ciudad".[1301]

En la personificación, llega Carrillo al extremo, es decir, a dotar a la cuidad de algo intrínsecamente humano: el alma. Se la adjudica dado que ha demostrado poseerla, poniendo como ejemplo su característica de ciudad hospitalaria y acogedora, de los cuales sentencia Carrillo: "es uno de los aspectos del alma, a la vez grande y tierna de la ciudad santa".[1302]

París será siempre París. París será siempre el mismo, pues la vanidad no anidaría en su corazón, teniendo muy claro cuales serían sus verdaderos valores, en opinión de Gómez Carrillo, pues adjudica una serie de calificativos humanos a la ciudad, los cuales garantizarían la pervivencia de su autenticidad pese a los nuevos avatares del tiempo y las circunstancias:

> Hay tanta homogeneidad, tanta elegancia, tanta fuerza en su espíritu, son tan ponderadas sus exaltaciones, es tanta su juventud, a pesar de sus termas milenarias, de su circo romano y de sus reliquias inmemoriales; su carácter es tan original, en fin, que ninguna invasión podrá jamás convertirlo en una metrópoli babilónica o babélica cual Nueva York.[1303]

París, como forma humana en la cual es concebida por Gómez Carrillo posee vista y oído. Y no sólo eso, sino que, tras lo escuchado, tomará decisiones. Así lo plantea Carrillo, en una ciudad dueña de sus propias decisiones, de sus propias directrices, de sus propias elecciones: "cuando París, cansado ya de escuchar el sempiterno sermón patriótico de Gambetta y el monótono canto guerrero de Deroulède, quiso divertirse de nuevo, volvió los ojos hacia el bulevar y hacia el barrio latino".[1304] Aunque,

[1300] Id., p. 11.
[1301] *Ibid.*
[1302] Id., p. 12.
[1303] Id., p.14.
[1304] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 6.

proseguirá el cronista en términos un tanto desconsolados, que aquel barrio latino no era ya el mismo que su memoria de juventud recordaba.[1305]

Como humana que es, París siente y padece. Siente pena ante hechos luctuosos y sufre ante el dolor de la pérdida. O de la posible pérdida, como relata Carrillo, ante la noticia, falsa finalmente, del suicidio de una de las principales bellezas cortesanas parisinas. Ante la publicación de la noticia sobre el citado presunto suicidio en la prensa de la ciudad, nos cuenta Carrillo los sentimientos de la gran urbe: "París, que en el fondo es la ciudad que con más intensidad siente los dramas pasionales, experimentó una emoción tan sincera como profunda al saber que la gran hetaira hallábase en peligro de muerte".[1306]

E igualmente París se horrorizará ante el asesinato. Comentaría Gómez Carrillo una fotografía antigua de la presunta asesina en la que cree descubrir, pese a su apariencia exterior anodina y poco sobresaliente, rasgos sicológicos que apuntarían a los destellos de la inquietante semilla de crimen que dormía en ella, semilla que, al germinar, provocaría el rechazo en París: "Es un retrato que data de veinte años, y en el cual la futura heroína del drama que espanta a París, deja ver algo de su alma verdadera, algo de su alma dura, tenaz e imperiosa".[1307]

París puede mostrarse severo o complaciente a los ojos de Gómez Carrillo. Lo enfocará bajo esta última óptica al hablar de la condescendencia que la ciudad mostraría hacia personajes que, en principio, no contarían con su aprobación, señalando a las cómicas, especialmente al caso de alguna señorita, de familia acomodada, casada con actor célebre, convertida a su vez, a raíz de esta unión, en actriz de renombre: "París, siempre benévolo para con las que pecan por amor, sonríe complaciente pensando que, al fin y al cabo, al único a quien le toca velar por la virtud de la nueva actriz es su marido".[1308]

[1305] Id., pp. 6-7.
[1306] Id., p. 100.
[1307] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit., p. 233.
[1308] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., p. 76.

La crónica de los crímenes pasionales continuará en la obra carrillista, aludiendo a la magnitud que deberían presentar los citados crímenes para obtener eco en la ciudad que todo lo conoce, que estaría de vuelta de todo, a la que pocas cosas sorprenderían.[1309] Dirá Gómez Carrillo. "Para que un crimen pasional llame la atención de París, es necesario que o sea muy raro o sea muy aristocrático".[1310] Acto seguido, resumirá el crimen que, al reunir ambas condiciones, habría despertado el interés del ser extraordinario de París. Se trataría del crimen cometido por un tal conde Georginus, quien habría asesinado a su esposa por celos despertados al observar en ella una mirada sospechosa dirigida a otro hombre. Pues este caso clarísimo de culpabilidad en la lógica más apabullante, no obtendría tal veredicto en París, según destaca Carrillo, pues allí, la defensa pronunciada por el reo alegando que, a veces, una mirada podría ser más delatora que un beso, sería comprendida mejor que en otros lugares del mundo: "Sólo en París hay jurados capaces de comprender tales sutilezas sanguinarias y absolver a los que piensan y obran como el conde Georginus…"[1311] Tan desproporcionada diferencia entre los veredictos de París y los de otras zonas cercanas, es igualmente puesto de relieve por nuestro cronista, quizá, en uno de los escasos reproches que este incondicional parisino profiriera contra la urbe adorada: "De tal modo lo trágico pasional se hace en París corriente, que los jurados del tribunal del Sena han llegado a convertirse en tipos de comedia, con la eterna benevolencia de que hacen gala".[1312]

Del mismo modo, la capital francesa es capaz de sentir atracción o rechazo ante determinados estímulos. París, según Carrillo, siguiendo la tendencia adoptada por las grandes ciudades cosmopolitas, en aquel fin-comienzo de siglo, experimentaba el gusto por las grandes civilizaciones del pasado. Así lo expresará Carrillo: "Las ciudades modernas, y especialmente las tres más grandes y más ricas, París, Londres, Viena, se sienten hoy atraídas de un modo irresistible por las civilizaciones

[1309] Id., pp. 253-274.
[1310] Id., p. 253.
[1311] Id., p. 254.
[1312] Id., p. 255.

agonizantes de la antigüedad".[1313] Los indicios en los que se basa nuestro autor para sentenciar la anterior afirmación los hallaría en el éxito obtenido por los libros históricos publicados en las últimas décadas en la capital del Sena.[1314]

París tendrá vanidad e intentará atraer todas las miradas hacia sí. Relata nuestro cronista la época de agitación política que se vivía en Francia y en París en los aledaños de la celebración de la Exposición Universal de 1900.[1315] En este ambiente, Carrillo personificará de nuevo a la Ciudad Luz: "Y París, siempre comediante, siempre deseoso de hacerse ver y de hacerse admirar, cultiva tal agitación con objeto de que el mundo no se muera de fastidio y pueda divertirse con algo mientras viene la Exposición".[1316]

En un artículo en el que Carrillo no expresa demasiada admiración por lo estadounidense en general, pasará a centrarse en su literatura,[1317] en un intento por encontrar algo positivo de lo que hablar, y dirá: "Contentémonos, pues, con hablar de su literatura, o mejor dicho, de lo que París piensa de su última manifestación literaria".[1318] Se referiría nuestro cronista a comentar la obra *Servicio Secreto* de Míster Williams Gilett, representada en el teatro parisino. La opinión de París se dirigirá, desplazando a la norteamericana, que la consideraría drama lleno de emoción, a la suya propia, expresada por boca de ilustres críticos, la cual preferirá apelativos tales como farsa, estúpida, inepta o necia.[1319]

Sobre la figura de uno de los artistas bohemios a la usanza de Verlaine, al cual Carrillo frecuentaría en los cafés literarios parisinos, llamado Émile Goudeau, dirá lo que París le concedió y lo que él ofreció a París, en términos de igual a igual, entre dos seres excelsos. Sobre la acogida que Goudeau recibió de manos de la capital del Sena, dirá Carrillo:

[1313] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 147.
[1314] Id., pp. 147-149.
[1315] Id., pp. 235-240.
[1316] Id., p. 236.
[1317] Id., pp. 281-284.
[1318] Id., pp. 281-282.
[1319] Id., p. 284.

"no puede decirse que para con él París haya sido inhospitalario. Desde que se apeó de la diligencia, allá en época que para nosotros es remota, encontróse agasajado por la suerte".[1320] Y sobre lo que Goudeau devolvió a la ciudad, cuando ésta hallábase triste tras la contienda de 1870, contará Carrillo: "cuando el país volvió en sí, su musa contribuyó a despejar las ideas negras y a anunciar un porvenir agradable. Fue la musa que hizo reír a París herido".[1321]

De la risa de París, o mejor dicho, del cese de la misma, hablará Carrillo cuando trate la pintura cubista expuesta en las exposiciones anuales de independientes en la capital francesa.[1322] Tras comenzar con su postura de rechazo ante este tipo de concepción artística, para llegar a su comprensión y alabanza de sus virtudes, realiza Carrillo un paralelismo entre la situación actual de la época en que se encontraría esta tendencia artística, más cercana a la burla que a la admiración, con la vivida en los primeros tiempos en los que despuntaban los impresionistas, vaticinando así su próximo éxito y aceptación. Este éxito vendrá reflejado en el cese de la, hasta ahora, sonrisa desdeñosa de París: "Se diría en mi alma y en mi conciencia, que estamos en la época en que París comenzaba a no reírse de Manet, de Monet, de Renoir,…"[1323]

Tal es la personificación que Gómez Carrillo obra en la capital francesa que llega incluso a dirigirse a ella, *en toute simplicité*, tuteándola. Lo hará para confesarle directamente lo que ya había comentado en las líneas anteriores de su crónica, en la que expone sus ideas referentes a que uno de los atractivos de cualquier viaje consistiría en volver a la Ciudad Luz. Declarará Carrillo a su musa París: "De todo el viaje, de todos los viajes, tú constituyes en verdad nuestro único placer infinito…"[1324]

París vuelve a ser una humana en la pluma de Gómez Carrillo. Y como tal, puede ver, ya sea con buenos o malos ojos, o lo que es lo mismo, es

[1320] Gómez Carrillo, E., *El Primer libro de las crónicas,* ed. cit., p. 50.
[1321] Id., p. 51.
[1322] Id., pp. 63-72.
[1323] Id., p. 72.
[1324] Id., p. 35.

capaz de opinar, aprobar o rechazar, y no sólo esto, pues mediante sus manos, podría demostrar su aceptación haciendo uso del aplauso. Así la concibe Carrillo, con motivo de la buena acogida mostrada entre los parisienses ante un cuadro presentado en el salón de los independientes, en el año 1892, cuyo tema es el entierro de cristo, tema clásico por excelencia, en el que su autor ha incluido rasgos propios de la edad moderna en la que ha sido pintado, tales como ambientar la escena en parajes cercanos a la capital francesa, a pesar de que estas innovaciones, un tanto extrañas, como sería el caso, gozarían de poco aprecio entre el público parisino. Dirá Carrillo con objeto de esclarecer las razones de semejante inesperada aceptación:

> Y si París ha visto hoy con buenos ojos, y aún aplaudido con manos francas, el cuadro raro de *La descente de la Croix*, es por estar firmado con el nombre de un artista de el mismo Armand Silvestre decía hace poco tiempo: "El talento de Béraud ha sido juzgado de mil maneras distintas, pero no ha dejado a nadie indiferente.[1325]

Como ciudad amante del teatro, aplaudirá los éxitos de sus dramaturgos. Así lo dice Carrillo al hablar de uno de los períodos de auge del bohemio escritor de la bohemia Henri Murger: "Durante la época más feliz de su vida, cuando París aplaudía su drama *La vida de bohemia*".[1326]

Siguiendo con el tema de las representaciones, Carrillo tratará ampliamente la situación que viviría en la época el teatro en París, situación de mucha afluencia de público pero con ciertas características muy *sui generis*, las cuales comentará detalladamente, incidiendo especialmente en la que sobresaldría la supremacía alcanzada por los actores frente a los demás componentes del mundo artístico teatral. Tanto sería así que Carrillo alude al éxito alcanzado por una revista en la capital francesa, pues la citada publicación habría dado en la diana de aquello que atraería poderosamente la atención de la ciudad viva. De la citada revista dirá nuestro cronista: "se consagra a la especialidad que más interés

[1325] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 65.
[1326] Gómez Carrillo, E., *El Primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 215.

despierta en París, a los actores y a las actrices".[1327] Nuevamente asistimos a la personificación de la urbe idolatrada.

París mostrará su calma en ocasiones. Lo subrayará Carrillo al tratarse de la concesión de un título con el que homenajear a alguno de sus ciudadanos ilustres. La ciudad amante de las artes y del teatro concedería sus galardones a aquellos que hacen méritos en su seno. París concederá coronas a sus artistas destacados. Dirá Carrillo: "El principado de la canción es de creación novísima. Teniendo ya un soberano de la poesía, París no se mostraba impaciente por coronar a un cancionero. […] Pero por fin, el principado existe".[1328] El agraciado con el título principesco sería Xavier Privàs,[1329] artista de la canción, muy reputado en su centro de operaciones parisino que no sería otro que la colina de Montmartre.[1330] No sería la única vez que París actuara soberanamente otorgando títulos de nobleza, como atestigua Gómez Carrillo: "Después de haber elegido solemnemente a un príncipe de los cancioneros, París quiso coronar a un soberano del teatro".[1331]

Siguiendo en la misma línea, añadiremos que París adorará a aquellos ciudadanos destacados, cualquiera que sea el ámbito en el que sobresalgan. Así será cuando una joven y bella dama despunte en París gracias a sus dotes femeninas empleadas en ejercer influencia en los ambientes políticos parisinos. Siendo esta persona una dama refinada, la dualidad entre mujer fácil y mujer refinada se plantea, siendo la ciudad de París la que se pronuncia respecto al mayor peso de uno u otro aspecto: "Es a la mujer que habla, y que hablando seduce pues, y no a la mujer que ama, a la que París rinde culto".[1332]

El orgullo será otro rasgo difinitorio de París. La ciudad llevará a gala ciertos rasgos sobresalientes en su seno y, por tanto, se mostrará orgullosa de ello. Así lo mostrará Carrillo en relación al gran número de

[1327] Id., p. 248.
[1328] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 193.
[1329] Xavier Privàs (1863-1927), afamado cantante francés.
[1330] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., pp. 193-197.
[1331] Id., p. 197.
[1332] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 17-18.

publicaciones periódicas, de diarios existentes en la ciudad: "en este París más orgulloso de sus gacetas que de su teatro y de su universalidad; en este París donde 4.000.000 de habitantes se reparten cada día 12 millones de números de periódicos".[1333]

Las altas instituciones de París aparecen personalizadas de igual forma en la obra de Carrillo. En esta ocasión, serán otras, junto con la ilustre institución de la Academia francesa, las secciones de la capital francesa las que se revelen con matices humanos relativos a la petición o a la exigencia centrada en el ámbito teatral:[1334] "La Academia pide, para reemplazar a Ludovic Halevy, un autor dramático".[1335] Ocasión que aprovechará el autor guatemalteco para poner en evidencia el gran número de dramaturgos existentes en la capital del Sena: "Y como en París los dramaturgos no faltan, las candidaturas abundan".[1336]Junto con la Academia, los salones habrían elegido a su candidato y tomado la palabra en su defensa y publicidad,[1337] el bulevar presentaría también el nombre de un posible dramaturgo para ocupar el citado puesto vacante,[1338] e incluso la Comedia Francesa habría tomado cartas en el asunto, en defensa de su protegido.[1339]

Respecto a cuestiones menos graves, como sería el tema de la moda,[1340] París es de nuevo personificado, pues Carillo, con el objetivo de resaltar la relevancia ganada en los centros de moda parisina por las modelos, así como de la repercusión que sus acciones tendrían en la sociedad parisina, dirá:

> París habla a menudo de esas maniquíes. Las admira con ternura algo vanidosa como flores que sólo en su suelo crecen, y se deleita en describir sus esplendores y sus miserias, sus triunfos

[1333] Gómez Carrillo, E., *La nueva literatura francesa*, ed. cit., p. 225.
[1334] Gómez Carrillo, E., "El amor en el teatro" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., pp. 183-194.
[1335] Id., p. 183.
[1336] *Ibid.*
[1337] *Ibid.*
[1338] *Ibid.*
[1339] *Ibid.*
[1340] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., pp. 7-151.

> y sus penas, sus gracias y sus desgracias, sus lujos y sus pobrezas.[1341]

Raras veces la Ciudad Luz aparecerá denostada de la pluma de Gómez Carrillo. Los adjetivos que le dedicará serán casi siempre positivos, laudatorios. Mas en alguna ocasión, nuestro cronista desvelará alguno de sus defectos. El reproche nacerá del auge de las tendencias en la moda parisina. Es el caso de las líneas siguientes en las que Carrillo expresa su sentimiento un tanto despechado: "Así es París. Más que el amor de las letras que desde fuera se le supone, ha tenido siempre el amor de la moda".[1342] Pronunciará estas desencantadas palabras con objeto de poner de manifiesto otro defecto parisino, consistente en la falta de solidaridad del pueblo de París, pueblo que no dudaría en contribuir económicamente en la celebración de banquetes con que homenajear a personalidades en boga, pero que, sin embargo, para con el pobre y desvalido Verlaine, no habría ofrecido gran ayuda que evitase sus penosos periplos por hospitales públicos.[1343]

Referiremos una de las escasas ocasiones en las que su bien amada París es comparada con España, saliendo ésta última bien parada. Ello sucederá en un pasaje dedicado a España en general y a la literatura española en particular, presentando una visión en la que Carrillo observará nuestro país con optimismo, como un proyecto en desarrollo que va obteniendo resultados positivos y alcanzando los objetivos que otras grandes naciones modernas ya habrían conseguido. Semejante afirmación resulta sorprendente en un Gómez Carrillo siempre ponderador de lo parisino frente a lo que surgirá el retraso castellano,

> […] la España que reemplaza a la antigua es un país que piensa, que lee, que sonríe, que vive como París, y quien a veces se entristece, sin llorar, con esa tristeza discreta que da a las naciones desgraciadas un aspecto de dulce melancolía y de delicada intelectualidad.[1344]

[1341] Id., p. 115.
[1342] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 77.
[1343] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., pp. 75-78.
[1344] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 260.

En este sentido, Carrillo se dirige contra un París encerrado sobre sí mismo, obcecado, sin mostrar inquietud por lo que acontezca fuera de ella misma. En alusión a la vida y a la literatura modernas españolas que Carrillo dice entrever, pero que París no se tomaría la molestia en contemplar. Si así lo hiciera, resalta Carrillo: "podrían parecer muy interesantes a París, si París tuviese el tiempo para ver lo que pasa fuera de sus muros".[1345]

Finalizaremos este epígrafe aludiendo al reconocimiento que la ciudad artística concede, según nuestro autor, a artistas de reconocido prestigio, concretamente a los pintores, en su crónica titulada "Los pintores que París admira".[1346]

6.5. El sexo de París

París es una mujer para Carrillo, o mejor dicho la mujer por excelencia y todas las mujeres a la vez. Las parisienses representan la esencia de París humanizada. En ellas respira París y a través de sus sonrisas o sus lágrimas, se regocija o llora la Ciudad Luz.

Consecuencia ineludible de lo anteriormente expuesto será afirmar que abundarán las ocasiones en las que París es contemplado por Carrillo bajo formas femeninas. Así sucede en las invocaciones que Gómez Carrillo realiza de ella como la ciudad multiforme, calidoscopio cuyas múltiples tonalidades desean descubrir todos los que llegan a ella, metamorfoseada en mujer antitética y total, arrebatadora y fuerte, capaz de todo, en lo insignificante y en lo magnífico. Carrillo expone como el forastero que se aproxima a esta ciudad-mujer siente, cual cantos de sirena, la atracción de: "la metrópoli mujer, que se entrega sin dejarse ver, que tiene algo de misteriosa cual Eleusis, que es campechana como Atenas, que es noble

[1345] *Ibid.*
[1346] Gómez Carrillo, E., *Como se pasa la vida.…*, ed. cit.

como Roma; que lo es todo".[1347] Proseguirá nuestro cronista la enumeración de sus variadas facetas:

> […] que se vuelve loca ante el caballero negro de un aventurero y que apedrea a sus mejores ministros, que se acuerda con orgullo de haber guillotinado Reyes y Reinas, que es grande y pequeño a un tiempo mismo y que es divino en su caprichosa frivolidad.[1348]

Atribuye Carrillo a este papel de mujer, el hecho de la fama adquirida allende las fronteras por la ciudad de París, anteriormente a la Gran Guerra. Se refiere a la pervivencia de "la leyenda de una Francia decadente, caótica, sin voluntad de lucha, madura en una palabra, para ser conquistada por los bárbaros".[1349] Tal afirmación proferida por nuestro autor, se apoyaría en dos cuestiones, la primera en el análisis de la escena teatral en boga en París de la preguerra así como de sus heroínas que representaban a la parisiense, desenvolviéndose en un París sinónimo de universo polarizado por el poder de "el adulterio, la intriga política, los negocios sospechosos, el juego y la galantería".[1350]

En su autobiografía, Carrillo expresa sus profundos sentimientos hacia la ciudad que le acogiera y en la cual se encontrara cual en los brazos de una amante ardientemente deseada, quizá sin la esperanza de conseguirla nunca. No obstante, cuando el anhelado abrazo se produce, el amante se deleita en el placer de la realización suprema del deseo considerado inalcanzable. Así pues, Carrillo utilizará abiertamente estas imágenes amatorias de amantes, de hombre y mujer, en unión total y mística:

> ¡París –canta una voz en el fondo de mi ser-, París, París!"... Y hay en estas breves sílabas de salmo íntimo, de salmo ferviente de la religión del alma, una ternura, un entusiasmo, y una inquietud tan hondas, que sólo pueden compararse con el sentimiento que convierte un nombre de mujer, si es un amante quien lo pronuncia, en la síntesis de su amor y del amor.[1351]

[1347] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa,* ed. cit., p. 9.
[1348] *Ibid.*
[1349] Id., p. 10.
[1350] *Ibid.*
[1351] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 59.

Dado que, París es considerado como un ser femenino por Gómez Carrillo, nada tiene de extrañar el íntimo y orgulloso sentimiento que nuestro joven cronista experimentaría al verse amado por una criatura parisina, es decir, por la esencia de la ciudad encarnada en la joven Alice, antigua novia de un compatriota estudiante de medicina. Es justamente este sentimiento interno, entre ufano y complaciente, el que Carrillo declara haber sentido en aquellos días de intensa juventud, al saberse amado:

> …hace veintisiete años mis escrúpulos no eran muy grandes cuando se trataba de conflictos sentimentales. La convicción de que aquella misma Alice a quien yo le tenía miedo por creerla una imagen de la coquetería de París, llorase por mi, llenábame el pecho de vanidoso júbilo.[1352]

La exteriorización de este sentimiento, que elevaría sin duda la autoestima del recién llegado Gómez Carrillo a la ciudad de las ciudades, sentimiento de éxito casual pero temprano en la conquista de la más suprema de las urbes cosmopolitas, haría despertar en el joven aprendiz de literato un sentimiento religioso, capaz de concebir al cielo como el único responsable de la realización del milagro que le concedía el amor de la ciudad hecha mujer, de la mujer-París. Carrillo orará enardecidamente agradeciendo estos bienes recibidos, como recuerda en su autobiografía:

> Sin pensar en el amigo a quien traicionaba, pensé que era la Providencia la que así conducía hacia mí a la más exquisita de las parisienses, a la más artista de las mujeres, para ayudarme a estudiar los secretos de la belleza. En mi extraño misticismo, elevaba hacia el trono de María, Madre de Dios, salmos de gratitud por el don que me hacía. "¡Bendita seas, Virgen Santísima -clamaba mi mente-, por ofrecerme una deliciosa flor rubia, mil veces más fragante y más preciada que todas las que yo soñé en mis noches ambiciosas![1353]

Su relación con la joven parisina Alice, servirá de pretexto al joven guatemalteco para replantearse el concepto de la parisina que tenía previamente a su contacto directo con la mujer real, en tanto que ser extremo, capaz de las más grandes pasiones. Lo hará igualmente en su autobiografía:

[1352] Id., p. 119.
[1353] Id., p. 103.

> Y es que yo tenía una idea, más literaria que verídica de la parisiense. La creía capaz de amar, de sacrificarse por amor, de matar por amor. Pero de ser una compañera tranquila, económica, modesta, eso no. […] La creía buena y cruel a la par. La creía ligera, muy ligera, muy coqueta, muy caprichosa y hasta un poco infiel, aún en el apogeo de sus pasiones.[1354]

Tras Alice, la primera conquista parisina de nuestro autor, éste encontrará otras encarnaciones femeninas de la capital del Sena. Llegará a ver la ciudad personificada en una criatura femenina, una artista, bailarina y cantante que contemplaría durante una representación en un teatro madrileño.[1355] La artista, llamada Mirka, constituirá, ante los ojos de Carrillo, la concreción de todas las características propias de la ciudad suprema, de la capital de las capitales, en fin, de París. Y no planteará dicha asociación en términos figurados ni de forma soterrada, sino abiertamente: "Tú, Mirka, eres París. Eres París con su gracia cortesana, con su elegancia altanera, con su atrevimiento revolucionario, con su ingenuidad canallesca, con su frivolidad sensitiva, con su sinuosidad esbelta".[1356] Concluirá con la afirmación referente a que en ella encuentra el símbolo de todo aquello que es sinónimo de la capital francesa, pues la definirá: "el alma alada, bohemia, ingenua de todo un pueblo. Eres París".[1357]

De nuevo encontrará nuestro autor la esencia parisiense realizada en mujer de carne y hueso. Una cantante parisiense llamada Arlette,[1358] personalidad conocida del todo París, recibirá de Carrillo el siguiente homenaje: "Y como Arlette es el alma de París, vestida de seda y cubierta de perlas, las palabras insignificantes de la trova toman, en sus deliciosos labios, una importancia simbólica de perversidad refinada".[1359] A esta parisiense atribuirá nuestro autor la más elevada cota en cualquier don del que se trate. Así, ante la maestría en el cambio de registros de la cantante en la representación de diferentes papeles, representación perfecta que haría dudar a los espectadores de que se tratase de la misma intérprete,

[1354] Id., p. 111.
[1355] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., pp. 198-200.
[1356] Id., p. 199.
[1357] Id., p. 200.
[1358] Gómez Carrillo, E., "La parisiense" en *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 169-176.
[1359] Id., p. 169.

Carrillo afirma que esto sólo es posible en el alma de la parisina: "Todo es posible en París. Y todo se nos antoja verosímil en la parisiense, la cual no es la más seductora de las mujeres sino porque es la más mujer de todas".[1360] Al igual que París, en el corazón de Gómez Carrillo, no es la ciudad más seductora sino porque es la más ciudad de todas, nos atreveríamos a afirmar.

En otra definición de la mujer parisina ofrecida por Carrillo, quizá se pudiera encontrar una definición general de la ciudad, aunque ésta fuera un tanto sorprendente. Carrillo definirá: "si puede llamarse naturalidad al terrible artificio que hace de cada parisiense una temible obra de arte trabajada por el Diablo para atraer a los hombres hacia su infierno…",[1361] aclarando nuestra convicción de que, este infierno, considerado por nuestro autor, sería un bendito lugar en el que cumplir condena para toda la eternidad.

En las exposiciones de pintura anuales celebradas en París, el cronista analizará obras y autores, siendo las obras en las que la representación femenina predomina, las que más inspiración despertarán en Gómez Carrillo. De hecho, a lo largo de su obra, dedica varios artículos completos a analizar los modelos que caracterizarían los retratos femeninos de pintores de la época.[1362] Esto mismo hará, aunque de forma resumida, en un artículo incluido en *Sensaciones de París y de Madrid,* el cual principiará con un resumen de las mujeres retratadas en la exposición anual de ese año, pues repasará Carrillo: "Las parisienses enguantadas de Carolus Duran, las aristocráticas de Fantin Latour, las simbólicas de Aman Jean, las cosmopolitas de Gándara, todas las parisienses, en fin, sonríen en sus marcos de oro ante los visitantes extranjeros".[1363] Para Carrillo estas pinturas, estas mujeres, estas figuras, estas esencias variopintas, representarían la multiplicidad y policromía de París, mas aconsejará al visitante interesado como él, en la belleza viva de París, que pasee por las

[1360] Id., p. 172.
[1361] Id., p. 175.
[1362] Id.
[1363] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 149.

calles y avenidas parisinas, fijándose en los carteles publicitarios protagonizados por féminas, muchos de ellos fruto de renombrados artistas, que se exhiben en los muros parisinos, si está en su deseo seguir contemplando obras de arte más cercanas al pueblo.[1364]

La Ciudad Luz adquirirá silueta femenina nuevamente en la imaginación de Gómez Carrillo cuando regrese de alguno de sus viajes por lejanas tierras. El sentimiento que le invade a medida que ve acercarse los contornos de la ciudad de París, confiesa él mismo, es semejante al que produciría en el amante la proximidad del reencuentro con la amada, largamente añorada: "En mi ingenuo entusiasmo, llego a experimentar algo que sólo puede compararse con la angustia divina de las primeras citas amorosas. Porque París es, para los que le saben adorar, una amante, una novia, una esposa".[1365] Por lo tanto, la concepción de París bajo formas femeninas, no se trataría de una interpretación sino de la declaración específica y contundente del propio Carrillo, el cual añadiría a esta su sensación, el apoyo de otros grandes artistas que habrían compartido con él este concepto de París-mujer amada, citando el caso del poeta francés del siglo XV, François Villon, aunque éste la considerara en su modalidad maternal.[1366]

Ya hemos aludido anteriormente a la idea de que la esencia parisina es encontrada de forma perfecta y total en los ejemplares femeninos de París por la mirada escrutadora de Carrillo, siempre ávida de captar nuevos matices de lo parisino. Así se complacerá en analizar las representaciones de parisinas realizadas por pinceles célebres, concebidas éstas como una muestra más de la belleza única de la Ciudad Luz. Lo haría con las representaciones llevadas a cabo por Willette y por Helleu. De igual modo lo hará con las producciones de Cheret,[1367] cuya historia y tendencias pictóricas comentará en la crónica Las mujeres del pintor francés Cheret, de quien dirá que "su único ideal es que sus mujeres parezcan flores",[1368]

[1364] Id., pp. 149-150.
[1365] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 33.
[1366] *Ibid.*
[1367] Id., p. 175.
[1368] Id., p. 171.

añadiendo que, este pintor sigue unas líneas determinadas en sus obras protagonizadas por mujeres, de tal modo, que ha acuñado un estilo propio de mujer, el cual será denominado, en honor a su creador, bajo el nombre de "Cherette", representadas por "las alucinantes parisienses de sus carteles y de sus dibujos".[1369] Citará Carrillo las líneas dedicadas a este artista aparecidas en el prólogo a un álbum recopilatorio de su obra de modelos femeninos, las cuales hacen referencia a estas mujeres parisinas: "Cheret es el pintor de esas frívolas parisienses a quienes sorprende en todas las actitudes para reproducirlas "cual mariposas multicolores, con el polvo mágico de sus pinceles".[1370]

En escasas ocasiones París es masculino ante la mirada de Gómez Carrillo. No obstante, en alguna crónica aparecería como tal. Sucede en el contexto de la expresión de las emociones intensas de aquellos que regresan a la capital del Sena tras una ausencia provocada por viajes a otros lugares. Aquí presentará Carrillo a París, en términos metafóricos, como los brazos del amante que acogen amorosamente a la amada que regresa. Abundando en la idea de que la separación no habría hecho más que agrandar el amor que se profesan, Carrillo susurra al oído de París: "Encontrándonos de nuevo en tu seno, experimentamos la febril alegría de la mujer enamorada que, después de una ausencia, se halla entre los brazos de su amante".[1371]

Para finalizar, citaremos a Bauzá, quien se pronunciará abiertamente en cuanto al sexo femenino de París, encarnado en el protagonista verdadero de sus obras *Tres novelas inmorales*, que sería la ciudad de París, en la que se sitúa la acción de las tres novelas incluidas en la citada publicación. Revela esta autora: "En todas estas novelas París surge como un personaje central al grado de convertirse en una mujer voluptuosa y apetecible que destruye todo lo que se le acerca".[1372]

[1369] Id., p. 169.
[1370] Id., p. 35.
[1369] *Ibid.*
[1372] Bauzá Echeverría, N., *op. cit.*, p. 42.

6.6. París en la intertextualidad

París y bohemia resultarían un todo indisoluble en el alma de Carrillo. Por ello, hablar de bohemia, para nuestro autor, es hablar de París.

Numerosas serán las ocasiones en las que Carrillo tome como ejemplo del París soñado, del París querido en sus primeros meses de estancia en la capital francesa, el París representado en la obra escrita por Murger, el París bohemio, alegre y desenfadado, poblado por estudiantes que bebían la vida a grandes sorbos, disfrutando de la frescura, de la alegría ilimitada y de la libertad radical de la juventud. La obra de Murger *Escenas de bohemia*, sería uno de los libros sobre la ciudad por descubrir que leería durante el trayecto en barco que lo alejaba de Guatemala para acercarlo al que ya sería, por siempre, su nuevo hogar. Esta lectura dejaría honda huella en su imaginación y en su voluntad por descubrir el París descrito por Murger. Sus alusiones a este autor aparecerán con frecuencia en su obra autobiográfica centrada en su llegada a la Ciudad Luz y su permanencia allí durante ocho meses.[1373]

Mas, con posterioridad a su marcha y posterior regreso, el recuerdo del París fantástico formado en la mente del joven guatemalteco como reflejo del soñado por Murger, será recurrente en la totalidad de su obra, tanto si utiliza directamente el nombre de este autor o el título de la obra, como si lo hace a través de la referencia a los protagonistas de la misma, las Mimís o los Rodolfos, que constituirían la esencia juvenil y bohemia del París idílico ideado por Murger y perseguido por Carrillo.

Carrillo citará a Murger en su obra publicada en 1919 *El primer libro de las crónicas,* en el cual, tratando el tema del viaje, comentará la dualidad que encuentra en esta ciudad capaz de ser inamovible a la vez que cambiante,[1374] pues pese a su modernización y evoluciones, Carrillo asegura que el propio Murger, quien conociera París bastantes años antes

[1373] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit. pp., 60-63.
[1374] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 34-35.

que él, seguro reencontraría sus lugares amados si pudiera volver desde el más allá, a recorrer los deliciosos rincones parisinos.

No obstante, la obra de Murger en la cual ponía en escena a los jóvenes bohemios de mediados del siglo XIX, consagrados en cuerpo y alma al amor y a las artes, lectura de juventud de Carrillo cuya influencia arrastrara siempre, dado que su reaparición esporádica a lo largo de la obra carrillista así lo evidencia, con el paso del tiempo, obtiene de nuestro escritor un tratamiento un tanto frío, comparado con el que recibiera de él en su juventud. Cuando hacia 1919, nuestro cronista publica el capítulo titulado "La bohemia eterna",[1375] cita la obra *Scènes de la vie de bohème* de Murger. Y si bien sigue demostrando su cariño hacia los personajes protagonistas que llegaran a marcar pautas de comportamiento entre la juventud, desde su aparición a mediados del siglo XIX hasta principios de siglo, y que llegara a representar en toda su magnificencia, y utopía quizá, la esencia parisina, bien entrado el siglo XX, en la fecha en la que Carrillo escribe, declara que considera totalmente debilitados sus efectos en la sociedad, los cuales habrían dejado de ejercer influencia en ella, pues se refiere a esta novela definiéndola como: "tan enternecedora, tan juvenil, tan parisiense, no es, en nuestro siglo de automóviles y de aeroplanos, sino una pura curiosidad arqueológica, apenas comprensible para los parisienses anacrónicos que viven en las callejuelas del barrio latino".[1376]

Por otro lado, que la obra fuera considerada una reliquia del pasado no llevaría anexo el hecho de que la bohemia hubiera desaparecido. Muy al contrario, nuestro escritor se encargará de apelar a nombres de las letras contemporáneas que confirmarían su supervivencia, pese a distintas modificaciones ocasionadas por el efecto inevitable del paso del tiempo. Será Enrique Rodó[1377] a quien cite Carrillo, al tratarse de un defensor de la pervivencia de una bohemia, esencialmente igual a la primigenia, pese a la extinción de los prototipos de jóvenes creados por la obra de Murger. Las

[1375] Id., pp. 199-216.
[1376] Id., pp. 200-201.
[1377] José Enrique Rodó (1871-1917), escritor y político uruguayo.

palabras de Rodó citadas por Carrillo ofrecerán una definición del significado de ser *bohemio* a principios del siglo XX:

> es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo que se le desborda del alma por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones raras y la acciones generosas, y con mucho de ese "embrujamiento" que, en tiempos de acción y heroísmo, empujaba a las aventuras y a las cruzadas; pero que, en tiempo de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias que aún en los casos en que desatinadas e injustas permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud.[1378]

Con plena seguridad, Carrillo comulgaba con esta explicación, pero preferirá abreviarla y anunciar, con sus propias palabras, que pese a los cambios, la esencia subsistiría: "La bohemia es sencillamente la juventud pobre que se consagra a las artes y que lleva su miseria con orgullo. El nombre, pues, podrá cambiar. La cosa no".[1379] Tesis que clarificará con otra frase lapidaria: "La bohemia está en el alma y no en los trapos".[1380] Apoyará su afirmación de presencia contemporánea de la bohemia, relatando el caso acontecido esa misma semana, protagonizado por un artista que bien podría clasificarse como uno de los bohemios, escritor y artista, muerto en su pobreza rodeado de su paraíso de poesía libremente elegido.[1381] Por otro lado, apelará a los versos de Gustavo Adolfo Bécquer, en su voluntad de demostrar la existencia de la bohemia, dejando sentir cuál sería la modificación que él introduciría en el verso siguiente al citado: "¡Mientras exista una mujer hermosa!…"[1382]

La propia vida de bohemia que llevó Murger es explicitada por Carrillo en este capítulo en defensa de la bohemia artística, enumerando las circunstancias por las que pasó, su consagración al arte, sus apuros económicos y su muerte en el hospital maldiciendo la bohemia que tanto le había reportado.[1383]

[1378] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 201-202.
[1379] Id., p. 202.
[1380] Id., p. 212.
[1381] Id., pp. 204-206.
[1382] Id., p. 207.
[1383] Id., pp. 212-216.

Muestra de su total adhesión a la bohemia es el lugar destacado que el tema de la bohemia ocupa en su obra pues lo trata en muchas de sus crónicas. La definió en términos de filosofía de vida, filosofía que él respetó al máximo a lo largo de su existencia, estando siempre enfocada al ámbito del arte, pues decía: "Todo estriba en creer en el arte como se cree en una religión y ofrecerse al martirio de las privaciones antes que renegar de la belleza".[1384]

El segundo libro que integra su trilogía autobiográfica titulada *Treinta años de mi vida*, dedicado a su primer encuentro con París, su llegada desde Guatemala a la capital de sus sueños, lo titula *En Plena Bohemia*. De manera que, para él, París y bohemia son dos conceptos que se funden y se confunden en uno mismo y perfecto. Mendoza nos transmite las palabras de Carrillo sobre lo que el guatemalteco consideraba ser bohemio, en una visión poética y sublime, diametralmente opuesta al sentido negativo que le adjudicaban los que rechazaban este tipo de vida, bien porque la consideraran como algo perteneciente ya al pasado, y por lo tanto extinguido, bien porque veían en ella el sinónimo de la vagancia y la suciedad. Esta es la visión idílica de Carrillo sobre la bohemia:

> Ser bohemio, en el mundo de las razas errantes, como en el de los artistas apasionados, es no tener un hogar fijo y correr por los grandes caminos buscando la dicha intangible. Ser bohemio es no querer plegarse a los yugos de la vida burguesa, para poder consagrarse a cultivar las quimeras adoradas.[1385]

Proseguirá Carrillo en su defensa a ultranza de la creencia en la bohemia, ofreciendo nuevas digresiones sobre la esencia de esta forma de encarar la vida, abandonando las normas aburguesadas en pos de quimeras adoradas, en un movimiento *in crescendo* en el cual expresará que optar por la bohemia es "poner el ensueño por encima de la realidad, las flores por encima de los frutos, los pájaros por encima de las aves. Ser bohemio es, tener la fuerte convicción de que, fuera del arte, el artista se agosta".[1386] Redundando en esta idea, nuestro autor, afirmaría que la bohemia

[1384] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense*, ed. cit.
[1385] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 207.
[1386] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit. p. 208.

conservaría lo esencial, aunque exteriormente envuelto en capas de modernidad: "De los nuevos modos de vivir, esa bohemia ha tomado lo útil. Pero de lo antiguo ha conservado lo eterno, que son los anhelos, los ideales, los amores, los entusiasmos, los desintereses y, sobre todo, la pasión exclusiva del arte".[1387]

La figura de su bien amigo, el admirado poeta griego Moréas, en tanto que artista íntegramente consagrado al arte, le parece a Carrillo la más representativa del género de bohemio contemporáneo, y así lo expone: "Moréas pertenece a la raza incorregible e inextinguible de los bohemios".[1388] Título bien merecido, pues habría renunciado a cargos diplomáticos que le hubieran reportado una mejor situación económica que la que disfrutaba, (mas consideraba esta dedicación inferior a la poesía). A esto, se podría añadir que se habría batido en duelo en varias ocasiones para defender a Homero.[1389] Una frase muy repetida por el poeta griego será para Carrillo igualmente definitoria de su posicionamiento bohemio. La frase en cuestión citada por nuestro cronista sería: ""Fuera de mi poesía no hay nada"",[1390] frase que recibiría la loa de Carrillo al designarla como "fórmula admirable para explicar la bohemia noble y grande".[1391]

París y Moréas surgirán de nuevo unidos en la obra carrillista. El gran amigo y admirado poeta de origen griego Jean Moréas es visto por Carrillo en París y desde París con ojos parisinos, como totalmente integrado en la capital gala, la cual, ante los ojos de nuestro cronista, ocuparía el lugar de atracción e irradiación cultural y artística que, en otros tiempos pretéritos, en una búsqueda de las legendarias cualidades clásicas en la actual cosmópolis que irradiaría sus dones hacia el mundo, habría detentado Grecia. Sin obviar la esencia helénica de Moréas, Carrillo descubre la aclimatación parisina del citado poeta: "Pero al mismo tiempo, ha sido

[1387] *Ibid.*
[1388] Id., p. 209.
[1389] *Ibid.*
[1390] Id., p. 211.
[1391] *Ibid.*

muy francés, por creer, sin duda, que hoy Atenas está en París y el monte Parnaso en la colina de Montmartre".[1392]

Comentábamos anteriormente cómo Carrillo llamaba en su apoyo a otros autores que concebían a la ciudad de París bajo formas de dama cuya visión despertaba devota y eterna veneración, en tanto que amante para Carrillo, o con amor filial. Cita directamente las palabras de Villon: ""¡Lutecia, madre mía!" –exclamaba François Villon hace quinientos años".[1393]

También citará una referencia a París realizada por el gran pintor Gauguin, en un intento de explicar sus inclinaciones pictóricas fuera de lo occidental, de lo civilizado, de lo parisino, en pro de islas cálidas donde, dirá el propio Gauguin, citado por Carrillo: "la flor humana crece con una vida extraordinaria".[1394] Citará Gómez Carrillo el desdén de Gauguin hacia un París en el que no hallaba inspiración: "Todo lo que en París os parece bello a vosotros -nos decía- es insufrible…".[1395]

El amor por los árboles del célebre intelectual francés Hyppolite Taine propiciará que Gómez Carrillo lo cite, enmarcado en entornos naturales parisinos. Comentará Carrillo la existencia, y su adhesión a ellas, de las Ligas Internacionales para la defensa de la naturaleza,[1396] pregonando la necesidad de profesar amor a estos maravillosos seres vivos que son los árboles, al igual que hicieran "los poetas de todos los siglos y de todos los países que han sabido amarlos".[1397] En apoyo de esta afirmación, nombrará a Taine: "Amémoslos como Taine amaba aquel castaño frondoso del jardín de los Inválidos, ante el cual iba todas las tardes a soñar sus magníficos ensueños",[1398] citando incluso las propias palabras del propio Taine: ""Es

[1392] Gómez Carrillo, E., *El modernismo,* ed. cit., p. 239.
[1393] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas,* ed. cit., p. 33.
[1394] Id., p. 84.
[1395] Id., p. 83.
[1396] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas,* ed. cit., pp. 95-113.
[1397] Id., p. 96.
[1398] *Ibid.*

mi mejor amigo", decía acariciando su tronco. Luego, como si hubiera contado la vida de un ser humano, trazaba así su biografía: […]"[1399]

Al entrevistar a Jean Lorrain, habla de su obra y de cómo los rufianes de París la habrían inspirado, siendo ésta realista en cuanto a descripciones y situaciones plasmadas, aunque no fueran tomadas en serio por los burgueses de París. Dirá Carrillo, en su análisis de la obra del entrevistado:

> Otra de las fuentes en que Jean Lorrain ha encontrado algunos de los elementos raros de su obra, es el mundo de la rufianería y de la canalla parisiense. Sus cuadros titulados *Du bord de l'eau* son inspiraciones espeluznantes de una nueva tour des miracles que seguramente quitarían el sueño a los burgueses de Francia, si no fuese porque éstos han considerado siempre las obras del autor de *Un Demoníaco* como fantasías inverosímiles.[1400]

Jean Lorrain aparecerá en una conexión castellano-parisina, pues en París publicaría este autor una serie de artículos basados en su visión e impresiones de viaje por España. Sobre este tema realizará Carrillo una crónica titulada "Las "Españas" de Jean Lorrain",[1401] la cual comenzará: "Las Españas, de Jean Lorrain, que tantas indignaciones provocaron en la prensa madrileña cuando, capítulo por capítulo, iban apareciendo en los diarios de París, no me parecen hoy, resumidas en volumen, ni muy acerbas, ni muy malintencionadas".[1402] Acto seguido las calificará con benevolencia, teniendo en cuenta, la línea paralela seguida por otros autores de crónicas viajeras, el propio Carrillo incluido. Así pues, dirá: "Son, como casi todas las obras modernas de viajes, brillantes fantasías con más color que realismo y con menos justicia que realidad".[1403] Esta afirmación obedece a que, leídas las líneas de Lorrain dedicadas a lo castellano, casi nada concordaba con las nociones que el propio Carrillo tenía de España, llegando a resaltar que, en las mujeres españolas encontradas por Lorrain durante su periplo castellano, no hallará ni rastro de la tan enfatizaba belleza española, siendo tan sólo una joven la que

[1399] *Ibid.*
[1400] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 129.
[1401] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., pp. 140-151.
[1402] Id., p. 140.
[1403] *Ibid.*

merecería la atención admirada de Lorrain, ante lo cual Carrillo espetará: "este poeta […] que en París, ante las gracias serpentinas de las Oteros, de las Guerreros, de las Tortajadas, se muestra adorador fanático de la belleza española, no encuentra en España misma, ninguna hermosura completa",[1404] añadiendo, a modo de colofón irónico, que, contrariamente al resto de los cronistas viajeros por España, Lorrain encontrará allí infinidad de mujeres rubias.[1405]

En algunos de los libros de Carrillo aparecen reseñas de otros autores cuyas obras, por razones varias, merecen ser consideradas con cierto detenimiento. Este es el caso de la crónica titulada "Los apóstoles parisienses"[1406] en la que hace referencia a la obra de Chevassu, en la que se debate el concepto *parisiense*, concluyendo que parisiense sería un concepto aplicable mucho más ampliamente que tan sólo a lo nacido en París, sino que se trataría de algo más profundo y esencial, pudiendo sólo aplicarse este adjetivo a quienes reúnan una serie de características que nada o casi nada tienen que ver con el lugar de nacimiento. Las palabras de otro autor latinoamericano, Augusto de Armas, irían en el mismo sentido, y por ello serán reproducidas por Carrillo:

> A mi modo de ver los únicos que merecen el nombre, ó mejor aún, el título de parisienses, son los que tienen esa gracia ligera y sonriente que caracteriza a François Coppée, a Aureliano Schol, a Ludovico Halévy, a todos los artistas, en fin, que habiendo nacido en Francia, en San Petesburgo o en China, saben dar a sus obras un perfume de fresas, de champaña y de polvos de arroz.[1407]

A modo de introducción a su crónica en la que analizará diversos aspectos de la prensa parisina junto con el carácter literario que nuestro cronista le observa, citará Carrillo una definición relativa a París y a su sed de noticias, de boca de una celebridad: "en este París que, según la

[1404] Id., p. 149.
[1405] *Ibid.*
[1406] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., pp. 299-306.
[1407] Id., p. 300.

pintoresca expresión de Bernard Shaw, es un ogro que se alimenta de rumores impresos".[1408]

El gran poeta francés Baudelaire es citado por Carrillo en apoyo de un concepto de ciudad multiforme, compartido por nuestro cronista con el excelso poeta, del cual reproducirá la idea: ""La gloria de París -dice Baudelaire- es que contiene cien ciudades diferentes"".[1409] Dicha sentencia abrirá la puerta para que Carrillo, profundo conocedor de las mil caras de la ciudad, se detenga en algunos rasgos comunes que presentarían esa centena de apariencias que conformarían la unidad de París: "entre estas cien ciudades, por lo menos hay tres o cuatro en las cuales el desequilibrio es un estado endémico",[1410] las cuales incluirían, según su punto de vista, ciudades del opio, de las fiestas macabras, de los poetas melenudos, de los amores morbosos,…[1411]

La admiración que Carrillo experimentó siempre por la mujer parisina quedó reflejada a lo largo de su obra, siendo muchas las líneas que le dedicara, tanto a la mujer real, como a su representación de la mano de diferentes artistas, pintores o escritores. Esta admiración sería compartida por otros hombres y desde tiempos remotos, como deja patente nuestro cronista al citar las palabras de un embajador inglés del siglo XVIII, quien confería una especificidad original y única a la mujer de París, la cual impregnaría de su esencia todo aquello que tocase, pues afirmaba este embajador, con quien convendría Carrillo que: ""El traje no hace a la parisiense; es la parisiense la que hace al traje"".[1412]

[1408] Gómez Carrillo, E., *La nueva literatura francesa*, ed. cit., p. 225.
[1409] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit., p. 175.
[1410] *Ibid.*
[1411] Id., p. 176.
[1412] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas,* ed. cit., p. 103.

Capítulo 7. El espacio urbano en la obra de Enrique García Carrillo: Inventario de lugares

7.1. Los lugares de París en la pluma de Gómez Carrillo

El amor incondicional que Gómez Carrillo profesó a la ciudad de París fue inmenso y profundo, pero no único, ya que este descubrimiento de París como la ciudad síntesis de todas las bondades y bellezas, epicentro del arte y de la cultura, ciudad milagro en la que todo era posible, donde todo confluía y desde donde todo se irradiaba con increíble fuerza, erigiéndose en modelo de admiración, se obró en otros muchos intelectuales de la época no parisinos. Pero de entre todos ellos, Carrillo sobresaldría por sus dotes descriptivas del París amado, de su París artístico y bohemio. Existen testimonios que así lo atestiguarían. El último capítulo de la obra carrillista *Cómo se pasa la vida…*,[1413] dedicado a París, hace exclamar a Eduardo de Ory, uno de sus estudiosos y amigos, para loa de su autor: "¡Y qué París tan hermoso! No nos lo mostraría mejor el más artista de los parisienses".[1414]

La afirmación de Mona Huerta, investigadora de las relaciones entre Europa e Hispanoamérica entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, apoya la aseveración relativa al papel de atracción entre artistas jugado por la capital gala. Ella enmarca, de manera general, lo que sería aplicable a la descripción del caso concreto de Enrique Gómez Carrillo:

> Pour les intellectuels latino-américains du début du XXe siècle et de l'entre-deux-guerres, le voyage à Paris avait parfois la même valeur rituelle que le voyage en Italie pour les artistes de la Renaissance. Beaucoup d'entre eux trouvèrent en France un milieu intellectuel fertile et de nouvelles sources d'inspiration.[1415]

[1413] Gómez Carrillo, E., *Cómo se pasa la vida…*, ed. cit.
[1414] De Ory, E., *op. cit.*, p. 33.
[1415] Huerta, M., *op. cit.*, p. 3.

En el caso de nuestro autor, la fuente de inspiración no estaría en París, sino que sería París en sí mismo.

La inclinación visceral de Gómez Carrillo hacia lo francés, lo parisién y lo cosmopolita fue alimentada por una serie de lecturas que hicieron aparecer ante sus ojos una visión de París en la que la ciudad sería un lugar idílico para cualquier joven hambriento de arte y de libertad, de grandes espacios donde dejar volar los anhelos íntimos, reprimidos en la pequeña ciudad natal por una sociedad conservadora y una familia protectora.

La obra de Murger sobre la bohemia parisiense sería decisiva en la vida de Gómez Carrillo. Creyó en ese París, y quiso realizar una inmersión total en él. De esta fuente bebió con tanto ímpetu, que siempre sería considerado como un bohemio, tanto en el buen sentido de la palabra como en el menos positivo, aunque el propio Gómez Carrillo la reivindicaba frente a los que negaban su existencia o contra los que la consideraban algo negativo.

La semilla de París y de lo parisino que Gómez Carrillo guardaba en su interior germinó poderosamente desde el momento en que llegó a París, sufriendo cuando se alejaba de ella y viendo, buscando o añorando siempre la esencia París allá donde estuviese, por muy lejano o diferente que fuese el lugar donde se encontrara, siendo lo parisino referencia obligada, ya fuere por similitud o por contraste, de todo lo que escribió, de todos los géneros a los cuales se dedicó. Avalan esta afirmación, no sólo las innumerables ocasiones en las que hace referencia a la ciudad en concreto o a lo parisino en general, tema que trataremos ampliamente en el capítulo dedicado a la visión carrillista de París en la lejanía, sino también los propios títulos de muchas obras (y de muchas crónicas integrantes de esas obras): *El Alma encantadora de París, Sensaciones de París y de Madrid,…*

La cuestión de la incondicional pasión sentida por el autor guatemalteco hacia París quedaría atrás cuando, al descubrirlo, Enrique Gómez Carrillo, constata sus maravillas deshaciéndose en loas hacia él,

siendo innumerables las ocasiones en las que se refiera a París, a lo largo de sus escritos. Una vez realizado el deseo de conocerlo y habitarlo, no cesó de alabarlo, ensalzarlo, pregonar, en fin, a los cuatro vientos, lo magnífico, lo ideal, lo excelso, lo único y lo incomparable que atesorara la capital francesa, tal como lo veía en sus sueños de bohemia artística.

Este aspecto de Gómez Carrillo como parisino de corazón, ha sido destacado por muchos de los que le conocieron y por aquellos que han estudiado su vida y obra. Entre ellos, su amigo y admirador César González Ruano, nos hace llegar las palabras de nuestro cronista, las cuales vendrían a demostrar el enamoramiento que Carrillo sentía por la capital francesa:

> La más fuerte embriaguez de mi vida ha sido sin beber: al conocer París y perderme en él, del brazo de una mujer querida. Nunca he sentido tal sensación de maravillosa borrachera de luz, de poesía y de amor…[1416]

Rubén Darío era conocedor de primera mano del profundo sentimiento de dependencia parisiense que poseía a Carrillo, de su posicionamiento donde todo cobraba sentido si se hacía por y para lo parisino. Darío se pronuncia personalmente en la misma línea afirmativa que expresara González Ruano, en cuanto a la simbiosis parisiense del que fuera su aprendiz y amigo en tierras guatemaltecas:

> Gómez Carrillo es un caso único. Nunca ha habido un escritor extranjero compenetrado del alma de París como Gómez Carrillo. No digo esto para elogiarle. Ni para censurarle. Señalo el caso. Él es quien dijo, yo no recuerdo dónde, que el secreto de París no lo comprendían sino los parisienses. Los parisienses ¡y él! Si no ha llegado a escribir sus libros en francés, es porque no se dedicó a ello con tesón. Más en su estilo, en su psicología, en sus matices, en su ironía, en todo, ¿quién es más parisiense que él? Muerto Jean Lorrain, no hay entre los mismos franceses un escritor más impregnado de París que Gómez Carrillo […] París le dio su gracia verbal, su versatilidad femenina, su sonrisa y el gusto por el refinamiento de sus placeres. Carrillo vino muy joven. Habitó en el barrio Latino en un tiempo en que aún existía la bohemia y se amaba la poesía y el amor buenamente. Apenas si comenzaban a causar su efecto los venenos baudelairiano y verlainiano. Carrillo alcanzó las veladas de *La Plume*. Tuvo buenos compañeros. Le halagaron desde entonces; le publicaron

[1416] González Ruano, C., *op. cit.*, p. 37.

> en aquella revista su retrato –un Carrillo adolescente y muy medalla romana-, y logró una, dos y no sé cuántas Mimís, en la edad más hermosa, con cuerpo y alma de estreno. Con el tiempo evolucionó, con las ventajas y desventajas del medio… no creo que pudiera nunca separarse de París, aunque haya llegado a reconocer más de una de las falsías y engaños de la adorable cortesana que lo hechizó.[1417]

El crítico francés Marcel Lami resaltó igualmente el carácter dual de Enrique, dado su lugar de nacimiento, al que habría que añadir la mezcla supuesta por la inmersión en el hogar de elección:

> Ha nacido en lejanos países y por eso es cronista de *El Liberal* de Madrid. Es escritor español, y por eso es ingenio francés; francés hasta la médula de los huesos, hasta el punto de haber escrito el libro exquisito *El alma encantadora de París.*[1418]

La pasión demostrada por nuestro autor fue tan profunda que Mendoza cree que no se puede llegar a tener una idea exacta de la magnitud verdadera de este sentimiento de Gómez Carrillo por París, sentimiento que hizo de esta urbe la verdadera patria del guatemalteco:

> No hay idea cómo amó Enrique a Francia, particularmente a su París, en donde la generalidad de los hombres no pasa de ser una brizna en un gran campo de trigo, un grano de arena sobre la inmensidad de una playa. Jamás ningún hombre ha podido penetrar con mayor interés el alma de una raza que no era la suya. Esto se advierte al momento, cuando Enrique hizo un estudio de los asuntos franceses, percatándose de que allí el ideal está fijo en los cuatro ángulos del cielo, como una inmensa cruz que dirige hacia el mundo sus brazos afectuosos. Y se prendó de París como de una mujer que subyuga y alucina, sin olvidar la sentencia que dice: "Donde un hombre hace su fortuna o adquiere su gloria, ahí está su verdadera patria".[1419]

Destaca igualmente Mendoza lo que significaría París para Gómez Carrillo: "para Enrique, en París empezaban y concluían todos los atractivos de la vida. Fuera de París, la nostalgia lo abrumaba".[1420] Del mismo modo, completa este autor lo anteriormente expuesto con el relato referente a cuál sería el estado de ánimo de Enrique cuando se encontraba lejos de la Ciudad Luz:

[1417] Darío, R., "París y los escritores extranjeros", en *Obras Completas*, ed. cit., pp. 460-468.
[1418] Cáceres, A., *op. cit.*, pp. 19-20.
[1419] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, p. 84.
[1420] Id., p. 81.

> Fuera de París, todo le inspiraba desdén y tristeza a Enrique. En París estaba su centro de vida; allí el tono distinguido y la moda del día; allí el principio y fin de todos los afectos, foco precioso de todas las irradiaciones mentales y artísticas; allí, en fin, sintió y paladeó Enrique el sabor de la existencia y la alegría del corazón, tal como él las soñara en sus divagaciones juveniles al contacto con las descripciones que hacía Rubén Darío con ardor apasionado.[1421]

Esta afirmación de Mendoza la vivió en directo mientras trabajaba con él en un diario en Guatemala, antes de que Enrique fuera de nuevo enviado a París por el presidente del país, para desempeñar un cargo diplomático. Enrique expresaría abiertamente su nostalgia de París ante sus compañeros, incluso nostalgia de los pequeños detalles cotidianos, pues recuerda Mendoza aquellas palabras de Carrillo plenas de añoranza:

> Enrique no dejaba de lamentarse, quejándose de la pequeñez de nuestro ambiente, al recordar el par de horas que todos los días dedicaba él, en París, a *charlar el aperitivo* con sus compañeros franceses; porque –al decir de Enrique- en París no se bebe el vermouth, el jerez o el ajenjo; "se charlan" –eran sus propias palabras, terminando la frase con un rictus de satisfacción, de entusiasmo. ¡Cómo echaba de menos Enrique los usos y costumbres parisienses![1422]

Quizá estas y otras frases por el estilo son las que llevarían a Mendoza a estar convencido de que Enrique no era feliz sino en París.[1423]

Y de igual modo, otros comentarios al respecto oídos por él a su amigo Carrillo, le inspiraran las siguientes líneas en las que hace una descripción de las características del París tan anhelado por Enrique:

> París, en pocas palabras, está siempre de fiesta, con sus horas de sublime transparencia y sus rumores de tempestades fugitivas. Todo allí es inmenso. […] Todos ríen, todos gozan, todos pierden

[1421] Id., p. 83.
[1422] Id., pp. 80-81.
[1423] Dice Mendoza "Enrique fue o se consideró siempre feliz en París, no pensando en nada que no fuese arte, belleza, amor, entusiasmo, fantasía e ideal. […]
En aquel paraíso de los artistas de verdad, el espíritu de Enrique se extasiaba en hacer la supremacía de sus anhelos, bañándose en aquel torrente de vida. Así se explica que nunca se sintiera bien en Guatemala, ni en ninguna otra parte, después que vivió en París. Aquí le veíamos como si no estuviera en su centro, sin colmar sus gustos, sin satisfacer sus ilusiones de óptica. A cada rato suspiraba por el "éter de París"… Quería agotar todas las sensaciones, creyendo encontrar la dicha en la voluptuosidad, ansioso por vivir siempre la alegría de los amaneceres. Era frecuente que se expresara así: "Por mi parte, confieso que, a pesar de que los países desconocidos me atraen, ninguno me retiene tanto en su seno como París". Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, pp. 84-85.

> la serenidad ante los himnos triunfales, y existe una locura por la gloria. […] Las chispas de luz arden y centellean, atizando los incendios de las discusiones y quemando los fanatismos, los odios y las envidias. Más, por encima de todo, como una síntesis genésica imborrable e imprescindible en el temperamento nervioso del parisiense, allí está igualmente la sede del más doloroso sensualismo, respirándose por los poros de los cuerpos. […] Los contrastes paradójicos y los extremos absurdos, imprimen en las sensaciones los tonos de la extravagancia, confundiéndose a menudo las más crueles miserias con los esplendores de la magnificencia. Y cosa rara: junto al culto de los literatos, de los artistas y las inteligencias que se abstraen fervorosamente en las profundas contemplaciones de la ciencia y la filosofía, todas las jerarquías, para abrirle las puertas a la notoriedad le rinden vasallaje a las orgías que ponen en los semblantes el sello de la corrupción.[1424]

Éste constituiría el París imaginado e idolatrado por Gómez Carrillo, imagen que proyectaría a su alrededor, y que Mendoza captaría en la época en la que colaboraron en un diario, expresándolo como sigue:

> He ahí el París de Gómez Carrillo, tal como lo quiso mi amigo, tal como lo amó en los antojos de su fantasía, vaciado en las opulentas formas del ensueño: asombro de la reflexión, "pozo sin fondo del placer" como lo llamó Víctor Hugo en un rasgo de genial inspiración.[1425]

Amado Nervo, el que fuera otro afamado autor de la época, pone de relieve la capacidad de Carrillo en cuanto a haber asimilado de tal manera la esencia de París, hasta en los más leves detalles, capacidad que lleva a Nervo a considerar que las crónicas de Gómez Carrillo plasman a la perfección las mil caras de la ciudad cosmopolita:

> Y luego, ¡ha tenido de tal suerte el tacto del artículo furtivo, de la crónica diaria, de la noticia ligera, de esa actualidad salpicada de un vago perfume y de un poquillo de oro… como el sutil polvillo que levantan las victorias de las duquesas, de las actrices y de las cocotas en las avenidas del *Bois*! ¡Ha sentido y comprendido tan bien a París![1426]

Tal fue la compenetración entre París y Gómez Carrillo, que muchos lo consideraron, si no el mejor conocedor de esa ciudad, sí el que mejor sabía definirla, transmitiendo en todas sus dimensiones su espíritu y su especificidad, desde los más pequeños detalles (lugares, plazas, calles,

[1424] Id., p. 91.
[1425] *Ibid.*
[1426] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 36.

edificios,…), a la globalidad, en su totalidad inmensa y magnífica. Tanto es así que Guillermo de Ory lo considera capaz de hacer conocer la bella ciudad a cualquiera sin que se tenga la necesidad de pisarla:

> Si me dijeran cómo desearía conocer París sin visitarlo, no titubearía en contestar: No me traigan mapas ni planos de ninguna clase. Voy a verlo a través de las páginas de Gómez Carrillo, que tienen impregnadas toda la sensación de esa seductora ciudad de los besos y de las canciones.[1427]

Todos los lugares, todos los espacios, todos los monumentos, todas las calles, todos los ambientes, en definitiva, todos los rincones susceptibles de ser representativos de la Ciudad Luz relativos a lo cosmopolita, artístico, a lo intelectual, lo literario y lo bohemio, en suma, son vividos, admirados, degustados, saboreados por Enrique Gómez Carrillo. Las sensaciones que dichos espacios hicieran sentir en su corazón predispuesto al amor sin condiciones, las plasmó sin reservas en la mayor parte de su obra. Los lugares del París venerado forman parte de su vida y por lo tanto, inevitablemente, pueblan su obra de manera continuada. Incluso cuando se halla lejos de ella, su subconsciente se los devuelve a través de un paisaje parecido, un rayo de sol semejante, una mirada femenina tentadora, una prenda de vestir familiar, un escaparate atrayente, vestigios históricos contemplados en un museo,….o por contraste, cuando donde se encuentra es diametralmente opuesto a la capital religiosamente adorada, la melancolía de su París toma cuerpo.

Los lugares parisinos, para Gómez Carrillo, representan mucho más que un simple espacio físico. Muy al contrario, representan para él formas de vida, espacios de comunicación e intercambio de ideas, entornos de alegría y de gozo, de disfrute y pasión. Ciertos emplazamientos parisinos para él llegan significar tertulia, amor, bohemia, libertad, literatura, esperanza.

Algunos de estos lugares representativos de París protagonizan en primera persona numerosos pasajes de la obra de Gómez Carrillo.

[1427] De Ory, E., *op. cit.*, pp. 10-11.

Intentaremos aquí recopilar una selección de los más representativos de aquellos que el autor guatemalteco destacó.

7.2. Inventario de lugares

7.2.1. El café, *las brasseries*, los restaurants

Las primeras y duraderas impresiones de Gómez Carrillo en su descubrimiento de París se hallan íntimamente ligadas a las experiencias vividas en establecimientos públicos. No en vano conoció allí a la gran personalidad literaria que fue Verlaine, convirtiéndose en su amigo y acompañante de asiduas veladas alrededor de una copa de ajenjo. Carrillo lo testimoniará ya desde un capítulo escrito en 1890, dedicado a Verlaine, incluido en la publicación de su primera obra *Esquisses*, el cual será reproducido en obras posteriores. Refiriéndose a sus impresiones de juventud, confesará nuestro autor:

> […] ninguna quedará grabada en mi retina con tintes tan fuertes, como la visión, aún palpitante, de aquella noche de estío en que encontré por primera vez al más genial de los poetas contemporáneos, recostando su cabeza de atleta y de borracho, sobre la ennegrecida mesa de un cabaret de París.[1428]

Los diversos cafés parisienses servirán a Gómez Carrillo para catalogar a diferentes tipos de personas, o al contrario, los asistentes a ciertos tipos de establecimientos públicos parisinos, cafés, restaurantes, cabarets,…, obedecerán a ciertos modelos de vida determinados coexistentes en la capital del Sena. Carrillo compartirá con su amiga parisiense Alice la concepción de un París mosaico, donde todas las teselas se ensamblarían a la perfección, dando un resultado fragmentado pero único, propiciando que la bohemia existiera al lado de lo burgués. Las palabras de Alice que Carrillo nos hace llegar respecto al catálogo de tipos humanos en relación al café frecuentado son:

[1428] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 83.

> París es hoy lo que era ayer, lo que será siempre: una serie de pueblos diferentes en los cuales viven varias especies humanas que se desconocen y se desprecian entre sí. Los burgueses del café Vachette, adonde usted va, desdeñan a los bohemios del D'Harcourt y del Sol de Oro. Interrogue usted a los bohemios y verá con cuantísima lástima hablan de los filisteos que llevan una existencia arreglada.[1429]

Nuestro autor, tras un delicioso paseo en compañía de la joven parisiense que abandonaría a su novio enamorada del joven Carrillo, Alice, se sentirá invadido por el perfume de París. Queriendo prolongar tal sensación placentera, entrará en un emplazamiento igualmente representativo de lo parisino, un café. Las sensaciones positivas iban en aumento cuando, una vez dentro del establecimiento, como temiendo que se rompiera el hechizo, el tímido Carrillo se sienta en un apartado rincón. Su ego se verá acrecentado al constatar haber atraído la atención femenina presente en el local:

> Al entrar en él experimenté una impresión de timidez viendo que las muchachas que no estaban acompañadas me sonreían, saludándome como si me conocieran. "Me tomarán por otro –pensé". Y huyendo de sus miradas fui a sentarme en un rinconcillo discreto donde un camarero me sirvió el ajenjo que yo le pedí. Apenas el líquido opalino brilló en mi copa, una morena muy pálida, de grandes ojos de fantasma, acercóse a mi mesa.[1430]

Más la situación mejoraría por momentos a medida que se animara el recóndito café, la presencia femenina se acrecienta con la alegría bohemia y el fuerte y variado colorido que introducen. Así, la descripción de este café ocupará muchas líneas en la autobiografía de Gómez Carrillo:

> Poco a poco, a medida que los teatros y los conciertos cerraban sus puertas, nuestro café poblábase de gente alegre y vistosa. Las mujeres entraban luciendo abrigos de todos los colores, sombreros de todos los tamaños, trajes de todas las edades. Notábase que no eran duquesas, ni banqueras, ni siquiera cortesanas de lujo, aquellas lindas muchachas de labios muy pintados y de ojeras muy profundas. […] Y todas me gustaban, con sus cuerpecillos ondulosos, sus sonrisas maliciosas, sus miradas provocadoras, sus risas gorjeantes.[1431]

[1429] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 68.
[1430] Id., p. 70.
[1431] Id., pp. 72-73.

Gómez Carrillo, como buen bohemio, pasaba muchas horas, del día y/o de la noche en los cafés, tomando la bebida icono del París de la época, el ajenjo, al cual era bastante aficionado, lo que le causaría, en más de una ocasión, fuertes estados de embriaguez.

Su primera esposa deja constancia de ello en el libro que escribió relatando los avatares de su breve matrimonio con el cronista guatemalteco. Aurora Cáceres escribe las siguientes líneas, sobre el estado etílico de su marido, de regreso de París en compañía de amigos, donde habían gestionado un asunto de agravio contra el nombre de Enrique: "El resultado de todo esto es que se han extralimitado en las bebidas. ¡Qué pena tan grande me causa ver a mi marido en este estado! Espero que no vuelva a cometer esos excesos".[1432] También cree Cáceres poseer la clave explicativa de de por qué Carrillo consumiría semejante bebida, tan fuerte y desagradable, según ella. Se trataría de un elemento más para fundirse con lo parisino, con lo artístico, con lo bohemio, la forma más directa de asemejarse a la esencia artística parisina, personificada en Verlaine, otro gran defensor del ajenjo:

> A las seis se va al café a tomar el aperitivo, que es ajenjo, bebida agradable a la vista por sus transparencias de ópalo, pero de gusto y olor detestables; una vez que me lo dio a probar de su copa, por poco me descompuse. No creo que pueda gustarle; si lo bebe es porque Verlaine le bebía, y también por *épater* a los ingenuos vecinos del café, que se regalan con "Dubonnet.[1433]

Verlaine y los cafés estarán íntimamente unidos en la obra de Carrillo, como lo estuvo el autor de *Sagesse* con los citados establecimientos públicos, gusto que compartía con nuestro cronista, al constituir estos espacios un sinónimo de charla, de bohemia, de arte, de inspiración, de vida y de esencia parisina en definitiva. En su artículo "La muerte de Verlaine",[1434] Carrillo recuerda con nombres y apellidos, uno de los cafés frecuentados por el poeta, aquel en que el genio idolatrado le haría confidencias personales y artísticas sobre su vida y las circunstancias de producción de su obra, donde dará muestras de su gran sencillez y de su

[1432] Cáceres, A., *op. cit*., p. 77.
[1433] Id. p. 109.
[1434] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., pp. 183-190.

optimismo a pesar de las penurias en las que se veía, motivadas por su falta de constancia en la labor literaria junto con su inclinación hacia el alcohol, ante un joven aspirante a literato, enamorado de la poesía verleniana. Rememora Carrillo el café y la situación de un Verlaine pensando en su editor como único medio de poder pagar la cuenta de las bebidas consumidas:

> Recuerdo que una mañana de invierno, al pasar frente al cabaret del *Sol de Oro*, oí que alguien me llamaba. Era Verlaine, que tenía un papel en la mano y que me decía en alta voz: -He aquí mi último soneto…es necesario llevárselo a Vanier para que me dé cinco francos…[1435]

En otra ocasión, relata Cáceres en estilo directo las palabras del que fuera su esposo, relativas al pesar que expresaría un Carrillo enfermo, a quien el médico habría recetado ciertas restricciones que le ayudarían a recobrar la salud, estando entre ellas, la abstención de bebidas alcohólicas.

> ¡No sabes cuán enfermo estoy! Me espantan los médicos con visiones de semilocuras. Me hablan de anemia cerebral posible, de neurastenias crónicas agudas. Y hasta mis duchas frías, uno de los pocos placeres que yo tenía, me las suprimen imperiosamente. Y nada de alcohol.[1436]

El propio Carrillo hace referencia a este licor en su obra. El ajenjo llega a constituirse en sinónimo de fiesta, de alegría, de juventud, de despreocupación de generosidad, de empatía espiritual. Aparece el ajenjo, en su juventud, en las fiestas que celebraban los médicos internos del hospital San Luís, al que acudía para curarse de una afección y donde encontraría representantes de la bohemia generosa y despreocupada que tanto anhelaba. Con cierta ironía nos habla del ajenjo, en un emplazamiento dedicado a la salud, junto a carteles incitando a la abstención alcohólica: “en el comedor de los internos, donde siempre había, sobre las mesas, para hacer ver el respeto que los jóvenes sabios

[1435] Id., pp. 185-186.
[1436] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 51.

sentían por los carteles de la liga antialcohólica, botellas de ajenjo, de vermouth y de vino de quina".[1437]

Por el contrario, el ajenjo está unido a horas tristes, cuando, obligado a abandonar París por imperativo del presidente guatemalteco, busque en esta bebida un potente analgésico. Nos relata Carrillo, como a sus dieciocho años, la víspera de la separación impuesta, el dolor lacerante de la partida tan sólo podía ser calmado con el fuerte licor: "[…] más aquel día, en París, sentía que sólo el ajenjo, con su frescura embriagadora, podía calmarme".[1438]

No obstante, para Gómez Carrillo, el café no es exclusivamente un lugar donde tomar alcohol. Las horas allí consumidas no son baldías, no están muertas, sino llenas de vida, principalmente vida intelectual. En los cafés conoció a su idolatrado Verlaine y allí conversó con él en compañía de una copa de ajenjo, allí pasó innumerables y gratos momentos con el que fuera uno de sus primeros amigos en París, Moréas, allí conoció a Wilde y a Merrill,… allí participaba en tertulias literarias, allí reflexionaba y creaba, pues muchas de sus crónicas eran escritas en estas encantadoras mesitas redondas de los cafés parisinos, mesitas que simbolizan, aún hoy en día, la esencia de París.

El mismo Carrillo dará fe del vínculo relativo a la amistad que los veladores de los bares parisienses detentarían para él, al relatar la anécdota sobre el anterior ilustre inquilino de la habitación que ocupaba Carrillo. Se trataba de Le Cardonnel, joven escritor que solicitó de Carrillo que le dejara volver a contemplar aquella su antigua habitación, lugar donde pasó horas felices. Carrillo así lo hizo, y aquello fue el comienzo entre ambos amantes del arte de una gran amistad, sellada en el café parisino:

> Durante seis meses no dejamos de vernos un solo día. Por la tarde, nos juntábamos en el café de Francisco I, para tomar el ajenjo, y muchas veces pasábamos la noche en vela, en el fondo

[1437] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 172.
[1438] Id., p. 213.

> de algún cabaret hospitalario, diciendo versos y contando anécdotas.[1439]

Cáceres se sorprendía del poder de Carrillo para concentrarse y escribir sus crónicas en los cafés, sin que por ello dichas crónicas quedaran imperfectas y tuvieran necesidad de ser revisadas o corregidas posteriormente. No obstante, esto era frecuente en Carrillo, y por ello, los veladores típicamente parisinos guardan para él un hondo significado que imprimiría cierto carácter especial a las páginas juveniles escritas en los cafés, adquiriendo el café parisino sentimentales connotaciones literarias:

> No creo haber demostrado nunca un amor exagerado por mis obras. Muchas de ellas preferiría no haberlas escrito. Pero cuando se trata de ciertas páginas que yo escribía en las mesas de los cafés del bulevar San Miguel, con exaltaciones pueriles, confieso que no puedo leerlas sin emocionarme.[1440]

Pero cualquier café no sería válido para Carrillo. Pues, para él, el café no constituiría tan sólo un sitio sino que simbolizaría la bohemia artística, lugar de intercambio y generosidad literaria y personal. En su autobiografía, en el libro dedicado a su primera estancia en París, *En plena bohemia*, los dos tipos de cafés coexistentes en la Ciudad Luz son protagonistas de numerosos pasajes. Los cafés frecuentados por sus paisanos estudiantes de medicina, el *Vachette*, no sería el café representativo del París genuino de almas artísticas y libres. Nos describe Gómez Carrillo el café que encontró en sus primeros días en París, y que, en su opinión, representaría al anticafé parisino, el revés del emplazamiento de libaciones artísticas y literarias, la cara opuesta de la camaradería alegre, el que de ser el único tipo de café parisino destruiría las ilusiones del joven Carrillo formado en la bohemia de Murger:

> El café en que aquellos se reunían todas las noches, después de cenar, me parecía muy poco parisiense, muy poco literario, muy poco galante. Cuando yo entré en él por primera vez, no experimenté, ante el espectáculo algo provinciano, algo escolar y algo aburrido de su gran hall, sino sensaciones de tristeza y desconsuelo. Reunidos por grupos, los estudiantes españoles, americanos, griegos, rumanos, jugaban a las cartas, hablando en

[1439] Gómez Carrillo, E., *Literatura extranjera*, ed. cit. p. 198.
[1440] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 86. Ya incluíamos esta cita en la página 119 a modo de introducción de la extremada afección de Carrillo por la localización física de lo parisino.

> lenguaje babilónico y en tono serio de asuntos universitarios. De vez en cuando, alguna chica risueña iba a sentarse en medio de un corrillo, y para no bostezar leía un periódico. Éste es el Barrio Latino –pensaba yo-; éste es París, esta es la ciudad loca de los artistas, de los idilios, de los caprichos, de las canciones, de las intrigas…" Y para alejarme de lo real buscaba en la lectura de la *Vida de Bohemia* la imagen de lo que había soñado.[1441]

El descubrimiento del café literario, del café bullicioso, muestra viva de la esencia de París, de la alegría inherente a la juventud bohemia parisina, es finalmente descubierto por Carrillo, recobrando así la esperanza y la creencia en la existencia de la bohemia artística. Será de la mano de Alice, la joven primera conquista parisina de Enrique, al lado de la cual descubrirá Carrillo aquel ambiente maravilloso, ambiente que empezaba a creer que no existía más que en fantasías literarias. Así aparece el primer café encarnación de los sueños bohemios juveniles de Gómez Carrillo: "De un café cercano subía un murmullo de música que hasta aquella noche no me había llamado la atención, y que de pronto parecióme acompañar las voces paradisíacas que cantaban en mi alma un epitalamio inesperado…"[1442] Tal descubrimiento provocaría estremecimientos místicos en su alma adolescente: "Todo era ritmo, todo era armonía en mi ser".[1443]

El café literario, donde horas de adoración poética por Verlaine y con Verlaine, pasaban ligeras como segundos, rodeado de otros jóvenes ávidos de arte y literatura, tienen igualmente su lugar en la obra de Carrillo sobre el París de sus primeros años. En esta compañía se hallaba Carrillo cuando se dirigía al café de turno donde podrían dar rienda suelta a sus insaciables apetitos de belleza cuando recuerda: **"**Y seguimos nuestro camino hasta un café desierto, en el cual, según la frase de uno de aquellos bohemios, se podía "relinchar poéticamente" sin ofender a ningún burgués. Y ahí bebimos y charlamos largas horas".[1444]

Los cafés, las brasseries, los establecimientos públicos de este tipo, adquieren otros tintes para Carrillo en tanto que significan contactos con lo

[1441] Id., p. 62.
[1442] Id., p. 103.
[1443] *Ibid.*
[1444] Id., p. 116.

femenino, otra de sus grandes pasiones. Los cafés parisinos, en este sentido, encarnan el flirteo, los amores de una noche, la seducción, la libertad sin prejuicios sociales, el disfrute supremo de la vida y la juventud. Aquellas veladas de los cafés en donde la protagonista era la seducción le traen gratos recuerdos a Carrillo al redactar sus memorias en el transcurrir de los primeros pasos en París:

> ¡Cómo recuerdo aquellas charlas nocturnas, en el fondo de las brasseries de la rue Monsieur le Prince! Sentado ante una silla de mármol, yo, ingenuo, interrogaba con frases halagadoras a las pobres grisetas, atribuyéndolas preocupaciones psicológicas muy sutiles.[1445]

Una vez descubierta la existencia real de la encarnación de aquel espacio ideal, representado por bares, cafés, cervecerías,… lugares donde dar rienda suelta a la filosofía de vida libremente elegida, la bohemia artística, la visita diaria a los cafés se hace indispensable para Gómez Carrillo, como el oxígeno para respirar. Y rehuye los cafés tristes y mezquinos, donde lo artístico no ha conseguido conquistar ningún resquicio, representados por los cafés donde eran asiduos sus compatriotas estudiantes de medicina, antitéticos de lo bohemio, personificaciones de lo burgués. Lo confiesa sin reparos Gómez Carrillo al ofrecernos detalles de la gestión de sus recursos económicos en los días transcurridos en París:

> Luego, huyendo sistemáticamente de los Americanos del Barrio Latino, consagréme a vivir la vida de los bohemios parisienses, entre los cuales, la verdad sea dicha, yo aparecía entonces como un millonario, casi como un personaje de cuento de hadas… ¡Lo que se podía hacer, veintiséis años ha, con quinientos francos mensuales!... Mi alojamiento en un segundo piso del bulevar San Germán, en el Hotel de Lima, costábame treinta francos, o sea, un franco al día. En el restaurante Polydor, que fue el que Alice eligió para nuestras comidas, nuestro gasto diario no pasaba de siete francos: tres por la mañana, cuatro por la tarde… Siete y uno ocho. Quedábannos, pues, para divertirnos, más de cincuenta duros mensuales, con los que, en el café D'Harcourt, en el sótano del Sol de Oro o en la Cervecería Balzar, teníamos todas las noches mesa abierta para los que querían beber a nuestra salud.[1446]

[1445] Id., pp. 111-112.
[1446] *Ibid.*

La víspera del abandono de la capital francesa, hace que la promesa de un futuro idílico que empezaba a vislumbrar, se desdibuje ante los jóvenes ojos de un joven Carrillo, en una especie de muerte espiritual. Todo se le aparece en tonos negros, lúgubres, mortuorios. Los ánimos que su compañera Alice intentaba infundirle con visiones de un mañana prometedor en Madrid, no logran consolarlo. No hay para él esperanza. El no volver más a ver los cafés, le causa profunda tristeza y desesperación. París se sintetiza para Gómez Carrillo en dos cosas: los cafés y los amigos, o en una sola, pues ambos se confunden en una unidad indisoluble, el café es la amistad, los amigos son el café:

> Mañana para ella era una aventura, una esperanza, un horizonte nuevo que se abría, una vida misteriosa que comenzaba… Para mi era la pena de abandonar mi París, mi Quartier, mis cafés, mis amigos… Todo lo que me había sido grato durante ocho meses, aparecía ante mi memoria, embellecido, para atormentarme con amenazas de nostalgia. Y al mismo tiempo veía, con remordimiento, todo lo que por pereza no había visitado…[1447]

En cuanto a los restaurantes, acontece a Carrillo lo mismo que en los cafés. Los frecuentados por sus amigos médicos no representaban el tópico del restaurante alegre, desenfadado y dicharachero. Nuevamente será el hada Alice la que le muestre la realización física del lugar imaginado. Este primer lugar sería el *Pulidor* donde, al entrar Carrillo, experimentó sentimientos casi podríamos calificar de ascéticos o místicos, creyendo verdaderamente realizar un viaje en el tiempo, hacia el pasado y penetrar en la obra *La vida de bohemia* de Murger.[1448] Tras este primer restaurante, nos ofrece Carrillo las dos versiones de restaurantes parisinos: el restaurante chic a la moda bohemia, representados por el *Pulidor*, en contraposición con los cursis restaurantes aburguesados como el *Boulant*, el *Duval*, el *Vachette*.[1449]

Añadir un establecimiento público más, un restaurante, *La Côte d'Or*. Carrillo conocerá este restaurante de la mano de Moréas, quien,

[1447] Id., p. 211.
[1448] Id., p. 78.
[1449] *Ibid.*

mostrándose de una sencillez exquisita, le propuso al joven admirador que había vencido su timidez subiendo a la habitación del insigne autor de origen griego, para presentarle sus respetos y testimoniarle su admiración. Tras la conversación mantenida en la habitación y luego de que Moréas se vistiese para salir, ya en la calle, Moréas le propone ir a comer juntos, invitación que debió fascinar a Carrillo, ya que la reproduce en su autobiografía: "-Pues venga usted a la Côte d'Or… Aquí mismo… Es bueno y barato…"[1450]

El café será lugar de encuentro entre bohemios, literatos, en fin, de todos aquellos amantes del arte y de la belleza. En este lugar conocerá Carrillo, desde sus primeros tiempos en París, a personalidades del mundo literario o artístico, de los cuales se preciaría haber conservado siempre la amistad. Así conoció a Verlaine y este sería igualmente el caso de André Ibels, quien aparece en compañía de otro personaje, a quien el guatemalteco nombra como Cazals y que será el que los presentará a él y a sus amigos Alice y el doctor Garay, cuando se encontraban en un café tras haber cenado. Esta es la descripción de la escena tan típicamente parisina del París de finales de siglo XIX, según la describe Carrillo:

> El recién llegado, a quien, en efecto, había visto pocas noches antes en compañía de Verlaine, en un café de la Plaza San Miguel, comenzó por quitarse el sombrero y hacernos mil ceremonias cómicas, llamándonos "nobles caballeros y gentiles damas". Luego nos presentó a su amigo, poeta y cancionero, y además filósofo, y además anarquista, y además orador.
>
> -André Ibels –gritó, al fin, poniéndole la mano sobre el hombro.
>
> Y agregó:
>
> -Tiene tanto genio y tanto apetito como yo…[1451]

En función del tipo de café que frecuenten, al igual que analizara Alice respecto a los asistentes a uno u otro tipo de café, las chicas asiduas de tal o cual establecimiento, representarían diferentes tipos de mujer, siendo las clientas habituales de determinados cafés las que, dadas sus características,

[1450] Id., p. 134.
[1451] Id., pp. 126-127.

provocarían la atracción de Carrillo. Así se refiere a cierto tipo de parisina considerada bohemia y liviana, a la que tenderá sus redes para realizar conquistas que le ayuden olvidar a la peligrosa parisina que, en su imaginación, representaba Alice, la novia del doctor Garay, una vez que los antiguos amantes se habían concedido una nueva oportunidad para retomar sus relaciones de pareja, interrumpidas por la irrupción en sus vidas del huracán Carrillo:

> Las que no me inspiraban temores eran las hijas de Mimí y de Francine, las chicas bohemias el café d'Harcourt y del baile Buillier; las que, modestas y desordenadas en el vestir, parecían no dar importancia al lujo. Por eso, tratando de consolarme de la pérdida de Alice, que durante algunos días había sido mi refugio sentimental, consagréme a hacer conquistas femeninas fáciles, con objeto de sondear el alma de las musas estudiantiles.[1452]

Del mismo modo, el café será espacio de reencuentros afortunados. Lo atestigua la emoción de Carrillo al relatar como en uno de estos establecimientos del Barrio Latino, encontraría al escritor español Vicente Blasco Ibáñez, visto con respeto en la distancia, en su primera estancia en Madrid, y allí empezaría su imperecedera amistad, surgida de la admiración que Carrillo demostraba por el autor valenciano:

> Pocos meses después, en París, tuve ocasión de encontrar de nuevo en un café del Barrio Latino al futuro autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que ya entonces había escrito páginas admirables, las más bellas, las más puras tal vez de su obra inmortal y formidable.[1453]

El café puede constituir igualmente un espacio ideal para el surgimiento de anécdotas o acontecimientos mundanos. Así será cuando Carrillo comenta que un rifirrafe entre dos clientas famosas ha sido digno de figurar como noticia de prensa. Comentará Carrillo, no exento de ironía: "Hoy, la *Petite Gironde* da al mundo la noticia de que en un café parisiense "las bellas Otero y Guerrero se arañaron por rivalidades artísticas"… ¿Artísticas?...*Ars Amandi*…".[1454]

[1452] Id., p. 111.
[1453] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 214.
[1454] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., p. 3.

Ciertos cafés obtienen el grado de instituciones consagradas, ya sea por los ilustres clientes, por los ilustres propietarios o por ambos. En este contexto se circunscriben dos nombres de culto entre los cafés de la época, cuyo propietario gozaba de excelentes cualidades que supo transferir a su local. La admiración de Carrillo queda patente en una crónica, en la que lamentara su muerte, dedicada al reconocimiento de sus virtudes así como de los talentos de los cuales disfrutaba teniendo a su alrededor. Talentos que eran ni más ni menos que los clientes habituales de sus cafés.[1455] Los locales eran *Torre de Nantré* y *Chat-Noir-Ville*, y el propietario Rodolfo Salis,[1456] fundador del considerado primer café artístico de París. Dirá de él Carrillo: "Murió al principiar una excursión artística y tuvo la suerte de morir, como había vivido, rodeado de sus poetas, de sus músicos, de sus cancioneros y de sus pintores".[1457]

Carrillo dará una magnífica y pormenorizada descripción del *Chat Noir*, aún cuando destaque su lamento de no haberlo conocido en sus mejores tiempos. Nos dirá cómo eran los cuadros que decoraban las paredes, cómo se vestían los camareros, cómo era el estilo de los veladores, la gran afluencia de clientes… incluyendo la actitud y el talante artístico e ingenioso de su propietario, sin olvidar incluir alguna humorística anécdota protagonizada por el mismo propietario y un inspector de policía de paisano entre el público, el cual fue de tal modo avergonzado por la inteligente retórica del dueño, que desde aquella noche, afirma Carrillo, la policía secreta prefería el riesgo de una puñalada en una taberna de asesinos a asistir a las veladas del *Chat Noir* y ser diana de la ironía de su patrón.[1458]

De nuevo se producirán allí encuentros felices por significado de amistad y arte. Dejará constancia Carrillo de uno de estos encuentros,

[1455] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., pp. 5-10.
[1456] Rodolfo Salis, fundador del célebre cabaret artístico parisino Le Chat Noir en 1881, famoso por incluir un piano en su sala, lo cual estaba prohibido en la época, y por inaugurar *El Teatro de las Sombras* como atracción en el citado cabaret, en el cual colaboraban artistas de la época. Entre sus distinguidos clientes estaban Touluse-Lautrec, Maupassant, Steinlen, Eric Satie e incluso Debussy. En 1882 comenzó a publicar su propio diario contando con los ilustradores Steinlein y Willette.
[1457] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., p. 5.
[1458] Id., pp. 8-10.

concretamente con el de Oscar Wilde,[1459] en una de sus crónicas: "Hace pocos días, en un café del Boulevard, un hombre sentado ante un velador vecino al mío sonreíame, de vez en cuando, con una sonrisa marchita y enigmática".[1460] Sorprenden estas palabras en Gómez Carrillo, pues transmiten una sensación de desconocimiento hacia aquel hombre que le sonreía, hombre que había sido íntimo amigo suyo en sus primeros tiempos en París. La razón se hallaba en el cambio experimentado por un Oscar Wilde en decadencia, recientemente excarcelado tras una condena motivada por su opción sexual, abandonado por muchos, rechazado por casi todos. Mas, cuando nuestro cronista se da cuenta de la identidad del autor de *Salomé*, se dirige a saludarlo con gran emoción, deslindándose de todos los fariseos que renegaban de aquel a quien anteriormente habían ensalzado: "le estreché la mano con más cariño que nunca. Y mientras sus labios marchitos me decían la historia del más horrible cautiverio, sus ojos claros parecían darme las gracias por ser yo uno de los que no huían de él".[1461] El desahogo del triste poeta, la enumeración de los dolores y torturas sufridos en su cautiverio, la condena de la hipócrita sociedad londinense que le había acogido y mostrado en sus salones, la confesión del amor prohibido,… tienen lugar en uno de aquellos veladores, junto al amigo de la juventud, que se estremece, en una mezcla de pena y horror, ante el relato de la experiencia carcelaria del desconsolado compañero de otros tiempos felices.[1462]

En el universo de Gómez Carrillo, el café constituye inalterablemente un binomio indisoluble entre el lugar físico y la naturaleza literaria. Por ello, en su obra existe una crónica exclusivamente consagrada al último café literario,[1463] el significado detentado por éste durante su existencia y las implicaciones sentimentales que su desaparición conlleva para los bohemios intelectuales que, como él, habían convertido el modesto establecimiento público en campo de operaciones propicio a conexiones e

[1459] Id., pp. 301-305.
[1460] Id., p. 301.
[1461] Id., p. 302.
[1462] Id., p. 305.
[1463] Gómez Carrillo, E., "El último café literario" en *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 37-52.

intercambios artísticos. Con tono melancólico notificará Carrillo: "El café del bulevar, donde se reunían algunos literatos notorios, cierra hoy sus puertas. Se llamaba el Calysaya".[1464] Añadirá las notas dramáticas referentes a los insignes escritores que produjeron o limaron parte de sus obras en sus veladores, como Oscar Wilde o Catulle Mendès, mas la visión de Carrillo es optimista, pues pese a la despedida de este café parisino emblemático, nuestro cronista pregona la creencia de que "Todos los días muere y todos los días vuelve a aparecer. Tienen alma de fénix estos postreros. De las cenizas de uno nace el otro".[1465] Apoya esta afirmación con datos reales:"Y desde aquel venerable "Procope" de la rive gauche en donde Diderot y Voltaire discutieron con los notarios de su tiempo, hasta los "Cardinal" y los "Napolitain" de hoy, no hay, en el fondo, ninguna diferencia".[1466] Melancolía aparte, cumpliendo el antiguo y sabio dictado que aconseja sustituir lo obsoleto por lo nuevo, Carrillo afirma, refiriéndose a sí mismo: "ya he encontrado, a veinte pasos, el nuevo lugar ideal para pasar ese par de horas que todos consagramos en París a charlar el aperitivo".[1467] Explicará esta expresión alegando que "La copa es un pretexto para hablar mal de todo el mundo y bien de sí mismo. Las borracheras las produce la vanidad más que el alcohol".[1468]

La verdadera melancolía vendrá cuando, presentando su nuevo lugar de tertulias literarias, y destacando que no faltan escritores célebres entre sus clientes, comenta que el número de literatos que renuncia a la sabia costumbre de conversar artísticamente entre compañeros de letras va en aumento, señalando al trabajo, a los deberes sociales, al miedo a las familiaridades, entre otros, como los culpables que "han hecho huir a muchos que antes tenían la costumbre de sentarse a una hora fija ante la mesita de mármol".[1469] Incluso cita una frase muy pronunciada en París por aquellos que consideran prioritarias otras cuestiones frente a la otrora sagrada cita literaria en el café: "Una frase parisiense dice: "ça vaut mieux

[1464] Id., p. 37.
[1465] *Ibid.*
[1466] Id., pp. 37-38.
[1467] Id., p. 38.
[1468] *Ibid.*
[1469] *Ibid.*

que d'aller au café"".[1470] Afortunadamente, también señala Carrillo, la supervivencia de algunos hombres de letras, cuya carne es lo suficientemente débil como para sucumbir ante la deliciosa tentación, pasando a citar a algunos de los que se cuentan entre los adeptos al café literario.[1471]

No sólo serán gentes de letras las que frecuenten el café. Representantes de otros oficios artísticos darán al establecimiento público un ambiente variopinto y multicultural que los unifica a todos bajo el mismo signo de una bohemia artística. Enumera Carrillo otras procedencias, en cierto modo profesionales, diciendo que entre los asiduos al café los hay:

> […] que ganan su vida con la literatura y se divierten con las mujeres, con el juego, con la ciencia, con la fotografía,…Los hay también […] que viven de la fotografía, o de la farmacia, o del juego, o de las mujeres, y que se divierten con la literatura…Pero en el café, esto no se nota. El que más grita, el que más pelo tiene, es el que más poeta parece a la gente.[1472]

La homogeneización realizada por el café entre sus asistentes, aunque tan sólo sea en aspectos externos, se hace patente en otra reflexión de Carrillo, respecto de las damas que asisten a los cafés, unas más doctas en temas literarios que otras, pero todas, en ese ambiente, igualadas, pues generalizará Carrillo: "En París, el barniz de arte está en la atmósfera".[1473]

Este mismo café es el lugar capaz de obrar el milagro en el universo de Carrillo, según consta la afirmación en la que retrata el silencio absoluto que se adueña del bullicioso y concurrido local en el que hace su entrada Catulle Mendès. Una nota anecdótica añade Carrillo a este milagro: "Las mujeres mismas, que por lo general no oyen sino lo que ellas dicen, escuchan estas lecciones. La pasión del maestro las domina".[1474]

[1470] *Ibid.*
[1471] Estos asiduos del café literario, citados por Carrillo, aún no vencidos por obligaciones laborales o sociales, serán Lajeunesse, Courteline, Mendès, Juan de Mitty, Raúl Ponchon y Goudeau. Id., pp. 39-52.
[1472] Id., p. 42.
[1473] Id., p. 44.
[1474] Id., p. 43.

Otro de los milagros capaces de ocurrir en le café es el de la homogeneización de las clases sociales: "en el café, aristócratas y demócratas fraternizan. Es la ventaja del café literario".[1475]

Carrillo, quien se lamentaba de que la costumbre arraigada de la visita diaria al café fuera desapareciendo entre los intelectuales de su época, en el seno de este artículo dedicado al último café literario, nos hace llegar la definición de lo que se consideraría el *client sérieux* del café, entre los cuales, a modo de ejemplo, se contarían Verlaine y Villiers de L'Isle Adam. Ésta es su definición del cliente asiduo: "es el insaciable, el incansable, el que no tiene más hogar que la taberna, el que no vive sino para ser el rey de copas".[1476] Añadirá Carrillo, que esta filosofía de vida es continuada hasta el final de los días del cliente fiel: "Por lo general el cliente serio muere entre dos copas, una tarde en que sus amigos acaban de decirle: -¡Hasta mañana!".[1477] Llega nuestro cronista a materializar a la muerte como la última compañera de copas, diciendo de ella que, disfrazada de antiguo cliente, entraría en el café para escoger a su próximo compañero de viaje,[1478] dejando evidencias de su paso por el lugar: "Al día siguiente, los que saben ver, descubren una cruz en la mesita vacía",[1479] pues tan solo la muerte es capaz de impedir la religiosa visita al café de los *clients sérieux*, según afirma Carrillo.[1480]

Pero la muerte no borraría la huella del paso de personajes ilustres por los cafés, pues éstos, pasan a convertirse en especies de museos o de capillas, pues dice Carrillo: "Uno tras otro los poetas se van. Los cafés guardan sus recuerdos como reliquias",[1481] aunque afirme también que esta visión cercana al museo, en otros establecimientos, podría tornarse más próxima a la idea de un cementerio: "así, para los iniciados, hay lugares como el François Premier que producen la impresión de un camposanto.

[1475] Id., p. 46
[1476] *Ibid.*
[1477] Id., p. 49.
[1478] *Ibid.*
[1479] *Ibid.*
[1480] Id., p. 50.
[1481] *Ibid.*

Las tablas de mármol de las mesas son como lápidas en cuyas pulidas superficies se leen epitafios ingeniosos o tiernos".[1482]

Una vez sumergidos en la vida y obra de Gómez Carrillo no tendremos dudas en afirmar que el café era, para nuestro autor, como para cualquier bohemio de pro como él, su hábitat natural, pues él mismo afirma, incluirse entre ellos: "los que hemos vivido años y años en los cafés del Barrio Latino".[1483]

7.2.2. EL Barrio Latino

El Barrio latino, en el primer momento de su llegada a París procedente de Guatemala, también fue decepcionante para el joven Carrillo, el cual esperaba hallar un barrio lleno de imágenes de color, barullo, música, risas, alegría y despreocupación, arte y bondad. Seguramente nada le habría sido más grato que aterrizar en el barrio latino representado por Renoir en *El baile del Moulin de la Galette.* Sin embargo, la realidad con la que se topó fue muy diferente, en aquellos primeros días rodeado de compatriotas estudiantes de medicina, en absoluto partidarios de lo bohemio, con ideas pequeño burguesas en mentes incapaces de imaginación, insípidos e ignorantes de todo gusto por la diversión propios de sus años juveniles. El café que frecuentaban, como ya hemos dicho anteriormente, en nada cumplía con las expectativas bohemias de Enrique, quien así hace saber sus sentimientos decepcionados a sus compañeros de pensión en el barrio latino:

> -Si esto es París, si esto es el Barrio Latino –les decía-, los libros me han engañado. Yo no veo sino aburrimiento, pedanterías, miserias ambiciosas, sordidez pretenciosa, egoísmo pequeño… El sólo modo de pagar que tienen ustedes en el café, siempre cada uno lo suyo, sin ofrecerse jamás nada los unos a los otros, metodizando la avaricia, y ese otro modo de sacar un cigarrillo, uno solo, y de encenderlo sin pensar en los demás, me parece monstruoso. No he visto aún una escena alegre, no he oído

[1482] *Ibid.*
[1483] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 124.

> aún una risa loca en tales asambleas. Todos ustedes parecen viejos…[1484]

Nuevamente será Alice el perfecto cicerone para descubrir el verdadero barrio latino cual las imaginaciones bohemias deseaban concebirlo. Mientras paseaba en silencio, a solas con Alice, vagando sin rumbo, por el simple placer de pasear y pasar el tiempo compartido con una joven deliciosamente parisina, Carrillo verá materializarse ante sus ojos incrédulos las calles del barrio latino tal cual existían en su mente. Confiesa Carrillo: "Todo me encantaba y todo me sorprendía en aquel paraíso del Barrio Latino, en el cual no había estado nunca". [1485] Y su imaginación seguía volando para ver escenas pasadas que habrían acontecido en el pasado bohemio del barrio: "Vagamente adivinaba que sus boscajes floridos, sus senderos armoniosos, sus amplias terrazas, habían servido, antaño, de marco a escenas patéticas y galantes".[1486] Finalizado el paseo con Alice, Enrique proseguiría vagando deliciosamente, en un afán de prolongar los instantes mágicos por las calles finalmente bien halladas, cuando empezaba a desesperar y a creer que había hecho mal en dar crédito a los libros que pregonaban la existencia y supervivencia de la bohemia montmartresa y parisina. El paseo solitario le llevó a encontrar el tesoro de los cafés bohemios, sintiéndose como en otro mundo, en otro universo, completamente distinto al vislumbrado hasta entonces:

> El Barrio Latino, aquella noche, parecióme cambiado. La convicción moral de que la bohemia no había muerto […] hacíame recobrar mis ilusiones literarias y mis esperanzas novelescas. Por primera vez atrevíme a penetrar solo en un café lleno de gente, lleno de risas, lleno de parejas galantes que no se recataban cual los *couples* austeros del Vachette. Yo no sabía a punto fijo dónde estaba, pues al dejar en la puerta de su casa a Garay y a Alice, habíame perdido en un laberinto de calles estrechas. Y por un fenómeno, para mi extraordinario, era justamente en la más sórdida, en la más oscura de aquellas calles donde se hallaba el café ruidoso.[1487]

[1484] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p.63.
[1485] Id., p. 82.
[1486] *Ibid.*
[1487] Id., p. 70.

La idiosincrasia de cada barrio parisiense, incluido el barrio Latino, será expuesta a nuestro cronista por su amigo el Doctor Garay quien desea hacer razonar a Enrique ante lo inadecuado de que una joven acceda a las habitaciones de los estudiantes varones, es decir, sobre lo que esta sencilla y natural acción concebida por Carrillo, que Alice suba a las habitaciones de los jóvenes con los cuales va a salir en lugar de esperarlos abajo, en la puerta, para una pensión apegada a la moral burguesa muy preocupada por las apariencias:

> -Tú estás loco…Una mujer joven y bonita en esta casa, sería un escándalo ¡Ah! Tú no conoces la moral austera y puritana de las pensiones de familia… Nuestros paisanos serían los primeros en velarse el rostro para no ver a esa imagen rubia de la tentación y del pecado… París es un museo de todas las existencias, de todas las mentalidades, de todas las virtudes y de todas las hipocresías. No hay más que dar un paso. Penetras en un barrio de frailes, de beatas, de clérigos y te crees en plena España claustral: es San Sulpicio…Luego continúas tu camino y en Montparnasse te encuentras con una cosmópolis artística en la cual se hablan todas las lenguas del mundo, se beben todos los licores del mundo y se fuman todos los tabacos del mundo… ¿Quieres, después, la atmósfera provincial, laboriosa, modesta, limpia de cuerpo y de alma, refrescante y calmante? Pues con llegar hasta llegar a Montrouge, basta… Aquí, en donde estamos, en esta venerable rue de Sommerard, donde de seguro vivió Royer Collard, nos hallamos en el centro de la vida estudiantil honesta, austera, acomodada, económica, sobria y misógina… La mujer; he ahí la enemiga… ¿Cómo diablos tuviste la idea de venir a esta casa, que es modelo de las pensiones para futuros catedráticos?...[1488]

Semejante conferencia dejaría helado el corazón y la mente libres de prejuicios del joven guatemalteco. Afortunadamente, descubriría que en París existían otros barrios libres de los odiosos e infundados prejuicios. Constatada la realidad de la pervivencia de la bohemia en un genuino barrio latino, el joven Carrillo se liberó de las cadenas de la mediocridad burguesa de sus amigos estudiantes médicos, doctores en sentido común, pero contrarios a beber la vida a grandes tragos, sin pensar en la posible resaca. Gómez Carrillo tomaría la decisión de vivir allí donde se encontrase en consonancia con su filosofía de vida. Por ello abandona la primera pensión en la que habitaban los serios futuros galenos, por otra

[1488] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p.75.

más de su agrado, embellecida por la cercanía de la sencilla presencia femenina parisina, encarnada en unas jóvenes costureras. De su nueva residencia destacará:

> Y en el Barrio Latino, en una fonda del bulevar Saint-Germain me quedé. Desde mi ventana, que daba a una callejuela gótica, de esas que ya no existen sino en las inmediaciones de Nuestra Señora, veía un taller de costureras que parecía una pajarera. Diez o doce muchachas vestidas como Mimí Pinson, con sus cofias blancas y sus delantales prendidos en el pecho, cosían cantando y charlando. […] Si no hubiera sido por mi timidez, […] habría podido entablar alegres charlas a través de la callejuela, más estrecha que un pasillo.[1489]

A modo de conclusión y con el objetivo de proclamar a los cuatro vientos el goce de vivir que sentía en aquel barrio, afirma Carrillo: "Todo me encantaba y todo me sorprendía en aquel paraíso del Barrio Latino, en el cual no había estado nunca".[1490]

En los pensamientos de Carrillo, los lugares amados suelen serlo, entre otras razones, por ir unidos a personajes apreciados. Esto sucede con sus recuerdos de Verlaine. En su artículo dedicado a la luctuosa noticia sobre la muerte del gran poeta, Carrillo recuerda la modesta morada del poeta en el Barrio Latino. Escribe Carrillo: "Paul Verlaine murió hace pocos días, no en el hospital como han de suponerlo algunos de sus admiradores españoles, sino en su casita del Barrio Latino, muy modesta, muy limpia, muy burguesa".[1491]

La imagen de Oscar Wilde está, en la mente de Carrillo, ligada a los cafés del Barrio latino. Lo expresará para contraponer las evocaciones que le provocaba la figura del amigo, según estuviese vestido de manera informal en su habitación, o ya cuidadosamente arreglado para figurar en público, dada la seriedad con que Wilde tomaba las cuestiones de su aspecto exterior. Asociará Carrillo la imagen del amigo congelada en su retina, con aspectos pictóricos diciendo: "cuando, trajeado ya con esa cuidadosa "tenue" de los ingleses, le encuentro en cualquier café literario

[1489] Id., p. 90.
[1490] Id., p. 82.
[1491] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 183.

del barrio latino, su talle gigantesco me trae a la memoria un viejo retrato de Tourguénief".[1492]

La vivienda de un crítico admirado en París, Emile Faguet, se encontraba en este barrio, como se encarga de resaltar nuestro cronista, citando el lugar donde escuchara las doctas palabras del excelso y admirado crítico: "En su modesto gabinete de estudio, allá muy arriba, muy arriba, en un quinto piso del barrio latino, el maestro me decía: […]"[1493] Reseñará Carrillo lo aséptico de este crítico quien se fijaba exclusivamente en la obra, obviando al autor. Carrillo le testimoniará su agradecimiento, al considerarlo el artífice del éxito que supondría para nuestro autor su obra *El Alma japonesa,*[1494] comentado por Faguet.[1495]

No obstante, el Barrio Latino aparecerá bajo luces sombrías en la obra de Gómez Carrillo *Sensaciones de París y de Madrid*. Hablará de él en tonos melancólicos, desdibujados por el recuerdo de lo que fue, pero que ya no existe, pues dirá Carrillo que lo que el Barrio Latino fue, dejó de serlo bajo el peso de un nuevo lujo cosmopolita, representativo de cien ciudades y de ninguna, y que, aún, estando en el mismo lugar, no quedaría de él sino eso, el emplazamiento, habiendo sido expoliada su bohemia y fantasía por las nuevas olas que Carrillo unifica bajo el apelativo de rastacuerismo.[1496] Conjugará el presente y el pasado del mítico barrio en las siguientes palabras:

> Allí está el barrio latino, siempre muy lejos, siempre del otro lado del río, siempre poblado de estudiantes que ríen a carcajadas y de muchachas que sonríen discretamente. Pero ahora los chicos no se llaman Marcelos o Rodolfos, ni fuman pipas, ni llevan boinas de terciopelo, sino que son hijos de generales chilenos o de banqueros turcos y van de levita, y no salen sino los sábados, y hacen economías. También las chicas han cambiado, y en vez de ser las Mimís y las Phémis de antaño son Blancas de Nevers o duquesas de Roncesvalles.[1497]

[1492] Id., p. 150.
[1493] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 211.
[1494] Gómez Carrillo, E., *El Alma Japonesa*, París, Garnier Frères, 1907.
[1495] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 214.
[1496] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., pp. 6-7.
[1497] Id., p. 6.

Las evidentes notas estridentes de rastacuerismo, entendido como ostentación de lujo en los nuevos ricos, que Carrillo apunta como el germen de la grave enfermedad contraída por el barrio Latino, las diagnosticará nuestro cronista en todos los órganos vitales del cuerpo invadido: en las tabernas decoradas al estilo de teatros de ciudades norteamericanas, en las nuevas alamedas del Jardín de Luxemburgo, en la igualmente nueva fábrica de la Sorbona, en las almas de los estudiantes y en las costumbres que habrían evolucionado a partir de la primigenia y genuina bohemia que el guatemalteco pudo conocer a su desembarco en la Ciudad Luz.[1498]

Utilizará Carrillo el procedimiento de la enumeración de ausencias en su amado barrio Latino, con el objetivo de dejar patente lo que en aquel enclave, ya alejado en el tiempo, fue ley. Ley que, por desgracia, pareció ser derogada por el inclemente paso del tiempo y la llegada de nuevas tendencias juveniles, distantes de la *nonchalance* propia de la juventud. Así pues enumerará la desaparición de los paseantes despreocupados sin rastro de prisas, deteniéndose para saludar, presididos por el buen humor, con las manos en los bolsillos, y sin la bella locura de poner un poco de color floral en las solapas de las levitas.[1499]

El Barrio Latino detentaría, asimismo, ciertos tintes esotéricos, pues Carrillo lo consideraría un lugar mágico de producción de milagros. Lo extraordinario que no se produciría en ninguna otra parte del universo, allí serían situaciones habituales. Lo refiere Carrillo respecto a cuestiones de arte, arte incomprendido en otras regiones, en otros países, que será adoptado y encumbrado en el barrio mítico. Hablará Carrillo de artistas triunfadores en París, a pesar de lo extravagante de sus ideas primigenias, y de cómo, el no haber estado en este parisino lugar de especial sensibilidad artística, podría tener como resultado la frustración lejana de lo que en París, hubiera sido triunfo y reconocimiento. Apuntará el caso de un pobre pintor desaparecido en el intento de plasmar en el lienzo la esencia etérea del suspiro: “Aquel era un pobre artista sin fama, y no vivía en París, sino

[1498] Id., p. 7.
[1499] Id., p. 6.

en un pueblo de Cataluña. Por eso la gente lo llamaba loco. En el Barrio Latino la locura ya no existe".[1500]

Tratando el tema de la existencia contemporánea de la bohemia difundida por la obra de Murger, Carrillo aludirá constantemente al Barrio Latino, en tanto que sede prioritaria del nacimiento y crecimiento de esa actitud filosófica frente a la vida que sería la bohemia. Ante el debate de si la bohemia murió con la desaparición de los jóvenes melenudos, inconscientemente subyugados por el arte, Carrillo será tajante en su defensa de que la bohemia sigue estando presente aunque el aspecto exterior de sus adeptos se haya adecuado a los nuevos tiempos, opinión que hace extensiva a otros órdenes de la vida: "En el Barrio Latino, como fuera del Barrio Latino y en literatura como en lo demás, lo único que ha cambiado es el traje".[1501]

No obstante, este barrio no representará exclusivamente lo artístico o lo bohemio. En él sitúa Carrillo, de igual forma, el nacimiento de publicaciones informativas y primeros pasos de franceses ilustres: "Clemenceau recordaba sus primeras luchas periodísticas, allá en el Barrio Latino, en la época en que más fuerte parecía el imperio. Uno de sus compañeros de Universidad, German Casse, había fundado una revista semanal titulada *El Trabajo*".[1502]

7.2.3 Montmartre

El conocimiento de Gómez Carrillo en cuanto a lugares emblemáticos del París bohemio y artístico de entre siglos será total, como se demuestra en cuanto que se erige en experto a la hora de explicar en una de sus obras la *gestación* del mítico barrio de Montmartre. Lo hará al dedicar una larga crónica al personaje, que según afirma nuestro cronista, habría sido el promotor de lo que se convertiría en uno de los barrios emblemáticos del

[1500] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 80.
[1501] Id., p. 206.
[1502] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., p. 207.

vieux Paris. Introducirá Carrillo la situación propicia para el nacimiento de Montmartre en la decadencia que habría sufrido el Barrio Latino, desvirtuado por el paso del tiempo y la modernización que le robó su esencia bohemia y parisina, transformándolo en una mezcla imposible de ostentación caótica realizada con retazos de diversas ciudades cosmopolitas.[1503] Ante esta estampa de desvirtuación que habría tenido como efecto colateral la desaparición de la vida bohemia y nocturna, alegre y soñadora, presentará Carrillo al hacedor del milagro al hallar un nuevo emplazamiento en el que floreciera de nuevo este tipo de vida: "Un aprendiz de pintor llamado Rodolfo Salis resolvió el problema descubriendo el territorio propicio para edificar el santuario del arte frívolo. Roberto Salis descubrió Montmartre".[1504] Tras la presentación del autor, Carrillo procederá a recrear la historia del antes y el después de la maravillosa creación: "Hace cincuenta años Montmarte era un suburbio lejano. Hoy Montmartre es el barrio más parisiense de París".[1505] Elevará al máximo las virtudes de este lugar sagrado para los bohemios el cronista guatemalteco diciendo:

> […] ser montmartrés es más que ser parisiense. Los Montmartreses ven a los parisienses como los parisienses ven a los provincianos. En París hay veinte teatros; en Montmartre hay ciento. Los teatros de París hacen dormir; los de Montmartre quitan el sueño.[1506]

Aludirá directamente a los habitantes del típico barrio ensalzando sus características intrínsecas, de entre las cuales destaca el orgullo, bien representado en sus frases cotidianas, las cuales Carrillo reproduce como sigue:

> Los montmartreses son más orgullosos y aseguran que "el que no vive en Montmarte, no vive". Lo más humilde que tienen los montmartreses es su canto popular que principia diciendo:
>
> "Montmartre es la mitad del mundo,

[1503] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., pp. 6-7.
[1504] Id., p. 7.
[1505] *Ibid.*
[1506] *Ibid.*

Y París es la otra mitad".[1507]

A los habitantes de este barrio tan artístico y tan bohemio, concederá Gómez Carrillo la característica de una gran fuerza, pues serán capaces de acabar con viejas costumbres y proclamar otras totalmente novedosas. Dirá nuestro cronista, con motivo de la elección en París del más grande representante del ámbito de la crítica,[1508] título que recaería en el crítico francés Émile Faguet: "En otro tiempo, los dominios literarios con cetro eran dos: el del verso y el de la prosa. De pronto, los habitantes de Montmartre decidieron rebelarse contra la unidad poética y probaron, […], que la canción representa un dominio aparte".[1509] Acto seguido, fue nombrado un príncipe de esta modalidad.

A la figura del dueño del emblemático café montmartrés *Le Chat Noir*, Rodolfo Salis, asociará Carrillo la de un poeta, quien combinaría sus esfuerzos con Salis, con el objetivo de elevar aquel simple café al parnaso de artistas en el que se convirtió, en un intento de hacer justicia a aquel que concentró al mundo artístico en Montmartre: "la mayor gloria de Goudeau, como bohemio, es su labor montmartresa",[1510] dirá Carrillo, y añadirá además: "Goudeau merece una estatua como fundador del Montmartre artístico y funambulesco",[1511] puesto que Salis organizaba las fiestas mientras que Goudeau reclutaba a los poetas en torno suyo propiciando que lo poético reinase en el ambiente.[1512]

Años después, cuando volviera la vista atrás, ya como gran conocedor de todos los misterios y resquicios de aquel barrio mítico, al igual que otros barrios igualmente representativos de lo típicamente parisino y de lo bohemio, verá en él un microuniverso especial que detentaría incluso sus propias formas de vestir. Las muchachas de aquella época, a las cuales recuerda con ternura, se convertirán en figuras escapadas de cuadros de Botticelli, por sus ropajes, peinados y adornos:

[1507] Id., p. 8.
[1508] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., pp. 208-221.
[1509] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 208.
[1510] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 51.
[1511] Id., p. 52.
[1512] Id., pp. 51-52.

> En aquella época, en efecto, las mujeres se vestían y se peinaban como la Primavera. No había griseta del Barrio Latino ni modelo de Montparnasse, ni una bailadora de Montmartre, que no ostentara una cabecita de madona con *bandeaux* que le cubrían las orejas, con ojeras muy azules en un rostro muy pálido, con una sonrisa ingenua ya grave. ¡Y los trajes, Dios mío, aquellas largas túnicas floreadas, que ceñían el pecho y luego caían, flotantes, hasta los pies…! […] Pero veinticinco años ha, el boticellismo era obligatorio y no inspiraba burlas sino a los burgueses.[1513]

Montmartre aparecerá como un sustrato siempre presente en la vida de Carrillo. Hasta los pequeños detalles que guardan alguna relación con este barrio bohemio y artístico son sumamente caros para el cronista, adquiriendo significados profundos y valores sentimentales incalculables. Dan fe de ello las palabras que dirige a su esposa, cuando ésta le cierra la puerta del dormitorio, en respuesta ante el sinfín de noches que el escritor regresaba tarde a casa. Él le espeta, según ella: "Es la primera vez que una mujer me cierra la puerta de su dormitorio, y para que esto sucediera tenía que ser con mi mujer propia. No quiero dormir en otra cama porque ésta es la mía, la misma que he tenido en Montmartre".[1514]

El citado barrio se convierte para cualquier visitante de París, en lugar de inexcusable visita. Uno de los amigos de Carrillo, Pedro Emilio Coll,[1515] al visitar a su amigo Enrique en París, quien realizará para él la función de cicerone, renunciará a sus costumbres poco trasnochadoras con tal de experimentar las sensaciones únicas que Montmartre ofrece. El resultado de las citadas experiencias que el barrio propiciaría en este amigo, las contará Carrillo: "a pesar de sus hábitos casañeros se decide a esperar a que sean las dos de la madrugada para visitar las tabernas artísticas y los prostíbulos del amor libre".[1516] La velada junto a Coll en Montmartre es relatada por Carrillo con detalle de espectáculos y de ambiente:

> […] pasamos la noche en Montmartre, oyendo a Montoya el cantor-poeta, a Privas el poeta-cantor, a Rictus el amable y genial anarquista…Pasamos la noche sin sentirlo, entre artistas y chicas

[1513] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 141.
[1514] Cáceres, A., *op. cit*., p. 193
[1515] Pedro Emilio Coll (1872-1947) ensayista y periodista venezolano que contribuyó a la incorporación del modernismo en la literatura venezolana.
[1516] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., p. 51.

> peinadas cual las vírgenes de Botticelli, eterómanas o alcohólicas, pálidas, lívidas, con ojos de brasa y labios artificialmente ensangrentados.[1517]

La incidencia en el neófito de la vida descocada y noctámbula será contradictoria, según rememora Carrillo:

> Coll tiembla. Esa vida de luz, de calor, de nervosidad, de histerismo –vida que principia a media noche y acaba al amanecer- esa vida de alucinación, de disputas, de besos malditos, de mordiscos, le causa una impresión de espanto y le atrae cual el abismo…[1518]

Las líneas anteriores fueron escritas un miércoles. El viernes siguiente volverá a escribir Carrillo ideas que demuestran su adicción al barrio de la bohemia parisina, donde todos los placeres tendrían cabida: "De nuevo en Montmartre…Hoy como ayer, ayer como mañana y siempre igual…".[1519] Tras las palabras del viernes, el sábado escribirá: "El polemista Ibels me ha traído al Café de las Artes con objeto de presentarme a Privas, el épico cancionero de Montmartre".[1520] Y tras este comienzo, describirá la sala y las mujeres que la frecuentan para llegar a la figura del artista en cuestión y de su arte ante un público entregado.[1521]

El amor incondicional que Carrillo sintió, demostró y cantó a los cuatro vientos por el barrio de Montmartre, se vería recompensado por aquellos que, al admirar y juzgar sus escritos, lo consideraron, a modo de halago y homenaje, tan parisino como el que más, tan montmartrés como el mejor de los bohemios. El mismo Carrillo reproduce en uno de sus artículos los elogios que en este sentido recibe en tanto que autor de novelas ambientadas en París y en Montmartre, las cuales habrían sido originalmente publicadas en el *Mercure de France*.[1522]

Añadir que, una de sus novelas, titulada *Maravillas*, se ambienta y se desarrolla en el idolatrado entorno que constituía para Gómez Carrillo, la colina de Montmartre.

[1517] Id., pp. 52-53.
[1518] Id., p. 53.
[1519] *Ibid.*
[1520] Id., p. 54.
[1521] Id., pp. 54-57.
[1522] Id., pp. 310-311.

Que Montmartre era también conocido como *la colina* por excelencia, queda patente en la obra de Carrillo. Así figurará en el recuerdo de la dedicatoria de un dibujo ofrecido por el pintor Willette, a quien conociera en Montmartre, mientras trataba de terminar en su taller los últimos detalles de la cabalgata que anualmente se celebraba. Rememorará Carrillo este viejo souvenir: "Aquí tengo aún, entre las estampas de mi "museo", un dibujo suyo con una dedicatoria datada "*en la colina, a las doce de la noche, el 12 de marzo de 1896*"".[1523]

En el transcurso de estancias prolongadas fuera de París, el regreso al hogar es una de las grandes sensaciones procuradas por el propio viaje. La vista de algún detalle característico del París amado enciende el deseo del viajero sensible ante la inminencia del reencuentro. Esta es la idea que Carrillo expone en las siguientes líneas, en las que la visión de la silueta de Montmartre, en la lejanía, desde su asiento en el tren, hace latir con fuerza el corazón del enamorado de lo parisino y de lo montmartrés:

> […] confieso que, a pesar de que los países desconocidos me atraen con fascinaciones irresistibles, al fin de cada viaje, un delicioso sentimiento de tranquila alegría apodérase de mi alma. En cuanto veo desde la ventanilla del expreso las cúpulas de Nuestra Señora de Montmartre, mi corazón palpita con júbilo infantil. "París –murmuro-, París…París".[1524]

En Montmartre, en tanto que espacio mágico donde todo es posible y realizable, donde todos los seres libres de prejuicios se darían cita, camparán a sus anchas las adivinadoras del porvenir, muy en boga en la época según señala nuestro cronista: "en Montmartre, en el centro del amor y de los amores, de todos los amores, la quiromancia florece como una planta indígena".[1525] En sus cafés, a la puesta del sol, las adivinadoras concentrarían allí su campo de operaciones, según reseña Gómez Carrillo: "En los cafés nocturnos, a la hora en la que las pupilas comienzan a dilatarse extrañamente, las enigmáticas señoras veladas, suelen acercarse a

[1523] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 102.
[1524] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 33.
[1525] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., p. 7.

las mesas de mármol para ofrecer sus servicios a las que tienen inquietudes y esperanzas".[1526]

Un edificio emblemático de Montmartre sería el *Moulin Rouge*, famoso cabaret, sala de espectáculos, baile público, que habría sobrevivido hasta nuestros días. Gómez Carrillo, amante de los lugares públicos en los que fuera palpable la pasión y la alegría por la vida, valoraba entrañablemente este lugar destacado entre los bailes públicos parisinos, de tal modo que a ambos, a los bailes en general y al *Moulin Rouge* en particular consagrará una crónica.[1527] Destacará nuestro cronista la sencillez que reinaría en este ambiente en el que ningún asistente podría sentirse fuera de lugar: "Entrad de repente en el Molino Rojo de París. ¿Sois rubios o morenos, pobres o ricos, ingleses o españoles? Poco importa…Todos los que están allí os considerarán desde luego como amigos. ¿Queréis bailar? Todas las muchachas os servirán de pareja",[1528] además de encontrar en aquel lugar el bálsamo contra la tristeza, experimentado por el propio Carrillo:

> Anoche mismo el Molino Rojo fue para mí el refugio supremo. Estaba yo triste en casa y en el bulevar me sentía solo. A lo lejos, las alas encarnadas, las alas inmensas, las alas de luz, daban vuelta entre la bruma cual brazos gigantescos de bailadora simbólica… Y así […], yo llevé a mi alma, mi pobre alma melancólica, al jardín de las sonrisas.[1529]

Los molinos de Montmartre, siluetas que en otras latitudes para Don Quijote aparecieran bajo formas amenazadoras, a los ojos de Carrillo serían brazos afectuosos que invitaran a cobijarse en su regazo y deleitarse en el placer de sentirse abrazado y mecido por la música, tranquilizado en medio de la alegría.

Esta zona parisina concentraría la esencia artística de París. Y es, para Carrillo un reducto de vida plena, pues aconseja su visita al que necesite descubrir en París, dulces impresiones beatíficas: "Subid hacia Montmarte

[1526] *Ibid.*
[1527] Gómez Carrillo, E. "Los bailes parisienses y el Moulin Rouge" en *El libro de las mujeres,* ed. cit., pp. 243-247.
[1528] Id., p. 244.
[1529] Id., p. 245.

una tarde de otoño y experimentaréis las más dulces impresiones provincianas con un intenso deseo de vivir dulcemente, ni envidiados, ni envidiosos…".[1530]

El recuerdo de Montmartre, para Gómez Carrillo, se halla ligado al de numerosas personalidades parisinas de la época, las cuales vivían allí o frecuentaban el barrio mítico del arte y la bohemia. Así sucede con Jules Bois, autor de *El satanismo y la magia*, del cual escribe el cronista: "Para verle de nuevo tal como me apareció hace tiempo en su casita de Montmartre no tengo más que cerrar los ojos. La ilusión es completa. Allí está, recostado en una inmensa butaca antigua, hablándome lentamente".[1531]

En alguna ocasión, aunque mínima, este barrio será citado por motivos diferentes a la diversión, a lo artístico, a los cafés o a las mujeres de vida libre. Así sucede en un pasaje en el que, en el citado barrio de Motmartre se producen hechos sangrientos. Relatará Carrillo: "A medida que la fecha del proceso de Rennes se aproxima, los ánimos parecen exacerbarse más cada día. Ayer una lucha entre militares y paisanos ensangrentó la terraza de un café de Montmartre".[1532]

Este barrio contará con su propia musa, con su propia ninfa. Se tratará de una bailarina a la que Carrillo consagrará varias de sus páginas de prosa poética, titulándolas "Gaby, la ninfa de Montmartre".[1533] Allí localizará nuestro autor el hábitat natural de tan ilustre bailarina:

> Si hubiera que buscarla un santuario, una fe, una diosa, sería necesario recurrir al paganismo; pero no al de las impasibles columnatas antiguas, sino al de las "charmilles" de aquel delicioso Montmartre que supo vestir a Venus con ricos trajes de Paquin y dar a Adonis una mueca finamente irónica bajo un sombrero de copa.[1534]

[1530] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa,* ed. cit., p. 13.
[1531] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., p. 208.
[1532] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 292.
[1533] Gómez Carrillo, E., "Gaby, la ninfa de Montmartre" en *El libro de las mujeres,* ed. cit., pp. 48-52.
[1534] Id., p. 50.

7.2.4. Los almacenes del Louvre

Lugar de empleo de la novia de su amigo, Alice, Carrillo descubre estos grandes almacenes parisinos junto al novio de ésta, el estudiante de medicina, Doctor Garay. Entrarán en el citado establecimiento comercial con el fin de adquirir un perfume y recoger a Alice para posteriormente ir a cenar con el decepcionado Enrique, a quien este amigo pretendía con esta velada alegrar las grises impresiones del recién llegado.

Los almacenes, o para ser más exactos, sus dependientas, se revelan para Carrillo como la concentración de las esencias del París divinizado, lo genuinamente parisino, mezcla de glamour y voluptuosidad, que antes de penetrar en este gran mercado, no había encontrado en ningún otro rincón de París. Incluso los califica, en su opinión, como más parisinos que monumentos emblemáticos de la capital francesa como el Louvre, los Inválidos o Notre Dame. El París variopinto y caleidoscópico conformado por aquellas jóvenes vendedoras cobra las dimensiones de un Olimpo de diosas terrenales, es un París divino para un joven Gómez Carrillo, sediento de espíritu parisino:

> El espectáculo de aquel inmenso alcázar de elegancias y esplendores, poblado de princesas de ensueño, causóme la primera impresión profunda de París. Yo había visto ya Nuestra Señora, los Inválidos, la Ópera, la Plaza de la Concordia… Y todo me había parecido muy grande, muy bello; pero sin nada de "parisiense" en el sentido que yo daba a esta palabra. El Louvre, en cambio, era la súbita revelación de un París ligero, voluptuoso, froufroutante, oloroso a polvos de arroz, risueño, murmurador, coqueto, refinado, con los párpados algo azulados por las malas noches, con gracias menudas y exquisitas, con un aire de voluptuosidad que me embriagó en el acto. ¿Cuántas mujeres deliciosas vi ahí aquella tarde? No lo sé. Lo que si sé es que me parecieron millares y millares, y que en todas descubrí algo de extraordinario, algo que aún no había encontrado en las parroquianas del Vachette, ni en las peripatéticas del bulevar San Miguel, ni en las soñadoras del jardín de Luxemburgo. Era París, que comenzaba a aparecer ante mí… Era el divino París…[1535]

[1535] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 65.

7.2.5. Las Calles

"Many writers for whom the image of the city is important have been urban journalist and dedicated *flâneurs* saunterers through the street of real cities who have paid careful attention to their impressions",[1536] afirma Pike en lo que consideramos la definición del personaje de Gómez Carrillo, periodista aclimatado a las calles de París, en donde pasearía con amor en busca de la inspiración que encontraría en su feliz deambular por las vías parisienses, en cualquiera de los rincones bohemios de la ciudad. Ellas ocuparán un papel destacado en muchas de sus crónicas donde Carrillo les testimoniará su afecto.

Amante de la vida en libertad, de los espacios abiertos, ya sea en soledad o compañía, Carrillo gustaba de recorrer las calles parisienses, los bulevares, las callejuelas,…, respirando los detalles grandes o pequeños de la vida parisina, detalles que no hubiera podido apreciar encerrado entre las cuatro paredes de su morada, donde no permanecía mucho tiempo, prefiriendo la imagen de belleza fresca que de la ciudad le brindaban las calles y sus lugares públicos, abiertos a la vida de la gran urbe.

Los exteriores juegan un papel fundamental en la obra de Carrillo. Las calles de París son la libertad, y el pasear por ellas se asemeja al placer de la degustación profunda y sin prisas del más delicioso manjar. Gómez Carrillo se complacía en pasear las calles parisinas, como para, en un intento de suspenderse en el tiempo o intentar dilatarlo, dejar a su corazón en plena libertad para experimentar las sensaciones más profundas. Así sucede una de las noches durante los primeros días que pasara en la capital gala, al regresar a casa tras acompañar a una Alice que le ha confesado preferirlo a él antes que al hasta entonces era su novio y amigo de Enrique, éste se siente confuso. Describe así Carrillo las calles parisinas por las que transitaba de regreso a casa, sumergido en meditaciones transcendentales, íntimamente orgulloso de la conquista realizada involuntariamente en la persona de la encantadora parisina Alice:

[1536] Pike, B., *op. cit.*, p. 10.

> París estaba desierto. No había ni un murmullo en el aire. Al fin volví hacia mi casa, y al llegar al puente Saint-Michel y ver, en el fondo, la masa negra de Nuestra Señora, experimenté una sensación desconocida de placer y de angustia: algo que me hacía comprender confusamente que aquella noche era para mi la primera de mi iniciación en los misterios de la bohemia.[1537]

En los momentos difíciles, Carrillo pasea por las calles amadas, como si este recorrer lugares adorados ejerciera de calmante o sedante, como en otras ocasiones hiciera el ajenjo. Esto sucede cuando el doctor Garay, hundido por el abandono de su novia y lo que él entiende como traición de su amigo Gómez Carrillo, intenta suicidarse, más sin éxito, siendo conducido al hospital, desde donde todas las miradas apuntan hacia un Carrillo considerado como el detonante y el culpable de semejante suceso. Mientras tanto, Alice y él, en un intento de evadirse de lo sucedido, recorren sin rumbo las recónditas calles de las zonas más parisinas: "¿Qué hicimos el resto de aquel día? No lo sé. Vagamos por los jardines, cogidos de las manos; nos paseamos por las viejas calles del barrio de Notre Dame, dándonos el brazo estrechamente, nos perdimos muchas veces".[1538]

Las calles de París llegan a convertirse en inagotables proveedoras de sensaciones para Carrillo y su acompañante Alice. Por ellas anduvieron frenéticos los jóvenes amantes, Alice y Enrique realizando una búsqueda un tanto peculiar. Se trataba de una cacería de personalidades. Cuenta Carrillo en sus memorias, que era tal su avidez de conocer, de ver siquiera a aquellos dioses literarios, a aquellos monstruos de la pluma, que una de sus aficiones diarias en París era salir a recorrer las calles para forzar a la casualidad y tropezarse con alguno de los autores consagrados a los que admiraba. Con este objetivo recorría Gómez Carrillo, a veces acompañado de Alice, las calles, plazas y parques de París: "Sólo pensaba en mi manía de descubridor de genios. Y vanidoso, estaba seguro de que los reconocería a todos, desde Dumas hijo, el enorme, hasta el lívido Rollinat, y desde el odioso Emilio Zola hasta el divino Pierre Loti…".[1539]

[1537] Id., p. 74.
[1538] Id., p. 125.
[1539] Id., p. 166.

En su última noche en París, antes de salir hacia Madrid, mientras que su compañera Alice preparaba la maleta, Carrillo se siente feliz de sufrir en soledad la amarga despedida de aquello que, en la desesperación propia de un carácter extremo, joven, e inexperto, pensaba abordonar eternamente. En el adiós entre Carrillo y París, en este idilio cortado de raíz apenas había nacido, las callejuelas parisinas toman de nuevo el papel protagonista. Como al principio del descubrimiento, pero ahora embargado por el dolor, Carrillo vuelve a recorrer las pequeñas calles estrechas, angostas, casi desconocidas, enumerándolas, una tras otra, sin querer olvidar ninguna, cada una con su encanto original, con sus evocaciones únicas de intrigas novelescas, donde el pasado se hallaba anclado y la pena se hacía visible para Gómez Carrillo. Los colores que pintaban aquellas calles en la noche fatídica no pueden ser más fríos, tan fríos como estaría el corazón lacerado de Enrique, para quien la separación de París se le antojaba lo más parecido a la muerte, o al menos es la sensación que le transmiten las calles, la de estar sumidas en una oscuridad sinónimo de muerte. Este es el relato del recorrido de la lánguida despedida en el que las calles parisinas fueron testigo de sus lágrimas:

> Por última vez internéme en el laberinto de callejuelas oscuras, pasé por la rue de Fouarre, por la rue de San Julián el Pobre, por la rue de la Huchette, por la rue Serpente…Sumidas en una oscuridad casi absoluta, las vías medievales dormían un sueño muy parecido al de la muerte. De trecho en trecho veíase, en alguna ventana, un pálido reflejo de luz sepulcral. No se descubría por allí un ser humano, no se oía un murmullo. Alucinado, yo me imaginaba contemplar a Villon, envuelto en un manto, esperando junto a un postigo a la dama de sus pensamientos. En una esquina, a la puerta de una carbonería, una lámpara minúscula ardía a los pies de una virgen de piedra, en un nicho profundo. Instintivamente llevéme a los labios la señal de la cruz…Luego dije:"Madre de Dios, ten compasión de mi alma…" Luego caí de hinojos, con los párpados llenos de lágrimas, y suspiré, en el silencio de la noche, como un pobre ser abandonado…[1540]

Como más tarde hiciera Gómez Carrillo en sus viajes por tierras lejanas, en París, en sus últimas horas en la tierra amada, busca la ensoñación, lo fantástico, los paraísos perdidos, aunque sea en el tiempo.

[1540] Id., pp. 212-213.

Las calles son París, contienen su esencia, especialmente las calles poco transitadas, casi desconocidas para los propios parisinos. En un intento de evasión, de olvidar el destino fatal e ineludible que le esperaba, Gómez Carrillo recorre las calles del viejo París, rezumantes de historia y de aventuras, para dejar volar su imaginación y volver a ver a los fantasmas del pasado, tratando de captar como cobraban vida en aquellos rincones, figuras literarias y ciudadanos anónimos. Quizá para llevarse la imagen fresca de lo amado hacia el lugar del destierro, este revivir fantasmas en la madrugada del último adiós lo relata Carrillo de igual modo en sus memorias:

> […] yo iba a perderme en el laberinto de *ruelles* negras del antiguo, del venerable *quartier* San Severino. Evocando lecturas frescas, reconstruía con la imaginación la ciudad de la Edad Media y la poblaba de frailes, de curiales, de doctores, de juglares, de estudiantes, de poetas, de vírgenes locas de sus cuerpos, de damas veladas y de beatas. Mezclando las visiones de Notre Dame, tan románticas, tan sombrías, tan teatrales, a los datos pintorescos y precisos de la vida de maestre François Villon, formábame el más delicioso de los universos soñados. La rue de Fouarre hallábase a dos pasos de mi casa; y como yo sabía por las crónicas que eso había sido, en otro tiempo, la calle de las Escuelas, y también la calle de las hetairas modestas, o mejor dicho, de las grisetas medievales, complacíame en representármela llena de aventuras, de disputas y de canciones.[1541]

Las alusiones a las calles en general dejan paso al protagonismo de alguna calle en particular, es el caso de la Rue de la Paix, la cual aparece en las obras de Gómez Carrillo con bastante frecuencia, especialmente en las crónicas de viaje, como lugar representativo que alberga tiendas de ropa donde se visten las parisinas elegantes. Esta calle, en la obra de Carrillo, se convierte en sinónimo de moda parisina y de elegancia.

La *Rue de la Paix* se presentará de nuevo como sinónimo de lujo aludiendo a sus establecimientos de joyería en una crónica en la que Carrillo ensalza el arte de una bailarina, cuyos adornos inspiraban el sentimiento admirado de aquellos refinados joyeros. Aludiendo a los citados adornos de la danzarina describirá: “tienen tal brillo, y resultan tan

[1541] Id., p. 203.

raras sobre su seno desnudo, que ya los joyeros de la rue de la Paix comienzan a copiarlas".[1542]

La anterior calle parisina, la *rue de la Paix*, en tanto que centro de moda y elegancias, tendrá un destacado papel en la obra de Gómez Carrillo *La moda y Pierrot,*[1543] en la cual será citada en numerosas ocasiones. Ella sola, consideraría Carrillo, podría ofrecer una panorámica de la situación de la moda parisina: "Ahora asomémonos a la rue de la Paix para ver, como el diablo Cojuelo, por el techo, las diferencias de estilo que existen entre los clásicos de la moda".[1544] En el teatro, hará constatar Carrillo la influencia de la moda y de esta calle, pues los más elevados papeles, los más bellos mitos, exentos del toque de la moda, no verían garantizado su éxito: "Venus, sin un traje de la rue de la Paix, no nos seduce".[1545] Las maniquíes o modelos que habrían comenzado allí una brillante carrera serán admiradas después puesto que, gracias a la profesión desempeñada en la citada vía, culminarían contrayendo matrimonio con algún caballero de renombre: "La leyenda de las lindas muchachas de la rue de la Paix, que han abandonado el salón de *essayage* para instalarse en el salón de algún duque, es una de las leyendas más peculiares de París".[1546] Desde otro punto de vista, se constituirá en el deseado botín a conquistar por los diseñadores americanos, cuya influencia ya se dejaba sentir en la capital del Sena, pues dirá Carrillo: "-Todo esto –dicen los paisanos de Rockefeller- es ya nuestro. Ahora necesitamos la rue de la Paix para que nuestras modistas y nuestros joyeros impongan nuestro gusto a la vieja Europa".[1547]

Una de las vías más significativas de París fue, es y será sin duda, la avenida de los Campos Elíseos. Y lo que por ella discurra constituirá un elemento digno de análisis tras el que llegar a conclusiones interesantes. Es lo que hará nuestro cronista al notar los avances de las tendencias

[1542] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres,* ed. cit., p. 42.
[1543] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot,* ed. cit., pp. 7-151.
[1544] Id., p. 35.
[1545] Id., p. 38.
[1546] Id., p. 117.
[1547] Id., p. 121.

norteamericanas en el ámbito de la moda parisiense, a la cual cree amenaza, pues dirá de esta moda yanqui: "No hay más que ver su influencia, en los Campos Elíseos, en la avenida de la Ópera, en la rue Royale".[1548]

Los modernistas, en sus periplos por países lejanos, sueñan con sumergirse en la esencia del país visitado, distinta a todo lo conocido y diametralmente opuesta a su cotidianeidad, es decir, a lo europeo. Carrillo no fue una excepción en este aspecto, siendo numerosas las alusiones al desagradable desencanto que le producía el encontrar rastros o huellas de la modernización europea en las lejanas ciudades visitadas. Por ello, la ausencia de las mismas cosas que poblarían el propio país, causarían regocijo en nuestro cronista. Esta influencia europea aún lejana del ambiente egipcio, caracterizada bajo el símbolo de la moda en el vestido y la calle sinónimo de moda en París, hace felicitarse a Carrillo en los siguientes términos: "antes de que los trajes de la rue de la Paix y las novelas de Paul Bourget hayan llegado hasta Damasco, hasta Basora, hasta Bagdad, transcurrirá mucho tiempo".[1549]

Es lo que sucede cuando Carrillo descubre nuevamente la Rue de la Paix en Grecia.[1550] Las mujeres griegas que se visten a la moda europea y parisina tampoco resultan del agrado de Gómez Carrillo, que ve en este rasgo, más que el indiscutible acercamiento a las corrientes propias de los tiempos modernos, una desvirtuación de su maravillosa esencia helénica.[1551]

Esta calle emblemática del comercio y el lujo parisinos es seleccionada de nuevo por Carrillo, esta vez para hacerla palidecer ante el esplendor de las obras de arte en orfebrería del antiguo Egipto admiradas en el museo de El Cairo, cuya exposición, aunque tan sólo se tratase de un ejemplar, en esta afamada calle, ensombrecería la belleza característica de

[1548] *Ibid.*
[1549] Gómez Carrillo, E., *La sonrisa de la esfinge. Sensaciones de Egipto,* ed. cit., p. 118.
[1550] Gómez Carrillo, E., *La Grecia eterna*, ed. cit.
[1551] Id., p. 93.

las joyas parisinas que lucen en sus vitrinas.[1552] El procedimiento utilizado por Carrillo consistiría en cotejar lo contemplado en el país visitado con lo parisino considerado como el máximo exponente de todo, con la finalidad de resaltar la magnificencia de lo foráneo, de lo exótico, es utilizado en ocasiones por Carrillo en sus crónicas de viaje.[1553]

En su ambición de ofrecer a sus lectores trazas de la humanidad de las personalidades con las que mantuvo alguna relación o contacto literario, Carrillo, en sus entrevistas a escritores y artistas, esboza algunas pinceladas relativas a la zona, barrio o calle en la que viven, como si esto ayudara a aproximarse mejor al hombre que estaría tras el personaje afamado. Así lo hace Carrillo para referirse a Nordau, diciendo: "vive en París desde hace quince años. Vive en el barrio elegante de los pintores a la moda y de los grandes escultores, en la avenida de Villiers, entre Luque, el simpático dibujante español y Mounkasis, el célebre colorista austriaco".[1554]

El mismo procedimiento es utilizado por Carrillo a la hora de caracterizar la cercanía que existió con el gran poeta Verlaine. Aporta Carrillo los siguientes datos en apoyo de esta cercanía: "En el año 1893 la vecindad llegó a convertir nuestras relaciones en una verdadera e íntima amistad. Él vivía entonces en el hotel de Lisboa, en la rue Vaugirard, y yo, con Sawa y Le Cardonnel, en el hotel de Médicis, en la rue Monsieur-le-Prince".[1555]

El barrio donde se encontraría el domicilio de Jean Lorrain es descrito también por Carrillo, a modo de introducción, al artículo fruto de la entrevista que realizara al insigne personaje. Aproximará Carrillo al lector al ambiente que caracteriza la ubicación del citado domicilio, en una

[1552] Gómez Carrillo, E., *La sonrisa de la esfinge. Sensaciones de Egipto,* ed cit., p. 228.
[1553] No se trata de un procedimiento exclusivo en Gómez Carrillo. Otros escritores viajeros lo han utilizado igualemente, como sería el caso de Pierre Loti, comparando edificaciones europeas y japonesas en su obra consagrada a Japón, donde afirma: "Ce peuple qui bâtit avec du bronze, d'ivoire et de la laque d'or, quelle impression de barbarie doit-il recevoir de nos monuments, à nous, en simple pierre; plus grands que les leurs, il est vrai, mais d'un aspect si rude et d'une teinte grise, composée au hasard par la poussière et les fumées". Loti, P., *Japoneries d'automne*, París, Kailash, 2005, p. 106.
[1554] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 246.
[1555] Id., p. 185.

especie de señal hacia la existencia de una sincronización entre el espacio que rodea la morada del escritor y su rango como persona y como literato:

> Muy lejos del bulevard, en uno de esos rincones llenos de árboles que más bien parecen suburbios de provincia que barrios parisienses, entre las fortificaciones y el parque de Auteuil, vive Jean Lorrain, el más aristocrático de los poetas, el más raro de los cuentistas, el mas delicado de los *chroniqueurs*.[1556]

La calle donde estaba el domicilio de Alphonse Daudet, aparecerá cuando nuestro cronista recuerde la primera visita que hiciera al gran literato, en una crónica escrita a poco de morir el autor de *Lettres de mon moulin*: "El gran novelista me recibió en su despacho de la rue de Bellechasse".[1557]

Los recuerdos de Gómez Carrillo se hallan ligados a las calles de la ciudad, a los bulevares por los que paseaba en su contemplación de las maravillas parisinas, a los barrios que significaban para él la realización de sus ensueños literarios, de sus encuentros con la literatura viva encarnada en los autores del tiempo. Es el caso de los bulevares que aún están frescos en la memoria carrilllista, cuando rememora encuentros sustanciales. Así recordará el lugar de residencia y de experiencias relativos a Maurice Barrès:

> Cuando yo llegué, hace doce años al *Quartier Latin*, Barrès era el director espiritual de los adolescentes intelectuales. No vivía como sus demás compañeros en las inmediaciones del Luxemburgo, sino en el barrio más lujoso de París, en pleno bulevar Haussmann.[1558]

En su mirada hacia atrás, rememora algunas de las estratagemas de Barrès, no perdonadas por los hombres serios, para darse importancia en el París de la época, como era hacer creer que tenía criados o bien, hacer que su perfil en yeso se vendiese, junto con el de Napoleón o el de Leconte de Lisle, a lo largo del boulevard Saint Michel.[1559]

[1556] Id., p. 125.
[1557] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 57.
[1558] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 126.
[1559] Id., p. 127.

Las bellas calles parisinas amorosamente citadas por nuestro cronista, no serán siempre marcos de ideales visiones, de gozosos paseos, de libertad y sensaciones agradables. Con motivo de los acontecimientos y agitaciones provocadas a raíz del caso Dreyfus y el Proceso de Rennes[1560] en toda Francia, Gómez Carrillo retratará en un artículo las consecuencias y situaciones vividas en aquellas vías parisinas, escenario de desórdenes y escenas violentas, motivadas por los enfrentamientos entre partidarios o contrarios de Dreyfus frente al poder policial.[1561] Éste será el retrato de las algaradas callejeras que Carrillo presenció en el París de 1899:

> Las escenas de pillaje, de lucha callejera y de anarquía de acción, fueron horribles. En el boulevard de Strasburgo, al anochecer, en la penumbra del crepúsculo enrojecido de trecho en trecho por kioscos incendiados; en el boulevard de Strasburgo, en pleno París comercial, en el centro de la gran ciudad, ante ligeras barricadas hechas de ómnibus y coches rotos, entre filas de sables desnudos y amenazadores, bajo una lluvia persistente de piedras, hubiérase dicho que nos hallábamos en una villa saqueada.[…] En todas las esquinas, en todas las encrucijadas, veíanse breves y trágicos cortejos de policías ensangrentados corriendo hacia las ambulancias.[1562]

El bullicio, la animación continua del bulevar Saint Michel, la sempiterna presencia de jóvenes en sus establecimientos públicos, hace que el autor guatemalteco asimile esta emblemática vía parisina a los ideales de juventud, de dinamismo. Lo evidenciará al querer subrayar el carácter alegre y optimista de un emblemático personaje francés ya bastante

[1560] El Caso Dreyfus estuvo protagonizado por el Capitán Alfred Dreyfus (1859-1935), de origen judio-alsaciano, sobre un trasfondo de espionaje del que fue acusado y antisemitismo por parte de las instituciones que le juzgaron. Dicho caso tuvo como resultado una condena de culpabilidad en el que la víctima inocente fue Dreyfus, y que durante doce años, de 1894 a1906, conmocionó a la sociedad francesa de la época, marcando un hito en la historia del antisemitismo. En 1898, el escándalo tomó dimensiones nacionales, cuando los intelectuales se involucraron en la defensa de Dreyfus contra un Estado que no garantizaba los derechos de los ciudadanos, cometiendo flagrantes injusticias. La citada defensa comenzó con *J'accuse*, artículo de Emile Zola, provocó una sucesión de crisis políticas y sociales inéditas en Francia que en el momento de su apogeo en 1899, con la celebración de un nuevo juicio, dados los errores cometidos en el primero, demostrados por la acción investigadora de la familia del condenado así como de periodistas e investigadores. Este nuevo proceso se conoció como el proceso de Rennes y, nuevamente, dividió profundamente a los franceses en dos campos opuestos, los *dreyfusards* (partidarios de Dreyfus) y los *antidreyfusards* (opositores a Dreyfus). Reveló también la existencia en la sociedad francesa de un núcleo de violento nacionalismo mezclado con antisemitismo, difundido por una prensa altamente influyente. El caso se convirtió en debate moderno y universal de la iniquidad en nombre de la razón de Estado.
[1561] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., pp. 305-310.
[1562] Id., p. 309.

maduro.[1563] Lo definirá diciendo: "Con sus sesenta y ocho años bien sonados, el autor de *Santa Teresa* es más joven que cualquier muchacho de los que cantan en las cervecerías del bulevar San Miguel".[1564] Se referiría Carrillo al político Clemenceau.[1565]

Las calles que atesorarían tiendecitas de pequeños objetos raros o peculiares aparecen en la pluma de Carrillo para identificar la procedencia de las mil y una naderías coleccionadas por un escritor que frecuentaba el mismo café que nuestro cronista, y cuya costumbre consistía en, una vez acomodado en su velador, vaciar sus bolsillos de todas las más o menos insignificantes pequeñas joyas recién adquiridas: "con religiosa lentitud empieza a sacar de sus faltriqueras mágicas miniaturas, sellos, esmaltes, bronces, cristales y porcelanas que acaba de comprar en las tiendecillas misteriosas de la rue Laffite o de la rue de Provence".[1566]

Las obras que Carrillo escribiría ya en tiempos alejados de su juventud, contendrían crónicas en las que nuestro autor se debatiría entre una perspectiva de la capital francesa en tanto que ciudad eterna en la que todo sobrevive cual si el paso del tiempo no existiera, o la capital que se transforma, que corre pareja a los tiempos, creciendo y modificándose. En pro de esta última comparará el pasado y el presente de sus queridos y transitados bulevares: "El aspecto de los bulevares, en fin, antes apacible, tiene hoy algo de vertiginoso, con sus multitudes y sus automóviles".[1567]

La vía donde se hubiera nacido o donde se hubiera crecido podría resultar un referente de mejor o peor nivel origen social. Así lo hace constar Carrillo en una de sus crónicas. Así la parisina *rue de l'Université* es citada por Carrillo como lugar de residencia de una joven que se convertiría en actriz, para resaltar el hecho sorprendente de su "buena" o

[1563] Gómez Carrillo, E., "Clemenceau" en *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit. pp. 207-208.
[1564] Id., p. 210.
[1565] Georges Benjamin Clemenceau (1841-1929), médico, periodista, político y ministro francés, cuya carrera política comenzó al ser elegido alcalde de Montmartre en 1870.
[1566] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas,* ed. cit., p. 39.
[1567] Id., p. 34.

alta procedencia, para una sociedad creyente en el tópico de que las gentes del teatro vendrían siempre de un origen inferior o poco acomodado.[1568]

Algunos barrios concretos junto con algunas vías renombradas de la ciudad son citados por Gómez Carrillo a modo de muestra de lugares en los que personas de determinadas características físicas, puestas de moda entre la sociedad parisina, constituirían el ejemplo del éxito social obtenido por estas personas, las cuales estarían afectados por la enfermedad del enanismo:[1569] "Un minúsculo camarero, ha hecho fortuna de un café del barrio de la Estrella. Otro ser menudo, cantor de coplas escabrosas, atrae infinidad de gente a cierto music-hall del bulevar de Clichy".[1570]

7.2.6. Hospitales

El hospital Saint Louis, centro médico parisino con solera se convertirá para Carrillo en la insospechada e inesperada de la encarnación de la bohemia joven, generosa y despreocupada. De este modo lo presentará, en medio de anécdotas, en sus memorias sobre su juventud en París, como ya hemos reseñado en el apartado consagrado a la autobiografía de nuestro autor. Carrillo se ve obligado a hacerse reconocer por un doctor para tratarse cierto malestar producido por una dolencia de garganta. Falto de grandes medios económicos es aconsejado por uno de sus amigos médicos para que se dirija a algún centro sanitario en el que lo puedan atender gratuitamente. Tuvo nuestro cronista el acierto de escoger el Hospital Saint Louis no por razones lógicas referentes a la salud sino, como no podía ser de otro modo en un alma bohemia y artística, por razones románticas y novelescas. Confiesa Carrillo las razones de su elección: "Escogí San Luís, en el que ya había estado varias veces a ver a Garay y que, con sus muros viejos en medio de un jardín secular,

[1568] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit., pp. 74-76.
[1569] Gómez Carrillo, E., "La pasión de los monstruos" en *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit., pp. 173-181.
[1570] Id., p. 173.

inspirábame novelescos ensueños de antiguos esplendores y de románticas aventuras".[1571]

No podía imaginar el joven Enrique, que aquella elección le abriría las puertas de uno de los lugares en los que pasó horas deliciosas, a pesar de su poco apego por los facultativos. Las visitas casi cotidianas al hospital se sucedían, más por un doble motivo, el primero de índole sanitaria, el segundo de índole bohemia, pues en los salones destinados a los médicos internos se celebraban cenas y fiestas donde todo el mundo estaba invitado y donde el ambiente de camaradería, juventud y alegría, con traviesas anécdotas incluidas,[1572] era la tónica general. Hasta tal punto que la primera visita al hospital marcó un antes y un después en la vida del joven guatemalteco, como él mismo reconoce: "Entonces comenzó para nosotros una vida extraordinaria que me hizo reconciliarme con los médicos, a pesar de lo mucho que para hacerme detestarlos habían trabajado, sin saberlo, mis paisanos del Vachette".[1573]

Aquel que para Enrique fuera lugar habitual de cena y fiesta, de interesantes conversaciones con un médico que se convirtió más que en médico en amigo de Gómez Carrillo, no es tan sólo descrito como un lugar de alegre fiesta. La pincelada de enfermedad, propia de todo hospital, no es obviada por la pluma de Carrillo en sus recuerdos autobiográficos. Nos cuenta cómo se las ingeniaban para acceder al recinto de los médicos internos donde se celebraban las desinhibidas reuniones, sin ser descubiertos por los empleados de la administración, a través de bellos jardines, cuya estampa bucólica se veía salpicada por la triste escena que ofrecerían los enfermos allí internados, con su terrible apariencia física, resultado de la enfermedad:

> nos internábamos por jardines deliciosos, poblados, ¡ay!, cual los que más tarde había de pintar Octavio Mirbeau, de seres miserables cuyas caras roídas, peladas, ulcerosas, habrían

[1571] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p.169.
[1572] Id.
[1573] Id., pp. 170-171.

> inspirado el horror del amor y del placer a cualquiera que no hubiéramos sido nosotros.[1574]

Otro hospital que ocupa un espacio dentro de las alusiones parisinas en la obra del autor guatemalteco es el hospital Broussais, el cual será el refugio del gran poeta admirado por Carrillo, Paul Verlaine, donde éste último pasará estancias, cada cierto tiempo, aquejado más de miseria que de enfermedad, dados los escasos recursos con los que contaba y su adicción al alcohol. Lo cita Carrillo en términos metafóricos: "Hace pocos días estuve a ver en el hospital Broussais, al poeta genial de *La buena canción* y de *Fiestas galante*s que, como hace dos inviernos, busca hoy en el brasero de la caridad pública algún calor reconfortante para sus viejos huesos enfermos".[1575]

Un establecimiento un tanto *sui generis*, pero catalogado como hospital, dado que estaría dedicado a la curación de individuos enfermos, es el que Gómez Carrillo nos presenta en su crónica "El amor de las flores":[1576] "En París hay un hospital botánico",[1577] hospital que Carrillo describiría minuciosamente a través de todas sus salas bien diferenciadas según el tipo de atenciones y cuidados que necesitase cada ejemplar, incluida una sala para las plantas desahuciadas.[1578]

7.2.7. Librerías

"Estábamos en la rue Vaugirard, en la esquina del Odéon: Las vastas galerías de la librería Flammarion abrían ante nosotros sus *étalages* al aire libre con las tentaciones de sus novedades".[1579] Tal es la alusión de Gómez Carrillo a una de las librerías emblemáticas del París de la época, descubierta junto a su gran amigo Moréas, cuando ambos se dirigían a

[1574] Id., p. 171.
[1575] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., p. 171.
[1576] Gómez Carrillo, E., "El amor de las flores" en *El cuarto libro de las crónicas,* ed. cit., pp. 205-214.
[1577] Id., p. 207.
[1578] Id., pp. 207-211.
[1579] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 134.

comprar la obra *Ériphile*, que Moréas consideraba maravillosa y que Gómez Carrillo aún no había leído.

Resaltar el adjetivo que atribuye Carrillo a las novedades literarias. Para él estas novedades no son ni interesantes ni innovadoras sino tentadoras, impregnándolas de un cierto gusto de deseo profundo de posesión, de avidez de arte, el cual casaba bien con su temperamento pasional y profundamente bohemio.

Las librerías también son protagonistas en la obra carrillista cuando se trata de exponer el gran auge experimentado por lo alemán en el París de principios del siglo XX. Dirá Carrillo: "Toda Alemania está de moda. […] los tratados de ética, estética, de psicología y de metafísica ostentan sus cubiertas verdes en las vidrieras de los libreros".[1580]

La mirada de Carrillo, aún en el transcurso de paseos despreocupados, no olvida su querencia literaria. Así pues, las librerías siempre atraían su atención. Es el caso de la cita que incluimos, la cual forma parte de la descripción que nuestro cronista realiza, con motivo de ofrecer detalles referentes a un paseo vespertino que le procuró el feliz encuentro con su admirado poeta Paul Verlaine. Tras pintar la estampa de la fresca mañana primaveral parisina, se fijará en algunos escaparates, y resaltará en aquella feliz *flânerie* la nota literaria: "En las galerías del Odéon, los libros nuevos iban formando los clásicos rimeros".[1581]

La edición de traducción literal de la obra *Las mil y una noches* realizada por Mardrus será la excusa para que Carrillo presente una vez más la exposición de los admirados volúmenes en los escaparates de las librerías parisinas: "En las vidrieras de los libreros, durante estos días en que los modestos volúmenes corrientes ceden el puesto a las alegres encuadernaciones de Navidad, no se ven sino títulos de encanto. He aquí, en ocho enormes infolios *Las mil noches y una noche*".[1582] Esta traducción de la representativa obra de la literatura oriental propiciará que Carrillo

[1580] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 181.
[1581] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 47.
[1582] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed cit., p. 11.

elabore una crónica en la que alabe sin reservas esta obra maestra de la literatura universal y opine que gracias a ella, habrían tomado cuerpo las hadas de la magia y de los divinos encantamientos de la imaginación, crónica que sería titulada "La resurrección de las hadas".[1583]

7.2.8. Museos, exposiciones: El Louvre, Louxembourg,…

El museo del Louvre no aparece únicamente en la obra autobiográfica de Carrillo, como uno de los lugares a los que los despreocupados paseos lo llevaban con cierta frecuencia, sino que constituye un elemento que se repite en otros muchos de sus libros. Ejemplo de ello es la presencia del citado museo en la obra consagrada a Egipto.[1584] En uno de los numerosos arranques de erudición que pueblan las crónicas de viajes carrillistas, erudición fruto de la exhaustiva y variada labor de documentación que nuestro cronista realizaba con anterioridad a la partida hacia el lugar exótico y lejano elegido en cada ocasión, y a través de la cual enriquece la cultura del lector no tan sólo a base de estampas pintorescas, sino profundizando en los ámbitos histórico, social, cultural, artístico,… del país, se halla enmarcada la alusión a este museo, so pretexto de confesar, en el capítulo titulado "Un pueblo de estatuas"[1585] que no son las grandes esculturas faraónicas las que atraen su atención, sino las pequeñas estatuas que admira ahora, durante su viaje en Egipto, las cuales le traen a la memoria recuerdos que lo llevan a confesar que podrían admirarse igualmente en este museo de la capital francesa.[1586] Son pequeñas figuras representativas de actividades de la vida cotidiana y que parecen decir que la vida no ha cambiado esencialmente a pesar del paso de más de tres o cuatro mil años. Ese estancamiento temporal es llevado lejos por Gómez Carrillo cuando confiesa reconocer en las fisonomías de aquellas estatuas egipcias milenarias rostros contemporáneos vistos en París, de actores o

[1583] Gómez Carrillo, E., "La resurrección de las hadas". Id., pp. 11-51.
[1584] Gómez Carrillo, E., *La sonrisa de la Esfinge Sensaciones de Egipto*, ed. cit.
[1585] Gómez Carrillo, E., "Un pueblo de estatuas". Id., pp. 127-141.
[1586] Y cuya contemplación le habían hecho comprende "[…] la intensidad de la vida que anima las obras populares de este pueblo". Gómez Carrillo. Id., p. 130.

bailarinas, llegando incluso a dar nombre y apellidos del correspondiente contemporáneo[1587] de la antigua figura egipcia: "otro busto me sorprende a causa de su cabellera hirsuta, de su mirada penetrante y de su boca infantil e irónica. Es el retrato de un Ernest Lajeunesse de hace tres mil años".[1588]

En pocas ocasiones, la comparación de otros lugares visitados con emplazamientos parisinos, o con París directamente, la realiza Gómez Carrillo con ánimo de hacer de menos a la Ciudad Luz. No obstante, a veces sucede en algunas de sus crónicas. En la dedicada a las estatuas egipcias surgirá una alusión que no deja bien parado al museo emblemático de la capital parisina, pues alude Gómez Carrillo nuevamente al museo del Louvre en esta obra, más exactamente a sus conservadores, refiriendo la anécdota consistente en que los citados conservadores, poco dispuestos a conceder el grado de piezas históricas a aquellas que no provinieran de la antigua Grecia clásica, estuvieron a punto de destinar la piedra que formaba las estatuas de Luxor a la fabricación de bancos que se colocarían en el Jardín de las Tuillerias.[1589] Afortunadamente, se congratula Carrillo, la intervención de un sabio consejero frustró lo que hubiera sido un error irreparable.[1590]

Una de las galerías de la afamada pinacoteca parisiense es citada por Carrillo para hacer honor a la obra de un pintor francés. La obra pictórica de Eugène Carrière, a quien el cronista guatemalteco consagrará unas líneas en un capítulo dedicado al contexto del lugar donde se expondrían las obras rechazadas por las normas ortodoxas del Salón oficial, esto es, la Exposición de los Independientes de 1892, es considerada por Carrillo como digna de "colocarse en la Gran Galería del Louvre, entre los lienzos del siglo XVI, sin que su estilo pareciera extraño a los visitantes conservadores".[1591] Realiza nuestro cronista esta afirmación en base a la magistral continuación de tradiciones plásticas ya pasadas que esta autor

[1587] Se refiere Carrillo a Ernest Lajeunesse (1874-1917), crítico literario francés.
[1588] Gómez Carrillo, E., *La sonrisa de la Esfinge Sensaciones de Egipto,* ed. cit., pp. 128-129.
[1589] Id., p. 134.
[1590] Id., p. 134.
[1591] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte,* ed. cit., pp. 36-37.

habría sabido conjugar en su obra, que no por ello, dejaría de ser considerada moderna.[1592]

El emblemático museo del Louvre es citado por Carrillo en términos de símil con motivo de realizar una comparación relativa a una obra de un literato entrevistado por él, y para realzar la fama alcanzada por el citado escritor, que no es otro que Max Nordau. Veamos el símil de Carrillo: "plagiar en estos momentos un capítulo de *Degeneración* sería como robarse un diamante de las vidrieras del Louvre para hacerse un alfiler de corbata".[1593] Ingenioso símil para resaltar lo conocido y afamado de la obra literaria del autor en cuestión.

De nuevo, el museo del Louvre será protagonista en la crónica carrillista citándolo en tanto que lugar en el que le gustaría llevar a cabo la comprobación de una teoría. Se trataría de dilucidar la cuestión de la posible unión a propósito de la castidad y de la desnudez en el arte, predicada por algunos, y en la que nuestro cronista no cree, ni en el arte ni en la realidad, pues, totalmente convencido de su postura, desafiará: "Yo quisiera llevar al museo del Louvre, o a cualquier otra galería de arte, a los que hablan sin cesar de la *chasteté du nu*, y preguntarles, enseñándoles algunas obras clásicas, en donde ven la castidad de las más admirables desnudeces".[1594]

El museo de Luxemburgo es aludido por Carrillo para documentar o ubicar a sus lectores, que se encuentran ante una crónica en la que nuestro autor comenta la belleza de una obra pictórica expuesta en el Salón de Marte de 1892,[1595] diciéndoles que pueden contemplar otro cuadro semejante al de la exposición, en el citado museo, añadiendo que el cuadro expuesto en el museo de Luxemburgo constituye "una obra joya de arte contemporáneo".[1596]

[1592] Id., pp. 55-57.
[1593] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 251.
[1594] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 133-134.
[1595] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 63.
[1596] *Ibid.*

En la crónica referente al salón del año siguiente, también citará al museo de Luxemburgo, esta vez para ofrecer una aproximación a la calidad de una obra, concretamente la de la escultura tilulada *La poesía heroica* de Falgière, a la que considera digna de obtener un lugar privilegiado y ser expuesta en el citado museo.[1597]

Otro museo parisino, el museo *Carnavalet*, es citado por Carrillo, encontrándose a muchos kilómetros de distancia de la metrópoli parisina. Sucederá en Grecia, donde los cotidianos artículos y mercancías expuestos en los escaparates de las tiendas, le hacen pensar, por su refinamiento y detalle, en los delicados objetos del citado museo, entre los cuales los considerará, dignos de figurar.[1598]

Por otro lado, las célebres exposiciones artísticas de pintura, escultura,…, celebradas en el París contemporáneo de Carrillo cobrarán importancia en su obra. En los Campos Elíseos se concentraba la exposición de las obras más académicas, mientras que el Campo de Marte se destinaba a presentar las obras rechazadas por el tribunal seleccionador y por tanto, fiel a las reglas preestablecidas, sin que hubiera mayor resquicio para el ingreso de las nuevas tendencias, las cuales se constituyeron en Salón independiente. Ambas sedes de las exposiciones de artes plásticas figurarán con protagonismo en las crónicas sobre los salones. Así, los Campos Elíseos aparecen en *Sensaciones de arte*, citados por Carrillo, durante la exposición de 1893: "El gran patio de la escultura, tampoco tiene, en los Campos Elíseos, un aspecto verdaderamente admirable".[1599]

Las salas de exposiciones son citadas por Carrillo con motivo de una entrevista realizada al escultor Bartholdi, del cual resalta su inclinación hacia la grandiosidad de sus creaciones. Para probar su afirmación dirá: "Su primera obra fue una estatua de diez metros de altura, un *Général Rap*

[1597] Id., p. 141.
[1598] Gómez Carrillo, E., *La Grecia eterna*, ed. cit., p. 40.
[1599] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte.* Op. cit., p. 140.

que no pudo entrar en el "salón oficial" por ser más grande que las puertas del Palacio de la Industria".[1600]

Incluso objetos modestos llevan a Gómez Carrillo a situarlos en el lugar de exposición en que los contempló o los parisinos pudieron contemplarlos. Así sería respecto a un objeto que Carrillo contempla como revelación por lo moderno, por lo elegante, por lo artístico que figura en su concepción y presentación; se trataría del papel pintado, al cual se refiere nuestro cronista en el marco de la realización de una exposición anual en París cuyo tema central sería el arte nuevo en los objetos cotidianos.[1601] Hablará Carrillo de los artesanos contemporáneos que habrían llevado con maestría el arte a productos del ámbito doméstico como telas, tapicerías, barandillas, adornos, … Concretamente, en cuanto al papel pintado, al cual atribuye el mérito de haberse renovado hasta ser considerado objeto de arte, recuerda que ya algunos modelos pudieron ser admirados en el marco de varias exposiciones anteriores, entre ellas la Exposición Universal de 1900: "Recordemos algunos modelos de papel pintado, entre los que vimos en la Exposición Universal, hace un año, y los que esta primavera figuraron en el Palacio de Bellas Artes".[1602]

Una nueva exposición de arte quedará inmortalizada en las crónicas carrillistas caracterizada por el nexo de unión de los artistas que expondrían allí sus obras.[1603] La citada muestra pictórica contará con la admiración del autor guatemalteco: "Dejará un recuerdo tan duradero y una sensación de arte tan intensa esta exposición de primitivos de París, como aquella que se celebró en Brujas en 1902".[1604]

Junto con las exposiciones universales y los salones oficiales figurarán las muestras de los artistas no aceptados en los salones en los que regían los cánones clásicos de la ortodoxia artística. Los salones de los Independientes dejarán su huella de igual modo en la obra carrillista. Así

[1600] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., p. 217.
[1601] Gómez Carrillo, E., "El arte nuevo" en *El alma encantadora de París*, ed. cit., pp.165-179.
[1602] Id., p. 173.
[1603] Gómez Carrillo, E., "Los primitivos franceses" en *El cuarto libro de las crónicas,* ed. cit., pp. 83-99.
[1604] Id., p. 83.

se referirá a ellos y a una de las tendencias allí expuestas: el cubismo:[1605] "Con la apertura del Salón de los Independientes, vuelven cada año las bromas contra los cubistas".[1606] Gómez Carrillo realizará un recorrido desde su visión primaria del cubismo en la que el rechazo al mismo es evidente, pues dirá de la citada concepción artística: "esta tendencia tan extraña, tan sorprendente, tan incomprensible y tan desagradable",[1607] hasta la comprensión de los misterios de la misma, iniciado a ellos de la mano de un discípulo del genial pintor malagueño afincado en París y representante de las tendencias pictóricas vanguardistas, Pablo Ruiz Picasso, quien lo guiará a través de las obras de insignes cubistas, para los cuales no ahorrará discursos enardecidos, como el que dedica a Picasso, al cual agradece toda una serie de innovaciones pictóricas revolucionarias y que Carrillo transcribe: "la anatomía que antaño ocupaba a los artistas, es hoy una antigualla despreciable…Gracias a él, lo visible no existe. Gracias a él no hay ya líneas, formas, colores, sino inmensidad, humanidad, ideal, abstracción".[1608] Fruto de esta iniciación serán las palabras elogiosas que dedique a este tipo de pintura, al fin comprendido: "El cubismo es el arte de pintar abstracciones",[1609] para redondear su discurso concluyendo "Gracias a él, la idea domina a la forma y la crea a su antojo".[1610]

Siguiendo la estela de Picasso, incomprendido en su tierra natal mas triunfador en París, Carrillo hablará de otro artista innovador, parisiense de corazón y de carácter aunque nacido en Norteamérica: "Para no ser menos que el español Picasso, un norteamericano de París ha inventado una nueva pintura".[1611] Su originalidad consistirá en querer plasmar en la tela los sueños, los estados del alma traducidos al lenguaje del paisaje.[1612] El hecho de que el citado nacimiento se haya producido en París, capital mecenas de todas las artes y todas las formas de belleza, garantizará su éxito, dadas las

[1605] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 63-72.
[1606] Id., p. 63.
[1607] *Ibid.*
[1608] Id., p. 70.
[1609] Id., p. 69.
[1610] Id., p. 70.
[1611] Id., p. 79.
[1612] Id., p. 80.

características intrínsecas de la parisina juventud artista, abierta y receptiva a nuevas tendencias alejadas de lo ortodoxo y oxidado, según Carrillo:

> Y como este norteamericano es un gran artista, y como la invención es extraordinaria, no transcurrirán muchos meses sin que los jóvenes […] abandonen sus métodos ya usados en el combate épico de dos o tres Exposiciones, para adoptar las flamantes teorías transatlánticas.[1613]

Y estas obras novedosas triunfarán en las galerías parisienses, como anticiparía nuestro autor: "Con sus sensaciones interiores, con sus sueños, con sus recuerdos, con sus visiones, ha hecho un centenar de lienzos que van a exponerse dentro de poco tiempo en una galería parisiense".[1614]

Una vez más, las muestras pictóricas marcan el ritmo de la atmósfera artística parisina de comienzos del siglo XX. Anunciará Carrillo: "en las Exposiciones recientes, triunfan los goguinistas…".[1615] Acto seguido, clarificará el término acuñado en base al arte practicado por el genial pintor francés Gauguin, a quien define como un dibujante que "Después de haberlo aprendido todo, un día se puso a desear olvidarlo todo",[1616] concluyendo que "Gauguin es un gran simplificador".[1617]

El taller de Gauguin en París es otro lugar artístico visitado por Gómez Carrillo, quien recuerda: "La primera vez que yo vi algunos lienzos de Gauguin fue en el taller mismo del maestro, que volvía de Tahití con el firme propósito de renovar la estética mundial".[1618]

Dos museos un tanto particulares serán los nombrados por Carrillo como la Galería Courteline o el Museo Lajeunesse. Ambas exposiciones tomarán sus nombres de sus propietarios, dos escritores con aficiones de coleccionista, cada uno en su especie. De Courteline[1619] dirá que

[1613] Id., p. 70.
[1614] Id., p. 80.
[1615] Id., p. 81.
[1616] Id., p. 82.
[1617] *Ibid.*
[1618] Id., p. 83
[1619] Georges Victor Marcel Moinaux, conocido como Georges Courteline (1858-1929) fue novelista y dramaturgo francés.

colecciona cuadros malos, cuanto más malos mejor.[1620] Así para dar ejemplo del estilo preferido por este literato citará alguno como el que representa a un murciélago vestido de obispo, u obras de un artista cuya pintura utilizada es el chocolate.[1621] De Lajeunesse destacará su afición por lo que Carrillo considera *bibelots*, esto es, pequeños objetos sin valor. De la unión de ambas exposiciones, considera Carrillo que se podría extraer una idea aproximada del significado del París profundo, y por ello recomienda: "cuando se quiere conocer París a fondo, es preciso visitar la galería Courteline y el museo Lajeunesse".[1622]

El museo ubicado en el Teatro Francés ofrecerá a sus visitantes, según destacará el cronista guatemalteco, las fotos de insignes actrices francesas, allí inmortalizadas, las cuales habrían representado siempre el mismo rol, es decir, la mayor parte de su trayectoria artística habría estado encasillada en un tipo de personaje. Este tema es analizado por Carrillo en una crónica.[1623] Esta visión panorámica de un tipo de actriz ofrecida por el museo citado, la compartirá nuestro cronista con sus lectores: "En el museo del teatro, hay una colección de retratos de *grandes coquetas* célebres que prueban la impasible perpetuidad del tipo".[1624] Profundizará Gómez Carrillo en el estudio de los diferentes roles interpretativos de las actrices que habrían triunfado en la capital francesa, analizando los de ingenuas y dramáticas, realizando así un estudio del estado de estos géneros en los tiempos contemporáneos.

Sin especificar de qué exposición se trataría, nuestro autor nos hablará de la existencia de una muestra de escultura en la que se demostraría una cuestión largamente debatida y que el interlocutor de Gómez Carrillo, un músico de raza negra, zanjará aportando razones artísticas. Carrillo citará las palabras de este músico al respecto: "Los negros –agrega- son más artistas que los blancos, y eso lo prueban las esculturas admirables

[1620] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 41.
[1621] *Ibid.*
[1622] *Ibid.*
[1623] Gómez Carrillo, E., "Ingenuas, coquetas y damas trágicas" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., pp. 225-236.
[1624] Id., p. 228.

expuestas recientemente en París y las obras musicales que acaban de sorprender a los ingleses en el Philarmonic Hall de Londres".[1625]

7.2.9. Monumentos

Al liberarse Enrique Gómez Carrillo de la atmósfera asfixiante que se respiraba en la pensión aburguesada de los estudiantes de medicina e instalarse en otra pensión más acorde a su filosofía bohemia, una vez constatada la existencia de ésta, ahogadas las sospechas de que se tratara tan sólo de una utopía literaria, ávido de recuperar el tiempo perdido, de respirar los efluvios del auténtico París, sale a recorrer la ciudad, a buscar la realización física y tangible de aquellos edificios que había conocido por los libros. Y tal es su conocimiento teórico de los mismos, que en el desenfrenado recorrido, confiesa Carrillo no necesitar informarse de los nombres de los sitios y monumentos típicos de París que va encontrando, los reconoce perfectamente, más el frenesí de ver más y más lo posee de tal forma, que no se complace en contemplarlos serenamente, queriendo suplir con la cantidad, la acumulación de lugares emblemáticos, la falta de vitamina parisina, la cual le era imprescindible y vital, que había acumulado a su llegada a la Ciudad Luz, entre los serios y estirados estudiantes de medicina. Esta es la sensación que nos transmite en su relato del frenético paseo, utilizando la técnica de la enumeración rápida, ágil, apasionada en definitiva, acompañada del constante martilleo maravilloso de la palabra mágica en sus devotos oídos: París:

> De trecho en trecho, una torre, una cúpula, una columna, rompían la monotonía de los muros uniformes. Sin pena hubiera podido yo poner un nombre a cada una de aquellas apariciones monumentales. Era la Conserjería, con sus torres medievales que se miran en el río; era el Panteón; era la Colonne Vendôme, formidable ilíada de bronce que guarda las aventuras del más gran guerrero de la Historia; eran los Inválidos; era Nuestra Señora; era el Louvre, con sus tesoros de arte y con su magnífica lección de Historia… Pero ni siquiera me detenía a contemplarlas. Una fiebre deliciosa obligábame a andar, a andar sin rumbo, a andar

[1625] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit., p. 227.

> como un alma perdida, oyendo siempre la palabra mágica: ¡París![1626]

El Panteón será nombrado por Carrillo para referirse a la obra que Rodin realizó para que figurara en el citado edificio de reconocimiento a hombres ilustres, junto a los restos de Victor Hugo, tarea que le impediría en 1893, enviar sus obras maestras a la exposición que, como todos los años, se celebraba en París.[1627]

La Torre Eiffel será citada por Carrillo en boca de Oscar Wilde, pues éste responderá a un redactor de un periódico que deseaba escribir sobre él sus propias opiniones, el insigne escritor le confiesa que, ese día, se sentía especialmente minúsculo. ¿La razón? Haber visitado la Torre símbolo de París la víspera y haber experimentado un sentimiento de pequeñez al encontrarse a sus pies. Estas son las palabras del autor irlandés reproducidas por Gómez Carrillo: "Ayer estuve a visitar la torre Eiffel y la encontré demasiado grande al lado mío".[1628]

Del mismo modo, la famosa torre emblemática de la ciudad de París, constituye la metonimia de la parte por el todo, en la visión carrillista de la capital francesa. Viajando en tren, aproximándose a la Ciudad Luz, la vista desde la lejanía de la mítica torre, desencadena las emociones del reencuentro ya cierto, ya cercano, con la amada, que en la medida en que se ve próximo, hace que los minutos previos se alarguen eternamente en el subconsciente del que no ve la hora de pisar suelo parisino. El vislumbrar un ápice de esta torre provoca sentimientos profundos de deseo de sumergirse en la urbe caleidoscópica, como la percibe Carrillo:

> Todos quieren percibir desde lejos el gigantesco candelero de Eiffel, todos están impacientes, todos sienten en el fondo del alma la atracción alucinadora de la gran capital de los locos, de los artistas, de las cortesanas; de la ciudad de las lilas; de la ciudad de las rosas y los escándalos, de la gran divertidora y de la gran preocupadora de la humanidad; de la villa nerviosa y multiforme, que es a veces cerebro y a veces sexo; que ríe y ruge y que no se

[1626] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 84.
[1627] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 140.
[1628] Id., p. 43.

> duerme nunca con ese sueño que hace olvidar a las demás capitales.[1629]

Esta idea de ansiedad ante la proximidad de la gran ciudad francesa, de profundo goce, especificará nuestro cronista, se dará especialmente entre los artistas, y a ellos se refiere en los siguientes términos: "de los que saben sentir y admirar, de los que no viajan por puro snobismo ni por sólo cambiar de aire, sino para llenarse la retina de visiones ardientes".[1630] Y tras realizar estas alusiones de manera generalizada, pasará a incluirse en las categorías enunciadas confesando que se encuentra entre esos bulevarderos adoradores de París siempre, desde siempre, desde cualquier lugar y en cualquier situación.[1631]

El Trocadéro aparecerá como lugar de referencia para situar nuevas construcciones que modifican la apariencia de París en los últimos tiempos, impregnándola de una connotación de ciudad cambiante, renovada, siendo este monumento erigido en línea limítrofe entre el antiguo y el nuevo París: "Más allá del Trocadero, un barrio entero de palacios se ha creado de la noche a la mañana",[1632] anuncia Carrillo.

7.2.10. Teatros, salas de espectáculos y cabarets

Nuestro cronista era un gran aficionado al teatro, al cual asistía con frecuencia. Sus crónicas están repletas de visitas a teatros, de comentarios sobre obras, sobre el teatro como género,[1633] sobre dramaturgos,[1634] artistas,[1635] actores[1636] y representaciones, como es el caso de la que protagoniza la siguiente cita. La obra allí representada aquella noche le hace reflexionar ante la postura de humillación de su amigo el doctor Garay al intentar suicidarse como consecuencia del abandono de su novia

[1629] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 4.
[1630] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*. Op. cit., p. 33.
[1631] *Ibid.*
[1632] Id., p. 34.
[1633] Gómez Carrillo, E., "El teatro popular" en *El Modernismo,* ed. cit.
[1634] Gómez Carrillo, E., "El teatro de Henri Bataille" en *El Modernismo,* ed. cit.
[1635] Gómez Carrillo, E., "Bailarinas" en *El libro de las mujeres,* ed. cit.
[1636] Gómez Carrillo, E., "Los más ilustres comediantes del Teatro francés" en *El alma encantadora de París,* ed. cit.

Alice al caer ésta en brazos de Carrillo. Estas son las reflexiones de Carrillo en aquella sala de teatro:

> Con mis dieciocho años despiadados y ligeros, no podía explicarme que un hombre fuerte, sano de espíritu, llegara a humillarse así ante una mujer que ni siquiera se tomaba el trabajo de mentirle amor. Y la impresión de derrota humana que me produjo mi pobre amigo fue tan honda, que más tarde, viendo en la *Griffe*, de Henri Bernstein, escenas análogas, he sentido algo muy íntimo, muy personal y muy extraño, que bien puede estar compuesto de remordimientos y de piedad.[1637]

Que el autor guatemalteco sentía especial predilección por los espectáculos teatrales ofrecidos con gran profusión y calidad en la ciudad de París, es algo que se deduce claramente de sus escritos, habida cuenta del gran número de crónicas que dedica al teatro y a lo teatral en sus diversas vertientes. Los que le conocieron así como los que han estudiado su trayectoria vital y artística coinciden en resaltar la adoración que por este arte experimentaba nuestro cronista. Así pues, Mendoza dirá sobre este punto:

> Se hablaba también de paseos y de las mujeres garridas que embalsamaban el aire con sus cabelleras rizadas y la frescura de una turgente vitalidad. Cuando de teatros se hablaba, para Enrique nada había más suntuoso que el teatro francés, viéndolo todo por este solo prisma; el de la procedencia. El Teatro real, de Madrid, el Covent Garden de Londres, se quedaban atrás de La Opera; porque en París estaban los sueños dorados de Enrique, y allí las últimas y las primeras maravillas de sus ilusiones.[1638]

Dos salas de teatro son citadas por Carrillo al comentar la crónica periodística de la aparición de una artista en las tablas parisinas. Serán el *Chatelet* y el *Carrillon*. A ellos se referirá el guatemalteco para afirmar que, con indiferencia de la sala en la que la artista debutara en París, su presencia y su arte convertirían en soberbio aquello que tan solo sería mediocre.[1639]

[1637] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 119.
[1638] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, pp. 11-12.
[1639] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 11.

Establecerá Carrillo la diferencia de éxito entre el escaso obtenido por los teatros con tradición en representaciones clásicas frente al rotundo de los nuevos teatros donde espectáculos más modernos y conformes a los tiempos triunfarían diariamente:

> Mientras el Odéon continúa arruinándose con el gran arte de Racine, los teatros del boulevard se enriquecen gracias a los menudos artificios de una legión adorable de mujeres bonitas, que no saben recitar versos heroicos, […], pero que conocen, en cambio, la ciencia, eminentemente parisiense y eminentemente moral, de desnudarse en público.[1640]

El Odéon servirá a Gómez Carrillo para representar lo anquilosado de las costumbres imperantes en el mundo teatral, en el que los ímpetus renovadores de ciertos autores o empresarios chocan contra el muro de la tradición. Expondrá Carrillo al respecto:

> En el Odéon, todas las voluntades innovadoras se estrellan contra la rutina. Entre "rinovarse" y "morire", el viejo coliseo prefiere "morire". Sus piedras están demasiado ennegrecidas por el tiempo para que los intentos de modernización puedan ser eficaces. En sus tablas venerables y carcomidas, que aún conservan la huella de Molière, todo paso joven suena cual una profanación.[1641]

De nuevo, el Odeón, junto con el Vaudeville y la Comedia Francesa serán citados por nuestro cronista al rememorar una obra teatral vista en las tres salas, con una distancia temporal entre las representaciones,[1642] lo cual le llevará a manifestar una vez más, lo que sería un tópico en la dramaturgia, que no por conocido sería menos realista: "Es una vulgaridad repetir que las obras maestras hermosean con el tiempo, pero es una vulgaridad verídica y profunda".[1643]

Los teatros clásicos vendrán a colación en la obra carrillista de igual modo debido a sus dificultades económicas, a sus eternos números rojos, pese a la gran afluencia de público, siendo esta ruina económica extensible no sólo a los clásicos, sino también a los que ofrecen novedades, a los más

[1640] Id., p. 61.
[1641] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 237.
[1642] Gómez Carrillo, E., "El amor en el teatro" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., pp. 183-194.
[1643] Id., p. 184.

modernos consagrados al *music hall*. La causa de este poco ventajoso negocio no estaría en las altas retribuciones ni de autores ni de empresarios, sino en el coste que supondrían en primer lugar los actores, seguidos por los oficios anejos: sastres, decoradores,…[1644] No obstante, este aspecto tan relevante en otro tipo de empresas no parece ser óbice para que los lugares consagrados al espectáculo sigan aumentando. Así expresa Carrillo esta paradoja: "aún siendo un negocio ruinoso, todo el mundo encuentra dinero para hacer nuevas salas de espectáculos. No hay más que dar un paseo por los bulevares y por Montmartre para convencerse de ello".[1645]

Constatará Carrillo que esta crisis afectaría de igual modo a estos pequeños locales: "En ciertos teatrillos, como Capucines y Mathurins, se da el caso de que la actriz principal cobre el 50 y aún el 60 por 100 de los productos de las entradas. Con lo restante, el empresario tiene que pagar autores, comediantes secundarios, alquiler, alumbrado, tramoya, etc.".[1646]

De entre los teatros que triunfaban, destacará Carrillo el *Olimpia*, al cual define como "la cuna del desnudo en el teatro y como el conservatorio de las medias negras",[1647] aludiendo a la costumbre de las artistas en sus espectáculos eróticos de conservar puestas tan sólo las medias, y el *Folies-Bergère*, al cual considerará un estupendo proveedor de visiones carnales, las cuales lejos de constituir un pecado, serían, según nuestro cronista, contrariamente, una oración de exaltación a la obra del Creador, pues las considera:

> […] dignas de ser admiradas por todos aquellos a quienes la hipocresía de las religiones no les han hecho perder el amor de la belleza carnal, el entusiasmo de los esplendores paganos, el culto de la obra de Dios en lo que tiene de más atrayente: la Forma humana.[1648]

[1644] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 245-246.
[1645] Id., p. 247.
[1646] Id., pp. 246-247.
[1647] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., p. 62.
[1648] Id., pp. 62-63.

Novedosas ideas frente a los consagrados antiguos teatros clásicos surgirán en el París de finales de siglo, y fruto de ellas y de la labor de algunos de sus partidarios, surgieron en París dos teatros diferentes, innovadores, renovadores del arte de la escena. Encabezarán estos teatros modernos el *Teatro libre* y *La Obra,* de los cuales hablará nuestro cronista con admiración, elogiándolos desde sus más modestos inicios hasta su éxito en la época en que escribe.[1649]

Otra sala de gran éxito sería la de los *Funámbulos*, en la que se representaría el género de la pantomima, del teatro de Pierrot,[1650] teatro que tendría tanta aceptación dado el binomio que Carrillo plantea: "Toda el alma de París vive en Pierrot –Pierrot es París como París es Pierrot".[1651] Tema el de la pantomima que servirá a Carrillo para recordar la leyenda del que fuera uno de los grandes mimos de París, cuya existencia paupérrima y desgraciada acabó con su llegada a la ciudad del Sena, donde su arte comenzó a ser reconocido. Nos hará llegar Carrillo las palabras del gran mimo donde reconoce el punto de inflexión en su existencia que supuso su llegada a la capital francesa: "Adoro a París, decía Debureau, porque allí fue donde comí de veras por la primera vez de mi vida".[1652]

Tras este ejemplo, nuestro cronista exaltará el papel de acogedor de artistas que siempre habría desempeñado la Ciudad Luz.[1653] En el mismo teatro, Carrillo tendrá la oportunidad de admirar el arte de otro mimo célebre, Severin, al cual dedicará igualmente un artículo, en el que destacará el arte refinado de este artista, que de puro refinado, no estaría hecho para cualquier tipo de público, siendo el público parisiense el idóneo para captar la esencia de las delicadezas de semejante arte, a lo que añade que tal valoración sería impensable en España.[1654]

Las salas en las que se ofrecen espectáculos de canción estaban en plena remontada a finales del siglo XIX, siendo creciente su número en

[1649] Id., pp. 78-82.
[1650] Id., pp. 64-68.
[1651] Id., p. 65.
[1652] Id., p. 71.
[1653] Id., pp. 71-72.
[1654] Id., pp.117-118.

París. Las palabras de Carrillo así lo ratifican: “La canción erótica y sentimental está en auge. Los poetas triunfan. Delorme triunfa en “La Roulotte”, Privas en “Las Artes”, Delmet en “El Carrillon”, Hispa en “Tabarin” y Montoya en “Cuatro Artes”.[1655]

El teatro popular atraerá igualmente la atención de Gómez Carrillo, entendiéndose por teatro popular el destinado a las clases obreras trabajadoras menos instruidas y con menos poder adquisitivo, además de contar con menos disposición horaria para lo lúdico que la burguesía parisina. Este sujeto figurará como principal en una de sus crónicas.[1656] En este contexto aparecerán las citas que darán pié a la apertura del debate sobre el citado teatro popular. Carrillo alude así a las salas emblemáticas parisinas: “Los teatros oficiales franceses ofrecen cada año al pueblo espectáculos gratuitos. Y frente a las masas vibrantes e ingenuas que penetran cual un torrente en las salas de la Comedia o del Odeón, los críticos se preguntan con sincera inquietud si en el fondo el pueblo no es más capaz que la burguesía de comprender las ideas y de sentir la belleza”.[1657] Ésta será una de las cuestiones debatidas en esta crónica.

El arte escénico no sería en París un deleite reservado únicamente a los adultos. Gómez Carrillo deja constancia igualmente de la existencia de un Teatro Infantil parisiense.[1658]

En opinión de Gómez Carrillo, todos los teatros parisinos se encontrarían unidos por un denominador común: constituir el escaparate de las elegancias femeninas que marcarían tendencias en la sociedad parisiense. Carrillo lo expondrá citando las palabras al respecto de su interlocutor, según cita Carrillo, el pintor Mantelet: “-En cada escenario parisiense, en efecto, además de la eterna escuela moral o inmoral, existe un aula estética”,[1659] a lo que añadirá su falta de interés por los valores

[1655] Id., p. 115.
[1656] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., pp. 66-104.
[1657] Id., p. 66.
[1658] Gómez Carrillo, E., “Bailarinas de liliput” en *El libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 57-59.
[1659] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., p. 37.

transmitidos por la obra o la belleza artística de la misma,[1660] mientras que: "en cambio, ¡cómo se extasían ante las elegancias femeninas! Los trajes ocupan y preocupan".[1661]

Otro denominador común que Gómez Carrillo encuentra en ellos es a la hora de buscar las verdaderas representantes de la belleza, en parámetros de belleza natural sin alterar ni aderezar por cuestiones de vestimentas o modas:

> […] lo que hay de más puro en los teatros de París es lo que no habla, lo que no estudia en el Conservatorio, lo que no se viste en casa de Paquin. Las cortesanas desnudas que pasan por los cortejos del Olimpia o del Folies Bergère como diosas jóvenes, las muchachas de Montmartre que, después de permanecer durante el día sin traje en un estudio de pintor, estudiando las actitudes de Leda o de Diana, forman parte por la noche de desfiles del Tretau de Tabarin; las humildes comparsas que en los coros de ninfas alzan sus brazos redondos hacia la imagen de Afrodita y callan.[1662]

De las actrices de registro trágico, presentes en la galería de fotos expuesta en el Teatro Francés, Gómez Carrillo resaltará las dificultades que deberían tener para actuar en las tablas parisinas, a causa del registro elegido, siendo tan sólo un teatro en París el que contaría con una plantilla fija de las mismas: "fuera de la Comedia Francesa, que se puede pagar el lujo de una *troupe* permanente de trágicas, el encontrar empleo es difícil para las que se empeñan en no bajar la voz y en no moderar los ademanes".[1663] El teatro de las Artes será citado por Carrillo en este contexto, para referirse a las predilecciones que las actrices dramáticas sentirían hacia las comedias rusas traducidas al francés, según la opinión del director del citado teatro, transcrita por el autor guatemalteco a quien iban dirigidas.[1664]

A propósito de la condena impuesta a una artista por bailar desnuda en un teatro parisino, elucubrará nuestro autor a propósito de la castidad o no

[1660] *Ibid.*
[1661] Id., p. 38.
[1662] Id., p. 54.
[1663] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., p. 234.
[1664] Id., pp. 235-236.

del desnudo así como, en el lado opuesto, de la provocación susceptible de ser suscitada aún portando ropajes y vestidos,[1665] defendiendo así su desacuerdo con la pena impuesta a la bailarina multada por despertar deseos inmorales en su público a causa de su desnudez. En defensa de su argumento, Carrillo expondrá la presencia de una bailarina, que, incluso vestida, sería capaz de levantar deseos libidinosos entre los asistentes a su espectáculo, no siendo, sin embargo, penalizada por ello: "Hay en París un teatrillo aristocrático, una actriz que se llama Juana Marnac, que es muy bella, que tiene mucho talento y que despierta también cada noche, aún estando vestida y muy bien vestida, más deseos que todas las Venus desnudas de los cafés conciertos en un año".[1666] Así pues, nuestro autor, expone su protesta contraria a la sentencia condenatoria en nombre de la lógica y a favor del arte, cubierto o desnudo, pues se mostraría firmemente convencido de que el deseo sería intrínseco a la belleza tanto femenina como masculina.[1667]

La novela corta de Gómez Carrillo titulada *Maravillas*,[1668] tiene como escenario un típico teatro parisino modesto. Nos ofrece un resumen de la temática y de la ubicación de esta obra María Luisa Bastos diciendo:

> Maravillas es el nombre del ínfimo teatro de variedades parisienses donde se desarrolla la mayor parte de la acción de un relato destinado a exaltar las calidades humanas del payaso Rip-Rip, "cosmopolita y modernista" frente a las cualidades siniestras de las actrices sin talento que lo hacen víctima de sus mezquindades.[1669]

Uno de los establecimientos de diversión noctámbula parisina que ha llegado hasta nuestros días, como es el *Folies-Bergère*, tiene su espacio en las crónicas carrillistas. Allí se autorretratará, acompañado por Manuel

[1665] Gómez Carrillo, E., "La mujer desnuda" en *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 131-137.
[1666] Id., pp. 134-135.
[1667] Id., p. 137.
[1668] Gómez Carrillo, E., *Maravillas* en *Tres novelas inmorales*, ed. cit.
[1669] Bastos, M.L., *op. cit*., p. 72.

Machado, asistiendo a una representación de la célebre artista española conocida por el nombre artístico de *la Bella Otero*.[1670]

En otra ocasión, Carrillo citará el afamado cabaret como digno acogedor de un payaso callejero de gran calidad. Así lo creerá nuestro cronista: "En un café concierto de la calle San Denis, un clown admirable llama la atención de los humildes habitantes del barrio. Si trabajara en el *Folies-Bergère* ese hombre sería célebre".[1671]

Reseñará Carrillo en su obra las modas o gustos temporales que afectarían a estos lugares de ocio parisinos, junto con otros igualmente señalados de la geografía lúdica parisina.[1672] Una de las tendencias que se instauraría en ellos en una cierta época, reflejo de las inclinaciones de la sociedad, sería la presencia de enanos en los espectáculos que ofrecieran: "En las comedias veraniegas de los cabarets mundanos, los buenos poetas montmartreses tienen la estricta obligación de introducir por lo menos un enano".[1673]

7.2.11. La Sorbona

La universidad emblemática parisina hace su aparición en la obra que Gómez Carrillo escribió con las experiencias de su periplo por Egipto. En este libro no sólo ofrece en sus crónicas un elenco de sensaciones emanadas de todos y cada uno de sus cinco sentidos junto con impresiones más o menos subjetivas nacidas del contacto con los pueblos visitados. Además de hacer constantes alusiones a la cultura y a la historia de los países recorridos no obvia el análisis de algunas de sus circunstancias sociales, políticas o culturales.

[1670] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., pp. 29-31.
[1671] Id., p. 50.
[1672] Gómez Carrillo, E., "La pasión de los monstruos" en *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit., pp. 173-181.
[1673] Id., p. 173.

París ejerce su influencia a través de miles tentáculos, ya sea mediante la moda, la economía, las costumbres, la cultura,… Es en este marco cultural donde la universidad parisina por excelencia, la Sorbona, aparece en las páginas dedicadas a Egipto, en donde, su influencia en aquellos estudiantes que se habrían formado en su seno, siendo de orígenes extranjeros, al regresar a su país, dejarían constancia de que la Sorbona se erigiría en modelo de perfecciones.

El caso de Egipto se trata de que, estudiantes egipcios formados en la Sorbona, al volver a su país natal, defenderían la necesidad de una reforma de los planes de estudios en la Universidad Coránica del Cairo vigentes hasta el momento, considerados anticuados.[1674] Así nos hace llegar Carrillo las inquietudes de la sociedad contemporánea egipcia donde el debate sobre la reforma de la educación estaba a la orden del día, como evidenciarían las publicaciones de prensa cotidiana egipcia, desde donde se clamaba "más ciencia y menos retórica".[1675]

La situación geográfica de esta institución académica será referida por Gómez Carrillo para resaltar cuán alejada de los círculos académicos se encontraría otra institución de enseñanza muy reputada en París: el Colegio de Estética. Situará Carrillo estos polos opuestos: "Muy lejos del Instituto y de la Sorbona, en uno de los barrios menos universitarios de París, funciona desde hace algunos años un colegio de Estética".[1676]

El nombre de la Sorbona, de la mítica universidad parisiense, aparecerá ligado ineludiblemente al de la investigadora y científica laureada con dos premios Nóbel, Marie Curie, en un sorprendente artículo donde Gómez Carrillo alude a la existencia de un tercer sexo, integrado por mujeres que habrían renunciado a su feminidad en pos de logros científicos,[1677] renuncia que no contaría con el apoyo de nuestro cronista. Esta sería su opinión al respecto: "Esperando llegar un día u otro, como

[1674] Gómez Carrillo, E., "La Universidad Coránica del Cairo", en *La sonrisa de la Esfinge. Sensaciones de Egipto*, ed. cit., pp. 73-88.
[1675] Id., p. 84.
[1676] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 52.
[1677] Gómez Carrillo, E., "Las cervelinas" en *El libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 260-267.

madame Curie, catedráticas de la Sorbona, consúmense de ambición y de insomnio".[1678]

De nuevo aparecerá la ilustre institución académica relacionada con el estudio llevado a cabo por uno de sus profesores en su seno. Se trataría de un caso de posesión demoníaca,[1679] enfocando su solución desde un punto de vista científico, aunque nuestro cronista ofrecerá, de igual forma, otros intentos de explicación del fenómeno y de sanación de la afectada, llevados a cabo por diversos medios: "En la Sorbona, justamente, es donde el ilustre psicólogo acaba de contarnos la historia de la moderna poseída, que nació en Grecia y que se crió en Francia".[1680]

7.2.12. Casas, hoteles, residencias

Enrique Gómez Carrillo describe las casas, las residencias o las moradas de muchos de aquellos personajes relevantes de su época, a los cuales visita ya sea por cuestiones laborales, dado que realizará entrevistas destinadas a las publicaciones en las que colaboraba asiduamente, en los domicilios a numerosas personalidades contemporáneas,[1681] hombres de letras principalmente, ya sea de manera personal, como amigo o admirador que era de muchas de ellas.

Las artistas de la escena, actrices, bailarinas…, contaban especialmente con la admiración incondicional y reverente del cronista guatemalteco instalado en el *Tout Paris* de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, estatus que le permitía acceder a la intimidad de gran número de estrellas de la época, como serían artistas consagradas, no sólo a nivel francés como Liane De Pougy, (quien era en la época una actriz afamada tanto por su oficio como por sus romances), sino también a

[1678] Id., p. 265.
[1679] Gómez Carrillo, E. "Una demoníaca" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., pp. 163-171.
[1680] Id., p. 164.
[1681] Véase la serie de entrevistas cuyo título es "Una visita a…". en Gómez Carrillo, E., "Intimidades parisienses", en *Almas y cerebros.* ed. cit.

nivel internacional como la bailarina Isadora Duncan, cuyas casas visitó como atestiguan un artículo titulado justamente "En casa de Liane De Pougy", y el pasaje perteneciente a su autobiografía, en el que, refiriéndose a la residencia de la señora Christensen, dama madura con quien, según él, mantuvo un romance adolescente hallándose aún en su tierra natal, recuerda:

> Había ahí, en una atmósfera que luego he encontrado en casas como las de Isadora Duncan Y Liane de Pougy, una mezcla sabia de puerilidad femenina llena de molicies sedeñas y de grave preocupación de arte, de religiosidad confusa y de inquietudes estudiosas.[1682]

Entre las casas a las cuales tendrá acceso en sus primeros meses en París, destacará igualmente en su autobiografía la del escritor Stuart Merrill, pues en ella conocerá a dos grandes nombres de la literatura como son Wilde y Gourmont. De aquellas primeras visitas nacería una profunda amistad con el autor de *El retrato de Dorian Gray*, mantenida en todas las etapas del gran escritor, aún en las más tristes y desgraciadas.

La humilde estancia parisina en la que habitaba Moréas, el gran poeta de origen griego, es igualmente destacada en las memorias de Carrillo, cuando el joven admirador latino se dirige tímidamente ante el autor de culto, y éste, en plena sencillez, lo recibe en una estancia bohemia, que debió hacer las delicias del adolescente ávido de arte por encima de todo, estancia exenta de lujos, amueblada tan sólo con una cama en la que descansar, con libros y una mesa para escribir, y algunas prendas de vestir mal colocadas. Moréas preguntará a su casi adolescente admirador si desea esperar a que se vista para salir a pasear.[1683] Ni que decir tiene que aquellos momentos quedaron grabados de forma perenne y deliciosa en la mente del debutante Carrillo en las lides literarias.

Humilde será también la morada típicamente bohemia donde los jóvenes abandonados a la religión del arte sufrían las consecuencias del ateísmo de lo económico. Describirá Carrillo, mezcla de realidad y

[1682] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 110.
[1683] Id.

alucinación, la buhardilla en la que un joven artista conocido suyo murió, falto de recursos, aquejado de su voluntario abandono total e incondicional a la poesía: "su guhardilla, en la que no había ni fuego, ni muebles, ni pan, era para él un palacio encantado, y en el que, al asomarse a los ojos azules de su musa, veía paraísos infinitos".[1684]

Las moradas de personalidades literarias a las que hacíamos referencia aparecen diseminadas en muchas de sus obras. En su libro titulado *Almas y cerebros,* se encuentran recogidas buena parte de ellas, las cuales serían reproducidas igualmente en otras obras, tanto anteriores como posteriores. En esta obra, recogidas bajo el epígrafe de "Intimidades parisienses", Carrillo ofrece a los lectores su visión personal e impresionista de su entrevista con personajes de la talla de Zola, Verlaine o Daudet, entre otros, entrevista en la que no obviará alguna referencia a la zona parisina en la que viven, o directamente al interior de sus residencias, siendo usual una breve descripción de la habitación de trabajo de los mismos, en la cual es recibido y tiene lugar la conversación.

La entrevista carrillista se caracteriza por ofrecer como resultado en ella una imagen simbiosis entre el autor y el hombre, de manera que quede plasmada en ella una sensación global del creador y de la obra, alejada de la fría conversación, ceñida tan sólo al ámbito profesional del entrevistado, humanizándola al describir Carrillo las emociones despertadas en su alma al hallarse en presencia del gran hombre en cuestión.

Las estancias de trabajo de los autores visitados residentes en París, llaman poderosamente la atención de Gómez Carrillo, hasta el punto de ofrecer detalladas descripciones de algunas de ellas. Es el caso del gabinete de trabajo de Armand Silvestre, el cual, según afirma el propio cronista, sin tener nada de llamativo, le produjo una impresión única, por lo distante de la habitación de trabajo amplia y bien iluminada donde un escritor llevaría a cabo su intensa labor creativa. La del prolífico autor de *Azais* es

[1684] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 205.

pormenorizadamente descrita, siendo incluso uno de sus muebles, óbice para citar a Baudelaire. Describe Carrillo esta habitación:

> Es una pieza más bien estrecha que amplia, iluminada por una sola ventana que da a un patio "del tamaño de un pañuelo". La penumbra, la oscuridad podría decirse, es tan intensa que casi parece imposible que nadie allí pueda leer una página o escribir una línea. Y lo más curioso es que la mesa de trabajo, (una mesa de encina casi tan pequeña como un velador) no está cerca de la ventana, sino en el extremo de la estancia más apartado de la escasa luz que penetra por las vidrieras. En las paredes ningún cuadro, ningún grabado, nada más que un retrato de mujer. A la derecha una biblioteca en la cual hay más cajas de cigarros que libros; a la izquierda un diván muy grande, como un lecho, un diván que llena la mitad de la pieza y que hace pensar en el célebre verso de Baudelaire: "Des divans profonds comme des tombeaux".[1685]

De igual modo describe Carrillo la austeridad de la habitación de trabajo de Max Nordau, si bien esta vez, los libros resultan más abundantes: "Su gabinete de trabajo es una pieza muy estrecha y muy sencilla, en la cual los muebles desaparecen bajo una infinidad de libros, de periódicos y de manuscritos".[1686]

El taller de un artista llamado Bartholdi será presentado ante los ojos de los lectores en la entrevista realizada por Carrillo al escultor creador de una obra actualmente conocida a nivel mundial, la celebérrima *Estatua de la Libertad*. Describirá Carrillo alguna de las obras del maestro que va descubriendo conforme penetra en el citado taller, como la de Cristóbal Colón, para acceder, después de un rato de conversación, al segundo piso de este taller, donde el escultor mostraría las pruebas del arduo trabajo y los infinitos ensayos realizados para crear la perfección de su obra *El León de Belfort*. Así expresa sus emociones Carrillo en esa segunda planta del taller del escultor:

> […] la gran sala del segundo piso, más bien parece un museo de historia natural que un taller de artista. ¿Cuántos leones de yeso hay allí? ¿Cincuenta? ¿Cien? Lo cierto es que yo creo

[1685] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., pp. 264-265.
[1686] Id., p. 246.

> haber sentido, en un cuarto de hora, la misma obsesión que sintió Bartholdi mientras ejecutaba su monumento de Belfort.[1687]

La habitación de trabajo del escritor Jean Lorrain, en un periférico barrio parisiense, en donde lo visitara igualmente para realizar su genuina entrevista, recibe el siguiente calificativo de la pluma de Carrillo: "verdadero museo de curiosidades artísticas",[1688] pasando seguidamente a enumerar alguna de estas curiosidades, en apoyo de su afirmación anterior: "algunas obras originales de Antonio de la Gándara, y dos encantadores bustos de cera de artista desconocido, el mejor y más elegante retrato de Sarah Bernhard que existe en el mundo. […], una fantástica colección de ranas de loza, […]".[1689]

Carrillo hablará a Huysmans de uno de sus admiradores hispanoamericanos en la estancia en la que es recibido por el autor de *Là-Bas*, habitación que describe, en una primera impresión, como "estancia reducida y modesta en la que el gran novelista francés recibe a sus amigos".[1690] Comenzada la conversación, volverá a la descripción más detallada de la misma, por haber sido ya comentada por otros cronistas, para dar una visión un poco más completa que la anterior. Pormenorizará Carrillo: "Su gabinete de trabajo, del cual muchos cronistas han hablado como de una capilla oculta y singular, es una pieza estrecha y alta, en la cual no hay más que un sofá, dos o tres sillas, una mesa de pino y unos cuantos estantes llenos de libros".[1691] Serán esos libros los que doten de un halo especial la minimalista sala, pues afirmará Carrilllo: "Su lujo y su orgullo son los libros. A todo el que va a verle le enseña las ediciones raras de misales antiguos y de viejos cronicones históricos que posee",[1692] y así continuar citando las palabras gozosas del escritor dedicadas a cada uno de aquellos objetos de arte impreso.[1693]

[1687] Id., pp. 223-224.
[1688] Id., p. 125.
[1689] Id., p. 126
[1690] Id., p. 137.
[1691] Id., pp. 139-140.
[1692] Id., p. 140.
[1693] Id., pp. 140-141.

La morada de una sibila, de una adivinadora en París, tendrá igualmente cabida en la obra carrillista, pues en una crónica dedicada a la situación de las artes lectoras del porvenir en París,[1694] visitará la sala donde una reputada Madame ejercía su arte de astróloga. La descripción que nos ofrece nuestro autor de la sala de espera es realmente completa: "sus ventanas herméticamente cerradas en pleno día, con sus grandes candelabros encendidos, con sus cortinajes constelados de signos cabalísticos, con sus muebles que parecen robados de un coro gótico y con sus paredes cubiertas de extraños dibujos".[1695] Tras la descripción de la antesala nos ofrecerá su visión junto con sus sensaciones, del lugar donde se realizaban las predicciones: "Al encontrarme en aquella estancia estrecha, saturada de perfumes singulares, llena de esferas azules, de compases áureos y de pergaminos arrugados, no pude defenderme contra un ligero estremecimiento".[1696]

Algún hotel parisino cobraría renombre gracias a huéspedes especiales. Es lo que resalta Carrillo aludiendo a la fama alcanzada en París por un grupo de bailarinas inglesas en los teatros de la capital francesa.[1697] Esta fama habría alcanzado, según destaca nuestro autor, aludiendo a las pasiones que levantaban, y subrayando que, incluso el hotel en que se alojaban se puso de moda.[1698]

7.2.13. Palais de Justice

El Palacio de Justicia parisino en concreto como modelo de todos los palacios de justicia franceses, o incluso mundiales, aparecen en una crónica carrillista dedicada a analizar el rechazo que la mujer jurista sufriría en este ámbito laboral por parte de sus colegas varones.[1699] Incluso, el autor guatemalteco hará referencia a una novela, con el objetivo de aportar

[1694] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., pp. 7-28.
[1695] Id., p. 17.
[1696] Id., p. 18.
[1697] Gómez Carrillo, E., "Las "girls" en *El libro de las mujeres*, ed. cit., pp. 71-78.
[1698] Id., pp. 71-72.
[1699] Gómez Carrillo, E., "El culto de la toga" en *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 56-63.

pruebas que apoyarían su postura en pro de la presencia femenina en el mundo judicial, en la que la protagonista femenina desempeña en París la labor de abogada feliz y realizada.[1700] No obstante, la escritora dejaría constancia de los celos profesionales que su pareja, también consagrado al mundo de la legislatura, en tanto que ejemplar masculino desplazado, sentiría hacia ella. El desenlace de la citada novela no dirá mucho a favor de la realización profesional de la mujer, puesto que la protagonista, ante los conflictos generados por su actuación laboral, abandonaría su trabajo para dedicarse a la familia. No obstante, la lectura de Gómez Carrillo, lejos de ser propicia al abandono de las mujeres de lo profesional en pro de lo familiar, es completamente radical y opuesta, pues de la lectura de la citada novela extraerá nuestro cronista una moraleja sorprendente pero eminentemente práctica y realista, pues sentenciará nuestro autor: "Moral: abogadas, no os caséis con abogados…".[1701]

[1700] Se trataría de una novela de la escritora Colette Iver, como el propio Carrillo señala. Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas*. ed. cit., pp. 61-63.
[1701] Id., p. 63.

Capítulo 8. La ciudad natural: descripción de París

8.1. El día y la noche

Carrillo siempre amó la noche parisina, fecunda en encuentros y en relaciones artísticas y festivas. Quedaría constancia de ello en la descripción de todas las veladas que habría pasado en los cafés y en los cabarets parisinos, en compañía femenina o en compañías literarias y artísticas. De ellas nos hablará Carrillo en *Sensaciones de Madrid y de París,* de las noches festivas en los cafés y cabarets de Montmarte y el barrio Latino. Esas magníficas veladas morirían con el que fuera su inventor, Roberto Salis, fundador del famoso café *Le Chat Noir* parisiense. Se lamentará Carrillo de la desaparición de este personaje, diciendo: "con él mueren muchas noches de regocijo que París se había prometido y que él había prometido a París".[1702]

No se plantearían dudas en cuanto a que la belleza de París durante la noche sea digna de ser reverentemente admirada. No obstante, recordando esta belleza nocturna, en una crónica en la que el tema principal será el viaje, nuestro autor aconsejará visitar las ciudades, aún las más insignificantes, con la finalidad de recrearse en otra cara de la belleza, matizada por sombras y claridades: "No son sólo París, Barcelona, Milán, Buenos Aires y las demás Metrópolis noctámbulas las que merecen ser observadas a la luz de las lámparas".[1703]

Gómez Carrillo vivía la noche. La noche parisina guardaba los secretos de muchas sensaciones placenteras, por ello, la noche sinónimo de bailes públicos, de alegrías juveniles y amorosas son puestas de relieve en su obra. La visión nocturna del barrio mítico de Montmartre aparece en su obra al ensalzar las dulzuras con las que los parisinos se deleitaban en la noche montmartresa, concentrada en la esencia del cabaret por excelencia,

[1702] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 10.
[1703] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 17.

el Moulin Rouge, al cual definirá como sigue: “Sus alas de luz púrpura, girando sin descanso en la bruma de las noches de Montmartre, iluminan con claridades casi diabólicas el bulevar exterior”.[1704]

El día y la noche serán contrapuestos como el blanco y el negro por nuestro cronista, apelando a la vida que imprimirían los bailes públicos a la noche, ejerciendo sobre ella un poder vivificador. Rogará Carrillo a estos lugares que no cesen en su alegre labor: “Seguid siendo los lugares de placer y de olvido, de ruido y de risas, de ritmo y de gracia. La vida durante el día es muy triste, y por la noche también lo sería si no hubiera lugares tibios para los dichosos y salas ardientes, cual las nuestras, para los desgraciados…”.[1705]

Nuestro autor se enmarcaría dentro de los típicos modelos de escritores que lo son noche y día, es decir, sin descanso. La noche parisina se revelará como inspiradora de un Gómez Carrillo infatigable y siempre preparado, sin importar la hora, a que su pluma capte rauda la visita de la inspiración. Así lo expresa en la dedicatoria a la publicación del primer volumen de sus obras completas,[1706] dedicatoria en la que señala el carácter, a la vez viejo y nuevo que tendría la obra, al contener, tanto páginas escritas hacía ya mucho tiempo como otras que datarían de la víspera misma. Concretamente, la más antigua sería fruto del crepúsculo otoñal parisino. Refiriéndose al libro en general dirá: “En él se encuentra, con toda su ingenuidad, la primera silueta femenina que tracé, hace más de veinticinco años, una noche de otoño parisiense…”.[1707]

La noche será el hogar de lo festivo. En la imaginación de Carrillo tomarán cuerpo lo que serían las típicas fiestas de los estudiantes bohemios de principios del siglo XIX, sugeridas por los dibujos del pintor francés Gavarni, las cuales describirá en medio de su alegría y su minimalismo material. La explosión de la fiesta, con la salida de los y las jóvenes a las calles parisinas es descrita por nuestro cronista: “A media noche, no

[1704] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit. p. 243.
[1705] Id., p. 247.
[1706] Id.
[1707] Id., p. 5.

pudiendo ya estarse quietas en la mansarda, salen en pintoresco grupo, para bailar, al claro de luna, ante los guardias, que sonríen, los más furibundos cancanes y las más extrañas farandolas en la plaza de la Sorbona".[1708]

El preludio de la noche, es decir, el atardecer, la metamorfosis de las luces brillantes en las sombras suaves sobre la ciudad de París son consideradas como los verdaderos lujos que ofrecería, en exclusiva, la capital del Sena.[1709] Esta sería la opinión de una dama que hablaría con Gómez Carrillo, quedando éste prendado de tal discurso, hasta el punto de reproducirlo en su obra. La opinión en cuestión denostaría la imagen de lujo parisino sinónimo de espectáculos, champagne o fiestas, en favor de espectáculos naturales, y gratuitos, como pudiera ser la sola visión de las calles de París, envueltas en infinidad de matices cromáticos, en el oro soleado o en el rosa del crepúsculo, con el alegre bullicio de sus gentes, ofrecerían a los ojos sensibles que estuvieran dispuestos a admirarlos para descubrir sus íntimos secretos. La enumeración de una lista de esos placeres es lo que Carrillo capta en las palabras de la citada dama:

> la mirada que viene del balcón misterioso, la sonrisa que acaricia y que pasa, la estatua viva que después de ondular ante nuestra vista desaparece entre las fauces de un portal, el claro de luna que hace a los árboles un manto de plata etérea, y el sol, el sol de oro y de púrpura en un cielo turquesa.[1710]

A continuación, experimentará el autor guatemalteco las hondas sensaciones provocadas al encontrarse frente a las bellezas y excelencias gratuitas de las que se había tratado anteriormente por la citada dama. Describirá así nuestro cronista aquel poético atardecer parisiense:

> Eran las siete de la noche. La ciudad, envuelta en ligeras sombras que aún no llegaban, y luz que aún no se iba, parecía una decoración de *féerie*. Todo palpitaba entre el áureo polvo del crepúsculo. Los edificios, esbeltos y grises, cubríanse de vapores rosados, y allá, en lo alto de los torreones, donde el aire es más puro y más diáfano, las oriflamas internacionales estremécense con vuelos multicolores.[1711]

[1708] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., p. 109.
[1709] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., pp. 124-126.
[1710] Id., p. 124.
[1711] Id., pp. 124-125.

Mas, en su obra, existen algunas noches diferenciadas por alguna circunstancia particular. Sería el caso de la que destacamos a continuación. Un desafortunado suceso marcó la vida de Gómez Carrillo una hermosa noche en París, la cual, tan bella y tan serena, no presagiaba acontecimientos graves. Nos referimos a la noche en la que se produjo el intento de suicidio del doctor Garay, compatriota de Carrillo, estudiante de medicina, a quien su novia Alice habría abandonado seducida por los encantos bohemios de nuestro cronista. El novio despechado acompañaba a los dos enamorados, subiendo con ellos a la habitación que compartían, y, una vez allí, se arrojó al vacío desde el balcón, hiriéndose y siendo trasladado al hospital, quedando así el joven Carrillo como la personificación de la culpabilidad del trágico suceso.[1712] La descripción de la idílica noche parisiense que nos ofrece Carrillo, cuyo final sería tan inesperado, rezuma calma y poesía, invertidos, segundos después, tras el desafortunado incidente al que aludíamos, en incertidumbre e incredulidad:

> La noche comenzaba a caer: una noche parisiense de otoño, lluviosa y tibia. En la calle, las lámparas del alumbrado público acababan de encenderse, y sus llamas, reflejándose en el suelo húmedo, formaban, de trecho en trecho, minúsculos lagos de oro. Del taller de enfrente escapábase un coro de voces frescas, entonando una cancioncilla sentimental, de ésas que lloran y ríen a un tiempo mismo y en las cuales cada obrerita enamorada halla la expresión de sus penas, sus deseos y de sus esperanzas.[1713]

Las calles en su sencillez diaria, exentas de adornos o artificios propios de situaciones especiales, adquirirán, de igual modo, un aspecto mágico en el atardecer parisino a los ojos de Gómez Carrillo: “La calle, sola, sin músicas, sin desfiles, sin iluminaciones de días de fiesta; la gran calle, sorprendida en uno de los momentos más íntimos de su vida monótona y admirable, producía en los espíritus una sensación casi mística”.[1714]

La vista panorámica del atardecer parisiense contemplada desde un lugar elevado por Gómez Carrillo incluiría también a sus gentes, como

[1712] Gómez Carrillo, E., *En Plena bohemia,* ed. cit.
[1713] Id., p. 143.
[1714] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot,* ed. cit., p. 125.

parte integrante de la naturaleza de París, como elemento indispensable que contribuiría, de igual modo, a completar la belleza propia de la capital parisina. Ellas formarán parte del encanto natural de la capital francesa, pues describirá nuestro autor: "Muy abajo, muy abajo, bajo los árboles pequeñitos de las aceras, bajo los balcones y los rótulos, discurría sin prisa y sin pena, una humanidad especial. ¿Eran obreras o grisetas, burguesitas o marquesas, banqueros o dependientes?"[1715] La respuesta a esta pregunta carecerá de importancia, dado que resaltará Carrillo, en esas gentes, independientemente de sus estatus sociales, la alegría y la dicha que parecía animarles, hasta el punto de convertirse en un perfume capaz de impregnar el aire que los envolvía, ejerciendo una influencia trasformadora que dotaría del elixir de la juventud a todo el que lo aspirase.[1716] Afirmará Carrillo en este sentido: "Los hombres maduros parecían adolescentes y los ancianos se convertían en niños".[1717]

Otra de las estampas parisinas que constituyen, en opinión de nuestro cronista, la esencia única de París, se encuentra en el paseo en el que se pretende disfrutar del paisaje y las sensaciones que éste despierte en el caminante. Por ello, nuestro autor recomendaría un itinerario ideal, para saborear las vistas de París: "Encaminaos hacia la Estrella una tarde de estío, en la apoteosis del sol, entre los esplendores de los Campos Elíseos, y sentiréis en vuestro corazón las exaltaciones imperiales de los triunfos latinos…".[1718]

8.2. El Sena

El río de París aparecerá en la obra carrillista en un apéndice de la obra *El alma encantadora de París.*[1719] En las notas que completarían la crónica

[1715] *Ibid.*
[1716] Id., p. 126.
[1717] *Ibid.*
[1718] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa*, ed. cit., p. 3.
[1719] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit.

de esta misma obra[1720] titulada “Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes”,[1721] en el cual Gómez Carrillo analiza ciertos casos de asesinato cometidos con concienzuda preparación, por parte de los asesinos, encaminadas a conseguir con éxito la comisión del citado crimen y eludir el correspondiente peso de la justicia. Bien es cierto que, si se habla del crimen perfecto y de la metodología utilizada por los criminales, no se realiza en un intento de dignificar estos hechos, al contrario, se trataría de evidenciar que el crimen perfecto sería tan difícil de realizar, que es totalmente imposible que se logre, y por tanto, se persigue, mediante esta exposición, la inhibición ante la posibilidad de comisión de un crimen, es decir, convencer a los potenciales criminales de la imposibilidad de acceder al crimen perfecto.

Para poner de relieve lo que acabamos de exponer, Carrillo cuenta con detalle varios crímenes realizados, los cuales, pese a todos los cuidados y precauciones tomados por los asesinos, fueron finalmente descubiertos y, consecuentemente, castigados. En uno de ellos aparecerá el río Sena en calidad de encubridor, en principio, al engullir el cadáver a él arrojado, aunque como delator al final al hacerlo aflorar a la superficie. Gómez Carrillo parece inmiscuirse en la mente del asesino para transmitir en estilo indirecto los pensamientos de éste y su visión del río como cómplice en el secreto de su crimen: “El Sena estaba cerca. La noche era fría. En la calle no había un alma”.[1722]

8.3. Las estaciones

Las diferentes estaciones del año aparecen señaladas con claridad en los recuerdos literarios de Carrillo. Así recordará como, en París, una mañana de invierno, lo llamó su admirado Verlaine, con objeto de hacerle

[1720] Id., pp. 241-253.
[1721] Id., pp. 69-90.
[1722] Id., p. 242.

confidencias en el café en que se encontraba.[1723] O cómo, mientras entrevistaba a Daudet, el autor de *Petit chose,* aludía al tiempo de ese otoño parisiense, en términos poéticos, describiéndolo como "claro y lleno de lodo, "como una perla sucia"".[1724]

También recordará Carrillo como fue, en un frío invierno parisino, cuando conoció a Oscar Wilde: "Fue en casa de Stuart Merril, el poeta adorable de *Los Fastos*, donde encontré por primera vez, una noche de crudo invierno, al autor ilustre de *Salome* y de *El Retrato de Dorian Gray".*[1725]

Nada mejor que una mañana primaveral en París para abandonarse al placer de la *flânerie,* del deambular parsimonioso, mejor aún si el objetivo fijado está en la contemplación de la dispersa y omnipresente belleza femenina. Es lo que Carrillo aconsejará a los visitantes de la Exposición anual de pintura celebrada en París, y en donde numerosos retratos femeninos eran expuestos, de la admiración de los cuales se podría sacar una conclusión global sobre el encanto de la mujer parisina. Sin embargo, Carrillo optará por la visión de mujeres más reales y aconsejará, como decíamos, salir a las calles de París, y admirar los carteles publicitarios donde, artistas de genio también, como los de la exposición, habrían inmortalizado a la verdadera mujer parisina, sin idealizar, la de carne y hueso, aquella que invitaría al espectador al consumo, dado que Carrillo se refiere a la admiración de la belleza femenina utilizada en calidad de reclamo publicitario, presente en los anuncios que poblarían las calles parisienses:

> Si yo quisiera, no obstante, formarme una idea justa de la belleza parisiense, en vez de encerrarme en el Palacio de las Máquinas, iríame por las calles de Lutecia una de esas mañanas, cuando el sol primaveral que no ha bajado hasta el asfalto de las aceras se entretiene aún en dorar las cabelleras rubias de los carteles artísticos; y sin catálogos, ni guías, admiraría el genio modesto de los verdaderos pintores de sonrisas parisienses en el

[1723] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., pp. 185-186.
[1724] Id., p. 160.
[1725] Id., p.149.

> vasto Museo que sus obras efímeras forman al aire libre sobre los muros grises.[1726]

El verano, en París, para Gómez Carrillo significa el *no ser* del París habitual. Así pues, el mes de septiembre, lo concebirá como una transición hacia la normalidad del París sinónimo ebullición artística y vivaz. Plasmará esta idea en las siguientes líneas, refiriéndose al citado mes, diciendo: "carece de brillo y vigor. Es como una convalecencia después de la enfermedad, después de la asfixia".[1727] Se referirá Carrillo a la falta de atractivos culturales propios del París estival, el cual reduciría sensiblemente las posibilidades de asistencia a espectáculos y los temas de conversación artística, recobrados con el inicio otoñal: "Los teatros entreabren sus puertas. Las grandes comedias, los estrenos sensacionales, los debuts ruidosos, están reservados para más tarde, para las noches de invierno".[1728]

El fin del estío llega inevitablemente. La naturaleza avisa con pequeñas señales de que el otoño se acerca inexorablemente. Aquí ofrecemos la poética descripción de esta transición realizada por Gómez Carrillo: "El verano está para terminar. Ya las copas de los árboles se tiñen de oro prematuro y el aire nocturno produce ligeros escalofríos al acariciar la nuca de los que, en las terrazas del bulevar, olvidan la hora ante la cabalgata de sus quimeras".[1729]

No menos poética es la pintura que realiza nuestro cronista de los atardeceres parisinos de finales de agosto: "El último sol de Agosto se pone a lo lejos, haciéndose, para su imperial agonía, un marco de piedra con el arco del Triunfo de la Estrella".[1730] No obstante, el final del verano no supondrá para los parisinos la caída de nuevo en las rutinas laborales, muy al contrario, septiembre, como señalábamos anteriormente, sería el tiempo del nuevo despegar de los espectáculos teatrales que principiarían a retomar su ritmo habitual, anunciando la gran actividad cada vez más

[1726] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 150.
[1727] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París,* ed. cit., p. 26.
[1728] *Ibid.*
[1729] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres,* ed. cit., p. 207.
[1730] *Ibid.*

próxima. Por ello, nuestro autor, gran amante de los teatros y del arte, cantará al noveno mes alegremente, en los siguientes términos: "¡Septiembre! Decidlo en el castillo o en la venta, las imaginaciones verán surgir, al compás de una música endiablada, las primeras imágenes del París de la eterna fiesta de arte y de voluptuosidad".[1731]

Las estaciones impregnarán alguna de las crónicas carrillistas de índole literaria. Así, refiriéndose a poetas dignos de loa, según Carrillo, escribirá una extensa crónica titulada "Los cinco príncipes de las letras"[1732] en la que realizará un acercamiento a la persona de aquellos poetas y una crítica de su obra, incluyendo extractos de la misma. De la figura de Léon Dierx,[1733] debido a su nacimiento en tierras tropicales, afirmará la impronta que el rechazo a las bajas temperaturas parisinas le inspira, quedando reflejado en su obra, pues nuestro autor encuentra en ella que: "El otoño friolento le inspira infinito miedo",[1734] al igual que el invierno, con sus débiles rayos de sol y sus frecuentes lluvias, causarían honda impresión en el cálido temperamento del poeta: "en la estación húmeda, ante los soles pálidos de París, bajo los árboles sin hojas, la nostalgia se acentúa, la visión de la patria luminosa crece, y la tristeza hace que sus estrofas lloren amargamente".[1735]

Notará Carrillo, de igual modo, que las estaciones frías harían igualmente mella en la personalidad así como en la producción poética de Moréas, el griego transplantado al ambiente parisino. De él dirá Carrillo: "Al aclimatarse en este París de brumosos inviernos y de angustiosos otoños, ha adquirido cierta gravedad melancólica".[1736]

Otros meses del año serán igualmente cantados por nuestro autor. Esta vez en términos relacionados con la moda, al igual que antes lo fueran con la música y lo festivo. De mayo y de las mujeres que florecen en las calles de París, adornándolo cual un jardín del edén, dirá Carrillo:

[1731] Id., p. 208.
[1732] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., pp. 182-221.
[1733] Léon Dierx (1838-1912), poeta francés, nacido en la Isla de la Reunión.
[1734] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 184.
[1735] Id., pp. 184-185.
[1736] Id., p. 240.

> Es el mes de lo que no sólo es rico. Las mujeres mismas que nos encantan por las calles, no pertenecen únicamente a las clases ricas, sino que, por el contrario son a menudo modistillas o burguesitas, chicas pobres, muchachas humildes.[1737]

Del mes de abril, ensalzará la frescura de los jóvenes que impregnará el aire parisiense: "Pero en abril, la palma es para la juventud, para la ingenuidad. Ved esos cuerpecillos que rítmicos que ondulan, llenos de vida".[1738]

La primavera parisiense, además de conllevar florecimientos naturales, tendría anexados otros fenómenos, menos relacionados con la naturaleza, como el que destaca Carrillo al comentar: "Los que cada año por primavera, o antes, si no tienen nada mejor que hacer, piden en crónicas y discursos, la supresión del Conservatorio parisiense".[1739] La razón de esta petición también la expone nuestro autor, pues los detractores de la institución de enseñanza dramática pensarían que: "para lo único que el venerable establecimiento sirve, es para perpetuar la absurda división de los empleos teatrales".[1740] A partir de esta primaveral exigencia parisina, el escritor guatemalteco analizará las características de las actrices, citando con nombres y apellidos a las más célebres de las tablas parisienses, encuadradas en diferentes registros, los cuales ya les vendrían predeterminados por su paso por esta escuela.[1741]

El análisis del fenómeno de las tendencias de la moda en general y en la capital del Sena en particular, dará lugar a variadas e interesantes reflexiones de nuestro cronista, plasmadas en su obra *La moda y Pierrot.*[1742] Con la llegada de la primavera, Carrillo invita al lector al espectáculo de la eclosión floral parisina: "En Mayo florido hay que visitar París, si se quiere tener una idea exacta de lo que son las elegancias femeninas".[1743]

[1737] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot,* ed. cit., p. 118.
[1738] *Ibid.*
[1739] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes.* Op. cit., p. 225.
[1740] *Ibid.*
[1741] Gómez Carrillo, E., "Ingenuas, coquetas y damas trágicas". Id., pp. 225-236.
[1742] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot,* ed. cit.
[1743] Id., p. 97.

La primavera parisina es descrita por Gómez Carrillo de tal forma, encuadrada en el tema de la moda parisiense, que se establece la duda de saber si está habando en sentido real o figurado, al describir las floraciones propias de la primavera, o si esa floración constituye una metáfora de la visión de la belleza femenina que pasearía por las calles de la Ciudad Luz:

> En el ambiente hay perfume de flores que se escapa de las ventanas entreabiertas, y al través de las vidrieras se ven por todas partes, irguiendo sus talles esbeltos, los iris de mil matices, las lilas frescas y las rosas primeras. Son las flores modestas. Un poco más tarde, cuando la Exposición de Horticultura abra sus puertas, vendrán las otras, las raras, las caras, las que tienen nombres extraños, formas fantásticas y colores inverosímiles.[1744]

La duda nacería de las líneas precedentes a esta descripción y de las que siguen, puesto que el tema central de ambas partes sería la moda y sus principales consumidores, es decir, las mujeres. Seguidamente, nuestro autor dirá que la primavera es Mimí Pinson, prototipo de la joven parisiense alegre de clase media baja.[1745]

8.4. Los bosques y jardines.

El aspecto natural de París constituirá otro de los atractivos de la ciudad ante los ojos de nuestro cronista. En defensa de que París es uno y es todo, Carrillo daría una serie de consejos para quienes deseasen comprobar fehacientemente su especificidad: "Id hacia los jardines del Luxemburgo un día de primavera, bajo el calor de la flor de malva recién lavado por una lluvia tibia, y toda vuestra adolescencia os subirá a la cabeza cual un vino embriagador…".[1746]

Los parisinos y emblemáticos bosques de Bolonia y de Vincennes aparecen en un artículo de Carrillo en el que narra anécdotas de personajes de París, relativas a la costumbre del siglo, arraigada entre los caballeros,

[1744] Id., p. 118.
[1745] *Ibid.*
[1746] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa,* ed. cit., p. 13.

de batirse en duelo, incluso en ocasiones, enfrentados por cuestiones nimias.[1747] Ambos bosques aparecen como los lugares a los que acudirían los dos contrincantes, cada uno a uno diferente, al no haber especificado en la hora de retarse a cual de ellos se referían al decir ambos: "nos veremos en el Bosque".[1748] Así pues, en el París de Carrillo estos bosques se hallarán íntimamente relacionados con el concepto de campo del honor. Proseguirá Carrillo comentando tanto las desproporcionadas normas que regían los duelos años atrás, en los que el vencedor podía disponer libremente del vencido a su antojo, hasta las instancias de los jurisconsultos de la época por promulgar una ley que verdaderamente refrenara éste hábito entre los franceses varones. Instancias infructuosas, pues en cuanto se acallaban las protestas tras un lance de trágicos resultados, los franceses volvían a usar de este método para dirimir sus diferencias. Esta idea es bellamente expresada por Carrillo, con alusiones a los escenarios naturales de los citados duelos: "cuando la tumba violentamente abierta se cierra, las espadas principian de nuevo a lucir bajo el sol parisiense en los bosques deliciosos que hacen a la gran ciudad un riquísimo cinturón verde de terciopelo".[1749]

Los periplos al aire libre en los primeros días que Carrillo pasara en París, la ciudad maravilla, donde su corazón y su personalidad se vieran henchidas de cosmopolitismo, arte y libertad, eran frecuentes, dejando constancia de ello en sus escritos. En sus recuerdos quedarían grabados a fuego algunos de ellos por la ventura que los hados le depararan, como sería el caso del siguiente extracto que forma parte de la descripción del hermoso y radiante París de sus dieciocho años, en el cual todo era felicidad y donde los más pequeños detalles de la vida cotidiana, representaban para el joven paseante la sorpresa emotiva. Tal es la descripción de la mañana primaveral parisina en la que, a la vuelta de una esquina, el azar lo sorprendería con el encuentro con un Verlaine que le invitaría a ser su acompañante durante todo el día, y gran parte de la noche:

[1747] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., pp. 311-315.
[1747] Id., p. 313.
[1748] Id., pp. 314-315.
[1749] Id., p. 314.

> Eran las siete de la mañana, yo había salido para respirar, bajo las acacias floridas del Luxemburgo, el aire primaveral. Las obreritas pasaban rítmicamente con los ojos aún cargados de de sueño y de ensueños, con los labios ya sonrientes ante la realidad juvenil. […] Por la amplia calle sin coches, un soplo de vida fresca, de trabajo sano, hacía olvidar los cortejos estudiantiles de la noche.[1750]

Un espacio natural parisino citado por Carrillo es el Jardín de Aclimatación, donde, informará nuestro cronista, un hombre de negocios procedente de Buenos Aires, habría fundado una aldea exclusivamente para habitantes que tuvieran en común su baja estatura, a la que habría bautizado con el nombre de El Nuevo Liliput,[1751] fundación que obedecería a la moda social del gusto por estos seres especiales por sus dimensiones reducidas.[1752]

Los grandes espacios arbolados parisinos serán los testigos mudos, hacia 1919, de una nueva moda parisina, la práctica del boxeo. Práctica anteriormente denostada pero adoptada posteriormente hasta alcanzar cotas muy altas entre la población masculina parisiense.[1753] Dato representativo para tal afirmación sería la afluencia de tales deportistas a lugares públicos parisinos, en concreto a los pulmones verdes de la Ciudad Luz, como hace constar nuestro cronista: "El bosque de Bolonia, en fin, y el bosque de Vincennes, se llenan por las mañanas de adolescentes, que, obedeciendo a la disciplina del entrenamiento metódico, se consagran al cotidiano paseo acelerado de todo buen *amateur*".[1754]

Carrillo visitaría un establecimiento botánico un tanto especial, relatando la citada visita en una de sus crónicas. Un jardín especializado en ejemplares de Extremo Oriente ubicado en el hospital de plantas que Carrillo visitaría en París, donde pondrá de relieve los gustos y los amorosos cuidados del enfermero de las especies vegetales allí ingresadas, será descrito por Carrillo, con su brillante prosa poética, que acercaría un

[1750] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 47.
[1751] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., p. 176.
[1752] Gómez Carrillo, E., "La pasión de los monstruos", Id., pp. 173-181.
[1753] Gómez Carrillo, E., "El culto de la fuerza" en *El cuarto libro de las crónicas*, *op. cit*., pp.16-30.
[1754] Id., p. 25.

sencillo jardín a la categoría de paraíso natural.[1755] Citaremos la definición que hace Carrillo de este delicioso rincón pletórico de exuberante salud en un entorno de especies enfermas: "En un espacio claro apareció a mi vista la más lujuriante florescencia de gigantescos nenúfares extendidos cual alfombra y de altos crisantemos cuyas ramas superiores formaban *plafones* ondulantes".[1756]

Los grandes conflictos modificarían el aspecto de las ciudades y de sus espacios verdes. La visión de la naturaleza de los alrededores de París, modificada con la finalidad de fortificar la ciudad y presentar defensas ante el avance del ejército enemigo durante la Primera Guerra Mundial, adquiere ante los ojos de Gómez Carrillo, dimensiones de bosque artificial, no por ello, carentes de la poesía que caracterizaba su prosa. Las barricadas construidas a base de troncos de árboles y alambre de espino son el espectáculo que nuestro autor nos ofrece, cuando lo presenciaba durante la salida de la ciudad dirigiéndose a visitar las posiciones que habían sido ocupadas por el ejército alemán, con objeto de redactar sus crónicas de guerra encargadas por el periódico en el cual colaboraba.[1757] Esta partida hacia los campos de batalla convertidos en campos de ruinas, como el título de la obra en la que aparecerían recopiladas posteriormente, es plasmada como sigue en el relato de Gómez Carrillo:

> Nuestras visiones de guerra comienzan en las puertas mismas de París, entre las arboledas de las fortificaciones. Estos parajes, hasta hace pocos meses llenos de alegres *guinguettes* propicias a los idilios de pueblo, están hoy convertidos en campos atrincherados. […] Por todas partes, los grandes álamos, cortados de cuajo, interrumpen el paso de los coches. Los alambres espigados entrelázanse en las ramas sin hojas, formando fantásticas vegetaciones de zarzas grises.[1758]

Los alrededores inmediatos de París, en su viaje hacia aldeas y pueblos que habrían sufrido el azote de los ejércitos teutones, se alzan ante los ojos del cronista viajero plenas de belleza y serenidad, cuyo aspecto incitaría al

[1755] Gómez Carrillo, E., "El amor de las flores", Id., p. 205-215.
[1756] Id., p. 211.
[1757] Gómez Carrillo, E., "De París a Esternay" en *Campos de batalla, campos de ruinas*, ed. cit., pp. 15-20.
[1758] Id., p. 15.

disfrute del paisaje y a la contemplación de la belleza de la naturaleza, desdibujando el telón de fondo de los bélicos acontecimientos: “Nada en el cuadro que tenemos ante la vista nos habla de violencias, de crueldades, de hecatombes: Todo respira, por el contrario, bajo este cielo de otoño, entre estas enramadas áureas, la dulzura de vivir”.[1759]

8.5. El cielo de París

El cielo parisino es evocador a la vez que acogedor ante los ojos de los artistas y poetas venidos de lejos. Citará Carrillo las palabras del poeta griego Moréas, quien verá similitudes entre su cielo natal y el parisino de adopción: “Moréas en una de sus Estancias dice: “¡Oh, cielo de París, igual a mi cielo de Atenas!””.[1760]

Respecto a la influencia de la belleza del cielo parisino en otros artistas, citará Carrillo a la Condesa de Noailles,[1761] cuyos exóticos orígenes no impedirían, según nuestro cronista, ser digna de ostentar “una gracia parisiense deliciosamente impecable”.[1762] Destacará nuestro autor cómo la escritora amará los paisajes franceses, de los cuales dirá, según cita Carrillo: “el día está lleno de gracia mortecina y lejana-, bajo el cielo tan ligero, tan sensible, tan alto”.[1763] Estas líneas de la Condesa de Noailles dedicadas al cielo galo, hacen exclamar a nuestro autor: “¡Es extraordinario el poder que tiene el cielo de París y de la Isla de Francia en las almas lejanas!”.[1764]

En un intento de dotar al cielo parisino de connotaciones cosmopolitas, capaces de integrar diferentes procedencias en una sola, susceptibles de hacer olvidar las maternas, Gómez Carrillo aludirá a

[1759] Id., pp. 16-17.
[1760] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 265.
[1761] Anna de Noailles (1876-1933), escritora francesa. Princesa Brancovan y condesa Mathieu de Noailles, desdenciente de la familia Bivesco-Brancovan, de origen rumano.
[1762] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 264.
[1763] Id., p. 265.
[1764] *Ibid.*

personas de diferentes nacionalidades, las cuales habrían declarado no sentir nostalgia de sus países bajo la bienhechora cúpula celeste parisina: "Y yo conozco árabes, turcos, levantinos de toda especie que viven aquí sin nostalgia, sin suspiros, sin melancolías".[1765] Éste sería sin duda el propio caso del autor guatemalteco.

Le dará la razón otro autor, el cual sugerirá a Carrillo que, el misterio de que todos se encuentren en París y en Francia como en el hogar, se hallaría en que estos lugares son semejantes a un jardín, y, diría el autor citado por Carrillo: "y en un jardín siempre está uno bien".[1766]

Los juegos de luces y sombras propios del crepúsculo, contribuirían a los efectos mágicos que cabrillearían en el cielo de la capital francesa, atrapando en su festival de lumínicas transformaciones la exacerbada sensibilidad artística de nuestro cronista, pues recita así:

> La sombra, como una ola principiaba a invadir el horizonte. La figura de bronce que en el vértice de la columna Vendôme recuerda las glorias imperiales, hundíase ya en el aire opaco. Del lado opuesto surgía un resplandor de llamas, que incendiaban aún el cielo. Y entre la púrpura del Poniente y la penumbra del Oriente, la calle seguía siendo la arena de la intensa y muda lucha de los matices.[1767]

[1765] *Ibid.*
[1766] *Ibid.*
[1767] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot,* ed. cit., p. 125.

Capítulo 9. Desplazamientos e itinerarios por la ciudad

9.1. Balades et Flâneries

.

En sus primeros tiempos en París, recién llegado de Guatemala, Gómez Carrillo relata en sus memorias cómo recorría las calles parisienses, saboreando la belleza, el bullicio, las gentes, los paisajes cosmopolitas que en ella encontraba. Estos paseos sin objetivo fijo en principio, se tornaron en una especie de batidas de caza a la búsqueda de personalidades artísticas a quienes reconocer en aquellas vías. Mediante este procedimiento, se tropezaría a Renán, en la rue Saint Jacques, hecho que Carrillo recuerda en su obra autobiográfica:

> Contemplando la estampa caricaturesca de aquel maestro, y sus mofletes escarlata, y sus manos adiposas, que colgaban a los lados de la levita notarial, y su sombrero de copa que le entraba hasta el cogote, y su enorme panza, que se movía a cada paso con rítmicos vaivenes de odre llena; examinando los movimientos de aquel especie de Falstaff, que marchaba, distraído, por la rue Saint-Jacques, tuve, no sé por qué, la idea de que el gran historiador enigmático no era, en realidad, más que un escritor ingenuo y docto, que, como Pilatos, se lavaba las manos después de confirmar las sentencias dictadas por la Ciencia… Lo extraño y lo encantador del caso era que siempre parecía lavárselas en agua bendita.[1768]

Las agradables tardes parisinas de paseos junto a la joven parisiense llamada Alice, quien abandonara al compatriota guatemalteco de nuestro autor para convertirse en su pareja, son de igual forma rememoradas en su autobiografía. En dichos paseos no podía faltar el emblemático museo insignia de la capital francesa, de reconocido prestigio mundial, esto es, el museo del Louvre. Para ambos jóvenes, este museo se nimbaba de fervor religioso, pues no es el museo en términos globales el que los atraería, sino ciertas de sus obras, y no los más afamadas. Por el contrario, ciertos cuadros cuyas representaciones y técnicas estaban más en consonancia con sus ideales de libertad y naturalidad resultarían los elegidos por los jóvenes

[1768] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 168.

amantes. Es por ello que declaran preferir, fundando esta preferencia en lecturas literarias recientes, a los artistas que Carrillo denominaría primitivos, en cuyas obras vislumbraría un halo de misterio. Ofrece Carrillo el relato de estos paseos y sus objetivos como sigue:

> A veces íbamos hasta el Museo del Louvre, no para pasearnos por sus inmensas galerías viendo todos los cuadros con ojos curiosos e irreverentes, sino para hacer largas devociones ante ciertas obras que, en nuestro ardor religioso del Arte, habíamos escogido como reposorios de místicas exaltaciones. Decir que éramos muy espontáneos en nuestras preferencias, sería mentir. Imbuidos de literatura, desdeñábamos las grandes composiciones clásicas, las alegorías floridas del Renacimiento, los soberbios lienzos robados a las catedrales y a los monasterios, para buscar, siguiendo inconscientemente consejos leídos en libros recientes, obras de un carácter extraño. Los primitivos, sobre todo, nos entusiasmaban, con sus madonas esbeltas, nimbadas de oro, inmóviles en sus actitudes hieráticas, envueltas en túnicas de terciopelo púrpura, enigmáticas en sus silencios alucinantes.[1769]

El fruto de sus paseos juveniles por París, tenía a veces, para Carrillo, jugosos e inesperados frutos. Así relatará su encuentro con Verlaine a quien acompañará toda una jornada, feliz de ser la sombra del augusto poeta, el cual lo conducirá de café en café desde primeras horas de la mañana hasta bien entrada la madrugada, haciendo gala de su fama de *client sérieux* de estos establecimientos.[1770] El itinerario por diferentes locales muy concurridos por los literatos y artistas del momento es exhaustivamente enumerado por Gómez Carrillo. Así, realizarán la primera parada, de tres horas de duración, en el *Soleil d'Or,* en la plaza Saint Michel, variando de lugar a la hora del almuerzo, dirigiéndose a *La Côte d'Or*, cerca del Odéon, donde encontrarían a Moréas. La siguiente parada fue en el *François I,* en el bulevard Saint Michel, para después volver de nuevo a *La Côte d'Or*, permaneciendo allí hasta las diez de la noche, hora en la que regresaron al *François I,* donde estuvieron en animada compañía artística[1771] hasta que el local cerró hacia las dos de la madrugada. Seguidamente se dirigieron a un nuevo establecimiento público, definido por Carrillo como "una tabernita medio clandestina, la casa *Chapellier*, en

[1769] Id., p. 140.
[1770] Gómez Carrillo, E. *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 47-49.
[1771] Cita Carrillo a Morice, a Le Cardonnel, a Sawa, a Regnier, entre otros. Id., p. 49.

la rue Saint Jacques",[1772] donde bebieron haciendo hora hasta las seis de la mañana, hora en la que el autor de *Sagesse* acostumbraba a retirarse a descansar, para recomenzar de nuevo el periplo cotidiano dos horas más tarde, es decir, sobre las ocho de la mañana, hora en la que Carrillo lo encontró fortuitamente aquel día en que lo acompañó durante toda la jornada.

La afortunada mañana en la que el adolescente Carrillo decidió pasear despreocupadamente, por el mero placer de saborear la mañana parisina, sin rumbo fijo, es descrita por su protagonista como un gozoso deambular. Expresa su estado de ánimo de aquel día el propio Carrillo, afirmando sentirse: "feliz de mis diez y ocho años, feliz de mi falta de preocupaciones, feliz de mis esperanzas amorosas, yo iba hacia el jardín de las citas, cuando de pronto mi viejo maestro surgió, al volver de una esquina, como un fantasma".[1773]

Algunos itinerarios por el París amado de Carrillo, más no suyos propiamente hablando, obtienen cabida igualmente en su obra. Así se referirá a los trayectos repetitivos de Verlaine en sus visitas continuas y a cualquier hora a los cafés, conocidos por todos los que frecuentaban al pobre gran poeta. Carrillo nos informa de otro trayecto, menos practicado éste, pero de igual modo, constitutivo de desplazamiento más o menos usual, en el caso de Verlaine. Cuenta Carrillo, en defensa del poeta contra aquellos que afirmaban que el poeta simbolista no conocía sino el camino del café,[1774] poniendo de relieve que también sus pasos se dirigían, de vez en cuando, hacia otro destino: "A veces, sin embargo, su ruta iba hasta el puente San Miguel, en donde vivía en aquella época, su buen editor Vanier".[1775]

La citada ruta habría de ser recorrida en alguna ocasión, a petición del poeta, por el propio Gómez Carrillo. Encontrándose Verlaine en un café sin dinero para pagar las consumiciones, y por lo tanto, no pudiendo

[1772] *Ibid.*
[1773] Id., p. 47.
[1774] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 185.
[1775] *Ibid.*

abandonarlo sin provocar una situación humillante, llamará la atención de nuestro cronista que pasaba por allí, con motivo de solicitar de su amabilidad que llevase una composición suya al editor, quien, a cambio, le pagaría. Añadiría el viejo poeta, según Carrillo: "Vanier es un lagarto que no quiere darme un céntimo mientras no le lleve algo escrito".[1776] Tras esto, Verlaine procederá a relatar a Carrillo lo accidentado de su producción artística, escrita a salto de mata entre veladores de cafés, siendo sus pocas obras escritas con reflexión y calma, las nacidas en la cárcel o en el hospital, resaltando que consideraba éste último menos adecuado para la inspiración que la cárcel (dado el ir y venir de médicos y familiares de enfermos), aunque destacará el pobre poeta que, pese a la tranquilidad propiciada para la elaboración de sus obras por la institución penitenciaria, de ningún modo querría de nuevo perder el preciado y maravilloso don de la libertad.[1777]

Los paseos serán una de las constantes en la vida parisina de Carrillo, asociados a momentos de agradable placer y de ostentación amorosa, cuando los realice del brazo de Alice, su rápida conquista parisiense. Bajo esta óptica los presenta Gómez Carrillo al rememorar una historia que le habría contado el dramaturgo Ibels, haciendo referencia a una anécdota protagonizada por un director teatral y su mujer, quienes muy enamorados paseaban cual jóvenes adolescentes: "En los restaurantes de moda, en los paseos, en todas partes, la gente le veía acompañado por su rubia Dulcinea, como los estudiantes del bulevar San Miguel acompañan a sus grisetas".[1778] Amor que no habría impedido, que esta mujer, siendo además actriz y participando en la obra que se preparaba, ante la desobediencia al director, éste, su marido, no dudara en indicarle que abandonara la obra dando el papel a su sustituta.[1779]

Los paseos de los parisienses, o más concretamente, alguna de las modas adoptadas por los parisienses en diferentes ámbitos de la vida, y en

[1776] Id., p. 186.
[1777] Id., pp. 186-188.
[1778] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 239.
[1779] Id., pp. 238-240.

los paseos igualmente, serían en una determinada época pasajera, como pertenece a toda moda, su gusto por la vista de enanos. Carrillo pone de relieve esta moda[1780] por él apreciada en los espacios de la ciudad consagrados a la *flânerie,* sin especificar exactamente a cual se referiría de entre los varios existentes en París: "En el Bosque, a la hora de las elegancias, basta que un ser liliputiense vaya sentado en el pescante de un automóvil, al lado del cochero, para que los grupos femeninos no se fijen sino en él".[1781]

Los recuerdos de aquel deambular adolescente por las calles parisinas, disfrutando de cada paso, de cada esquina, de cada nuevo giro a izquierda o derecha, pero siempre sin salir del mítico laberinto de Montmarte, hacen ver a Gómez Carrillo con nostalgia, cuánto habría cambiado ese París idílico, transcurridos casi treinta años desde aquellos primeros paseos de iniciación en la religión de la adoración de París, pues confiesa:

> En aquella época, relativamente lejana, las calles de París eran más pintorescas y más agradables que ahora. No existían aún los automóviles, ni los autobuses, ni los tranvías eléctricos. Los ómnibus, con sus imperiales descubiertas que parecían miradores ambulantes, tenían la dulce lentitud que inspiró a Courteline las farsas, hoy incomprensibles, de *Panteón-Courcelles.* Los fiacres, arrastrados por caballos flacos, eran guiados por automedontes amables y paternales. En los muros florecía un arte del que apenas quedan vestigios y que entonces estaba en su apogeo: un arte alegre, alado, artificial, sugestivo. Chéret era el más delicioso representante de aquel arte, y con sus carteles anunciando champagne, conciertos, joyerías, encajes, modistas, flores y perfumes, resultaba algo así como el Watteau de un París algo fantástico que ha existido siempre y siempre existirá; pero que antes de la guerra tenía un prestigio de decadencia elegante y de vicio refinado que no recobrará probablemente nunca en medio de una Francia engrandecida por la Victoria.[1782]

[1780] Gómez Carrillo, E., "La pasión de los monstruos" en *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit., pp. 173-181.
[1781] Id., p. 173.
[1782] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 85.

9.2. Itinerarios recurrentes

En plena bohemia, obra autobiográfica de Gómez Carrillo centrada en su descubrimiento de la capital francesa, presenta numerosas ocasiones en las que los paseos, los mismos itinerarios, son recorridos alegremente por Gómez Carrillo y su enamorada la joven Alice, dando nuestro autor cuenta de ello, cuando rememore los días felices, transcurridos en aquel París, sinónimo de futuro, de libertad, de felicidad, de novedad, de explosión de sensaciones, de rebosante vitalidad y belleza, de riqueza espiritual, pues se hallaban colmados de todo aquello que deseaban, en definitiva, de libertad y belleza. Las siguientes líneas de las citadas memorias resumen y evidencian lo anteriormente afirmado en cuanto a los sentimientos de Carrillo mientras recorría las idílicas vías parisienses: "Así, en París, Alice y yo éramos felices, vivíamos tranquilos, sin pensar en nada que no fuese arte, belleza, amor, entusiasmo, fantasía, ideal…",[1783] o "¡De qué modo tan grato, tan intenso y tan exquisito, gozábamos en aquellas largas romerías a través del divino París, de nuestros dieciocho años!.[1784]

El deambular por las calles de la capital francesa, tomará en Carrillo el papel de ensayo o de sesión preparatoria ante un gran acontecimiento, hacia una meta espléndida. Será el caso del paseo que de por las vías parisinas con el objetivo de cumplir un sueño, es decir, con el objetivo de ir a conocer al gran poeta que todo París conocía ya, Jean Moréas:

> Pero Moréas no aparecía por ninguno de aquellos sitios, y como yo me había propuesto no sólo verle, sino también hablarle y oírle hablar, cierta mañana, después de leer algunos poemas del *Pèlerin Passionné* decidíme a ir a llamar a la puerta de su habitación. Era un día de otoño, frío y luminoso. En el camino, bajo los árboles sin hojas de Luxemburgo, yo preparaba un discurso muy elocuente para explicar al gran poeta mi osadía. De pronto, el recuerdo de Enrique Heine balbuceando frases incoherentes ante Goethe, y el Teófilo Gautier enmudecido ante Víctor Hugo, hiciéronme temblar. ¿Me pasaría a mi lo mismo?... ¿Se me olvidarían mis bellas palabras en el minuto de pronunciarlas? Una esperanza iluminó mi alma: la de no encontrar en su lugar al poeta… "En ese caso –pensaba- le escribiré una carta…" Así cavilando, llegué a la rue de l'Abbé de

[1783] Id., p. 139.
[1784] *Ibid.*

> l'Épée donde Moréas ocupaba un cuarto muy humilde en el Hotel de los Estados Unidos.[1785]

Cuando nuestro cronista trabe amistad, también en París, con el posteriormente célebre Oscar Wilde, el camino hacia la casa de éste, para visitarlo, hablar con él, intercambiar ideas artísticas o mundanas, o para salir a disfrutar de las excelencias de la ciudad del Sena, se convirtieron en cotidianas para el joven Carrillo, ávido de compañías caracterizadas por la genialidad tanto literaria como artística. Él mismo rememora en su autobiografía cómo se dirigía diariamente a visitar al autor irlandés en su domicilio parisino: "Cuando en mis visitas matinales a su deliciosa habitación del *boulevard des Capucines*".[1786]

Dado que intimó igualmente con el gran Paul Verlaine, su búsqueda también asidua daría lugar a recorridos repetidos a ciertos lugares parisienses. Tratándose de este poeta en concreto, los lugares recurrentes serían principalmente, o quizá exclusivamente, el café y el hospital, como ya hemos citado el recuerdo de Carrillo respecto a una de sus visitas a Verlaine en el hospital Broussais.[1787]

Sin embargo, no todos los recorridos parisienses serán sinónimo de alegría, libertad o felicidad en la existencia de Gómez Carrillo. Con ocasión de la impuesta separación de París, tras los divinos primeros ocho meses que permaneciera en ella, el recorrer las calles parisinas se convierte para nuestro autor en camino lacerante de despedida, preferible a la inactividad frente a la espera de la hora fatídica de la partida. Así preferiría el paseo por los rincones del París amado antes que desperdiciar los últimos minutos en el paraíso de forma pasiva, en un intento de realizar una terapia ante la vista, que un joven Carrillo creía postrera, de los lugares venerados:

> La idea de quedarme quieto, de esperar de un modo pasivo la hora del adiós supremo, no me cabía en la cabeza. Tenía

[1785] *Ibid.*
[1786] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 41
[1787] Id., p. 73

> necesidad de hacer algo, de moverme, de fatigar mi cuerpo, de calmar mis nervios.[1788]

9.3. Medios de transporte

Algo tan típico de la época como era la modernidad del tranvía, no podía quedar sin obtener su pequeño papel en el teatro de la vida parisina concebido y vivido por Gómez Carrillo. Este será el medio de transporte elegido para llegar al Hospital Saint Louis, aquel donde Carrillo fuera a hacerse unas curas de garganta y donde acabara disfrutando de encantadoras veladas bohemias, entre médicos, muchachas, pacientes, música, baile, bebidas,…, todos con el denominador común de ser representantes de la juventud rebosante de alegre bohemia. Las vistas que este trayecto proporciona a Carrillo y a su acompañante Alice, desde esa posición elevada que el tranvía les concedía, es vislumbrado por el joven Enrique como el resumen de la vida parisina, la cual comentan a cada paso en su alegría sin límites. En este lugar, en el tranvía, se pone de manifiesto nuevamente ante los ojos de Carrillo la dualidad de París, el París serio e intransigente, representado por los burgueses lectores de periódicos, los cuales se perderían el espectáculo maravilloso del discurrir cotidiano parisino y a quienes las chiquilladas inocentes de los jóvenes amantes parecían molestar, enfrentado al París transigente y respetuoso de los demás, a quienes las no disimuladas muestras de amor y caricias inocentes entre ambos enamorados inspiraban la sonrisa. De esta manera describe Carrillo el tranvía parisino y sus agradables desplazamientos en él:

> Casi todas las tardes, después del ajenjo sacramental del café d'Harcourt, tomábamos el tranvía de Mont Rouge a la Gare del Este, que entonces tenía, como todos los vehículos populares de París, un imperial, o mejor dicho, un delicioso mirador ambulante desde el cual veíamos desarrollarse la vida a nuestros pies, con una gracia algo cómica. Todo nos hacía reír, todo nos sugería reflexiones irónicas, todo nos inspiraba curiosidades infantiles. Entre los señores burgueses que nos rodeaban, habíalos que, distraídos de la lectura de sus periódicos por nuestra charla, fruncían el entrecejo y nos veían de un modo hostil. Pero, en general, nuestras maneras idílicas de jóvenes faunos inconscientes, nuestros mimos sin recato, nuestro ingenuo gozo

[1788] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 212.

> de amarnos y de decírnoslo con todas nuestras maneras, inspiraba simpatía a la gente.[1789]

Otro medio de transporte citado por nuestro cronista será, bastantes años después de aquellos recorridos en transporte público, el coche. El recorrido de vuelta de la visita realizada por Gómez Carrillo a un hospital de plantas, como él mismo lo califica, en París, la visión de las bellas flores allí cuidadas, le hace rememorar una antigua leyenda oriental cuyo protagonista cuidaría con el mayor de los esmeros sus plantas adoradas, las cuales, bajo formas encantadas, le devolverían las atenciones prestadas incluso llegando a librarlo de su mayor enemigo.[1790] Así sería el desplazamiento que procuraría tales reflexiones: "en el coche en que me traía de nuevo al centro de París por la admirable arboleda de los Campos Elíseos, pensé en un cuento chino leído hace muchos años".[1791] El final de este delicioso paseo tras su visita botánica, devolverá a Carrillo a la cotidianeidad del París del asfalto, declarando en su brusco despertar a la realidad, a pesar del bello ocaso del sol parisino: "llegué a la terraza del café, donde las copas de ajenjo, brillando con sus ondas glaucas bajo el sol que se ponía, me hicieron comprender que había vuelto del país encantado de las corolas y que me encontraba de nuevo en el infierno del bulevar".[1792]

[1789] Id., p. 171.
[1790] Gómez Carrillo, E., "El amor de las flores" en *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 205-215.
[1791] Id., p. 211.
[1792] Id., p. 214.

Capítulo 10. Pausas y descripciones

10.1. Pintura

Las sucesivas exposiciones que se sucedían anualmente en París, fundamentalmente de pintura, aunque también tendrían cabida la escultura, tendrán protagonismo en las crónicas de Gómez Carrillo, en las que informará del nivel de la exposición, de los artistas que habrían expuesto, de las obras más llamativas, por su calidad o su falta de la misma, de los comentarios suscitados por ellas en la sociedad parisiense, de ausencias notables en las mismas, o incluso de su mayor o menor relevancia con referencia a las presentadas en ediciones anteriores.

En la exposición del Salón de Marte de 1892, destaca Carrillo la presencia de un pintor cuyas obras tienen en común la representación de escenas bíblicas revestidas de esencias modernas, pues destaca que en la exposición del año anterior presentó "a la Magdalena, vestida conforme a los figurines de la última moda".[1793] En la actual convocatoria presentará una nueva obra modernizada sobre un tema religioso clásico, titulada *La descente de la Croix*, en la que el entierro de Cristo estaría ubicado cerca de París. Describe Gómez Carrillo el paisaje del lienzo que rodea el entierro de Cristo: "La escena se desenvuelve en las inmediaciones de París, en Melun, en Souresnes, o tal vez en las mismas alturas de Montmartre, ante la mirada indiferente de la Gran Ciudad".[1794]

Los pintores españoles más renombrados en la época obtendrían de Carrillo una crónica aparte, firmada en julio de 1907, con motivo de acudir a una exposición en la capital francesa. El cronista guatemalteco tendría palabras laudatorias para la obra de todos ellos, como ya hemos reseñado

[1793] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 64.
[1794] *Ibid.* Se refiere Carrillo al pintor francés Jean Béraud.

en el apartado dedicado a París en el enunciado, donde hemos hecho alusión a la crónica titulada "Los pintores españoles en París".[1795]

Las exposiciones parisienses se abrirían igualmente a otros países para ofertar a los habitantes de la capital gala el placer de admirar el arte venido de allende las fronteras. Lo destacará nuestro cronista al poner de relieve la influencia que lo italiano estaría adquiriendo en París,[1796] concretamente cuando destaque el éxito obtenido por cierta escuela pictórica italiana, dentro de estas muestras dedicadas a artistas extranjeros, en una crónica firmada en febrero de 1908:

> Otro gran acontecimiento parisiense ha sido la exposición de los divisionistas italianos en el Salón de Otoño. Notad que en el mismo salón ha habido una exposición de arte ruso, y otra de arte belga; notad que cada año París ve abrirse una exposición de pintura española, austriaca o inglesa. Pues bien, jamás estas manifestaciones extranjeras han despertado tanto interés como la exposición de los divisionistas.[1797]

No repetiremos aquí lo expuesto anteriormente relativo a las exposiciones de artes plásticas, pues ya ha sido tratado en el apartado de inventario de lugares en las obra carrillista.

10.2. Artes decorativas (tapicería, mobiliario, orfebrería,…)

En su obra publicada en 1902 *El alma encantadora de París,*[1798] Gómez Carrillo publica un artículo titulado "El arte nuevo",[1799] en el cual presenta el proyecto de la ciudad de París de celebrar una exposición anual, de carácter novedoso, pues estaría centrada en la muestra de las innovaciones creativas de las artes decorativas.[1800] Justificará Gómez Carrillo este proyecto basándose en la consagración alcanzada por la estética aplicada, cuyo renacimiento habría que buscarlo cincuenta años

[1795] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense,* ed. cit., pp. 37- 44.
[1796] Id., pp.110-116.
[1797] Id., p. 114.
[1798] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París,* ed. cit.
[1799] Id., pp.165-179.
[1800] Id., p. 165.

atrás en Inglaterra, renacimiento que habría provocado igualmente un resurgir de la figura del artista artesano, al estilo de la Edad Media. Consecuencia de esta vuelta al pasado, renovada a su vez por las tendencias de los tiempos modernos, encuentra Carrillo un resultado espectacular: "Los objetos más usuales, muebles, joyas, armas, copas, telas, libros, papeles, ostentan deliciosas ornamentaciones de un estilo originalísimo creado por nuestra época y ante el cual la crítica conservadora ha tenido por fuerza que inclinarse".[1801] Y no sólo el gusto conservador se habría rendido ante la novísima y elegante esencia de los objetos del estilo moderno sino que, asegura Carrillo, "no sólo el gusto universal se ha sometido", incidiendo en el gran auge de la producción de objetos en la línea estética del *modern style*.[1802]

A continuación, nuestro cronista se referirá concretamente a varios de los productos considerados por él dignos de ser tratados de forma individual, resaltando sus excelencias, sus innovaciones y citando a los más insignes representantes artistas artesanos de la época dentro de cada modalidad.

Las joyas nuevas atraen la atención de Carrillo como para dedicarle el apartado más extenso dentro de este artículo.[1803] "Los maestros joyeros bastarían a llenar de diminutas obras maestras una exposición anual",[1804] sentencia nuestro cronista. Resaltando la figura de reputados joyeros del tiempo como Lalique, entre otros, se recreará en la descripción de las joyas en las que las mezclas de diferentes piedras, o el nácar, reúnen irisaciones que destellan en matices luminosos de soberbia belleza, subrayando que los artesanos contemporáneos, precisamente habrían ido más allá, en su arte, de trabajar con el nácar sustituyéndolo por el ópalo: "Tienen el ópalo, el ópalo misterioso, la gota de leche preñada de fuego, el divino cristal que encierra la fatalidad y el enigma del seno minúsculo".[1805] De Lalique destacará, además de su maestría en el arte de trabajar el nácar, en esa

[1801] Id., pp. 165-166.
[1802] Id., p. 166.
[1803] Id., pp. 166-171.
[1804] Id., p. 166.
[1805] Id., p. 167.

búsqueda de captación de misterios lumínicos, el haber optado, con semejante resultado artístico, por otros materiales: "se ha servido con habilidad genial de los esmaltes, de los esmaltes translúcidos de una belleza de matices incomparable, de los esmaltes que se convierten en verdaderas pedrerías, gracias al artista".[1806] Igualmente pondrá de manifiesto la inspiración básica que rige la producción de este artista: la naturaleza, refiriéndose a dos obras concretas: "He aquí dos cadenas de reloj, una de ramas de pino, otra de crisantemos, ambas de una sencillez que desafía a la de todos los modelos clásicos conocidos".[1807]

Las perlas también gozarían de la atracción de este artista joyero, dados sus efectos irisados, los cuales no podía dejar de comentar Gómez Carrillo, en su fijación por la belleza metafórica de los colores: "Otras de sus joyas ostentan perlas raras, perlas grises, rosadas, azules, de magnífico oriente todas y como bañadas en claro de luna, en reflejos de mar".[1808]

Junto a Lalique, destacará Carrillo especialmente a otro artista orfebre de origen belga llamado Felipe Wolfers,[1809] poniéndolo a la misma altura del primero. De ambos destacará su necesidad de rebelarse contra las reglas clásicas de su oficio, de cuya rebelión nacería un arte nuevo:

> Combinando metales, han logrado producir oros de mil matices. En las perlas, han aprovechado las formas monstruosas para creaciones singulares. Junto a un diamante de alto precio, han incrustado modestas turmalinas o humildes piedras de luna.[1810]

Llevando la orfebrería al campo de lo filosófico, Carrillo concluirá que estos dos artistas habrían revolucionado el mundo de las joyas al introducir "ideas y símbolos en lo que antes sólo contenía lujo y riqueza".[1811]

[1806] *Ibid.*
[1807] *Ibid.*
[1808] *Ibid.*
[1809] Felipe Wolfers (1858-1929) joyero belga cuya fama se extendería fuera de las fronteras belgas dadas su genialidad y maestría en la producción de joyas *art nouveau*.
[1810] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., pp. 169-170.
[1811] Id., p. 170.

También lo trasladará al de lo literario diciendo: "Han sido, en fin, los poetas caprichosos de las gemas raras y de los metales finos".[1812]

De Vever,[1813] otro artista joyero al que considerará como el máximo representante del artesano, expondrá el mágico resultado de sus imitaciones de la naturaleza plasmadas en sobrenatural adorno: "Sus entrelazamientos intrincados de hojas, de flores, de frutas; sus cadenas que son sucesiones de racimos; sus collares de tallos de lirios, de ramas de hiedra, toda su flora metálica, es de una ejecución tan exquisita, que parece obra de hechicería".[1814]

Las tapicerías, el papel pintado y las telas decorativas ocupan del mismo modo un lugar destacado en la crónica de Carrillo dedicada a los artistas de lo novedoso en los objetos cotidianos, considerados objetos dignos de ser admirados en exposiciones.[1815] Aludirá Carrillo a la renovación producida en el ámbito del papel pintado en el que se habría recorrido un largo camino, entre el oficio mecánico de reproducir motivos simples y reiterativos en largas tiras de papel hasta llegar a la creación del papel pintado artístico. La culminación del camino se habría producido, gracias a dos artistas ingleses, según relata Carrillo, quienes "se propusieron hacer a los que viven encerrados la caridad de un poco de belleza, de un poco de color; y comenzaron a fabricar "papeles pintados"[1816] con arte". Estos dos artistas ingleses eliminaron los motivos clásicos en los citados papeles, concentrándose en renovar y embellecer exclusivamente motivos florales, cuyo resultado hace exclamar a nuestro cronista:

> ¡Pero qué flora! […] Una vegetación nueva ha surgido. […] Sobre fondos nítidos, contemplamos el florecimiento ampuloso y omnícromo de las girándolas, el extraño dibujo de la nemesia, las elegantes frondosidades de las begonias, las primaveras de China, de las lobelias; la esbeltez alada de la *loasa* y de las capuchinas;

[1812] *Ibid.*
[1813] Paul y Henri Vever, renombrados artesanos joyeros franceses desde 1870.
[1814] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 170.
[1815] Id., pp. 171-175.
[1816] Id., p. 172.

> la esplendidez púrpura de la balsamina doble, la magnificencia exótica de las hojas de *balisier* de cactus de palma.[1817]

Y no sólo sería la flora realmente existente la plasmada en éstos, sino que la imaginación del artista se pondría igualmente al servicio de la creación del modesto papel pintado: "Además los pintores crean, a su antojo, plantas nuevas".[1818]

Dos franceses, Grasset[1819] y Feure[1820] serán los destacados artistas en cuanto a las telas decorativas y las tapicerías, siendo considerados por Carrillo como "los verdaderos maestros de la decoración rica".[1821] Del primero recordará la visión de una deliciosa tapicería expuesta en una de las exposiciones anuales de pintura en París, en la que el motivo central era la alegoría de *La Primavera* de Botticcelli, con sus bellezas danzantes cercadas por la florida naturaleza;[1822] del segundo dirá: "Sus terciopelos impresos son dignos de cubrir las paredes de un palacio de las *Mil y una noches*".[1823] De los motivos que protagonizaban sus creaciones alabará: "Las más bellas flores ostentan en ellos sus corolas, y las hojas más admirables se entrecruzan en sus superficies formando originalísimos dibujos".[1824] Los tejidos elegidos obtienen igualmente la loa de nuestro autor: "Sus sedas ligeras son también exquisitas y sus vidrieras de colores concebidas a la japonesa fueron en las recientes exposiciones parisienses, una verdadera revelación para los argonautas de la novedad estética".[1825]

Alemania será el país en el cual Carrillo encuentre la renovación del arte de la forja, renovación que no habría llegado a Francia en la época, según pone de manifiesto nuestro cronista.[1826] Cita Carrillo a un solo maestro herrero alemán: Endel. No obstante, objeta Carrillo, el hecho de que, aún habiendo adquirido maestría en la doma del hierro, ciertas de sus

[1817] Id., pp. 172-173.
[1818] Id., p. 173.
[1819] Eugène Grasset (1845-1917), artista gráfico francés.
[1820] Georges de Feure (1868-1928), corredor de arte, pintor y decorador escénico francés.
[1821] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 174.
[1822] Id., p. 174.
[1823] Id., pp. 174-175.
[1824] Id., p. 174.
[1825] *Ibid*.
[1826] Id., pp. 175-176.

producciones resultarían demasiado floridas, encontrando las verdaderas obras de arte refinado y elegante en sus pequeños objetos domésticos tales como barandillas, verjas de jardín o simples rejas de ventanas.[1827]

Tres serán los nombres destacados por Gómez Carrillo en cuanto al arte realizado a partir del cristal.[1828] Como resultaría inevitable, en primer lugar vendría Tiffany,[1829] cuyo nombre mismo, para Carrillo "es sonoro y raro como sus obras"[1830] y cuyos trabajos artísticos nacidos del cristal, cree nuestro cronista "tienen una belleza casi viva".[1831] El proceso llevado a cabo por manos de Tiffany consistente en elevar la sustancia amorfa del cristal a la categoría de obra de arte será equiparada por Carrillo al milagro de insuflar vida: "La sustancia clara, vibrante, frágil, se yergue en esbeltas formas con una voluptuosidad de cosa animada".[1832] Los objetos concretos nacidos de Tiffany obtendrán la admiración de Gómez Carrillo en la dirección de la vivificación o personificación: "Hay en estas copas, en estos vasos, en todos estos objetos, algo más que la gracia de las líneas, algo que es interior, el alma de todas las obras que el genio de un poeta animan".[1833]

Junto con el americano, Carrillo destacará al francés Gallé[1834] y a otro artista del cristal, el inglés J. Powel. Si Tiffany era un rey en su ámbito, Gallé no lo será menos, pues obtiene de nuestro cronista el título de mago en su oficio.[1835] Su obra obtendrá el reconocimiento de Carrillo: "El cristal entre sus manos se hace sensitivo. Sus obras son flores, son tallos de flores, son corolas de flores. El color mismo parece cambiar a cada instante, según la temperatura".[1836] La originalidad y la esbeltez caracterizarán la

[1827] Id., p. 175.
[1828] Id., pp. 176-177.
[1829] Louis Comfort Tiffany (1848-1933) artista y diseñador estadounidense creador de un estilo propio asociado a la tendencia *Art Nouveau* de finales del siglo XIX y principios del XX, estilo que ha llegado hasta nuestros días como representante de estilo, elegancia, arte y belleza, especializado en temas de cristal e iluminación.
[1830] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 176.
[1831] *Ibid.*
[1832] *Ibid.*
[1833] *Ibid.*
[1834] Émile Gallé (1846-1904) ceramista y vidriero francés muy reputado, cuyas obras se pueden admirar actualmente en el Museo de Orsay de París.
[1835] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 176.
[1836] *Ibid.*

producción de Powel, la cual, en palabras de nuestro cronista, asemejará a "un florecimiento multicolor de tulipanes y de azucenas de ensueño".[1837]

El éxito más rotundo del *modern style* del que trata Carrillo, lo encontrará nuestro autor especialmente en la alfarería y en la cerámica,[1838] concluyendo que, a nivel europeo, "la cerámica es el orgullo del arte nuevo",[1839] y citando como representantes excelsos de ella, las producciones nacidas con el distintivo Sèvres,[1840] asegurando que, incluso esta forma de cerámica tradicional habría debido doblegarse ante las nuevas tendencias, al igual que habrían debido adaptarse a las nuevas tendencias los demás fabricantes, según afirma Carrillo refiriéndose a todos los implicados en la producción ceramista: "han cedido el sitio a nuevos cacharros de formas antes nunca vistas y de colores ayer desconocidos. Todas las nuevas líneas son bellas".[1841] En la consecución de esos colores novedosos en la cerámica, Carrillo apunta al artesano excepcional que se los confiere: el fuego. Explicará Carrillo con su personal estilo:

> […] esos colores son hijos del fuego. Los cabrilleos azules en los flancos casi negros; las vetas rojizas que parecen salir de las entrañas de la arcilla mismas; los tonos extraños, los inesperados florecimientos que envuelven las formas en un baño de luz, todo lo que es matiz y color salió de la llama ciega. El fuego es Dios.[1842]

En defensa de ciertos artículos de esta cerámica calificables en cierto modo, como excéntricos, dados sus características diferentes y alejadas de lo clásico, Carrillo dirá, en aras de la modernidad que siempre contaría con su incondicional voto: "aún en estas excentricidades de artistas febriles, se

[1837] Id., p. 177.
[1838] Id., pp. 177-179.
[1839] Id., p. 179.
[1840] Sèvres es la localidad donde se ubica una conocida fábrica de porcelana francesa que inicialmente estuvo en Vincennes y posteriormente trasladada a Sèvres en 1756. Hasta 1800 se fabricaron paralelamente porcelana dura y blanda (moda del fondo de color). A principios del s. XIX, el dominio progresivo de los colores y el oro permitió realizar decoración pictórica. Durante la segunda mitad del s. XIX aparecieron nuevas técnicas a las cuales se adaptaron produciendo bellas piezas de cerámica.
[1841] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París*, ed. cit., p. 177.
[1842] Id., p. 178.

ve un deseo de producir algo original que es preferible al antiguo y monótono clasicismo de las formas".[1843]

No obstante, Gómez Carrillo reseña un ámbito artístico en el que el *art nouveau* no estaría desarrollándose al mismo ritmo que los anteriormente citados. Sería el caso del mueble. Aunque Carrillo citará a Lorrain, quien defendería cierto éxito relativo en este ámbito al afirmar que alemanes, suizos o japoneses se inspirarían en el arte nuevo francés para realizar sus muebles cercanos a este estilo, y que se podrían admirar en las exposiciones de mobiliario.[1844]

10.3. La fotografía

El arte de la fotografía, puesta al alcance del gran público por Eastman[1845] será el tema central, junto con la pintura, de la crónica carrillista titulada "Del parecido en los retratos",[1846] en el cual, trata Carillo cómo ambas entrarían en conflicto en la época. Cuenta allí Gómez Carrillo la manera en que se resolvía en los tribunales franceses un contencioso, nada novedoso por otro lado, suscitado por la disparidad de opiniones entre pintor y retratado ante el retrato en cuestión y las opiniones relativas a la proximidad de la obra pictórica frente a la realidad del modelo. La sentencia del juez habría dirimido la cuestión decantándose por aquella que propiciara el parecido entre el original y el retrato, nos hace saber nuestro cronista. Por lo tanto, Carrillo se ve en la obligación de afirmar, un tanto a su pesar que: "Una vez establecida la jurisprudencia, los pintores no

[1843] *Ibid.*
[1844] Id., p. 179.
[1845] Georges Eastman (1854-1932) hombre de negocios norteamericano, creador de la Eastman Kodak Company, cuyo logro fundamental fue el hacer accesible la fotografía a las masas, dado que incorporaba un rollo de película a la cámara, dejándola así lista para ser utilizada, además de ofrecer este servicio a precios económicos. La invención del rollo de película que sustituiría a las placas de cristal utilizadas anteriormente en la toma de fotografías, ayudó enormemente al desarrollo del cine en las personalidades francesas de los hermanos Lumière o de Georges Méliès.
[1846] Gómez Carrillo, E., "Del parecido en los retratos" en *El Primer libro de las Crónicas*, ed. cit. pp. 159-166.

tendrán más remedio que imitar a los fotógrafos".[1847] Se justificará esta postura de la judicatura en la circunstancia de que estos profesionales carecen de la mirada adecuada para valorar el parecido poético y artístico entre el retrato y el modelo, dado que: "los jueces no pueden, ni quieren entrar en tan recónditos estudios. Para ellos el pintor es un artesano que debe dar lo que piden".[1848]

[1847] Id., p. 160.
[1848] Id., p. 166.

Capítulo 11. París y sus habitantes ilustres: recuerdos literarios y artísticos

Los recuerdos literarios en la producción artística de Enrique Gómez Carrillo son muy numerosos a la vez que interesantes, nacidos muchos de ellos de su presencia cotidiana en los ambientes literarios y artísticos parisinos, habiendo hecho de estos ambientes el medio natural óptimo en el que más adecuadamente se desenvolvía su vida, y del cual extraía los temas, las anécdotas, las novedades,…, en definitiva, la esencia de sus escritos.

Respecto a los recuerdos tocantes a tertulias o reuniones literarias, ya hemos analizado en un capítulo anterior, las indicaciones realizadas por Gómez Carrillo en su obra, fundamentalmente en la autobiográfica, completadas y fundamentadas con estudios de otros investigadores.

Son muchos los nombres propios de personalidades del mundo artístico que pueblan sus crónicas, personajes a los que conoció, con los cuales se relacionó, algunos de los cuales fueron admirados por el propio Carrillo, llegando a convertirse además, posteriormente, en grandes amigos. Entre ellos, en ocasiones, la admiración era mutua.[1849]

En su obra autobiográfica podemos hallar un sinfín de nombres de literatos consagrados con los cuales mantuvo contactos. A algunos sólo los contempló breves instantes. Fueron españoles y franceses fundamentalmente, con los cuales mantuvo contacto en sus primeros meses fuera de Guatemala, en París primero y posteriormente en Madrid, aunque también pueblan sus escritos autores de otras nacionalidades, como sería el caso de su maestro y mentor Rubén Darío, nicaragüense al que conoció en su ciudad natal, o al irlandés Oscar Wilde, con quien trabó amistad en París, llegando a ser amigos íntimos, viéndoseles juntos asiduamente, tanto en reductos literarios como lúdicos y festivos, hecho que habría propiciado la

[1849] Darío, R., *op. cit.*, p. 997.

rumorología sobre la posible existencia de una relación homosexual entre ambos escritores.[1850]

Estos nombres propios no sólo figuran en la obra autobiográfica, siendo frecuente encontrarlos diseminados en otros de sus libros, bien justificada su presencia por temas literarios o artísticos tratados directamente en relación con ellos, bien porque el azar los llevara a su memoria por cuestiones anecdóticas. Éste último sería el caso en el que se enmarcaría la aparición del novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez, con quien mantuvo relaciones de amistad y admiración literaria. Blasco Ibáñez aparece en un pasaje de la obra en la que Carrillo comentaría sus impresiones de viaje por diferentes capitales europeas. Será, concretamente, en el capítulo dedicado a la ciudad española de San Sebastián, donde el nombre del autor de *La Barraca* acude a la memoria de Carrillo gracias a una frase pronunciada por el valenciano, y que sería válidamente aplicable a la situación que contemplan los ojos de nuestro cronista en la capital donostiarra. La situación era la siguiente: ante la enorme cantidad de vehículos que recorrían las calles de San Sebastián, cree Carrillo que este aspecto hará pensar en la riqueza, quizá falsa, existente en España. La citada situación le hace rememorar la misma idea formulada por Blasco Ibáñez tiempo atrás, la cual es relatada en estilo indirecto por nuestro cronista. "Pasa aquí como algo de lo que en otro tiempo hacía decir a Blasco Ibáñez que, en Valencia, la gente no come para poder tener tartana".[1851] De igual modo el nombre del autor valenciano es reseñado en el relato de viajes carrillista dedicado a la ciudad de Buenos Aires, donde aparecerá en calidad de acompañante de Gómez Carrillo asistiendo a un local donde se baila la danza argentina por excelencia: el tango.[1852]

Las anécdotas constituirían otro de los atractivos de la obra de Gómez Carrillo, ya que éstas aportarían datos sobre la vida de los artistas así como de los ambientes literarios en el seno de los cuales desarrollaran su

[1850] Gómez Carrillo, E., *Fez la Andaluza,* ed. cit., p. 81, donde Torres es citado por González Alcantud en el estudio preliminar a la citada obra.
[1851] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa*, ed. cit., p. 175.
[1852] Gómez Carrillo, E., *El encanto de Buenos Aires*, ed. cit., p. 23.

labor de escritura, de pintura,…, dotándolos de una dimensión humana y cercana al lector que se aproxima a ellos con intereses personales, además de históricos y literarios.

En base a lo anteriormente expuesto, estructuraremos el estudio de los recuerdos literarios consignados en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo, en varios apartados, siguiendo un orden cronológico, siendo dedicados a personajes conocidos en Guatemala, en París, en Madrid, respectivamente en sus primeros años fuera de Guatemala, para posteriormente reseñar algunos de los que aparecen en obras escritas cuando el autor guatemalteco se hallaba plenamente integrado en París, finalizando con un apartado en el que daremos noticias de algunas de las anécdotas que Carrillo consideró dignas de ser comentadas a los seguidores de sus crónicas en particular y de su producción literaria y artística en general.

11.1 Primer contacto ilustre: Rubén Darío

Al artista consagrado y admirado, precursor del modernismo, al poeta nicaragüense Rubén Darío, lo conoció un Gómez Carrillo adolescente, al llegar el poeta a Guatemala y fundar, apoyado por el gobierno de aquel país, un periódico, según el propio Carrillo recuerda en el primer libro de *Treinta años de mi vida*, diario que llevó por nombre *El Correo de la tarde.* En calidad de colaborador de este diario, fueron reclutados por el insigne modernista, Enrique Gómez Carrillo y José Tible Machado, sobrino y tío respectivamente, dos jóvenes que estaban dando que hablar en la sociedad guatemalteca, a causa de sus opiniones literarias un tanto controvertidas, expuestas al público en otro periódico del país. La impresión que Darío causó en el adolescente y apasionado Carrillo fue honda, pues destacará nuestro cronista su genialidad así como a su excelsa capacidad creativa. Recordará Carrillo con cariño la inagotable creatividad de su maestro:

"Rubén, por su parte, no se conformaba con una idea al día, como Girardin, tenía diez, veinte, ciento…".[1853]

Rememorará Carrillo en su autobiografía sobre su adolescencia en Guatemala, las horas pasadas junto a Rubén Darío, empapándose de la personalidad arrolladora del poeta, hablando de literatura, de proyectos, de ideas nuevas,… en el transcurso de interminables veladas en las que no faltaban la excelente comida y la abundante bebida, llegando a afirmar Carrillo que, si bien no era Darío cumplidor en cuanto al puntual pago de salarios a sus empleados, si que era generoso en cuanto a invitarlos a comidas y cenas bien servidas amén de excelentemente regadas.

Carrillo lo considerará su padre espiritual, el que le enseñó una nueva dirección en cuanto a la concepción de escritura artística, acorde con sus inclinaciones de libertad y búsqueda total de la belleza. De él y de su obra confesará nuestro cronista:

> Me dio, algo que, ingratamente, he olvidado más de una vez, y que es el fondo mismo de mi alma. A él le debo, en efecto, la primera lección fecunda de belleza. El me enseñó a comprender que hay en el saber escribir algo que es más que saber, y algo más que escribir. Al salir de los libros clásicos, al escaparme de la retórica, *Azul* fue el evangelio que me hizo sentir que, por encima de todo, el arte es una religión.[1854]

En las obras completas de Rubén Darío, existen unas páginas dedicadas al que fuera su descubrimiento, Gómez Carrillo.[1855] El creador de *Azul* escribiría sobre aquel chiquillo a quien inició en el mundo de las crónicas periodística, a quien señaló la dirección en la que se hallaba la tierra de promisión para todo artista que se preciara, París, y a quien, años más tarde, le serviría de guía en la ciudad francesa de culto. Resaltando su éxito en París dirá Darío:

> Llegando en pleno hervor simbolista, había ya conocido a todos los dioses, semidioses y corifeos del movimiento. Era

[1853] Gómez Carrillo, E., *El despertar del Alma*, ed. cit., p. 223.
[1854] Gómez Carrillo, E., "Cabezas: Rubén Darío", *Mundial Magazine*, año II, núm. 16, (agosto, 1912), p. 319.
[1855] Darío, R., *op. cit.*, pp. 994-997.

> amigo de Verlaine, de Moréas, de Reynaud, de Duplessis, de todos los concurrentes a las comidas y reuniones de *La Pluma.*[1856]

Nos ofrece el poeta modernista nicaragüense un retrato romántico de aquel a quien recibiera por primera vez y dejara en él la sensación de ser un joven soñador, moreno, de cabellera revuelta, a quien aconsejó visitar París,[1857] ciudad en la cual, años después, una vez consolidada su labor literaria y periodística, muchos de sus artistas le rendirían homenaje,[1858] y no sólo los galos, sino también los periodistas madrileños que lo coronaran "Príncipe de los cronistas".[1859] Encontramos también un breve comentario a propósito de la extensión de temas que alcanzaron sus escritos,[1860] una alabanza sobre la calidad de sus relatos de viajes,[1861] una reseña acerca de la polémica originada por alguna de sus publicaciones,[1862] una lista de autores en los que cita la calidad de muchos de los cuales habían tenido el honor de prologar los libros de nuestro cronista.[1863] Resalta Darío el nombramiento de caballero de la Legión de Honor obtenido por Carrillo de manos del gobierno francés.[1864] No ahorraría Darío en sus alusiones al autor guatemalteco una nota entre irónica y humorística, en la que pondría de relieve el éxito que Carrillo era capaz de conseguir, así como su capacidad de convicción, pues apunta Darío, que, aún habiendo sido excomulgado con motivo de la publicación de su obra dedicada a Jerusalén y Tierra Santa, en opinión de Darío, sería Carrillo, si se lo propusiera, capaz de lo imposible para el resto de los mortales: "Si este diablo de hombre quisiese, aún después de la excomunión, le prologaría ahora un cardenal".[1865]

El mismo Darío publicaría en el diario *La Nación* de Buenos Aires, la máxima compenetración, la capacidad de mimetismo que Carrillo habría logrado con la capital francesa, hasta convertirse en el más francés de los

[1856] Id., p. 995.
[1857] Id., p. 994.
[1858] Id., p. 995.
[1859] *Ibid.*
[1860] Id., p. 996.
[1861] *Ibid.*
[1862] *Ibid.*
[1863] Id., pp. 996-997.
[1864] Id., p. 997.
[1865] *Ibid.*

hispanos o el hispano más afrancesado, superando en conocimientos y esencia parisina a propósito de la Ciudad Luz a los propios nativos.[1866]

Darío y Carrillo fueron comparados en ocasiones, siendo colocados al mismo nivel artístico como renovadores de las letras castellanas, cada uno en su ámbito, en el de la poesía y de la prosa respectivamente,[1867] dándose la peculiaridad de que alguien apuntara que juntos lograrían una perfección desconocida, al gozar cada uno de ellos de una tan refinada cualidad que sería complementaria de la del otro, en un intento de alcanzar la perfección literaria. Se hace eco de esta idea Manuel Ugarte, quien actúa como prologuista del libro escrito por la primera esposa de Carrillo, basado en su experiencia de vida junto al escritor guatemalteco, ofreciendo su postura respecto a la relevancia disfrutada por el escritor guatemalteco:

> Maestro de *réclame*, fue como esos banqueros paradojales que alcanzan fastuosos beneficios con capital limitado, y más de una vez pareció dar la razón a los que decían, entre 1900 y 1910: "¡Si Darío tuviera la habilidad de Carrillo, o si Carrillo tuviera el talento de Darío![1868]

No obstante, las relaciones entre ambos autores no fueron siempre fluidas, existiendo, en alguna época, cierto enfrentamiento entre ellos. Refiere Rufino Blanco Fombona, citado por Mendoza, la malquerencia en la que, en un momento dado, derivó la amistad entre Darío y Carrillo:

> Cuenta Rufino Blanco Fombona: "Rubén Darío lo admiraba por prestidigitador y le temía. ¡Era tan endiablado y tan engarbullador aquel Enrique! Tenía su lengua, su pluma. Sus intriguillas, su inquietud, su cinismo sonriente, toda su manera de ser y de obrar. ¡Qué mucho que, conociéndolo, temiese Rubén a Gómez Carrillo! Y no se limitó a temerlo, sino que llegó a abominarlo. La razón, naturalmente, no estaba de parte de Rubén. Éste solía exclamar: "El dossier de Enrique, que tiene la policía parisiense, es tremendo". No entraba en mayores explicaciones. A la legua transparentábase que aquello era una hipótesis de la malquerencia ruberiana, o sugestión de malas lenguas. "Un día de estos Carrillo me va a matar" –pensaba Rubén-. Pero luego reporteábase: "No me matará porque no me batiré".[1869]

[1866] De Ory, E., *op. cit.*, p. 33.
[1867] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, pp. 196-197.
[1868] Cáceres, A., *op. cit.*, pp. 7-8.
[1869] Mendoza, J.M., *op. cit.*, pp. 126-127.

La relación que comenzaría siendo laboral en Guatemala, proseguiría en amistad mantenida en la distancia y recobrada en París, junto con los queridos viejos hábitos que adquirieran en sus primeras colaboraciones, consistentes en pasar veladas bebiendo y hablando de arte :

> Enrique, que fue de los escogidos por el poeta, trabajaba a su lado y bajo su dirección. Juntos, o con los otros compañeros, se embriagaban diariamente. Darío no les pagaba a sus servidores con dinero; pero bebía y comía con ellos, aunque tampoco pagase Rubén al hotelero. […] Después se les vio otra vez juntos en París, haciendo la misma vida.[1870]

Mucho más tarde, incluso existirían testigos que afirman el intercambio de duras palabras entre ambos escritores. Entre ellos estaría Amado Nervo, quien transcribiría las palabras de Darío contra Carrillo: ""Yo tengo orgullo, usted vanidad", le dijo en cierta ocasión Rubén Darío a Gómez Carrillo".[1871]

11.2. Autores conocidos en su primera estancia en París (1891).

Si tuviéramos que dar dos nombres de artistas que marcaron grandemente la personalidad literaria de Carrillo en los primeros tiempos de descubrimiento y enamoramiento de París, con los que compartió muchas horas de cafés y literatura, serían sin duda Verlaine y Moréas. En el libro autobiográfico que comprende sus vivencias a su llegada a París, hasta que hubo de abandonarlo rumbo a Madrid, la aparición de ambos autores consagrados es asidua, ofreciendo nuestro escritor al lector sustanciosos datos acerca del hombre y del artista, además de algunas anécdotas, unas simpáticas, otras un tanto amargas, protagonizadas por ambas figuras sobresalientes de la literatura francesa.

[1870] Id., p. 172.
[1871] Id., p. 180.

11.2.1. Paul Verlaine

Paul Verlaine, a quien ya admiraba antes de llegar a la capital francesa, será el primero de los grandes literatos con quien establezca contacto. Su compatriota y compañero de alojamiento, el estudiante de medicina, el Doctor Garay, le promete presentárselo, aunque no se aprecie en él ningún tipo de admiración hacia el viejo poeta, ponderando éste su faceta alcohólica y su existencia paupérrima, pues transcribe así Carrillo las palabras de Garay a propósito de Verlaine: "-Ese gran poeta es un pobre viejo borracho a quien yo conocí en el hospital Broussay cuando era interno… No sabiendo dónde pasar los inviernos, se los pasa en el hospital… Ya te lo presentaré una de estas noches para que te rías…".[1872]

Estas palabras contrastan con las que dedica a Verlaine Alice, novia de Garay y posteriormente pareja de Enrique: "-Es un grande, grande poeta…Los burgueses que miden el talento por el dinero que produce, no creen en él. Pero los que saben leer, lo admiran profundamente".[1873]

Será su amiga Alice la que lo acompañe a verlo, mas sin anunciarle que se trataba del gran poeta. Las primeras apreciaciones acerca de aquel a quien Carrillo consideraba el dios de los poetas, vienen de la mano de Alice, pues se maravilla Gómez Carrillo de la sensibilidad demostrada por la joven francesa ante aquel hombre, del cual nuestro cronista, ni siquiera sospechaba la identidad: "Había una suavidad tan fina, tan comprensiva, en aquella modistilla del Louvre, que me sentí emocionado al oírla hablar así de un bohemio calvo, agrio, feo, viejo y desagradable".[1874]

La descripción que el joven Enrique recuerda de aquel pobre anciano, antes de saber quién era realmente, testimoniada en sus memorias es la siguiente: "En una mesa, en el fondo, un hombre extraño, calvo, barbudo, de faz leonina y socrática, leía atentamente un periódico".[1875] A lo cual añade: "Luego, riendo con una risa de fauno que le arrugaba la nariz

[1872] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 67.
[1873] *Ibid.*
[1874] Id., p. 99.
[1875] Id., p. 92.

chata, nos invitó a Alice y a mi a sentarnos frente a él".[1876] Para proseguir más detalladamente:

> Había en él algo de terrible y algo de clownesco. Sus cejas oblicuas parecían las de un viejo Pierrot salvaje. Sus ojos, en cambio, sus pequeños ojos halagadores, tenían fosforescencias felinas. De su boca, escondida bajo un bigote lacio, no se veía más que la sonrisa: una sonrisa infantil e irónica. Su cráneo, desnudo y abollado, hacía pensar en los bustos de Galeno que decoran las farmacias provincianas. Sus gestos, en fin, eran truculentos, amenazadores y cómicos cual los de un polichinela que quisiese inspirar miedo al señor comisario.[1877]

Al descubrir su identidad, las connotaciones negativas o vulgares se truecan en profunda reverencia para un Carrillo sorprendido de la buena fortuna de haber podido compartir mesa con el genial artista: "Verlaine…Paul Verlaine…el más grande poeta del mundo… el dios de la Poesía… Yo no lograba acostumbrarme a la idea de que el viejo borracho a quien había visto aquella misma noche en un café sórdido era él".[1878]

Explica Carrillo cómo los sentimientos surgían en su corazón, crecientes en intensidad, hacia el viejo poeta, provocándole un cierto desasosiego interior, deseando de alguna manera poder reparar los momentos perdidos en presencia de aquel gran hombre, al que, a primera vista, no concedió mayor importancia, pues dice:

> Pensando en su rostro de fauno hirsuto, sentíame con impulsos de salir de nuevo para ir a sentarme a su lado, para ir a contemplarlo con religiosos entusiasmo, para ir a pedirle perdón por no haber adivinado, al oír su voz, la sublime gentileza de su genio… Experimentaba remordimientos por haber sido irrespetuoso. "No le besé las manos" –me decía.[1879]

La obra del poeta, la cual poseería y veneraría, viene a la memoria de Carrillo, a borbotones, en un intento de hacerle creer en la realidad de haber tenido la ocasión de hallarse en presencia del genio:

[1876] Id., p. 93.
[1877] *Ibid.*
[1878] Id., p. 101.
[1879] *Ibid.*

> Entre mis libros hallábanse, al alcance de mi mano, las obras de Verlaine en las ediciones originales: *Sagesse*, con su soplo divino de locura mística; los *Poèmes saturniens*, que los críticos simbolistas desdeñaban por lo que había en él de parnasiano; La *bonne chanson*, tan suave y tan fervorosa; *Paralèllement*, donde el alma del fauno lucha contra el espíritu del monje, y las *Fiestas Galantes*, que yo sabía de memoria y nunca he olvidado.[1880]

Extasiado, en un estado casi de levitación por lo intenso de la experiencia de haber estado en presencia de Verlaine, aún desconociendo que se trataba de él, Carrillo escribe a su tío José esa misma noche las siguientes líneas: "He visto a Verlaine, le he hablado, es mi amigo…".[1881]

Carrillo aprovecharía la ocasión de la remembranza para hacer una crítica a la situación en la que vivió Verlaine así como a lo que no se le concedió en vida, aún siendo conocido el deseo del pobre poeta de ser galardonado con la Legión de Honor, mérito merecido sobradamente, en opinión de nuestro cronista:

> Porque los que creen que el poeta de *Sagesse* gozó siempre de gran prestigio, se equivocan. Fue necesario que la crítica oficial declarara solemnemente que sus obras eran admirables, para que los parisienses se inclinaran ante él. Y aún admirándolo mucho, ¿qué le dieron? Nada de lo que él deseaba, a pesar de que no era sino una pensión para vivir tranquilo y una cinta para adornar el ojal de su americana.[1882]

Criticará igualmente Gómez Carrillo a quienes no reconocían el mérito y la genialidad del autor de *Fiestas Galantes*, quien deseaba la distinción a la que alude Carrillo en la cita anterior, hasta el punto de que, el pobre poeta llegaba a teatralizar la escena, a modo de ensayo general, pues creía firmemente en la pronta concesión de tan esperada distinción. Describe Carrillo la escena que se repetiría con cierta frecuencia en la escena del café frecuentado por Verlaine: "Mientras aquel señor se quitaba su Legión de Honor para condecorar durante una hora al viejo poeta, los demás exhalaban

[1880] *Ibid.*
[1881] *Ibid.*
[1882] Id., p. 115.

quejas indignadas contra la infamia del Gobierno, que colmaba de honores a escritores ridículos".[1883]

Y el anciano Verlaine disfrutaba de aquellos momentos en su creencia de que, tarde o temprano, lo condecorarían: "Luego, mirándose con alegría de niño la cinta roja en el espejo, púsose a divagar de un modo incoherente sobre lo que se proponía hacer el día en que le dieran la cruz".[1884] Sin embargo, sus anhelos no se realizaron y Gómez Carrillo explicitaría sus sospechas, dejando translucir su pesar, sobre las posibles razones de esta falta de justicia literaria y artística, que él encontraría en el rechazo burgués a lo bohemio encarnado por el poeta de *Sagesse*.[1885]

11.2.2. Jean Moréas

En cuanto a su relación con el escritor Moréas, la siguiente frase muestra el fuerte sentimiento experimentado por el joven Carrillo, a medio camino entre la emoción y la incredulidad, ya no sólo por conocer al gran artista, sino por ser clientes del mismo local, el café *Vachette*, aunque éste no fuera de características apropiadas a su idea preconcebida acerca de aquel literato: "Yo no podía creer que Moréas, el semidios del simbolismo, frecuentase el mismo establecimiento que los estudiantes más burgueses de América".[1886]

Carrillo comenzaba a oír el nombre de Moréas con insistencia sintiéndose relegado, pues, al parecer, era el único que no le conocía. Carrillo se lamentaba: "Todo el mundo me hablaba de Moréas, todo el mundo conocía a Moréas, todo el mundo me prometía presentarme a Moréas…"[1887] El propio Carrillo decidió solucionar esta situación, tomando una decisión, no sin reservas, mezcla timidez y miedo al ridículo. Así, en sus memorias describirá el valor reunido para dirigirse al domicilio del poeta

[1883] Id., p. 116.
[1884] Id., p. 117.
[1885] *Ibid.*
[1886] Id., p. 123.
[1887] Id., p. 129.

griego mientras preparaba mentalmente discursos con los que presentarse ante un admirado Moréas.[1888]

Si en aquellos momentos alguien hubiera anunciado a Carrillo que ambos se convertirían en grandes y profundos amigos y que el citado literato prologaría con honor varias de sus futuras obras,[1889] el talante dubitativo de aquellas horas hubiera cambiado radicalmente. Así pues, Carrillo nos describe este sentimiento entre miedo y osadía al subir a la habitación de Moréas dispuesto a conocerle. Ya en la habitación, nos describe la morada del maestro, caracterizada por su bohemia artística y literaria, tan apreciada por el joven soñador guatemalteco:

> A media que mis ojos se acostumbraban a la penumbra, yo descubría, sobre la almohada, una hermosa cabeza despeinada… En el suelo, la camisa formaba una amplia mancha blanca… Sobre la mesa redonda, veíase un paraguas, unos cuantos libros y unas pocas hojas de papel… Mi mente, enamorada siempre de la bohemia, gozaba ante aquel cuadro de glorioso y modesto desorden…[1890]

Como no podía ser de otro modo, las almas de los dos literatos, ambos venidos de lejanas tierras y bohemios amantes sobre todo de la belleza y de París, congeniaron rápidamente, naciendo una sincera, profunda y longeva amistad entre ellos que duró hasta la desaparición de Moréas, la cual es rememorada por Carrillo, entre triste y dulcemente, en el siguiente pasaje:

> En medio de las agitaciones de mi vida, Moréas fue siempre uno de mis más afectuosos amigos y, salvo cuando él o yo nos ausentábamos de París, no dejamos nunca de vernos una semana entera. Me acuerdo que en su lecho de dolor, durante la enfermedad que iba a matarle, como yo tratara de hacerle reír diciéndole bromas, se me quedó viendo largo rato, y luego, pasándome la mano por la cabeza, murmuró:
>
> -Usted no ha cambiado desde el día en que le conocí… ¡Siempre loco!...[1891]

[1888] *Ibid.*
[1889] Gómez Carrillo, E., *La Grecia eterna*, prólogo de Moréas, ed. cit.
[1890] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 130.
[1891] Id., p. 131.

En aquella primera visita, en la habitación de Moréas, mientras el poeta admirado se arreglaba para salir, preguntaba a su joven admirador si desea esperarlo para salir juntos y almorzar en un restaurante. Carrillo asentiría encantado de tan sencillo recibimiento, de tan amistosa acogida, y salen ya conversando. Es cuando Carrillo cuenta cómo Moréas le confiesa, ante las preguntas de un entregado Gómez Carrillo, que no le interesa ni la geografía ni nada, ni la poesía siquiera, respuesta que provoca la reflexión en su joven seguidor: "Yo volví hacia él la vista asustado, y observé en su rostro moreno un soberbio resplandor de satisfacción. Notábase que gozaba de la existencia con un bello orgullo risueño, y que se deleitaba en sus propias paradojas".[1892]

La observación del rostro del literato admirado, da lugar a la detallada descripción del físico de Moréas en la pluma de Gómez Carrillo:

> Yo lo observé en plena luz, y lo encontré bello, de una belleza muy varonil y algo exótica, con su cabellera color de ala de cuervo, sus bigotes insolentes, con su perfil de ave de presa, con su color mate, con sus ojos brillantes, con su labio inferior espeso y encarnado. Mirándolo y admirándolo, acudieron a mi memoria las estrofas preciranescas de uno de sus poemas más populares.[1893]

En el transcurso del paseo que ambos dieron, charlando, camino del restaurante, se detuvieron en una librería pues el joven Enrique quería adquirir la obra *Ériphile,* obra recomendada a nuestro cronista por el insigne autor griego Este caminar revela al poeta griego ante la vista del joven Carrillo como una personalidad reconocida, consagrada y respetada en París, además de profundo conocedor y amante sincero de la literatura francesa, rasgo en el que coincidirían nuevamente, como muestran estas palabras de Enrique:

> El poeta me precedía. Era el momento en que salían los alumnos de la escuela de Medicina. Algunos jóvenes de rostros graves saludaban, quitándose el sombrero, al autor de *Pèlerin Passionné*. Otros pronunciaban su nombre con respeto, al oído de sus compañeros. Moréas sonreía feliz, lleno de salud, lleno de

[1892] Id., p. 132.
[1893] Id., p. 133.

> juventud, cubierto de gloria. Al pasar por delante de las bibliotecas pronunciaba frases rápidas sobre los libros. "Ése es siniestro" –dijo de una novela de Alfonso Daudet. "Es divertido" –exclamó tocando el lomo de un volumen de Teodoro de Banville. "Ése es insoportable" –gruñó ante las *Obras* de Leconte de Lisle… Yo me preguntaba si toda la literatura francesa iba, así, a inspirarle palabras pintorescas, injustas, desdeñosas y feroces, cuando, deteniéndose ante los clásicos de Garnier y acariciando la cubierta de un Racine, declamó, con verdadero fervor, un himno de adoración por el gran trágico. Yo compré aquel Racine además de *Eriphile*.[1894]

Del mismo modo, Carrillo describiría la sensación que el inexperto aprendiz de literato causaba en el consagrado escritor, al igual que el orgullo de hallarse al lado de tan excelso artista, diciendo:

> Me miraba con algo de lástima y con algo de ironía, como a un niño salvaje. Pero había en sus ojos una gran simpatía que me halagaba y me sorprendía a la vez. Él era ya uno de los literatos más célebres de Francia. Anatole France, en un artículo publicado pocas semanas antes en *Le Temps*, representábalo *suivi de cinquante poètes comme un jeune Homère conduisant ses jeunes homèrides.* Todo París se ocupaba de él, comentando sus gestos y sus palabras. El mismo Verlaine, dios de la Poesía, había dicho a un repórter, mitad en broma, mitad en serio: *J'en suis jaloux de ce Beau Grec…* ¡Y yo, pobre muchacho recién llegado de una remota tierra americana; yo, el más humilde de todos, yo me paseaba familiarmente con aquel hombre ilustre, con aquel gran poeta!... Parecíame un sueño… "¡Si me viera Rubén! –pensaba lleno de orgullo.[1895]

Comentará nuestro cronista algún extracto en el que el poeta griego confesaría, un tanto irónico, su postura ante las escuelas y las etiquetas literarias: "-¿El Simbolismo?...Eso fue una broma… ¿Qué es el Simbolismo?... No lo he sabido nunca, a pesar de haberlo inventado yo mismo…",[1896] así como algunos de sus gustos literarios, confesándose admirador de Cervantes, en lo cual no coincidiera con el joven Enrique, más propenso a lo francés y menos proclive a lo castellano. Reproduce Gómez Carrillo las palabras de Moréas en las que se muestra en tanto que conocedor de la literatura cervantina:

> ¡Y qué decir de Cervantes! Ese sí que es un modelo perfecto de galanura griega, de espíritu rítmico, de gusto

[1894] Id., pp. 134-135.
[1895] Id., p. 135.
[1896] Id., p. 132.

> clásico… Yo lo leo todos los días… No es el *Quijote* solamente lo que me entusiasma. Sus *Novelas Ejemplares* me encantan, tal vez, tanto como su gran obra… Pero vamos a almorzar… Yo soy ridículo… Cuando me pongo a hablar de poesía, me olvido de todo…[1897]

Moréas se convirtió rápidamente en compañero inseparable de Enrique y de su enamorada, surgiendo tal grado de intimidad entre ellos, que llegó a convertirse en confidente de los jóvenes amantes en cuanto a asuntos amorosos. Carrillo reproduce en estas líneas la situación en la que el poeta griego conversa con Alice, cuando ésta le cuenta cómo se enamoró de Enrique:

> El gran poeta, bello entonces, como un dios en plena fuerza de inmortalidad, bello y activo y sonriente, me miraba con simpatía protectora, y, de vez en cuando, poniéndome la diestra en el hombro, murmuraba:
>
> -Il est charmant… Il est charmant…
>
> Luego volvíase hacia mi querida, examinábala sonriendo, y de un modo brusco la decía:
>
> -¡Ya lo creo que debe usted quererle!... Nunca encontrará usted un chico tan guapo, con unos ojos así…[1898]

Esta conversación de temas tan privados, parece violentar en cierto modo a Carrillo, el cual, temiendo aburrir al gran poeta con sus historias sentimentales, así se lo hace saber. Moréas responde que esas son historias para la juventud y añadía que los viejos, entre los que ya se incluía, se reían de eso. Ante estas palabras que sorprenden a los dos jóvenes, Carrillo reflexionará:

> Nos parecía natural que un hombre ilustre, un jefe de escuela, un maestro siempre rodeado de discípulos, no fuese joven. No era su cara morena adornada por un bigote de azabache e iluminada por dos pupilas de águila, lo que en él podía parecer viejo. Era su gloria, o mejor dicho, era nuestra adolescencia. Si alguien nos hubiera gritado: "Ese hombre tiene treinta y cinco años", no por eso hubiéramos cambiado de parecer. A los

[1897] Id., p. 137.
[1898] Id., pp. 148-149.

> diecinueve abriles, el que tiene más de treinta parece un anciano.[1899]

Se felicitaría el joven Carrillo de que Moréas no pudiera percatarse de sus crueles reflexiones propias de la juventud. Así pues, continuaría la descripción del maestro:

> Moréas no notó, sin embargo, nuestro cruel silencio. Ensimismado como siempre, no oyendo sino su propia voz, no viendo sino su propia imagen, púsose a reír con su risa clara y sonora; esa risa que conservó hasta la muerte, esa risa que, en veinticinco años de intimidad, me salvó más de una vez de la negra melancolía.[1900]

Esta conversación dará pie para insertar en esta obra la filosofía de Moréas acerca del amor, el cual será considerado como tema secundario, siempre en un segundo lugar tras lo fundamental que sería, para el artista griego, la poesía. Carrillo reproduce la idea de Moréas en estilo directo:

> El amor no es sino un pasatiempo. […] Pero no vale la pena de perder con eso el tiempo que puede consagrarse a la Poesía. […] Para la mujer no digo que sea lo mismo… La mujer no tiene más remedio que amar, puesto que no puede consagrarse a la Poesía…[1901]

La exposición de la postura de Moréas frente al papel desempeñado por la mujer en la relación amorosa, provoca el enfado de la compañera de Carrillo, Alice, la cual proferirá la afirmación de que todos los hombres son iguales. A lo que Moréas, según transcribe nuestro cronista, apostillaría con dureza: "-No… No son iguales… Cuando están enamorados son muy buenos… Cuando ya no lo están son muy malos… El amor es un sentimiento egoísta y bajo".[1902]

Tras estas palabras, Gómez Carrillo sentirá la comunión de su pensamiento con el del gran poeta, concluyendo:

> Yo, que entonces le conocía poco y le admiraba mucho, hallaba en sus palabras no sé qué profundidades filosóficas, hasta

[1899] Id., p. 149.
[1900] *Ibid.*
[1901] Id., p. 150.
[1902] *Ibid.*

> el fondo de las cuales el espíritu de Alice parecíame incapaz de penetrar. Yo mismo no creía tener derecho a comprender sino de un modo confuso lo que el poeta pensaba. Su fama en aquel momento, era no sólo de gran artista, sino también de gran pensador, de filósofo sutil, de dialéctico refinado. Sus paradojas corrían de boca en boca, muy deformadas, pero con algo de sibilismo y de misteriosos en su forma, que les daba sabor de sentencias. Sus juicios temerarios eran más populares que sus poemas. Y cuando algún escritor del Bulevar, adelantándose a la época de la novelería simbolista, aseguraba en el *Figaro* o en *Le Temps* que todas las ideas del autor del *Pèlerin Passionné* no valían tanto cual una de sus canciones, nos indignábamos contra tamaña muestra de incomprensión burguesa y de estulticia filistea.[1903]

Siguiendo en la línea de las confidencias, el joven e inexperto admirador cuenta cómo requiere la opinión del hombre experimentado en todos los campos, haciéndole partícipe de sus dudas sobre lo apropiado, para un hombre de orígenes latinos, de aceptar una oferta económica hecha a Alice, que les proporcionaría la seguridad de poder continuar su vida en París, ante la inminencia de tener que abandonarla rumbo a Madrid. Moréas realiza el intento de evitar pronunciarse, pero presionado por Enrique, le confiesa que él no tendría remordimientos o escrúpulos morales en aceptarla sentenciando: "Yo me burlo de la moral burguesa".[1904] Entendiendo Enrique que con esta frase se pronunciaba a favor de que fuera ella la que mantuviera a la pareja y por ende, a favor de aceptar la propuesta, Moréas planteará todo lo contrario y, exponiendo su pensamiento acerca de la mujer respecto a este tema y aclarando su postura al joven Carrillo: "-Usted no sabe lo que es deberle favores materiales a una mujer…Ya podría usted luego darle los tesoros de Golconda: ella creería siempre que ni con eso ni con nada le pagaba usted sus treinta duros mensuales…".[1905]

Aparte de estas reflexiones sobre la concepción del amor, de las féminas o de las relaciones sentimentales, también reflejará Carrillo ciertas características más terrenales de Moréas, valga de ejemplo la alusión que realiza Carrillo, referente a las costumbres económicas de Ioannis Papadiamantopoulos, verdadero nombre del poeta griego:

[1903] Id., p. 151.
[1904] Id., p. 206.
[1905] Id., p. 203.

> Moréas, que rara vez dejaba de ir a pasar las últimas horas de la velada con nosotros, era el único que no consentía nunca en que le ofreciéramos una copa. Él no pagaba nada por nadie, pero tampoco se dejaba pagar nada. Con un gesto algo sórdido que conservó hasta el fin de su existencia, después de beber abría su portamonedas y contaba sus piezas de plata y de cobre, examinándolas una por una; escogía con cuidado la que creía deber dar al camarero; en seguida, al recibir la vuelta, volvía a contar y a examinar la calderilla, buscando el *sous* que daba con ademán principesco como propina.
>
> -Moréas –decían los demás poetas- es rico y avaro.
>
> En realidad, ni entonces, ni nunca, tuvo más de lo necesario para vivir de un modo modesto. Sólo que, en aquel ambiente de miseria literaria, todo el que no pedía un duro prestado parecía un magnate.[1906]

Igualmente, los dos jóvenes enamorados compartirían al genial poeta simbolista sus pequeñas diversiones y entretenimientos. Así le cuentan el ansia de ambos por conocer a todos los literatos ilustres, lo que les lleva a través de las calles, a la caza y captura del literato afamado. Moréas, una vez más los sorprenderá con sus profundos pensamientos, captando y reproduciendo Carrillo sus exclamaciones al respecto: "-Ni por el mismo Ronsard me tomaría yo el trabajo de ir hasta la esquina… El hombre no es nada… El poeta es todo…".[1907]

El momento llegado de abandonar París, por falta de recursos económicos y siguiendo órdenes del gobierno guatemalteco que lo sostenía mediante una beca, Gómez Carrillo demostraría su doble tristeza al tener que dejar a la ciudad de sus ilusiones, París, junto con el incomparable amigo, Moréas. Así lo corrobora la última conversación entre ambos, en la cual el joven le agradece su consejo de no aceptar el dinero de Alice, mostrándole el gran cariño que siente por él, unido al dolor de la separación de la ciudad considerada madre de todas las bondades para él. Carrillo nos hace partícipes en sus memorias de estos últimos momentos parisinos con su amigo Moréas, impregnados de amarga despedida:

[1906] Id., pp. 157-158.
[1907] Id., p. 166.

> -No sabe usted –dije al buen poeta, poniéndole la diestra sobre la rodilla-, no sabe usted el grandísimo alivio moral que acaban sus palabras de proporcionarme…Es usted mi único amigo, mi maestro, mi hermano…Al marcharme, dentro de dos días, mi mayor tristeza será alejarme de usted…
>
> Mi mano temblaba…Mi voz también…Mis párpados se humedecían poco a poco...
>
> -*C'est bête!* –exclamó Moréas, dominando su emoción.
>
> Y con el magnífico egoísmo que le hacía huir de las tristezas como de espectáculos indignos de su serenidad helénica, púsose en pie, y, tratando de obligarme a sonreír, me dijo:
>
> -Vámonos de aquí…es usted un niño insoportable…[1908]

Años más tarde, el poeta griego contará cómo conoció al que llegó a ser el celebérrimo cronista en París, Enrique Gómez Carrillo. Carrillo citará las palabras que Moréas le dedicó en su obra *Variations sur la Vie*, incluidas en sus memorias por el propio cronista, palabras que comenzaban subrayando la juventud de aquel a quien conociera en París y que llegaría a ser una personalidad de renombre en la Ciudad Luz:

> Cierto día del año 1891 recibí la visita de un joven muy joven, apenas salido de la adolescencia, que venía a hablarme de su admiración por mi tomo de poesías le *Pèlerin Passionné*. Era un español de América, de esa raza encantadora, que hace florecer, allá lejos, la gracia severa de las Castillas. Se llamaba Enrique Gómez Carrillo, nombre hoy conocido por todos los parisienses.[1909]

Proseguiría Moréas poniendo de relieve el amor de Gómez Carrillo por la capital del Sena, de la cual sólo se separaría por imperativos laborales:

> A Gómez carrillo le gusta vivir siempre en París. Sin embargo, a menudo corta su estancia entre nosotros con un paseo rápido a Madrid o a Granada, y también, de vez en cuando, con un viaje a ultramar.
>
> Así fue hasta el Japón, de donde trajo impresiones llenas de originalidad y de color.[1910]

[1908] Id., p. 206.
[1909] Id., p. 130.
[1910] *Ibid.*

Realizaría Moréas una visión de conjunto de nuestro cronista, uniendo sus orígenes al país de elección, con un resultado de personaje aclimatado a las tierras parisinas conservando sus raíces latinas:

> Este español del Nuevo Mundo, aunque muy moderno, muy bulevardero y muy cosmopolita, no ha roto, empero, los lazos que lo atan a sus orígenes. Por su espíritu como por su corazón, hace soñar, en más de una circunstancia, en ciertos personajes de Cervantes: el gentil bachiller Carrasco y en el fantástico licenciado Vidriera.[1911]

Numerosas palabras de Moréas acerca de Carrillo serían de alabanza, como lo muestra el subrayar de Moréas hacia las buenas maneras de su amigo Carrillo, su carácter valiente así como su *savoir faire* en cualquier situación, pues afirmará: "Gómez Carrillo es un noble caballero que sabe hablar con las damas, y que saca la espada en cuanto encuentra pretexto para hacerlo, y eso siempre con una hermosa desenvoltura".[1912]

11.2.3. Stuart Merrill y Huges Rebell

Stuart Merrill[1913]y Huges Rebell[1914] son otras personalidades literarias conocidas del Tout París artístico con las que Carrillo entablaría cierta relación. Las actitudes y costumbres de estos dos amigos escritores servirían al guatemalteco de contrapunto para caracterizar la vida de bohemia de la mayoría de los interesados en el arte, en el París de finales del XIX. De esta manera se refiere a ellos y a sus oponentes bohemios menos afortunados económicamente:

> Pero los potentados, los mecenas, los héroes fantásticos se llamaban Stuart Merril, el poeta yanqui, y Hugues Rebell, el futuro gran novelista. Rubios ambos, ambos gordos y rezongantes, ambos aficionados a los trajes suntuosos, ambos

[1911] Id., pp. 130-131.
[1912] Id., p. 131.
[1913] Stuart Merrill (1863-1915), fue escritor y poeta francés nacido en Nueva York, se instaló en Francia en 1890, teorizando sobre el simbolismo y produciendo su original obra. Tradujo a Baudelaire al inglés y a Huysmans entre otros.
[1914] Georges Grassal de Choffart, (1867-1905), más conocido como Hugues Rebell, fue un escritor francés bastante desconocido, habiendo cobrado más renombre por sus escritos de tintes eróticos que por su poesía, la cual llegó a inspirar a André Gide.

> mujeriegos y sibaritas, producíannos a todos una impresión humillante de esplendor. Cuando cenaban en el D'Harcourt no se contentaban, como nosotros, con la comida a precio fijo, de tres francos y medio, sino que pedían suplementos de ostras, de vinos espumosos, de *foie gras* trufados… Y en el momento de marcharse, para ofuscarnos por completo, mandaban al *chasseur* a buscarles un coche de punto. Naturalmente, alrededor de sus cabezas bien peinadas, flotaba una leyenda áurea. Merril, según sus panegiristas, había heredado dos o tres millones y los derrochaba. En cuanto a Hugues Rebell, hijo de un noble señor de Nantes, recibía cada mes miles y miles de francos, con los cuales satisfacía sus gustos tenebrosos de sectario del satanismo y de devoto de las misas negras.[1915]

Gómez Carrillo nos hace llegar la opinión que de ellos tendrían los jóvenes instalados en la bohemia más austera, ante la visión del derroche de ambos autores: "-¡Son más antipáticos y más orgullosos! –exclamaban los bohemios al verlos".[1916] Aunque él no compartiría tal opinión, pues diría:

> En realidad resultaban muy amables y muy agradables y si se alejaban un poco de los poetas melenudos de la corte de Verlaine, era, de seguro, no por motivos de orgullo literario, sino para evitar la perpetua solicitud del famoso *luis* que todos necesitaban todos los días para pagar alguna deuda sagrada. Con Alice y conmigo, como no temían tales "sablazos", mostrábanse siempre muy cariñosos, y a menudo nos invitaban a sentarnos en sus mesas y a tomar con ellos copas de *champagne* barato.[1917]

11.2.4. Oscar Wilde

Los personajes anteriores serían el vehículo para que Carrillo trabase amistad en París con otro personaje de renombre procedente de más allá de las fronteras francesas. Este poeta de nacionalidad irlandesa, sería el escritor y dramaturgo Oscar Wilde. "Una vez por semana, el sábado, si no me equivoco, Stuart Merrill, el poeta de los lentes de oro, daba en sus salones de la rue du Bac un *five o'clock whisky*, al cual los bohemios del Barrio se perecían por asistir".[1918] Así recordaría Carrillo las circunstancias que propiciaron que ambos coincidieran. Relataría nuestro cronista en sus

[1915] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 158.
[1916] *Ibid.*
[1917] Id., pp. 158-159.
[1918] Id., p. 178.

memorias la ocasión de esta reunión social cuyo resultado sería el encuentro con Oscar Wilde:

> Una tarde, entre los que charlaban animados por el *daimon* alcohólico, vi a un desconocido cuya estampa gigantesca y risueña llamóme la atención.
>
> -Oscar Wilde- me dijo el dueño de la casa al presentarme a él.
>
> Yo no había oído nunca aquel nombre. Yo no tenía la menor idea de lo que aquel caballero podía ser. Pero atraído por su sonrisa de dientes muy largos y por su mirada de ojos muy húmedos, sentéme a su lado y traté de interrogarle con la mayor discreción. En realidad, el que me interrogó fue él. "¿De dónde es usted?... ¿Cómo se llama?... ¿Qué hace?... ¿Por qué tiene el pelo ondulado?... ¿Cuántos años?... Yo respondía con sencillez. Él me oía con un aire de ironía y de interés, y a cada momento exclamaba:
>
> -¡Ah!... C'est charmant, charmant… O bien:
>
> -C'est extraordinaire…
>
> Todo le parecía extraordinario o encantador, a menos que le pareciera affreux…[1919]

Dentro de esta última categoría, la de *affreux*, entraría el aspecto externo de Verlaine, el cual parecía horrible al irlandés, lo cual no era óbice para que Wilde fuera admirador de Verlaine como poeta, mas no mostrase ningún interés en verlo personalmente, conocidos como eran el poco agraciado físico y la usual falta de higiene del gran poeta francés. Esta conversación daría pie a Wilde para exponer su filosofía sobre la belleza así como acerca de la mujer, a aquel joven guatemalteco al cual acababa de conocer, como consigna nuestro cronista en sus memorias:

> -[…] El primer deber del hombre es ser hermoso… ¿No le parece a usted?
>
> -Yo no encuentro hermosas sino a las mujeres.
>
> -¡Cómo puede decir eso!...Las mujeres no son nunca hermosas…Son otra cosa: son bonitas, si usted quiere, son magníficas, cuando están ataviadas con gusto y cubiertas de

[1919] Id., p. 179.

> joyas; pero hermosas, no… La hermosura es un reflejo del pensamiento y del alma, que ilumina el rostro…[1920]

Más adelante se ratificará Wilde en su misoginismo, cuando confiesa a Carrillo que lo único que no le gusta de él es su afición por las compañías femeninas, como constatan los recuerdos de Carrillo:

> Lo único que me desagrada –solía decirme- es que usted esté siempre con mujeres.
>
> -Con mujeres, no –contestábale yo-; con mi mujercita…
>
> El hacía gestos de repugnancia y murmuraba:
>
> -Son seres insoportables…[1921]

Describe nuestro cronista los gestos que le llamaron la atención en aquel primer encuentro con Wilde, así como los rasgos de la fisonomía del autor de *Salomé* junto con el recuerdo de ciertos indicios que, si bien en aquel primer momento no evidenciarían nada a Carrillo, más tarde, volviendo sobre ellos, le rebelarían la gran vanidad, en cuanto a la propia belleza, que poseía este autor:

> Hablando así, con una voz extraña en la que cantaba toda una gama de notas suaves y agudas, una voz muy inglesa y muy llena de contrastes algo cómicos, Wilde pasábase las manos por el rostro, como deseando modelarse a si mismo según el canon de belleza masculina. Y yo pensaba: "Este hombre sufre de no ser guapo". Porque, la verdad sea dicha, aquel primer día parecióme agradable, fino, interesante, elegante; pero guapo, no. La sonrisa de sus labios blandos y sinuosos, descubría a cada minuto una dentadura enorme y gris, con adornos áureos. Sus mejillas, ya un poco pesadas, eran de un rosado que se acercaba a lo cárdeno. Su cabellera, lisa y luciente, hacía a su rostro enorme un marco rubio que me chocaba por lo femenino, o mejor dicho, por lo afeminado de sus *bandeaux*. Sólo sus ojos, muy tiernos, muy húmedos, muy claros, engarzados cual dos esmeraldas de Liberia en los párpados abotargados, tenían una expresión que podía revelar al poeta. En suma: era un inglés apoplético, igual a muchos ingleses que, lejos de parecernos bellos, se nos antojan un poco grotescos. ¿Cómo, pues, iba yo a adivinar sus pretensiones de Narciso?... Más tarde no sólo me di cuenta de que se creía hermoso, sino que hasta

[1920] Id., p. 179.
[1921] Id., p. 189.

> llegué a comprender que tenía más vanidad como *beau garçon* que como poeta.[1922]

Nos informará Gómez Carrillo igualmente respecto a lo tocante a la preocupación y dedicación demostrada por el autor de *El retrato de Dorian Gray* hacia la perfección de su apariencia física, por el cuidado puesto en su aspecto exterior: "Bastaba verlo para notar su extremada coquetería suntuaria, su cuidado en el vestirse, su arte en el *choix* de las corbatas, de los guantes, de los pañuelos".[1923] Así lo define en su atención en el vestir y en los complementos: "El Wilde que yo conocí consistía en un sombrero de copa luciente, una levita impecable, en un pantalón a rayas y en un par de botines de charol. Agregad un bastón con puño de oro y un par de guantes de Suecia grises; tal era el hombre".[1924]

En las líneas que siguen, realiza Carrillo una rápida panorámica de lo que fue el ascenso y caída de este personaje, al cual conoció cuando aún no estaba e la cumbre, cuando se encontraba en la cúspide y posteriormente en su decadencia, etapas todas ellas en las que Carrillo continuó en contacto con él:

> Así lo vi yo, en efecto, aquella tarde de 1891, cuando él no era aún un personaje legendario. Así volví a verlo algunos años más tarde, ya glorioso, ya rico, ocupando todo un piso del Hotel de l'Athénée… Y sólo, ¡ay!, después de la cárcel, en sus últimos meses de París, le encontré varias veces sin chaleco, con un sombrero viejo…[1925]

Insiste Carrillo en la fase de ascenso literario y mundano en la que se encontraba Wilde cuando ambos se conocieron en París:

> En la época en la que yo le conocí, no sufría de nada. Su fama naciente ponía un nimbo diabólico alrededor de su cabeza rubia. Las damas de la aristocracia londinense admiraban su elegancia y su ingenio. En los clubs de Picadilly, los más ilustres hombres políticos, los periodistas más populares, los *sportmans* más en boga, escuchaban su palabra lenta y musical con un respeto algo inquieto como preguntándose siempre:

[1922] Id., p. 180.
[1923] Id., p. 181.
[1924] *Ibid.*
[1925] *Ibid.*

-¿Se burlará de nosotros este poeta?

Y sí que se burlaba. Se burlaba de los demás y de sí mismo de una manera muy suave, muy fina, hasta muy infantil.[1926]

La despedida entre ambos es un hasta pronto, como reseña claramente Carrillo en su obra, al manifestar la invitación expresa de Wilde a su casa de Londres, en la que dice poseer copias de obras de Velázquez, las cuales invita a ver al joven Enrique, según rememora Carrillo, dedicándole un: "-Tenemos que volvernos a ver".[1927]

Esta frase no sería pronunciada de manera vana o por convenciones sociales vacías de veracidad, y consecuentemente, no tardaría en producirse la ocasión que propiciara un nuevo encuentro. Cuenta Carrillo: "Y dos días después recibí, en mi pobre Hotel de Lima, un ramo de claveles y una carta firmada O.W. que decía: "*Nous dînons ce soir ensemble, Moréas, Stuart, Tailhade et autres. Voulez-vous être des nôtres? C'est à la Côte d'Or. Amitiés*".[1928] Invitación que suscitó los celos de Alice, al sospechar ésta que las iniciales, así como el tipo de letra utilizado, eran femeninas, hecho que hizo reír a Enrique. Comenta Gómez Carrillo, que aquella cena, a la que asistió encantado en principio, fue aburrida, pues Wilde acaparó la palabra durante toda la velada, hecho que pondrá de relieve nuestro cronista, con el fin de poder evidenciar tanto lo refinado y exquisito de sus conferencias como su afán de protagonismo:

El gran Wilde tenía mucho ingenio y era un conversador admirable casi siempre; pero a veces hacíase pesado con sus largas conferencias llenas de paradojas literarias, y otras veces abusaba de largas historias simbólicas. […] Y en aquella nuestra primera cena en el Barrio Latino, Oscar fue tan implacable, que ni el mismísimo Moréas, sonoro y tiránico, pudo pronunciar un solo discurso. Animado por el whisky de Merrill, Oscar sonreía, algo nervioso, hablando sin tregua y obligando a callar a los demás, con la suave tenacidad de su elocuencia lenta, gorjeante, continua,… Colocado en la cabecera de la mesa, apenas probaba los platos humildes de nuestro restaurant. Encendiendo cigarrillo tras cigarrillo, recitaba sus consejas y sus moralidades. Y eran cosas deliciosas, de esas que ya conocen todos sus devotos; cosas

[1926] *Ibid.*
[1927] Id., p. 182.
[1928] Id., p. 183.

> espirituales, algo complicadas, algo anarquistas, con una gota de veneno en el fondo de los más irisados cristales de piedad.[1929]

Debido a esta afición por acaparar todas las miradas y todas las atenciones, Wilde no era un compañero de tertulias muy apreciado, en opinión de Moréas, a pesar de lo cual, Carrillo y él compartían muchas tardes en mutua compañía: "A pesar de los consejos de Moréas, que con su truculencia habitual aseguraba que era preciso huir de Oscar Wilde como de la imagen del aburrimiento, yo continué tratando al poeta inglés casi a diario".[1930] Y no sólo contaba con el rechazo del poeta griego, también con el de Alice, quien veía en él a un competidor, aunque Enrique siguiera apreciando su compañía, según destaca el propio Carrillo:

> Yo, contrariamente a la opinión de mi querida y de mi gran amigo, lo encontraba muy noble, muy fino, muy original, y buscaba su compañía, visitándole por las mañanas en su hotel del bulevar de la Madeleine, o yendo por la tarde a la tertulia íntima de Stuart Merrill.[1931]

No sólo nos acerca Carrillo al hombre que se esconde tras el literato; también lo hará a su obra, a la concepción de la misma, al germen de ella, concretamente de la obra *Salomé* de Wilde, cuando aún no era más que una obsesión para su autor. Transcribe Carrillo sus conversaciones al respecto con el escritor irlandés:

> En aquella época, el maestro inglés estaba obsesionado por la imagen de la bailadora sanguinaria, y no perdía ocasión de hablar de ella con todo el que creía que podía interesarse en el estudio de su figura legendaria. Desde la primera tarde en que le conocí, me dijo:
>
> -Yo ahora querría ir a España sólo por ver, en el Museo del Prado, la Salomé del Tiziano, […] ¡El Prado está lleno de Salomés!...
>
> Luego no dejó ni solo día de hablarme de Salomé. Las mujeres bonitas que paseaban por el Bulevar, le parecían a veces princesas israelitas. En la rue de la Paix, ante las vidrieras de los joyeros, deteníase largas horas para componer aderezos ideales y adornar con ellos el cuerpo de su ídolo. Las telas que en la

[1929] Id., p. 184.
[1930] Id., p. 189.
[1931] *Ibid.*

> Avenida de la Opera ostentan sus esplendores en los escaparates, antojábansele tejidas para cubrir el pecho de la hija de Herodías.
>
> Una tarde, de pronto, en medio de la calle, después de un largo silencio, me preguntó:
>
> -¿No le parece a usted que estaría mejor desnuda?
>
> En el acto adiviné que se trataba de ella, de Salomé.
>
> -Sí –continuó-, enteramente desnuda; pero con muchas joyas, con pesados y sonoros sartales de gemas omnicromas en los tobillos, en los brazos, en el cuello, en la cintura, haciendo con sus reflejos penetrantes más cálida aún la fiebre de su carne ámbar…[1932]

Nuestro cronista describe el pensamiento recurrente de la protagonista legendaria en la mente del poeta Oscar Wilde: "Los labios del poeta crispábanse sonriendo ante la visión de Salomé sin velos. En su entusiasmo de artista sensual, creía ver a Sarah Bernhardt, adolescente, bailando ante el mundo".[1933] Reflexiona y elucubra Gómez Carrillo acerca del proyecto de Wilde:

> Desnuda en medio de la sala del festín, la bella princesa sin velos alza entre sus brazos virginales la cabeza cortada, y la contempla largamente, amorosamente. […]
>
> ¡Ah! No; ésta no es la niña ingenua de la Biblia, ni la ejecutora ciega de venganzas ajenas que los poemas antiguos nos presentan, ni la flor venérea de los cuadros clásicos. Esta es la Salomé de Wilde. Y desde aquí la oigo que dice, hablando a la cabeza sangrienta: "Me trataste de ramera… y, sin embargo, yo vivo todavía y tú ya no… ¡Y tú, que no quisiste darme tus labios, me das ahora tu cerviz!... ¡Ah! ¡Juan, Juan!...Has sido el único hombre que he amado… Excepto tú, todos los hombres mi inspiran desprecio. […]" Sí; la oigo recitar las estrofas del poeta. ¡Es ella! Es la Salomé consciente, la que mató para saciar su sed de venganza, la virgen loca y sanguinaria.[1934]

Como germen que era aún este personaje de Wilde, su figura se tornaba en la contraria en otras ocasiones, como hace ver Carrillo: "Otras veces su Salomé era casi casta. Me acuerdo de una tarde, al volver del

[1932] Id., p. 192.
[1933] Id., p. 193.
[1934] Id., pp. 193-194.

Louvre, nos habló de una princesa lamentable que bailaba ante Herodes, por inspiración divina, para obtener la muerte del impostor, enemigo de Jehová".[1935] Se trataba de una obsesión recurrente. Wilde la veía por todas partes. Lo destaca Gómez Carrillo relatando, cómo hallándose en casa de un amigo común, ante la vista de una estatua decapitada, Wilde, muy pálido, creyó ver la cabeza de Salomé. Así lo contaría su amigo Carrillo: "Y, en seguida, exaltado por su embriaguez legendaria, tuvo la visión de una princesa que lleva a su amante la cabeza de San Juan, y que, viéndose despreciada, le envía luego su propia cabeza".[1936]

De las mil formas que adoptó la Salomé de Wilde antes de tomar la definitiva, nos da cuenta pormenorizadamente, nuestro autor:

> Wilde comenzó un cuento en prosa titulado *la Decapitación de Salomé.* Luego rompió las páginas escritas y pensó en una obra en verso. Al fin se decidió por la forma dramática. La idea de ver a Sarah Bernhardt, rejuvenecida, bailando desnuda ante el tetrarca, volvió a obsesionarle. Y abandonando su lengua natal, principió en francés su Salomé definitiva.
>
> ¿Su Salomé? Digo mal, fueron diez, fueron ciento, las Salomés que imaginó, que principió, que abandonó. Cada cuadro visto en un museo sugeríale una idea. Cada nuevo libro sobre el asunto hacíale dudar.[1937]

Tan sólo una parte habría de conservarse intacta, desde que la obra comenzara a tomar cuerpo en la mente de Wilde hasta su publicación. Carrillo comentará este tema:

> Una página hay en la Salomé definitiva que Oscar Wilde no varió nunca y que es la misma del cuento empezado, la misma de los muchos dramas abandonados: Salomé, después de bailar, reclama al tetrarca, como premio, la cabeza del Bautista, no por obedecer a su madre, sino por despecho amoroso. El tetrarca, después de una lucha muy larga con su conciencia, se la da, en un plato de plata. Ella la recibe, y cogiéndola entre las manos, exclama: "¡Ah! ¿No has querido dejarme besar tu boca?... Pues bien: impídelo ahora… Ahora la morderé como se muerde el fruto apetecido…[1938]

[1935] Id., p. 194.
[1936] *Ibid.*
[1937] Id., p. 195.
[1938] Id., p. 197.

Enrique Gómez Carrillo resumirá el tema de la protagonista de Wilde, fantaseando de qué manera él mismo configuraría a semejante prodigio de mujer, en tanto que amante enloquecida, capaz de cometer atrocidades, ofuscada por la niebla del sentimiento amoroso que anularía por completo cualquier otro tipo de sentimiento, de naturaleza más racional:

> La heroína de Oscar Wilde es una mujer que ama, y que sufre, y que odia. La fe no la inquieta. Que Juan crea en una religión prohibida, o que sea fiel a los ritos oficiales, poco le importa. Lo que la turba, lo que la tortura, lo que la mueve, son los ojos negros y los labios rojos del hombre. "Tu carne –le dice cuando va a visitarle en prisión-, tu carne es blanca como la nieve de los montes. Las rosas del jardín de las reinas árabes no son tan blancas como tu cuerpo, no, ni las rosas de la reina, ni las primeras luces del crepúsculo, ni la claridad de la luna. ¡Déjame acariciar tu cuerpo, Yo'kanaan!" Y luego, loca de amor, exclama: "¡Necesito tus labios! Tu boca es como una cinta de sangre en lo alto de un a torre de marfil. Es como una granada que cortara un cuchillo de plata".[1939]

A modo de colofón final respecto de la obra y a la heroína de Wilde, resaltaremos la admiración que Carrillo experimentaría hacia ambas, pues dirá nuestro autor: "Y esto, y todo lo que la virgen dice, tiene la sublime inmoralidad del *Cantar de los cantares*".[1940] En cuanto a la inmoralidad de la heroína, añadirá Carrillo, que no sería un tema que preocupara a Wilde, pues éste solía decir, según Enrique Gómez Carrillo nos transmite: "-Yo huyo de lo que es moral como de lo que es pobre".[1941]

Redunda Carrillo en el gusto de Wilde por las obras pictóricas como base de inspiración a la hora de concebir a la protagonista Salomé. Tras contemplar muchos lienzos, de variados autores, parece encontrar uno, cuya encarnación de la heroína bíblica casa perfectamente con la entelequia formada en la imaginación de su autor. Cuenta Carrillo:

> Sólo el cuadro de Gustave Moreau encarnaba, a su entender, el alma de la princesa legendaria, de la divina Herodiades. ¡Cuántas veces nos repitió, a todos sus amigos, las célebres frases de Huysmans! "Casi está desnuda. En el ardor de la danza, los velos se han desecho, los brocados han caído, y sólo

[1939] *Ibid.*
[1940] Id., p. 198.
[1941] *Ibid.*

> las joyas cubren su carne. Un ligero coselete le estrecha la cintura; y un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos. Más abajo, un collar de granates le estrecha las caderas. Sobre su sexo brillan dos esmeraldas". Esta descripción parecía ser perfecta. En cuanto a la obra misma del pintor, era para él una de las maravillas del mundo, y le impresionó de tal modo, que, más tarde, -cinco años más tarde-, cuando después de ser el niño mimado de la gloria londinense, pagaba en una cárcel de Wormswod Scrubs su "crimen de inmoralidad", en las horas de insomnio y de fiebre, repetía inconscientemente: "…un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos… Sobre su sexo brillan dos esmeraldas…".[1942]

11.2.5. Rémi de Gourmont

La casa de Merrill no sólo valió a Gómez Carrillo para conocer a Wilde. Allí escuchó igualmente al escritor francés Rémi de Gourmont. Describe igualmente Carrillo la tarde en que lo conoció, en medio de una de aquellas reuniones habituales:

> En casa de Stuart fue donde, cierto día, hallé a Wilde sentado al lado de un hombre joven, que tenía la mitad de la cara comida por una especie de lepra. A pesar de mi repugnancia por los horrores físicos, sentéme cerca de él, para escuchar lo que el poeta inglés decía. Pero, por un fenómeno extraño, aquel día el único que hablaba era el horrible desconocido.[1943]

Ese desconocido era Rémi de Gourmont y su discurso versaba sobre la identidad de Salomé, hecho por el cual era escuchado por aquel que gustaba de ser el orador principal de todas las reuniones, Wilde. Gourmont ilustraba a los asistentes sobre la existencia de una doble Salomé, una bailarina que cautivó a Herodes hasta el punto que éste le ofreciera la cabeza de Juan Bautista, junto a otra Salomé, hija de Herodías, esposa de Herodes repudiada por su hermano, por tanto sobrina de Herodes.

[1942] Id., p. 199.
[1943] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 189.

11.2.6. Théodore de Banville

Ya hemos aludido a la costumbre confesa de Carrillo de recorrer las calles parisinas en busca de personalidades de las artes y las letras. Será mediante este método, el cual daría otros buenos resultados en cuanto a posibilitar la proximidad de algunos renombrados escritores franceses, por el que se aproximará a Teodoro de Banville. En el capítulo "Gloriosos amigos" de *En plena bohemia*[1944] describe las circunstancias de esta aproximación:

> Yo lo encontré una tarde, a la hora rosada del crepúsculo, en los jardines del Luxemburgo, inmóvil ante un cisne que bogaba, en las aguas verdes del estanque, hacia una muchacha que le hacía señas en la orilla y que era tan blanca como él. Los ojos claros del poeta sonreían con malicia en su vieja faz de pierrot. Sus labios palpitaban ligeramente, y yo creía escuchar, en una melopea muy tierna y muy picaresca, hecha de imágenes de Ovidio y de rimas de Ronsard, un epitalamio, en el cual Leda, vestida de encajes por un gran modisto parisiense, obligaba al pájaro olímpico, después de muchas tiernas burlas y de muchos jugueteos enervantes, a abandonar su disfraz de plumas y a arrodillarse ante ella, pidiéndola perdón por haberla considerado capaz de perderse locamente en aventuras de carnaval.[1945]

Tras osar el devoto Carrillo dirigirse al insigne literato, obtiene de aquel el premio del intercambio de breves palabras, tras las cuales, Carrillo contemplará con recogimiento religioso el alejarse de aquella especie de visión milagrosa, la cual guardaría en su memoria con emoción:

> Después, tomando un sendero oloroso a rosas, echóse a andar, lentamente, con las manos detrás de la espalda, como un buen jardinero que visitara su jardín. De vez en cuando deteníase para examinar alguna planta o para acariciar, con la mirada, alguna flor. Todo, en sus ademanes, en sus labios, en sus pupilas, denotaba la bondad y la bienaventuranza. Sus pasos eran menudos, su nariz, breve, respiraba con alegría los efluvios autumnales de la tierra. En su perfil imberbe había algo de irónico, algo de dionisíaco y algo de monacal.
>
> -Usted se burla tal vez de mi, joven indiscreto –decíame-, al notar que admiro estas platabandas recortadas cual si fueran de raso… Usted es quizá de esos señores que se llaman naturalistas y que lloran ante un árbol tallado en forma de pirámide, como ante una blasfemia… Usted no estima, sin duda, ni estas alfombras de

[1944] Id., pp. 161-168.
[1945] Id., p. 161.

> crisantemos que forman estrellas, ni estos jarrones, de los cuales caen flecos de hiedra… Lo de torturar la Naturaleza para darle formas artificiales debe ser, para usted, más odioso que la tiranía métrica de un soneto. ¡Qué le vamos a hacer!… Cada uno nace con sus gustos, y los míos me llevan a adorar el esfuerzo del hombre que doma las ramas y las sílabas para componer ramilletes o poemas… Lo demás, no es nada… Sobre todo, a mi edad…
>
> Hubo en su boca, al hablar así, un triste rictus de burla. Sus pasos hiciéronse, de pronto, no menos menudos, pero sí más rápidos, más impacientes, y ¡ay! también más vacilantes…[1946]

Decidiendo no molestar al gran poeta al seguir sus pasos y ser testigo no deseado de los versos íntimos que aquel salmodiaba en su paseo, Carrillo queda inmóvil, dejando que el artista se aleje en su soledad elegida, mas pensando y recreándose en la dulzura del momento inmediatamente pasado: "Y temeroso de oír su voz irritada en la realidad, aléjeme para continuar escuchándola, muy suave, muy cariñosa, muy poética, en mi imaginación".[1947]

11.2.7. Leconte de Lisle

Por el mismo procedimiento peripatético, Carrillo encontrará al conocido literato francés Leconte de Lisle. Lo conoció, guiado por el azar, en una de las mañanas en las que disfrutada de recorrer París, envuelto por una nube de gente animada, definida, según sus propias palabras: "en una atmósfera de bienestar juvenil sumía mi espíritu en la más deliciosa de las indolencias…"[1948] Este bienestar se vería colmado por el tropiezo fortuito con una joya literaria: la aparición de Leconte de Lisle:

> De pronto, irguiéndose por encima de la masa anónima, apareció una cabeza de cíclope cubierta por un sombrero de copa de alas planas… No tuve un segundo de vacilación… Era él, era él, con su monóculo, con sus melenas blancas, con su rostro afeitado, con sus labios finos, sinuosos, crueles… Marchaba lentamente, desdeñosamente, magníficamente, cual un dios que,

[1946] Id., p. 162.
[1947] Id., p. 163.
[1948] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., pp. 163-164.

> por capricho, se hubiera vestido de bibliotecario para pasearse en medio de los mortales… La gente volvíase hacia él, con respetuosa curiosidad. Las mujeres lo señalaban con el dedo… Detrás dejaba una estela de religiosa alegría… ¡Ah! Aquellos mis tiempos, ¡cuánto más literarios, cuánto más noveleros eran que los actuales! Entonces un gran poeta inspiraba, en la calle, muchísima más curiosidad que un general de uniforme, casi tanto como una mujer bonita…[1949]

Lo siguió a cierta distancia respetuosa, como hiciera con Banville, elucubrando sobre la vida y obra de este poeta, como rememora Carrillo en su autobiografía:

> Yo sabía que era originario de una isla remota de África, y complacíame en considerarlo como un ser terrible y bondadoso que, en su juventud, hubiera sido pastor de rebaños de elefantes, cazador de hipopótamos, domador de leones y protector de pueblos primitivos… Había en la imagen que de él me hacía algo de religioso, algo de pagano y algo de patriarcal. Imaginábalo un inmortal desterrado del Olimpo, y convertido, como Dionisos, en huésped de florestas salvajes. La culpa de mis desvaríos la tenían sus versos, en los cuales, entre dos apolos, aparecían frisos interminables de animales del trópico en medio de una vegetación tórrida.[1950]

Intentaba Carrillo rememorar sus conocimientos sobre lecturas de infancia, nacidas de la genialidad del hombre que podía contemplar a escasos metros, para su delirio y felicidad:

> Eran teogonías milenarias; eran razas enterradas entre las ruinas de palacios fabulosos; eran paisajes que, bajo un sol incendiario, agonizaban, oprimidos por lianas monstruosas; eran cortejos nocturnos, a la luz de las antorchas, por los senderos de los bosques sagrados, a orillas del Ganges; eran idilios de fieras en el fondo de las junglas… ¿Qué no era?... Todo lo que yo había entrevisto en mis primeras lecturas exóticas, creí que aquel poeta lo encarnaba. Y caminando detrás de él, hacíale discursos enfáticos con los retazos de mi pobre erudición infantil y desordenada.[1951]

No osando dirigirle la palabra de manera directa, Carrillo, adoptando la postura del tímido admirador, le dirigía discursos imaginarios: “Y de tal modo embriagábame yo mismo con mis laúdes asiáticos, que no vi

[1949] Id., p. 164.
[1950] *Ibid.*
[1951] Id., p. 165.

desaparecer al poeta bajo el pórtico de la Escuela de Minas, donde tenía su domicilio en calidad de bibliotecario senatorial…”.[1952]

11.2.8. Ernest Renan

El historiador Renan será una nueva pieza cobrada en la particular persecución callejera de celebridades emprendida por nuestro cronista:

> Con objeto de premiar mi constancia y mi fe, la suerte me hizo encontrar, pocos días después, al hombre más ilustre de aquella época: el excelso, el simbólico Renan, a quien las damas del gran mundo se disputaban para exhibirlo en sus salones. […] Y el viejo sabio, en su benevolencia evangélica, dejábase enseñar cual un bicho de feria o cual un fenómeno de anfiteatro.[1953]

11.2.9. Maurice Maeterlinck

El célebre dramaturgo belga Maurice Maeterlinck, será citado en el primer volumen de la obra autobiográfica de Carrillo, centrado en su vida en Guatemala. Contrariamente a los que opinaban que Carrillo habría olvidado rápidamente su patria, testimonia en sus conversaciones con Maurice Maeterlinck, el recuerdo amoroso y emocionado que vendría a menudo a la memoria del guatemalteco. Al dramaturgo belga, relatará las excelencias exuberantes propias de la belleza y la luz reinantes en los paisajes y la naturaleza guatemaltecos, y este relato propiciará las siguientes líneas en las que Carrillo, deleitándose en sus dulces recuerdos infantiles, los comparte con el autor de *Monna Vanna,* y éste resulta conquistado por tales descripciones, hasta el punto de desear conocerlas. Contará Carrillo en referencia a Maeterlinck: “que me oye a menudo hablar así, me dice sonriendo con su sonrisa de niño: “-Vamos a morir allá…””.[1954]

[1952] *Ibid.*
[1953] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 167.
[1954] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 20.

La figura de Maeterlinck aparece reiteradamente en las obras de Carrillo. Nuevamente podremos encontrarla en *Literatura extranjera,*[1955] en donde, para animar a la lectura de la obra del dramaturgo belga, Carrillo destacará:

> Olvidad las lecciones del señor maestro de retórica; no penséis en las herencias clásicas; salid de vuestras casas burguesas y pedidles permiso a los adolescentes revolucionarios para asomaros un instante a las ventanas de sus castillos ideales. Desde allí todas las obras de Maeterlinck os parecerán bellas, majestuosas, geniales.[1956]

11.2.10. André Ibels

André Ibels, novelista, dramaturgo y poeta francés, será presentado a Carrillo en un café, lugar en el que conocería a tantos otros prohombres, en aquel entorno de *bien-être* y de libertad, en el que la expresión de las ideas y la unión de todas las almas próximas a lo bello podían entremezclarse sin cortapisas. Resaltará la buena impresión que le causó al considerarlo como un hermano espiritual, en cuanto a bohemia, gusto por la alegría y disfrute de la vida. Destaca que, de aquellos hombres a los que conoció a edad tan temprana, seguiría conservando el precioso tesoro de la amistad:

> La comida continuó así, entre bromas truculentas, Los dos bohemios, que aún son amigos míos muy íntimos, tenían ya entonces la única virtud que existe contra los peligros de la borrachera, que es la buena educación. Por eso pudimos reír, gritar, saltar, tutearnos y abrazarnos, sin ofendernos… Por eso, en la calle, acompañando a Alice hasta su puerta, entonaron cánticos sin molestar a ninguno de los que pasaban a nuestro lado…[1957]

11.2.11. Augusto de Armas

Otros autores de origen hispanoamericano confluyeron con nuestro cronista en la capital francesa e influyeron igualmente en Carrillo, incluso

[1955] Gómez Carrillo, E., *Literatura extranjera*, ed. cit.
[1956] Id., p. 175.
[1957] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 128.

hasta el punto de inspirarle proyectos literarios. En este apartado entraría Augusto de Armas,[1958] al cual presenta Gómez Carrillo como el que le sugiriera la idea de escribir un libro, cuyo núcleo versara sobre hispanoamericanos que realizaran su producción literaria en lengua francesa. No llegó el guatemalteco a plasmar esta obra en la realidad, pero si que parece el germen de sus obras posteriores en las que seleccionaría una serie de obras, con objeto de compilar una antología de autores franceses y castellanos. Este autor se hace presente en la obra de Carrillo, el cual explica lo relativo al proyecto expuesto anteriormente:

> Tratábase de un folleto sobre los hispanoamericanos que escribían en francés y que eran célebres, o por lo menos conocidos en París. La idea habíamela sugerido un poeta cubano a quien más tarde traté con intimidad y que, siguiendo las huellas de Heredia, acababa de publicar sus primeros versos en francés. Este poeta era Augusto de Armas, el cual, con sus melenas rubias y sus ojos infantiles, iba, de cenáculo en cenáculo, recitando poemas que nadie oía.[1959]

Algunos de aquellos personajes, queridos y admirados en su primer descubrimiento del París maravillosamente artístico y bohemio, Verlaine, Leconte de Lisle, Wilde, entre otros, figurarán en la selección de autores que conformarían la obra debut de Carrillo, *Esquisses*, publicada en Madrid.[1960]

11.3. Autores y artistas presentes en otras obras de Gómez Carrillo

Las siluetas de autores, el ejercicio crítico sobre su obra o la plasmación del sentimiento de veneración, admiración o respeto que Carrillo sentía por los escritores franceses fundamentalmente, y por todo aquello que se publicara en Francia, queda plasmado en muchas de sus obras. Este sería

[1958] Augusto de Armas nació en La Habana, en Cuba, en 1869 y murió en Courbevoie, Francia, en 1893. Fue un poeta que escribió en francés la práctica totalidad de su obra. Aunque educado en Cuba, se trasladó en 1888 a París, donde trabajó como periodista. En 1891, publicó su único libro de poemas, en francés, titulado *Rymes bizantines*. Dejó otro libro inédito, titulado *Le poème d'un cerveau*.
[1959] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 207.
[1960] Gómez Carrillo, E., *Esquisses*, Madrid, Librería de la Vda. De Hernando y Cía., 1892.

el comienzo de su andadura literaria, pues sus obras de debut consistían en analizar, comentar, glosar,… una serie de obras que contaban con su beneplácito, escritas en castellano o en francés, junto con los autores de las mismas.[1961] Y no sólo serían sus obras de estreno sino que, a lo largo de toda su producción, los libros en los que el nombre de escritores consagrados es título o tema central de capítulos, son constantes. Dos de ellos son comentados por de Ory, ensalzando la calidad de la labor de acercamiento al hombre y al escritor realizada por Carrillo en las crónicas que las integraran:

> *Almas y cerebros y Literatura Extranjera* son dos libros hermanos, de estudios literarios, de siluetas de escritores famosos. ¡Y con qué altura de criterio juzga Carrillo a sus autores predilectos! En amenos artículos nos muestra las figuras "personalísimas" de cada Maestro y sus vidas de arte. Por estas dos preciosas obras conocemos a no pocos hombres insignes, tan admirablemente, que una vez leídas estas páginas nos son familiares todos los personajes que por ellas desfilan.[1962]

"Nunca olvidaré la silueta de Villiers de l'Isle Adam, trazada por Gómez Carrillo, como no se borrará de mi memoria la de aquel pobre poeta Le Chardonnel".[1963] Son palabras de Azorín, el cual fue, al igual que Carrillo, aunque menos prolongado en el tiempo, habitante de París,[1964] palabras que comentarían el saber hacer de Gómez Carrillo en cuanto a retratista espiritual de grandes literatos de la época.

En cuanto al pobre poeta Le Cardonnel citado por Azorín, éste nos hace llegar una anécdota cuyo protagonismo compartía nuestro cronista, y que comentaremos en el apartado correspondiente.

El título "Una visita a…" que da fe del contacto directo que Carrillo estableció con muchas de las personalidades literarias de la época, resulta especialmente representativo en la obra anteriormente citada *Almas y Cerebros*, puesto que en ella, en su segunda parte concretamente, la cual

[1961] Véanse algunas de las primeras publicaciones de Enrique Gómez Carrillo: *Esquisses*, ed. cit., *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos*, ed. cit., ó *Cuentos escogidos de los mejores escritores castellanos contemporáneos*, ed. cit.
[1962] De Ory, E., *op. cit*., p. 15.
[1963] Azorín, *op. cit.*, p. 376.
[1964] Bermúdez, M.D., "Un claror cenicienta: Azorín en París". *Estudios Comparativos*, 2006, pp. 23-26.

reza bajo el subtítulo dado a la obra completa "Intimidades parisienses",[1965] queda constancia de catorce figuras literarias entrevistadas mediante la estrategia de la visita. Además de los insoslayables Verlaine, Wilde, y Zola, (las crónicas dedicadas a estos dos escritores aparecen reproducidos en varios libros de Carrillo),[1966] presentes en otros libros anteriores, constituyen novedad los de otros artistas reputados en la época, a cuyas entrevistas realizadas por Carrillo dedicaremos unas breves líneas. Así pues, pasemos a realizar una visión panorámica de los grandes nombres destacados de las artes con los que compartió algunos momentos de su vida en la época en la que vivió en París, y de los cuales dejó reflejos en su obra.

11.3.1. Paul Verlaine

Verlaine será protagonista de capítulos en exclusiva en numerosas obras carrillistas, siendo nombrado en referencia a su arte, su esencia parisina, a su genialidad, a su filosofía de vida, a su influencia en otros artistas,… en infinidad de ocasiones. Verlaine aparecerá ya desde la primera publicación de Carrillo[1967] que data de 1892, siendo reproducido de nuevo el mismo artículo titulado "Una visita a Paul Verlaine" en otra publicación del año siguiente.[1968] En 1898, se publicará en *Almas y cerebros*[1969] el mismo artículo,[1970] incluido en esta obra prologada por Clarín, al cual se añadirá otro titulado "La muerte de Verlaine".[1971] En él realizaría Carrillo un sereno lamento por la muerte del gran poeta, poniendo de relieve la injusticia que el mundo de las letras cometió con él, pues lamenta, de igual modo, el no haber sido conocido en España, hasta que él lo incluyera en su primera obrita en español. Del mismo modo, repasaría la amistad que les unió durante los seis últimos años de vida de Verlaine, confidencias y anécdotas incluidas, para concluir subrayando la sencillez de la cual siempre hizo gala el gran genio,

[1965] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., pp. 122-392.
[1966] Siendo éste el mismo que se integra en la obra anterior *Sensaciones de Arte*
[1967] Gómez Carrillo, E., *Esquisses*, ed. cit.
[1968] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte,* ed. cit., pp. 73-83.
[1969] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit.
[1970] Id., pp. 171-179.
[1971] Id., pp 183-190.

quien, a pesar de todos los desgraciados avatares que presidieron su existencia, se consideraba afortunado pues, en las propias palabras de Verlaine transmitidas por nuestro cronista: "el poeta verdadero, siempre es feliz…".[1972]

"El alma lamentable de Verlaine" aparecerá de nuevo, años más tarde, integrado en la obra de Gómez Carrillo *El alma encantadora de París*.[1973]

La figura de los dos bien amados amigos y literatos conocidos en el París de sus primeros meses, Verlaine y Moréas, seguirá presente en varias obras más de la producción de Enrique Gómez Carrillo, siendo el caso del segundo libro de las crónicas que lleva por título *Hombres y Superhombres*,[1974] donde ambos protagonizan capítulo. Por otro lado, como resultaría inevitable, en el caso de Jean Moréas, está presente en *La Grecia Eterna*, obra que prologaría el amigo griego a Carrillo, y donde ambos coincidirían en vislumbrar semejanzas poéticas entre los cielos griego y parisino.[1975]

En *Hombres y Superhombres*, Verlaine viene al caso porque Carrillo quiere anunciar y publicitar el proyecto de quienes le apreciaron, de emprender la publicación de las cartas del viejo poeta, tras la muerte de éste, con el objetivo de erigir un monumento al insigne poeta.[1976] Carrillo no engaña al lector sobre este proyecto, ya que pone de manifiesto que el valor de las cartas sería fundamentalmente privado, habiendo sido escritas desde hospitales o desde la prisión, revelando las tristes y precarias situaciones que el gran poeta, conocido familiarmente bajo el nombre de *Lelian*, hubo de padecer. Advierte Carrillo: "Estas cartas, utilísimas como documentos biográficos, no tienen, en realidad, gran importancia sentimental. Son breves y secas".[1977] Carrillo finalizará concluyendo que el Verlaine que presentan

[1972] Id., p. 189.
[1973] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París.* ed. cit., pp. 91-99.
[1974] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres*, ed. cit.
[1975] Gómez Carrillo, E., *La Grecia eterna*, ed. cit., p. 25.
[1976] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres*, ed. cit. pp. 254-261.
[1977] Id., pp. 256-257.

dichas misivas no es el genio creador, "sino el pobre bohemio que cuenta su miseria en pedazos de papel escritos en el hospital y que lloran… y que hacen llorar".[1978]

11.3.2. Jean Moréas

En el caso de Moréas, Carrillo comenta la petición que su buen amigo le hiciera cuando nuestro cronista se disponía a preparar su viaje hacia Grecia, encargado por el periódico *La Nación*. La petición de Moreás consistiría en que Carrillo visitase a su madre.[1979] Como devoto amigo, cumplir el deseo de su amigo fue de las primeras cosas que Carrillo hizo en Grecia. Resultado de aquella visita, el guatemalteco pudo llevar consigo, de regreso a Francia, alguna obra de juventud, poemas escritos algunos en francés, otros en su lengua materna, por el gran poeta griego, cuya madre habría mostrado orgullosa al amigo visitante. Algunos de estos poemas de juventud serían reproducidos por Carrillo en este capítulo, loando sus virtudes poéticas.

Del tema de las lenguas disertarán ambos amigos, una vez reunidos en París, expresando Moréas su deseo de volver a escribir en la lengua de Homero. La muerte impidió que cumpliese esta voluntad, hecho que nuestro autor lamentaría profundamente. Así se refiere a ello Gómez Carrillo, aprovechando la ocasión para rendir homenaje a las virtudes del eminente literato y amigo: "Sintámoslo sin enfadarnos, sin indignarnos contra lo absurdo del Destino. Seamos, como era él, resignados y serenos".[1980]

Moréas aparecerá de nuevo en un extenso estudio realizado por Carrillo acerca de los poetas simbolistas franceses, publicado en su obra *El modernismo*,[1981] bajo el título "Los poetas nuevos de Francia".[1982] Dedicando breves líneas a la personalidad y producción literaria de una

[1978] Id., p. 261.
[1979] Id., pp. 211-222.
[1980] Id., p. 222.
[1981] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit.
[1982] Id., pp. 222-275.

selección de autores, en el estilo de su crítica impresionista, nos acercará a las últimas generaciones de poetas simbolistas en Francia. De Moréas destacará el carácter melancólico de la obra de este griego aclimatado a París, lejos de su mediterráneo y luminoso país natal.[1983]

11.3.3. Stuart Merril

En esta selección de poetas nuevos en suelo francés se hallará también incluido Stuart Merrill, aquel amigo en cuya compañía conocieran a Wilde y con quien compartieran cafés y licores en los cafés parisinos. De Merrill alabará la belleza de sus versos inspirados y dedicados a las piedras preciosas.[1984]

11.3.4. Maurice Maeterlink

Maeterlinck se halla igualmente presente en la obra anterior,[1985] aunque la crónica versaría sobre su reunión tiene lugar en Niza, en la casa del literato, no en París. El tema de conversación será la postura de este autor, durante el transcurso y una vez finalizada la primera Guerra Mundial que tan duramente trató a Francia, donde residirían los contertulios de esta reunión, respecto a Bélgica, su lugar de nacimiento y todavía residencia de algunos familiares directos, postura consistente en no fomentar entre la población ocupada francesa, el odio contra los invasores teutones, lo cual no significaría, como subraya el autor belga, bajar la guardia frente al posible peligro que éstos podrían seguir representando en el futuro. Carrillo nos ofrecerá la filosofía del dramaturgo belga al respecto: “El odio es el fardo

[1983] Id., pp. 239-241.
[1984] Id., pp. 236-238.
[1985] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres*, ed. cit., pp. 179-186.

más pesado que el hombre puede llevar en la tierra, y a nosotros nos doblegaría".[1986]

11.3.5. Anatole France

En el citado contexto doméstico de las visitas en las que Carrillo realizaba sus personales entrevistas aparece el Nóbel de literatura Anatole France, a cuya casa acudirá Carrillo, pues allí se produciría la reunión semanal con el insigne escritor que abre sus puertas a sus amigos, a modo de salón literario. Carrillo comentará, que aquel día se trataría del viaje a Buenos Aires que el escritor preparaba, destino en el cual disertaría sobre la figura literaria del padre del pantagruelismo, poniendo de relieve nuestro autor, las maneras sencillas y acogedoras que reinarían en el domicilio del literato, donde comenzaban ya a llegar otros significativos hombres de las letras francesas.[1987]

11.3.6. Oscar Wilde

Además del capítulo consagrado a Verlaine, la obra de Gómez Carrillo *Sensaciones de arte*,[1988] recoge entre sus páginas otros dedicados a Oscar Wilde,[1989] en el cual introduce una descripción física de los tiempos en los que lo conoció en París, su análisis sobre los ideales literarios del autor de *El abanico de Lady Windermere*, junto con apuntes relativos a la relación amistosa que mantuvieron en el mismo París bohemio y artístico.

[1986] Id., pp. 183-184.
[1987] Id., pp. 195-210.
[1988] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit.
[1989] Id., pp. 41-50.

11.3.7. Émile Zola

El capítulo final de *Sensaciones de arte* tendrá como protagonista al que sería el reputado y emblemático autor de *Les Rougon-Macquart*, el escritor naturalista Zola. En él que sería titulado "Una visita a Emilio Zola",[1990] en el cual describirá Carrillo a un hombre afable, abierto y comunicativo, buen conversador, conocedor de la literatura española, (pues Zola tomará a Carrillo por español), citando a Clarín, a Pardo Bazán, a Galdós,…, modesto, al confesar no saber mucho de letras castellanas, justificándose en la dificultad de conocerlo todo,[1991] y agradeciendo el trato que los castellanos habrían brindado a su obra. Carrillo reproduce sus palabras al respecto, las cuales constituyen, a la vez, lo que podríamos considerar una básica y resumida autodefinición del gran escritor francés: "Todos los países latinos han sabido considerarme como un trabajador sincero, y eso me basta…".[1992] La modestia de Zola surgirá nuevamente cuando Carrillo lo señala como el Pontífice de la capilla naturalista,[1993] título al que quita importancia, al decir que dicha fama la debería a "invenciones de los periódicos",[1994] acotando su mérito a lo referente a la simple expresión pública de lo que otros autores ya tenían en mente. Nos hará llegar Carrillo las interesantes declaraciones de Zola sobre este tema:

> Los naturalistas de hoy no tienen jefe alguno. En otro tiempo yo fui, sin duda, el porta estandarte de la escuela porque supe decir en voz alta lo que mis amigos murmuraron, pero después de ganar la batalla, recobré mi puesto de sargento. Cuando salieron a la luz mis obras críticas, todos se figuraron que las teorías expuestas en ellas eran reglas originales que yo trataba de imponer a mis compañeros; mas, en realidad, no eran sino un resumen de las conversaciones que yo mantuve al principio con varios de mis amigos. Flaubert y Goncourt son mis maestros; Daudet es mi hermano. Nosotros cuatro formábamos, en 1860, un grupo al cual vinieron después a unirse varios jóvenes, como Alexis, como Céard, como Hennique, como el pobre Maupassant.[1995]

[1990] Id., pp. 126-136.
[1991] Id., pp. 125-126.
[1992] Id., p. 127.
[1993] *Ibid.*
[1994] *Ibid.*
[1995] Id., pp. 127-128.

Charlarán amigablemente de este último autor citado, de Maupassant, al cual conociera Zola, así como de la fecha de caducidad del movimiento naturalista, la cual no vería cercana el que fuera considerado como el padre del mismo, ya que profetizará a Carrillo, según él mismo transcribiría en la crónica dedicada al celebérrimo escritor: "Ya verá usted, amigo, como el naturalismo no desaparece por completo antes de que muramos nosotros tres: Goncourt, Daudet y yo… ¡Ah, y lo que soy yo aún no tengo grandes deseos de morir!"[1996]

La loa de Carrillo hacia el gran maestro y su obra queda plasmada en este capítulo, en las admirativas frases que le dedica sinceramente: "Este es el poeta, el bravo poeta, el poeta épico de nuestro siglo. Sus novelas son epopeyas de la vida moderna",[1997] "Cuando él habla, todo el universo se descubre y oye".[1998] Ó "Dentro de mil años nuestro mundo dirá: "el siglo de Zola", como nosotros decimos hoy, "el siglo de Augusto"".[1999] De su obra exaltará su carácter único, capaz de constituir casi un género en sí misma, pues dirá Carrillo de la novelística de Zola: "Ella ha sustituido al poema épico, y ninguna otra composición podrá destronarla por ahora".[2000]

Esta visita a Zola, la cual aparecerá de nuevo formando parte de otra obra posterior titulada *Almas y cerebros,*[2001] la clausurará Carrillo con una reflexión en forma de metáfora, basada en la representación que algunos pintores habían realizado del padre de *Germinal*, en la que relaciona el nombre de Zola con otro grande de la literatura contemporánea diciendo: "Balzac fue un toro también, pero un toro viejo. Emilio Zola es el Toro joven".[2002]

[1996] Id., p. 136.
[1997] Id., p. 130.
[1998] *Ibid.*
[1999] *Ibid.*
[2000] Id., p. 134.
[2001] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., pp. 193-1202.
[2002] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 136.

11.3.8. Jean Lorrain

Jean Lorrain, seudónimo literario de Paul Alexandre Martín Duval, protagonizará el primer capítulo de *Almas y Cerebros*,[2003] el cual comenzará con el comentario de Carrillo acerca de lo modesto del domicilio, aludiendo después a los pequeños detalles de la decoración del mismo, antes de entrar en conversación de materias literarias e intercambiar impresiones sobre sus novelas. De esta conversación extraerá Carrillo la confidencia del autor de haber sido él mismo la inspiración del personaje central de su novela *Contes d'un buveur d'éther*. También resaltará nuestro cronista la pronunciación de una frase clave en la filosofía literaria de este autor quien afirmaría: "lo raro es siempre lo bello",[2004] para después comentar su obra poética, de la cual pondrá algunos versos a modo de ejemplo.

11.3.9. Karl Joris Huysmans

El mismo procedimiento de alusión a la morada del admirado escritor Huysmans, inaugurará el segundo capítulo dedicado a este autor.[2005] De nuevo una conversación sobre literatura castellana en la que Huysmans se confesará admirador en mayor medida de Santa Teresa que de Cervantes. De igual modo, Carrillo comentará cómo este autor se lamentará de lo que considera una cada vez más difícil tarea, consistente en encontrar libros raros o antiguos. Carrillo, al experimentar una sensación de frialdad en esta entrevista decide ponerle fin. Con cierta decepción se dispondría nuestro autor a abandonar el domicilio del escritor, pues dirá: "sintiendo profundamente no llevar de mi visita ninguna de esas impresiones de intimidad que dan a las siluetas literarias su verdadero interés",[2006] afirmación carrillista que nos ofrece su objetivo principal a la hora de realizar este tipo de entrevista, es decir, la búsqueda del matiz original y humano en el escritor.

[2003] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., pp. 137-146.
[2004] Id., p. 129.
[2005] Id., pp. 125-134.
[2006] Id., pp. 143-144.

No obstante, ya en la puerta, Carrillo tiene la ocurrencia de preguntar a Huysmans por sus obras en preparación, y será entonces cuando la frialdad anterior desaparezca y surja el escritor apasionado que refiere detalles de su nueva creación artística, que, en ese momento era *La cathédrale*. Con una visión enardecida del escritor finalizará Carrillo la crónica fruto de su entrevista a Huysmans.

La vida de este autor será de nuevo tema principal en "Huysmans en el convento",[2007] incluido en *El segundo libro de las crónicas*, subtitulado *Hombres y Superhombres*, donde Carrillo repasará la trayectoria vital y literaria de este escritor antes y después de que su conversión religiosa le llevara a apartarse del mundanal ruido y recluirse entre muros conventuales. Esta misma crónica es igualmente reproducida en otra obra posterior.[2008]

11.3.10. Alphonse Daudet

Alphonse Daudet ocupará el cuarto capítulo de las intimidades parisienses de Carrillo.[2009] Esta crónica se hallará de nuevo en *La vida Parisiense.*[2010] Un anciano y enfermo Daudet es el que recibe a nuestro cronista, el cual sorprenderá a Carrillo, en aquel ambiente en el que nuestro autor percibe tintes de muerte, con su dulce, melodiosa y afable voz con la que comentaba mil pequeños detalles de la vida cotidiana, de lo serio y lo frívolo, del tiempo y de los libros, mas, especialmente, voz contadora de anécdotas. Varias serán las que relate a modo de pequeñas confidencias a su entrevistador. Destacará Carrillo el respeto profesado en Francia hacia el autor de *Boule de Suif,* sin obviar, por el contrario, que igualmente, contaba con detractores. Esta situación no es achacada por nuestro periodista a la injusticia, sino más bien a cuestiones de punto de vista,[2011] expresando el suyo propio al dar una opinión en la que irían unidas ambas posiciones, pues

[2007] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las crónicas. Hombres y superhombres,* ed. cit., pp. 242-253.
[2008] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense,* ed. cit. pp. 163-169.
[2009] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., pp. 159-167.
[2010] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense,* ed. cit., pp. 170-175.
[2011] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros,* ed. cit., p. 164.

Carrillo afirma refiriéndose a Daudet: "Como creador, como poeta, como cerebro, el padre de *Petit Chose* no tiene nada de admirable; mas es, en cambio, un cuentista encantador y un delicioso relator de anécdotas".[2012] Transmitirá de igual modo Gómez Carrillo, la admiración profesada por el anciano autor hacia los grandes de la literatura francesa como Baudelaire o los Goncourt, así como su falta de gusto por las nuevas generaciones literarias, a las cuales acusaría de inventarlo todo sin sembrar nada personal o humano en sus obras.

La impresión lóbrega que percibiría Carrillo a su entrada en la estancia del enfermo escritor se habría desvanecido por completo al término de la entrevista, pues concluirá nuestro entrevistador, refiriéndose a Daudet: "No; este hombre no estaba muerto, sino que, al contrario, vivía de una vida literaria verdaderamente intensa".[2013]

11.3.11. Jules Bois

La octava crónica recogida en *Almas y cerebros*[2014] será consagrada al escritor e historiador francés Jules Bois. En ella tratará Carrillo de la apariencia ascética de este novelista además de estudioso de cuestiones religiosas relacionadas con sectas, satanismo o magia. Descubrirá igualmente en este autor, una simbiosis entre el genio y lo extraño, rasgo que no sería inusual entre los escritores franceses, a decir de nuestro cronista: "En Jules Bois, como en casi todos los artistas actuales de Francia, lo sentimental y lo psicológico no van nunca sin una gran parte de rareza".[2015]

11.3.12. François Coppée

[2012] *Ibid.*
[2013] Id., p. 167.
[2014] Id., pp. 205-213.
[2015] Id., p. 212.

En la visita al poeta, novelista y autor dramático francés François Coppée, éste hará confidencias a Carrillo respecto al escaso espacio conseguido por la aventura en su vida, de su nostalgia de París y de sus gatos, mientras se hallaba en el campo varios días para cuidar su delicada salud, de la situación política de España y su guerra contra Cuba, derivando desde este tema a lo literario, donde expondrá su opinión relativa al paso del tiempo, el cual hace que los innovadores actuales sean los conservadores del futuro. Así traduce nuestro cronista las palabras de Coppée: "los revolucionarios de hoy serán los viejos burgueses de mañana y llamarán locos a los que vengan después de ellos, y no entenderán las odas de sus sucesores literarios".[2016] Como hubiera sido inevitable, también trataron del parnaso, el cual será explicado por Coppée a Carrillo, de una manera muy sencilla, diciendo que el parnaso tan sólo fue una reunión de amigos en torno a un maestro: Catulle Mendès, el escritor y poeta francés. Dirá Coppée a Carrillo: "la escuela parnasiana no existió nunca; nuestro grupo no fue una escuela, sino una pléyade de poetas, amigos sin compromisos, unidos únicamente por la simpatía y el talento".[2017] La visita a Coppée figura igualmente en la obra *La vida parisiense.*[2018]

11.3.13. Armand Silvestre

Otro escritor y poeta de nacionalidad francesa, Armand Silvestre, sería el alma que Carrillo quiera retratar en otra de sus visitas, cuyo resultado se plasmara en el decimoprimero capítulo de *Almas y Cerebros.*[2019] Además de incluir el minucioso retrato físico-psicológico que de este autor hiciera Théodore de Banville,[2020] unido al realizado por él mismo, nos presentará Carrillo a un escritor bajo el símbolo de la dualidad, el autor de cuentos irónicos e humorísticos enfrentado al poeta, al cual preferirá y al cual definirá como "el lírico, el de los ojos tristes, el trovador enamorado de

[2016] Id., p. 227.
[2017] Id., p. 241.
[2018] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense*, ed. cit., pp. 141-148.
[2019] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., pp. 257-268.
[2020] Id., pp. 267-268.

los dioses del Olimpo y de las Venus incorpóreas; el que compuso los *Paisajes Metafísicos*; el amante de las rosas de otoño y de los grandes lirios blancos".[2021] Asimismo, Silvestre hablará emocionado del recuerdo perdurable de aquella que fuera su protectora literaria, la autora consagrada bajo el seudónimo de Georges Sand.

De igual modo, trataría su honda comunión espiritual con los pueblos latinos, cuya literatura le interesaría enormemente, de sus grandes esfuerzos y trabajo continuo en la labor literaria, de su miedo a la ceguera, pues la consideraría el peor mal que puede aquejar a un escritor. Carrillo describirá la humilde y penumbrosa estancia en la que este autor crearía sus obras, tan sólo iluminada por una pequeña ventana abierta a un diminuto patio; de allí se llevará la siguiente impresión de la persona que se vislumbra tras el escritor: "Tan grande, en efecto, y tan sencilla es la amabilidad del ilustre escritor, que a veces llega a convertirse en verdadera timidez que contrasta con su figura de coronel de cosacos con la idea que de su carácter nos formamos al leer sus obras".[2022]

11.3.14. Francisque Sarcey

Del crítico periodístico de eventos teatrales Francisque Sarcey destacará nuestro cronista en *Almas y cerebros*[2023] su apego desde muy antiguo a las ideas estilísticas tradicionales junto con su rechazo de innovaciones, su sencillez como persona y como escritor, contraria a la fama de ogro que sus críticas dramáticas le habrían procurado, su tesón en la defensa de sus afirmaciones, aún cuando éstas fueran contra corriente,[2024] y de su pequeña ambición nunca conseguida de fundar una pequeña revista que, en sus propias palabras "pudiese servir para todo y para todos",[2025] sin olvidar referirse a alguna pequeña anécdota personal, aspecto éste que tanto

[2021] Id., pp. 259-260.
[2022] Id., pp. 266-267.
[2023] Id., pp. 285-296.
[2024] Relata Carrillo cómo Sarcey se reafirmaba una y otra vez en la falta de calidad artística de los dramas de los Goncourt. Id., p. 288.
[2025] Id., p. 291.

gustaba incluir nuestro cronista en su deseo de transmitir impresiones vívidas al lector.

También de Sarcey y de su obra, Carrillo ofrecerá su visión, diciendo respecto al primero: "¿Por qué son agradables sus conferencias?...Porque es el mismo crítico quien las recita, con su buena cara de abuelo jovial, de maestro de escuela sin vanidad, de apóstol sonriente",[2026] y respecto a la segunda:

> Sus obras maestras, en efecto, son esas largas charlas espirituales en que el viejo maestro explica al público francés, con razones familiares y con imágenes de hortera gracioso, las bellezas del teatro clásico y los horrores del teatro moderno.[2027]

11.3.15. Max Nordau

Dos autores de orígenes extranjeros tienen igualmente cabida en las intimidades parisienses de *Almas y Cerebros:* Max Nordau, seudónimo de Simon Maximilian Suedfeld, escritor húngaro de origen hebreo, además de pensador, escritor, publicista, médico siquiatra y dirigente sionista, y el escritor y damaturgo sueco Augusto Strindberg.

En el gabinete médico que el primero tenía en París, llevará a cabo nuestro cronista una entrevista en la que realizará igualmente una labor de justicia al revelar, contra los tópicos de malhumorado o cortante extendidos acerca de las actitudes de este autor, al hombre amable y desenfadado con quien él pasó una hora.[2028] Ambos ocuparon este tiempo hablando desenfadadamente de variados temas hasta que se tocó el único para el cual Nordau, en palabras de Carrillo "no admite ni bromas ni tolerancias, es la degeneración filosófica y moral".[2029] Dicho lo cual, Nordau arremetería contra varios aspectos de la vida española, especialmente contra la literatura castellana del momento por adolecer de semejante mal, salvando de esta quema a algunos escritores como Blasco Ibáñez, o Pardo Bazán. Confesará

[2026] Id., pp. 295-296.
[2027] Id., p. 294.
[2028] Id., pp. 245-253.
[2029] Id., p. 247.

orgulloso este autor haber leído las obras castellanas en su lengua original, la cual conocería bastante bien gracias a sus antecedentes familiares, al ser descendiente de los judíos expulsados de España, quienes siempre habrían conservado aquella lengua. Antes de poner fin a su diálogo, Max Nordau repasará los países en los cuales se habrían publicado sus obras, demostrando desigual respeto a la propiedad intelectual y los derechos de autor, concluyendo que, pese a todo, es una persona optimista, puesto que, afirmará: "¡Es tan bello vivir, obrar, esperar!...".[2030]

11.3.16. Auguste Strindberg

En la entrevista al autor sueco Strindberg, crónica integrante tanto de *Almas y Cerebros*[2031] como de *La vida parisiense,*[2032] Carrillo trasmitiría el diálogo mantenido respecto a la Academia Española, dado que Carrillo muestra a su entrevistado una carta de presentación de ésta y Strindberg le mostrará otra en la que a él se dirigen en calidad de miembro correspondiente, misma categoría que detentaba el cronista guatemalteco. Strindberg expresará su buen concepto de la amabilidad de los españoles y confesará a Carrillo su gusto por la paz sosegada que proporcionan las estancias conventuales, ideales para facilitar la labor de creación literaria.

Nuestro cronista expondrá cómo surge la idea del nihilismo a través de la obra autobiográfica que el autor sueco escribió, filosofía que él mismo resumía y que Carrillo reproduce: "¡Nada es bello, nada es bueno, nada es moral. El Universo Filosófico no existe. Lo único que tiene un sentido justo, en el mundo, es la palabra NIHIL!"

Como era costumbre en Carrillo, dejaría en sus crónicas una visión particular del hombre y del literato. Ésta será la que le produzca Strindberg: "sigue siendo, a pesar de su desprecio por la literatura, un poeta que no ve,

[2030] Id., p. 253.
[2031] Id., pp. 271-281.
[2032] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense*, ed. cit., pp. 155-162.

en los hechos, sino el color raro, el aspecto extraordinario y la forma maravillosa".[2033]

Ambos analizarán la presunta misoginia de la que es acusado este autor, motivada por aspectos presentes en su novela *El Padre*. El escritor se defenderá de las citadas acusaciones adoptando una postura en la que se muestra no como enemigo de la mujer sino partidario de que ésta sea la compañera del hombre y no su rival.[2034]

La entrevista concluirá con otra postura, esta vez más radical de Strindberg, declarándose enemigo del célebre dramaturgo Ibsen en todos los sentidos, puesto que concibe la literatura como vehículo de utilidad pública, de manera que, aquel que escribe en contra de los principios de otro, se convierte en enemigo, y, según Strindberg, no únicamente a nivel artístico.[2035]

11.3.17. Auguste Bartholdi

Entre tantos literatos, aparecerá el retrato de Auguste Bartholdi,[2036] un escultor de la época, el que años después sería conocido a nivel mundial por su obra *La estatua de la Libertad* situada en Nueva York.[2037] De él destacará Carrillo su sencillez y su apego a los ideales artísticos, siempre alejados del vil materialismo. Carrillo lo definirá así: "Bartholdi es el más modesto de los obreros y el más sencillo de los hombres".[2038] Conversarán sobre sus obras más reputadas como *Colón, El león de Belfort, Suiza socorriendo a Strasburgo* o, como no, *La libertad iluminando al mundo,*

[2033] Id., p. 160.
[2034] Id., p. 161.
[2035] Id., p. 162.
[2036] Auguste Bartholdi (1834-1904), escultor francés de ascendencia italiana, autor de la estatua más conocida de los Estados Unidos de América, La estatua de la Libertad, cuyo nombre es La libertad iluminando al mundo, estatua que fue regalada por el pueblo de Francia a Nueva York en 1886 con motivo de la celebración del centenario de la independencia norteamericana y en agradecimiento al apoyo estadounidense en la guerra franco-prusiana ocurrida en el siglo XIX. Gustave Eiffel participó en este proyecto ideando el armazón metálico que serviría para sostenerla mientras se realizaba.
[2037] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., pp. 217-227.
[2038] Id., p. 218.

haciendo hincapié el escultor en los terribles esfuerzos que su perfeccionismo a la hora de realizar sus grandes estatuas le había costado, más sin arrepentirse de ello. Hará alguna confidencia a Carrillo en cuanto a los avatares de su vida en sus comienzos, anunciándole una faceta que nuestro cronista desconocía en él, su faceta como pintor. Carrillo loará las obras de este artista, especialmente la dedicada al descubridor de América, por su enfoque de este personaje como el soñador, el visionario que sería, antes de que sus naves se hicieran a la mar en el puerto de Palos de la Frontera.

11.3.18. Catulle Mendès

Varias serán las figuras de personajes literarios cuya aparición en la obra de Carrillo se encuentre enmarcada en el ambiente del café literario.[2039] La primera y principal de ellas será Catulle Mendès, de quien dirá Carrillo que su sola irrupción en el café hacía que se propagara un silencio religioso entre los asistentes, ávidos de saborear la deliciosa esencia poética de sus palabras y el encanto de sus anécdotas protagonizadas por insignes prohombres que fueron sus amigos o sus maestros, como Hugo o Wagner.[2040] Ensalzará Carrillo la habilidad narrativa de Mendès en las conferencias improvisadas en el café: "Y las historietas, en sus labios, toman una amplitud de historia. Cuatro frases le bastan para evocar una época, para hacer revivir una figura. Su conversación está poblada de magníficos fantasmas".[2041] Junto a él serán tratados en tanto que clientes asiduos a las tertulias literarias del café, Jean de Mitty, el periodista y dramaturgo Alfred Capus, o Raúl Ponchon, a quien definirá como "el poeta del vino y aún del ajenjo",[2042] sin olvidar la mención especial a Verlaine, quien no podría faltar tratándose de cafés, poesía y de copas.

[2039] Gómez Carrillo, E., "El último café literario" en *El Primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 37-52.
[2040] Id., pp. 42-45.
[2041] Id., p. 43.
[2042] Id., p. 46.

11.4. Autores conocidos en su primera estancia en Madrid (1891-1892)

Las personalidades literarias con las cuales tuvo contacto en Madrid, tras su paso por la Ciudad Luz, contrastan enormemente con las que Carrillo conociera en París, por lo diametralmente opuesto de las sensaciones que despertaron los madrileños, en comparación con los parisinos, en el joven aspirante a cronista. Mientras que los artistas con quienes se relacionaba en París inspiraban grandes sentimientos a Carrillo, los madrileños aparecen para él bajo la óptica de lo retrógrado, lo anquilosado, lo rancio, en definitiva, todo lo contrario a lo moderno, a lo refinado, a lo aperturista, a lo libre que reinaría en París.

Serían escasos los autores españoles que causaran grata impresión a nuestro protagonista, siendo más numerosos aquellos que no cumplieron las expectativas del joven ávido de bohemia artística y de genialidad generosa.

11.4.1. Vicente Blasco Ibáñez

Al célebre escritor, periodista y político español Vicente Blasco Ibáñez lo vio por primera vez en aquel 1892, en una de las librerías madrileñas que frecuentaba en Madrid, mas no hablarían ni trabarían amistad hasta algunos meses después, reencontrándose ambos en París. La voz del genial valenciano causó gratas impresiones en Carrillo, lo cual ya es mucho, si se compara con la decepción que le causaran otros grandes nombres de las letras castellanas. Dice Carrillo de este primer encuentro en el que no cruzaron palabra: “Había en la voz de aquel hombre algo que cantaba en un tono cálido y varonil”.[2043] Cuando, poco más tarde, Gómez Carrillo lo encontrara en París y se convirtieran en amigos durante largos años, esta es la reflexión y la conversación que Carrillo recuerda en su autobiografía acerca de aquellos momentos:

[2043] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 214.

> -Yo creo conocerle a usted- me dijo.
>
> -Yo le vi a usted en Madrid, hace poco, en la Carrera de San Jerónimo.
>
> -Eso es… Cuando yo preparaba mi viaje huyendo de la justicia…
>
> Así comenzó una amistad que jamás ha sido enturbiada por ninguno de los inevitables chismes del oficio y que cada día es más fraternal, más tierna, más grave.[2044]

Nuestro autor haría hincapié en la gran admiración que por Blasco experimentaba, pues dejará constancia de que siempre habría tenido por él un gran respeto como escritor y como persona:

> -¿Cuál es, según usted, el más gran literato español?- preguntáronme veinte años ha.
>
> -El autor de *La Barraca* y de *Sónnica* –contesté.
>
> Si hoy me interrogaran del mismo modo, respondería:
>
> -El autor de *Sónnica* y de *La Barraca.*[2045]

De la existencia longeva de esta amistad deja constancia Aurora Cáceres en su obra, al incluir en ella una carta dirigida a Blasco Ibáñez en la que Carrillo, en 1907, le testimoniaría su amistad y reconocimiento. Citaremos un fragmento de la misma para evidenciar los términos amistosos y respetuosos en los que Carrillo se expresa:

> Yo, para quererle mucho, como amigo de veras, no necesito que usted diga nada en elogio mío, ni menos escribirle cartas de agradecimiento. Esto último son pamplinas. Ya sabe usted que soy algo salvaje.
>
> No le escribiré con frecuencia porque siento cierta aversión hacia el procedimiento epistolar; pero en cambio nadie le dirá que yo hablo mal de usted y que no requiero como amigo verdadero, como podría ocurrirle con otros que le escriben mucho.
>
> En fin, usted ya sabe que soy su amigo, que tengo por usted especial predilección y me interesa todo lo suyo.[2046]

[2044] *Ibid.*
[2045] *Ibid.*
[2046] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 212.

11.4.2. Leopoldo Alas, *Clarín*

El autor de *La regenta* es otro de los escasos autores españoles que logró el respeto y la admiración de Enrique Gómez Carrillo. Con Leopoldo Alas no consta que mantuviera contacto directo. Ahora bien, intercambios epistolares entre ellos dan fe de la relación cordial que, al menos, existió en un principio, pues se cita una carta que Gómez Carrillo recibiría de *Clarín* en la cual comentaría, con algunas frases elogiosas, su primera obra *Esquisses.* Esta carta, que provocó profunda emoción en el joven Carrillo al verse alabado en ciertos aspectos, que no en todos, por el consagrado autor español. Añade Gómez Carrillo que la citada misiva fue enviada por él mismo a un periódico, con objeto de promocionarse, demostrando las alabanzas de que era objeto, provenientes de un gran literato. Hecho que motivó, sin pretenderlo Carrillo, y por causas en las que nada habría tenido que ver nuestro cronista, las malas relaciones que llegarían a existir después entre ambos, a pesar de haberle dedicado el guatemalteco alguna de sus obras,[2047] y haber prologado Clarín a Carrillo alguna otra:[2048]

> Esta carta, que yo envié al *Diario de Centro América* publicóse con algunos comentarios desagradables para *Clarín*, que éste habría de atribuirme a mi más tarde, lo que determinó, si no que el gran crítico me retirase su amistad, por lo menos, que dejase de pronto, sin adivinar yo por qué, de mostrarse afectuoso y casi paternal conmigo.[2049]

11.4.3. Armando Palacio Valdés

Del escritor y crítico español partidario del realismo en literatura, Armando Palacio Valdés, Carrillo guardará un buen recuerdo, plasmado en las siguientes palabras en las que deja ver su admiración y cariño hacia este escritor español, sin que fuera esto la tónica general entre los autoridades literarias españolas en el corazón del joven guatemalteco: “es uno de los

[2047] Gómez Carrillo, E., *Literatura Extranjera. Estudios Cosmopolitas*, ed. cit.
[2048] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, prólogo de Leopoldo Alas, *Clarín*, ed. cit.
[2049] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid,* ed. cit., p. 169.

pocos, de los muy pocos autores viejos de España que me parecen dignos de que se les llame, a la gentil manera francesa: *cher maître*…"[2050]

11.4.4. José Octavio Picón

Junto a él, el escritor, pintor, crítico de arte y periodista español, José Octavio Picón, consiguió igualmente el respeto de Carrillo, principalmente cuando éste le oyó defender y admirar lo que se producía en Francia, cosa poco usual entre los españoles en aquella época. Estas son las palabras del literato español que Carrillo plasma, en estilo indirecto, en sus memorias: "Muy enterado de lo que se escribía en Francia, recuerdo que hablaba, cuando le conocí, de los cinco discípulos de Zola que, rebelándose contra el naturalismo, acababan de fundar el cenáculo de los refractarios".[2051]

11.4.5. Emilio Castelar

Entre los eminentes nombres de la historia española, y no solo literaria, figuran varios a los que Carrillo contempló de cerca, escuchó con atención, aunque sin causarle la honda impresión que le dejaran los contactados en París. Para estos tiene frases duras, calificándolos de antiguos, poco refinados, carentes de genio, contrarios a toda innovación y a todo aquello que no fuera de castiza raíz española, y, por consiguiente, rechazando abiertamente lo francés. De Emilio Castelar, político y escritor español que fuera presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República Española, dirá a su amigo Darío: "la impresión que me produjo fue la de un ser muy vulgar, muy poco idealista, muy apegado a las materialidades de la vida…".[2052]

[2050] Id., p. 216.
[2051] Id., p. 210.
[2052] Id., p. 175.

11.4.6. José Echegaray

Sentirá Carrillo análoga impresión negativa tras escuchar el desprecio por lo francés explicitado por el ingeniero, matemático, dramaturgo y conocido político español José Echegaray, al cual dedicará nuestro cronista las siguientes líneas, en las que se trasluce el poco aprecio que habría suscitado en él esta persona, tenida por eminencia en los ambientes españoles: “Luego, envuelto en un murmullo admirativo, marchóse, sin saludar a nadie, muy arrebujado en su bufanda, andando a pasos menudos, con algo en todos sus movimientos que hacía pensar en los enanos de Velázquez…”.[2053]

11.4.7. Gaspar Núñez de Arce

En cuanto al poeta y político español Núñez de Arce, tras las frías palabras intercambiadas en la habitación de Carrillo, a donde un malentendido había llevado al político español, pues éste habría tomado al joven guatemalteco por un diplomático, Carrillo nos ofrece la descripción de su visión particular de aquel hombre, influenciada por el desencanto: "Yo me asomé a la ventana para verlo marchar, lento, menudo, apoyándose en un paraguas, igualito a cualquier burgués de la villa…”.[2054]

11.4.8. Juan Valera

El diplomático, político y escritor español autor de novelas como *Pepita Jiménez* o *Juanita la larga*, Juan Valera, muy conocido en la época, producirá un doble efecto en Gómez Carrillo, según él mismo contará en su autobiografía:

> Pero, a decir verdad, no tardé en notar que el gran señor, en Valera, iba acompañado de otro personaje, tal vez no menos

[2053] Id., p. 174.
[2054] Id., p. 117.

> simpático, aunque si más bajo, de un Ruy Blas, o mejor aún, de un Gil Blas. Él se hallaba entonces en el ocaso de la vida y se complacía con un entusiasmo enfermizo en evocar recuerdos galantes y cortesanos de su carrera diplomática.[2055]

11.5. Autores conocidos por Carrillo según constata su esposa Aurora Cáceres

La obra autobiográfica de Aurora Cáceres relativa a su vida en común con Gómez Carrillo, revela otras amistades con grandes nombres de los ambientes literarios y artísticos franceses. Así, esta autora hará referencia a Luís Bonafoux, escritor y periodista español nacido en Francia, aludiendo a la amistad que los unía: "He sabido que no hace mucho tiempo Bonafoux y Enrique estuvieron disgustados, como si fuesen enemigos irreconciliables; pero ahora parece que jamás hubiese existido la menor desavenencia entre ambos".[2056]

Igualmente citará Cáceres, entre los amigos de Carrillo, al crítico de arte Pierre Jean, quien era asiduo acompañante del que fuera su esposo, ilustrándole en cuestiones plásticas, para la apreciación de las cuales, a decir de Aurora, Carrillo estaría poco dotado:

> Pierre Jean, siempre silencioso y servicial, viene casi todas las tardes con Enrique, del que es excelente amigo.
>
> Para visitar las exposiciones de pintura resulta un guía inmejorable, pues como tiene que hacer la crítica artística para diversas revistas siempre que se exhibe algo que llame la atención, nos da el aviso oportunamente.
>
> Si no fuese porque trata de entusiasmar a Enrique para que se interese por la pintura, prescindiría de este arte, que no lo comprende, y sobre el que nunca escribe; llega su ignorancia al extremo de no saber la ubicación que corresponde a un cuadro para que reciba la luz que le corresponde.[2057]

[2055] Id., p. 186.
[2056] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 192.
[2057] Id., pp. 173-174.

En París también profundizaría con españoles de la talla del poeta y escritor sevillano Manuel Machado, con quien le unirían igualmente lazos de amistad irrompibles, habiendo ayudado nuestro cronista a nivel laboral al sevillano en su llegada a París, y considerándolo siempre excelso colaborador en sus publicaciones, como explicitan las colaboraciones de Machado en alguna de las revistas dirigidas por Gómez Carrillo.[2058] Aurora Cáceres también da fe de la relación que mantuvieron ambos escritores con estas líneas: "Es cierto lo que Manuel Machado ha escrito: "Hay en sus ojos una tristeza vaga y larga… que no se disipa ni con el champaña, ni con las chicas de Montmartre"".[2059]

Al final del presente capítulo incluimos un anexo en el cual presentamos los autores tratados por Gómez Carrillo así como las obras en las que se encuentran las crónicas que les son dedicadas.

11.6. Otros artistas y ambientes artísticos: pintores, escultores, actores, cantantes,…

En la obra de Carrillo aparecen en varias ocasiones crónicas relativas a exposiciones de artes figurativas, pintura y escultura principalmente. Dichas crónicas se revelan interesantes ya que nos transmiten las circunstancias en que se desarrollaban las corrientes artísticas en aquel momento, a través de los diferentes salones, oficiales o independientes, en los que las artistas presentaban sus obras, según se circunscribieran en la proximidad a las normas académicas o a tendencias innovadoras. Nos habla Carrillo en ellas de artistas y de obras, además de las opiniones de otros críticos, quizá más especializados que él en temas pictóricos y escultóricos. Artistas hoy consagrados como los escultores Auguste Rodin y Camille Claudel, quienes en aquellas fechas de finales del siglo XIX se encontraban

[2058] Véase el epígrafe titulado "Enrique Gómez Carrillo: difusor del modernismo" donde tratamos ampliamente la labor de expansión de las ideas modernistas llevadas a cabo por Carrillo.
[2059] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 38.

aún defendiendo su manera peculiar de entender el arte para que éste ocupara un lugar en la historia del mismo.

Utilizará nuestro cronista técnicas similares a las que empleara cuando se trataba de esbozar o delinear los contornos de los literatos y de sus producciones literarias, es decir, plasmando sus sensaciones, sus impresiones, la experiencia y emociones que las obras y sus autores sugerían en él, un tipo de crítica llamado igualmente impresionista.

Los salones en los que se celebraban anualmente las exposiciones de pintura en París guardan también su lugar en la obra carrillista. Concretamente el Salón de Marte de 1892, lugar de exposición de los artistas independientes, es decir, aquellos que, en su mayoría no habían sido aceptados por las Academias apegadas a normas ortodoxas, es decir en el salón oficial, acapara la atención de la pluma de Carrillo en su libro *Sensaciones de arte*.

Así pues, en *Sensaciones de arte* habrá un capítulo dedicado al salón de los independientes del año 1892, ubicado en el Campo de Marte,[2060] en el cual se sucederán los nombres de artistas, mayormente pintores, pero también escultores, que exponían en él, incluyendo referencias y comentarios a sus obras presentes en el citado salón así como relacionándolas con otras presentadas en muestras anteriores. Así se sucederán nombres, entre otros, como Puvis de Chavannes, (pintor francés, algunas de cuyas obras más representativas como *Vista del Castillo de Versalles* se exponen en el Museo de Orsay de París), con información relativa a la obra presentada ese año le valió la unánime coronación por parte de la crítica como "Rey de la pintura francesa y Príncipe del arte universal",[2061] Eugène Carrière del cual cita su cuadro *Maternidad* como digna de ser contemplada largamente,[2062] Carolus Durán, de quien dirá "es, ante todo, un decorador sorprendente",[2063] Albert Bernard y el americano

[2060] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., pp. 51-71.
[2061] Id., p. 51.
[2062] Id., p. 55.
[2063] Id., p. 59.

Whistler, ambos recogidos en la modalidad de retratistas,[2064] Jean Béraud de quien resaltará su capacidad para actualizar temas bíblicos y religiosos en sus lienzos,[2065] para finalizar el apartado dedicado a pintores con la obra *Retrato de Verlaine* realizado por el también pintor francés Edmond Aman-Jean.

Los autores anteriores darán paso a los escultores, entre los que Carrillo destaca los nombres del Jean Baffier y su obra *El Jardinero*, los bustos de Claudel, y sobre todo el *Busto de Puvis de Chavannes*, obra de Rodin, obra en la que descubrirá nuestro cronista la única de las piezas de aquella exposición que no se queda en el arte, el talento o el encanto sólo, considerando que es esta obra, la única reveladora de un "genio fuerte y profundo".[2066]

En este mismo libro, *Sensaciones de arte*, vendrá recogido un capítulo titulado "Artistas Japoneses".[2067] En él disertará Carrillo, y decimos disertará, puesto que se indica a pie de página que se trataría de la conferencia leída en el Instituto Políglota de París, sobre tres grandes pintores del país nipón, contribuyendo a acercar la legendaria y remota cultura artística a la vieja Europa, confluyendo con la corriente de admiración que algunos pintores impresionistas sintieron hacia las estampas japonesas.

La exposición del año siguiente, la de 1893, será tratada de igual modo por Gómez Carrillo en su obra *Sensaciones de arte*.[2068] Y decimos de igual modo, dado que el cronista no encuentra muchas novedades en al *Gran Feria de la Pintura* de ese año, reenviando a quienes no la hayan visto, a la del año interior, sin que por ello notaran la diferencia. Señala Carrillo algunas obras cuya calidad le llaman la atención como *El Cristo Muerto* de Henner o *Episodios wagnerianos* [2069] de Latour. En cuanto a escultura destacará a Falguière y a Marzolf. En general no hallará grandes novedades

[2064] Id., pp. 59-64.
[2065] Id., pp. 64-66.
[2066] Id., p. 70.
[2067] Id., pp. 15-26.
[2068] Id., pp. 137-143.
[2069] Id., p. 137.

ni grandes genialidades, pues incluso el mismo Rodin, explica Carrillo, no habría enviado ninguna de sus obras maestras por estar muy ocupado en la realización de su obra sobre Victor Hugo.[2070] En general, se percibe en el citado artículo, a un Gómez Carrillo decepcionado por la falta de oportunidades brindadas a los jóvenes pintores, pues dirá que sus obras no obtienen emplazamientos óptimos para ser contempladas, e incluso no se les darían más valor que el de tapar grietas en los muros en los que son colgados.[2071] Notará igualmente Carrillo la ausencia de lienzos innovadores, reinando la copia y la continuación de las posturas consagradas. "Lo moderno va siendo cada vez mas raro en el mundo del arte",[2072] concluirá un Carrillo decepcionado.

Las artistas, bailarinas, actrices, cantantes, … que desfilarán por la pluma de Gómez Carrillo serán legión, puesto que en ellas se fundían en uno sólo dos de los atractivos mayores que en el mundo existían para nuestro cronista: la belleza femenina y el arte.[2073] A una de ellas dirigirá sus frases admirativas en *Sensaciones de París y de Madrid*[2074] diciendo:

> Hace seis u ocho años, cuando Ivette Guilbert comenzaba a decir, ante el público de los Campos Elíseos, sus canciones ingenuas y perversas, sensitivas y escépticas, los cronistas del Boulevard creyeron ver en ella un astro futuro del gran teatro.[2075]

Esta introducción precederá a la revisión del ascenso de la citada celebridad parisina, hasta llegar a afirmar nuestro escritor, que su estela ascendió mucho más alto que la de artistas de renombre mundial: "Nadie, en efecto, ni Sara Bernardh, ni Monnet Sully, ni la Duse, ni Rafael Calvo, han ejercido una dictadura tan completa en sus artes, como la de Ivette Guilbert en la canción parisiense".[2076]

[2070] Id., p. 140.
[2071] Id., p. 139.
[2072] Id., p. 142.
[2073] Gómez Carrillo, E., "Bailarinas" en *El libro de las mujeres, El segundo libro de las mujeres, Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs,…* eds. cits.
[2074] Véase el artículo dedicado a la realización de una breve pero completa panorámica de la vida y arte de Ivette Guilbert, la que fuera una cantante famosa en París, en Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., pp. 141-146.
[2075] Id., p. 141.
[2076] Id., p. 143.

Los escritos de Gómez Carrillo rezuman comparaciones entre variados aspectos de la tierra de adopción y de la originaria, entre lo francés y lo latino, entre París y España, en un intento de sacar a la superficie la pugna entre su dualidad intrínseca, dividida entre la física y la psíquica, entre la cabeza y el corazón, entre la razón y el sentir. Y como era de esperar, conocido el perfil bohemio y soñador de nuestro cronista, solía triunfar el sentimiento frente a la lógica. Una de las frecuentes ocasiones literarias en las que este enfrentamiento toma cuerpo es cuando, tras leer los últimos versos de un poeta francés, reflexionará Carrillo sobre las direcciones diametralmente opuestas en las que evolucionan los poetas franceses y los españoles. Sin señalar nada específicamente contra los españoles, la sola afirmación anterior lo dice todo. Así, al declarar las virtudes de lo parisino, subrepticiamente, pregona los defectos castellanos:

> Aquí, en efecto, los artistas que tienen verdadero talento, pueden comenzar escribiendo poemas obscuros y estudios vacíos de ideas y llenos de palabras raras; pero al llegar a la edad en que la plena posesión de las facultades es natural, se vuelven más sencillos y más claros. Los cerebros franceses caminan hacia la luz y no hacia las sombras.[2077]

11.7. Anécdotas transmitidas por Enrique Gómez Carrillo

Salvador Rueda encontraba en la obra que Carrillo dedicaba a la crítica literaria, en sus disecciones de obras y acercamiento al autor en tanto que ser humano, un filón de "secretos íntimos de la vida literaria de París".[2078] Las situaciones especiales, las anécdotas, las vivencias singulares relatadas en la obra de Carrillo, resultan innumerables. Intentar siquiera llevar a cabo un inventario exhaustivo de las mismas sería misión imposible o quizá objeto exclusivo de una nueva tesis. Conscientes de las limitaciones que se imponen en este trabajo, no intentaremos realizar dicho inventario. No obstante, tampoco deseamos pasar de puntillas por este material

[2077] Id., p. 140.
[2078] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 12.

interesante desde el punto de vista histórico, literario, a la vez que personal, que Gómez Carrillo nos hace llegar, tanto sobre personajes en particular como sobre su época en general. Por tanto, seleccionaremos algunas de las que nos parezcan dignas de ser expuestas, dados los protagonistas, la situación o, por qué no, el humor que las caracterice.

11.7.1. Rubén Darío

Un regalo de Rubén Darío al joven guatemalteco que iba a partir rumbo al viejo continente provocaría la anécdota siguiente. El autor de *Azul* ofreció a Carrillo una prenda de abrigo, a la que llaman sobretodo, adquirido por el nicaragüense en Chile, justo antes de que Gómez Carrillo partiera rumbo a París. Tiempo después, recibiría una carta de Carrillo en la que le informaba de los avatares del citado sobretodo, principalmente por ámbitos artísticos. Escribe un emocionado Carrillo, íntimamente orgulloso de comunicar al que fuera su jefe en el rotativo de Guatemala en el que realizó su debut literario y periodístico, de que un gesto suyo, de que algo perteneciente a un joven recién llegado a la capital de las letras, los esplendores y las luces, hubiera terminado en manos del que Carrillo veneraba como el Dios de los Poetas: "¿Sabe usted a quién le sirve hoy su sobretodo? A Paul Verlaine, al poeta,…Yo se lo regalé a Alejandro Sawa –el prologuista de López Bago, que vive en París-, y él se lo dio a Paul Verlaine. ¡Dichoso sobretodo!".[2079]

Rubén Darío, en París propicia una anécdota relacionada con Carrillo, pues, al parecer se hallaba en aquella ciudad, escondido en su apartamento, sin salir, habiendo advertido a la portera que dijese que se había ido de viaje para no ver a su mujer que, recién llegada desde América, andaba buscándolo. La ausencia prolongada de Darío alarmó a sus amigos. Informado Gómez Carrillo sobre la causa de la "desaparición" del poeta nicaragüense, se comunicó con él mediante carta. Carrillo lo invitará a su

[2079] Carter, B. "Antonio de Balbuena y los modernistas: Gutiérrez Nájera, Darío, Gómez Carrillo" Sembradores de Amistad. Monterrey, XXVI nº 233 (marzo 1971), p. 20.

apartamento a comer pero Darío, temeroso, no saldrá y aplazará la cita para tiempos menos peligrosos, con toques humorísticos, haciendo referencia a la reciente publicación de Carrillo, resultado de su estancia en Japón. Así se dirige Darío a su anfitrión:

> En cuanto a lo nipón, si usted me prepara la rata con cogollos de bambú, la saborearé complacido. Perritos comestibles no se pueden encontrar buenos; son, por otra parte, de fabulosos precios. Son esos pelados y temblorosos que suelen pasear por el Bois, entre el manguito de sus elegantes damas. De todas maneras, si usted consigue uno y lo asa bien, será exquisito.[2080]

11.7.2. Paul Verlaine

Las conversaciones con el padre de *Sagesse* serán la base de variadas anécdotas que Carrillo transcribirá en su obra. Una de ellas se producirá cuando Carrillo lo visite en uno de tantos hospitales como recorrió durante su vida, por motivos de salud y de pobreza. Nos transmite Carrillo las irónicas palabras del anciano poeta, que agradecerá los dolores que sufre en su pierna, pues le proporcionan techo y lecho en mayor medida que lo pudieran hacer sus excelsas obras literarias: "¡Esta pata enferma que me hace sufrir un poco, me proporciona en cambio, más comodidad que mis versos, que me han hecho sufrir tanto! Si no fuese por el reumatismo, yo no podría vivir de mis rentas. Estando bueno no lo admiten a uno en el hospital…"[2081]

De Verlaine nos transmitirá su fama de *client sérieux* de los cafés, es decir, aquel que pasaba la mayor parte de su tiempo en ellos, siendo esta parte para el poeta simbolista de veintidós horas, pues pasaba su jornada en ellos desde que se levantaba hacia las ocho de la mañana hasta que se acostaba, dos horas antes, es decir, a las seis de la mañana. Gómez Carrillo refiere las propias palabras del viejo poeta, palabras que dijera a nuestro cronista una mañana en la que lo encontró por París y le pidió que le acompañase al primer café de la mañana: "Acabo de levantarme -me dijo- lo

[2080] Cáceres, A., *op. cit*., pp. 214-215.
[2081] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte*, ed. cit., p. 75.

mismo que todos los días…He dormido hora y media…Siempre lo mismo…Ya ni me quito el traje… ¿Para qué…? A las seis me meto en la cama, con sombrero y todo, y a las ocho me levanto…"[2082]

Verlaine, la referencia continua en la vida de Carrillo, protagonizará otra situación o vivencia del joven guatemalteco. En ella, el cronista guatemalteco resaltaría tanto la inclinación hacia el alcohol experimentada por el viejo *Lelian*, como su ingenio. Cuenta Gómez Carrillo cómo, mientras el pobre poeta se encontraba ingresado en un hospital para reponer fuerzas tras enfermedades y vida entregada al ajenjo, entre otros licores, un médico pretendería convencerlo de lo nocivo del ajenjo para la salud humana. Consciente el doctor de que las palabras no serían suficientes para convertir en abstemio al empedernido bebedor, acude a ofrecer al irredento alcohólico la demostración empírica de su afirmación. Para ello, inyectaría directamente dicho licor a un cerdo, el cual moriría inmediatamente. Lejos de darse por aludido y renegar de la bebida, la respuesta de Verlaine es sorprendente a la vez que genial. Nos refiere Carrillo las palabras del poeta simbolista ante la citada demostración: "Me parece que eso no demuestra sino una cosa que ya sabíamos todos, y es, a saber, que el ajenjo no está hecho para los cochones".[2083]

Otra anécdota, en la que Verlaine es actor principal junto con Carrillo, nos viene por vía epistolar, dada de la mano de otro personaje bohemio, el escritor y periodista español de origen griego Alejandro Sawa, personaje característico tanto en París como en Madrid, ciudades en las que ambos residieron, y que propiciaron su relación con Enrique Gómez Carrillo. Nuestro cronista relata como su compañero de editorial y de trabajos periodísticos, Alejandro Sawa le escribe comentándole la reacción de Verlaine, ante la entrega que le hiciera de la primera publicación de Carrillo, titulada *Esquisses*, aparecida en Madrid, con un éxito inesperado para su inexperto autor, y que rápidamente pensó en enviar a sus amigos más queridos en París, siendo pues Verlaine, el primero de aquellos elegidos, además de ser uno de los autores estudiados y reseñados en la citada obra.

[2082] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 47.
[2083] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., pp. 60-61.

Cuenta Carrillo lo que Sawa le hace saber, y es que su admirado *Lelian* exclamó, tras la lectura de las líneas carrillistas a él consagradas: "¡Verdaderamente ese Carrillo está loco! …. ¿Yo sesenta años?...No…, debe estar chiflado…De hoy en adelante no volveremos a ser amigos".[2084] Aclarará Carrillo en su relato, en desagravio del pronto del admirado poeta, para potenciar alguna de sus virtudes, que no era partidario de guardar largos rencores: "Empero, a mi regreso a París fuimos de nuevo amigos o, mejor dicho, seguimos siéndolo, pues a decir verdad, los rencores del autor de *Sagesse* no duraban nunca sino "el espacio de un ajenjo" como solía decir él mismo".[2085]

La figura de Verlaine será siempre recordada en positivo por su devoto admirador Carrillo, cuyo sentimiento de religioso respeto se acrecentó al hacerle el viejo poeta depositario de su amistad. Esta amistad, según Carrillo, no sabía de horas intempestivas de visita, pues cuenta la costumbre de Verlaine de llamar de madrugada a la puerta del hotel en que se alojaba nuestro cronista junto con otros bohemios artistas, como Sawa y Le Cardonnel. Relatará Carrillo: "Cuando alguien llamaba a nuestras puertas a las cinco de la mañana, ya se sabía era Verlaine".[2086] Efectivamente, era Verlaine, quien respondería a la pregunta de los sorprendidos jóvenes sobre dónde iba, diciendo que se dirigía a algún café cercano. Respuesta que hacía exclamar a uno de los hospedados: "Verlaine –dice Louis Le Cardonnel- no conoce sino el camino del café".[2087]

A lo cual añade Carrillo, en refuerzo de la bien ganada fama de alcohólico del pobre poeta: "Los que al encontrarle más temprano o algo más tarde le hubieran hecho la misma pregunta, habrían recibido idéntica respuesta".[2088]

En una de esas noches en las que encontró al viejo poeta alrededor de una copa, en un café cualquiera, éste le confesó lo poco reflexionado y

[2084] Ulner, A., *op. cit.*
[2085] Ulner, A., *op. cit.*, se encontraría en *El cojo ilustrado* V núm. 101, 1 de marzo de 1896, p. 224.
[2086] Gómez Carrillo, E., Almas y cerebros, ed. cit., p. 185.
[2087] *Ibid.*
[2088] *Ibid.*

perfeccionado de su obra, escrita en cafés, tarde, rodeado de gentes, con excepción de las producidas durante sus estancias en el hospital o incluso en la cárcel, instituciones que le proporcionaban el sosiego que él mismo era incapaz de garantizarse fuera de las citadas instituciones, lamentándose por ello y de no haberlas escrito en la pequeña casa de campo de sus sueños.[2089] Hará que Carrillo lleve un poema a su editor para que éste le pague unas monedas con las cuales abonar la cuenta del café, lo que da lugar a una nueva confesión del autor de *Fiestas Galantes,* referente a su posicionamiento frente a la mercantilización de la poesía. Nos hará llegar Carrillo este pensamiento del poeta, quien anteriormente le habría confesado que su editor le ofrecería cada mañana unas monedas a cambio de algunas líneas, y que cuando tenía bastantes, publicaría una obra, sin que el mismo Verlaine lo supiera siquiera.[2090] Pedirá retóricamente Verlaine la opinión de Carrillo al respecto: "¿no es verdad que todo eso es algo triste?...Y sin embargo, yo no me quejo, yo soy humilde, yo creo que la poesía no debe venderse, yo hago lo que puedo y lo doy a quien me lo pide…".[2091]

Otra situación llamativa por lo original de los personajes y las actuaciones del protagonista, será la contada por Carrillo respecto a la postura adoptada por un Verlaine invitado a dar una conferencia modernista en Londres por un empresario inglés, con motivo de la inauguración de un teatro. Verlaine se presentó en el teatro quince minutos antes del comienzo del evento, vestido como acostumbraba usualmente, es decir, poco correctamente para la ocasión de la que se trataba. Cuando el empresario le indicó la conveniencia de cambiar de traje para la conferencia, Verlaine se negó diciendo que sólo aparecería tal cual estaba.[2092] Al contar esta anécdota a Carrillo y sus amigos, concluyó el célebre poeta, según nos transmite nuestro cronista: "Si quieren enseñar levitas nuevas, que busquen al príncipe de Sagán, y si quieren enseñar poetas, que no se fijen en las

[2089] Id., p. 187.
[2090] *Ibid.*
[2091] Id., pp. 187-188.
[2092] Id., pp. 188-189.

levitas…Después de todo, el hombre feliz es el que no tiene camisa…y el poeta verdadero, siempre es feliz…"[2093]

11.7.3. Jean Moréas

Moréas será el artífice de una nueva anécdota cuando confiesa a su reciente amigo de orígenes castellanos lo que proyectaba junto a Verlaine y que consistía en traducir al francés a Calderón de la Barca, idea descabellada pues entre los dos, confiesa, no sabían más de veinte palabras en español.[2094]

El detonante de esta anécdota sería el ajenjo, bebida *oficial* para los bohemios asiduos clientes de los cafés parisinos, en contraposición al whisky considerado *refinado* y poco auténtico, al cual eran invitados algunos jóvenes entregados a la belleza de la vida bohemia parisina, por Merril en París, en sus "sábados five o'clock". Ante la loa de la bebida de origen irlandés que hace el propio Merril frente al ajenjo sinónimo de bohemia, Carrillo lo toma como una afrenta personal. Por ello no puede evitar exclamar aludiendo a la bebida de malta en los siguientes términos: "extracto de chinches con un poco de vitriolo",[2095] como no podía ser de otro modo siendo uno de los más bohemios entre los bohemios de París.

De la encendida defensa realizada por los bohemios de este licor extremadamente fuerte da fe Aurora Cáceres, primera esposa de nuestro cronista, quien elucubra sobre las razones por las cuales Carrillo lo consumiría frecuentemente, halladas, según ella, en el ansia del escritor por imitar a su idolatrado Verlaine así como en su deseo de destacarse por oposición a lo que consumirían los burgueses.[2096]

Aurora Cáceres nos hará partícipes igualmente de otra anécdota que incluye a Moréas en ella con el objetivo de poner de relieve la amistad existente entre ambos, así como una posible facilidad de Carrillo para

[2093] Id., p. 189.
[2094] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., pp. 136-137.
[2095] Id., p. 178.
[2096] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 109.

inventar y atribuir invenciones propias a otros autores, característica que sería conocida de todos y a la cual, sus amigos no atribuirían mayor importancia, tratándose de quien se trataba. Cuenta Cáceres:

> Enrique le atribuye el haber dicho que los hombres, para casarse, necesitaban tener el alma de las aves de corral.
>
> Me han contado que cuando alguien le dijo si era cierto, repuso: "A mi me ha atribuido Carrillo tantas cosas, hasta un prólogo del que yo sólo me enteré después que estuvo publicado". Y cuando le preguntaron por qué no protestaba, exclamó: "¡Bah!, es Carrillo".
>
> Con todo, son buenos amigos y Enrique admira las poesías de Moréas, a quien llama "el poeta helénico".[2097]

11.7.4. Oscar Wilde

Wilde propiciará situaciones únicas en la existencia de Gómez Carrillo. En la primera cena a los que invita a varios amigos literatos en París, Wilde se rebelará como un gran acaparador de atención, lo cual fastidiaría a los demás comensales, como hace saber Carrillo: "Pero aquella noche una historia nos habría bastado… Y nos contó cuatro, seis, ocho, todas del mismo corte, todas parabólicas y sibilinas, todas difíciles de apreciarse en medio de una cena de bohemios más deseosos de hablar que de escuchar".[2098] Carrillo no sería el único en aburrirse de tan refinada conferencia y de tan escasa ocasión de participación oral en aquella cena. Otro de los presentes dejaría sentir su descontento, éste sería Moréas. Cuenta nuestro cronista la reacción de Moréas cuando Wilde se despidió de los conocidos con quienes había compartido cena, para ir a tomar whishy con sus amigos del bulevar: "Moréas, que más tarde, después de sus desgracias, había de tomarle cariño, exclamó dirigiéndose a su acólito Raymond de la Tailhade: -*Non vraiment, cet Anglais est emmerdant!*".[2099]

[2097] Id., p. 213.
[2098] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 186.
[2099] Id., p. 188.

Una de las largas historias ofrecidas por Wilde en la citada cena, daría pie a Carrillo para aludir a cierto rumor que planeaba sobre el autor de *Salomé,* consistente en cierta inclinación de éste hacia la apropiación de la obra intelectual de otros autores. Nos relata Carrillo cómo Moréas, cansado del monólogo de Wilde, desata una situación un tanto violenta, pues estalló diciendo: "-Ya hemos oído eso cien veces, en todas las lenguas. Oscar se puso púrpura. El vicio de plagiar, del que le acusaban sus compatriotas, era el reproche que más horrible aparecíale".[2100] Incluye Gómez Carrillo, a pie de página, la situación similar en la que el poeta irlandés sería tildado de plagiario: "Una noche, en un salón londinense, Wisler dijo una frase ingeniosa. Oscar, para alabarlo, exclamó:-¡Oh, esa es una frase que yo habría querido hacer! Wisler, muy frío, contestóle:-Tranquilízate… Ya la harás".[2101]

La exagerada atención que Wilde ponía en su arreglo personal, en su aspecto externo, sería puesta de relieve por Gómez Carrillo, quedando explícitamente reflejada en la traducción en estilo indirecto de la confidencia que le hiciera el padre de *La importancia de llamarse Ernesto*, cuando ya no disfrutaba del prestigio europeo y vivía sus pobres últimos años, tras la prisión y el escándalo. Cuando ya no podía ir vestido elegantemente, confió a Carrillo su pesar por esto y nuestro cronista reseña: "Cosa que le afectaba más que no cenar a su gusto",[2102] según confesó Wilde a nuestro cronista, pocos años antes de morir.

11.7.5. Louis Le Cardonnel

Azorín relatará una situación en la que Carrillo, ya un autor reputado en Francia y fuera de ella, quedará destacado como el artista bohemio y sencillo que siempre fue, dueño de una gran sensibilidad humana hacia sus compañeros espirituales en la bohemia artística parisiense, al abandonar su quehacer artístico para consagrar unas horas a un joven artista bohemio, que

[2100] *Ibid.*
[2101] *Ibid.*
[2102] Id., p. 181.

fue a visitarlo, el cual quizá le recordara sus primeros pasos por la Ciudad Luz. Describe el novelista español la citada situación, en la que la identidad del joven poeta que visita a Carrillo era Le Chardonnel, como viene escrito en la obra carrillista y que creemos se trata de un error de escritura, pues existe un autor que concuerda con los datos ofrecidos cuyo nombre sería Louis Le Cardonnel.[2103] Este poeta simbolista, a quien Carrillo concederá unas líneas en sus estudios sobre los poetas nuevos de Francia, destacando la conversión de su poesía profana en poesía religiosa como consecuencia de la conversión personal de aquel poeta, con quien compartiera veladas parisinas en los cafés junto a Carrillo:[2104]

> Un día, Gómez Carrillo trabajaba en su casa; llaman a la puerta, sale a abrir, y se encuentra con un desconocido, joven, melancólico, soñador.
>
> -He vivido aquí mucho tiempo; he soñado aquí en mis amores y en mi gloria; he pasado en esta habitación mis horas de tristeza, mis angustias, mis alegrías, mis entusiasmos, mis decepciones… Permítame usted que vuelva a vivir en el recuerdo los pasados días; permítame usted que sueñe un momento.
>
> Y Gómez Carrillo le dejó… y hablaron y simpatizaron, y fueron amigos del alma el poeta soñador y el literato español.[2105]

11.7.6. Leopoldo Alas, *Clarín*

Continuaremos con otro protagonista español de renombre. Hemos aludido en el apartado anterior a la carta en la que Clarín alababa el estilo de Gómez Carrillo.

Nuestro cronista referirá una anécdota en la que Clarín y Emilio Bobadilla, escritor, poeta, crítico literario y periodista cubano-español de tendencias próximas a la corriente literarira naturalista, fue muy conocido en la época como periodista utlizando el seudónimo *Fray Candil,* otro

[2103] Louis le Cardonnel (1862-1936), poeta francés que fuera amigo de Verlaine y Rebell. Frecuentó medios simbolistas y colaboró con numerosas publicaciones literarias de la época, en alguna de la cuales coincidió con Gómez Carrillo. Su profunda fe católica le hizo ingresar en un convento en 1896.
[2104] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., pp. 260-262.
[2105] Azorín, *op. cit.*, pp. 376-377.

reconocido autor de la época al que nuestro cronista conociera en Madrid, terminarían en duelo. En sus memorias refiere Carrillo este episodio reproduciendo la carta que el propio Bobadilla le enviara para hablarle sobre su relación con el que fuera su protector inicial:

> Clarín y yo éramos amigos, pero *Clarín* vivía en Oviedo, y no faltaron chismes y embustes en que creyó Alas. Nos conocimos personalmente en el terreno. Clarín era zurdo y manejaba el sable y la espada. Yo tiraba mal. *Clarín,* al ver lo afilados que estaban los sables, no quiso batirse, y a no ser por Palacio Valdés, que le obligó a batirse, hubiera puesto pies en polvorosa. Salió herido en la boca y en un brazo. Fueron padrinos míos Icaza y el coronel Reina, y de Alas, Tomás Tuero –redactor de *El Liberal*- y Palacio Valdés. *Clarín* me había dicho que si aceptaba sus condiciones era cosa de "coser y cantar". Y cuando le cosían a *Clarín* el labio, yo, canturreando, dije:
>
> -El pronóstico de *Clarín* se ha cumplido; a él le están cosiendo mientras yo canto.[2106]

11.7.7. José Asunción Silva

La situación en la que conoció a otro personaje insigne de las letras, esta vez colombianas, fue especialmente original, poco frecuente y puede decirse que nimbada de aventura y buenaventura. José Asunción Silva[2107] y Gómez Carrillo coincidieron en 1895, cuando éste regresaba por breve tiempo a Guatemala, a bordo del *Amérique*, barco que naufragó frente a las costas de Colombia, suceso que ocasionó la pérdida irremisible de gran parte de la obra del poeta colombiano. Silva no sentía aprecio por el vital Carrillo, siempre sensible al milagro de las tonalidades de la naturaleza como demostraría la siguiente anécdota sucedida durante la referida travesía, contada por el propio Silva:

> La única vez que he sentido el deseo de matar fue a atardecer del segundo de aquellos espantosos días. Estaba yo recostado en

[2106] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 209.

[2107] José Asunción Silva (1865-1896), fue uno de los destacados poetas colombianos. Viajó a París donde conoció a Mallarmé y a Moreau. Viajó por Europa como miembro de una legación diplomática de Caracas. Su obra presenta rasgos románticos en sus albores para después presagiar el modernismo. Se suicidó en 1896 a causa de una serie de catástrofes familiares y económicas, unidas a la pérdida de gran parte de su obra en un naufragio que sufrió el barco en el que viajaba, frente a las costas de Colombia, barco en el que también se encontraba Enrique Gómez Carrillo.

> una silla, descorazonado, inquieto, pensando en la cercanía de la noche cuando oí que alguien gritaba mi nombre desde el puente. Al incorporarme vi a Gómez Carrillo, quien con la mano extendida en actitud teatral me decía: -¡Mire, amigo, esas lejanías opalinas! Me provocó estrangularlo.[2108]

11.7.8. Alphonse Daudet

Alphonse Daudet contará jugosas anécdotas a Gómez Carrillo en el transcurso de la entrevista que éste le hiciera en su casa. Una de ellas se referiría a las dificultades económicas por las que atravesó en sus primeros tiempos, cuando, el autor de *Boule de Suif*, pese a haber obtenido éxito con la publicación de alguna de sus obras, y las críticas elogiosas hacia su genio, esto le procuraba apenas los mínimos medios económicos para comer. Así relataría cómo, después de haber recibido como regalo y homenaje un busto suyo, del cual estaba muy orgulloso, pues representaba la fama y reconocimiento de los cuales gozaba ante el público, no pudiendo saciar su apetito, cambió el título del busto por el de "Balzac joven", vendiéndolo a un anticuario.[2109]

Una anécdota triste será la que Carrillo cuente en una crónica escrita tras la muerte de Daudet, en la que relata cómo, siendo ya muy mayor y estando muy enfermo, tras mudarse de domicilio, insistía Daudet a su hijo León en que no colocara nada de su sala de trabajo, pues él mismo lo haría. Al hacerle ver su hijo la imposibilidad de tamaña acción para el anciano escritor que no podía tenerse de pie, sucede la escena penosa en la que "el maestro, bajando tristemente la cabeza, echóse a llorar como un niño".[2110]

11.7.9. Karl Joris Huysmans

Gómez Carrillo nos hace llegar una anécdota de Huysmans, quien exclamaría en tono exaltado ante su entrevistador, su malestar por la

[2108] Coll, P. E., "Lettres latino-américaines", *Mercure de France*, XXVI, nº 101, Mayo 1898, p. 144.
[2109] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 163.
[2110] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., p. 61.

imposibilidad de comprar a los *boquinistes* parisinos, como antaño, libros raros, antiguos, por poco dinero, ya que estos libreros habrían dejado de ser ignorantes, conociendo el verdadero valor de cada una de sus piezas literarias. Huysmans achacará este saber, recientemente adquirido, a los norteamericanos, pues ellos habrían disparado los precios, al comprar sin reparar en gastos, cualquier objeto que detentase algún valor histórico. Así pues, el autor expresará la siguiente queja en torno a los tiempos mercantilistas en los que se vivía en la época: "Un siglo de billetes de banco, en el cual, para conquistar el derecho de tener ideas, de tener creencia, y aún de tener libros, es necesario ser hijo de un mercader de salchichas…".[2111]

11.7.10. Francisque Sarcey

Sarcey confesará a Carrillo su deseo irrealizado, por sus condiciones de trabajo extremo y falta de medios económicos, de fundar una modesta revista que informara sobre temas teatrales. Carrillo le preguntará por *Anales*, revista en la que colaboraba, pregunta que dará pie para que Sarcey le cuente cómo un joven que lo visitaba, sin seguir su consejo de trabajar mucho para que se hablara de él, prefirió utilizar su dinero en crear una revista cara, la cual diera que hablar sobre él. Y cómo este joven, además se casó con su hija. Se trataba de Brisson, abogado, periodista y político francés, quien llegara a ser redactor de *Tiempo* y director de *Anales*.[2112]

11.7.11. Auguste Strindberg

Carrillo entrevistó a August Strindberg en marzo de 1896. De esta entrevista puso de manifiesto este autor nórdico la animadversión que sentía por su compatriota Ibsen. Intentaba el entrevistador atemperar su postura radical, pues se consideraba su enemigo en todos los sentidos, aludiendo al matrimonio celebrado entre los hijos de dos enemigos de la misma categoría,

[2111] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 141.
[2112] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., pp. 290-292.

es decir, entre los autores Ibsen y Bjornsterne. La respuesta de Strindberg, relatada por Carrillo, es la siguiente: "estoy seguro de que tanto Ibsen como Bjornsterne son bastante caballeros como para haber maldecido esa unión….Pero…qué quiere usted…el amor es más fuerte que el odio…".[2113]

11.7.12. De comidas literarias

Al hablar Carrillo de la celebración de las comidas artísticas y literarias que eran costumbre en el París de la época, bajo cualquier pretexto o cualquier lazo común entre los asistentes, refiere el cronista guatemalteco la que los castellanohablantes habitantes en la capital francesa fundaron. Con cierta ironía la recordará Carrillo: "Lo malo –o lo bueno- es que nuestro banquete no vivió sino tres horas, a pesar de ser mensual".[2114]

11.7.13. Edmond Rostand

Los nombres de grandes literatos y artistas están unidos al referir de anécdotas de las cuales son protagonistas en la pluma de Carrillo. El autor de *Cyrano de Bergerac* daría lugar a alguna de ellas que Gómez Carrillo nos hace llegar. Es el caso del matrimonio del autor de *Cyrano de Bergerac*, Edmond Rostand, con una joven poetisa, unión que recibió el apelativo de "matrimonio de canarios" a decir de los iniciados. Carrillo dedicará una panorámica a la trayectoria del que se convertiría en el padre de uno de los éxitos teatrales de escritor francés más famosos en la época cuya estela sigue vigente.[2115]

11.7.14. Del mimo Debureau

[2113] Gómez Carrillo, E., *La vida parisiense,* ed. cit., p. 162.
[2114] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 28.
[2115] Id., pp. 44-48.

Carrillo refrescará la memoria de los parisinos de la época, sacando del olvido a un personaje representativo de la pantomima, muy apreciado en Paris a mediados de siglo XIX, en una época en que el gusto por este género teatral experimentó un gran auge. Se trataba de Debureau.[2116] Nuestro cronista, tras repasar su vida, éxitos y miserias incluidos del tal Debureau, nos hará conocer el epitafio que quiso que rezara en su tumba: ""Aquí yace el que lo dijo todo sin hablar nunca"".[2117]

11.7.15. Del escultor español Feitu

Un escultor obligado a volver a París, tras vivir y trabajar en España, en Almería, en una escuela de escultura, protagonizará la anécdota en la que lo ibérico se perfilará como la rancia tradición frente a la libertad artística inmanente a París. Contará Carrillo como Feitu, que así se llamaba este escultor, tras esculpir en España, se verá obligado a volver a París dado que, según el propio escultor confesara, decidido a esculpir una Venus, no encontró ninguna chica en ningún lugar de la península ibérica que aceptara desnudarse para servirle de modelo.[2118]

11.7.16. Villiers de Lisle Adam y Henri Pille

Villiers de Lisle Adam protagonizará junto a Verlaine otra situación interesante para el acercamiento al hombre, el cual, pese a su miseria, como sucediera a Verlaine, supo encontrar la belleza en la imaginación. Cuenta Carrillo cómo Verlaine encontró a Villiers frente a una ventana cerrada recitando sus versos. Lo invitó a que lo acompañase y en el transcurso del paseo, Villiers pidió a Verlaine su opinión. Al preguntarle éste, sorprendido, de qué o quién hablaba, Villiers le aclaró que pedía su parecer acerca de la

[2116] Jean Gaspard Debureau (1796-1846) actor y mimo nacido en la República Checa, quien gozó de gran fama en el teatro parisino, especialmente por sus representaciones del personaje Pierrot.
[2117] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., p. 72.
[2118] Id., pp. 76-78.

princesa que había en la ventana.[2119] Es por esto que Carrillo afirmará, a propósito de Villiers que "su imaginación lo embellecía todo, haciendo mantos reales de los andrajos".[2120]

Entre las múltiples personalidades destacadas en el mundo artístico que Carrillo frecuentaba, dedica algunas líneas a Henri Pille[2121] célebre pintor y caricaturista de la época, también conocido por su afición a las bebidas espirituosas. Contará Carrillo que éste, a quien él consideraba el último bohemio, se ganaba bien la vida con su arte, más derrochaba incontroladamente, mientras que su mujer economizaba, pudiendo así llegar adquirir una casa. Cuando la mujer comunicó la adquisición a su esposo, cuenta Carrillo que la reacción del marido fue preguntar que para qué querían una casa, pues una casa no se podía beber. Más, finalmente estaba orgulloso de poseer una casa, aunque realmente no supiera, nunca a ciencia cierta, dónde se encontraba.[2122]

11.7.17. Sobre enfermedades y genio

Una curiosa teoría científica será la que Carrillo escuche, escépticamente al principio, mas el tiempo se encargaría de confirmarla, en sus primeros meses en París. Entre las paredes del centro sanitario al que acudía a cuidarse una dolencia, oirá nuestro joven guatemalteco una teoría médica, cuanto menos original, en palabras del interno que cuidaba su afección de garganta, y que versaba sobre la influencia benefactora de los microbios en el desarrollo del genio. La reproduce Gómez Carrillo:

> Si realmente estás enfermo –decíame-, lejos de sentirlo debes alegrarte, pues a cambio de algunos sufrimientos físicos, que no tienen ninguna clase de importancia, podrás entrar en la pléyade de los verdaderos hombres de genio… El genio, en efecto, está producido por los mismos microbios que causan ciertas

[2119] Id., pp. 102-103.
[2120] Id., p. 102.
[2121] Henri Pille (1844-1897), pintor y dibujante francés.
[2122] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., pp. 135-137.

> enfermedades, por el espiroqueta pálido sobre todo… ¿Lo dudas?... Haces mal. La Ciencia nos lo demuestra…[2123]

Un Gómez Carrillo escéptico no cree en semejante teoría, a primeras luces, tan poco científica. En defensa de tal teoría, argumentaría el doctor que trataba a nuestro cronista dando ejemplos de genios notorios cuyos casos apoyarían sus teorías, casos que él mismo habría tratado y que defenderían su tesis respecto a la adopción de un método curativo lento que dejaría realizar su labor procreadora de genialidad a los microorganismos implicados:

> -¡Ah, y además, cómo se ve que eres un ignorante, incapaz de sentir la infinita delicadeza de matices de la naturaleza humana…! El mal, solo, no te daría genio, y tal vez ni siquiera notarías su presencia… Por fortuna, la Ciencia ha inventado remedios que, alargando ciertos males, los hace convertirse en lentos venenos para los nervios… Uno de esos remedios es el que tú tomas… ¡Bendícelo, viejo!... Gracias a él, uno de estos días escribirás una ópera como Wagner, o un *Zaratustra* como Nietzsche, a una *Sagesse* como Verlaine, o una *Salammbô* como Flaubert, o un *Bel Ami* como Maupassant… Te cito los casos conocidos de enfermos indiscutibles… A Maupassant lo he cuidado yo… Ahora ése ya se ha pasado del límite… Ese está encerrado en un manicomio… Bueno, de lo que se trata es de no ir tan lejos…[2124]

Tras la lectura años después de un libro de Daudet, en el que se propugna la misma idea, nuestro cronista se confesará convencido de la veracidad de las conclusiones de su camarada doctor de las fiestas del hospital San Luís: “Esta página me hace arrepentirme de haber dudado no sólo de la inteligencia, sino hasta del juicio de mi buen interno, que tanto empeño tenía en que no fallara el diagnóstico pesimista relativo a mi salud”.[2125]

11.7.18. Sobre entrevistas y entrevistados

[2123] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., pp. 175-176.
[2124] Id., pp. 176-177.
[2125] Id., p. 176.

La propia producción literaria de Carrillo será fuente de situaciones llamativas. Sus *Intimidades Parisienses,* consistentes en entrevistas de tipo íntimo e impresionista a grandes nombres de la literatura y el arte francés provocarán cierto descontento entre los entrevistados,[2126] aunque ésta situación era común entre periodistas y entrevistados. Cuenta Carrillo la anécdota de un compañero de profesión, entrevistador igualmente, a quien Leconte de Lisle, indignado, no quiso saludar porque citó en su artículo, sobre este escritor, que llevaba gafas, cuando en realidad se trataba de un monóculo.[2127] Por lo tanto, nada de extraño tiene que Carrillo concluya con una frase en la que haría referencia a una contienda histórica contemporánea: "Hacer *interviews* literarias es más peligroso que mandar un regimiento en Cuba".[2128]

11.7.19. Sobre la visión de España desde Francia

Gran conocedor de la literatura en general, la francesa por devoción desinteresada y la española por cuestiones de procedencia, lengua y trabajo, Carrillo se interesará por lo que se escribe en francés sobre España.[2129] Leídas las obras al respecto de autores consagrados franceses como Gautier, Musset o Lamartine entre otros, nuestro cronista exclamará: "¡La España Negra! En la literatura francesa hay Españas de todos los colores,"[2130] según las ópticas de cada autor, destacando que la más injusta sería la visión de Lorrain, en la que España es presentada siempre bajo tintes oscuros, sin vida, sin sol, sin alegría y sin belleza.[2131]

11.7.20. De duelos y retos

[2126] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 112.
[2127] Id., pp. 113-114.
[2128] Id., p. 114.
[2129] Id., pp. 226-230.
[2130] Id., p. 226.
[2131] Id., p. 229.

Era conocido el gusto de Carrillo por los duelos, los cuales se habían convertido en costumbre muy practicada en la época. Cederá el protagonismo nuestro autor a anécdotas propiciadas por estos desafíos armados en uno de sus artículos en los cuales, tanto los retadores como los retados, así como el tema que suscita el reto, serán de orden literario.[2132] Uno de los duelos comentados por Carrillo tenían como contrincantes a Catulle Mendès, escritor francés, y a un periodista llamado Jorge Vanor. La afrenta que se trataba de dirimir con el enfrentamiento era saber cuál de los dos llevaba razón al pronunciarse sobre la obesidad, o no, del personaje shakesperiano Hamlet.[2133]

Otra situación análoga es la que Carrillo cuenta que le fue relatada por el padrino de excepción que la ofició, Moreás, en la que hubo resultado de muerte de uno de los duelistas que se batían para defender sus respectivas posiciones sobre la supremacía del verso libre contra el verso antiguo y viceversa.[2134] Añade Carrillo una más de este tipo, en la que los oponentes hubieron de repetir varias veces la cita, pues ambos se quejaban de la cobardía del otro, pues acudiendo al lugar fijado, los dos declaraban que nunca se presentaba el contrario, hasta que por fin descubrieron que ambos, habiéndose citado en "el bosque", cada uno acudía a un bosque parisino distinto. El motivo de la disputa serían desacuerdos irreconciliables en cuanto al arte romántico, provocado por el estreno de un drama de Víctor Hugo.[2135]

Finalizará este artículo dedicado a anecdóticos duelos con uno, finalmente no celebrado, protagonizado por un envejecido y malhumorado director del *Figaro*, llamado Villemessant, quien habría jurado matar a quien le insultara. Habiendo aparecido un artículo en un diario belga, en el que sucedía lo prohibido por el citado director, firmado bajo un seudónimo, éste tomó el tren desde París, dirigiéndose hacia el rotativo con intención de acabar con aquel que había osado insultarle. Cual no sería la sorpresa de

[2132] Id., pp. 311-315.
[2133] Id., pp. 311-312.
[2134] Id., p. 312.
[2135] *Ibid.*

Villemessant cuando el autor de aquel artículo, que se escondía tras el seudónimo, resultó ser una viejecita, a la cual, evidentemente, no mató.[2136]

11.7.21. De la influencia de los actores en la moda

Resalta Carrillo la gran celebridad e influencia ejercida por un actor en el *Tout Paris* de la época, actor llamado Le Bargy, a quien consagra varias páginas de una de sus crónicas, comentando la figura personal y artística del personaje renombrado en la escena francesa.[2137] De él dirá Carrillo, que hasta en los mínimos detalles de su indumentaria, sería seguido e imitado por los parisienses: "Tanta importancia tienen en París las corbatas de este comediante, que hasta los duques copian su manera de envolver en bandas de pálida seda sus cuellos inmaculados".[2138]

11.7.22. Émile Goudeau

Émile Goudeau será uno de los periodistas escritores franceses que frecuente Carrillo en los ambientes de los cafés literarios, resaltando en él, tanto su talento como su afición por el ajenjo, como era habitual entre los bohemios artistas de la época. Recordará de él su patriotismo, demostrado con su seriedad durante la guerra que Francia sostendría en 1870, una vez finalizada la contienda, el recobrar la risa y el buen humor que procuraría contagiar a los parisienses.

En relación a su gran apego al ajenjo, Carrillo nos hace llegar una anécdota de este autor al contarnos que: "Con unos cuantos amigos, el buen poeta fundó la sociedad de los Hidrópatas o Enemigos del Agua, en la cual la bohemia del viejo quartier resucitó de entre sus cenizas entonando un himno báquico".[2139] Este autor tendría un papel principal en otra anécdota

[2136] Id., pp. 313-314.
[2137] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París,* ed. cit., pp. 41-44.
[2138] Id., p. 42.
[2139] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas,* ed. cit., p. 51.

comentada por nuestro cronista, pues, cuenta Carrillo que, con motivo de dotar de un hogar para los últimos años de este poeta, se organizó una velada, con objeto de recaudar los fondos necesarios, fondos que se recaudaron pero que igualmente desaparecieron: "alguien se llevó la caja, como era natural",[2140] recordará Carrillo con un cierto tono de regusto amargo.

11.7.23. De derechos de autor

Siguiendo con temas de picaresca económica, Carrillo nos hace partícipes de la anécdota de los primeros tiempos del cinematógrafo en los que la copia de obras, modificadas insignificantemente, evitaba el enfrentarse al pago de derechos de autor.[2141] La referencia será introducida por el fallo de un tribunal relativo a lo que, a primera vista, tendría el aspecto de una apropiación indebida de la propiedad intelectual, y decíamos a primera vista, porque, pese a que argumento, personajes y trama eran idénticos en la obra teatral y en la cinta cinematográfica, el juez dictaminó que no existía plagio pues, según nos hace saber Carrillo, imitando las palabras del juez: ""Porque –dice el salomónico veredicto- lo que constituye el valor de la obra literaria es la perfección de la obra y el análisis psicológico, cosas que no ha podido copiar el demandado".[2142] Dicha sentencia abriría brechas importantes en temas de plagio y copia y abocará a los escritores a defender con uñas y dientes sus producciones ante tales artes propias de la piratería, situación que igualmente analiza Carrillo en la crónica citada, la cual mueve a la reflexión sobre un tema aún actualmente vigente.

11.7.24. Georges Clemenceau

[2140] Id., p. 52.
[2141] Gómez Carrillo, E., "El dinero y el arte" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit. pp. 195-206.
[2142] Id., p. 198.

Una frase de Georges Clemenceau al que Carrillo dedicará una crónica[2143] constituirá una anécdota del mundo político. Nuestro cronista resalta su carácter invariable a lo largo de los años, reseñando que lo único que habría sufrido alguna metamorfosis en él sería, en palabras de Carrillo, "el puesto de combate".[2144] Interrogado aquel acerca de sus cambios de óptica frente a la consideración de ciertos problemas, el experimentado político se justificaría, según nos hace llegar nuestro cronista: "-Es que ahora estoy del otro lado de la barricada".[2145]

11.7.25. Sobre Modas: Mallarmé y Von Bismarck

Resulta sorprendente la asociación que leemos en las páginas de Gómez Carrillo dedicadas al análisis del influjo en la sociedad parisina del fenómeno de la moda,[2146] al aludir en este contexto al ilustre poeta francés considerado precursor del simbolismo, Stéphane Mallarmé. Y es que el citado poeta, nos informa Carrillo, ejerció durante un tiempo como cronista de modas en París,[2147] añadiendo que esto no constituiría una degradación para el artista sino que lo habría hecho guiado por el amor de la belleza y del detalle que caracterizarían a este mundo del vestido y los aderezos. Pues, resaltará Carrillo que: "Todo interesaba al gran poeta en la *toilette* femenina, desde el sombrero a los botines. De todo hablaba; todo lo explicaba con detalles exquisitos, con pacientes pormenores".[2148]

Siguiendo con asuntos relacionados con la moda, la excelencia de los sombreros franceses, los cuales, en opinión de nuestro cronista, serían únicos en el mundo, dan pie a otra anécdota cuyo protagonista sería un enemigo de Francia, Otto Von Bismarck,[2149] quien, a pesar de su posición

[2143] Id., pp. 207-216.
[2144] Id., p. 211.
[2145] *Ibid.*
[2146] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., pp. 7-151.
[2147] Id., pp. 132-137.
[2148] Id., pp. 132-133.
[2149] Otto Von Bismarck (1815-1898), político prusiano, conocido como el Canciller de Hierro, fue el artífice de la unificación alemana y ejerció un papel fundamental en las relaciones internacionales de

política antifrancesa, confesaría que, ciertos productos, los seguiría encargando a la capital gala. Según transcribe sus palabras Gómez Carrillo, diría: "A pesar de todo –decía Bismarck- yo seguiré pidiendo a París los sombreros para mi mujer y el champaña para mí".[2150]

11.7.26. Sobre el ejercicio del periodismo

Los ambientes periodísticos, tan conocidos por nuestro autor, le proporcionarán algunas anécdotas que plasmará en su crónica titulada El carácter literario de la prensa parisiense.[2151] Vendrán de manos de algunos nombres que llegarían a ser grandes firmas en el periodismo de la época, como la que incluimos, relativa al estilo de análisis o de crítica literaria realizada por el escritor y periodista francés Jean Jacques Brousson, muy conocido por su obra *Anatole France en pantoufles*, estilo enfocado a encontrar algo oculto en las grandes personalidades, lo cual contribuiría en cierto modo a la desmitificación del ídolo. Se referirá nuestro cronista a este don de Brousson al decir "Algunos de sus héroes, no es ya en pantoufles como nos los presenta, sino en calzoncillos".[2152]

Otra anécdota vendrá de las tendencias que gobernarían el mundo de la redacción de la noticia. Al gusto de la época por reducir las anécdotas a sus líneas fundamentales, desprovistas de detalles superfluos, se referirá Carrillo cuando cite una de ellas a modo de ejemplo de la citada simplificación al mínimo:

> El presidente Poincaré acaba de hacer un elogio de Paul Claudel llamándolo gran poeta, gran espíritu, gran corazón. Luego, acercándose al oído de un amigo íntimo, le dice:
>
> "-Es necesario que me hagas leer algo de ese hombre…".[2153]

---

la segunda mitad del siglo XIX. En cuanto a sus relaciones con Francia, su postura fue de optar por el aislamiento ya que eran enemigos desde la guerra franco prusiana de 1871.

[2150] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., p. 138.

[2151] Gómez Carrillo, E., *La nueva literatura francesa*, ed. cit., pp. 223-278.

[2152] Id., p. 258.

[2153] Id., p. 267.

11.7.27. Sobre los métodos de autopromoción de Gómez Carrillo

Carrillo gustaba de jugar, ideando estratagemas con las que conseguir sus objetivos. Jugaba a darse importancia, a que hablaran de él, a ser protagonista, aunque los métodos utilizados en algunas ocasiones, no fueran precisamente ortodoxos, lo cual no sería de extrañar, para alguien en cuya vida no dio un papel preponderante a la ortodoxia. Su arte para promocionarse a si mismo o a su obra son mencionados por quienes le conocieron y quienes le han estudiado.

De su capacidad de autopromoción y de su falta de escrúpulos se conocen abundantes ejemplos. Eduardo Zamacois nos cuenta uno de ellos:

> En 1912, quiso ir a Madrid, ¿Cómo arreglárselas para ser, en tanto descendiera del tren, la figura del día?... Su prurito exhibicionista no se aplacaba con ver su retrato en los periódicos; quería que su llegada provocase un alboroto. Por esto publicó en "El Libro Popular", un artículo en el que se sorprendía de que nadie supiese que *La comida de las fieras*, que Jacinto Benavente decía ser suya, fuera un plagio desvergonzado de *La cena del león*, drama original de François de Curel. Y concluía: Esto sólo puede ocurrir en un país donde la gente no lee. El notición desencerró los comentarios que su autor esperaba. La prensa francesa lo comentó y en los mentideros madrileños los envidiosos, poseídos de insana alegría, hablaron de ofrecerle a Gómez Carrillo un banquete, que no llegó a celebrarse porque Benavente, para demostrar la no existencia del plagio, pidió que su obra y la de Curel fuesen leídas en el Ateneo, y su lectura evidenció que no se parecían en nada. Gómez Carrillo decía después con amable cinismo: Inventé esa farsa para divertir a Jacinto, que adora los escándalos. Los artistas necesitan que la gente hable de ellos.[2154]

En esta misma línea se encuadraría la propagación del rumor que llegó a acusar a Gómez Carrillo como delator y responsable del fusilamiento de Mata Hari. Existiría la creencia que fue el propio Carrillo el que lo propagó para publicitar el libro, el cual escribiría con la finalidad de realizar la defensa de su inocencia en este caso, pues Carrillo confiesa no haber conocido siquiera a la bella artista. Otros personajes apuntarían pruebas

[2154] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., pp. 20-21.

hacia la existencia de una relación sentimental entre ellos. Baroja parece ser de la opinión primeramente apuntada aquí, según el propio Baroja expresaría:

> Carrillo era de una vanidad extraordinaria. Por vanidad no sé si escribió, pero al menos lo dijo, que él había denunciado a la Mata-Hari, bailarina holandesa, como espía alemana en el Palace Hotel. El hecho no era cierto, porque cuando llegó la bailarina al Palace Hotel de Madrid, llevaba mucho tiempo vigilada por el gobierno francés.[2155]

11.7.28. Sobre crítica teatral

El mundo de la escena dejará varias anécdotas en la obra carrillista en su crónica El teatro en París,[2156] de entre las cuales seleccionaremos una que sirve a nuestro autor para evidenciar cuán altivamente se indignaban los autores contra los críticos cuando éstos realizaban alguna precisión menos halagüeña hacia sus obras.[2157] Relata Carrillo la historia oída de labios del propio crítico Brisson, quien habría asistido a una obra poco a la altura de la línea seguida por un autor de éxito, y temiendo incomodarlo al expresar su opinión sobre lo negativo de la obra pero debiendo hacerlo, dada su ética en el ámbito de la crítica, decidió comentar el estreno de la obra realizando una alabanza de la larga trayectoria de triunfos del autor dejando para las líneas finales el asomo de una suave censura para esta última puesta en escena. Pese a las precauciones tomadas por el cauteloso crítico, la indignación del autor no se hizo esperar, lo cual sorprendió al crítico quien mostró su sorpresa ante la importancia otorgada a unas pocas líneas entre las muchas laudatorias.[2158] La respuesta del autor, en términos metafóricos, fue inequívoca: "-Cuando le ofrecen a usted una taza de rica leche y en esa taza hay una mosca, lo humano es que no se fije usted sino en la mosca…".[2159]

[2155] Id., p. 23, y Baroja, P., *op. cit.*, p. 760.
[2156] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 217-276.
[2157] Id., pp. 253-260.
[2158] Id., pp. 258-259.
[2159] Id., p. 259.

Capítulo 12. El juego social

Enrique Gómez Carrillo adoraba la bohemia, siendo una de las características que definía a los bohemios su dimensión en tanto que seres sociales, que amaban la compañía de sus iguales. Esta dimensión la practicaba Carrillo con dedicación diaria y reverencia, como demuestra una de sus crónicas titulada "El culto a la bohemia".[2160]

Desde sus primeros años adolescentes, a tenor de lo que sus memorias nos descubren, se mostraba a menudo en compañía de familiares, amigos, compañeros, amantes, personalidades,…, asistiendo a eventos tales como exposiciones de pintura, representaciones teatrales,…, siendo los momentos de soledad consagrados a la lectura o al trabajo, prefiriendo los lugares públicos al hogar privado, como lo demuestra el hecho de que, incluso muchos de sus escritos, los redactara en cafés, entre el ir y venir de las gentes parisienses, por sus bulevares amados. Su primera esposa daría cuenta de ello, al expresar su sorpresa ante la capacidad artística de un Gómez Carrillo que producía en los veladores de los cafés parisinos, sin tener siquiera que revisarlos posteriormente, en un ambiente más propicio a la concentración laboriosa: "Ha escrito una crónica para El Liberal; me asombra la rapidez de su pluma; nada le perturba, ni el ruido, ni la conversación".[2161] El propio autor reconocería el amor que profesaría por alguna de sus obras, precisamente por haber sido alumbradas en los queridos cafés parisinos.[2162]

12.1. Fiestas, reuniones sociales

Su carácter generoso y desprendido facilitaba las relaciones sociales y le aseguraba compañeros de charla y café. Apuntan en esta dirección las

[2160] Gómez Carrillo, E., *Cultos profanos*, París, Garnier Frères, 1911.
[2161] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 71.
[2162] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 86.

palabras de Blanco Fombona,[2163] otro contemporáneo de Enrique, transmitidas por su biógrafo Mendoza: "Rufino Blanco Fombona refiere: "Gómez Carrillo, cuya generosidad en París carecía de límites, derrochaba entero su peculio con la esplendidez de un rey asirio".[2164]

En las fiestas o reuniones sociales, Carrillo entablaría relación con muchas de las artistas representativas de la escena europea, e incluso más allá del viejo continente. Por mediación de Jean Lorrain, nuestro cronista conocerá a la cantante inglesa Eveline Janney, la cual, cita Carrillo, es presentada por un cronista en la prensa, en su debut en un teatro parisino, como Eveline la rubia, a lo que nuestro autor apostillará: "¿La rubia?, cuando yo la conocí, hace tiempo, en casa de Jean Lorrain, todos la llamaban Evelina la morena".[2165]

No será ésta la única representante de la belleza femenina que Carrillo encontrará en casa de este buen amigo. Liane de Pougy, considerada una de las más bellas y deseadas artistas de París, en casa de Lorrain, provocará la admiración del autor guatemalteco, quien confesará la impresión que la citada dama provocó en él al conocerla: "una mujer cuya belleza extraordinaria atrajo desde luego mi atención".[2166] Acto seguido le dedicará un artículo en el que repasará los avatares de su vida, con sus luces y sus sombras, destilando una fina admiración hacia esta mujer quien habría destacado entre otras cortesanas parisinas, por su apego a la bohemia artística y al amor sobre todas las cosas,[2167] aspectos ambos en los que coincidirían la bella Liane y el cronista guatemalteco.

[2163] Rufino Blanco Fombona: Insigne escritor, ensayista, historiador y político, nació en Caracas en 1874 y murió en Buenos Aires en 1944. Desterrado por las duras críticas al gobierno viajó a Europa donde residió en París y en Madrid. Aquí fundo la editorial América y en 1925 fue propuesto para el Premio Nobel de Literatura. En España igualmente ejerció el cargo de Gobernador de la provincia de Almería.
Regresó a Venezuela en 1935 y después se trasladó a Uruguay donde desempeñó el cargo de Embajador de Venezuela. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Fue maestro de modernismo en Venezuela y divulgó allí las mejores obras literarias ejerciendo así una notable influencia en Latinoamérica. Algunas de sus obras son *El Poema Patria, Más allá de los horizontes, El hombre de Hierro, La bella y la fiera, El conquistador español del siglo XVI.*
[2164] Mendoza, J.M., *op. cit*., p. 92.
[2165] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 11.
[2166] Id., p. 97.
[2167] Id., pp. 97-101.

El París de entre siglos que conoció Carrillo fue prolífico en reuniones sociales en diversos ámbitos, siendo célebres las comidas o banquetes celebrados en honor de personalidades que se realizaban periódicamente en la capital francesa. Ese hecho es directamente tratado por nuestro cronista, aportando datos concretos, comentando que, en 1881, existían en París más de trescientas reuniones bajo el formato de comidas artísticas, las cuales contaron con historiadores que dieron fe de ellas. Con ciertos tintes humorísticos e irónicos, Carrillo se referirá a las citadas comidas-banquete en los siguientes términos: "Cien personas deciden admirar a Zola, y lo primero que hacen es fundar la comida mensual de los Zoládratas. Otras cien tienen la firme intención de odiar al mismo novelista y comienzan por establecer el almuerzo semanal de los Zoloclastas".[2168]

A los banquetes mensuales de *La Pluma*, revista de la época, concederá nuestro cronista una gran relevancia, y con ánimo de hacer justicia histórica, destacará que "tuvo una influencia indiscutible en el arte moderno y que, sin embargo, no ha conseguido aún los honores de la historia".[2169] Tras realizar un repaso por los ilustres presidentes de la citada reunión mensual, entre los que destacarían Zola, Verlaine o Rodin, dirá que, aunque no fueron más de seis, fueron altamente productivos en lo que a relaciones artístico-intergeneracionales se refiere, pues "con esa media docena de sopas literarias, en las cuales los viejos se convencieron de que los jóvenes no eran salvajes, y los jóvenes echaron de ver que los viejos no estaban chochos, bastó para que se realizase en un instante la gran tregua del Arte".[2170] Proseguirá rememorando las citadas comidas para transcribir, en estilo directo, el discurso de Zola en el que, justamente, pretendía acercar posiciones entre viejas y nuevas generaciones, insistiendo en que los viejos de hoy fueron los jóvenes de ayer, comulgando así con las tendencias y deseos de los jóvenes actuales.[2171]

[2168] Id., pp. 20-21.
[2169] Id., p. 26.
[2170] Id., p. 27.
[2171] Id., pp. 27-28.

De nuevo aludirá Carrillo a las reuniones sociales de *La Plume*, para destacar la relevancia adquirida por un poeta francés, reseñado por la Antología de los poetas nuevos de Francia, propugnada por la notoria y destacada publicación *Mercure de France*, para decir que éste no habría adquirido renombre gracias a estas reuniones sociales, sino a otros ámbitos: "Leo Larguier ha llegado a la Antología del *Mercure* pasando, no por las veladas de *La Pluma*, ni por las matinés del *Ermitage*, como sus compañeros, sino por los salones Académicos".[2172]

Una de las habituales costumbres del cronista guatemalteco, como ya hemos apuntado, era la de acudir a casas de amigos con la finalidad de intercambiar impresiones artísticas. Dichos amigos eran, usualmente, destacadas personalidades en diversos ámbitos. Una de estas reuniones sociales se produce en casa de Austin de Croze.[2173] El ambiente propicio a las confidencias que allí se respiraba es admirablemente representado por Gómez Carrillo en las siguientes líneas: "Después de comer, en los instantes de languidez y de pereza propicios a las confidencias, entre el humo de las pipas y el aroma del café, de Croze me habla de España con una ternura casi filial".[2174]

Los detalles de otras tertulias o reuniones sociales celebradas bajo el signo del arte, serán igualmente divulgados por Gómez Carrillo. Acerca de las reuniones organizadas en su propio taller por el pintor, dibujante y litógrafo francés conocido por el sobrenombre de Paul Gavarni, cuyo verdadero nombre era Sulpice Guillaume Chevalier, tras las largas horas de trabajo, en las que se fumaba, se bebía, y se charlaba, recalca nuestro autor, el alcance y fama desvirtuada que habrían adquirido en los comentarios parisinos: "Poco a poco la leyenda daba proporciones orgiásticas a aquellas reuniones. Los burgueses de París se decían al oído fantásticos secretos sobre tan locas bacanales. En los colegios, los chicos precoces soñaban en ir más tarde a aquellas fiestas".[2175] Aportará Carrillo testimonios de ilustres

[2172] Gómez Carrillo, E., *El modernismo*, ed. cit., p. 257.
[2173] Austin de Croze (1866-1937) hombre de letras y gastrónomo francés.
[2174] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid*, ed. cit., p. 32.
[2175] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 109-110.

invitados a las citadas fiestas en las que se contrapondrían las dos versiones de estas reuniones, desde la alocada y desinhibida a la meramente filosófica.[2176]

Basándose en los dibujos del citado pintor Gavarni, Carrillo imaginará las fiestas juveniles organizadas en las modestas buhardillas de los estudiantes, fiestas en la que la escasez de medios vendría compensada por la frescura, la imaginación y la alegría de los participantes. Describirá el autor guatemalteco estas reuniones festivas, financiadas con el producto del empeño de las pocas pertenencias que poseían los estudiantes de medicina:

> Por la noche, con lo que las sábanas y el esqueleto producen, hay en la buhardilla de la *rue Monsieur Le Prince* un gran baile de máscaras. Todas las grisetas, envueltas en cortinas, en chales, en toallas, están lindas como reinas. Los estudiantes rompen los jarros para hacerse cascos y aplastan palanganas para fabricarse corazas. Las pipas arden como incensarios. La alegría aumenta a medida que las botellas disminuyen.[2177]

La fiesta saldría a las calles de París a media noche, donde continuaría, regando de entusiasmo y divina juventud las vías parisinas.

El carácter social de los parisinos se evidenciaría, de igual modo, en las asociaciones que existirían en la ciudad, y que serían numerosas, instauradas en torno a variados centros de interés, como destaca Carrillo al decir: “En París hay “abonados” para todo, y cada tribunal, cada teatro, tiene su público especialísimo”.[2178]

Lo social y el café se hallan igualmente cristalizados en la vida de Carrillo y así se refleja en sus escritos. Dirá Carrillo: “En el bar Calysaya, encuentro reunidos a casi todos mis antiguos compañeros del Barrio Latino y de Montmartre”.[2179]

Gómez Carrillo constituiría un ejemplo representativo de que en París sería indisoluble el binomio local público-reunión artística, binomio

[2176] Id., pp. 110-111.
[2177] Id., p. 109.
[2178] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., pp. 35-36.
[2179] Id., p. 119.

implantado de forma intrínseca en uno de los barrios más representativos del París bohemio y artístico, en Montmartre. Este barrio es elevado por el guatemalteco a la altura de los venerados montes griegos. Carrillo destaca su asiduidad a estos lugares así como la magnífica compañía literaria de la que se rodearía: "En la colina sagrada, en el campamento de los bohemios del arte, en la Eleusis moderna de los misterios carnales, en Montmartre, en fin, como ayer y como siempre…".[2180] Concretará Carrillo exactamente en compañía de quienes y dónde se ubica, dentro del amplio espacio de ensoñación y arte que constituye el citado barrio, el cabaret donde la reunión tendría lugar:

> En el cabaret de las Cuatro Artes, cuando nuestra mesa se llena de amigos y cuando uno por uno, con reverencias algo cómicas, dicen su nombre a Soussens, mi amigo se emociona y me murmura al oído:
>
> -¡Estamos entre dioses![2181]

Una nueva asociación figura en la obra de Carrillo, al tratar éste el tema de la crítica y de los críticos de París.[2182] Se referirá a esta asociación, con pluma incrédula, tras leer una noticia en la que se retrata la citada sociedad: "Acabo de leer una noticia extraordinaria, y es que existe en París un círculo de la crítica literaria con más de cien miembros activos".[2183] Lo extraordinario de la noticia consiste, para Carrillo, en el elevado número de practicantes de la crítica, pues confiesa no verlos, no saber en qué medios escriben, fuera de cuatro o cinco nombres sobresalientes,[2184] llegando incluso a afirmar que la crítica, en sentido estricto, habría dejado de existir, abandonada por las nuevas generaciones: "Todas las generaciones del siglo recién muerto la enterraron ruidosamente".[2185]

Que en sociedad se hablase de alguien sería símbolo inequívoco de fama y de éxito, aunque a veces, no se comente a una determinada figura

[2180] Id., p. 249.
[2181] *Ibid.*
[2182] Gómez Carrillo, E., "La crítica y los críticos de París" en *El alma encantadora de París*, ed. cit., pp. 203-210.
[2183] Id., p. 203.
[2184] Id., pp. 203-206.
[2185] Id., p. 204.

sino por sus acciones negativas. Si este murmullo global se produce en París, se evidenciaría que se había llegado a lo más alto. Es lo que nuestro cronista parece querer decir cuando se refiere a esta idea, respecto de una actriz afamada en la capital del Sena:[2186] "¿Sabéis quien es mademoiselle Juliette Clarens?...En París no se habla sino de ella. En los salones y en los cafés, en las tertulias humildes y en los grupos callejeros, todo es ella, todo por ella".[2187] Más adelante, declarará que este hablar del todo París sería sinónimo de escándalo. En el caso de la citada actriz, nuestro cronista desvela el germen del revuelo social, el cual generaría las habladurías tanto de burgueses como del pueblo llano parisiense:

> […] viene de que una *jeune fille du monde* se haga actriz. Y si no se tratara sino de un escándalo de aristocráticos salones y de sacristías mundanas, nada tendría el caso de raro. […] Pero lo cierto es que no sólo el faubourg Saint Germain comenta con animación la aventura actual. El pueblo mismo, el buen pueblo que se ríe de los títulos nobiliarios y que proclama la igualdad de clases, dice sinceramente: -¡Parece mentira![2188]

Una de las fiestas relevantes, dadas sus características de bohemia y juventud unidas, recordadas por Carrillo pertenecen a su primera estancia en París. La obra *En plena Bohemia* nos relata Carrillo cómo fue al hospital para curar una dolencia que le aquejaba, y como, sorprendentemente, aquel lugar, en principio poco apetecible para frecuentar, además del poco aprecio adquirido por Carrillo hacia los galenos, tras su experiencia con los estudiantes de medicina, sus compatriotas y compañeros de la primera pensión que habitara en aquel París tan distinto del que soñaba descubrir, aquellos futuros doctores tan serios, tan poco bohemios, tan poco apegados a lo artístico o a la alegría de vivir, en definitiva y en su opinión, tan aburguesados. Pero, por cuestiones del destino, aquel lugar se convertiría para Enrique y su amiga Alice, durante un tiempo, en lugar de diversión, de encuentro, de alegría, de amistad, de juventud en definitiva, cuando trabaron amistad con un joven doctor que les abrió las puertas de los salones de los

[2186] Gómez Carrillo, E., "Una actriz como hay pocas" en *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., pp. 67-76.
[2187] Id., p. 67.
[2188] Id., p. 70.

jóvenes internos, donde se celebraban animadas veladas con numerosos y numerosas participantes. Mas, no siendo esto algo muy propio de establecimientos sanitarios, debían sortear algunos obstáculos para acceder a aquellas salas donde las ganas de divertirse, la *nonchalance* y la alegría de vivir adolescentes de los que allí se reunían, reinaban con absoluto poder. Se refiere Carrillo al sorteo de obstáculos que debían superar:

> Una vez en la puerta del Hospital, la dificultad, a aquella hora, consistía en entrar sin ser vistos por los empleados de la administración. Y así, para evitar las oficinas del economato, que se hallaban justamente a mano derecha, entre la puerta principal y la sala de guardia, nos internábamos por deliciosos jardines.[2189]

Una vez dentro de la sala donde se servían las viandas y las nunca escasas bebidas espirituosas, el baile sobrevenía de forma automática tras la cena y el café. Sobre los bailes celebrados en el comedor del Hospital San Luís referirá los detalles un Carrillo encantado de aquel ambiente festivo, desinhibido y efervescente de camaradería, despejando la duda sobre cómo resolvían, en un centro hospitalario, la provisión del tema musical:

> Un piano, cuyo alquiler pagaban todos a escote, servía al polaco para tocar aires extraños que se parecían a valses o polkas. Las lindas invitadas, grisetas o actricillas, animadas por el ruido, por el vino, por la charla, por los galanteos, no tardaban en rivalizar con los internos en punto a locuras. Raro era el día en que alguna de ellas, imitando a una famosa artista de la época, no acababa por despojarse de su traje para danzar completamente desnuda, entre exclamaciones de leal entusiasmo y murmullos de fresca voluptuosidad. En honor de aquellos muchachos hay que decir que, ni aún exaltados como lo estaban por el alcohol y por los hervores de la sangre moza, no se permitían jamás un gesto de presa. Riendo, cantando, bailando, o postrados ante las estatuas palpitantes, eran siempre finos. El respeto por la mujer estaba inscrito en el catecismo de la cofradía.[2190]

La descripción pormenorizada de estas cenas en el hospital Saint Louis, las cuales acababan en fiesta regada por el alcohol, es realizada por Carrillo en sus memorias, así como la presentación de algunos de los personajes anecdóticos que las hacían posibles. A ellos se referiría en las líneas siguientes:

[2189] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 171.
[2190] Id., p. 174.

> Una gentil locura animaba, en efecto nuestras veladas de la Asistencia pública. Había en nuestras comidas, muy modestas, pero muy sabrosas y muy bien rociadas de chateau-taberna, una mezcla de festín de mosqueteros glotones y de ágape de bohemios en días de fortuna. Para que los invitados, y sobre todo las invitadas, quedaran satisfechas del menú, el parsimonioso y económico administrador de la caja común de los practicantes, un brasileño muy gordo y muy simpático, consentía, después de muchos regateos, en dar a la cocinera un par de duros más que de costumbre. Pero, ¡lo que exigían, santos cielos, aquellos doce o catorce endiablados, por las diez pesetas suplementarias!...[2191]

Las anécdotas humorísticas no faltarían entre aquellos jóvenes ávidos de risas y ajenos a cualquier preocupación adulta o burguesa, capaces de raptar un piano con el objetivo de que no les faltara la música con la que proceder a su nocturna velada danzante:

> Una noche, el piano había desaparecido por falta de pago del alquiler. Ni cortos ni perezosos "raptaron" el de la sala de guardia de los farmacéuticos y lo pintaron de blanco para disimular el rapto: "Diez minutos después, el piano robado estaba tan albo cual el ataúd de la virgen, y las ninfas de San Luís danzaban a sus acordes.[2192]

Tras la etapa de felicidad plena durante el descubrimiento de París sobrevino lo que para nuestro cronista constituyó el destierro en Madrid. Finalizada la etapa madrileña, con sus grises y sus sombras, al final del túnel se hallará de nuevo la luz brillante y cegadora de París. Allí, donde cada día, con sólo penetrar en un café, ya se asistía a la posibilidad mágica de una fiesta para cualquiera de los sentidos. Los cafés simbolizarán para el cronista guatemalteco lo alegre y lo festivo, unívocamente. Dirá de éstos en general: "Prefiero seguir yendo con Oscar Wilde al saloncillo de un café concierto en el cual abundan las Lilianas viciosas y las sentimentales Violetas y en donde de vez en cuando se ven cosas extraordinarias, cosas nunca soñadas, cosas inverosímiles".[2193]

Los cafés, en tanto que epicentro de cuestiones artísticas, se erige en el lugar en el que los compañeros se festejan unos a otros, mediante comidas o banquetes. Muchos de éstos figurarían en las crónicas de Carrillo,

[2191] Id., p. 173.
[2192] Id., p. 175.
[2193] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 120.

incluidos los celebrados en su propio honor, los cuales reflejarían la popularidad y admiración de la que nuestro cronista llegó a gozar en los ámbitos intelectuales de la época. Lo no cual no es óbice para que también contara con detractores. Ambos puntos de vista se encuentran en una crónica en la que el propio Carrillo habla del homenaje que le han ofrecido, a la vez que alude a la recepción de una revista en la que no se vislumbraría precisamente admiración hacia él, ni hacia sus escritos. Carrillo incluirá y comentará todo ello en la crónica en cuestión :[2194]

> Al volver del restaurante de Niza, en donde mis compañeros en artes y letras acaban de festejarme, en donde el vino se ha aguado por si mismo en la vivacidad de la charla, sin brindis ni discursos, en donde todos los que creen en nuestra regeneración intelectual discutían en serio mis ideales y mis tendencias, me entregan un número de *Barcelona Cómica* que contiene una crónica contra mí, firmada con el pseudónimo de Marquina.[2195]

La celebración de una comida en París, en honor de la escritora española doña Emilia Pardo Bazán será comentada por Carrillo en uno de sus artículos: "banquete de que tanto se habló en Madrid, el supremo homenaje rendido por París al genio español".[2196] Escribirá Carrillo estas palabras con cierta sorna, pues aclarará seguidamente algunos detalles que deslucirían el significado de homenaje y de banquete, como, por ejemplo, que los comensales eran once, que algunos redactores de prensa llegaron al café y que nadie tomó notas para ser publicadas en la prensa parisina.[2197]

Ambiente festivo totalmente opuesto al homenaje parisiense a Pardo Bazán será el que Carrillo comente en la reunión celebrada en el café montmartrés de *Las Artes*, con objeto de celebrar el éxito obtenido por un cantante parisino muy conocido en la época.[2198] El citado cantante era el llamado Privàs.[2199] A él dedicará la siguiente definición: "él que representa una nota algo viciosa cual todos los cancioneros de París".[2200] De la reunión

[2194] Id., pp. 209-211.
[2195] Id., pp. 209-210.
[2196] Id., p. 263.
[2197] Id., pp. 63-264.
[2198] Id., pp. 264-266.
[2199] Xavier Privàs (1863-1927), nombre artístico de Antoine Taravel famoso cantante francés.
[2200] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., p. 265.

dirá: “Una animación excepcional reina en la mesa. Somos ciento, y todos hablamos a la vez”.[2201]

El mes de septiembre significaba en París, a decir de Carrillo, tras el periodo estival, el renacimiento de los ambientes festivos propios de la ciudad. A ello se referirá en el capítulo “El paganismo parisiense”[2202] incluido en *El alma encantadora de París,* donde nuestro cronista recreará con regocijo esta resurrección festiva y artística de París.[2203] Se referiría igualmente Carrillo a lo que él llamaba “cortejos”, especie de desfiles o de cabalgatas surgidas del sentir popular y de la imaginación del pueblo parisiense. A ellos alude al decir: “Los cortejos tal como existen hoy en París, con su admirable carácter de realismo artístico, son una de las más recientes creaciones”.[2204] E incluso realiza un retroceso histórico para explicar la naturaleza de los citados cortejos: “Hace apenas quince años, los desfiles de cuadros vivos se confundían con las ceremonias carnavalescas”.[2205] Declara sentir profunda admiración por estas representaciones artísticas espontáneas y fugaces diciendo: “Lo que me entusiasma, en los conciertos y en los bailes públicos, son los cortejos, las largas filas de carros en los cuales palpitan, entre oro y púrpura, todas las prestigiosas alegorías de la leyenda y la historia”.[2206]

Haciendo memoria, nuestro cronista se retrotrae hasta la primera ocasión en la que, gracias al azar, surgiera uno de estos cortejos: “en una noche de adoración de la belleza femenina y fue, por así decirlo un acto religioso”.[2207] Y como no podía ser de otro modo, el baile al que hace alusión nuestro cronista era “el ruidoso baile de las Cuatro Artes”,[2208] el cual se celebraba “en el inmenso salón del Élysée Montmartre”,[2209] baile en el que se necesitaba, para ser admitido, según explicita nuestro autor: “1º, tener ingenio, 2º, ser bello, 3º, ir maravillosamente vestido, y 4º, llevar por lo

[2201] Id., p. 264.
[2202] Gómez Carrillo, E., *El alma encantadora de París,* ed. cit., pp. 25-38.
[2203] Id., p. 26.
[2204] Id., p. 28.
[2205] *Ibid.*
[2206] Id., p. 27.
[2207] Id., p. 29.
[2208] *Ibid.*
[2209] *Ibid.*

menos la mitad de una mujer".[2210] Con semejantes normas, los jóvenes, ataviados con sábanas e imaginación, transformaron aquel baile en un paraíso de juventud, alegría y ligereza, habida cuenta de que, resalta Carrillo, las mujeres "aprovechaban lo mejor posible sus encantos para ahorrar tela".[2211] Así el resultado del baile de disfraces, nos descubre nuestro cronista, sería el siguiente: "Las Venus abundaban tanto como las Ninfas. Una desnudez pagana, serena y risueña poblaba el salón de estatuas vivientes".[2212] A estas expresiones del arte popular en forma de cabalgatas o pasacalles, concederá Carrillo el distintivo de artísticas, puesto que, a aquel primer cortejo, cuando varios jóvenes disfrazados de guerreros y semidioses junto con varias muchachas se instalaron sobre escaños o sillas, exhibiendo su alegre e inocente desnudez, le inspiró el siguiente pensamiento: "Aquello era el triunfo del arte por el arte, del arte no sólo sin utilidad sino también sin sentido, sin asunto".[2213] De aquel primer cortejo nacería una institución en París, pues cuenta Carrillo que, a partir de aquel desfile improvisado, surgieron otros más organizados, hasta los de la fecha en que escribe su artículo, en el cual destaca que se hallaban protegidos por municipalidades, las cuales se disputaban su prestigio en función de la magnificencia del cortejo anual instaurado así como los artistas que se involucraban en revestirlos de su toque especial.[2214] Incluso señala Carrillo que habrían ejercido su influencia allende las fronteras galas, alcanzando a Viena y a Londres, entre otras: "Este arte de esencia popular y didáctico, hecho para dar al pueblo lecciones de belleza, ha tenido una influencia universal".[2215]

Aunque no todas las fiestas o cortejos de este tipo serían inocentes e ingenuas. Gómez Carrillo destaca algunas en las que no se cumpliría esta característica; serían las pantomimas y bailes de unos cuantos cabarets (del *Folies Bergère*, de *Olimpia*, del *Casino* y de *Parisiana*),[2216] de los cuales afirmará: "Son poemas diabólicos, Son flores del mal. Son pesadillas

[2210] *Ibid.*
[2211] *Ibid.*
[2212] Id., pp. 29-30.
[2213] Id., p. 30.
[2214] Id., pp. 31-32.
[2215] Id., p. 32.
[2216] Id., pp. 35-38.

eróticas".[2217] Aunque dentro de estas peculiaridades entre las que se mezclan lo decandente, el vicio o lo malsano, serían el germen de "cortejos soberbios" ,[2218] en opinión de Gómez Carrillo.

Con motivo de una de estas fiestas, trabará amistad con un artista cuya obra comentaría en posteriores artículos: "Conocí a Willette, la víspera de aquella fiesta famosa "A la gloria de Montmartre, que le hizo célebre".[2219] Se trataba ya no de los cortejos primitivos improvisados entre la juventud, sino instituciones consagradas en la que participaban artistas de renombre, en los cuales ponían en juego su prestigio: "Y sin embargo, no estábamos en el café, sino en un taller inmenso, en el cual más de cien obreros trabajaban. […] Tratábase de terminar, aquella misma noche, los carros de la *vacalgada* parisiense".[2220] Explicará Carrillo más adelante, el sentido simbólico de este vocablo *vacalgada*, contrario al supuestamente correcto "cabalgata" pues le ilustra al respecto su propio creador, el artista Willette, diciéndole: "La vaca rabiosa-díjome- representa la miseria de los artistas. Es un símbolo".[2221]

Las fiestas ofrecidas por celebridades femeninas del *Tout París* obtienen igualmente espacio en la obra carrillista. En una de ellas comentará nuestro autor el caso de una de estas damas, reconocida socialmente, escritora apreciada, convertida en bailarina de la filosofía de la metacoría, nueva tendencia artística, definible como baile sugerido por las ideas, las visiones o los temas que se pretendieran interpretar.[2222] Así nos presentará Carrillo a esta artista parisina: "Valentine de Saint-Point es una de las damas más bellas y más distinguidas de París. Las fiestas que da en sus salones en la avenue de Tourville son frecuentadas por la élite intelectual. Sus obras literarias tienen un éxito envidiable".[2223]

[2217] Id., p. 35.
[2218] Id., p. 36.
[2219] Id., p. 102.
[2220] *Ibid.*
[2221] Id., p. 103.
[2222] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 89-92.
[2223] Id., p. 89.

En La religión del tango,[2224] nuestro cronista nos hace conocer el auge e importancia que la citada danza habría cobrado en las fiestas parisinas, habiendo dado lugar a la proliferación de salones, donde se concentraría la asistencia del grueso de las damas refinadas para aprenderlo y practicarlo con maestría, gozando sus profesores del reverente respeto de las aprendices.[2225] Con motivo de hacer aún más patente la extensión del fenómeno dirá: "En París hay un Yen Kadi en cada esquina. No tenéis más que observar el respeto supersticioso con que las damas hablan a sus profesores de tango para notarlo",[2226] no sin antes haber introducido a la figura citada, explicándole que se trataría de un hombre desconocido que, en Senegal, habría fundado una religión, la cual proclamaría que la santidad se hallaría en la práctica del baile. "Sus adoradores convirtieron la danza en una religión",[2227] aclarará nuestro autor.

12.2. Salones y tertulias.

Las reuniones, las charlas de café, las comidas-homenaje,…, constituían un hábito en Carrillo, a modo de reflejo de las costumbres de ciertos sectores de la sociedad parisiense de la época.

El intercambio de ideas se hace presente en la obra de Carrillo, encarnado en tertulias y reuniones de cafés y de salones privados. Una de estas situaciones de relación social queda plasmada por Carrillo en la descripción que hace de la escena producida en una de aquellas reuniones, incidiendo, no sin un ápice de ironía, en los temas de conversación que se trataban en casa del autor francés Jean Lorrain:

[2224] Gómez Carrillo, E., *El segundo libro de las mujeres*, ed. cit. pp. 99-108.
[2225] En este mismo *El segundo libro de las mujeres*, Carrillo comenta una anécdota en la que el profesor de tango preguntaría a un hombre reconocido por su mérito cultural e intelectual si apreciaba progresos en el baile de su esposa. Como la respuesta de éste no fuera muy convincente, el profesor se sentiría herido en su orgullo. Sería entonces cuando la dama lo tranquilizaría asegurándole que su marido no era un hombre que entendiera verdaderamente de arte serio. Id., pp. 107-108.
[2226] Id., p. 107.
[2227] *Ibid.*

> Una tarde, en casa del autor de *Yanthis*, diez o doce personas hablaban alegremente de todo lo que los literatos y las actrices pueden hablar sin decir muchas tonterías y sin fastidiarse demasiado. Hablaban de teatros, hablaban de libros y hablaban, sobre todo, de literatos y de actrices ausentes.[2228]

En la visita a Paul Verlaine, realizada por Carrillo, cuando el poeta se encontraba en el hospital Broussais, el pobre poeta no encontraba su situación de internamiento hospitalario como óbice para suprimir las reuniones sociales, las tertulias apasionadas sobre escritores y artistas a las que estaba acostumbrado en los cafés que frecuentaba. Cuenta Carrillo cómo habría tenido noticia de la hospitalización del genio del simbolismo, por medio de una nota en la que Verlaine le decía donde se hallaba, e invitaba a sus amigos a visitarle, con el fin de celebrar sus apreciadas tertulias literarias. Nos hace llegar Carrillo el contenido de la nota-invitación, expedida desde el hospital, la cual, según el cronista rezaba así: "Ya estoy instalado en mi palacio de invierno-me decía. Venid a verme para que hablemos de Calderón y de Góngora – ¡ese simbolista!- Mi día de recepción es el domingo".[2229]

Las reuniones a las cuales asistiera Carrillo en su primera experiencia de París, fueron para él reveladoras de que la bohemia, antónimo de aburguesamiento, de reglas estrictas y sinónimo de total libertad, de plena consagración a las ideas de la belleza, se habrían plenamente realizado al compartir charla, mesa, café y copa con personajes de la talla de Verlaine, Moréas o Wilde, entre otros. Las actitudes y virtudes de aquellos compañeros de conversación se revelarían para él perfectas, por lo que, las experiencias vividas en Madrid, ciudad que sucedió en el tiempo a la primera visita a la capital francesa, en general, pero particularmente en lo que a lo literario se refiere, resultaron para nuestro adolescente aspirante a cronista, totalmente decepcionantes y grises, por efecto del contraste entre ambas. De las tertulias literarias de la capital española dirá Carrillo: "Fuera de Palacio Valdés, de Bobadilla y de algunos modestos señores de cuyo nombre no me acuerdo, a nadie le dirigí la palabra en aquella libre república,

[2228] Gómez Carrillo, E., *Almas y cerebros*, ed. cit., p. 309.
[2229] Id., p. 171.

donde los boticarios de provincia trataban familiarmente a los grandes señores de las letras madrileñas".[2230] De esta afirmación se deduce que semejante cosa no sucedía en París. Subraya Gómez Carrillo el ambiente enrarecido de envidias y pequeñas conspiraciones que hallara en aquellas tertulias, aludiendo al tema de la acusación de plagio al insigne *Clarín*, que circulaba en la época en aquellos medios:

> Entre mi gente de Fornos, donde Bonafoux era el más influyente personaje, las ocasiones menudeaban. La gran pelea relativa a los plagios de *Madame Bovary* estaba entonces muy fresca. En las vidrieras de los libreros, lo más aparente era un par de folletos titulados *Yo y el plagiario Clarín*, por Luís Bonafoux, y *Mis Plagios*, por *Clarín*. Y en nuestra tertulia, que no solía variar muy a menudo de temas literarios, no había día en que alguien dejase de evocar el debate de las páginas robadas a Flaubert por el autor de *La Regenta*. Yo, la verdad sea dicha, no había entonces leído ni el uno ni el otro libro. Pero *Clarín* era mi amigo; *Clarín* me había "descubierto".[2231]

Clarín le había escrito y esto había bastado para henchir de orgullo al debutante Carrillo, lo suficiente como para creer que sus compañeros de tertulia se alegrarían de semejante hazaña, como hubieran hecho, sin duda, los de París en las mismas circunstancias. Una vez más, las actitudes madrileñas lo defraudarían, haciéndole añorar con mayor ahínco el París del corazón sin reservas:

> ¿Era ridículo, realmente, ser elogiado por el crítico más ilustre de la época?... ¿Eran inmerecidos los elogios? De cualquier modo, ¿por qué amargarme así el júbilo ingenuo de mi primer triunfo literario? "En París –pensé-, en el café d'Harcourt, los bohemios no tienen estas caras hostiles cuando un compañero refiere uno de sus triunfos". ¡París!... Una nube de tristeza me oscureció el espíritu.[2232]

Como tertulia, acto académico de exposición de ideas y tendencias artísticas, quizá pueda considerarse la conferencia pronunciada por Gómez Carrillo en el Instituto Políglota de París, acerca de artistas japoneses, en la que se complacería en denunciar lo tardío del acercamiento de los europeos a la pintura nipona, tan sólo propiciado "porque ha habido en Francia

[2230] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 216.
[2231] Id., p. 169.
[2232] Id., p. 114.

algunos talentos vigorosos que la han envuelto en el gran soplo de pasión con que nuestro siglo acaricia el arte todo".[2233]

Siguiendo con el tema del arte japonés, su obra *Sensaciones de Arte,* se lamentará Carrillo de que en las exhibiciones japonesas realizadas en París nunca se haya presentado la obra más representativa del artista nipón Yosaï, a la que define en términos de obra maestra y que le habría valido a su autor el nombramiento de "Primer Pintor del Imperio",[2234] dando así muestras de su erudición y profundo conocimiento de la pintura japonesa.

La existencia de los salones o las tertulias, en calidad de centro de reuniones sociales a la vez que culturales, queda reflejada, con cierto tono irónico, en boca de nuestro autor, al citar varias de estas reuniones sociales, las dos primeras regentadas por señoras de tono más académico y una tercera por otra bastante más mundana,[2235] y que, sin embargo, era la preferida de algún que otro ilustre personaje francés. Comentará Gómez Carrillo: "Clemenceau, que no va a los martes de la condesa de Noailles, ni a los viernes de madame Catulle Mendès, acude presuroso en cuanto mademoiselle Cécile Sorel lo invita a cenar".[2236]

12.3. El lujo

El lujo se hará presente en la obra de Carrillo al referirse al público asistente a las representaciones teatrales parisinas, costumbre muy apreciada entre los parisienses. Con tintes entre amargos e irónicos, Carrillo aludirá a estos espectadores exponiendo que, si acudían al teatro, no era por inquietudes artísticas para presenciar excelsos espectáculos de obras novedosas o de temas interesantes, sino por afán de hacerse notar socialmente. Claramente lo expondrá Carrillo en las líneas siguientes:

[2233] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de arte,* ed. cit., p. 15.
[2234] Id., p. 26.
[2235] Se referirá Carrillo a Cécile Sorel, cuyo verdadero nombre era Cécile Émilie Seurre (1873-1966), célebre actriz francesa.
[2236] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres,* ed. cit., p. 117.

"Porque ir al teatro no es ir oír, ir a ver, sino ir a hacerse ver, reunirse, hacer algo de muy exterior, gozar de una atmósfera de fiesta, lujo de galantería".[2237] Este lujo y esta galantería se harán visibles del mismo modo en el centro de atención que polarizaría las miradas de las damas espectadoras, según nuestro cronista: "Fuera de los palcos vecinos y de la atmósfera galante, lo único que interesa a las señoras que van a las *premières* o las centésimas, son los vestidos de las actrices".[2238]

La idea de que la necesidad del traje lujoso sería indispensable para el triunfo estaría muy extendida entre las actrices parisinas, pues Carrillo comenta: "Las reinas de París declaran que, para poder conservar su poder, necesitan de sus trajes".[2239] Esto no sería demasiado relevante, si sus consecuencias, en ciertas ocasiones no fueran funestas, pues desembocarían en la ruina de los empresarios teatrales: "Mientras más directores se suiciden por no poder pagar ni a sus decoradores, ni a sus mueblistas, ni a sus modistas, más lujo pedirá el público parisiense, como el de los toros pide más caballos".[2240]

Del lujo de las grandes damas, dirá el autor guatemalteco, que disfrutará de varios meses al año para florecer y estar en su apogeo. Uno será el mes de mayo, en el que los modistos lucirán sus creaciones en los cuerpos femeninos, los cuales, a su vez, acudirán a un sinfín de eventos sociales, con el objetivo de mostrarse en sociedad. Mas el otoño le procurará igualmente frutos sabrosos: "Para la gran dama, para la actriz conocida, para la belleza de lujo, está, además, el Otoño melancólico, en que los encajes se esconden bajo las pieles".[2241]

Aludirá nuestro cronista nuevamente a las ostentaciones de lujo al hablar de las grandes damas parisinas enriquecidas gracias a la sabia explotación de sus encantos femeninos. Este lujo, debido a su procedencia, no suscita la admiración de Gómez Carrillo, en lo que coincidirá con

[2237] Id., p. 222.
[2238] *Ibid.*
[2239] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit. p. 65.
[2240] *Ibid.*
[2241] Id., p. 118.

Langlois,[2242] de quien citará las palabras respecto al desdén que sentiría hacia ese lujo, al que consideraría fruto de lágrimas, de robos, de suicidios o de injusticias.[2243] Sin llegar a tales extremos, nuestro cronista confiesa sentir estremecimientos poco agradables ante las representantes de la citada clase parisina: "hay algo de angustioso en las sensaciones que se experimentan ante el papel que desempeña en el mundo la cortesana parisiense".[2244] Concluirá nuestro autor que, aunque en Paris este lujo brille con más destellos que en cualquier otra ciudad del mundo que pueda llevar a gala su cosmopolitismo, el lujo de esta procedencia es igualmente execrable:

> Pero fuera de París, en toda capital de placer, el espectáculo es el mismo y el lujo, las joyas, las sedas, sólo sirven para esconder en el mundo de la galantería, las más repugnantes ruinas físicas y las más abominables monstruosidades morales.[2245]

Las joyas, máximo exponente del lujo, serán igualmente tema de reflexión en la obra carrillista. Nuestro autor comentará lo fácil que será, para la mujer joven y bella, que sepa usar sus encantos en el mundo teatral, enriquecerse y acceder directamente al mundo de los adornos preciosos. Citará varios ejemplos vivos de este modo de actuar, con óptimos resultados. Uno de ellos lo habría conocido de cerca, como relata él mismo:[2246]

> Yo la conocí, hace diez años, en el Barrio Latino, donde un amigo de Moréas le daba lecciones de *savoir vivre* y cartas de recomendación para los "queridos maestros". […] Era natural que muriera joven. Pero no era lógico que dejase, como un hombre de negocios, tres millones en una caja de hierro…[2247]

A decir de Gómez Carrillo, el mes de mayo parece ser en París el mes del lujo, favorecido por el comienzo de las exposiciones creativas de la moda parisina que se pasea por el sinfín de eventos que tendrían lugar en la capital francesa, los cuales parecerían pretextados tan sólo para servir de

[2242] Charles-Victor Langlois (1863-1929), historiador francés.
[2243] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit. p. 223.
[2244] *Ibid.*
[2245] Id., pp. 223-224.
[2246] Aclara Carrillo que la dama en cuestión era Wanda de Bonza.
[2247] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit., p. 83.

escaparates a las novedosas creaciones de moda.[2248] Enumerará nuestro autor los citados eventos del mayo parisino:

> Desde el principio hasta el fin, las fiestas abundan. Son las inauguraciones de uno y otro "salón"; son los concursos anuales de mil cosas encantadoras e inútiles; son las primeras carreras importantes de caballos; son los estrenos de la Ópera; son los bailes oficiales, en fin.[2249]

Y tratándose de trajes y de joyas, la parisiense *rue de la Paix* no podía estar ausente. *La rue de la Paix*, junto a la *rue Royale* y al Bulevar, serán las vías representativas de la ostentación y del lujo que constituirán el eje esencial del discurrir de la moda en la capital francesa. A ellas se referirá nuestro cronista llamándolas "centros del lujo por las cuales pasan, frufrutantes y perfumadas, las parisienses".[2250]

El caso ocurrido en París, del crimen cometido por una mujer con aparente vida normal de señora casada, mas con numerosos amantes, hace aparecer de nuevo lo relacionado con el lujo, traído desde detalles nimios. Destaca Carrillo que la presunta asesina se hacía sus propios vestidos, y ante este hecho insignificante, Carrillo pensará en las sentimientos contradictorios que este caso despertaría en las damas que frecuentarían los glamorosos desfiles de modas de exorbitantes precios, así como en algunas ricas y divinas cortesanas parisinas:

> ¡Cómo deben sonreír desdeñosas al leer esto las bellas damas cuyos trajes son poemas de encajes! Ya me figuro, en los salones de ensayo de los Paquin, de la Doucet y de los Redfern, las frases irónicas de las que se sentirían deshonradas si una *toilette* les costase menos de mil duros… Pero al mismo tiempo adivino la inquietud con la cual una Cécile Sorel, una Liane de Pougy, una Carolina Otero, deben preguntarse si en el fondo, cuando de seducir se trata, todo el lujo es un vano alarde.[2251]

El teatro será sinónimo de lujo en opinión de nuestro autor, pues sería frecuentado por clases acomodadas. Como bien criticaba Carrillo en su obra, estas clases sociales acudirían a las representaciones más para hacerse

[2248] Id., p. 97.
[2249] *Ibid.*
[2250] Id., p. 117.
[2251] Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres*, ed. cit. p. 235.

ver, para hacer ostentación del propio lujo, que para ver la obra en cartel en el teatro. Entre las reuniones sociales formadas por los asistentes a las veladas teatrales se haría patente el lujo de la sociedad parisina. Estas reuniones sociales son presentadas por Carrillo a través del que fuera un gran amante del teatro, no por la obra en sí sino por el ambiente selecto que lo rodearía, especialmente de damas.[2252] El asiduo del teatro sería el ministro francés Briand.[2253] Cuenta Carrillo que todas las noches acudía al mismo teatro, sin importarle la obra representada, pues eran de otra índole sus intenciones. Aclarará Carrillo al respecto: "Lo que le interesa no es la inmensa sala donde el público bosteza oyendo versos de Corneille o prosas de Molière, sino el foyer en el cual, las damas jóvenes, y las damas menos jóvenes, y las damas ya no jóvenes, se reúnen para murmurar gentilmente".[2254] Este gusto por el teatro, o más bien, por los corrillos sociales a los que daba lugar la asistencia a las representaciones, tan despierto en el ministro francés, obedecería, según Carrillo a un exacerbado toque galante que el político habría conservado siempre. Dirá nuestro cronista, tratando de definir al ministro que habría sabido ganarse el aprecio entre los partidarios de diferentes sectores: "es hoy, y ha sido siempre, el más galante galanteador y el más aristocrático decidor de malicias. Entre bastidores, no sólo en su teatro habitual, sino en los demás del bulevar, no hay actriz que no lo declare *adorable*".[2255] Reforzará el *savoir faire* social de este ministro, alegando que, ni aún sus enemigos políticos dirán de él "Briand es odioso".[2256] Nuestro autor razona este sentimiento positivo hacia el político en cuestión, al hallar en él superiores cualidades en lo argumentativo y en lo artístico, pues se referirá a él en los siguientes términos: "orador cuya palabra seduce y domina, cuya frase es hermosa como la de un poeta, cuya voz es armoniosa".[2257]

[2252] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit. pp. 217-224.
[2253] Aristide Briand (1862-1932), político y ministro francés que trabajó a favor de la construcción de una Europa Unida.
[2254] Gómez Carrillo, E., *Pequeñas cuestiones palpitantes*, ed. cit., p. 221.
[2255] *Ibid.*
[2256] Id., p. 222.
[2257] Id., p. 224.

Las fiestas organizadas en París, bajo un símbolo cualquiera, mostrarían de igual forma, aspectos del lujo parisino. Una de estas fiestas es la que Carrillo describe, ofrecida en honor al pintor Gavarni, y celebrada en la modalidad de baile de máscaras, cuyas asistentes femeninas fundamentalmente, así como los modelos elegidos por ellas, captarían la atención del autor guatemalteco. Esta sería la visión que Carrillo contemplaría en la sala del *Moulin Rouge* donde se celebrara el citado homenaje: "Protegidas por la discreción del antifaz, las grandes damas han fraternizado con las grisetas, y las cortesanas de lujo se han confundido con las sensitivas costureras".[2258] La visión de estas damas y caballeros disfrazados al más puro estilo de los comienzos de la bohemia hace soñar a nuestro cronista, añorando los dorados tiempos bohemios de su juventud: "Durante toda una *soirée*, la época en la cual los poetas llevaban con orgullo sus melenas y las mujeres morían gentilmente de amor ha revivido en nuestro siglo de prosa".[2259]

En la obra que Carrillo dedicara a la moda[2260] en tanto que ostentación exterior del lujo, así como a sus repercusiones en la sociedad parisina, se producirá la búsqueda de apoyos hacia sus opiniones sobre el tema. Carrillo se mostrará contrario a una moda déspota, alienadora de la naturalidad de las formas y los cuerpos femeninos, que los recargara de complicadas evoluciones. Concordando con este sentimiento hallará la figura de Paul Adam, de quien citará los pensamientos: "Ante las multitudes lujosas de París y de Londres, su nostalgia de la belleza se exaspera".[2261]

Sin embargo, los objetos de deseo impregnados de lujo serán despreciados por una dama parisiense con quien hablaría nuestro cronista, y que le haría encontrar la exacta ubicación de los verdaderos lujos de París, consistentes en aquellos que eran gratuitos, tales como la vista panorámica desde cierta altura de las animadas calles parisinas, la puesta

[2258] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., p. 101.
[2259] *Ibid.*
[2260] Gómez Carrillo, E., *La moda y Pierrot*, ed. cit.
[2261] Id, p. 52.

de sol tras los edificios parisinos, la caída sobre estos edificios del manto maravilloso de las sombras rosadas que comenzarían a envolverlos ante la inminente llegada de la noche.[2262] Respecto a éstos y a los otros lujos, conseguidos gracias a la mediación del dinero, la dama comentará:

> ¡Ah, los placeres que no tienen precio, esos sí que no existen en ninguna otra ciudad tanto como en la nuestra! Son los únicos que yo estimo. Los otros, los que se compran, las noches de restaurante a la moda, el champaña de los cafés de Montmartre, los teatros y los conciertos, son espectáculos explotados por mercenarios y de los cuales el alma sensitiva no debe gozar sin rubor.[2263]

El autor guatemalteco señalará como un claro exponente del lujo en París a los sombreros femeninos exhibidos por las mujeres en las calles parisienses.[2264] En este objeto de moda, vería nuestro autor otra de las singularidades que sólo la capital francesa sabría ofrecer al mundo con la calidad y la belleza características de sus obras. Ensalzará Carrillo este sencillo, o complicado complemento, en su identidad única al ser de origen parisién: "Porque no hay que discutir sobre este punto: el sombrero femenino, fantástico, el caprichoso, el sonriente sombrero que engalana, que completa, que seduce, que sorprende, que es algo loco y que es tan coqueto; el sombrero artístico, es un producto de París por excelencia".[2265]

12.4. La bohemia

Gómez Carrillo llegó a París soñando con encontrar la bohemia, y aunque pasara un cierto tiempo, finalmente la encontró, a pesar de aquellos burgueses que intentaron convencerlo de que si había existido ya yacería extinta, o bien de hacerle ver que la bohemia era sinónimo de pereza y pobreza. Decíamos que descubrió la bohemia, pero justamente la bohemia que él buscaba, la de la consagración absoluta al arte. Y a ella se adhirió de por vida, siendo considerado siempre y en todo lugar como "bohemio". Esta fama traspasó las fronteras francesas, llegando a Hispanoamérica. De ello se

[2262] Id., pp. 124-126.
[2263] Id., p. 124.
[2264] Id., pp. 137-139.
[2265] Id., p. 138.

hace eco su primera esposa diciendo: "Hoy me han contado que el Presidente del Perú había dicho que mi marido era un bohemio".[2266] Dicha catalogación sería concebida como negativa para su esposa; sin embargo, para Enrique carecería de mayor importancia: "A pesar de la indiferencia con que escucho lo que refiere la gente, me apena que le juzguen mal desconociendo el mérito de su talento. Él ríe, y haciendo una mueca, exclama: "pues escribiré contra él"".[2267]

La fama de bohemio de Enrique duró, cultivada por él mismo, durante toda su existencia, acompañándole allá donde viajara o en cualquier lugar donde se encontrara, hasta el punto de ser considerado uno de sus máximos exponentes, colaborando en su difusión, incluso en su exportación allende los mares: "Era la moda del tiempo, que repercutía en donde quiera que iba la persona de Enrique, como si éste –el más diáfano de los románticos- fuese un emisario o un embajador de la bohemia por tierras americanas",[2268] afirmaba su biógrafo Mendoza.

Pero, ¿a qué nos referiríamos al hablar de bohemia? Ya en sus libros de autobiografía, Carrillo alude a la aparición de diferentes conceptos, según quien la interpretara: la bohemia de los perezosos, inactivos y poco apegados a la higiene, y la otra, la perseguida y representada por Gómez Carrillo, la de la total dedicación a la belleza y al disfrute de la alegría de la vida, en detrimento de cualquier otra preocupación mundana, inclusive física o económica. Sabugo nos ofrece una interesante definición de aquella bohemia de finales del siglo XIX en Francia, con la cual Gómez Carrillo sin duda convendría plenamente:

> La bohemia era un reto a la sociedad aburguesada, a la burocratización que constreñía las libertades. La bohemia así entendida era una actitud anarquista, una rebelión de gestos y rechazos contra la norma social, el gusto conservador. Apenas hoy se recuerda que en esa bohemia finisecular, o en sus aledaños, estuvieron figuras de la talla de Rubén Darío, Valle-Inclán, Antonio y Manuel Machado, Eduardo Zamacois,

[2266] Cáceres, A., *op. cit.*, p. 162
[2267] *Ibid.*
[2268] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, p. 308.

> Alejandro Sawa, Luís Bonafoux y el mismo Enrique Gómez Carrillo.[2269]

La bohemia, en tanto que austeridad de medios, mas efervescencia de ideas y de belleza licuada en producciones artísticas y literarias únicas, será reconocida por nuestro autor en las estancias de trabajo de muchos aquellos escritores a los que visitó para realizar la entrevista impresionista que cultivaba y en la que quedara retratada la esencia del hombre y del artista: habitaciones pequeñas, con escasos muebles y numerosos libros, siempre abiertas a quien interesara la literatura y los ideales artísticos.[2270]

El tema de la existencia o no, de la pervivencia o no de la bohemia, del concepto mismo de bohemia, era una constante en la obra carrillista. A él dedicará todo un artículo en su obra *Sensaciones de París y de Madrid*. En él destacará las diferentes acepciones del vocablo que podría adquirir diferentes tintes totalmente opuestos, pudiendo ser, para unos, motivo de orgullo, mientras que para otros, totalmente un insulto. Es el caso de Carrillo, para quien ser considerado un bohemio era tenido por un honor, (nótese que Gómez Carrillo escribe esta palabra con mayúsculas, como Dios o como París) mientras que para Darío era causa de indignación.[2271] De ahí que Carrillo reflexione acerca de la bohemia en general, concluyendo que "todos hablamos de la Bohemia sin saber a punto fijo lo que la Bohemia es".[2272] O "resulta un término que cada uno emplea a su antojo".[2273] Para proseguir diciendo que los múltiples libros que tratan de esclarecer el sujeto en cuestión "nos hacen perdernos en un laberinto de definiciones tan distintas como variadas, obligándonos a vacilar indefinidamente".[2274] Ante tal diversidad, Carrillo intentará unificar los dos polos opuestos diciendo:

[2269] Sabugo Abril, A., *op. cit*., p. 183.
[2270] Véase las crónicas de Gómez Carrillo sobre las visitas realizadas a personajes de la talla de Zola, Strindberg, Huysmans, Daudet, Bartholdi,… reunidas en el apartado "Intimidades parisienses" de su obra *Almas y cerebros*, ed. cit.
[2271] Gómez Carrillo, E., *Sensaciones de París y de Madrid,* ed. cit., pp. 90-97.
[2272] Id., p. 91.
[2273] *Ibid.*
[2274] *Ibid.*

"La Bohemia es todo y no es nada. […] Al fin y al cabo, esto, como todo, no es más que una cuestión de puntos de vista".[2275]

Desde esta posición conciliadora a otra más radical es la que mostrará nuestro cronista en un capítulo titulado "La bohemia eterna",[2276] en donde, como el citado título presenta claramente, defiende la no desaparición de la misma, afirmando taxativamente su existencia desde siempre y para siempre, alegando que serían modificaciones externas, que en nada afectarían a su esencia, lo que induciría a los burgueses contrarios a ella a pronunciarse sobre su extinción. Se trataría de una cuestión vigente en todos los tiempos, pues Carrillo daba cuenta de ella en sus recuerdos de los dieciocho años, siendo prácticamente los mismos argumentos los que se barajarían, desde las distintas posiciones, bastantes años después, tanto en lo que afectaría a su definición como a su supervivencia. Comienza Carrillo aludiendo a que el debate, tras muchos años después de finales del siglo XIX, parece ser reabierto por el hecho de que, tras los duros años de la contienda mundial, los lectores desearían leer algo que les hiciera volver la ilusión, los sueños, las fantasías, y esto habría provocado la reedición de la obra *La vida de bohemia* de Murger en varios países simultáneamente. El motivo apuntado anteriormente es el que sospecha Carrillo como base para la "resurrección literaria"[2277] de "esta obrita inofensiva",[2278] como la define Gómez Carrillo para profundizar más en el desprecio que por ella sentirían las clases burguesas, pues la considerarían el manifiesto de la vuelta a las peores características que conceden a la bohemia: la vagancia, la falta de higiene y el olvido del compromiso de pago a los acreedores. Nuestro cronista tranquilizará a los inquietos ante los peligros de un posible renacimiento de la bohemia: "no hay que confundir la vida con la boga literaria".[2279]

A la muerte de los bohemios consagrará Carrillo, de igual forma, un análisis, concluyendo que, hasta en este aspecto de la vida, mostrarán

[2275] Id., pp. 96-97.
[2276] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., pp. 199-216.
[2277] Id., p. 199.
[2278] *Ibid.*
[2279] Id., p. 200.

confluencias fundamentales. Dirá Carrillo: "Los bohemios no se matan nunca con un revólver ni con un veneno. Se matan viviendo o bebiendo, y se matan sin prisa…".[2280] Lo afirmará tras comentar las repetidas amenazas de suicidio incumplidas del propio Murger ante un desengaño amoroso.[2281]

La bohemia fue un tema eternamente debatido, según parece, entre los dos bandos opuestos, tanto por opositores como por defensores. Carrillo siempre le confirió una especial atención a su tratamiento, ofreciendo diferentes puntos de vista incluido el suyo propio. De igual modo, escribió una crónica en la cual trataba el tema general de la bohemia circunscrita al ámbito teatral, crónica titulada "La bohemia en el teatro".[2282] En ella nos acerca una escena bastante privada que tiene lugar cuando nuestro cronista se halla en compañía del escritor Catulle Mendès, el cual realiza una especie de monólogo, mientras hojea el manuscrito de la obra que acaba de escribir, *Glatigny*, nombre de su protagonista, el cual representaría el prototipo del bohemio artista, que frecuenta los cafés, que es generoso y desinteresado, que trabaja y gana poco, mas todo lo comparte con otros bohemios como él. Y aunque este héroe sea bohemio, el autor se proclama, según transcribe Carrillo, como un no creyente en temas de la bohemia, o más bien de una bohemia positiva, pues la definición que ofrece no es precisamente halagüeña, sino más bien próxima a visiones burguesas, pues la descubre así: ""Es la pereza…es la máscara prestigiosa de la impotencia. ¡Ah, los bohemios de mi tiempo!...Allí los he metido en mi comedia… ¡Qué tipos!...Unos son la borrachera, el alcohol asesino, el opio, el haschich…Otros son la envidia…Otros la holgazanería…".[2283] Tras reseñar esta opinión, nuestro cronista, ferviente creyente en una bohemia artística consagrada de lleno a la belleza, se consuela con melancólicas y dulces visiones de la bohemia de otro tiempo junto con creencias de vida eterna para ella, pues murmura débilmente:

[2280] Id., p. 216.
[2281] Id., pp. 215-216.
[2282] Gómez Carrillo, E., "La bohemia en el teatro" en *Pequeñas cuestiones palpitantes,* ed. cit., pp. 29-38.
[2283] Id., p. 37.

> La vida no cambia…Nosotros sí. […] Y es seguro que mientras yo evocaba en el silencio de mi cuarto de trabajo la existencia de la cervecería de mi juventud como una cosa abolida, allá, del otro lado del puente San Miguel, en el fondo humoso de algún café estudiantil, las mismas escenas se desarrollaban con la intensa grandeza de la realidad palpitante, entre Glatignys de mañana, buenos, ardientes, nobles y eternos *ratés* agriados de hoy y de siempre…[2284]

Dentro de la bohemia general, existiría en la mente de los habitantes de Francia una bohemia específica en la que se incluirían los cómicos y cómicas. Lo explicará Carrillo haciéndose eco del sentir popular en los siguientes términos: "la gente del teatro sigue constituyendo una bohemia galante, en la que toda virtud es mito y cualquier vicio natural".[2285] En un intento de erradicar semejante creencia, se ocupará nuestro cronista de incidir en la existencia de numerosos actores y actrices cuyas vidas serían ejemplares, pero, como sería habitual, en éstos no se repararía, aunque constituyesen la gran mayoría.[2286]

Un baile de disfraces, ofrecido en honor de un pintor admirado en París, cuyos asistentes habrían elegido modelos representativos de la bohemia de principios del siglo XIX, hace soñar a nuestro cronista con las visiones de bohemia artística y literaria que anhelaba encontrar a su llegada a París, mientras leía el libro de Murger, en el que se representaba la edad dorada de la juventud bohemia parisina.[2287] La obra del citado pintor, en la que representaría a los tipos tópicos de aquella bohemia hacen exclamar a Gómez Carrillo, ante la vista de chicos y chicas alegres e inconscientes, disfrutando de la vida, del amor y del arte: "¡Cuánta alegría, cuanta inconsciencia, cuanta ingenuidad hay en estos cuadros!".[2288]

En una ocasión, se refiere Carrillo a la bohemia en tanto que culpable, mas culpable de ser mal comprendida por los burgueses, por la moral establecida, convirtiéndose en un inconveniente para aquellos que la practicasen, pues serían juzgados a base de prejuicios. Así es como nuestro

[2284] Id., p. 38.
[2285] Id., p. 71.
[2286] Id., pp. 70-75.
[2287] Gómez Carrillo, E., "El pintor de la galantería" en *El cuarto libro de las crónicas,* ed. cit., pp. 101-113.
[2288] Id., p. 108.

autor señalará a estos prejuicios existentes contra la bohemia en la sociedad parisina, como la causa de la falta de justicia cometida en la personalidad artística de Verlaine, al no serle concedida una condecoración nacional que muchos creían sobradamente merecida:

> El pobre gran hombre no logró jamás tener aquel gusto. Los gobiernos no se atrevieron a condecorarle, por bohemio… La Academia no pensó nunca en llamarle a su seno, por bohemio… Le faltaba la chistera, la levita y la seriedad, para ser reconocido de un modo oficial en calidad de hombre notable. Los que, siendo ministros o académicos, consentían en admirarle, lo hacían siempre con un tono de protección, como dispensándole un gran favor, como condescendiendo a perdonarle delitos de lesa burguesía, de honesta mediocridad…[2289]

Añadiremos que nuestro autor siempre fue fiel a su adhesión a la bohemia, a la que concebía, desde su más temprana juventud en términos de diosa o de máximo objeto de veneración, obedeciendo sus dictados como si de una religión se tratase. Apoyaría esta afirmación el hecho que en una de sus obras dedicada a diversas adoraciones, destaque, entre otras, el culto de la bohemia.[2290]

No olvidaremos reseñar que nos parece significativo que el título dado a su obra autobiográfica consagrada a los felices e inolvidables recuerdos de juvenil descubrimiento apasionado de la capital francesa, en donde ya siempre residiera y a la cual siempre cantara, sea precisamente *En plena bohemia*, utilizado el término bohemia, en nuestra opinión, como sinónimo de paraíso o edén, y por extensión, de ese París, precisamente bohemio.

[2289] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 117.
[2290] Gómez Carrillo, E., "El culto de la bohemia" en *Cultos profanos*, ed. cit.

Capítulo 13. La ciudad temporal e intemporal

A su llegada a la Ciudad Luz, Gómez Carrillo, en un primer momento, no encontró la ciudad intemporal imaginada, anclada en la bohemia de la juventud, que se había formulado en base a la ciudad descrita por la obra de Murger. Poco a poco, fue descubriéndola, tras dejar atrás el fardo aburguesado de sus compañeros y compatriotas estudiantes de medicina, y de la mano de la dulce parisina que se convertiría en su compañera enamorada, Alice. A medida que transcurre el tiempo y que Carrillo ha vivido mucho en París, por y para París, la nostalgia irrumpe en sus recuerdos de los diferentes Parises ya desaparecidos. Esta nostalgia de realidades parisinas desdibujadas por el efecto del tiempo queda patente cuando Carrillo dice "En París ya no existen".[2291] Se referiría a los jóvenes parisienses que defendían la tendencia artística de la decadencia. Hace notar su evolución hacia nuevas ideales: "Es cierto que los mismos que en los cenáculos del Barrio Latino idolatraban hace diez años el bizantinismo en fin de siglo, son, ahora, robustos defensores de sanas ideas sociales".[2292]

Notará cambios igualmente en otros aspectos menos filosóficos o esenciales: será en el campo del deporte, pues constatará nuestro autor el cambio de gusto de los tiempos que imponen o deponen modas, añadiendo cierta nota de sorna al esnobismo de algunos antiguos detractores de la práctica deportiva del boxeo en concreto, la cual practicaba desde hacía tiempo Gómez Carrillo: "Algo ha cambiado en este mi París. Los buenos bulevarderos que hace apenas seis o siete años consideraban los combates de box como un signo de barbarie, no juran hoy sino por Jeffries y por Jhonson".[2293]

Contraponiendo a dos autores diferentes, aunque no contemporáneos, demostrará Carrillo la dualidad de una ciudad que puede ser, a la vez, la

[2291] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas,* ed. cit., p. 9.
[2292] Id., p. 11.
[2293] Id., p. 16.

misma de siempre y de todos los tiempos, a la vez que multiforme y cambiante, capaz de reinventarse infinitamente. En la posición de un París fosilizado citará Carrillo las palabras del que fuera su amigo y escritor Luís Bonafoux: "decía que París es una ciudad que no cambia, una ciudad estancada, una ciudad conservadora".[2294] Ante esta visión de París, afirma Carrillo que otros muchos autores le habrían contestado con opiniones totalmente opuestas, reforzando la idea de que si existe una ciudad cambiante, esa sería la capital francesa: ""No hay más que pasearse por sus calles –habrían, con justicia, debido decirle- para ver cuánto varía de año en año. Los que la conocieron a finales del siglo pasado, casi no la reconocerían hoy"."[2295] Apoyará a estos últimos Carrillo enumerando las transformaciones sufridas por la ciudad, nuevas edificaciones, nuevas avenidas, mayor número de vehículos circulando, aumento del ruido,… Y sin embargo, tras esta toma de posición a favor del cambio y la transmutación, y aseverando la veracidad de lo anterior, vuelve su apoyo a Bonafoux diciendo: "tiene razón. París es una ciudad que no cambia, París es una ciudad estancada, París es una ciudad conservadora".[2296] Apelará de nuevo a un personaje muy conocido en París por haber sido cronista de la ciudad, Aurélien Scholl,[2297] utilizando a este personaje para reforzar la ambivalente posición a favor y en contra de París como la ciudad estático-cambiante:

> Si Aureliano Scholl saliera de su tumba, podría quejarse del ruido que ha aumentado y de las distancias que han crecido. Pero de seguro, al cabo de unas cuantas horas su París le aparecería tal cual lo abandonó aquella tarde de primavera en que sus amigos lo acompañaron hasta el cementerio.[2298]

Como el ejemplo de Scholl le pareciera quizá poco adecuado para fundamentar su afirmación sobre un París anclado en el tiempo, dado el reciente fallecimiento de éste literato, quien fuera, al igual que Gómez Carrillo, periodista parisino, decidirá retrotraerse más en el tiempo, citando a autores anteriores al siglo XX. Tras dudar entre Gautier o Murger se

[2294] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 34.
[2295] *Ibid.*
[2296] *Ibid.*
[2297] Aurélien Scholl (1833-1902), periodista, autor dramático, novelista y cronista francés.
[2298] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 34.

decantará por Mercier,[2299] divagando sobre las posibles sensaciones que este autor que tanto escribiera sobre el París de su tiempo, el París del siglo XVIII, experimentaría si resucitara en un París por el cual habrían transcurridos más de cien años tras su muerte. Esto es lo que supone Carrillo:

> Mercier, después de reponerse de la sorpresa del ferrocarril subterráneo, de la locura de los automóviles, del lujo de las nuevas avenidas, diría sin vacilar:
>
> -Este es mi París, mi dulce París de viejas piedras armoniosas…Este es el único pueblo del mundo en que se puede vivir…[2300]

No obstante, en otras ocasiones, Gómez Carrillo destaca las sustanciosas metamorfosis que se obrarían en la capital francesa. Los Campos Elíseos serán citados por Carrillo como muestra de las modificaciones acontecidas en París, apoyando la idea de que ésta sería una ciudad en constante cambio y progreso: "En plenos Campos Elíseos, en lugar que parecía invariable, una avenida nueva, la más bella del mundo, surgió como por encanto…"[2301]

La adorada bohemia también habría sufrido modificaciones con el paso de los años. Así, recordaría un tanto amargamente el autor guatemalteco el desdén que su generación bohemia demostraba hacia los temas materiales, consagrados íntegramente al ideal y a la belleza, actitud que encontraría totalmente erradicada de los artistas contemporáneos hacia 1921, fecha de publicación de la obra en la que se incluiría la crónica referida:

> En mi tiempo juvenil, hace veinte años, el desdén altivo del dinero existía aún. La pobreza era entonces una virtud en nuestro gremio. La bohemia era digna, y en su actitud había algo de orgullosa fanfarronería, algo de pose antiburguesa, que

[2299] Louis-Sébastien Mercier (1740-1814), escritor francés extensamente prolífico, autor de *Tableau de París*, obra en doce volúmenes, publicados entre 1781 y 1788 en la que el autor realiza la pintura de las costumbres de los parisinos de las clases medias y bajas del París del siglo XVIII. A esta obra seguiría la publicación en 1800 de *Nouveau Paris*, en el cual se centra en retratar las costumbres que imperaron durante la Revolución Francesa, comenzada en 1789.
[2300] Gómez Carrillo, E., *El primer libro de las crónicas*, ed. cit., p. 35.
[2301] Id., p. 34.

> significaba desprecio por los intereses materiales inmediatos y por los prejuicios grotescos.[2302]

Destacará nuestro cronista que este sentimiento estaría generalizado tanto en la capital del Sena como en otras grandes ciudades: “Esta queja es tan frecuente en París, que seguramente corresponde a un mal universal”.[2303]

Presagiará nuestro autor que, de continuar semejante actitud de apego al dinero por parte de literatos y artistas, las consecuencias para el arte serían nefastas: “Los artistas no piensan sino en el éxito inmediato. Y si este mal no se cura, veremos el fin del arte y asistiremos al advenimiento de la era de la industrialización de la literatura y el arte”.[2304]

No obstante, reflexionando más profundamente acerca del tema, Gómez Carrillo sospecha que, semejante postura de los nuevos artistas, no sería más que un gesto externo, provocado por la reacción, que, por otro lado, encuentra históricamente natural, hacia la postura de proclamación de la orgullosa pobreza de los inmediatamente anteriores en el tiempo, los bohemios del XIX, pues reconoce Carrillo conocer a muchos artistas noveles, los cuales, pese a su aparente interés por el dinero, en el fondo son generosos cual los bohemios de la generación anterior, conservando las antiguas costumbres de las reuniones en los cafés literarios: “sé de muchos artistas jóvenes que en el café, en las redacciones, en los talleres y en los teatros no hablan sino de lo que ganan, de lo que gastan; de lo que necesitan, y que en realidad, son los seres más idealistas y desinteresados que existen”.[2305] Así pues, las esencias de antaño sobrevivirían bajo modernas apariencias, según Gómez Carrillo.

[2302] Gómez Carrillo, E., *El cuarto libro de las crónicas*, ed. cit., p. 49.
[2303] Id., p. 50.
[2304] Id., p. 40.
[2305] Id., p. 50.

Capítulo 14. París desde la lejanía: París en el texto escrito en la lejanía.

Que París siempre estuvo en lo más profundo del ser de Enrique Gómez Carrillo, incluso antes de conocerlo, incluso antes de saber que lo vería con sus propios ojos, aún cuando era apenas un niño que sentía predilección por obras literarias de factura francesa frente a las castellanas que gozaban de las recomendaciones de su erudito padre y que abundaban en su nutrida biblioteca, se hace evidente en un sinfín de ocasiones en la mayoría de sus escritos. París aparece como deseo vital, como lugar de realización, de desarrollo y de culminación de proyectos, de patria elegida, no sólo cuando logró residir de forma más o menos permanente en ella, sino desde antes de habitarla y siempre que se encontraba, por razones varias, lejos de ella. París llega a ser mezcla de recuerdo y de futuro, de anhelo y de deleite real para Enrique Gómez Carrillo, pero siempre será para esa fragancia de perfume intenso que perduraría en la piel, superando, casi inexplicablemente, el paso de los días. Estudios recientes sobre nuestro cronista ratifican esta afirmación diciendo: "Sólo Francia lo tenía completamente cautivado en su mística nacional e intelectual".[2306]

Esta necesidad tan característica y tan definitoria de Gómez Carrillo, no es, por el contrario, exclusiva en él, ya que este intenso deseo de conocer e imbuirse de cultura francesa, de ambiente francés, parece ser común a muchos escritores y artistas, concretamente latinoamericanos, de finales del siglo XIX, en su búsqueda de apertura y de cosmopolitismo, en sus ansias de encontrarlo todo reunido en un solo y maravilloso lugar: París. Lo confirman Monguió[2307] al igual que Sabugo Abril, quien expone:

> Para los latinoamericanos ilustrados o literarios, París es la capital del mundo, el sueño de una cultura. […]

[2306] Véase el prólogo de González Alcantud a Gómez Carrillo, E., *Fez la andaluza*, ed. cit., p. 12.
[2307] Monguió, L., "De la problemática del modernismo: crítica y cosmopolitismo" En *Estudios Críticos sobre el modernismo*, introducción, selección y bibliografía de Homero Castillo, Madrid, Gredos, 1974.

> El cosmopolitanismo fue una vocación de los modernistas". Sus patrias, en sus perspectivas, eran chicas, e incluso la inmensa América pequeña. Los modernistas no son escritores del campo, sino de la ciudad, y aquí reside su modernidad. La ciudad, la urbe, París, se convierte en un mito, más que en una realidad. Han estado en parís, paseado, gozado y amado por sus calles, en sus sueños, antes de hacerse realidad. Cosmóplis: ciudad en el cosmos o el cosmos de la ciudad. Da igual. El universo es urbano. La ciudad es el cielo y el infierno, verdad y quimera. La ciudad-mundo es París: Europa, universo, modernidad. Los modernistas americanos eligen la civilización frente a la barbarie; el arte lejano, estilizado frente a la naturaleza próxima, salvaje. Tal vez uno de los pocos que consiguió ser ciudadano del mundo, en la realidad viajera y vital, más allá de los sueños provincianos, fue Gómez Carrillo. Vivió en París, la ciudad del mundo, la cosmópolis en los sueños de los latinoamericanos. Fue viajero por el mundo.[2308]

14.1. Visión de París desde la lejanía en la obra autobiográfica de Enrique Gómez Carrillo

La obra autobiográfica de Gómez Carrillo, escrita entre 1919 y 1921, cuando el escritor había pasado ya la edad de cuarenta y cinco años, en la que, inicialmente pretendía relatar treinta años de su vida, aunque luego se detendría cuando el protagonista rondaba los diecinueve. De esta manera, se limita Carrillo en esta obra, dividida en tres libros, a presentarnos tan sólo sus primeros años en Guatemala, seguidos por su viaje y descubrimiento de la maravillosa ciudad cosmopolita de París, descubrimiento y goce interrumpido por la obligación de abandonarla para dirigirse a la capital española, lo que acentuaría su añoranza de París por lo dispar de ambas ciudades. Así pues, nos ratificamos en considerar esta obra un inigualable documento para el estudio, no sólo de la vida del escritor, sino más y mejor aún, de la pasión que sintió, nos atreveríamos a calificar de visceral, por la capital francesa.

París se halla omnipresente en esta biografía, por sorprendente que pueda resultar el que ésta aparezca en el acontecer de sus primeros años en su país natal, en lo que nada, excepto quizá la ascendencia francófona de

[2308] Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 186.

su madre, pudiera sugerir para él lo parisino. La presencia de París se hace inevitable en el libro segundo, ya que el tema fundamental es la llegada a París y la inmersión de un joven entusiasmado, en las múltiples facetas de la gran ciudad cosmopolita. No se agota la ciudad ideal, sino todo lo contrario, en el tercer libro en el que se centra en su estancia en Madrid más con los ojos puestos siempre en el regreso a París, consistiendo la comparación entre Madrid y París, entre el blanco y el negro, entre el ying y el yang, en una línea soterrada durante toda esta última parte de la obra autobiográfica.

En la afirmación anterior, referente a que París corría por la sangre de Gómez Carrillo, y que esta cosmópolis le faltaba cuando se encontraba lejos de ella, aunque el alejamiento hubiera sido voluntariamente buscado, coinciden los numerosos estudios que se han realizado sobre su vida y obras. Citaremos la concisa pero reveladora opinión de Amado Herrera al respecto: "El encanto de París lo atraía con gravitación irresistible".[2309]

Los primeros indicios de su inclinación total e incondicional por lo francés se presenta ya en las páginas del libro *El Despertar del Alma*, primero de la serie autobiográfica, cuando se queja ante lo desigual de la situación propia con respecto a la de su tío José, ambos comentaristas de temas literarios en el primer periódico en el que colaboraran juntos, desigualdad basada en el hecho de tener que ceñirse cada uno a obras de nacionalidades distintas. Describe la envidia que sentía de su tío al estar éste encargado de lo referente a lo francés, y por lo tanto disfrutaba de gran e interesante cantidad de material literario mientras que él se ahogaba en la penuria de lo escasez de innovaciones castellanas. Expone esta diferencia como sigue: "Y mientras él tenía todos los días algún nuevo libro que descubrir, alguna bella página de revista que traducir, algún hombre ilustre que enterrar, yo buscaba, desolado, novedades madrileñas".[2310]

Será mucho antes de esta afirmación, en bastantes páginas anteriores del mismo primer libro de su autobiografía, donde encontremos

[2309] Amado Herrera, E., *op. cit*., p. 50.
[2310] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 216.

nuevamente alusión a lo parisino, esta vez mezcla de un recuerdo muy lejano con otro más cercano, cuyo lazo de unión serán las vivencias parisinas, pese a la distancia en el tiempo. Rememoraría Carrillo, veinte años después, cuando siendo aún casi un niño, deambuló por las calles sin rumbo, sin dinero, tras evadirse del internado donde sus padres lo habían confinado, con el ánimo puesto en que de esta manera tomase Enrique en serio sus estudios. Y en su deseo de matizar el sentimiento de abandono y de soledad que sintió en aquella ocasión, no encuentra mejor manera de hacerlo que recurriendo a relacionar esta aventura con otras experiencias difíciles vividas en grandes ciudades como París o Madrid:

> Más tarde en mis años de bohemia madrileña y parisiense, he pasado otras noches sin tener dónde dormir. Ninguna nunca me pareció tan larga, tan cruel como aquella primera en que sentí la miseria de una existencia sin objeto, sin paz, sin amor.[2311]

Pocas páginas más adelante, siguiendo sus reflexiones acerca de esta aventura de niño rebelde, París se perfila de nuevo. Paris aquí encarna ya no la meta final programada de la trayectoria vital de un Enrique Gómez Carrillo artista, sino simplemente una meta terrenal en términos de autonomía económica, situación que permitiría la afirmación del hombre, el cual se demostraría a sí mismo ser capaz de mantenerse sin dependencia exterior alguna, e incluso capaz de ayudar a su familia aportándole dinero. Nuevamente, los recuerdos de un pasado difuminado en el tiempo, los de deseos íntimos nacidos de aquella noche de fuga, le llevan a otro más cercano, ambos bajo el signo de París: “En mi entusiasmo, formulé un voto, que no pude cumplir sino más tarde, en París, y fue el de enviar a mi madre, aunque me quedara sin comer los primeros dineros que ganase con mi trabajo”.[2312]

No sólo existía en Carrillo un amor por la literatura francesa o un anhelo de conocer París, sino que reconocería decantarse por todo aquello que, aunque de manera inexplicable, tan sólo porque le surja de lo más profundo de su ser, puesto que no había tenido aún contacto con París. Así

[2311] Id., p. 50.
[2312] Id., pp. 53-54.

pues, casi desde siempre, nuestro cronista se inclina hacia todo aquello que posee cierto sabor parisino, frente a otros sabores, a otras formas de hacer. Lo declara en su elección de la modalidad de entrevista que haría en calidad de periodista en su primer trabajo de este tipo:

> Lo más tentador para mí, a pesar de mi timidez, eran las interviews aparejadas, no a lo yanqui, en diálogos secos entre el repórter y el "reporteado", sino a lo parisiense, con sus ribetes de retrato, con sus asomos de sicología, con sus flecos de paisaje…[2313]

París interpreta, de igual modo, el papel de canto de sirena, de punto clave de atracción en el universo que ejerce una fuerza de imán irrefrenable en el joven Gómez Carrillo. Tan sólo la perspectiva de conocer París sería la que lo empujara a realizar la acción más difícil de su corta vida, cuando decidiera abandonar Guatemala para buscar nuevos horizontes, nuevas realizaciones, nuevas esperanzas. Como una letanía, como una oración callada, invocaba Carrillo el nombre sagrado que había de darle ánimos en la toma de la decisión de abandonar el hogar familiar:

> Vas a ver París, alma; vas a respirar el mismo aire que respiran los grandes poetas; vas a conocer las mujeres más bellas del mundo… Vas a vivir en Madrid, alma, en el Madrid de tu padre y de tus abuelos; vas a respirar en Sevilla el aroma de los claveles que ornan las cabelleras negras". Mi alma seguía padeciendo en una especie de modorra inquieta que no acertaba a dejarme saber si prefería irme o quedarme…[2314]

Gómez Carrillo visualizaba mentalmente la gran ciudad a la cual se dirigía, como el final del camino, como la tierra siempre deseada, siendo tal su deseo y su emoción que llega a utilizar símiles bíblicos para describir las imágenes que comenzaban a tomar cuerpo en su mente:

> En cuanto a París, especie de paraíso terrenal, aparecía en mi mente como cual una tierra prometida en la cual me proponía pasar un par de meses cada año para gozar de sus encantos y para refrescarme el alma al soplo vivificador de su poesía.[2315]

[2313] Id., p. 224.
[2314] Id., pp. 238-239.
[2315] Id., p. 242.

No será ésta la única ocasión en la que Carrillo recurra a símiles bíblicos para transmitir su emoción contenida ante el fin del sufrimiento que el destierro de París le hacía sentir, puesto que recurre de nuevo a esta metáfora cuando, por decisión de su benefactor debe abandonar París. Dice Carrillo: "La bondad un poco brusca del General Barillas salvábame de la miseria. Pero al mismo tiempo me privaba de París, me desterraba, me sacaba de mi tierra prometida".[2316]

Así lo expresa igualmente en el último libro autobiográfico cuando, tras unos meses pasados en Madrid, añorando los días felices de la tan diametralmente opuesta vida parisina, por fin se materializase el regreso a la verdadera patria, y Enrique pronuncia el nombre sagrado con reverente fervor:

> ¡París!... Día y noche suspirábamos pensando en él. Día y noche hablábamos de nuestro regreso hacia sus lares, cual los israelitas de vuelta a la tierra prometida… Día y noche veíamos la imagen adorable de las torres y de los domos que se reflejan en el Sena… ¡París!... ¡París!...[2317]

París adquiere vida para Enrique Gómez Carrillo en ciertas ocasiones. Sería el caso de que, en su amor incondicional profundo de todo lo parisino, llegara a personificar calles, plazuelas, árboles o nubes de París. Es el efecto del dolor lacerante ante la inminente cuenta atrás para la separación de la ciudad de París el que provocaría el recurso de Carrillo de la personificación:

> Entonces comenzó para mí una existencia febril y dolorosa, en la que cada hora figurábaseme perdida o mal empleada; en la que todo lo que era París, el París artístico de mi alma, hacíame llorar de ternura y de pena; en la que me pasaba los días despidiéndome de los amigos, de las piedras, de las fuentes, de los árboles, de las nubes… Las callejuelas viejas que rodeaban mi hotel, dando a mi barrio un carecer único de misterio gótico, inspiráronme de pronto, un amor infinito.[2318]

Es decir, encontrándose aún en París, la proximidad de la separación física, haría que ya sufriera del mal de lejanía, el cual le procuraría horas

[2316] *Ibid.*
[2317] Gómez Carrillo, E., *La miseria de Madrid*, ed. cit., p. 246.
[2318] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia,* ed. cit., p. 203.

angustiosas de acercamiento a la hora fatal, aproximándose en el dolor a la sensación que sentiría el condenado a la pena capital:

> […] yo iba a perderme en el laberinto de *ruelles* negras del antiguo, del venerable *quartier* San Severino. Evocando lecturas frescas, reconstruía con la imaginación la ciudad de la Edad Media y la poblaba de frailes, de curiales, de doctores, de juglares, de estudiantes, de poetas, de vírgenes locas de sus cuerpos, de damas veladas y de beatas. Mezclando las visiones de Notre Dame, tan románticas, tan sombrías, tan teatrales, a los datos pintorescos y precisos de la vida de maestre François Villon, formábame el más delicioso de los universos soñados. La rue de Fouarre hallábase a dos pasos de mi casa; y como yo sabía por las crónicas que eso había sido, en otro tiempo, la calle de las Escuelas, y también la calle de las hetairas modestas, o mejor dicho, de las grisetas medievales, complacíame en representármela llena de aventuras, de disputas y de canciones.[2319]

Este París personificado, este cobrar vida de las pequeñas y grandes cosas parisinas diríase que es algo más allá de un recurso estilístico en el caso de Carrillo, pues nos muestra cómo las siente vivas y por tanto, a ellas se dirige en los siguientes términos, ante la inminencia de la partida y lo lacerante de la angustia del obligado abandono: "En mi egoísmo lírico no decía: "Sombrías plazas de antaño, ya no os veré nunca más"; sino "ya no me veréis más…ya no sentiréis mis pasos piadosos…ya no oiréis mis salmos devotos…"".[2320]

No obstante, Carrillo sabría de estrategias para, al menos, consolarse, para darse ánimos en los malos momentos. Es así como nace el proyecto de escribir una novela histórica centrada en las calles de París. Es su forma de llevar París consigo allá donde vaya. París y él deben ser una unidad indisoluble. Si no puede él estar en París, París irá con él, aunque sea en forma literaria:

> Y con un entusiasmo juvenil que todo lo convertía en asunto literario, pensaba en escribir una especie de novela sabia, cuyo personaje principal fuese el poeta Villon y cuya acción se desarrollase entre la rue du Fouarre y la rue de San Julián el

[2319] *Ibid.*
[2320] Id., p. 207.

> Pobre; una novela que, a través del tiempo, correspondiese, como sentimientos, a la *Vida de Bohemia* de Murger…[2321]

Estos proyectos serían, en parte, producto de la locura pasajera ocasionada por el dolor de ver París desde dentro, pero ya en la lejanía. Cuando la cordura recuperara sus dominios, Gómez Carrillo hablaría de otros proyectos más factibles, pero no por ello menos ligados a París y a lo parisino:

> Pero antes estaba comprometido a terminar un estudio, que, según mis cálculos, tenía que hacerme célebre, de la noche a la mañana, en todos los países de América. Tratábase de un folleto sobre los hispanoamericanos que escribían en francés y que eran célebres, o por lo menos conocidos en París.[2322]

La idea de escribir una novela de corte histórico, el proyecto que lo animó en las aciagas horas preparatorias para el destierro hacia Madrid, esta manera de prolongar una unión, aunque sólo fuera a nivel moral o intelectual, no caería en el olvido. Y encontrándose en Madrid, fue tema de conversación con amigos que allí hiciera, entre los pocos que encontrara sensibles a la belleza de lo parisino y de lo francés. Carrillo pone en boca de uno de estos personajes, Renjifo, quien se mostraba dispuesto a apoyarlo y asesorarlo en esta importante pero dificultosa empresa, las excelencias de la literatura francesa. Palabras que sin duda transportarían al melancólico Carrillo al séptimo cielo de París:

> -Para hacer una de esas novelas que a ti te entusiasman, como *Salambô* o *Thais*, lo más importante es documentarse minuciosamente sobre el momento histórico en que la escena se desarrolla.
>
> Son los detalles precisos y pintorescos los que interesan al lector docto. Hay que vestir de un modo escrupuloso a los personajes. Hay que alojarlos en viviendas alhajadas de manera exacta. ¿Conoces tú el *Roman de la Momie* de Teófilo Gautier? Es lo más perfecto en el género. Yo te lo buscaré, y al leerlo te darás cuenta de lo que te digo. […] Yo te indicaré algo… Y si quieres, escribiremos la obra en colaboración; yo pondré los documentos, tú la poesía…[2323]

[2321] *Ibid.*
[2322] *Ibid.*
[2323] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid,* ed. cit., p. 141.

Sin embargo, y con el anhelo secreto e inagotable de regresar a París, de volver a sentir el abrazo de la ciudad amada, habría concebido Carrillo otras esperanzas más terrenales e inmediatas, cuya realización daría por descontado, lo cual le ayudaría a pasar cada día con menos angustias, vislumbrando cercanamente el final del túnel de la negra existencia madrileña. Así Carrillo nos comenta, estando aún en Madrid, su esperanza de que la casa Garnier aceptara una de sus propuestas, lo cual garantizaría el feliz regreso al cálido hogar adorado:

> Yo esperaba entonces una respuesta de la casa editorial Garnier, a la cual le había propuesto una antología de cuentos franceses traducidos, anotados y prologados por mí. En mi entusiasmo daba por seguro que el viejo editor parisino se apresuraría a aceptar mi proposición. En este punto, no me equivocaba. En cambio, figurándome que me pagarían aquel trabajo de modo espléndido, sí que estaba en el más lamentable de los errores.[2324]

Nuevamente encontramos en la obra de Gómez Carrillo la imagen de París como faro que ilumina la noche mostrando el camino. Encontrándose en Madrid, tras los breves meses disfrutados en París, la separación de ésta se asemeja a la separación de dos amantes en el apogeo de sus amores. Por ello, la esperanza del reencuentro es lo único que anima a seguir adelante y evita el descenso hacia el fondo de un pozo profundo de desesperación. Es por esto que, cuando este reencuentro se aproxima, lo gris desaparece, pues ya sólo se vislumbra la nueva vida. La vida comienza a tomar tintes soportables en Madrid cuando la fecha del regreso a París fuera una realidad cercana. Es lo que ocurrió a Gómez Carrillo cuando la vuelta a París se materializa en el sombrío Madrid de 1892, y así lo expresa:

> Nuestra existencia tomó de nuevo su rumbo monótono que por fortuna los proyectos de viaje a París iluminaban. En las largas sobremesas de la noche, sobre todo, nos complacíamos cotidianamente ya no sólo en ordenar los detalles del éxodo, sino hasta organizar el *train-train exquisito* de nuestra futura *vie de bohème* en pleno barrio Latino, entre las márgenes del Sena, dominadas por las torres de Nuestra Señora, y los Jardines del Luxemburgo poblados de reinas de mármol.[2325]

[2324] Id., p. 236.
[2325] Id., p. 244.

Esta esperanza es la que presidiría la gran decisión. Optando al fin por emprender el vuelo desde Guatemala hacia nuevos lugares, la visión de lo que sería su vida en París continúa dándole ánimos. Se tiene la sensación, a juzgar por las palabras de Carrillo, al dar cuenta de sus proyectos futuros en la Ciudad Luz primero, en la capital castellana seguidamente, de que el trayecto que lo llevaría desde la tierra natal a la tierra elegida, es concebido como un viaje iniciático en el cual son indispensables una serie de ritos preparatorios. Estos ritos voluntariamente aceptados por el joven Carrillo consistirían en la lectura de obras que le ayudarían a reconocer lo que encontrara en el viejo mundo. Resume en pocas palabras un plan de vida muy organizado, con buenas intenciones, con objetivos claros, con la vista puesta en el regreso a Guatemala, una vez impregnado de Europa, de esencia parisina, y realizado tanto como hombre como artista:

> El programa de mi vida estaba perfectamente trazado en mi voluntad y en mi corazón. Primero, aprovechar el viaje en el barco para leer libros sobre París, libros ligeros y libros serios, libros que me permitieran, apenas puesto el pie en el asfalto del bulevar, reconocer cada edificio, evocar cada sombra ilustre, hablar a cada uno de lo suyo. Entre estos libros, ¡ay!, iba la *Vida de Bohemia*, cuya influencia había de ser tan grande en mis días futuros. Luego, aprovechar mis dos o tres meses de existencia parisiense para asistir a los cursos del Colegio de Francia, de la Escuela de Ciencias Sociales y de la Escuela de Bellas Artes, donde todavía profesaba Taine. Al fin, en Madrid, durante algunos años, estudiar y trabajar para volver a Guatemala con una obra escrita por mi y prologada por algún maestro ilustre: por Valera, por Galdós, por Clarín… ¡Ah! Y, además, proponíame huir de las tentaciones galantes, huir del alcohol, que ya me había hecho perder la cabeza más de una vez, y contra el cual Rubén Darío, entre copa y copa, solía hacerme sermones espeluznantes, ilustrados con el recuerdo de Edgardo Poe, de Verlaine, de Hoffmann.[2326]

Que las lecturas fueron realizadas e hicieron mella en el joven lector, tanto las del trayecto en barco hasta Europa, como las de años después, habitando ya París, hasta el punto de influenciar su percepción de París así como la búsqueda posterior de ese París representado en dichas obras, se pone de manifiesto en una de las innumerables ocasiones en que Carrillo se refiere a la ciudad cosmopolita por excelencia:

[2326] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., pp. 247-248.

> La locura parisiense me la comunicó más tarde, en París mismo, una novela que todos hemos leído en la adolescencia, y que a todos nos ha impresionado más o menos profundamente. Me refiero a *La Vida de Bohemia* de Murguer.[2327]

Si bien estas lecturas hicieron que Carrillo sufriera gran decepción al no encontrar, en sus primeros pasos parisinos, los rincones, los lugares, los ambientes alegres, artísticos, rebosantes de vida y de arte, y los bohemios que en los libros sobre París se dibujaban.[2328]

Los últimos pensamientos del joven guatemalteco, en la primera noche a bordo del buque que lo acercaría al viejo continente, son para unir el pasado con el futuro, el recuerdo de su primer amor intenso, el de una mujer cuyo amor ya se había apagado con la esperanza de reencontrarlo quizá, como no, en París: "La idea de hallarme una noche frente a ella , en algún teatro de París, de ese París donde, según decía, tenía necesidad de pasar algunos meses cada dos o tres años, halagábame vagamente".[2329]

París es el nuevo amor que apagaría los fuegos del antiguo, si aún quedaban rescoldos. Poner el pie en París y abrirse las ansias de descubrirlo todo, de saborearlo todo, de fundirse con todo, de llegar a todos sitios, de sumergirse sin reservas y sin titubeos es todo uno en Gómez Carrillo. Por seguir estos deseos febriles de conocer a su nuevo amor, parece no haber pena por la separación familiar, o parece haberse borrado el recuerdo de la tierra dejada. Carrillo sigue su instinto a la hora de descubrir París, empezando por aquello que unía sus dos ambiciones primeras, lo típicamente representativo de París, el Barrio Latino, y la filosofía de vida parisina que había decidido adoptar y que ya siempre constituyó su modo de vida, la bohemia, porque para él, ambos eran sinónimos: "Lo que más curiosidad inspirábame era el Quartier Latin, no tanto por sus escuelas como por su vida bohemia. Y, naturalmente, allí me fui apenas me hube apeado del tren".[2330]

[2327] Id., p. 188.
[2328] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 63.
[2329] Gómez Carrillo, E., *El despertar del alma*, ed. cit., p. 249.
[2330] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 60.

Pero los días felices en París se vieron interrumpidos. Consumada la separación, el trayecto que aleja a Gómez Carrillo de la urbe adorada es, esta vez utilizaremos nosotros motivos bíblicos, una subida al monte calvario. París ya está lejos. El viaje cobra para Carrillo dimensiones gigantescas: "¡Cómo recuerdo aquella noche de diciembre de 1891 en que llegué a Madrid, después de un viaje terriblemente largo y horriblemente triste!..".[2331]

París sigue presente en la existencia madrileña de Gómez Carrillo. Cualquier aspecto de Madrid lo lleva a evocar los respectivos de la Ciudad Luz, la cual sale siempre reforzada por la antítesis que encuentra el joven guatemalteco entre la inferioridad, casi subdesarrollo, de lo castellano confrontado a la modernidad y bondades inherentes a su París. Por tanto, son numerosas las referencias a París en su obra autobiográfica en la que relata su estancia en Madrid, siendo ésta última denostada constantemente para afianzar los vínculos afectivos que Carrillo mantiene con su endiosada París:

> Era nuestro primer contacto con la villa del oso y del madroño… Y lo del oso nos pareció muy justo… Porque, en verdad, si hoy la capital de las Españas es todavía una de las ciudades menos "confortables" y más sin carácter que hay en el mundo, en aquel entonces era cien veces peor, con su aspecto sórdido, que ha ido perdiendo a medida que se ha enriquecido y europeizado. Dando vueltas por el centro de la población, evocábamos a cada paso, ante la vulgaridad gris de las calles sin estilo, sin fecha, sin abolengo, la gracia vetusta de nuestro barrio Latino, dominado por las torres de Notre Dame y alegrado por las curvas del Sena.[2332]

Podría decirse que, en la confrontación entre ambas ciudades, encontraba Carrillo consuelo. Saldría nuestro cronista en defensa de París en cualquier situación en la que ésta fuera atacada. Y parece ser, que en la época, hablamos de 1891-1892, los ataques a París no escaseaban en los círculos literarios madrileños. Carrillo destaca esta situación para poner de manifiesto un nuevo defecto de lo español, la envidia junto con la infravaloración de lo que viniera de fuera, en lo que sería una arcaica

[2331] Gómez Carrillo, E., *La Miseria de Madrid,* ed. cit., p. 93.
[2332] Id., pp. 103-104.

actitud de cerramiento ante las novedades, un no querer apreciar lo diferente, declarando abiertamente una especie de racismo literario. Carrillo experimentaría una especie de regocijo interno en ver hasta en estas actitudes, la pequeñez mezquina de lo madrileño frente a la excelsa grandeza de lo parisino. Reproduce Carrillo textualmente esta actitud:

> "Si lo que pasa, señores, es que nosotros no somos como los extranjeros, que con cualquier cosa que tienen se dan un postín que les hace creerse lo mejor del mundo… Los periódicos han dado ahora en elogiar a Emilio Zola, por ejemplo, y nosotros mismos le ayudamos a subir, sin acordarnos de que aquí hay un Pereda que deja chiquitos a todos los Zola de París… […] ¿Dónde tienen los franceses un Velázquez ni un Quevedo?... ¡Y un cielo y unas mujeres como las de esta tierra!.... ¡Y una inteligencia natural, y una gracia!…"[2333]

El mal de París, de su ausencia, se vería agravado por el desprecio que éste, o lo que tuviera que ver con él o con lo francés, despertaran en la trasnochada actitud de las obtusas mentes madrileñas, lo cual tendría un efecto inversamente proporcional al malestar de Enrique Gómez Carrillo en aquellos ambientes, unido a la añoranza de aquello que significaba la plenitud y la perfección:

> Tratándolos, se agravaba, día por día mi nostalgia del Barrio Latino, en el cual los bohemios, sin las pequeñas vanidades y las bajas envidias de los literatos madrileños, cultivaban un noble ideal de arte, de belleza, de originalidad.[2334]

Encontrándose lejos de París, éste siempre está presente en los pensamientos de Gómez Carrillo, sirviéndole inclusive para caracterizar, para dar una nota más ajustada, cuando quiere describir o definir ciertas realidades, o en el caso de la siguiente cita, a alguna persona. La comparación con un referente parisino clarifica exactamente la medida de las cosas para Carrillo. Así actúa cuando quiere dar la exacta medida de la alta posición detentada por un editor y librero, llamado Fernando Fe, uno de los pocos personajes que le inspiró confianza y admiración en aquel panorama desolador del Madrid de finales del siglo XIX:

[2333] *Ibid.*
[2334] Id., p. 108.

> Ahora Beltrán ocupa en Madrid una de las más elevadas situaciones en el gremio de los libreros. Como Floury o Rey en París, es un apasionado de su oficio. Nadie conoce mejor que él los secretos seculares de la bibliografía española. No hay edición rara ni encuadernación principesca que él no sepa donde se encuentra.[2335]

14.2. París en la lejanía: las crónicas de viajes

En las celebradas crónicas de viaje de Enrique Gómez Carrillo, tanto por personalidades contemporáneas como por posteriores investigadores de su trayectoria artística, aparece inexorablemente la ciudad de París, o lo que es lo mismo, lo parisino en cualquiera de sus múltiples facetas, con el fin de reforzar en unas ocasiones, en otras para empobrecer la visión o la emoción a la cual esté asociada la Ciudad Luz en ese momento, mas para denotar siempre, indeleblemente, la nostalgia del que escribe lejos de la amada en el transcurso de sus frecuentes, variados y lejanos desplazamientos.

París constituiría para Carrillo el hogar, el lugar en el que estaban sus raíces. González Alcantud así lo considera igualmente al afirmar que "El afrancesamiento hiperbólico de Gómez Carrillo le hizo tener "un alma errante", cuyo único anclaje era la divina París".[2336]

Se podría entonces afirmar que, uno de los atractivos del viaje, en cierta manera, era el poder añorar París, viajaba pues, entre otros placeres, para saborear con más intensidad la sensación, un tanto dolorosa, de la separación, para intentar encontrar la ciudad adorada bajo las piedras o las arenas de otros lugares, en las miradas de las mujeres extranjeras o en los paisajes contemplados, y para palpitar de emoción en los momentos previos a su reencuentro, tras apurar los últimos momentos para finalizar los diferentes periplos emprendidos.

[2335] *Ibid.*
[2336] Gómez Carrillo, E., *Fez La andaluza*, ed. cit., p. 15, prólogo de José Antonio González Alcantud.

En la segunda obra de sus confesiones autobiográficas, en la que narra su llegada y primera estancia en París, con símiles de tipo sentimental, amoroso, e incluso místico, el mismo Carrillo reconoce abiertamente experimentar este sentimiento de inquietud ante la felicidad provocada por la inminencia del reencuentro con y en París, añadiendo una apasionada definición de lo que para él significa y había significado siempre esta ciudad, a la cual venera casi religiosamente, aún antes de que la urbe parisina le hubiera ofrecido pruebas en cuanto a sus grandes cualidades disimuladas bajo el velo de la vana frivolidad y el glamour exterior:

> […] yo experimento siempre, en el curso de mis viajes, aún entre las palmeras de la India, aún bajo el cielo de Grecia, aún a orillas del Nilo, una nostalgia parisiense que me hace pensar con algo de impaciencia en el día del regreso. Y cuando, al volver, después de algunos meses o de algunas semanas de ausencia, veo a lo lejos las primeras torres lutecianas, mi pecho palpita lleno de júbilo y de ansiedad. "¡París –canta una voz en el fondo de mi ser-, París, París!". […] Y ahora, después de la guerra, hasta los que antes lo calumniaban llamándolo Gomorra y Babilonia, reconocen, al fin, sus magníficas virtudes de heroísmo, de sacrificio, de altivez sonriente, y se inclinan ante su faz transfigurada por las luces sublimes del holocausto. Yo no había necesitado esta prueba para conocer su grandeza espiritual.[2337]

Complementa Carrillo esta idea del goce incontenible del regreso a París tras la separación provocada por algún desplazamiento, confesando que en sus primeros meses en París, en su primera etapa de fogoso enamoramiento, aún no se había desarrollado este amor profundo, amor madurado lentamente en la extensa e intensa convivencia de largos años, que siempre sentiría al regresar al hogar. Así comenta Carrillo las etapas de este sentimiento hacia la capital gala: "Pero aún no sentía el hondo, el religioso, el íntimo anhelo que luego me ha hecho encontrar interminable la última media hora de mis viajes de retorno".[2338]

[2337] Gómez Carrillo, E., *En plena bohemia*, ed. cit., p. 59.
[2338] Id., p. 60.

14.2.1. París en Egipto: *La Sonrisa de la Esfinge*

París es el referente único y sempiterno en el universo personal y literario carrillista. Carrillo lo utiliza hasta la saciedad como medio de caracterizar o definir aspectos descubiertos en otros países. París vendría a constituir una vara de medir, un objeto de contraste que resalta o minimiza aquello con lo que se contrasta, en la pluma de nuestro autor.

De esta manera, París es instrumentalizado por Carrillo en su libro sobre Egipto, con el objetivo de ensalzar el refinamiento de la *toilette* de la mujer egipcia, en su afán de magnificarla por comparación con la ciudad cosmopolita y ya máxima en perfecciones, es decir, París: "En una noche, el Cairo o Estambul consumen más perfume que París en una semana".[2339]

El adorno femenino propio de la mujer egipcia es igualmente posicionado frente al parisino para que, mediante este recurso, el egipcio realce su valor y sus excelsas cualidades, al evidenciar Carrillo, su capacidad de superar al referente europeo, ya de por sí consagrado universalmente como magnífico. Afirma Carrillo: "Siendo la elegancia y la distinción de estas tierras un producto mil veces más artificial que el de las parisienses".[2340]

París con sus mil tentáculos llegaría a todas partes. En sus mil formas caleidoscópicas sería capaz de rozar con sus irisaciones diferentes aspectos de la vida de cualquier país. Así, Carrillo engarzará París con Egipto, a través de su prensa parisina. Gómez Carrillo proferirá una afirmación relativa a su convencimiento respecto de la imposibilidad de conocer a la mujer de Oriente, expresada en su libro *La sonrisa de la esfinge*. Apoyará esta afirmación mediante la reproducción íntegra de la entrevista al ciudadano egipcio llamado Akhmet Khikmet, publicada por el diario

[2339] Gómez Carrillo, E., *La sonrisa de la esfinge. Sensaciones de Egipto,* ed. cit., p. 114.
[2340] *Ibid.*

parisino *Le Temps*,[2341] donde este hombre explicaría dicha situación en cuanto al misterio que envuelve a la mujer oriental.[2342]

14.2.2. París en Grecia: *La Grecia Eterna*

El cielo de París no se desdibuja del recuerdo de Gómez Carrillo en sus lejanos periplos. En el relato de su viaje por Grecia,[2343] el cielo del ática parece el de París a los ojos de Carrillo, citando a su amigo Moréas quien compartiría este opinión con él, en cuanto a la similitud en belleza de ambos cielos amados,[2344] ya que Moréas era nacido en Atenas, pero habitante cosmopolita de París. Nadie mejor que él para apoyar esta afirmación.

Una costumbre ancestral entre los griegos consistente en habitar en el campo, en la paz de la naturaleza, abandonándolo tan sólo cuando la ciudad los reclamaba por algún asunto de negocios o cívico, hábito perdurable a través de los siglos, del cual ya hablaba Tucídides, como nos ilustra Gómez Carrillo en su obra sobre Grecia, retrotrae a Carrillo hacia la vida que llevaba él, durante cierta época en París, cuando pasaba temporadas en la campiña no demasiado lejana de París. ““¡Cómo en nuestros días en París o en Londres!””,[2345] reproduce Carrillo la exclamación que su acompañante en este viaje (a quien nombra como Mauricio) le dirige.

La ciudad de Atenas no está exenta de la comparación con la metrópoli francesa. Paseando por las calles de Atenas, Carrillo concluye en llamar a esta ciudad “aldea del siglo XX”.[2346] No obstante, la connotación de aldea la matiza con su contraria, ya que resalta lo que Atenas posee, al mismo tiempo, de gran ciudad, hasta el punto de que sus habitantes no han

[2341] Id., p. 110.
[2342] Id., pp. 107-126 ,
[2343] Gómez Carrillo, E., *La Grecia eterna*, ed., cit.
[2344] Id., p. 25.
[2345] Id., p. 30.
[2346] Id., p. 34.

dudado en bautizarla como "un pequeño París",[2347] pues, al pasear por esta ciudad, reseña nuestro cronista, se tiene la sensación de estar recorriendo las calles de la capital del Sena. Desea Carrillo hacer llegar al lector esta visión parisina. Para ello nos ofrece la panorámica de la ciudad elegante y mundana que se despliega antes sus ojos, "animada, lujosa, limpia, rica y digna",[2348] describirá Carrillo, tal cual es París. De nuevo transcribirá las palabras de su acompañante por tierras helenas, Mauricio, con la finalidad de establecer nuevos paralelismos con lo francés, aunque no exclusivamente con él. Veamos la curiosa asociación transmitida por Carrillo de boca de Mauricio, relativa a la descripción de Atenas: "una capital de provincia francesa, poblada de españoles".[2349]

No será exclusivamente Gómez Carrillo quien halle semejanzas entre Grecia y Francia. La similitud entre Grecia y lo occidental, entre Atenas y París, señala Carrillo, ya le había sido anunciada con anterioridad a emprender su viaje por tierras del Ática, con cierto tono de desencanto, tanto por Moréas como por una carta a él remitida, de la cual informa como sigue: "En vano Juan Dargos me escribía: "Aquí no verá usted sino un París diminuto y presuntuoso"".[2350]

Algunos aspectos, quizá poco susceptibles de evocar lo parisino a priori, incluso triviales aspectos, lo logran en el pensamiento de Carrillo. Los escaparates griegos serán los que de nuevo traigan a la memoria de Gómez Carrillo evocaciones de su París omnipresente. Ante la sorpresa que esta faceta de la vida cotidiana helena surte en él, por lo magnífico, refinado y suntuoso de los productos expuestos en ellos, nuestro cronista no se contenta con equipararlos a los de su eterno referente parisino, afirmando que son "dignos de París",[2351] o, que "habrían entusiasmado a Teófilo Gautier",[2352] con el objetivo de explicitar el máximo refinamiento que encuentra en ellos. Del mismo modo, cree adivinar en ellos cualidades

[2347] *Ibid.*
[2348] *Ibid.*
[2349] *Ibid.*
[2350] Id., p. 31.
[2351] Id., p. 44.
[2352] *Ibid.*

tan superiores que las mercancías de las vitrinas griegas sugieren a Carrillo estar a la misma altura de los objetos familiares expuestos en el museo *Carnavalet* de París.[2353]

En *La Grecia Eterna*, un rasgo del carácter de los griegos, como es la obstinación, lleva a Carrillo una vez más hacia su referente en París. La obstinación la ejemplifica Carrillo en el hecho de que este pueblo, aún debilitado y reducido, se mostraría convencido de que en un futuro reconquistaría Constantinopla. La alusión a París vendrá como ejemplo que hace demostrable la afirmación anterior. Se referiría Carrillo a un griego residente en París, el cual sería representativo del citado rasgo del carácter griego, del cual destaca su fidelidad: "El mismo Psichari, que vive en París desde hace treinta años, continúa siendo un fanático de esta idea".[2354]

No será este el único rasgo de carácter griego enfatizado por Gómez Carrillo, también lo será el orgullo, orgullo que ni siquiera en París, cuna del mundo, ciudad máxima, perderían por un momento los descendientes de Ulises. Cualquier griego, defiende Carrillo, está convencido de que el porvenir le depara grandes cosas, por ello, ni siquiera encontrándose en la cúspide, en París, entre lo más granado de la civilización se siente inferior, y así lo expresa Carrillo, definiendo a los hijos de tierras helenas: "Viviendo en París, entre banqueros cosmopolitas, se siente superior a todos los que le rodean".[2355]

París aparecerá en boca de las mujeres griegas de Carrillo. Se refieren a él con orgullo de pertenecer o de asemejarse a aquel cosmopolita mundo que irradia su influencia y ejerce de modelo a seguir como canon de belleza y elegancia, cuando las griegas dicen "Este traje lo compré en París",[2356] o bien, con orgullo igualmente cuando quieren clarificar que, prescindiendo de lo parisino como modelo de lo ideal y perfecto, su belleza es natural, sin sombra de utilización de elementos artificiales como adornos, cosméticos o maquillajes, las atenienses también declaran "Aquí

[2353] Id., p. 40.
[2354] Id., p. 56.
[2355] Id., pp. 85-86.
[2356] Id., p. 91.

[…] no tenemos los artificios de París".[2357] Declarará Carrillo no creer en la veracidad de esta afirmación, queriendo poner de relieve que todas las bellezas griegas admiradas tendrían algo de artificial, y por consiguiente, de parisino.

La mujer es temática obligada en las obras de Carrillo, y en las de viajes constituye un elemento indispensable que nunca obvia en ninguno de los libros dedicados a los lejanos lugares visitados. En la mujer griega, y restando importancia al hecho que se asemeje a la parisina por su vestido, cree haber descubierto Carrillo algo nuevo y original que no habría notado en las féminas de otras procedencias. En un alarde de galantería no encuentra mejor piropo para la elegancia y la prestancia observadas en ellas, que decirles "sólo con la mujer de París quiero comparar a la mujer de Atenas".[2358] Y no se trataba de una lisonja vana, pues, en ocasiones, confiesa haberse visto obligado a aproximarse a ellas para dilucidar, según el idioma utilizado, si se trataba de una parisina o de una descendiente de Penélope.[2359]

París estará también en las siluetas de las bellas mujeres griegas. En ellas entrevé Carrillo una síntesis de la cultura helénica, española y francesa. Estos ojos mediterráneos cautivan a nuestro cronista, haciéndole exclamar como testimonio de la arrebatadora admiración que en él despiertan: "Sus ojos me hacen pensar en Sevilla y sus cuerpos en París".[2360]

Las antiquísimas piedras griegas llenas de misterio, rezumantes de historia, causan honda impresión en la sensibilidad de Gómez Carrillo, confesando sentir ante ellas sensaciones hasta entonces desconocidas, sorprendido al considerarse un viajero experimentado, además de un gran conocedor de París, ciudad tótem, ciudad intensa donde todas las experiencias y todas las sensaciones coexisten, donde todo es extremo y emotivo. Carrillo responderá afirmativamente a la pregunta retórica

[2357] *Ibid.*
[2358] Id., p. 93.
[2359] Id., p. 94.
[2360] Id., p. 97.

formulada por su compañero Mauricio: "¿no sientes aquí un respeto supersticioso por cosas que en Madrid o en París te parecerían risibles?"[2361]

Las pequeñas antigüedades son vehículo de tránsito hacia el pensamiento parisino. Dice poseer Carrillo, sobre su escritorio, unas antiguas figuritas representativas de las mujeres griegas de la época clásica. Las llama las damas de Tanagra. Admirándolas, deja volar su imaginación, pensando que si un soplo divino les concediera el don de la vida, nada las diferenciaría de la flor cosmopolita por excelencia para Carrillo, esto es, la mujer parisina.[2362]

No podría Gómez Carrillo dejar de visitar museos en Grecia. El continente de estos museos, concretamente las graciosas figuras de mujeres griegas envueltas en suaves y ligeros velos, declara pueden ser admiradas igualmente en los grandes museos parisinos,[2363] al igual que en los de otras capitales europeas.

La visita a los antiguos templos griegos, deja a Carrillo un sabor a fraude por las acciones llevadas a cabo por los sacerdotes consagrados a su cuidado y rituales. Estas acciones encaminadas a engañar a los fieles devotos han sido, desde la noche de los tiempos y durante todas las épocas, motivo de crítica entre los escritores, citando Gómez Carrillo las palabras de Aristófanes al respecto, conectando este tema con su ciudad de eterna referencia. El cronista encuentra de nuevo la figura de París comentando que esta situación podría bien servir de motivo de inspiración a la escena teatral parisina: "En el *Plutos* de Aristófanes hay una escena que podría servir en París a los autores de comedias anticlericales".[2364] Acto seguido, Carrillo resume el argumento de la citada obra.

Haciendo gala de la profundidad y variedad de temas sobre los que se documenta concienzudamente acerca del país visitado, en el caso de Grecia

[2361] Id., p. 140.
[2362] Id., p. 148.
[2363] Id., p. 152.
[2364] Id., p. 214.

nos ilustra sobre la personalidad de una insigne y mítica cortesana griega, de nombre Baquis, a la que dice preferir entre otras afamadas vendedoras de caricias, como Friné, precisamente por reunir aquellas características parisinas. A esta esclava del amor la prefiere Carrillo porque "Si en alguna cortesana griega se encuentra, en efecto, el encanto de la griseta parisiense con toda su locura y con toda su ternura, es en ella",[2365] resaltando que este personaje iba mucho más lejos de ser una simple comerciante de su cuerpo, ensalzando su virtud como una mujer que "vivió para amar, nada más que para amar, y naturalmente, para sufrir amando".[2366] Estas palabras sintetizarían a la perfección la filosofía carrillista respecto al amor, en la cual éste es lo supremo, al cual todo debe quedar supeditado.

La historia de Baquis, de esta mujer que anteponía el amor a cualquier otra cosa, que prefería el amante pobre al potentado rico, cautiva a Carrillo y le hace pensar en las jóvenes bohemias parisinas. La historia de esta cortesana le inspira lo que, según él, sería el mejor elogio que podría hacerse a estas mujeres que igualmente existen en su París donde todo confluye. He aquí la confluencia buscada por nuestro cronista entre lo griego y lo parisién:

> […] nos obliga a evocar el recuerdo fresco de las innumerables heroínas de la bohemia moderna que, en Montmartre o en el Barrio Latino, han preferido morir miserablemente en brazos de un adorable amante, a vivir con suntuosidad al lado de un protector detestable…[2367]

14.2.3. París en Japón: *El Japón Heroico y Galante*

Cierta escena acontecida en el hotel japonés donde se hospedaba Gómez Carrillo, le hace nuevamente recuperar en su pensamiento los contornos de París. Estando alojado en un lujoso hotel decorado al gusto europeo, contempla nuestro viajero, la transformación de una de sus salas, para adecuarla al gusto japonés, a base de colocación de cojines negros en

[2365] Id., p. 230.
[2366] *Ibid.*
[2367] *Ibid.*

el suelo, elemento distintivo de la cultura nipona, a lo que seguirá la llegada de los invitados nativos ataviados con el traje tradicional japonés. Esta visión trae la ciudad de París a la mente de Carrillo, pues el encontrarse en este entorno, a priori cercano a lo occidental, súbitamente metamorfoseado en lo oriental, le hace dudar de encontrarse realmente en el imperio del sol naciente, sospechando que se halla en el hotel *Ritz* o en el *Continental* de París, mas asistiendo a un baile de máscaras.[2368]

En otras ocasiones, sorprende que, rasgos propiamente característicos de este país, fomenten de nuevo la conexión parisina en la mente de Carrillo. Es lo que sucede con las espadas y los bonsáis japoneses. En su libro sobre el Japón, un aspecto emblemático de este país, como son los sables, las espadas, y todo lo relacionado con el culto a ellas observado por los samuráis así como la ceremonia del harakiri, hace apelar a Carrillo a París. En primer lugar, apela a la sabiduría del Director del Museo de la Artillería de París, del cual reproduce nuestro autor, una disección realizada por aquel, a propósito de las diferentes partes de la que estaría compuesta la hoja de un ancestral sable nipón,[2369] disertación que Carrillo incluye en esta obra. En segundo lugar, con el objetivo de resaltar, mediante el propio testimonio, el gran valor ya no solo histórico sino económico que alcanzan semejantes objetos representativos de la antiquísima cultura japonesa, dice conocer a un coleccionista parisiense que pagó "un precio fantástico en una venta pública en Tokio".[2370] En cuanto a los bonsáis, le recuerdan a París, dado que fue allí, con motivo de la Exposición Universal de 1889, donde un jardinero japonés los mostró ante el público europeo.[2371]

Otro de los aspectos que, a menudo, retrotraen a Carrillo hacia el París de referencia, es el cultural. En ocasiones, la comparación con la capital francesa es para magnificar lo foráneo, en otras ocasiones saldrá victoriosa la Ciudad Luz. En el siguiente pasaje, donde Carrillo realiza una amplia y

[2368] Gómez Carrillo, E., *El Japón heroico y galante*, ed. cit., p. 18.
[2369] Id., p. 75.
[2370] Id., p. 81.
[2371] Id., p. 183.

completa disertación dedicada al arte de la poesía nipona, destaca lo fijado e inamovible, incluso rutinario, en palabras de Carrillo, de los clichés de esta poesía en comparación con la libertad que reina en este arte en París. Tras enumerar alguna de las expresiones simbolistas que cada poeta francés puede inventar, explica Carrillo la imposibilidad de concebir semejante libertad poética en Japón: "nadie toca a las formas sagradas del verso".[2372]

14.2.4. París en los Santos Lugares: *Jerusalén y Tierra Santa*

En la obra fruto de su periplo por tierras sagradas que llevara por título *Jerusalén y la Tierra Santa*,[2373] París aparece invocado en dos ocasiones, relacionado con motivos de investigación o de desvelamiento de misterios en materia de religión. Carrillo reproduce las razones expuestas por profesores de París, o los de Berlín, que fundamentan la falta de autenticidad del entorno de las columnas que se muestran a los turistas como el lugar santo donde Jesús leía el libro de Isaías y lo comentaba después con sus apóstoles, aduciendo que semejante construcción data de fechas posteriores a los acontecimientos referidos de la vida de El Mesías. Dichos profesores serían invocados como representantes de la ciencia, mas la fe, que también ejercería su poder, hace que los devotos visitantes no den crédito a los doctos profesores parisienses o berlineses, prefiriendo la verdad defendida por la fe.[2374]

En segundo lugar, Carrillo alude a la facultad de Medicina de París, cuando en el siglo XVII, estudiosos analizaban las heridas que presentaba el cuerpo de Jesús, formulando diagnósticos terrenales y humanos, apuntando dolencias como "pleuresía",[2375] diagnósticos que levantan la indignación entre los católicos.[2376] Se podría deducir que Gómez Carrillo

[2372] Id., p. 140.
[2373] Gómez Carrillo, E., *Jerusalén y la Tierra Santa*, ed. cit.
[2374] Id., pp. 57-58.
[2375] Id., p. 239.
[2376] *Ibid.*

intentaba enfrentar nuevamente la eterna disyuntiva entre lo científico y la fe religiosa.

Por otro lado, en *Jerusalén y la Tierra Santa* aparecerá París en la visión de Carrillo, para condenar la labor de decoración que la orden de los franciscanos había realizado en los jardines de Getsemaní, donde Jesús derramó sus lágrimas, ante la inminencia de su fatídico destino. Añade nuestro cronista en apoyo de esta afirmación los testimonios de insignes escritores franceses como Lamartine o Loti, los cuales coincidirían con el guatemalteco en cuanto a lo deleznable de semejante falta de respeto por la autenticidad desnuda del recinto, cuyos muros habían sido pintados con total ausencia de gusto y de respeto por el lugar sagrado. Describirá Carrillo la citada decoración como sigue: "una serie de pinturas de un estilo digno de la calle San Sulpicio, de París, representan en los muros del jardín las escenas del Calvario".[2377]

En su defensa de una postura contraria a la europeización de estos lugares, destaca que la belleza de la Tierra Santa, en lo arquitectónico, consistiría precisamente en su sencillez, en su distancia con respecto a la belleza a la europea, pues "para ver templos cuya divinidad está en las formas, […], basta con recorrer los pueblos europeos", argumenta Carrillo.[2378]

En esta obra sobre la Tierra Santa, la ciudad de París es presentada como la única capaz de obrar lo que Carillo considera un milagro. El milagro consistiría en que el pueblo judío se integrase en otra cultura diferente de la propia. Cree Carrillo que París habría conseguido lo increíble en mayor grado que otras grandes ciudades como Londres o Roma pues asegura: "En París, sobre todo, en las altas clases, la raza perseguida ha hecho, por miedo al ridículo, lo que no hizo en España por miedo a las llamas".[2379]

[2377] Id., p. 221.
[2378] Id., p. 159.
[2379] Id., p. 207.

14.2.5. París en Argentina: *EL encanto de Buenos Aires*

El encanto de Buenos Aires[2380] es, con diferencia, la obra de viajes en la que más frecuentemente toma cuerpo la imagen de París, sin duda propiciado por el carácter alegre, cosmopolita, bullicioso y vivaz de esta ciudad argentina. Hasta tal punto la asociación entre ambas ciudades se produce para Gómez Carrillo, que éste se muestra dudoso, ante la vista de la cual disfruta desde la ventana de su hotel, en la céntrica Avenida de Mayo bonaerense, entre encontrarse realmente en Buenos Aires o estar inmerso en el fondo de un bello sueño, de tal modo, todo aquello que contempla, se le antoja calcado de las visiones cotidianas con que se deleitaba en París[2381] y de los lugares habituales que frecuenta , dando como ejemplo Carrillo la vista del café de su barrio parisino el cual visita religiosamente cada día, los carteles anunciadores de espectáculos de vaudeville, los nombres de los teatros (*Odeón* o *Excelsior)* son los mismos que existen en París, o incluso los de ciertos grandes almacenes; los mismos problemas circulatorios ocasionados por la gran cantidad de automóviles, son para Carrillo, idénticos a los de la capital francesa.[2382]

Las grandes avenidas y calles, todas ellas muy parecidas, las cuales no permitirían al turista orientarse convenientemente, también lo asemeja Carrillo a las calles de París, aunque no sólo a las de París, pues admite que se trataría ésta de una característica común a las ciudades nuevas, emparentándola de igual modo, con Nueva York o Berlín.[2383]

Con la intención de ratificar su sensación de que la Avenida de Mayo de Buenos Aires es la avenida indispensable en toda ciudad moderna y encantadora, y por ende, susceptible de ser catalogada a la altura de las de París, Carrillo explicita la justificación de la comparación, basándose en que la ciudad bonaerense habría sabido inspirarse en la patria que irradiara al mundo su buen gusto, esto es, Francia, y que, por lo tanto, la Avenida de

[2380] Gómez Carrillo, E., *El encanto de Buenos Aires*, (adaptación), Madrid, Editorial de la Novela Corta, 1916.
[2381] Id., p. 8.
[2382] Id., p. 13.
[2383] Id., p. 12.

Mayo de Buenos Aires sería merecedora, por méritos propios, de ser denominada como *boulevard parisiense*.[2384]

Abunda en el tema de las calles al apuntar que, el único elemento del cual carecería Buenos Aires para ser idéntica a París, sería el hecho de que sus calles, pletóricas de líneas rectas, promoverían la monotonía e impedirían el disfrute de la perspectiva, dificultando la óptima admiración de los monumentos que en ellas se encontraban, lo cual no sucedería en las vías parisinas.[2385] Si no fuera por este detalle, asegura Carrillo estar convencido de encontrar en Buenos Aires una versión superior a la original de París, pues así lo expresaría en la siguiente cita: "un París más rico, más sonriente, más feliz de aspecto que el de Europa".[2386]

Insiste Carrillo en la peculiar y agradable sonrisa que lucen por las calles los porteños y las porteñas. Esa sonrisa que cautiva a Carrillo la definirá con los adjetivos de "culta, intencionada y algo estilizada".[2387] Esta sonrisa se eleva como denominador común de todo viandante, de todo aquel que circula por las limpias y exquisitas calles de Buenos Aires. La encuentra Carrillo, hasta en el cochero, y es ésta última la que le devuelva a la visión de París, pues esta sonrisa se diferencia de la del cochero parisino, pues recuerda Carrillo que el bonaerense "no es gruñón cual el de París".[2388] Esta exteriorización de felicidad entre los habitantes de Buenos Aires, hace concluir a Carrillo que esta tierra luciría el aspecto de una ciudad donde habitarían la dicha, el bienestar y la alegría, haciendo de ella un lugar único en el mundo.[2389] ¿Superando a París?, nos preguntamos.

Otra de las vías emblemáticas bonaerenses, la llamada Florida, contiene casi todas las características necesarias para ser asimilable a las parisinas, según nuestro cronista. Tan sólo, encuentra Carrillo, que la falta de un poco más de anchura le impediría ser catalogada entre las grandes calles sinónimo de lujo, suntuosidad y elegancia, en definitiva, como la

[2384] Id., p. 10.
[2385] Id., p. 15.
[2386] *Ibid.*
[2387] Id., p. 31.
[2388] *Ibid.*
[2389] *Ibid.*

Rue de la Paix porteña.[2390] Aunque, pocas líneas después le restituye nuestro autor todo su esplendor, al afirmar que sus joyerías no encontrarían parangón en esta misma *Rue de la Paix* parisina.[2391]

Esta calle retrotrae a Carrillo a su París omnipresente para rememorar un artículo de *Le Matin* parisino, leído algunos años antes, que trataba de cómo la galantería de los bonaerenses impedía el paseo tranquilo a las bellas jóvenes.[2392] En una conversación entre un bonaerense y Carrillo, aquel ratifica lo expresado por el diario francés, afirmando no permitir que su mujer anduviera sola por la citada calle, añadiendo que sí le permitiría hacerlo por calles semejantes en París, debido a la creencia en la mayor finura para con las damas detentada por los franceses. Carrillo disentirá totalmente al respecto.[2393]

Otra lectura realizada en París es igualmente traída a colación en esta obra de Carrillo.[2394] Cita nuestro viajero el libro de un amigo suyo, Gerchunoff,[2395] en el cual trataba de la ciudad de Buenos Aires, afirmando que esta ciudad era paradigma de modernidad, situándose a la altura de Nueva York o Chicago. Semejante afirmación hizo titubear a Carrillo en cuanto a emprender viaje hacia allá pues confiesa haber estado tentado de cambiar su pasaje a esta ciudad, dado que, en su fuero interno de modernista, prefería lo exótico a la modernidad.[2396] Una vez llegado a la ciudad bonaerense, al descubrir que la afirmación de aquel autor resultó inexacta, y que Buenos Aires difería de la metrópoli norteamericana, Carrillo se sintió encantado, pues para un hombre como él, que confiesa que la visión de una perfecta ciudad moderna le desagradaba, justificando este desagrado en base a: “a causa de mis amores retrógrados por pueblos que, como París, como Roma, como Viena, tienen la osadía de ser menos cómodos que Chicago o que Berlín”.[2397] Buenos Aires contenía una

[2390] Id., p. 17.
[2391] Id., p. 19.
[2392] Id., p. 18.
[2393] *Ibid.*
[2394] Id., p. 14.
[2395] Alberto Gerchunoff (1883-1950), escritor y periodista argentino nacido en Rusia.
[2396] Gómez Carrillo, E., *El encanto de Buenos Aires*, ed. cit., p. 18.
[2397] Id., p. 15.

incomodidad deliciosa que la hacía aparecer como un antídoto contra el aburrimiento que representarían las perfectas ciudades modernas al estilo neoyorquino.[2398]

Las gentes bulliciosas y alegres que frecuentarían las ruidosas calles tan parecidas a París a causa de sus automóviles y tranvías,[2399] harían creer a nuestro cronista que se encontraba en la capital gala, pues aseguraría Carrillo que aquellas gentes se expresarían en la lengua de Molière, preguntándose retóricamente "¿No estamos acaso en París?",[2400] y viéndose obligado a aproximarse para verificar que, en realidad, se trata de la lengua de Cervantes.[2401] Más, como para reponerse de esta decepción, afirma encontrarse por aquellas vías tal como en la emblemática *rue de la Paix* parisina, al contemplar a las jóvenes obreras que pueblan la Avenida de Mayo, y que serían parisinas sin lugar a dudas, por tanto se ratifica en la sospecha de hallarse en suelo parisino y no porteño: "en ellas sí que no cabe el engaño".[2402]

No sólo el acto de comunicarse las gentes en la vía pública se le antoja a Carrillo ser parisino. Afirma nuestro cronista que todas las actividades cotidianas que contempla por las calles de Buenos Aires, absolutamente todo aquello que contempla en el ambiente bonaerense, "es de París".[2403]

En parecidos términos se referirá a unos grandes almacenes de Buenos Aires. En el capítulo de esta obra que les dedica, refiriéndose a ellos como *El Palacio de las Tentaciones*,[2404] describirá cómo, al entrar en un edificio cuyo aspecto exterior no le había llamado especialmente la atención, se presentará ante los ojos de Carrillo toda la exquisitez y variedad de las grandes galerías comerciales parisinas. Seducido exclama sentirse "trasladado a la verdadera capital de las elegancias"[2405] y por lo tanto, trasladado a París. En sus pensamientos se interroga Carrillo en base a

[2398] *Ibid.*
[2399] Id., p. 16.
[2400] Id., p. 9.
[2401] *Ibid.*
[2402] *Ibid.*
[2403] *Ibid.*
[2404] Id., pp. 21-22.
[2405] Id., p. 21.

lugares representativos de París, en un intento de situarse sin ambages en un lugar o en otro, si se encuentra en los almacenes *Printemps* con sus gentiles empleadas, en el *Louvre*, por sus objetos preciosos o en las galerías *Lafayette*, repletas de alegres clientas. Para terminar resumiendo que el lugar donde ha penetrado es todo lo anterior reunido en un solo recinto, siendo tal su sorpresa que llega a magnificar este lugar con una duda "no sé si hay en París o en Londres algo que se le pueda comparar".[2406] La consagración de este lugar sobrepasando a ciudades tótem como París o Londres, conociendo ya la cautivación casi mística que Carrillo sentía por la Ciudad Luz, nos ofrecen una idea bastante aproximada del estado de admiración en el que se encontraría nuestro cronista en aquellos grandes almacenes de la capital bonaerense.

Tan sólo en una ocasión no se sentirá Carrillo en Buenos Aires como en la patria parisina, o más bien, se sentirá bruscamente expulsado de ella. Esto sucedería cuando, al entrar en una confitería, observara que, hombres y mujeres se encontraban sentados en zonas separadas, situación que le hace pensar en otros lejanos países visitados, exclamando: "Aquí, […] ya no me siento en Paris, [….] Aquí estoy en Turquía".[2407]

El baile argentino por excelencia, el tango, es, del mismo modo, cotejado por Gómez Carrillo con el tango que presenciara en París.[2408] Tomando como referencia esta danza admirada en París, Gómez Carrillo alude a este baile donde las parejas "se ciñen en abrazos apretados",[2409] recordando su asistencia a algunos lugares donde se bailaba, "con la fiebre artificiosa y algo teatral de los "tés" parisinos".[2410] Se sorprende Carrillo por el abismo que se abre entre esa danza tal cual se baila en París, de la cual afirma: "El tango argentino, tal cual en París se practica es una danza lenta, elegante, distinguida, aristocrática, casta y complicada"[2411] y las raíces barriobajeras y arrabaleras que constituyen sus orígenes y que son

[2406] Id., p. 22.
[2407] Id., p. 19.
[2408] Id., pp. 23-26.
[2409] Id., p. 24.
[2410] *Ibid.*
[2411] Id., p. 26.

conservados en la puesta en escena del tango de Buenos Aires. Mas, a pesar de esa diferencia apreciada, Carrillo los considera uno sólo.

París, junto con el nombre de otras grandes urbes como Nueva York o Londres, viene de nuevo a colación a la mente de Gómez Carrillo cuando se tratase de comentar el caso de un típico hombre de negocios bonaerense, inmensamente rico, pero en opinión de Carrillo, también inmensamente desgraciado, pues a pesar de sus grandes riquezas no poseería el bien más preciado, que sería tiempo para pasarlo en familia.[2412] En este tema, ve Carrillo una homogeneidad en todos los hombres de negocios, en todas las grandes ciudades mundiales, incluida París.

La contemplación de la mujer bonaerense le transporta igualmente al paraíso femenino que constituye París en el universo de Gómez Carrillo. La visión de la mujer porteña le hace exclamar, hallándose en el corazón de Buenos Aires: "Ya he vuelto a París",[2413] ya que, por todas partes, en el vasto salón de té en el que se encuentra, descubre en las numerosas clientas allí presentes "los más divinos rostros, los más esbeltos cuerpos, las más elegantes *toilettes*".[2414] El cuadro de belleza que contempla le hace filosofar acerca de que, antaño, tan sólo París era poseedor de este tipo de belleza femenina, la cual describe en estos términos: "estas especies de criaturas de encanto y de seducción",[2415] aunque, concluye Carrillo, la parisina de la época podría encontrar justas competidoras en otras dos grandes cosmópolis como serían Nueva York y Buenos Aires. No obstante, a la vez que compara a la bonaerense encumbrándola a la altura de la parisina, ésta última obtiene de Carrillo superlativos halagos, pues finaliza la parte dedicada a la mujer en su obra *El encanto de Buenos Aires*, afirmando que la belleza parisina, cual la belleza de una flor cultivada con esmero en suelo parisino, "hace palidecer al mundo entero"[2416] ya que detenta en exclusiva "la divina gracia moderna".[2417] Una última frase de

[2412] Id., p. 29.
[2413] Id., p. 20.
[2414] *Ibid.*
[2415] *Ibid.*
[2416] Id., p. 21.
[2417] *Ibid.*

Gómez Carrillo de admiración supina a la mujer de París, pone de manifiesto cuán incluido se siente nuestro cronista en la esencia parisina. La palabra *nuestra* utilizada en la siguiente frase, referida a la mujer de París, lo demuestra: "Quizá hasta hoy sea nuestra única obra de arte".[2418]

14.2.6. París en África: *Fez, la Andaluza*

En 1924 realizará Carrillo su último gran viaje, esta vez hasta tierras norteafricanas para visitar la ciudad de Fez, como en ocasiones anteriores, enviado por el periódico para el cual trabajaba, en este caso *ABC* de Madrid, para remitirle sus crónicas de sensaciones e impresiones. De las circunstancias de la publicación así como de la recopilación de las crónicas aparecidas en el citado diario, bajo forma de libro titulado *Fez, la andaluza*, que se publicaría en 1926, siendo traducido al francés en 1927, pocos meses antes de la desaparición de su autor, nos da noticias exactas Karima Hajjaj Ben Ahmed.[2419]

Dados los antecedentes históricos de estos pueblos, las comparaciones que más abundarán en la pluma de Carrillo serán entre Fez y Granada, Córdoba o Sevilla o ciudades andaluzas en general, como el mismo título de la obra indica. No obstante, las alusiones a París también están presentes, aunque quizá en menor medida que en otros relatos de viaje de nuestro autor.

La primera ocasión que el nombre de París cobra protagonismo en esta obra es cuando, recordando una petición a un ilustre amigo sobre una guía con la cual documentarse, como era su costumbre siempre antes de emprender un viaje, encontrándose aún en París, a propósito de Fez, la ciudad que iba a visitar en breve, le es recomendada una obra del siglo XVI. Hallándose ya en la ciudad marroquí, reconocerá que las impresiones del siglo XVI, leídas en París con cierta reticencia a creer encontrar lo que

[2418] *Ibid.*
[2419] Hajjaj Ben Ahmed, K., *Oriente en la crónica de viajes. El modernismo de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927),* Madrid, Biblioteca digital complutense, Universidad Complutense, 2001.

allí se mostraba, dado el paso de cuatro siglos, constatará Carrillo que resultarían igualmente válidas para la Fez principios del siglo XX.[2420]

Como sería presumible, Carrillo pondría énfasis en resaltar la gran distancia, la gran diferencia entre Europa y África. Para ello, utilizará la imagen de París con objeto de agudizar el contraste, incidiendo en la necesidad de tomarse un cierto tiempo para aclimatarse a las nuevas latitudes. Lo hará utilizando un símil: "Y es que llegar aquí, viniendo de París o de Madrid, es como entrar en la sombra viniendo de la claridad. Hay que dejar que los ojos se acostumbren a ver lo que palpita en la penumbra. Hay que renunciar a prejuicios nacionales".[2421]

Los miles de pequeños y grandes objetos preciosos que encuentra en sus recorridos por los mercados marroquíes, por la Alcaicería, dada la belleza y refinamiento de sus objetos, le inspiran la comparación, con los que conserva uno de los museos parisinos, concretamente el Museo Nacional de la Edad Media Termas de Cluny, aduciendo para ello, el razonamiento de que el arte marroquí ha sabido conservarse como antaño "de manera intachable".[2422]

En otra ocasión, serán las novelas parisienses las que aparecerán como término de la comparación entre Fez y París, en palabras de un autor francés citado por el propio Carrillo. Nuestro cronista se muestra convencido de la ingenuidad de la mujer magrebí mientras que su cicerone, llamado Mohamed El Arbi, sonríe escéptico. Lo cual inculca la duda en la mente de Gómez Carrillo, haciéndole reflexionar sobre si su cicerone estará en posesión de la verdad, y por tanto, si no resultarán ciertas algunas afirmaciones misóginas vertidas por el escritor francés André Chevrillon, un autor que había viajado por aquellas tierras, a quien cita como sigue: ""Los adulterios- dice este viajero- son menos raros en Fez que en las

[2420] Gómez Carrillo, E., *Fez la andaluza*, ed. cit., pp. 19-20.
[2421] Id., p. 28.
[2422] Id., p. 73.

novelas parisienses, aunque no son del mismo género, pues carece de crueles enigmas y de laberintos de complicaciones sentimentales"".[2423]

Con motivo de la entrevista celebrada con un sabio y estudioso marroquí, llamado El Hach Buni Medien, el cual pretende demostrar a sus invitados que Marruecos se halla a la cabeza en cuanto a estudios de ciencias ocultas se refiere, les comenta que, para realizar sus investigaciones, había visitado "los principales emporios de saber humano".[2424] La pregunta de Carrillo, a todas luces previsible, no se hace esperar "¿París?",[2425] si bien este sabio aclarará que se refería principalmente a sus viajes por países orientales.[2426]

Tras esta desconcertante respuesta para Gómez Carrillo, éste notará que lo que él considera cunas del saber, París, Londres, para este estudioso árabe, debido al desconocimiento, quizá por el desinterés que Occidente demostraría en cuanto a lo oriental se refiere, no le inspiran más que desdén, si bien no lo expresará abiertamente ante sus invitados, como las rectas leyes de la hospitalidad dictarían.[2427] Gómez Carrillo parece querer traducir los íntimos pensamientos del erudito en estilo directo: "¿París?... ¿Londres?... ¿Roma?... Más grandezas profundas hay en El Cairo, Bagdad, en Fez mismo".[2428]

La bohemia parisina de goce de placeres carnales entre la juventud también irrumpirá en esta obra a los ojos del cronista guatemalteco. Los estudiantes de los textos sagrados protagonizarán un capítulo de esta obra de Gómez Carrillo. Nos relata cómo es su vida, sus horas de estudio, las moradas que ocupan, las ciencias que estudian,… concluyendo acerca del gran prestigio que gozarían entre todos los miembros de la sociedad, dada su sabiduría. no sólo entre los hombres sino también entre las mujeres, las cuales les profesarían gran admiración, haciéndolos merecedores del disfrute de sus encantos, lo cual contribuiría a destruir el mito de que estos

[2423] Id., p. 116.
[2424] Id., p. 141.
[2425] *Ibid.*
[2426] Id., pp. 141-142.
[2427] Id., p. 154.
[2428] *Ibid.*

hombres serían la esencia de la perfección y de la virtud, pues el saber popular así lo proclama, aproximándose en este rasgo a su homólogo de la vida parisina, pues expone Carrillo: "los cuentos populares y los epigramas académicos nos demuestran que la vida de bohemia existe en el barrio de las grandes medersas de Fez, tanto y tan gentilmente como en el "quartier" de las escuelas de París"[2429] puesto que, añadirá Carrillo: "Las jóvenes repudiadas que forman el núcleo importantísimo de donde salen las cortesanas fasís, tienen para los futuros doctores, indulgencias que los mercaderes de la Alcaicería les reprochan con amargura".[2430] Así pues, la bohemia desenfadada en la que el disfrute del amor es protagonista, vive, para Carrillo, de igual modo en París que en Fez.

14.2.7. París en otros territorios europeos: *Vistas de Europa*

Diferentes impresiones suscitadas por otros viajes, esta vez por diversas ciudades europeas, son las que relata Gómez Carrillo en su obra *Vistas de Europa,*[2431] cuyas primeras páginas están dedicadas a la ciudad de París. Estas páginas han sido analizadas con más detenimiento en el capítulo dedicado en su integridad a la visión carrillista de París en París, centrándonos aquí en el análisis del papel que juega la omnipresencia de la Ciudad Luz en Carrillo en sus periplos por otras ciudades, en este caso, por ciudades francesas como Niza y Lyon; españolas, como Santander, Barcelona, San Sebastián o Sevilla; italianas como Venecia o Verona; para concluir con un capítulo dedicado a ofrecer una visión general de Rusia.

Esta obra, publicada en 1919, transcurridos ya más de veinticinco años de residencia brevemente interrumpida en París, contiene un capítulo dedicado a la francesa ciudad de Niza,[2432] en el que la figura de París aparece por primera vez un tanto lejana, remarcando alguna de sus peculiaridades menos positivas, siendo las virtudes de otra ciudad

[2429] Id., p. 224.
[2430] *Ibid.*
[2431] Gómez Carrillo, E., *Vistas de Europa*, ed. cit.
[2432] Id., pp. 17-24.

ensalzadas con preclaras intenciones en cuanto a su deseo de poseerla. Es sabido que Gómez Carrillo, en sus últimos años, vivió en esta ciudad de dulce clima y cercanía marítima donde había adquirido una pequeña villa, volviendo a París sólo por cuestiones de trabajo. Vemos la infidelidad de Carrillo, tras tantos años de apasionado y fiel amor por la capital francesa, cuando parece preferir el soleado cielo de Niza al grisáceo parisino, no sin seguir adjudicando el calificativo de formidable a *su* París. Disfruta Carrillo encontrándose en Niza, aunque sin olvidar París, al confesar: "en medio de mi bienestar, pienso que a doce horas de distancia, en el formidable París, mis amigos no ven el sol sino de vez en cuando, entre nubes plomizas".[2433] Prosigue afirmando que Niza destaca en grado superior a París en cuanto a "la existencia *chic*, la vida callejera y *flaneuse*".[2434] Y para finalizar, expresa su deseo de poseerla en cierto modo, al expresar su estado de ánimo, diciendo asemejarse a los héroes balzacianos, quienes, frente al soberbio París, juraban a la gran ciudad hacer lo imposible para convertirse en sus dueños algún día. Él, por su parte, dirigiéndose a un delicioso jardincillo descubierto entre las encantadoras calles de Niza le advierte: "tú serás mío un día".[2435]

La ciudad de Lyon es llamada la ciudad de las sederías por Enrique Gómez Carrillo.[2436] En el comienzo del capítulo dedicado a esta ciudad, desmiente nuestro cronista los falsos tópicos difundidos en torno a esta ciudad, tales como el ser triste, hosca, carente de gracia o detentar el título de representante de una moral puritana. Sorprendentemente, Carrillo acusa a los parisinos de ser los propiciadores de tales faltas a la verdad en los sorprendentes términos: "de seguro los parisienses, esos grandes calumniadores de pueblos".[2437] París aparecerá de nuevo bajo una óptica inferior cuando las tiendas de frivolidades o los lugares de recreo, parezcan a Carrillo en Lyon más numerosos que en la Ciudad Luz.[2438]

[2433] Id., p. 21.
[2434] Id., p. 22.
[2435] Id., p. 23.
[2436] Id., pp. 25-52.
[2437] Id., p. 25.
[2438] Id., p. 33.

Sólo aparecerá París en posición preponderante respecto a la metrópoli lionesa cuando nuestro cronista detecta en las parejas lionesas la falta de pasión tan *sui generis* entre los enamorados que pueblan los rincones de la capital francesa.[2439]

Son varias las capitales españolas que adquieren protagonismo en esta obra. La primera de estas capitales españolas en ser tratada por Enrique Gómez Carrillo será Barcelona,[2440] cuyas *Ramblas* maravillarán al guatemalteco de tal manera que les adjudicará la categoría de únicas e inconfundibles, fácilmente reconocibles, incluso para aquellos que lleguen a la ciudad sin apenas conocerlas, siendo equiparables, en virtud de esta característica de singularidad, a los bulevares parisinos, al Broadway neoyorquino, a la sevillana calle Sierpes, entre otros.[2441] Alojado en un hotel cuya ventana dará a las Ramblas barcelonesas, ventana que le permitiría contemplar la vida intensa que se desarrolla en el subir y bajar tanto de sus propios habitantes como de los turistas por ellas, esta ventana se convertirá para Carrillo en "el más delicioso de los miradores".[2442]

Por otro lado, Carrillo deja igualmente constancia de un hecho que le sorprendería, y que diría mucho del carácter organizado de los catalanes, pues, a pesar del enorme ajetreo que lleva consigo tan gran afluencia de viandantes a través del citado paseo barcelonés, resultaría fácil atravesarlo con comodidad, "gracias a la buena voluntad de todos".[2443] No puede evitar Gómez Carrillo detenerse en describir los típicos puestos que pueblan las *Ramblas* y que constituyen uno de sus rasgos de identidad: los puestos, en los cuales descubre también algo que hace a París estar presente en ellas. Describe Carrillo: "puestos de flores […], quioscos llenos de ilustraciones parisienses que la gente contempla entretenida".[2444]

El desarrollo de la vida de las ciudades en su faceta exterior, es decir, el aspecto que ofrecen sus gentes, ya sea en atareado en ir y venir o bien

[2439] Id., p. 31.
[2440] Id., pp. 53-92.
[2441] Id., p. 54.
[2442] Id., p. 73.
[2443] *Ibid.*
[2444] *Ibid.*

paseando tranquilamente, sus comercios, sus actividades de ocio (cafés, teatros, bailes,….), atraen la atención de Gómez Carrillo, como si el análisis de esa actividad externa le procurara uno de los mejores indicativos para captar la idiosincrasia y singularidad propia de cada ciudad visitada. Por ello, en la ciudad de Barcelona, de nuevo, se complace en el estudio de esas pistas contenidas sus las calles con la finalidad de extraer conclusiones, las cuales, como en obras anteriores, le llevarán a establecer el parangón con la amada y sempiterna Lutecia. Así pues, una vez más, le llama la atención entre los y las transeúntes barceloneses la actitud alegre, festiva, pacífica y tolerante que presentan. En esta ocasión, la comparación será doble, dado que Carrillo pondrá en el juego de las confrontaciones a París y también a España en general, la cual no saldrá muy bien parada, tal y como venía siendo en la postura carrillista fundamentalmente anticastellana y proparisina. Concluye nuestro cronista que es evidente que en la Barcelona de la época imperaba "una filosofía muy ateniense, muy parisiense, muy gentil y muy poco española, todo el mundo piensa en divertirse y no en molestarse ni en molestar".[2445]

No obstante, pocas líneas después, en cierto modo, reparará el agravio lanzado a lo español cuando, al celebrar la animación comercial junto con la profusión de cafés barceloneses, ambos indicios delatores de la intensa actividad social y económica de la cual disfruta la ciudad, afirmará que Barcelona se encuentra a la altura de cualquier ciudad europea, citando, por supuesto a París, más sin olvidar incluir a Madrid ni a Buenos Aires.[2446]

No será aquella la única ocasión en la que Barcelona sea concebida por Carrillo como lo opuesto a lo español en cercanía a lo parisién. Lo hace constar cuando destaca del carácter catalán, en sus diversiones noctámbulas, el no ser hipócritas al no importarles demostrar que "aún en lo frívolo, Barcelona es muy grande, muy parisiense, muy babilónica,

[2445] Id., p. 56.
[2446] Id., p. 58.

sobre todo muy diferente del resto de la infeliz España que vive tiranizada por el fariseísmo…".[2447]

"No sólo los escaparates hacen pensar en París, las muchachas también".[2448] Con esta frase, introduce Carrillo otro factor importante para él a la hora de definir una ciudad: la mujer que la habita. La visión que ofrecen las barcelonesas, aclarará Carrillo, no sólo de las grandes damas sino también de las "chiquillas"[2449] presentes por doquier, abrirán para él el camino de la remembranza parisina. Estas figuras femeninas que observa en cualquier vía de Barcelona, le merecen a Carrillo los adjetivos de ondulantes, ligeras y risueñas; pudiendo aplicarse estos calificativos tanto a su fisonomía como a su forma de vestir, en la cual encuentra nuestro cronista gran gusto pues les concede la categoría de pasar inadvertidas en París, como una parisina más, ya que no ostentan nada "que pudiera chocar en el *Boulevard des Italiens*".[2450] Cierta nota erótica la dará una frase que Gómez Carrillo pone en boca de su acompañante, al preguntarle nuestro autor si está de acuerdo en cuanto a que las barcelonesas son preciosas y refinadas cual las mujeres de París. Esta es la respuesta obtenida por Carrillo: "Son hermanas de las parisinas en el vestirse, y probablemente también en el desvestirse".[2451]

Profundizando en el análisis de los datos externos de la ciudad, tras la observación minuciosa de la actividad diurna, le tocará el turno a la vida nocturna barcelonesa. Se referiría Carrillo, concretamente, a la existencia de una guía nocturna de Barcelona, la cual él consideraría "indispensable para conocer la ciudad".[2452] Esta guía le hará pensar de nuevo en París, puesto que la adquiere Carrillo con el prejuicio de pensar que sería "pálida imitación de su modelo parisiense",[2453] aludiendo a la guía parisiense editada con motivo de la última exposición universal a la que asistiera y que "llevaba el mismo título y que causó escándalo enorme en el

[2447] Id., p. 67.
[2448] Id., p. 59.
[2449] *Ibid.*
[2450] *Ibid.*
[2451] *Ibid.*
[2452] Id., p. 65.
[2453] *Ibid.*

mundo".[2454] Reconocerá su error de juicio al confesar que "imitación si lo es, más no pálida".[2455] Prosigue nuestro autor ensalzando la alegre actividad nocturna barcelonesa afirmando que para disfrutarla, siendo tan vistosa y animada, ni siquiera sería necesaria guía alguna.[2456]

Una de las actividades nocturnas a las que Gómez Carillo asiste es a la velada en una famosa sala de la época llamada *souper-tango,* la cual, comenta Carrillo, parece gozar de fama parisina entre los catalanes, pues transcribe lo que sobre ella se rumoreaba: "Es el más elegante, el más "chic", el más parisiense "cabaret", según parece…".[2457] Estas últimas palabras parecen denotar su desacuerdo con esta fama.[2458]

La animación y la diversión palpables en la atmósfera barcelonesa hace formular a Carrillo una tesis interesante en la que relaciona en términos directamente proporcionales las capacidades de trabajo y de diversión de las ciudades,[2459] guiado inevitablemente por el ejemplo de París junto con el de Buenos Aires y Nueva York, entre otras, las cuales apoyarían su tesis, y es que nuestro cronista cree que las ciudades "más activas y más laboriosas son las que más parecen divertirse".[2460]

Los paseos por las vías barcelonesas son un placer en el que Carrillo se recrea llevando a cabo su fina observación de cualquier detalle, encaminada a despejar la incógnita de la esencia de la ciudad. Pasea acompañado, y es su acompañante el que también afirma respirar la esencia parisina que Carrillo presume en esta gran villa catalana. No obstante, Carrillo reflexiona que esta aseveración obedece a distintos motivos en ambos paseantes, lo cual le da pie a realizar una enumeración de todos los aspectos seductores que ha encontrado en la ciudad condal. Deduce Carrillo que el unívoco recuerdo de París durante su estancia barcelonesa, surgida en ambos, proviene de distintos caminos:

[2454] *Ibid.*
[2455] *Ibid.*
[2456] Id., p. 67.
[2457] *Ibid.*
[2458] Id., pp. 67-68.
[2459] Id., pp. 70-73.
[2460] Id., p. 70.

> Pero mientras él no se refiere sino al lujo de los escaparates, a la alegría de los conciertos, al esplendor de los cafés, a la abundancia de los árboles, a la elegancia de las mujeres, yo, por mi parte, pienso en las calles estrechas y negras que de la Rambla van hacia el paseo de la Industria o hacia el mar, formando alrededor de la Catedral y de las Casas Consistoriales, un laberinto pintoresco, extraño y anacrónico, en el cual la vida moderna, muy activa y muy laboriosa, se desarrolla en un marco modioeval. Porque lo admirable y lo singular, aquí como en París, es que nada está muerto, nada se halla apartado de la corriente de la existencia actual, nada se inmoviliza con languideces de relicario.[2461]

Tras la visita a Barcelona, Carrillo consagrará el siguiente capítulo de su obra europea a la capitalidad del sur español, a la capital hispalense.

Sevilla, por paradójico que parezca, se asemejará a París en varios aspectos ante los ojos de Carrillo.[2462] Y no sólo a los de Carrillo pues cuenta nuestro cronista que, al visitar las calles sevillanas, comprendió las palabras que en París oyera de labios de su amigo, el célebre poeta que tan sentidamente cantó a Sevilla, Antonio Machado. Cuenta Carrillo que Machado se pronunciaba a favor de París o Sevilla, como sus lugares ideales para vivir. Confiesa Carrillo haberse sentido desconcertado por estas opciones tan dispares a simple vista. Pero su visita a Sevilla le demuestra las razones de la elección machadiana, pues dice: "ahora encuentro, como Machado, muchos puntos de contacto entre Sevilla y París".[2463]

Paradójico parece igualmente el hermanamiento de *Notre-Dame de Paris* con la Giralda, realizado por Gómez Carrillo, si bien éste nos explicita las razones de la semejanza apreciada. Dice Carrillo que la Giralda es "la Notre Dame andaluza"[2464] donde "todo es rítmico, todo es ponderado, todo es claro".[2465] Insiste Carrillo en la característica de ponderación como máxima del carácter monumental sevillano, a pesar de ser éste un aspecto poco publicitado por los visitantes de dicha ciudad, contra los cuales le previene su cicerone de excepción por las calles

[2461] Id., pp. 84-85.
[2462] Id., pp. 93-106.
[2463] Id., p. 95.
[2464] Id., p. 103.
[2465] *Ibid.*

hispalenses, Antonio Machado, gracias al cual descubre la ponderación característica de la capital del sur español.[2466]

Conviene con Machado en que los forasteros o turistas ofrecen una panorámica superficial y, consecuentemente, alejada de la realidad, al resaltar de Sevilla únicamente su carácter festivo. Transmite Carrillo el paralelismo entre esta situación y la de París, de los labios de "un poeta que no cultiva el cante hondo",[2467] el cual afirma que sería la misma visión que ofrecería alguien que quisiera caracterizar a París tan sólo habiendo visto su carnaval.[2468]

Uno de los puntos de contacto entre los habitantes de ambas urbes consistiría en que, pasando gran parte de su vida en pequeños apartamentos de grandes edificios, economizarían sus ganancias con la ilusión de poder adquirir una pequeña casita con jardín. Introduce Carrillo esta idea con las siguientes palabras: "los parisienses, que viven en compartimientos de inmensas cajas de piedra, se parecen a los sevillanos".[2469] La contemplación de estas casitas, fruto del anhelo esperanzado de dos pueblos tan diferentes, hace exclamar a Gómez Carrillo: "Yo me enternezco igualmente en *Bois Colombes* ante el *chalet* donde Bonafoux pensaba morir tranquilo, que en el Barrio de Santa Cruz, a la puerta de la casita en la cual Augusto Breal soñó en vivir toda su vida".[2470]

Los paseos solitarios, sin rumbo fijo, por calles y callejuelas, desentrañando la autenticidad escondida en cada recodo, seguirían siendo la tónica general de la técnica seguida por Enrique Gómez Carrillo para conocer las ciudades visitadas. Así lo hará por Santander,[2471] sin apresurarse por conocer los lugares de obligada visita para el turista, en soledad física que no moral, ya que a quienes le recriminan, en cierto modo, su actitud de paseante poco interesado en los tópicos sitios, responde que no anda solo sino que va acompañado por Pereda, el escritor

[2466] *Ibid.*
[2467] Id., p. 100.
[2468] *Ibid.*
[2469] Id., p. 99.
[2470] *Ibid.*
[2471] Id., pp. 143-168.

santanderino.[2472] Esta ciudad será una de las pocas, junto con la italiana Verona,[2473] en las que el recuerdo de París estará ausente en las páginas dedicadas en esta obra a sus recorridos por capitales, regiones e incluso algún país europeo.

Siguiendo con su afición peripatética, en Galicia,[2474] el espectáculo que le ofrecen las mujeres coruñesas que pasean despreocupadamente, hace evocar a Enrique Gómez Carrillo estampas de deliciosas avenidas de otras grandes ciudades donde la presencia femenina conferiría al paisaje extraordinarios matices. Así La Coruña es equiparada a París, naturalmente, aunque también lo será a Niza y a Estrasburgo,[2475] mas con un toque inconfundible, conferido por la raíz española de estas mujeres que las hará iguales y a la vez diferentes de las parisinas. Tras evocar su amplio conocimiento sobre "niñas cuyos ojos hablan de amor"[2476] allá en París, argumenta Carrillo en alusión a lo coruñés: "Pero lo que hay aquí de encantadoramente provinciano, de suavemente tentador, no lo hay en ninguna otra parte".[2477] Las palabras de quien lo acompaña corroboran esta aseveración, pues apoya lo anterior arguyendo que lo interno es enteramente castellano aunque por lo externo (vestidos, zapatos, medias,…) se asemeje a lo parisino. Afirma Carrillo respecto de la apariencia: "viene de París y es parisiense. Pero el fondo es muy español…".[2478]

Dos casas de ilustres gallegas ocuparán la atención de Gómez Carrillo en este capítulo dedicado a Galicia. En primer lugar vendrá la de la ilustre poetisa gallega Rosalía de Castro. Hablará Carrillo de esta autora con devoción sin ahorrar elogios para la autora de *Follas Novas*,[2479] lo cual constituye una de las pocas ocasiones en las que Carrillo ofrezca alabanzas a escritores españoles, ya que, desde su juventud, sintió y manifestó

[2472] Id., p. 146.
[2473] Id., pp. 183-194.
[2474] Id., pp. 107-142.
[2475] Id., p. 126.
[2476] *Ibid.*
[2477] *Ibid.*
[2478] Id., p. 127.
[2479] Id., pp. 128-133.

Gómez Carrillo cierta aversión y rechazo hacia la literatura castellana en general. Sorprendido nuestro cronista por el hecho de que la casa de la insigne poetisa gallega fuera propiedad de una dama inglesa, este hecho le hace rememorar otro de parecida índole, acaecido en París, pues cuenta Carrillo, a modo de anécdota un tanto triste, cómo hubo de ser un ciudadano paraguayo quien viajara desde su país hasta París, con el objetivo de cumplir el postrer deseo expresado por Alfred de Musset, plegaria que ningún parisino había sido capaz de cumplir, y que consistía en plantar un sauce junto a su tumba.[2480]

La segunda casa comentada por el cronista guatemalteco por tierras gallegas es a la que él llama la casa de Carolina,[2481] refiriéndose a la artista gallega triunfante en la capital gala, más conocida como La bella Otero, nombre artístico de Agustina Otero Iglesias. París saldrá a relucir en relación a esta artista, muy querida y admirada en su pueblo natal, pues cuenta Carrillo que la llamaban la *impurísma de París* en un juego de palabras con la virgen conocida como la *Purísima de la Plata*, imagen perteneciente a la Catedral de Santiago, y dado que ambas despertaban la veneración entre los compostelanos.[2482]

En una nota final dedicada a Galicia,[2483] París aparecerá una vez más, en esta ocasión en calidad de poseedor de desarrolladas y modernas comunicaciones, las cuales facilitarían su accesibilidad. Relata Carrillo la incredulidad mostrada por un madrileño, asiduo de París pero que nunca había pisado Galicia, ante las excelencias gallegas cantadas por Carrillo, e inquiriendo el motivo por el cual, a pesar de las maravillas expuestas por Carrillo, Galicia era una tierra visitada una única vez, para no volver reiteradamente. Carrillo le ofrecerá la verdadera y evidente razón de este no visitar a menudo territorios gallegos, que residiría la dificultad para acceder a ella dada la escasez o precariedad de medios de transporte que lo posibiliten. Argumenta Carrillo a su contertuliano madrileño: “Mientras

[2480] Id., pp. 132-133.
[2481] Id., pp. 137-140.
[2482] Id., pp. 137-138.
[2483] Id., pp. 140-142.

que para ir de Madrid a Vigo es necesario emplear más tiempo que para ir de Madrid a París, la gente seguirá tomando el camino de San Sebastián…".[2484]

El título que Enrique Gómez Carrillo concede a la parte en la que se centrará en traducir sus sensaciones sobre la capital vasca, *El alma cosmopolita de San Sebastián*,[2485] hace pensar en que las alusiones a París estarán garantizadas. Y estaríamos en lo cierto, a no ser porque este cosmopolitismo tan apreciado en París, será despreciado en San Sebastián, al consistir éste en una ausencia de autenticidad genuina en la ciudad que debiera detentar peculiaridades españolas. "¡Pobre extranjero en San Sebastián!",[2486] se lamenta Gómez Carrillo, poniéndose en la piel de ese forastero recién llegado a San Sebastián, ávido de esencia donostiarra, ante la decepción que de seguro sufrirá, al igual que él, todo aquel que llegase a esta capital deseoso de descubrir, enumera Carrillo "matices locales, […] novedades algo exóticas, […] ritmos raros, [….] músicas nuevas, […] impresiones inéditas".[2487] Pues lo que hallarán será una gran mezcla cosmopolita en la cual de lo español no habrá casi ni un vestigio, y lo que estará presente será "el acento parisiense" en todas las charlas, mezclado con lo inglés, lo italiano o lo americano.[2488]

El desagrado por lo cosmopolita continúa siendo expresado aquí por Carrillo con respecto a las ropas de las mujeres que nuevamente recuerdan a las parisinas *Rue de la Paix*, o a la *Rue Royale*, en el caso de los tocados femeninos.[2489]

En cierto aspecto asegura Carrillo que San Sebastián supera a París, aunque no sólo a la Ciudad Luz. Carrillo bautiza a la capital vasca con un apodo, basándose en la gran cantidad de coches que circulan por sus calles (y las molestias que de ello se derivan: ruido, malos olores,…) y que será *automovópolis*, sobrenombre sobradamente merecido, pues proporcionará

[2484] Id., p. 142.
[2485] Id., pp. 169-182.
[2486] Id., p. 171.
[2487] *Ibid.*
[2488] Id., p. 171-172.
[2489] Id., pp. 172-173.

datos diciendo: “Nunca, ni en París, ni en Dauville; ni en Ostende, ni en Londres, ni en ninguna parte, nuestro forastero ha visto tantos “veinte caballos”, ni ha oído tantas bocinas, ni ha sentido un olor tan terrible de bencina”.[2490] Añade Gómez Carrillo que este aspecto induce a creer en la falsa idea del alto nivel de vida que ostentarían los ciudadanos españoles.

La mujer donostiarra capta inevitablemente la atención de Gómez Carillo. Sin embargo, en ella no encuentra el encantamiento que lo maravilló en féminas representantes de otros países y otras ciudades. De nuevo encuentra en ellas que todo lo exterior es parisino;[2491] pero el interior, en el fondo y en la forma incluso, descubre Carrillo que “lo español es en tales mujeres lo esencial”.[2492] A continuación, hace Gómez Carrillo extensiva esta idea de aspecto parisino pero fondo español a todo lo que encuentra en San Sebastián. No lo dirá Carrillo despectivamente, pues hallará en esto el motivo de consuelo para aquel turista decepcionado por el cosmopolitismo aparente exhibido en la capital vasca.[2493] Encuentra aquí, finalmente Carrillo una España auténtica aunque desprovista de los tópicos tan extendidos (castañuelas, gracia andaluza, toreros,…), llegando a preguntarse si no valdría más cultivar esta imagen frente a la anterior más folclórica y festiva, concluyendo que en esta ciudad estaría el ejemplo de la verdadera España, capaz de adaptarse a los nuevos tiempos sin perder su identidad.[2494]

Llegado el turno a ciudades italianas, son tratadas Verona, Roma y Venecia. En el relato de las dos primeras no planea el fantasma de París, siendo para ello Venecia la elegida.[2495] En ella surgirá igualmente la figura lejana de París. “Viniendo de París una Venecia así es inverosímil”,[2496] confiesa este ciudadano del mundo procedente de París, quizá un poco sorprendido ante lo imprevisto de no encontrar una Venecia pletórica de fuertes cromatismos, intensos y bellos azules, dorados o bermellones, sino

[2490] Id., p. 175.
[2491] Id., p. 176.
[2492] *Ibid.*
[2493] Id., pp. 176-177.
[2494] Id., p. 181.
[2495] Id., pp. 195-212.
[2496] Id., p. 196.

de hallarse ante una Venecia de exquisitos tonos suaves, de cielo celeste velado o atardeceres rosados. La explicación de la idea preconcebida le viene de París, donde todo existe, donde todo se halla. Explica Carrillo el tópico veneciano concebido a la parisiense: "Porque París tiene su Venecia como tiene su Sevilla y su Granada, como tiene su Tánger y su Cairo. Es una Venecia de colores alegres, de tonos fuertes, de contrastes bruscos".[2497]

Su caminar despreocupado a la caza de sensaciones fuera de los circuitos turísticos establecidos, gozando de cada callejuela y cada rincón de la ciudad de los canales, proporciona a Carrillo emociones que, ni siquiera París, ha sido capaz de proporcionarle: "Pero lo que no se siente ni en París, ni en Roma, ni en ninguna ciudad, es la sorpresa constante de los palacios en medio de los más humildes barrios".[2498]

Finaliza Carrillo *Vistas de Europa* ofreciendo una panorámica de una zona geográficamente muy amplia, puesto que el último capítulo lo dedica Gómez Carrillo a sus sensaciones experimentadas en Rusia.[2499] Las alusiones a la nieve y al frío serán una constante, no así a la figura de París, que aparece únicamente, y por contraste, cuando Gómez Carrillo comenta las condiciones de vida de las prostitutas moscovitas,[2500] totalmente cubiertas de prendas de abrigo, dadas las bajas temperaturas características de aquel país, las cuales sólo dejan al descubierto sus ojos. Estos ojos son los que harán pensar a Carrillo en los ojos de sus homólogas parisienses, apreciando gran diferencia entre ellos, pues los ojos rusos que dirigen una mirada insinuante a los potenciales clientes dista enormemente del parisino: "un guiño insolente, cual aquellos que, en los bulevares exteriores de París, animan los lívidos rostros de las *momes*, sino un guiño humilde que implora, que pide por el amor de Dios, los rublos indispensables para vivir al día siguiente".[2501] Se jacta Carrillo de ser conocedor de estos ambientes, no sólo en París, poniendo de relieve que las palabras anteriores

[2497] *Ibid.*
[2498] Id., p. 201.
[2499] Id., pp. 235-254.
[2500] Id., pp. 252-254.
[2501] Id., p. 253.

no las dictan sentimientos hipócritas, pues reconoce disfrutar ante la vista des *Belles de Nuit* francesas o londinenses,[2502] cosa que no le sucede antes las cortesanas rusas ya que un abismo se abre entre ellas, no siendo el sentimiento de Carrillo lúbrico sino compasivo. En opinión de Gómez Carrillo "aquí no hay alegría, no hay pecado, no hay vicio. Lo único que hay, es hambre…".[2503]

Desarrollado el análisis centrado en desentrañar la presencia de París en los relatos de viajes de Enrique Gómez Carrillo, podemos afirmar que la capital francesa viaja siempre con el cronista, acompañándolo de manera cercana, escondido en su subconsciente, pero en una zona tan superficial del mismo, que cualquier nimio detalle desencadena con gran fuerza su pasaje al primer plano de la escena, salvando las distancias geográficas y culturales, en ocasiones abismales, existente entre países. Así pues, para Gómez Carrillo, la distancia no es el olvido, sino más bien, todo lo contrario.

[2502] Id., pp. 253-254.
[2503] Id., p. 254.

Capítulo 15. El texto de Gómez Carrillo y su contribución al mito de París.

15.1. Tras la desaparición de Gómez Carrillo: sentidos homenajes y reconocimientos a su labor literaria y de difusión de la esencia parisina

Su relevancia como hombre y como escritor no finalizó tras su desaparición ya que sus escritos siguieron siendo fuente de inspiración y, actualmente, siguen siendo fuente de estudio y análisis.

La muerte de Enrique Gómez Carrillo obtuvo gran repercusión en los círculos literarios y periodísticos con los cuales había tenido tan estrechos lazos durante toda su existencia. Existen testimonios directos del enorme dolor causado por su desaparición en algunos de los que fueron sus amigos y compañeros en diversos diarios. Uno de ellos sería el de César González Ruano. González Ruano escribe una obra de sentido tributo al amigo que acaba de irse en una sola noche. Así lo firma en una nota al principio del libro, noche del 4 de diciembre de 1927. Es una obra rápida, casi en estilo telegráfico en la que da un repaso a las pinceladas fundamentales de la vida de su amigo: padres, infancia y travesuras, llegada a París, primer amor con la parisina Alice, envío a España y separación de Alice, matrimonios, paralelismo entre Gómez Carrillo y el mito de D. Juan, anécdota sobre su relación con la espía Mata Hari, muerte y funeral, para acabar con una breve pero completa panorámica general de su obra antes de despedirse sentidamente como sigue:

> Yo he tejido esta corona fúnebre como una conversación más de amor. De falso amor maravilloso. Cuando comenzaba a tomarte cariño, te dejo, te doy este adiós lírico y afectado como una carta galante de despedida.

-¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós![2504]

Mendoza, quien dedicó a la vida y obra de su amigo Carrillo una publicación de dos tomos, siente de tal manera la pérdida del gran amigo y del gran hombre, que este sentimiento le mueve a escribir la citada obra en la que viene a solicitar ante sus compatriotas, enardecidamente y de todo corazón, tras ensalzar y documentar todas las virtudes personales y literarias de nuestro cronista, sin obviar ni sus defectos ni sus vicios, que este gran hombre así como su importante legado cultural no sean devorados por el olvido:

> Vengo también a pedir, […], que establezcamos el culto de todos nuestros grandes valores, recordando el sabio consejo de Epicuro, que recomienda tener siempre delante de los ojos el retrato de un hombre ilustre para vivir como en su presencia. Tenemos elegantes parque y suntuosos paseos sembrados de estatuas que representan algunas figuras caprichosas […] en vez de promover la utilidad pública de la supervivencia en las estampas de nuestros supremos exponentes y refrescar así los recuerdos que debemos inmortalizar en le santuario de nuestra memoria.[2505]

Este deseo de Mendoza comenzaría a verse cumplido años después, concretamente cuando el presidente guatemalteco Juan José Arévalo declaró en 1945 su apoyo para construir un monumento al ilustre cronista. Pero hasta el año 1966 no pudo admirarse este monumento en la ciudad de Guatemala, monumento que se erigió en un parque llamado hasta entonces de la Concordia y que fue rebautizado en esa misma fecha con el nombre de Enrique Gómez Carrillo. Dicho monumento consiste en un busto de Gómez Carrillo realizado en bronce por el escultor Rodolfo Galeotti.[2506] En el año

[2504] González Ruano, C., *op. cit.*, p. 141.
[2505] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 1, p. 394.
[2506] Rodolfo Galeotti Torres nació en Quetzaltenango el 4 de marzo de 1912 y falleció en la Ciudad de Guatemala el 22 de mayo de 1988. Es considerado como el artista más representativo del periodo revolucionario de los presidentes Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz (1944-1954). Fue director de la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Decoró e hizo obras de escultura en el Palacio Nacional, y en la fuente del parque central. Entre sus obras se encuentran Monumento al caminero (1943); Tríptico de la revolución (1945), Cinco caciques centroamericanos (1949), esculturas murales de la escuela federación de Pamplona y otras. Esculpió a diversos personajes históricos: Rafael Landívar, el Hermano Pedro, el Papa Juan Pablo II, fray Payo Enríquez de Rivera, Enrique Gómez Carrillo, Francisco Vela, Enrique Gómez Carrillo. Realizó estudios en yeso, piedra y mármol. Entre otros reconocimientos recibió la condecoración de la Medalla Presidencial el 16 de mayo de 1988.

2003 fue reinaugurado por el alcalde de la ciudad produciéndose para la celebración de este evento diversas manifestaciones culturales.

Mendoza justifica su petición en base a la influencia que Gómez Carrillo ejerció en las generaciones contemporáneas e incluso posteriores, influencia que no debería ser ahorrada a las generaciones futuras:

> Piadoso e inflexible, justo y apasionado, lírico y razonador, Enrique agitó más tarde las potencias de las masas, despertando las manifestaciones particulares de todas las facultades vitales. Reunió en sus libros, entre relámpagos de impresiones súbitas, un gran conjunto de sentimientos y de tendencias espirituales que dieron enérgico impulso a las actividades de más de tres generaciones, de las que saldrán, posiblemente, valiosos arquitectos que construyan los nuevos edificios del arte. Porque Enrique dejó prendido en muchas inteligencias, su buen gusto literario y la nota lírica que vibraba en los gavilanes de su pluma con amplios vuelos creadores.[2507]

En algunas páginas posteriores redunda Mendoza en esta idea de los beneficios que la figura de este insigne autor podría aún aportar a los jóvenes, con la finalidad de despertar las consciencias de los compatriotas de nuestro cronista hacia el estudio de la obra de Carrillo que tanto brillo y renombre dio a las letras guatemaltecas, ahondando en la percepción de que quizá se le haya hecho más justicia en otras tierras que en aquella en la que vio la luz:

> Y hoy, recapacitando un poco, son ya varios los que se dan a la búsqueda de los libros de Enrique, para leerlos con interés; y si no todos proceden aquí con solicitud y cariño, la generalidad, sin duda, halo hecho así, al menos para no pasar por rezagada ante el concepto de los cultos viajeros que nos visitan, que nos interrogan y nos convidan a hablar de nuestros valores literarios. De ahí que en la mente de nuestros intelectuales, se refleje ya una especie de resurrección para el otrora abatido crítico, hoy autor eximio, que integró en su prosa una concatenación de conceptos sugestivos y geniales.
>
> Después de muerto Enrique, su nombre ha empezado a sonar, con mejor resultado, en los oídos de nuestra juventud; y estaremos por completo de plácemes cuando aquí se reconozca, en toda plenitud, el tesoro inagotable que constituyen los

[2507] Mendoza, J.M., *op. cit.*, t. 2, pp. 106-107.

> numerosos volúmenes que produjo el grande e inimitable cronista.[2508]

Este biógrafo de Gómez Carrillo puede considerar colmado su anhelo de que el que fuera insigne representante guatemalteco haya finalmente sido colocado en su patria de nacimiento en el lugar que le corresponde conforme a sus méritos. Tras años de indiferencia denunciada hacia la figura de Carrillo en Guatemala, su personalidad y su obra comenzaron a ser motivo de reconocimiento y homenajes en su tierra natal. Entre otras acciones llevadas a cabo podemos citar la existencia de un instituto, el Instituto Nacional Experimental de Educación Básica que lleva su nombre o la de la constitución de la Asociación Gómez Carrillo, que incluso posee su propia página web,[2509] en la que se da noticia tanto de la vida y obra de Carrillo como de publicaciones relativas al mismo, tesis,…, así como de eventos relacionados con su estudio.

La Asociación Enrique Gómez Carrillo fue presentada en Guatemala el 27 de febrero del año 2003 en conmemoración de los 130 años del nacimiento del que fuera justamente coronado como el "Príncipe de los Cronistas". Se define como entidad privada, social, cultural, educativa, sin interés de lucro y cuyo objeto es la conservación, promoción y divulgación de la obra literaria y periodística del escritor Enrique Gómez Carrillo. Por otro lado, también se fija como meta el reunir en su seno a todas las personas de cualquier nacionalidad, que desarrollen actividades relacionadas con el estudio y divulgación de la vida y obra del escritor. Añadiendo a lo anterior su compromiso en velar por la conservación del patrimonio general y literario de Enrique Gómez Carrillo.

En su página web aparecen claramente definidos sus fines,[2510] todos ellos fundamentales para que la persona y la producción cultural de Gómez

---

[2508] Id., p. 137.
[2509] http://www.enriquegomezcarrillo.org, consultada el 23/08/2001.
[2510] Los fines establecidos por esta asociación son:
-Establecer relaciones con las universidades, academias, centros educativos y culturales nacionales e internacionales para el estudio y divulgación de las obras del escritor.
-Fundar una biblioteca con las obras y material documental de Enrique Gómez Carrillo, y todo lo escrito y publicado que se relacione con el escritor.

Carrillo tengan garantizadas su pervivencia y su proyección tanto nacional como internacional.

No es ésta la única página de Internet en la que podemos encontrar información sobre nuestro escritor, siendo innumerables los sitios que nos ofrecen multitud de información sobre su vida, obra u otros datos de interés referidos a su figura. De igual modo existen publicaciones virtuales en las que se dedican artículos a Carrillo, como puede ser el caso de la revista *D Prensa Libre,*[2511] que en su número 107, con fecha 23 de julio de 2006 publica una *Semblanza de Enrique Gómez Carrillo,* de donde extraemos la siguiente cita laudatoria que su autor, Gustavo Adolfo Montenegro hace de Carrillo, en la cual confluye con los dos biógrafos tratados anteriormente en lo referente a la deuda que Guatemala tendría con Gómez Carrillo:

> Muchos elogiaron sus textos exuberantes y vívidos; otros criticaron su afán de notoriedad y sus alabanzas a los gobernantes. A la luz del tiempo, sólo se puede decir que es el más grande cronista del modernismo iberoamericano y que su país aún está en deuda con él.[2512]

Si su labor periodística y literaria fueron unánimemente alabadas, también recibió elogios su eficaz labor como traductor tanto de poesía como de prosa francesas al castellano,[2513] junto con su faceta de presentador cosmopolita de personalidades de cualquier ámbito de la época, aunque

---

-Profundizar, intensificar, y profesionalizar el estudio y la investigación del escritor de manera permanente en cooperación con las universidades, centros educativos y culturales para la realización de conferencias, exposiciones, mesas redondas, congresos, cursos, cátedras y seminarios aprovechando todos los medios audiovisuales y sistemas existentes que convengan.
-Reunir y publicar las obras literarias y periodísticas de Gómez Carrillo.
-Publicar artículos en periódicos, revistas y folletos, relacionados con la vida y obra del escritor.
-Establecer el Premio Literario Enrique Gómez Carrillo.
-Promover concursos literarios en establecimientos educativos y culturales, otorgando premios, y cualquier actividad necesaria para alcanzar los fines de la Asociación.
-Intervenir en todos aquellos asuntos relacionados con el rescate de la memoria y el legado literario de Enrique Gómez Carrillo.
-Conformar un centro cultural que se ocupe entre otros aspectos de la divulgación de obras literarias e históricas relacionadas con el escritor en los ámbitos nacional e internacional.

[2511] Publicación en Internet: Revista *D Prensa Libre* http://www.prensalibre.com/pl/domingo/archivo/revistad/2006/julio06/230706/cultura.shtml Consultada el 18/02/2005.

[2512] Id., p. 1.

[2513] Dice Ulner: "Demostramos la importancia de Gómez Carrillo como traductor de poesía y prosa francesas no sólo en Literatura extranjera y en el tomo de cuentos franceses que vertió al castellano, sino también en artículos y en fragmentos que solía insertar en sus escritos". Ulner, A., *op. cit.*, p. 210.

fundamentalmente del artístico,[2514] para acabar concluyendo, como afirma Ulner, que la literatura castellana le debe estar profundamente agradecida por su empeño en aproximarla e impregnarla de las innovaciones culturales parisinas en particular y europeas en general:

> La literatura hispánica está profundamente en deuda con Enrique Gómez Carrillo por el sistema de comunicaciones literarias que estableció, mediante el cual mantuvo al día a los lectores de Hispanoamérica y de España, respecto a las promociones literarias de última hora de París y de otros centros de cultura.[2515]

No es único este autor en destacar la importancia del papel ejercido por Gómez Carrillo como irradiador de cultura europea en España e Hispanoamérica. El calificativo de "hombre puente sobre el Atlántico" que Sabugo Abril concede a nuestro cronista nos parece totalmente acertado.[2516]

Como director que fue de varias publicaciones literarias, es igualmente loado, por su empeño en la aventura de dirigir publicaciones con la finalidad puesta siempre en su deseo de hacer llegar todo lo que él amaba, lo que constituyó su pasión durante toda su vida, lo artístico y lo literario, a sus hermanos de habla castellana.[2517]

El número de estudiosos dedicados a profundizar en el estudio de la vida y obra de Enrique Gómez Carrillo no escasea, siendo numerosas las publicaciones de artículos, libros,... Basta con consultar cualquier base de datos sobre literatura[2518] para que el número de artículos publicados lo confirme.

[2514] Afirma Ulner: "pasa por sus escritos un desfile verdaderamente cosmopolita de escritores u pintores así como un número crecido de políticos, diplomáticos, actores, actrices y bailarinas". Id., p. 211.
[2515] *Ibid.*
[2516] Incluimos la cita de Sabugo Abril al respecto: "A Gómez Carrillo, hombre puente sobre el Atlántico, debemos el acercamiento entre ambos continentes, un intento serio de aproximación, de comprensión. Leemos en la presentación de Cosmópolis: "…España y América forman un solo imperio espiritual. Desgraciadamente, los españoles conocen tan mal a América que Baroja ha podido llamarla el continente estúpido. Y los americanos conocen tan mal a España que muy a menudo la calumnian"." Sabugo Abril, A., *op. cit.*, p. 187.
[2517] Afirma igualmente Sabugo: "Luego de *Cosmópolis*, otras revistas como *La Pluma* o *Revista de Occidente* continuarán la huella, decantándose como más literarias la primera y con mayor rigor intelectual la segunda". Id., p. 191.
[2518] Base de datos *Literature Online*, URL: http://lion.chadwyck.co.uk consultada el 06-05-2005.

Es igualmente elevado el número de investigadores de la figura de Gómez Carrillo que ensalzan su labor y la influencia por él ejercida tanto en su época como en posteriores generaciones de artistas. Carter destaca este aspecto centrándolo en la Argentina,[2519] Henríquez Ureña en toda la América hispana lectora de sus crónicas durante más de treinta años,[2520] y García Calderón en las jóvenes generaciones las cuales, gracias a Carrillo, pudieron conocer y comprender mejor movimientos vanguardistas como el simbolismo.[2521]

La Universidad Guatemalteca se ha implicado activamente en la tarea de hacer perdurar y ampliar la memoria de la obra de su insigne compatriota Gómez Carrillo. Así, esta institución asegura la publicación de estudios y homenajes referentes al citado personaje.[2522]

Recientemente, en agosto de 2006, la Universidad Rafael Landívar de Guatemala ha realizado un Congreso con la figura de Enrique Gómez Carrillo como protagonista, bajo el título de *Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo,* en el que se celebraron numerosas conferencias y ponencias sobre la vida y obra del autor que nos ocupa llevadas a cabo por insignes estudiosos del personaje procedentes de diferentes universidades tanto guatemaltecas como de otros países, tales como la Doctora Nellie Bauzá Echeverría de la Universidad de Puerto Rico, el Dr. Fernando Feliú-Moggi de la Universidad de Colorado en Estados Unidos, el Dr. Abdelmouneim Bounou de la Universidad de Sidi Mohammed Ben Abdallah-Fez y Centro de investigaciones Ibéricas e Iberoamericanas de Marruecos.

Aún más cercana en el tiempo se encuentra la constatación de que los guatemaltecos están firmemente decididos a honrar a su compatriota cronista de manera continuada para que su memoria no se diluya en el olvido. Lo demuestra el compromiso adquirido por el citado instituto que lleva su

[2519] *La Revista de América* de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre, edición facsimilar, estudio y notas de Boyd G. Carter, Managua, Publicaciones del Centenario de Rubén Darío, 1967, p. 35.
[2520] Henríquez Ureña, P., *Literary currents in Hispanic America*, Cambridge, Harvard University Press, 1945, p. 178.
[2521] Ulner, A., *op. cit.*, p. 56.
[2522] "Homenaje a Enrique Gómez Carrillo", presentación de Lucrecia Méndez de Penedo. *Revista Cultural de Guatemala*, Segunda Época: Año XXIV, Volumen I, enero-abril, Guatemala, Publicación de la Universidad Rafael Landívar, 2003.

nombre donde se vienen realizando ciclos de lecturas sobre la obra de Enrique Gómez Carrillo. El más reciente ha tenido lugar el 17 de agosto de 2007, siendo éste el Tercer Círculo de Lectura, este año dedicado a las obras de Carrillo sobre Rusia y Oriente, organizado por la Doctora Violeta de León Moreno conjuntamente con alumnado de la Facultad de Humanidades de la Universidad San Carlos de Guatemala.

Casi simultáneamente se producía otro acto en el que se daba esplendor al nombre de Gómez Carrillo. El 14 de agosto 2007 fue develada la placa conmemorativa en el inmueble donde actualmente se encuentran las Fiscalías de Asuntos Constitucionales, Amparos y Exhibición Personal del Ministerio Público de Guatemala, que manifiesta que el "Príncipe de los Cronistas", colaboró en el periódico *El Correo de la Tarde*, editado por Rubén Darío entre 1890 y 1891, y que tenía su sede en este edificio. Este acto estaba enmarcado en el X Festival del Centro Histórico de Guatemala. El año anterior, este mismo Festival en su novena edición, el día 16 de agosto de 2006, también celebró un acto el Parque Enrique Gómez Carrillo para celebrar su 40 aniversario. En esta ocasión se develó una nueva placa conmemorativa de mármol que se encuentra en el monumento al escritor.

Por otro lado, son motivo de homenaje y recuerdo, los años en los que la obra o el escritor celebran cumpleaños. Lo demuestran artículos y publicaciones como *A los cien años de Gómez Carrillo*,[2523] publicado en 1973, fecha conmemorativa del centenario del nacimiento del genial cronista, donde se ponen de relieve una vez más la importancia adquirida por Carrillo y su obra tanto en la época en la que vivió como en épocas posteriores hasta llegar a la presente, en la cual, su vida y sus escritos continúan siendo fuente de admiración, de estudio y de deleite.

Así pues, resulta concluyente que la vida y obra de Gómez Carrillo se encuentran vigentes en la actualidad, siendo previsible que esta vigencia continúe en el futuro, dadas las actuaciones que están siendo llevadas a cabo con el objetivo puesto en que las nuevas generaciones puedan documentarse

[2523] Mejía Sánchez, E., *A los cien años de Gómez Carrillo*, Los Ángeles CA., Mester, 1973, pp. 37-39.

así como disfrutar gracias a la obra del insigne escritor guatemalteco de nacimiento, parisino de adopción, ciudadano de todos los países, que escribió en París, de París y para París, del mundo y para el mundo.

15.2. La obra de Enrique Gómez Carrillo y su contribución a la construcción del mito de París

En la obra de Cristóbal Pera centrada en el estudio de los modernistas en París, la cual consideramos imprescindible para nuestro trabajo y pues en ella realiza un profundo y certero análisis del paso de relevantes artistas hispanoamericanos representantes del modernismo por París así como del paso y huella de París por ellos,[2524] Pera nos revela cómo París constituía para estos autores hispanoamericanos y modernistas una referencia obligada en tanto que significaba la ubicación del centro de lo cultural, lo artístico y lo intelectual, no sólo a nivel europeo, sino incluso a nivel mundial nos atreveríamos a afirmar, unido a las nociones superiores de modernidad y cosmopolitismo, tan atrayentes para los modernistas, para aquellos que, liberados de la larga potestad ejercida desde la España colonizadora, deseaban un cambio radicalmente opuesto a lo que había constituido su pasado, su bagaje hispánico. Expone Pera que su objetivo en la obra citada ha sido:

> suscitar la revisión de papel histórico-literario que el *mito de París* o el *discurso sobre París* ejerció en toda una generación de escritores que sienten la imperiosa necesidad de trasladarse física o mentalmente a la Cosmópolis que, desde mitad del siglo XIX, se consolida y se presenta ante el mundo como el *centro de la civilización.*[2525]

Esta idea del París-sol, centro irradiador de modernidad y civilización, ya arraigada en tierras Latinoamericanas desde el siglo XIX, germinaría en un adolescente Carrillo a través de sus lecturas, y posteriormente, ya afincado en París, el joven seducido artística y literariamente por la ciudad, contribuiría incansablemente a perpetuar y

[2524] Pera, C., *Modernistas en París: El mito de París en la prosa hispanoamericana*, Berna, Peter Lang, 1997.
[2525] Id., p. 189.

enriquecer la semilla recibida durante el primer cuarto del siglo XX en el que vivió, para dejar que su obra prosiguiera su ministerio una vez desaparecido su autor.

Reseña Pera igualmente que la impronta grabada por París en las élites artísticas y literarias no se produjo de forma homogénea, por lo tanto, los resultados finales fueron específicos en cada autor, yendo desde la asimilación, la imbricación, la inmersión total, producida entre la ciudad y el artista, con la consiguiente anulación de las raíces de la tierra de nacimiento, como sería el caso de Gómez Carrillo,[2526] al sentimiento de rechazo hacia la capital gala, produciendo el encuentro con París el efecto contrario al anterior, es decir, el despertar del artista hacia la valoración de lo originario hispanoamericano como contrapunto a lo parisién, haciendo que estos artistas originarios del Nuevo Mundo hallasen, en su confrontación con París, su propia esencia, su propia especificidad, su propia singularidad, hecho que dirigiría las tendencias literarias hispanoamericanas posteriores al modernismo hacia la centralización de las temáticas artísticas en la tierra, en la naturaleza propia y específicamente hispanoamericanas.[2527]

En un estado intermedio se inscribirían otros artistas quienes habrían sido seducidos por la Ciudad Luz en el momento del encuentro, quedando luego decepcionados y hastiados ante el descubrimiento de su cara decadente, caso que representaría Rubén Darío, a quien Carrillo guiara por París en la primera visita del autor de *Azul* a la ciudad del Sena.

Aunque, como afirma Salvador en su obra cuyo título se inspira en uno de los versos del modernista hispanoamericano al que conoció y admiró Carrillo, Julián del Casal, de quien hemos incluido el poema al principio de este capítulo, en el cual este poeta confiesa su inclinación visceral hacia lo urbano,[2528] "La obsesión por el alma de las ciudades determina el alma modernista",[2529] (afirmación plenamente corroborada por la trayectoria vital y artística del autor guatemalteco objeto de nuestro

[2526] Id., p. 72.
[2527] Id., p. 190.
[2528] Salvador, A., *El impuro amor de las ciudades. (Notas acerca de la literatura modernista y el espacio urbano)*, Madrid, Visor Libros, 2006.
[2529] Id., p. 13.

estudio), reconoce Salvador igualmente el dispar balance arrojado por la relación entre los artistas y la ciudad: "relación ambigua y diversa de los artistas finiseculares con la gran ciudad",[2530] siendo quizá el poeta antes citado un ejemplo un tanto insólito ya que renunció a conocer París quizá por evitar que el choque con la realidad destruyese la imagen soñada, el mito.[2531]

Como ya hemos puesto de relieve, coincidimos plenamente con Salvador cuando destaca: "el interés que plantea el estudio profundo de estas relaciones, concediéndole al espacio urbano el protagonismo que merece".[2532] Este espacio, en el ámbito de los artistas y escritores, deriva hacia una sublimación, una elevación desde lo geográfico a la entelequia que cada autor formaría de la ciudad en su imaginario particular, reflejándolo en su obra y ofreciéndolo al mundo, con la consecuente influencia en la formación en los lectores de la idea de una ciudad no real sino velada por personales *mirages*. Lo manifiesta como sigue Salvador, en lo que creemos sería una definición de la línea vital de Gómez Carrillo: "los autores modernistas llegan a "vivir en el ideal", esto es, en París",[2533] acotando que se trataría de un Paris a medida, hecho de sueños, de ilusiones, una ciudad creada a la carta en base a las propias inclinaciones del artista, obviando todo aquello que no se insertara en el círculo preconcebido, en el caso de Carrillo, en el círculo artístico y cosmopolita de la capital gala. Expone Salvador este mecanismo sublimatorio utilizado por los modernistas: "subjetividad intelectualizada, desprovista de afectos y sentimientos, que sólo es capaz de percibir fragmentariamente, a través de "impresiones" que se siente incapaz de reproducir el flujo natural de la vida".[2534] Tal cita se adapta como un guante a la personalidad y producción de Gómez Carrillo, salvo, creemos, en lo relativo a la ausencia de afectos y sentimientos, pues la dependencia afectiva de Carrillo hacia la ciudad del Sena es manifiesta en toda su producción escrita en la que París es

[2530] *Ibid.*
[2531] Id., p. 28.
[2532] Id., p. 26.
[2533] Id., p. 27.
[2534] *Ibid.*

susceptible de estar presente, ya sea de manera directa o indirecta, consciente o inconsciente, cercana o lejana.

El verso de Julián del Casal es recogido del mismo modo por Ángel Rama para evidenciar la posesión por la ciudad experimentada por las artistas hispanoamericanos, posesión que alumbraría textos en los que la exaltación de las mismas sería fundamental.[2535] Utiliza Rama la palabra "arborescente", la cual nos parece totalmente adecuada, para describir el efecto que esta literatura exaltadora de la ciudad habría ejercido en las mentes de los lectores en general y de los artistas en particular.

Sin duda, el poema de Del Casal sería un exponente claro y evidente de la filosofía de vida de Gómez Carrillo, fielmente reflejada en sus escritos. Reproducimos el primer terceto del poema el cual evidenciaría la pasión experimentada por los modernistas por el concepto de le urbano, contraponiéndola a los elementos de la naturaleza:

> Tengo el amor impuro de las ciudades,
> Y a este sol que ilumina las edades
> Prefiero yo del gas las claridades.[2536]

Son numerosos los investigadores que afirman la fusión que Gómez Carrillo experimentó con la capital gala, durando su enamoramiento desde el primer momento de entrada en contacto con París, hasta sus últimos días, ya que prácticamente siempre tuvo fijado su hogar en la Ciudad Luz, sin abandonarla nunca definitivamente, sino tan sólo esporádicamente cuando, por cuestiones de su trabajo ya fuera por imperativos diplomáticos, fuera por las obligaciones contraídas en diferentes rotativos, se veía obligado a permanecer algunos meses fuera de ella, regresando siempre con ganas renovadas y teniéndola permanentemente presente en sus escritos, a través de los cuales habría contribuido a la forja del mito de París en calidad de capital literaria y artística. Apoyan esta afirmación las palabras de José Luís García Martín presentada en el prólogo a la obra autobiográfica carrillista *En Plena Bohemia*:

> Seducido por el mito de París, Gómez Carrillo se convertiría pronto en incansable divulgador de ese mito. Ningún otro escritor

[2535] Rama, A., *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984.
[2536] Del Casal, J., "En el campo", en *Obra Poética*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 239.

> fue más eficaz propagandista ni se integró más en el París literario, como muy bien ha señalado Rubén Darío, que fue su primer mentor y con quien mantuvo luego complicadas relaciones de admiración y odio.[2537]

En este mismo prólogo García Martín cita a Pera con la finalidad de fundamentar sus aseveraciones respecto de la tarea mitificadora desarrollada por el autor guatemalteco:

> París es el suelo donde germina la mitología de Gómez Carrillo y, como veremos en sus textos, también su París se compone de unos cuantos elementos que se repiten: los mismos barrios, los mismos personajes e idénticas imágenes e hipérboles van fijando ese mito que, envuelto y distribuido a través de la crónica, se llega a convertir en una mercancía apreciada por toda Iberoamérica.[2538]

Añade García Martín que Gómez Carrillo no sólo habría contribuido a fijar una imagen mitificada de la capital del Sena, sino que en este intento habría conseguido a modo de efecto colateral, mitificarse a sí mismo, llegando a ser el propio Gómez Carrillo conocido como figura mítica sosias de la ciudad de Paris: "También se mitificó a sí mismo, llegando a convertirse en un personaje literario que aparece en numerosas narraciones de la época".[2539] Esta afirmación ya la desarrollamos en el capítulo correspondiente a la vida del autor que nos ocupa, ofreciendo el título de alguna obra en la que aparecería un personaje inspirado en la personalidad y trayectoria vital y artística de Carrillo.

Apelaremos también a Aníbal González, otro gran conocedor de la literatura modernista e hispanoamericana, y por ende, de la figura de Carrillo, quien se pronuncia acerca del papel fundamental que jugó la crónica, género periodístico que cobró gran auge entre los modernistas así como de gran aceptación y alcance entre los lectores de la época, en tanto que difusora de las ideas, imágenes, lugares comunes, visiones objetivas y/o subjetivas, sensaciones, mitificaciones, etc… de sus autores, al expresar que:

> Las crónicas, ya fueran literarias o de temática más general, fueron un eslabón importante en esa red que tendieron os modernistas de un lado a otro del Atlántico; porque los

[2537] Gómez Carrillo, E., *En Plena Bohemia*, ed. cit., p. 25.
[2538] Pera, C., "El discurso mitificador de París en las crónicas de Gómez Carrillo", ed. cit., p. 38.
[2539] Gómez Carrillo, E., *En Plena Bohemia*, ed. cit., p. 26.

> modernistas, además de consumir crónicas, las produjeron también, y a través de las crónicas […] fue como se diseminaron los nombres de autores y de obras de la literatura europea, junto con interpretaciones de éstas.[2540]

No obstante, señalaremos que la imagen proyectada de un París que ejercería de faro iluminador y guía, amén de irresistible imán dotado de inmenso poder de atracción entre los artistas, habría sido igualmente detentado por otras urbes, las cuales habrían ejercitado un rol centrado en cuestiones artísticas, literarias y culturales, si nos basamos en las afirmaciones en esta línea ofrecidas por Mumford:

> Londres et nous pourrions dire autant de plusieurs grandes métropoles dont la mission nouvelle est de répandre à l'usage de plus petites agglomérations, de ressources culturelles susceptibles de resserrer les liens d'une coopération mondiale.[2541]

Realizando una reflexión basada en la preeminencia desempeñada por ciertas capitales protagonistas del papel de focos de irradiación y de atracción de cultura, distinguiéndose sobremanera de otros centros culturales o de las provincias circundantes, Mumford considera de manera general lo que nosotros aplicaríamos sin lugar a dudas a la ciudad de París:

> Ainsi, des traits particuliers, qui différencient la métropole des centres de province et l'ont toujours fait apparaître aux yeux de leur population comme un centre étranger et hostile, deviennent en fait l'expression d'une de ses fonctions essentielles: ressembler dans un périmètre restreint les représentants qualifiés d'une très grande variété de cultures.[2542]

Incidiremos en que Gómez Carrillo presenta, difunde, recrea, privilegia y mitifica una parte de París, un aspecto que a él, personalmente, le seduce y lo enamoró desde el principio, dado que ya tenía preconcebido el París que deseaba hallar, el París bohemio, literario, artístico, moderno, libre y abierto, en definitiva, cosmopolita. Una vez encontrado, se lanzó a través de su escritura a su magnificación, engrandecimiento y diseminación por el mundo que constituía el universo de sus lectores. Así pues, a tenor del estudio que hemos realizado de la presencia de París en sus múltiples facetas captadas por la pluma de Carrillo, podemos afirmar que nuestro autor contribuye a la construcción y cimentación del mito de un París

[2540] González, A., *op. cit.*, p. 57.
[2541] Mumford, L., *La cité à travers l'histoire*, Paris, Seuil, 1964, p. 699.
[2542] Id., pp. 699-700.

literario, de un París en calidad de capital literaria. Este aspecto de París ha sido estudiado por Brunel,[2543] quien define: "La capitale est le chef-lieu, la tête, le chef"[2544] y cuyas conclusiones encontrarían apoyo en la producción artística y literaria carrillista pues afirma: "La notion de capitale littéraire transcend alors l'espace, comme elle transcend le temps",[2545] trascendencia que adquirió en la época la obra de Gómez Carrillo, influenciando la visión que de París se formaban numerosos intelectuales contemporáneos o de épocas posteriores. Prosigue Brunel: "La capitale littéraire est le lieu d'un brassage de gens, de populations, de cultures",[2546] aspecto que habría seducido a Carrillo en su búsqueda de un determinado París, y aspecto multicultural, artístico e intelectual de París que habría difundido interminablemente a través de sus producción escrita.

El fenómeno de transmutación o de simbiosis de un concepto geográfico y local como es el de una capital de un país, hasta su asismilación a otro ámbito, el literario, artístico o cultural en nuestro caso, se halla ampliamente estudiado, analizado, y constituido por gran cantidad de autores, entre los cuales citaremos a Bessière,[2547] quien afirma que es la literatura la que se apodera de lo local hasta asimilarlo e incorporarlo de tal manera que lo en principio secundario obtendría por este procedimiento el lugar prioritario: "La littérature qui s'est saisie de la ville au point d'en faire un lieu exemplairement littéraire",[2548] En este sentido, veríamos lo ocurrido en la producción de Gómez Carrillo, quien atraído por los grandes nombres de la literatura francesa residentes en París, habría buscado denodadamente esos reductos de la capital parisina hasta hallarlos. Una vez felizmente hallados, se habría obrado en Carrillo el fenómeno apuntado por Bessière: "La capitale littéraire expose la littérature comme l'absolu"[2549] y

[2543] Brunel P., "Qu'est-ce qu'une capitale littéraire", en Pierre Brunel (éd.), *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984. vol. 1, pp. 1-12.
[2544] Id., p. 1.
[2545] Id., p. 6.
[2546] Id., p. 10.
[2547] Bessière, J., "Paris, capitale littéraire transculturelle 1920-1939. Propositions" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 1, pp. 185-194.
[2548] Id., p. 186.
[2549] *Ibid.*

en la obra carrillista se ponderaría el fomento de este *absolu* literario unido indisolublemente al nombre de París.

En idéntica línea prosigue Bessière al afirmar: "venir à Paris c'est reconnaître l'empire de Paris".[2550] Gómez Carrillo habría reconocido este imperio aún antes de pisar la capital gala, promovido por las lecturas de grandes autores franceses, igualmente lo habría reconocido en sus primeros meses de vida en París, lo habría seguido reconociendo durante toda su vida y así lo habría plasmado en su extensa y variada obra.

Otro investigador que ratifica la existencia de la imagen engrandecida y suprema que París se habría construido no sólo en Europa es Hernández, quien evidencia las relaciones de dependencia presentadas por un sector de la España deseosa de cambios y novedades, la cual dirigiría sus ojos admirados de aprendiz a la sabia maestra de arte, París, pues, afirma este autor que la España interesada por las vanguardias vería en los Pirineos la gran puerta abierta a la modernidad y a la innovación, al abandono de los rancios clichés largamente impuestos.[2551] De este modo, todo lo proveniente de Francia incidiría en acrecentar el mito ya existente, como reivindica Hernández: "contribuant ainsi à créer la mythe de la Ville-Lumière en tant que centre et origine de toute nouveauté, et aussi en tant que pôle d'attraction pour ceux qui y cherchent ce renouveau auquel aspire l'art".[2552]

Indicábamos anteriormente que, si bien el grado de asimilación y adopción llevado a cabo por Gómez Carrillo entre París y su propia persona es extremo o total, aunque no único, infinidad de autores hispano americanos en su gran mayoría pero también procedentes de otras latitudes, ejercieron una profunda y duradera labor, digamos publicitaria y/o propagandística, de la imagen que se hicieron en sus mentes artísticas de la capital francesa, hasta el punto de que el seguimiento y análisis pormenorizado de las huellas por ellos fijadas en literaturas distintas a la francesa ha dado lugar a interesantes estudios centrados en la cristalización

[2550] *Ibid.*
[2551] Hernández, J., "L'image de Paris dans la littérature espagnole d'avant-garde (1918-1936) " en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 1, pp. 263-272.
[2552] Id., p. 263.

de la imagen artística de lo parisino y, por extensión, de lo francés en obras literarias de diversas nacionalidades, al igual que hiciera Gómez Carrillo. En la realización de tan interesante a la vez que ingente labor, los investigadores que trabajan en esta línea convienen en que resulta imprescindible contar no sólo con las obras literarias propiamente dichas, sino que constituyen informaciones relevantes a la vez que indispensables, los puntos de vista aportados por los intelectuales, periodistas, etc… de la época, entre los cuales, incidimos nosotros, la obra de Gómez Carrillo resultaría un referente de excepción por lo dilatado en el tiempo además de por la variedad de las temáticas tratadas. En este sentido, sentencian Boixareu y Lefere:

> El estudio de la imagen de Francia en la literatura española no puede pasar por una recepción historiográfica propiamente española. Las mediaciones entre el referente histórico y el imaginario literario hay que buscarlas en los abundantes escritores testimoniales y de opinión de los intelectuales de distintas épocas.[2553]

En el trabajo de estudio y edición realizado por estos investigadores, enfocado hacia la presencia y características de la imagen de Francia dejada en las letras españolas, se pone de manifiesto lo que ya apuntábamos, deduciendo de la lectura de las obras de Carrillo, acerca de la función relativa a la inclinación de la balanza hacia un cierto sentido que los escritores que producían desde el país galo ejercían a través de sus escritos, inclinación que se dejaba sentir en la sociedad de la época, según constata la obra de Boixareu y Lefere:

> La virulenta polémica que dividió la sociedad española entre francófilos y germanófilos revelaba el trasfondo cultural de la cuestión, en especial las imágenes antagonistas que los españoles se hacían de Francia y Alemania, identificándose con las unas o las otras.[2554]

Daniel Henri Pageaux pone de manifiesto la misma línea apuntada anteriormente respecto a la relevancia de las opiniones de los intelectuales contemporáneos para el conocimiento de las realidades así como de las imágenes más o menos amplias o reduccionistas, más o menos reales o

[2553] Boixareu, M., y Lefere, R., (coord.), *La Historia de Francia en la literatura Española*, Madrid, Castalia, 2008. p. 683.
[2554] Id., p. 709.

ficticias, que existirían en cada época. Así lo expresa este autor en un estudio focalizado en la figura de un relevante escritor español, manifestación que creemos sería igualmente aplicable a la figura de Gómez Carrillo: "En la vastísima obra de Azorín, tanto en los libros como en los innumerables artículos que los nutren, las referencias a Francia, su Historia y sus protagonistas son incesantes, y orientan la reflexión sobre España".[2555]

No se trataría esta tarea de influencia en la creación o exaltación de una determinada imagen o proyección de la ciudad, de una idea inconsciente, sino todo lo contrario, como resalta Boixareu al aludir al estudio de Lefere sobre Blasco Ibáñez en el cual pone de manifiesto cómo el autor valenciano, admirado amigo de Gómez Carrillo y habitante durante un tiempo de París, se habría comprometido abiertamente a escribir con la finalidad de convertirse en abanderado de las posiciones francesas durante la Gran Guerra, (al igual que hiciera Carrillo mediante sus obras dedicadas a las crónicas de la contienda bélica que se publicarían en periódicos españoles e hispanoamericanos, crónicas que le valieron la insigne condecoración de la Legión Francesa). Desde este compromiso de Blasco Ibáñez se gestaría su prestigiosa trilogía novelesca *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), *Mare Nostrum*, (1917) y *Los enemigos de la mujer* (1919), en la que resalta Lefere el componente de labor propagandística donde del autor de *La Barraca*: "blande una imagen de Francia que representa la exacta contraimagen de Alemania".[2556]

Centrándonos específicamente en el género en el cual el autor se erige en protagonista, Mercè Boixareu destaca el papel fundamental ejercido por París entre los españoles, a pesar de diferir diametralmente con los artistas de otras procedencias, quienes habrían tenido generalmente un referente único en la capital del Sena. Especifica Boixareu el papel de París en tanto que la profunda huella que esta ciudad dejaría en aquellos artistas nativos de la piel de toro en el momento de rememorar y plasmar en literatura sus vivencias pasadas, huella similar a la que describe Carrillo en su obra autobiográfica:

[2555] Id., p. 711.
[2556] Id., p. 712.

> Si bien tradicionalmente los escritores españoles han sido poco cosmopolitas, París aparece como una excepción en las autobiografías, memorias y novelas autobiográficas de éstos, ya que para muchos ejerció un indudable atractivo como destino vital y artístico.[2557]

Expone esta investigadora como ejemplo a un insigne escritor castellano, quien reflejaría en su obra fielmente su comunión con la idea de un París mitificado, deificado, cumbre de lo cultural, Meca hacia la que habrían de mirar los devotos artistas:

> Ya en el siglo XIX Galdós la había bautizado como "metrópoli del mundo civilizado", pero es en la llamada *belle époque* y en el entre *deux guerres* cuando alcanza su cenit el mito de la Ciudad Luz, y cuando esta cuna de todas las vanguardias […] se convierte en balcón europeo y paso obligado para el artista español que pretenda estar al día: en ella coincidieron, entre otros muchos, Picasso, Buñuel, Dalí, Gómez de la Serna.[2558]

Corrobora Alberca esta función de imán irradiada por Paris en los autobiógrafos españoles hablando de Azorín, Zorrilla, Gómez de la Serna, Baroja, Goytisolo,… apoyando la línea presentada anteriormente, dirigida a la concepción de un París en calidad de lugar mítico, mágico, únicamente en cuyo seno sería posible recubrirse de la pátina especial de máxima cultura y civilización suprema:

> París fue el destino preferido por los españoles para perder "el pelo de la dehesa". París, faro de los que querían limpiarse la caspa del costumbrismo y de la beatería omnipresente. París, rompeolas del destino creador en el que medir su verdadera talla los artistas.[2559]

La relación entre el reputado autor español conocido con el seudónimo de *Azorín* y la capital francesa ha sido igualmente objeto de estudio por Manso, (aunque este estudio abarca un espacio temporal en el que ya Carrillo había desaparecido), donde pone de manifiesto una vez más la impronta dejada por la capital parisina en el artista que la habita, resaltando la especificidad que constituiría el resultado de la citada

[2557] Id., p. 713.
[2558] Id., pp. 713-714.
[2559] Alberca, M., "El imán de París: los autobiógrafos españoles y el mito de la Ciudad Luz" en *La Historia de Francia en la literatura Española*, ed. cit., p. 616.

relación.[2560] Expone Manso cómo, en el periodo de la guerra civil española, contando 63 años, con una fama de reconocido escritor y periodista, Azorín se exilia en París desde donde sufrirá íntima y profundamente la contienda que derrama la sangre de sus compatriotas. En Paris, continuará Azorín su labor artística y escribirá sobre la capital gala. Afirma Manso al respecto: "Il y a manifestement chez Azorín une volonté de fixer sur le papier toute une série d'images de la capitale, des images où se mêlent à l'unisson l'architectural et le spirituel, où le présent fusionne avec le perenne où triomphe le temps sacré",[2561] refieréndose este autor al destacar las iglesias parisinas en los escritos de Azorín. En este sentido, entroncamos con Gómez Carrillo, fijador de determinadas imágenes de la capital francesa.

Miguel de Unamuno, figura conocida y entrevistada por Gómez Carrillo, de quien nos transmitió el guatemalteco una imagen antifrancesa y tradicionalista en lo literario[2562] residió, por cuestiones políticas en París. De su estancia en París y los escritos que en ella produciría el autor castellano extrae conclusiones López Jiménez.[2563] A través de este estudio, López Jiménez se propone desmontar la imagen galófoba muy expandida del insigne rector de la Universidad de Salamanca, incidiendo en sus dos visitas a París, la primera cuando contaba con 25 años, la segunda, como lugar de exilio elegido tras huir en 1924del confinamiento impuesto por el nuevo gobierno español vencedor tras la Guerra Civil Española al que era contrario, cuando escapó de Fuerteventura hacia la Ciudad Luz, etapa de su vida que daría nacimiento a su obra De *Fuerteventura a Paris*, en cuyos sonetos se vislumbra el amor que Unamuno sentiría hacia un París íntimo, pues no era contrario a París en sí mismo, sino a las grandes y bulliciosas ciudades, aunque siempre tenía presente la melancolía por la patria española involuntariamente abandonada. Incluso se llega a vislumbrar en la

[2560] Manso, C., "Séjour parisien et production littéraire de José Martinez Ruiz (Azorín), octobre 1936- août 1939 en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit, t. 1, pp. 273-284.
[2561] Id., p. 274.
[2562] Gómez Carrillo, E., "El porvenir de la literatura española. La opinión de un pesimista. Una visita a Miguel de Unamuno" en *Desfile de Visiones*, ed. cit., pp. 179-189.
[2563] López Jiménez, L., "Unamuno à Paris" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 977-986.

ciudad de París el lugar de residencia de la libertad del autor, pues se cuestiona retóricamente López Jiménez a propósito del soneto setenta y cinco de esta obra original de Unamuno:

> […] "île de liberté"" … voici le début du sonnet. La liberté comme île ne fait-elle pas allusion topographique à Paris, ville symbole de la liberté dans l'histoire ? Il s'agit sans doute de l'île Saint-Louis, d'autant plus si nous songeons que Unamuno se plaisait dans les endroits peu bruyants, sans trop de monde, qui semblaient s'être arrêtés dans le temps, qui parlaient enfin beaucoup plus à l'esprit qu'aux sens.[2564]

Gómez de la Serna fue otro autor para quien la estancia en París sería decisiva, reflejándose así en su obra, convirtiéndose este paso en objeto de numerosos y profundos estudios como el realizado por Delay,[2565] en el cual desvela la visión de París del español Gómez de la Serna en términos grises, impregnado de tintes casi mortuorios, hipótesis corroborada por los trabajos sobre la relación entre París y el conocido autor de las *greguerías* realizados, entre otros, por Elwes Aguilar.[2566]

La demostración patente en la obra de Boixareu y Lefere en cuanto a la función esencial ejercida por la Ciudad Luz en los ámbitos culturales va más allá de la circunscripción de este mito a una época determinada, pues realiza una revisión panorámica de la presencia y pervivencia de este mito, visto desde su percepción en España irradiada desde Francia, a través de épocas sucesivas, incidiendo en que, a pesar de ciertas oscilaciones en el devenir de su existencia, esta imagen consagrada del París paraíso referente de todo la cultural renacería como el Ave Fénix, estando su disolución muy lejana aún, dado que la capital gala continúa inspirando obras literarias en nuestros días:

> El mito de París como faro cultural cobró nueva fuerza en la época del franquismo, cuando acuden a la capital francesa escritores que huyen de la España cerrada del nacional-catolicismo. Juan Goytisolo presenta a París como la ciudad cosmopolita que despierta la curiosidad por las otras culturas, e indirectamente permite una mejor comprensión de uno mismo y de la propia cultura. En este contexto, París representa también la libertad política […] y la de las costumbres […], […]. Salvo

[2564] Id., p. 983.
[2565] Delay, F., "Ramón à Paris" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 811-818.
[2566] Elwes Aguilar, O., "Paris cruel; la experiencia de Gómez de la Serna tras las huellas de Baudelaire". *Thélème Revista Complutense de Estudios Franceses*. 2001, 16, pp. 35-46.

> excepciones, […], el mito de París como centro de la cultura no fue radicalmente cuestionado hasta que resultara evidente que en un mundo globalizado coexisten muchos centros interactivos, y sobre todo, que París se ha convertido en una ciudad multicultural y polirracial. […] Ahora bien, incluso así, París sigue siendo un símbolo: el del decaído mundo occidental. *París no se acaba nunca*, como reza el título de Vila-Matas, en una novela del 2003 que repasa en clave irónica y humorística la bohemia parisina de los años 70.[2567]

Alude igualmente Boixareu de manera general a la asimilación total que se produjera en ocasiones entre la ciudad y el artista, asimilación que, como ya hemos reseñado anteriormente, sería clara y nítida en la personalidad de Gómez Carrillo e inevitablemente pues, en su obra:

> Francia es también su literatura y sus escritores, y, a lo largo de su historia, algunos de éstos acabaron personificando al país, al encarnar distintos valores que se asociaron de manera emblemática con él. De esta manera, dichos escritores pudieron suscitar obras literarias en que se convierten en personajes ficticios más o menos fidedignos. […] Se desprende que los escritores franceses que más fascinaron a los españoles son los que de una manera u otra, en el ámbito privado o público, constituyen ejemplos de libertad, a veces discutibles o censurables, pero siempre admirables.[2568]

En las conclusiones a este importante trabajo en la que analiza la interrelación entre la historia de Francia y la literatura española, Mercè Boixareu destaca que, junto a la literatura de ficción propiamente dicha, los testimonios recogidos en un gran número de obras no ficcionales, es decir, ensayos, relatos de viajes, textos periodísticos, memorias o correspondencias,… y quizá no de autores renombrados, habrían sido fundamentales para clarificar el estudio de la citada interrelación, dada la gran repercusión que tuvieron en España.[2569] Esta aseveración nos ratifica en nuestra posición relativa a la concesión de importancia fundamental a la figura y obra de Gómez Carrillo como autor de excepción para conocer la época y sus características en lo que a París y sus circunstancias se refiere, siendo este escritor clave en cuanto a su labor de creación de un París a la vez real e imaginado que exportaría a tierras españolas e Hispanoamericanas, contribuyendo a influir en la visión específica de un

[2567] Id., p. 714.
[2568] Id., p. 715.
[2569] Id., pp. 717-719.

tipo o de una parte del París real y total, la cual incidiría en los lectores así como en artistas del país, mediatizando a su vez su reproducción del *espejismo*. Relacionado con esta deducción, citamos las reflexiones que en la obra de Boixareu y Lefere atañen a los centros de interés de la literatura española en referencia a los temas o situaciones históricas francesas,[2570] destacando, en palabras de Boixareu y Lefere, a "Paris (con sus distintos valores)".[2571]

En la misma obra sobre la imagen de Francia en la literatura española, se halla incluido un estudio de Pageaux,[2572] quien no habla directamente de la realidad de la capital francesa sino de la concepción y la comprensión de sus imágenes interpretada por otros:

> Las imágenes, es decir, aquí, las representaciones culturales que un país se hace de otro país, son hijas de la Historia. […] y fueron concebidas, escritas, leídas, propagadas, divulgadas en el seno de ese proceso histórico. Proceso complejo, ya que es el de un país "que mira", productor de imágenes, pero también, en una gran medida, el del país que es mirado.[2573]

Incide Pageaux en que la tarea de creación de estas imágenes no sería fruto de un día, sino todo lo contrario, se trataría del trabajo continuado y conjunto de una serie de obreros a lo largo del tiempo, obreros entre los cuales, destacamos la inigualable contribución de Gómez Carrillo. Citamos las conclusiones de Pageaux respecto a la incesante labor diaria de elaboración del mito así como a su pervivencia ya fuera del tiempo una vez creado y difundido de manera sistemática:

> Las imágenes pertenecen a la larga duración, y muy particularmente las imágenes estereotipadas, porque el estereotipo es intrínsicamente "acrónico", en cuanto que sirve para mostrar y para demostrar, fuera de un tiempo históricamente definido, la esencia, o una parte esencial del psiquismo, de la cultura de un pueblo.[2574]

Gómez Carrillo, en su amor desmedido por la ciudad de París y lo que culturalmente ésta representaba, la ponderó hasta límites insospechados. Dicha ponderación conllevaría la minimización del resto de

[2570] Id., pp. 719-720.
[2571] Id., p. 720.
[2572] Pageaux, D. H., "Historia e imagología" en *La historia de España en la literatura francesa. Una fascinación.…* Boixareu, M., y Lefere, R., (coord.), ed. cit.
[2573] Id., p. 37.
[2574] *Ibid.*

sus características así como de otras ciudades o países. En ello consistiría uno de los mecanismos de construcción del mito. Pageaux lo expresa de igual forma aplicándolo de forma generalizada a la creación de la superioridad de una cultura con respecto a otras a través de la construcción de ciertas imágenes: "Esa exotización de una cultura por otra hace que parezca lo que, en el plano de las imágenes y de las relaciones culturales, resulta revelador de una comunicación bloqueada, no igualitaria con el Otro".[2575]

Por otro lado, Pageaux habría analizado la figura de autores en los que se pusiera de manifiesto de manera práctica las reflexiones teóricas realizadas, es decir, la influencia de París en artistas no franceses.[2576] Así, a modo de demostración de la atracción suscitada por la imagen de París en tanto que, utilizando sus propias palabras, "centre de la quintessence",[2577] se pone de manifiesto en la aproximación a la obra de Eça de Queiros, novelista portugués desaparecido en 1900, quien, descubre Pageaux, percibe la ciudad en términos de dualidad, pues reconoce los lados opuestos de la cultura, el arte y la alegría de vivir parisienses, contrapuestos al desorden y la pobreza que igualmente estarían presentes en la capital gala.[2578] Este autor portugués se habría ocupado de París, según Pageaux, en respuesta a una sociedad portuguesa interesada y obnubilada por el brillo de lo parisién, la cual demandaría noticias de la Ciudad Luz. En una visión amplia de sus novelas, se puede afirmar que Paris es enfocado por de Queiros desde el tiempo dorado del descubrimiento maravilloso de la ciudad hacia su focalización desde el realismo y el simbolismo, pasados veinte años. De este modo, en el autor portugués se habría producido un desgaste del mito, desgaste que no se produjo en Gómez Carrillo, quien hasta el final de sus días, cantó siempre, bajo el efecto de su particular visión, al perfecto y paradisíaco París bohemio, intelectual y artístico.

[2575] Id., p. 42.
[2576] Pageaux, D. H., "Paris dans l'œuvre d'Eça de Queiros" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 1, pp. 97-102.
[2577] Id., p. 98.
[2578] Id., p. 99.

La influencia del mito de París habría traspasado fronteras temporales y geográficas, instalándose en las producciones artísticas de los personajes seducidos, cual Gómez Carrillo, como ponen de relieve los estudios relativos al paso de París por infinidad de artistas de diversas épocas y procedencias. Así, Schlebrüggel estudia al autor alemán Schlegel, quien residiera en Paris entre 1802 y 1804, atraído por los aires de cambio y libertad emanados de la Revolución Francesa, interés y reflexiones que dejó plasmados en su obra,[2579] Favre realiza idéntico estudio centrado en la figura de un artista polaco,[2580] Karatson se centra en la del poeta húngaro Endre Ady, contemporáneo de Carrillo, el cual vivió en París en 1904, en el cual descubre Karatson la escritura de Ady en la que surge el *Paris mirage* que éste hace llegar a sus compatriotas en Hungría.[2581] La variante local y geográfica se hace de forma más o menos amplificada, pues se analizan igualmente autores enmarcados ya no en países sino en regiones más concretas, siendo el caso analizado por Dulin del diario de un autor gallego en su interacción con lo parisense.[2582] En su trabajo, Dulin nos presenta al artista y pintor gallego que va a París con el objetivo de estudiar a los grandes pintores, publicará un diario de su estancia parisiense en 1921, en el que constan las impresiones percibidas desde su profunda alma nacionalista gallega la cual no le impide ver lo que París encierra, tanto de importante como de odioso,[2583] lo cual, además, le sirve de reafirmante en su amor hacia la patria gallega.

La lista de estudios basados en la interrelación entre artista y París, que se hace interminable, se extendería desde literatos reconocidos a nivel mundial como representa el estudio de Ergal[2584] en donde se confrontan París, el autor irlandés Joyce (1882-1941) y su obra *Ulysse*, a los propios

[2579] Schlebrügge, J., "Friedrich Schlegel à Paris, capitale de l'univers" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 561-566.
[2580] Favre, Y.A., "Un Polonais fasciné par Paris: Mécislas Golberg" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 619-628.
[2581] Karatson, A., "Le Mythe de Paris dans l'œuvre poétique d'Endre Ady" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 721-730.
[2582] Dulin de Rodríguez, N., "Alfonso Rodríguez Castelao: Ombres et lumières du Paris de 1921, chez un artiste-écrivain galicien" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 969-976.
[2583] Id., p. 970.
[2584] Ergal, Y. M., "Joyce, Ulysse et Paris" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 1, pp. 491-493.

autores franceses, como el trabajo de Mollet-Gérard[2585] sobre Claudel, donde se diserta acerca del París de este autor:

> Figure accomplie de l'histoire sainte parisienne, capitale palimseste marquée des stigmates superposés et indissociables de la damnation et du salut, lutèce recèle au cœur de sa féminité littéraire et mythique l'essence de la méditation mystique du poète-exegète sur les deux écritures, la biblique et la poétique, l'œuvre de la Sagesse et celle de la Grâce.[2586]

Al trabajo anterior añadiremos el basado en otro relevante representante de las letras francesas como es Duhamel realizado por Lafay,[2587] en nuestro objetivo de destacar algunos de entre la infinidad exisitente, aunque, del mismo modo, manifestar a la vez, la existencia de rasgos individuales y originales según cada autor, como destaca Lafay en referencia al tratamiento de París realizado en la obra del escritor francés Duhamel:

> Le Paris de Duhamel n'est pas une capitale littéraire (il est notable que la littérature ne joue pas dans l'œuvre romanesque un rôle de premier plan, comparable à celui des arts et de la science) mais un foyer spirituel intéressant non seulement la civilisation occidentale mais toute l'humanité ou, pour reprendre les termes du biologiste, l'espèce humaine.[2588]

Y como no, la lista incluye a innumerables autores hispano americanos como el peruano García Calderón analizado por Beterous,[2589] en donde encontramos amplias similitudes en la trayectoria vital de este peruano con la de Gómez Carrillo, ya que ambos ejercieron como periodistas, labor que simultaneaban con su faceta de escritores. De su estudio acerca de la producción de García Calderón, extrae Beterous una serie de conclusiones, las cuales consideramos totalmente aptas para ser adscritas a la obra carrillista, y que citamos a continuación: "Paris est présent de ses premières pages à ses dernières",[2590] y añade sobre el autor peruano que éste "a voulu contribuer à la connaissance mutuelle de ses

[2585] Millet-Gérard, D., "De Babel à Lutèce: Le Paris mythique et mystique de Claudel" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 1, pp. 465-478.
[2586] Id., p. 472.
[2587] Lafay, A., "Paris dans l'œuvre de Georges Duhamel" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 2, pp. 731-742.
[2588] Id., p. 738.
[2589] Beterous, P., "Paris et la culture française dans l'œuvre de Ventura García Calderón (1886-1959)", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 1, pp. 285-296.
[2590] Id., p. 285.

deux continents d'origine".[2591] Autores hispano americanos más cercanos a nuestra contemporaneidad son igualmente objeto de interés, en base a la presencia de París en su obra. Sirvan de ejemplo el estudio de Labarre[2592] sobre la presencia y esencia de la *ville-lumière* en la *Belle Époque* en la novela *Le Recours à la Méthode* del escritor nacido en La Habana, Alejo Carpentier (1904-1980), visión de la ciudad de París que es representada por el autor cubano en términos de "terre promise",[2593] ecosistema idóneo de artistas de todo tipo: pintores, escultores, escritores,… especialmente anhelada por los hispanoamericanos que buscaban en su seno el éxito traducido en su realización artística en aquella tierra propicia, (no se puede dar una imagen más cercana a la visión expandida por Gómez Carrillo), o el de Knabe[2594] focalizado en las obras de otros dos hispanoamericanos ilustres como el mejicano Fuentes junto el argentino Julio Cortázar (1914-1984) autor de títulos emblemáticos como *Rayuela* y *Terra Nostra*.

No obstante, sería necesario señalar que no siempre, la cosmópolis parisina salió victoriosa en la confrontación entre imagen real e previa imagen esbozada o preconcebida en el alma del artista que corría a su encuentro, como pone de manifiesto el análisis de Patout[2595] sobre la obra del artista mejicano Alfonso Reyes quien habitaría París en 1913.

Se halla suficientemente contrastado el hecho de que la estela de París en los artistas hispano americanos en general y entre los que vivieron intensamente la etapa modernista en particular, fue más pronunciada, alcanzando mayor profundidad, consistencia y repercusión. A este alcance entre las élites artísticas latinoamericanas le concede Christine Seris, en cierto modo, el rango de epidemia,[2596] pues se refiere al contacto anhelado por gran parte de los artistas hispanoamericanos con la esencia parisién

[2591] Id., p. 292.
[2592] Labarre, F., "L'image de Paris dans *Le Recours à la Méthode* d'Alejo Carpentier", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 2, pp. 577-588.
[2593] Id., p. 577.
[2594] Knabe, P.-E., "Paris comme métaphore et vision chez Cortázar et Fuentes", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures.* ed. cit., t.2, pp. 589-596.
[2595] Patout, P., "Les Parisiens et l'esprit français vus par l'écrivain mexicain Alfonso Reyes" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 2, pp. 597-606.
[2596] Seris, C., "Paris, "Le mal nécessaire" des Latino-américains autour des années 1900" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed cit., t. 1, pp. 257-262.

como *el mal necesario*, dado que constata el verdadero éxodo protagonizado por la gran cantidad de artistas procedentes del Nuevo Mundo que se dirigieron, en torno a 1900, hacia la Ciudad Luz, pues veían en París, imagen esteriotipada y quizá no del todo real, la capital de la libertad, el arte y el amor.[2597] Pone de relieve Seris el componente un tanto irracional y pasional que los guiaba en este aproximarse guiados por la belleza irresistible de los cantos de sirenas parisienses: "cette attraction irrésistible est resentie comme une folie dévorante",[2598] a juzgar por las palabras que Darío refiriera a propósito de la figura de otro célebre escritor latino americano, Augusto de Armas. Incluso nos informa de la invención de la época de la palabra *parisina*, la cual denominaría una enfermedad que se inocularía de tal forma en sus víctimas, que lograría invadir totalmente el organismo y la consciencia de los artistas extranjeros que volvían sus ojos hacia la divinidad de París, convirtiéndolos en sus sumisos servidores.[2599] Si bien destaca finalmente Seris que no todos sucumbieron a los cantos de sirena parisinos y que muchos de ellos, como Darío, encontraron nuevas esperanzas e inspiraciones, al apartarse de lo parisién, en sus propias patrias de origen.[2600] No sería este el caso de Gómez Carrillo, quien no regresó a tierras guatemaltecas, no demostró gran preocupación por problemáticas hispanoamericanas y se ratificó siempre en su sublimación de la esencia deificada basada la supremacía de la cosmópolis parisina.

Del mismo modo, Alberca, centrándose en la imagen de París, destaca la función de atracción inmanente hacia París entre los artistas: "destino vital y artístico para algunos intelectuales",[2601] subraya su duración en el tiempo: "a pesar de las inclemencias históricas, la atracción por la ciudad sobrevive",[2602] aunque manifiesta el doble efecto que, de acuerdo con las leyes físicas que lo definen, en tanto que campo magnético suscitaría: "función de imán con su fuerza de atracción, pero también de

[2597] Id., p. 257.
[2598] Id., p. 258.
[2599] Id., p. 259.
[2600] Id., p. 261.
[2601] Alberca, M., *op. cit.*, p. 616.
[2602] *Ibid.*

rechazo".[2603] Circunscribe Alberca el efecto de atracción a unos años concretos, años en los que, precisamente, vivió y produjo Gómez Carrillo, si bien este autor lo lleva un poco más allá de la fecha en que la muerte repentina impidió al autor guatemalteco seguir, quizá, en la misma dirección. Data Alberca la época de imantación positiva parisina hacia el ámbito intelectual como sigue:

> Desde fines del siglo XIX, y hasta el comienzo de la década de los cuarenta del siglo XX, la ciudad francesa fue el destino obligado de todos los creadores que querían ser alguien en el concierto de las artes. Fueron quizá los años de su máximo esplendor.[2604]

Siendo aún más conciso, nos ofrece Alberca fechas concretas, fechas en las que Carrillo habría producido incansablemente su literatura ensalzadora del París literario, artístico, cultural, intelectual y moderno, justo antes de la Gran Guerra, años que marcaron un antes y un después tanto en la historia mundial como en la historia personal del autor guatemalteco, pues terminada la guerra y su labor como cronista en ella, su nivel de producción se ralentizó, procediéndose a emprender la edición de sus obras completas, muchas de ellas recopilación de crónicas publicadas en diarios y revistas. Incluimos la cita de Alberca en la que ofrece años concretos de la cumbre atractiva e irradiadora de París: "El mito de París alcanzó, pues, su cenit en la etapa finisecular, en la llamada Belle Époque (más o menos entre 1900 y 1914), pero su prestigio se había gestado en el siglo anterior".[2605]

Las autobiografías de los autores seducidos por el atractivo seductor e irresistible parisiense, difundidos por autores que comulgarían con la trayectoria carrillista, confirmarían esta atracción con resultado de fascinación, según afirma Alberca:

> Todos los autobiógrafos españoles que registran en sus memorias sus primeros viajes o estancias parisinas lo hacen persuadidos de haber viajado ala Meca de la cultura o de cumplir un ritual indispensable en el currículo de cualquier artista que

[2603] *Ibid.*
[2604] *Ibid.*
[2605] Id., p. 617.

> aspirase a alcanzar la gloria. De ese modo se apropian y hacen suyo el mito de París.[2606]

Dicha fascinación estaría en la realidad culturalmente superior y *sui generis* que París ofrecía a aquellos intelectuales ávidos de variedad y modernidad, lo que lleva a Alberca, destacando los efectos supinos de París entre los artistas procedentes del Nuevo Mundo, a definir la capital del Sena en términos de "paradigma de la modernidad artística, la ciudad nunca llegó a significar tanto como para los hispanoamericanos, que, huérfanos de identidad cultural después de la independencia, convirtieron la capital francesa en su patria".[2607] Alberca llega aún más lejos en la ratificación de esta afirmación cuando ofrece un dato irrefutable, apoyándose en una cita de Pera de su obra *Modernistas en París* que apuntaría a la anécdota consistente en que los argentinos, cuando morían, no iban al cielo sino a París.

Entre los españoles, la literatura de difusión y ensalzamiento de un París mitificado, en un país más apegado a las tradiciones que a la modernidad y a la innovación de las cuales sería espejo lo parisién, tal y como ponía de manifiesto Carrillo tanto en su obra autobiográfica como en otras en las que comparaba las capitales francesa y castellana,[2608] habría conseguido plenamente su objetivo, pues confirma Alberca la función que París cumpliría ante las expectativas de aquellos creadores y público en general que sí deseaban renovados aires: "función de balcón europeo que París cumplía para un español, lugar privilegiado desde donde asomarse al mundo".[2609] Incluye Alberca a varios artistas de la época quienes habrían contactado con la capital gala, en calidad de, aportando una frase de Galdós definitoria de París: "metrópoli del mundo civilizado", otra no tan halagadora de Baroja: "El número de tontos en París es infinito, como en todas partes", una más si bien contraria al concepto de ciudad faro que habría detentado París, en boca de Unamuno: "lugar tenebroso y depresivo", así como una reflexión acerca de la impresión dejada por París

[2606] *Ibid.*
[2607] *Ibid.*
[2608] Gómez Carrillo, E., *En Plena Bohemia, La Miseria de Madrid, Sensaciones de París y de Madrid*, eds. cits.
[2609] Alberca, M., *op. cit.*, p. 619.

en Buñuel para quien: “Este primer viaje resultó decisivo para su evolución artística y humana”.[2610]

Finalmente, tras haber estudiado el período temporal de creación y máximo auge del mito de París, Alberca certifica la defunción del mito de París en tanto que capital cultural y del *rayonnement* intelectual y artístico, dada la globalización que se expande en épocas más actuales. Esta decadencia se dejaría sentir, justifica Alberca, en autores de los últimos decenios del siglo XX y en los primeros años de principios del XXI.[2611]

No sólo entre españoles e iberoamericano detentaría París el estatus de objeto de interesante y revelador análisis en su influencia en determinados artistas, sino que su radio de acción se hace extensible a ámbitos más amplios. De este modo, Lacant[2612] se aproxima al concepto París formado en el imaginario intelectual del siglo XVIII, descubriendo cómo “la plupart des intellectuels allemands qui se tournaient vers Paris comme vers la Mecque de l’esprit n’ont jamais éprouvé le besoin d’y aller”.[2613] Explicita Lacant, la situación en la Alemania de la época citada en la que los intelectuales alemanes, pese a que se interesaban por París en su vertiente cultural, se encontraban suficiente próximos, sin necesidad de un contacto directo, ya que tenían acceso a ella a través de métodos suficientemente desarrollados en la época que hacían de lo cultural un producto fácilmente exportable desde Francia hasta tierras teutonas.[2614]

Continuando por tierras alemanas, el estudio de París y sus influencias se estrecha hasta reducirlo a lugares a la vez pequeños y concretos, no por ello menos relevantes en su contribución al desempeño del papel de construcción y difusión del mito. Nos referimos al estudio de locales considerados centros neurálgicos de la vida intelectual de ciertas épocas, y en la medida en que la mitificación de estos locales contribuyó fehacientemente, a modo de tesela, al puzzle de pequeños mitos que conformarían el mito global y totalizado del París cosmopolita y cultural centrado en el paso de los siglos XIX y XX, época en la que nos centramos

[2610] Id., p. 623.
[2611] Id., pp. 629-631.
[2612] Lacant, J., “Regards allemands sur le Paris des Lumières” en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 675-686.
[2613] Id., p. 677.
[2614] Id., p. 678.

particularmente al ser la época de vida y producción del autor que nos ocupa, quien encumbró a los altares de la bohemia literaria en la que gustaba de estar inmerso, los cafés y los locales públicos de reunión e intercambio intelectual tan visitados en la época por artistas, como hemos dejado constancia en el capítulo en el que hemos inventariado los lugares parisinos ponderados por la obra carrillista. En este marco se incluyen otros estudios en los que se analiza la relevancia de estos lugares y su proyección de una determinada imagen allende las fronteras francesas. Citaremos el trabajo de Wenzel White en el que París es confrontado a su imagen percibida en ciudades alemanas bajo el prisma de las tendencias vanguardistas unido a locales públicos emblemáticos parisinos,[2615] junto con el de Baldran, en el cual se pone de relieve la manera en la que el proyecto comercial de una joven apasionada por la literatura convirtió su pasión en modo de vida y, por consiguiente, su modesta librería en principio, acabó configurada en tanto que centro cultural y de reunión de numerosos artistas de la época así como epicentro de irradiación de las literaturas modernas de la época hacia la *province* francesa e incluso al extranjero.[2616]

Este llegar de la esencia cultural parisién hasta el extranjero alcanzaría incluso lejanas latitudes. Este alcance lo evidencia el estudio realizado por Hure[2617] cuando profundiza acerca del rol preeminente de París en el siglo XIX en ciudades remotas y opuesta a los cánones occidentales como pudiera ser Estambul, donde presenta este autor la apertura del Oriente hacia el occidente, casi siempre despreciado por las sociedades orientales, por parte de algunos autores turcos quienes, entre 1848 y 1870, vislumbraban en París el "symbole de la liberté et de l'esprit de progrès à travers ses écrivains",[2618] aunque, finalmente, su repercusión

[2615] Wenzel White, E., "Paris-Berlin-Munich-Zurich (1900-1918): Du "Chat Noir" au "Cabaret Voltaire", l'avant-garde et l'esthétique de l'ambiguïté" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 2, pp. 541-552.
[2616] Baldran, J., "Un aspect du cosmopolitisme dans le Paris des années 20 : La librairie d'Adrienne Monnier" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 2, pp. 711-720.
[2617] Hure, J., "Paris-Istambul au XIX e siècle : Paris, phare de la modernité pour un Orient en crise?" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures,* ed. cit., t. 2, pp. 877-886.
[2618] Id., p. 881.

en la sociedad tradicional turca quedara reducido a algo moderado y efímero.

En toda aproximación panorámica a la presencia preponderante de París en el mundo artístico en general, como es el caso del Premier Congrès International en Littérature comparée celebrado por la Universidad de La Sorbonne en 1984,[2619] la figura de Gómez Carrillo no podía estar ausente. Por ello, en el marco de este congreso, si bien aparece en varios estudios, Murcia le consagra uno en exclusiva, en el cual analiza del París fin de siglo según la visión de este autor.[2620] Incidimos en lo exacto del título utilizado por Murcia, ya que no se trata el París de Carrillo de un París genérico sino de su París propio, de su París cuidadosamente delimitado, donde Carrillo privilegia ciertos aspectos, es decir, los aspectos intelectuales y culturales de su época, a través de cuyo prisma, todo acontecimiento parisién será vislumbrado. Resume Murcia esta idea en lo que atañe a la reducción o selección dentro del París total llevada a cabo por Gómez Carrillo en sus escritos, idea que queda específicamente analizada por nosotros en el capítulo relativo al inventario de lugares con subrayada presencia en la obra carrillista: "L'espace géographique pariesen représenté dans le texte obéit à un découpage précis: trois quartiers sont prélevés sur l'ensemble de la ville, à l'exclusion d'autres. Ce sont Montmartre, le Boulevard et le Quartier Latin".[2621] Este espacio privilegiado constituye para Carrillo lo que podríamos calificar como su personal *feudo*. Es allí donde mejor se mueve, donde se encuentra inmerso en el arte, la cultura y la intelectualidad parisina que tanto le fascinaban y atraían. Es por ello que Carrillo pone todo su empeño en difundir las magnificencias de estos espacios parisienses, en un intento de garantizarles tanto su preeminencia como su supervivencia a través del tiempo, casi podríamos afirmar que desearía su detenimiento, su estancamiento en el tiempo, asegurándoles una cierta inmortalidad.

[2619] Brunel, P., (ed.), *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit.
[2620] Murcia, C., "Le Paris fin de siècle de Gómez Carrillo" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 819-830.
[2621] Id., p. 819.

Idéntica conclusión hallamos en el análisis de Pera sobre la obra carrillista,[2622] el cual especifica el significado que nuestro autor concede a cada uno de ellos y así lo transmite a sus lectores. Resume Pera sobre la labor de Carrillo: "simplifica la ciudad en tres áreas que representan ciertos valores: Montmartre (placer, vicio), el Barrio Latino (bohemia, escritores simbolistas) y el bulevar (centro del teatro y el periodismo, lugar de confluencia del cosmopolitismo)".[2623]

Convenimos, del mismo modo, con las afirmaciones de Murcia respecto a que el tratamiento de estos espacios no es aséptico ni distante, sino que, muy al contrario, emanan la "charge affective"[2624] que el autor siente profundamente.

Como ya hemos destacado anteriormente, Carrillo acude a la personificación en su tratamiento de París, en su intento de intensificar su visión y transmitir las emociones intensas que aquellos rincones parisinos despiertan en él. Este rasgo es destacado por Murcia al considerarlo en la obra carrillista: "Chaque quartier de Paris –préalablement sélectionnée- est considéré comme un organisme vivant spécifique",[2625] a lo que añadirá Murcia, reuniendo las nociones de personalidad específica del autor, el París real y el París percibido y proyectado: "Le paysage géographique découpé dans le paysage réel et littérairement reconstruit par Gómez Carrillo sert ainsi de révélateur à son paysage mental".[2626]

Murcia ofrece un catálogo de los procedimientos utilizados por el autor guatemalteco con la finalidad de dotar a su París específico de cualidades especiales que lo insertaran sin lugar a dudas en el venerable entorno del mito. Estos procedimientos, de los cuales nosotros hemos dado cuenta pormenorizadamente a lo largo del desarrollo de nuestra tesis, quedarían resumidos en: personificación de la ciudad y sus espacios, oposición de la ciudad de París frente a otras potenciando a aquella y ninguneando a la otra u otras (es el caso de la recurrente oposición París-Madrid, o la ponderación de lo parisino por comparación en igualdad o en

[2622] Pera, C., *Modernistas en París. El mito de París en la prosa modernista hispanoamericana.* ed. cit., pp. 92-98.
[2623] Id., p. 97.
[2624] Murcia, C., *op. cit.*, p. 820.
[2625] *Ibid.*
[2626] Id., p. 821.

inferioridad de diferentes países por los que realiza sus periplos), aislamiento de la ciudad en tanto que ciudad única y original en términos absolutos, asimilación total con la ciudad intelectual que se traduce en sus escritos en apología sistemática de las virtudes de París, ocultando sus defectos de forma consciente, utilización permanente del verbo ser, estrategia que dota a la ciudad de significados plenos de presencia y esencia.[2627] Y todo ello girando en torno a las tendencias artísticas y culturales en auge en la época.

En apoyo de esta misma línea, expone Murcia: "Gómez Carrillo construit un espace idéal sélectionné au sein d'un agglomérat culturel hétérogène, et que cet espace, véhicule de toutes les valeurs du Symbolisme littéraire est exclusif de tout autre espace".[2628] Igualmente resalta Murcia el grado total de integración e identificación con la ciudad realizado por el autor guatemalteco: "Gómez Carrillo a nourri un terrain favorable dès lors à l'éclosion du mythe parisien. Tout d'abord, un processus d'appropriation de l'espace étranger, il assimile l'altérité en s'y identifiant",[2629] a lo que añade Murcia que el amor de este parisino de adopción, aún conocedor de los defectos de la cosmópolis parisina, sería ciego a ellos, como compete al amor, no ensalzando sino primordialmente sus virtudes y bellezas:

> […] il se sent parisien, tout en sachant qu'aux yeux de Paris, il n'existe pas. Il connaît aussi les défauts de la capitale : chauvinisme, xénophobie, frivolité, caprice,… mais il l'aime malgré tout, comme on aime une femme. Cette relation passionnelle douloureusement vécue va engendrer la production d'un mythe.[2630]

En definitiva, ratifica Murcia, en lo que constituye una nueva constatación de nuestra tesis, que Carrillo habría realizado una labor de sacralización del espacio intelectual y artístico parisino, y por tanto, lo habría encumbrado a la categoría de mito: "l'auteur, identifiant Paris à une déesse, procède à une sacralisation de l'espace –démarche caractéristique de la pensée mythique-, espace qu'il situe de façon explicite comme espace

[2627] Id., pp. 821-825.
[2628] Id., p. 823.
[2629] Id., p. 824.
[2630] *Ibid.*

mythologique".[2631] Incide Murcia en que labor de ensalzamiento de lo parisino llevada a cabo por Carrillo no se enmarcaría en la creación de lo concebido como un esteriotipo, palabra que induce a un significado cercano a lo terrenal y desvirtuado, sino al significado de mito, palabra plena de reminiscencias religiosas, lo cual impregna a la ciudad de matices de densidad, profundidad y alcance general en los inconscientes tanto individuales como colectivos.[2632]

No obvia Murcia incidir en la tarea de difusión e influencia fundamental que, en la globalidad de su obra, a través de su visión personal, en tanto que admirador de las cualidades cosmopolitas, artísticas e intelectuales que confluirían en el París de la época, y de su función profesional, en calidad de escritor y periodista de las novedades parisienses, ejerciera nuestro cronista en los países castellano hablantes de forma general y, por ende, en sus tendencias artísticas.[2633]

Todo la anteriormente expuesto respecto a Carrillo y a su labor de sacralización y mitificación del espacio artístico parisino es corroborado por la obra de Pera consagrada a los modernistas en París, así como la labor realizada de siembra del mito en tierras hispano americanas a través de los discursos cuya temática era la capital gala por estos latinoamericanos, arraigados en mayor o menor medida en la cosmópolis parisina, en una búsqueda, quizá, de la propia identidad.[2634] En la citada obra, Pera analiza a una serie de autores, los cuales representarían a estos modernistas en París, donde Carrillo, como no podía ser de otro modo, ocupa un lugar preferente, siéndole consagrado uno de los primeros capítulos.[2635] Tampoco en la obra de Salvador Gómez Carrillo está ausente, estando incluido en ella un apéndice con una selección de algunos de sus textos.[2636] En la presentación de los autores seleccionados en vista a su investigación, Pera sitúa a Gómez Carrillo, donde es fácilmente observable la posición preponderante que ocupa el guatemalteco:

[2631] Id., p. 825.
[2632] Id., p. 824.
[2633] Id., p. 825.
[2634] Pera, C., "La recepción de la imagen de París en Hispanoamérica en el siglo XIX" en *Modernistas en Paris*, ed. cit., pp. 13-42.
[2635] Pera, C., "La crónica modernista como almacén de novedades: Gómez Carrillo y París". Id., pp. 69-118.
[2636] Salvador, A., *op. cit*., pp. 249-256.

> Algunas de estas imágenes o desarrollos del discurso de París serán: la creación de un París textual mitificado (Sarmiento y Gómez Carrillo); París como tienda de novedades (Gómez Carrillo), como interior y el escritor latinoamericano como coleccionista (Silva); París como espacio de la modernidad (Díaz Rodríguez), París como espacio erótico y como paradigma de la artificialidad y la enfermedad frente a Hispanoamérica como paradigma de la naturalidad y la salud mental y física (Güiraldes).[2637]

Ya en el capítulo que le es consagrado en la obra de Pera, Carrillo es ubicado como epicentro de París así como de los intelectuales de la época que acudían a la llamada de la cosmópolis por excelencia:

> Cuando repasamos la relación personal de los escritores modernistas con la ciudad de París, la mayoría de ellos se nos aparecen encontrándose en un momento y otro con Enrique Gómez Carrillo, quien parece presidir como gran maestro de ceremonias de esa ciudad soñada convertida en realidad.[2638]

Pera localiza a Carrillo en el centro de los hispanoamericanos ávidos de beber el elixir de París, dado que nuestro autor había colocado a la capital francesa en calidad de eje de su existencia así como de su trabajo, pues, como bien explicita Pera, para Gómez Carrillo: "alrededor de París todo el resto del mundo tendrá la calidad de satélite, por donde el escritor deambula".[2639] Esta posición contribuiría a la creación y mantenimiento de su labor en tanto que *alimentador* del mito de París visto desde Hispanoamérica,[2640] al igual que hicieran otros corresponsales enviados desde el Nuevo Mundo para dar cuenta de las novedades parisinas demandas por las burguesías emergentes de aquellas tierras, los cuales redoblaron esfuerzos para conseguir, en palabras de Pera aplicables plenamente a Gómez Carrillo, "una imagen reforzada de París como el centro del mundo, como la cosmópolis que dirige el concierto de las naciones".[2641]

A todo lo anterior y a modo de colofón, concluiremos que Gómez Carrillo sería un fiel seguidor de una religión si no por él inventada, si totalmente por él fomentada, a la que bautizaríamos, apropiándonos de la

[2637] Pera, C., *Modernistas en París. El mito de París en la prosa modernista hispanoamericana*, ed. cit., p. 23.
[2638] Id. p. 69.
[2639] Id., p. 73.
[2640] Id., p. 74.
[2641] Id., p. 77.

terminología de Rivas en su estudio sobre la capital literaria[2642] con el nombre de *modernolatrie*,[2643] u osando inventar nuestra propia terminología, la llamaríamos *parisinología*, religión cuyos mandamientos se resumirían en uno sólo, amarás París sobre todas las cosas, y así lo predicarás. Mandamiento que, tras el estudio realizado de su obra, creemos haber dado fe, primó en su quehacer diario y literario durante toda existencia, quedando sus obras para la posteridad como continuadores de sus deseos en vida.

[2642] Rivas, P., "Modernité, avant-garde et capitale littéraire internationale" en Pierre Brunel (ed.), *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, ed. cit., t. 2, pp. 831-838.
[2643] Id., p. 838.

CONCLUSIONES

Conclusiones

Llevado a cabo el estudio pormenorizado de la presencia y huella dejada por la ciudad de París tanto en la personalidad como en la obra de Enrique Gómez Carrillo, nos encontramos en situación de poder evidenciar una serie de conclusiones a modo de resumen del presente trabajo de investigación, conclusiones dirigidas hacia la aseveración de que, desde las primeras páginas de la producción escrita de este autor, comienza a trazarse un recorrido en el cual serán ponderados los espacios parisinos relativos a lo artístico y lo bohemio, siendo concebidos ambos términos como sinónimos en el universo carrillista, recorrido que se extenderá a lo largo de prácticamente la totalidad de su obra. Utilizamos la palabra espacio y no la de lugar deliberadamente, puesto que, si bien en la obra carrillista existe una presencia reiterada y continuada de ubicaciones precisas de enclaves parisienses, es nuestro objetivo incluir en la palabra espacio el hecho de que, en la capital gala dibujada por Carrillo, ocupan mucho los nombres propios del mundo artístico, completando este espacio parisién privilegiado por nuestro autor, haciendo de ambos *compartimentos*, el geográfico y el humano, un todo unívoco y original, en el cual iniciará a sus lectores, guiándolos a través de él.

Creemos poder afirmar sin lugar a dudas que la idea de París planea de forma omnipresente sobre la obra de Carrillo. La imagen del París que Carrillo quiere irradiar es la de un París bohemio y artístico, un París en el que el arte se halla consagrado como lo primordial, lo más importante, y por ello, el arte se respira, lo impregna todo, está en el ambiente, en sus gentes, en sus calles, en sus edificios, en sus cafés, en sus barrios emblemáticos,…, constituyendo los lugares y las personas una red interconexionada conformadora del itinerario artístico que Carrillo propone en su producción escrita.

Esta representación no sería totalmente original del autor guatemalteco, dado que procedería de una imagen anterior preconcebida, asimilada por

Gómez Carrillo aún antes de haber pisado la capital del Sena, cuando, en sus lecturas juveniles descubriera la obra de Henri Murger *Scènes de la vie de bohème*. Se trataría pues de un París imaginado, que se convertiría en la ciudad buscada, y finalmente, tras las primeras decepciones, el París hallado entre la amalgama de Parises coexistentes en su realidad global y ecléctica de bello mosaico caleidoscópico.

Con anterioridad a la llegada de Gómez Carrillo a la capital francesa, nuestro autor tenía en mente una idea de París. Sabía lo que era París. No llegaba, pues, virgen a la experiencia del descubrimiento parisién. La influencia de Murger en él había sido definitiva y decisiva, hasta el punto de mediatizar y dirigir su búsqueda de París, produciéndole una decepción y una desazón sin igual el hecho de no descubrir en sus primeras semanas en París la ciudad dorada pintada por el padre de las *Mimís* y los *Rodolfos* bohemios, rebosantes de juventud e inconscientes ante toda preocupación mundana que no fuera propia del amor y el arte. Carrillo, gracias a Murger, crea un mito en su interior, lo busca y lo halla. A partir de ahí, lo reproduce y reelabora con mil facetas, ofreciéndolo al mundo mediante el vehículo de sus escritos.

Carrillo selecciona y pondera sin duda el París artístico, el París de las tertulias, de los cafés en los que se debate sobre temas literarios, sobre novedades, sobre artistas, sobre estrenos teatrales, sobre espectáculos de variedades, donde se dan a conocer los nuevos valores y se critica a los viejos partidarios de corrientes anquilosadas. Y sobre todo, con el París bohemio en el que prima el arte y se desprecian las preocupaciones económicas y materiales, el París de Verlaine, el París del Barrio Latino y de Montmartre, el París que no duerme pues está plenamente consagrado a la adoración y goce de las artes. Será este *mirage*, a la vez real y a la vez fruto de la imaginación, el que reproduzca una y otra vez en sus crónicas y en sus libros, de tal manera que llega a conformar un recorrido reiterado y reiterativo, un *tour* ligado a zonas específicas y a nombres destacados.

Anunciábamos la idea anterior de París en tanto que mito en la mente de Carrillo. La visión de este símbolo de la libertad, de la ausencia de cortapisas para un despierto joven de apenas diecisiete años que dejaba atrás una sociedad encorsetada y conservadora, además de zafarse de la supervisión familiar al partir rumbo al viejo continente abandonando la casa y la tierra natal, debió ser

infinitamente atractiva para el joven que ya había revelado una personalidad y un carácter inquietos, inconformistas e indómitos.

La conjunción de las circunstancias de la juventud de Gómez Carrillo y de su escapada de la tierra natal propiciarían igualmente el nacimiento de un concepto de París en tanto que paraíso, en tanto que tierra de promisión. Convertido en una especie de Don Quijote en búsqueda de aventuras llegaría a la capital gala. El descubrimiento de la existencia real de aquello que había sido una imagen surgida de apasionadas lecturas juveniles, contribuiría sin duda a la fijación de la ciudad como mito, de París como símbolo.

Esta imagen perduraría con el paso del tiempo, a medida que nuestro escritor se instalaba en París, se acomodaba entre sus muros y sus gentes, a medida que comenzaba a despuntar en los medios literarios, impregnándose del mismo ambiente, codeándose con los grandes nombres de las letras y de las artes, adquiriendo peso específico como excelente conocedor y difusor de los citados ambientes artísticos, entendidos en sentido amplio, en la ciudad que los reunía y aglutinaba con su magnetismo especial para atraer lo artísticamente sublime.

París se convirtió en el eje de la vida de Gómez Carrillo. Allí hallaba el medio en el que se sentía realizado, en el que empezó a adquirir renombre y donde se residía todo lo que él valoraba. Así pues, no podía proceder más que reiterando, reinventando una y otra vez la imagen percibida de perfección y globalidad que en París encontraba a nivel personal y artístico.

La capital gala ejercía sobre nuestro autor una gran fuerza centrípeta. Carrillo percibía el poder de París para atraer y así lo divulgaba, primando la presentación de la seducción parisina a nivel artístico, plasmándolo en sus escritos. París adquiere en su obra el carácter de epicentro de grandes movimientos, de grandes cambios, de grandes convulsiones, de grandes revoluciones de diversa índole, y sus efectos, su onda expansiva, alcanzaría a países cercanos, pero también igualmente a lugares tan remotos como Hispanoamérica, gracias a la labor de entronización de la ciudad de París realizada por la pluma de Gómez Carrillo, que, cual semilla, germinaría en los diversos campos abonados, distantes entre sí, en los que sus crónicas y libros eran publicados y gozaban de gran éxito de público.

Al ser concebido París como cuna de todas las bondades y excelencias, Carrillo coloca esta ciudad como referencia obligada frente al resto del mundo. La convierte en vara de medir, en camino de peregrinación, en patrón universal de todo aquello que quiere alcanzar el *summun* de las perfecciones. Él mismo establece comparaciones en infinidad de ocasiones en las que la Ciudad Luz, por amplia mayoría, resulta magnificada superando con creces a cualquier otra competidora. En otras ocasiones, cuando Gómez Carrillo sitúa al otro término de la contraposición al nivel de la capital gala, esto equivale a ofrecerle el más prestigioso de los galardones, a colmarlo con el más valioso de los adornos, al superar a la insuperable.

De tales comparaciones, la capital española saldrá mal parada en la experiencia de Gómez Carrillo. Madrid será para él lo antiparisino, y por ello, su dimensión diametralmente opuesta a la detentada por la Ciudad Luz, le servirá, en la ponderación de esta oscuridad, para resaltar el efecto de brillo y contraste, en su misión de cantar lo excelso de la antigua Lutecia.

A nivel personal, esta ciudad cobra para Carrillo el estatus de hogar, donde halla el sosiego, la calma, la paz necesaria e imprescindible para realizar su labor profesional, el único lugar en el mundo donde se sentía plenamente integrado, nunca fuera de lugar, jamás *dépaysé*. Lo reconocería en innumerables ocasiones al ensalzar a París como la única ciudad habitable del mundo, además de quejarse del tiempo que debía pasar en Hamburgo donde desempeñaba un cargo en la embajada argentina, cargo que obligaba a quien lo desempeñara a residir en la citada ciudad, obligación que Carrillo nunca acató en defensa de su amor incondicional hacia París, lejos de la cual se sentía presa fácil de un desasosiego cercano al malestar físico. El abandono radical de su patria natal apuntaría en la misma dirección hacia la preferencia supina de París ante cualquier otra ciudad del mundo.

París absorve todos los matices y acepta distintos enfoques bajo la perspectiva de Carrillo, siendo usual en él la utilización del recurso estilístico de la personificación al referirse a la capital francesa. París se moldea en contornos femeninos en el universo de Gómez Carrillo: es mujer, es amante, es madre. Incluso llega a ser una diosa ante la cual, en ocasiones, ora con recogida reverencia. Bajo la óptica carrillista, París adquiere dimensiones gigantescas de

ente todopoderoso; así sus crónicas, a veces, tratando de París, rayan en el ambiente de la oración de agradecimiento ante el sumo ídolo venerado.

Como buen adorador de la Ciudad Luz, habría dedicado innumerables momentos al descubrimiento amoroso de cada uno de sus rincones. Las gozosas experiencias resultado de estos momentos de búsqueda los plasmaría en su obra donde nos presenta la ciudad analizada pormenorizadamente. Todos los detalles y todos los aspectos susceptibles de ser relacionados con conceptos como arte o belleza tendrán su lugar en la obra de Gómez Carrillo, desde la más ínfima pero única y encantadoramente parisina callejuela o las grandes exposiciones que en su época vivió París.

París se hallaba siempre presente en la obra carrillista, aún encontrándose lejos de ella, en el transcurso de los numerosos viajes que realizara y cuyos periplos dieron lugar a crónicas de viajes reunidas posteriormente en libros de viajes, pues siempre encontraría Carrillo el elemento que le recordase a París o la nota que faltaba para que algo estuviese a la altura de la capital francesa.

Incluso, a la hora de buscar escenario para sus *Tres novelas inmorales*, el París bohemio y artístico será el marco en el que se desarrollen las peripecias de sus personajes.

En este sentido, el caso de Gómez Carrillo no es único. En la época, son numerosos los escritores de procedencia sudamericana que quedaron fascinados por el mito de París y que así lo representaron y transmitieron en sus obras, el París Dios padre a quien todo solicitar y de quien todo se espera obtener, ciudad de referencia para los artistas, a quienes, una vez hubieran tomado contacto con ella, no dejaría indiferentes.

De toda la exposición anterior se deduce la aseveración relativa a la labor publicitaria que la obra de Gómez Carrillo llevó a cabo, dado que contribuyó enormemente, al ser publicada en otros países y traducida a otros idiomas, a la divulgación de una imagen de la capital gala en términos de literatura y de arte, ofertando la casi totalidad de su producción escrita un recorrido por los enclaves y las personalidades artísticos del París de entre siglos. Así pues, la aproximación a su obra conlleva ineludiblemente la aparición de un itinerario cuyo decorado general es la ciudad del Sena en la cual se irán sucediendo una serie de escenas en las que confluirán lugares

específicosy nombres propios de proyección internacional, imbricados ambos indisolublemente.

Gómez Carrillo ejerce de maestro de ceremonias, de guía por los lugares emblemáticos de su París literario, poético, teatral, intelectual, pictórico, escultórico, cabaretero,…, lugares todos ellos ligados a personalidades artística de la época, ya sean escritores, cantantes, bailarinas, actores y actrices, pintores, escultores, poetas,…

En definitiva, Gómez Carrillo debe ser considerado como un pilar fundamental en cuanto a su labor de la difusión del mito del París artístico, intelectual, bohemio y cosmopolita en el transcurrir del siglo XIX al XX.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Esquisses, Madrid, Librería de la Vda. de Hernando y Cía., 1892.

Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos, Paris, Garnier, 1893.

Sensaciones de Arte, París, G. Richard, 1893.

Cuentos escogidos de los mejores escritores castellanos contemporáneos, Paris, Garnier, 1894.

Literatura extranjera, estudios cosmopolitas, París, Garnier, 1895.

La suprema voluptuosidad, en "La Campaña", París, s.a.

Del amor, del dolor y del vicio, París, Edición "La Campaña", 1898.

Almas y cerebros Historias sentimentales e Intimidades parisienses, París, Garnier Frères, 1898.

Bohemia sentimental, Guatemala, Imprenta A. Siguere, 1899.

Maravillas, Madrid, Casa Vda. De B. Rodríguez Serra, 1899.

Sensaciones de París y de Madrid, París, Garnier Frères, 1900.

Bailarinas, Madrid, casa Vda. De B. Rodríguez Serra, 1902.

Guatemala y su gobierno liberal, Barcelona. Tip. Toll, 1902.

El alma encantadora de París, Barcelona, Ed. Maucci, 1902.

Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs, Paris Petite Bibliothèque Cosmopolite, Bibliothèque Internationale d'Édition. E. Sansot et Cie. Éditeurs, 1904.

El Modernismo, Madrid, Imp. José Blass y Cía. y Librería Fernando Fe, 1905.

Entre encajes, Barcelona, Sopena, 1905.

La Rusia actual, París, Garnier, 1906.

De Marsella a Tokio. Sensaciones de Egipto, la India, la China y el Japón, París, Garnier, 1906.

Desfile de visiones, Valencia, Ed. Sempere y cía, 1906.

La verdad sobre Guatemala, Hamburgo, Agencia El Universal, 1906.

El gobierno de Estrada Cabrera y los extranjeros en Guatemala, Bruselas. "Revue Américaine", 1906.

El alma japonesa, París, Garnier, 1907.

Por tierras lejanas, Sempere y Cía, 1907.

Psicología de la moda femenina, Madrid, M. Pérez Villavicencio, 1907.

Grecia, Madrid, Ed. F. Beltrán, 1908.

El libro de las mujeres, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1919.

Langueurs d'Alger, Paris, Petite collection "Scripta Brevia", Sansot et Cie. Ed. 1908.

El monumento del General San Martín. Su origen, su importancia y su realización, París, Publicaciones del Comité Central del Monumento, 1909.

El teatro de Pierrot, París, Garnier, 1909.

Vanidad de Vanidades, París, Garnier, 1909.

Nuestra señora de los ojos verdes, Madrid, El Cuento Semanal, año III, nº 144, 1/10/1909.

Zelaya y su libro, París, Garnier, 1910.

Pequeñas cuestiones palpitantes, Madrid, Librería Sucesores de Hernando, 1910.

Cultos profanos, París, Garnier Frères, 1911.

Nostalgias, Ed. Sempere y Cía Eds., 1911.

Los labios alucinados, Barcelona, Guarner-Taberner y Cía. 1911.

Romerías, Paris, Garnier, 1912.

La leyenda de San Pakomio, Madrid, Los contemporáneos, El Libro Popular, nº 195, Imp. Blass, 1912.

El alma inexorable de San Schenudi, Madrid, El Libro Popular, Año I, nº 16, Imp. Blass, 1912.

El Japón heroico y galante, *Obras Completas*, Tomo VII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920.

Jerusalén y Tierra Santa, *Obras Completas*, Tomo II, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1919.

Flores de penitencia, Paris, Ed. Louis Michaud, 1913.

Páginas escogidas, París, Garnier, 1913.

Prosas, Antología de los más bellos capítulos de Enrique Gómez Carrillo, Barcelona, Ed. Maucci, 1913.

La sonrisa de la esfinge: sensaciones de Egipto, Madrid, Renacimiento, 1913.

El encanto de Buenos Aires, "La novela corta", Madrid, Perlado, Páez y Cía, Sucs. de Hernando, 1914.

Crónica de la guerra, Madrid. Ed. Sucesores de Hernando, 1915.

Campos de batalla y campos de ruinas, *Obras Completas*, Tomo XVII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1922.

En las trincheras, *Obras Completas*, Tomo XXI, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1921.

En el corazón de la tragedia, Madrid, Renacimiento, 1918.

Tierras mártires, Madrid, Ed. América, 1918.

La gesta de la legión. Los voluntarios españoles e hispanoamericanos en la guerra, Madrid, Librería de Sucesores Hernando, 1918.

El despertar del alma: Treinta años de mi vida. Libro Primero, *Obras Completas*, Tomo X, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1919.

En plena bohemia: Treinta años de mi vida. Libro Segundo, Gijón, Editorial LLibros del Pexe, 1999.

El primer libro de las crónicas, *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1919.

La vida errante, *Obras Completas*, Tomo III, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1919.

Vistas de Europa, *Obras Completas*, Tomo IV, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1919.

Tres novelas inmorales, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1995.

Flores de Penitencia, *Obras Completas*, Tomo VIII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920.

Literaturas exóticas, *Obras Completas*, Tomo IX, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920.

Primeros estudios cosmopolitas, Obras Completas, Tomo XI, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920.

La moda y Pierrot, Obras Completas, Tomo XII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920.

La sonrisa de la esfinge: sensaciones de Egipto, Obras Completas, Tomo XIII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1922.

El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres, Obras Completas, Tomo XIV, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920.

La Grecia eterna, Obras Completas, Tomo XV, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920-1921.

El tercer libro de las crónicas, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1921.

El cuarto libro de las crónicas, Obras Completas, Tomo XX, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1921.

El segundo libro de las mujeres, Obras Completas, Tomo XXII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1921.

El quinto libro de las crónicas, Tomo XXIII, *Obras Completas,* Madrid, Editorial Mundo Latino, 1922.

El evangelio del amor, Obras Completas, Tomo XXV, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1922.

La miseria de Madrid: Treinta años de mi vida. Libro Tercero, Gijón, Editorial LLibros del Pexe, 1998.

Frivolidades trascendentales, Obras Completas, Tomo XXVII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1922.

Raquel Meller. Opiniones de los más ilustres escritores y artistas españoles, Barcelona, Sociedad Española de Librería, 1919.

Ciudades de ensueño, Barcelona, Madrid, Col. Universal, nº 189, Espasa Calpe, 1920.

El beso maldito, Col. "La novela Corta", Año VI, nº 274, Madrid, 1921.

Les âmes qui chantent, Paris, Chiberre, 1922.

En el reino de la frivolidad, Madrid, Ed. Renacimiento, 1923.

El misterio de la vida y la muerte de Mata-Hari, Madrid, Ed. Renacimiento, 1924.

La esencia del amor, Buenos Aires, Ed. Tor, Col. "Lecturas selectas", Vol. XXI, 1925.

Diccionario ideológico para facilitar el trabajo literario y enriquecer el estilo, Madrid, Ed. Renacimiento, 1925.

Fez, la andaluza, Madrid, Ed. Renacimiento, 1926.

Las cien obras maestras de la literatura universal, Madrid, Ed. Renacimiento, 1926.

La nueva literatura francesa (Poesía. Novela. Teatro. Prensa), Madrid, Editorial Mundo Latino, 1927.

La vida parisiense, Colección "La Expresión Americana", Fundación "Biblioteca Ayacucho", Venezuela, 1993.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ACEVEDO, Ramón Luís, "Arte y erotismo: las novelas de Enrique Gómez Carrillo", *La novela centroamericana*, Río Piedras, Editorial Universitaria, 1982. 136-148.

ALBERCA, Manuel, "El imán de París: los autobiógrafos españoles y el mito de la Ciudad Luz", en *La Historia de Francia en la literatura Española*. Boixareu, M. y Lefere, R. (coord.), Madrid, Castalia, 2008.

ALBIZÚREZ PALMA, Francisco. "Escarceos estilísticos en Gómez Carrillo", *Cultura de Guatemala* Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional "Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo", 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp.75-70.

ÁLVAREZ BLANCO, María del Palmar, "Nuevos espacios en la prensa de fin de siglo", *Ínsula*, 614, 1998, pp. 25-28.

AMADO HERRERA, Eloy, *Enrique Gómez Carrillo: Biografía mínima*. Guatemala, Editorial "José Pineda Ibarra", 1973.

ANDERSON IMBERT, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de cultura económica, 1974.

ANDERSON IMBERT, Enrique, *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires, Raigal, 1954.

ANGENOT, Marc, *Le cru et le faisandé. Sexe, discours social et littérature à la Belle Époque*, Bruselas, Labor, 1986.

BACHELARD, Gaston, *La poética del espacio*, México, Buenos Aires, 1965.

BALDRAN, Jacqueline, "Un aspect du cosmopolitisme dans le Paris des années 20: La librairie d'Adrienne Monnier", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 711-720.

BANCQUART, Marie Claire, "*Images littéraires du Paris "fin-de-siècle*", Paris, Éditions de la différence, 1979.

BASTOS, María Luisa, "La crónica modernista de Enrique Gómez Carrillo o la función de la trivialidad". *Revista Sur* (350-351), enero-diciembre, 1982, pp. 65-88.

BARRIENTOS, Alfonso Enrique, *Enrique Gómez Carrillo*, Guatemala, Ed. José de Pineda Ibarra, Guatemala, 1973.

-*Gómez Carrillo, treinta años después*, Barcelona, Edición rumbos, 1959.

BARRIOS Y BARRIOS, Catalina, "Huella de Enrique Gómez Carrillo en el periodismo guatemalteco, (siglo XIX)", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época: Año XXVII volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 43-50.

-"Enrique Gómez Carrillo: el Señor de los seudónimos. Sus primeros reportajes (1889-1990)", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 51-56.

BAUZÁ ECHEVERRÍA, Nellie, "De vendedoras de sonrisas a bellas durmientes: las hetairas niponas en *El Japón heroico y galante* de Enrique Gómez Carrillo y *La casa de las bellas durmientes* de Yasunari Kawabata", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 115-124.

-*Las novelas decadentistas de Enrique Gómez Carrillo*, Editorial Pliegos, Madrid, 1999.

BELLET, Roger (ed.), "Paris au XIXe siècle: aspects d'un mythe littéraire", en *Littérature et Idéologies*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1984.

BENJAMIN, Walter, *Paris, Capitale du XIXe siècle*, Paris, Éditions du Cerf, 1989.

BERMÚDEZ MEDINA, María Dolores, "Una claror cenicienta: Azorín en París", En *Estudios comparativos, representaciones culturales, cromáticas y visuales de la escritura*, Coordinada por Camero Pérez, C. e Illanes Ortega, I. 2006, pp. 23-26.

-"París, Literatura y melancolía", En Després-Caubrière, Catherine, (Coord.), *Homenaje al Profesor D. Francisco Javier Hernández*, 2005, pp. 103-114.

-"Paris-Namur: Sous le pavé les champs", *Francofonía*, nº 3 1994, pp. 7-20.

BESSIERE, Jean, "Paris, capitale littéraire transculturelle 1920-1939. Propositions", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 1, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, 185-194.

BETEROUS, Paule, "Paris et la culture française dans l'œuvre de Ventura García Calderón (1886-1959) ", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 285-296.

BLANCO FOMBONA, Rufino, *El modernismo y los poetas modernistas*, Madrid: Mundo latino, 1929.

BOIXAREU, Mercè y LEFERE, Robin (coord.), *La Historia de Francia en la literatura Española*, Madrid, Castalia, 2008.

-*La Historia de España en la literatura Francesa*, Madrid, Castalia, 2002.

BOUNOU, Abdelmouneim, "Enrique Gómez Carrillo y los árabes", *Cultura de Guatemala* Tercera Época: Año XXVII volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Universidad Rafael Landívar, Guatemala, pp. 154-165.

BRAÑAS, César, "Signos de la influencia francesa en la cultura guatemalteca", *Revista Renacimiento*, año I, Nº 2 (nov.dic.) 1956.

BRUNEL, Pierre, *Mythocritique: théorie et parcour*s, Paris, Presses Universitaires de France, 1992.

BRUNEL, Pierre (Ed.), Centre de Recherches en Littérature comparée, *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, Premier Congrès International en Littérature comparée, en Pierre Brunel (Ed.), Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984.

-"Qu'est-ce qu'une capitale littéraire?", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 1, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 1-12.

BUJALDÓN DE ESTEVES, Lila, "El Modernismo, el Japón y Enrique Gómez Carrillo", *Revista de Literaturas Modernas*, 2001, pp. 53-72.

CÁCERES, Aurora, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones Renacimiento, 1929.

CANSINOS-ASSENS, Rafael, Enrique Gómez Carrillo, In poetas y prosistas del novecientos (España y América), Madrid, Editorial América, 1919, pp. 61-72.

CANTON RODRÍGUEZ, María Loreto, "La ciudad de la escritura: artistas franceses en la obra de Vila Matas", URL: http://www.culturadelotro.us.es/actasehfi/pdf/3cantonpdf pp. 383-392. Consultada el 06/02/2008.

-"El funcionamiento del espacio parisino en *Des Inconnus* de Patrick Modiano: Algunas consideraciones", *Anales de Filología Francesa*, nº 13, 204-205, pp. 61-74.

CARDOZA Y ARAGÓN, Luís, *Guatemala, las líneas de la mano…* La Habana, Casa de las Américas, 1968.

CARRERA GALINDO, Mario Alberto, *Biografías de siete grandes escritores guatemaltecos*, Guatemala, Ed. Artemis&Edinter, 1997.

-*Breve biografía de Enrique Gómez Carrillo*, Guatemala, Piedra Santa, [19-].

CARRO, Jorge, *El encanto de Buenos Aires* y la literatura de viajes, *Cultura de Guatemala* Tercera Época: Año XXVII volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Universidad Rafael Landívar, Guatemala, pp. 166-180.

CARTER, Boyd G, *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México, De Andrea, 1968.

CARTER, Boyd G, *Manuel Gutiérrez Nájera: un estudio y escritos inéditos,* Méjico, De Andrea, 1956.

CASTILLO PUCHE, José Luís, "Gómez Carrillo y la crónica efímera del modernismo", *Modernismo Hispánico*, Primeras Jornadas, Ponencias, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1988.

CEJADOR Y FRAUCA, Julio, *Historia de la lengua y la literatura castellana, comprendidos los autores hispanoamericanos*, Vol. X. Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1919.

CELMA VALERO, María Pilar, *Literatura y periodismo en las Revistas de Fin de Siglo. Estudio e Índices (1988-1907),* Madrid, 1991.

CITRON, Pierre, *La poésie de Paris dans la littérature française: de Rousseau à Baudelaire*, Paris, Les éditions de Minuit, 1961.

COLOMBI, Beatriz, "La crónica y el viaje: Enrique Gómez Carrillo", *Celehis: Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*. 1996, pp. 183-192.

CORNWELL, Diane, "El modernismo hispanoamericano visto por los modernistas", en Jiménez, José Olivio (ed.) *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*, New York, Eliseo Torres Library 1975, pp. 305-321.

CROS, Edmond, "Sociologie de la littérature", en ANGENOT, Marc, BESSIÈRE, Jean, FOKKEMA, Douwe et KUSHNER, Eva (dir.), *Théorie littéraire*, (coll. «Fondamental»), Paris, Presses universitaires de France, 1989.

Cultura de Guatemala, Tercera Época, Año XXVII, vol. III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional "Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo", 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar.

DARÍO, Rubén, "Enrique Gómez Carrillo", *Obras Completas*, Tomo 2, Madrid, Ed. Afrodisio Aguado, 1950, pp. 994-997.

DARÍO, Rubén, "París y los escritores extranjeros", en *Obras Completas*, Madrid, Ed. Afrodisio Aguado, 1950, pp. 460-468

DE DIEGO, Rosa, "Pensar, imaginar la ciudad", en Popa Liseanu, Doina y Fratucelli, Bárbara (Eds.), *La ciudad como escritura,* Congreso Internacional *La ciudad como espacio plural,* Madrid, 2000, Bucarest, Cartea Universitaria, 2006.

DE LA FUENTE BALLESTEROS, Ricardo, "Los espacios exóticos finiseculares: El Japón de Gómez Carrillo". En Sibbald, K.M. (ed. And prologue) Fuente R. de la (ed.); Díaz, J. (ed.), *Ciudades vivas, ciudades muertas: Espacios urbanos en la literatura y el folklore hispánicos.* Valladolid, Universitas Castellae, Colección Cultura Iberoamericana, 1999, pp. 103-111.

DEL CASAL, Julián, "En el campo", en *Obra Poética*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 239.

DELAY, Florence, "Ramón à Paris", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 811-818.

DEL PRADO, Javier del, BRAVO CASTILLO, Juan y PICAZO, María Dolores, *Autobiografía y modernidad literaria,* Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha, 1994.

DEL PRADO, Javier del, "Francia en Fortunata y Jacinta", en *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Estudios de literatura comparada. Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias, 1989, pp. 405-416.

DEMETRIOU, Sophia, "La decadencia y el escritor modernista: E. Gómez Carrillo", en Jiménez, José Olivio (ed.) *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*, New York, Eliseo Torres Library 1975, pp. 223-236.

DE ORY, Eduardo, *Los maestros jóvenes: Enrique Gómez Carrillo,* París, Garnier, 1909.

-*Gómez Carrillo: estudio de psicología literaria,* Librería Pueyo, Madrid, 1909.

DISEGNI, Silvia, *Du journalisme au roman autobiographique*, Paris, L'harmattan, 1996.

DONIS DE DÁRDANO, Hersilia, T*he life and Works of Enrique Gómez Carrillo*, University of Pittsburg Bulletin, Abstract of Theses, University of Pittsburg, 1936, pp. 72-75.

DUBOIS, Jacques, *L'Institution de la littérature*, Paris-Bruxelles, 1978.

DUCHET, Claude, *Sociocritique*, Paris, Nathan, 1979.

-"Une écriture de la socialité", *Poétique*, nº16, Paris, Seuil, 1973, pp. 446-454.

DULIN DE RODRIGUEZ, Nicole, "Alfonso Rodríguez Castelao: Ombres et lumières du Paris de 1921, chez un artiste-écrivain galicien", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 969-976.

ECHEVERRÍA, Amílcar, *La obra de Enrique Gómez Carrillo y su proyección en la Literatura Hispanoamericana*, Guatemala, ImpColor, 1974.

ELWES AGUILAR, Olga, "Paris cruel, la experiencia de Gómez de la Serna tras la huella de Baudelaire", en *Téleme. Revista complutense de Estudios Franceses*, vol. 16, 2001, pp. 35-46.

ERGAL, Yves-Michel, "Joyce, Ulysse et Paris", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 1, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 491-493.

ESCARPIT, Robert, *Sociologie de la littérature*, col. *Que sais-je?*, Paris, PUF, 1958.

FAVRE, Yves-Alain, "Un Polonais fasciné par Paris: Mécislas Golberg", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 619-628.

FELIÚ-MOGGI, Fernando, "Mujer y modernidad: Enrique Gómez Carrillo y la utopía de lo femenino", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp.125-140.

FLORES, Ronald, "*El despertar del alma*: una elegante confesión". *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 242-245.

FRATICELLI, Bárbara. "La imagen literaria de la ciudad. Una aproximación", en Popa Liseanu, Doina y Fratucelli, Bárbara (Eds.),*La ciudad como escritura*, Congreso Internacional *La ciudad como espacio plural*, Madrid, 2000, Bucarest, Cartea Universitaria, 2006.

GOLDMANN, Lucien, *Pour une sociologie du roman*, Paris, Gallimard, 1986.

GONZÁLEZ, Manuel Pedro, *Notas en torno al modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1958.

GONZÁLEZ, Aníbal, *La crónica modernista hispanoamericana.* Madrid, ediciones José Porrúa Turanzas, 1983

GONZALEZ MARTEL, Juan Manuel, *Enrique Gómez carrillo. Obra literaria y producción periodística en libro*, Guatemala, Colección Biblioteca Guatemala, 2000.

-"Más noticias biográficas para el reencuentro con Enrique Gómez Carrillo. Historia de la elección popular de un escritor guatemalteco para una ideal Academia de la Lengua Española", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 11-40.

-"La temprana presencia de Enrique Gómez Carrillo en las Academias Guatemalteca y Española". *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 89-112.

GONZÁLEZ PÉREZ, Aníbal, "Máquinas de tiempo: temporalidad y narratividad en la crónica modernista", Dissertation Abstract International, Yale University, oct., 1982.

GONZÁLEZ RUANO, César, *Enrique Gómez Carrillo: El escritor y el hombre.* Madrid, Colección Clásicos Modernos, 1927.

GOMBRICH, Ernst H., *Historia del arte*, Madrid, Editorial Alianza, 1979.

GULLÓN, Ricardo, *El modernismo visto por los modernistas*, Barcelona, Ed. Labor, 1980.

HAJJAJ BEN AHMED, Karima, *Oriente en la crónica de viajes. El modernismo de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)*, Madrid: Universidad Complutense, 2001.

-"Crónica y viaje en el Modernismo. Enrique Gómez Carrillo y El Encanto de Buenos Aires", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 23 Editorial Complutense Madrid, 1994, pp. 27-40.

HAMON, Philippe, *Texte et idéologie*, Paris, PUF, 1984.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max, *Breve historia del modernismo*, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

HERNANDEZ, Javier, "L'image de Paris dans la littérature espagnole d'avant-garde (1918-1936)", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 1, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 263-272.

HINTERHAÜSER, Hans, *Fin de siglo, figuras y mitos*. Madrid, Taurus, 1980.

HORWINSKI, Linda Jean, "Enrique Gómez carrillo: Connoisseur of La Belle Epoque: His Prose Works (1892-.1927)", Dissertation Abstract International, Los Angeles, University of California, feb., 1982.

HUERTA, Mona, *Amérique Latine*, URL: http://www.adpf.asso.fr/adpf-publi/folio/mondesfrancophones/04.pdf. Consultada el 02/12/2004.

HURE, Jacques, "Paris-Istambul au XIX e siècle : Paris, phare de la modernité pour un Orient en crise ?" en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 877-886.

IMAHASHI, E., "Paris de la Bohème. Sur les apprentis artistes de Paris d'Iwamura Toru", *Études de littérature comparée*, vol. 60, pp. 134-154.

JIMÉNEZ, Luís, "El discurso viajero de Enrique Gómez Carrillo", en *Ilustres autores guatemaltecos del siglo XIX y XX*, Preble-Niemi, Oralia (ed. and introd), Guatemala: Artemio Edinter, 2004, pp. 51-65.

JIMÉNEZ SERRANO, Alejandro, (ed.), *Literatura modernista y tiempo del 98:* Actas del Congreso Internacional, Lugo, 17-20 noviembre 1998, Servicio de Publicaciones e Intercambio científico de la Universidad de Santiago de Compostela, 2000.

KARATSON, André, "Le Mythe de Paris dans l'œuvre poétique d'Endre Ady", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 721-730.

KNABE, Peter-Eckhard, "Paris comme métaphore et vision chez Cortázar et Fuentes", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 589-596.

KRONIK, John, "Enrique Gómez carrillo a la defensa de Clarín", *Revista de literatura*, enero-junio, 2003, pp. 239-256.

-"Enrique Gómez Carrillo: Francophile propagandist", en *Symposium*, Siracusa University Press, 1967, Vol. XXI, pp. 50-60.

LABARRE, Françoise, "L'image de Paris dans *Le Recours à la Méthode* d'Alejo Carpentier", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de*

cultures, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 577-588.

LACANT, Jacques, "Regards allemands sur le Paris des Lumières", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 675-686.

LAFARGA, Francisco (Ed.), *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Colección Estudios de literatura comparada, Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias, 1989.

LAFAY, Arlette, "Paris dans l'œuvre de Georges Duhamel", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 731-742.

LEGUEN, Brigitte, "Lecturas de París", en Popa Liseanu, Doina y Fratucelli, Bárbara (Eds.), *La ciudad como escritura*, Congreso Internacional *La ciudad como espacio plural*, Madrid, 2000, Bucarest, Cartea Universitaria, 2006.

LECRIVAIN, Claudine, "La réception de Mallarmé en Espagne", *Revue d'Études Françaises*. Nº 5, Universidad de Cádiz, 2000, pp. 65-77.

LEJEUNE, Philippe, *Le pacte autobiographique*, Paris, Editions du Seuil, 1975.

-*L'Autobiographie en France*, Paris, Armand Colin, 1971.

LITVAK, Lilly (ed.), *El Modernismo*, Madrid, Taurus, 1981.

LOPEZ JIMENEZ, Luís, "Valera, admirador de Francia en sus novelas", en *Imágenes de Francia en las letras hispánicas.* Lafarga, Francisco (Ed.), Estudios de literatura comparada, Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias, 1989, pp. 175-182.

-"Unamuno à Paris", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 977-986.

-"Enrique Gómez Carrillo: La sicología del viaje", en *El viajero modernista*, Gijón, Editorial LLibros del Pexe, 2000, pp. 17-21.

-"Enrique Gómez Carrillo: El alma sublime de París", en *El viajero modernista*, Gijón, Editorial LLibros del Pexe, 2000, pp. 37-42.

-"Enrique Gómez Carrillo: La atmósfera de Holanda" en *El viajero modernista*, Gijón, Editorial LLibros del Pexe, 2000, pp. 130-136.

LUNA, José Luís, *La influencia de París en la evolución literaria de Enrique Gómez Carrillo y otros escritores hispanoamericanos (1890-1914)* Universidad de California, Berkeley, 1941.

MANSO, Christian, "Séjour parisien et production littéraire de José Martín Ruiz (Azorín), octobre 1936- août 1939", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 1, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp, 273-284.

MARTÍ MONTERDE, Antoni, *Poética del café: un espacio de la modernidad literaria europea*, Anagrama, Barcelona, 2007.

MARTÍNEZ, Mayra Beatriz, "Al Eros, como a un país", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp.193-203.

MEDINA ARJONA, Encarnación, *Los combates de Zola, el "Faiseur d'hommes". Correspondencia iberoamericana dirigida a Émile Zola (1886-1902)*, Ohio, Enlaces Culturales, 2004, pp. 95-96.

MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto, *A los cien años de Enrique Gómez Carrillo*, Los Ángeles CA, *Mester*, 1973, pp. 37-39.

MELCHOR TOLEDO, Johan, "La vida cotidiana en la obra de Enrique Gómez Carrillo", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 57-62.

MEYER-MINNEMANN, Klaus, "Enrique Gómez Carrillo, *Del Amor, Del Dolor y del Vicio*. Anotaciones en torno a una novela del modernismo hispanoamericano". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Méjico, 1973, pp. 61-77.

MÉNDEZ, Francisco Alejandro, "Gómez Carrillo, entre el romanticismo y el modernismo", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 231-236.

MÉNDEZ DE PENEDO, Lucrecia, "Gómez Carrillo, su crónica Otra del Japón Otro", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 247-262.

MENDOZA, Juan Manuel, *Enrique Gómez Carrillo: estudio crítico-biográfico: su vida, su obra, su época*, Guatemala, Unión Tipográfica Muñoz Plaza y Cía., 1940.

MENTON, Seymour, *Historia crítica de la novela modernista*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1985.

MILNER, John, *Symbolist and decadents*, London-New York, 1971, pp. 10-29

MILLET-GERARD, Dominique, "De Babel à Lutèce: Le Paris mythique et mystique de Claudel", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 465-478.

MONGUIÓ, Luís, "De la problemática del modernismo: La crítica y el cosmopolitismo", en Homero Castillo (Ed.), Estudios críticos sobre el modernismo, Madrid, 1979, pp. 254-266.

MONTENEGRO, Raquel, "Lenguaje y Enrique Gómez Carrillo: Una aproximación a su estudio", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-

diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 81-88.

MORENO, Enán, "*Esquisses* o el vuelo inicial", *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 204-211.

MUMFORD, Lewis, *La Cité à travers l'histoire*, Paris, Seuil, 1964.

MURCIA, Claude, *Enrique Gómez Carrillo, intermédiaire culturel entre la France, l'Espagne et l'Amérique espagnole*, Lille 3, ANRT, 1988.

-"Entre L'Amérique latine et Europe: Enrique Gómez Carrillo", *Palinure*, 1985-1986, pp. 84-89.

-"Le Paris fin de siècle de Gómez Carrillo", *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 819-830.

NERVO, Amado, *El Modernismo*, *Obras completas*, Vol. II, Madrid, Aguilar, 1972.

NUEZ, Sebastián y SCHARAIBMAN, José, *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, Madrid, Taurus, 1967, pp.255-260.

OLIVARES, Jorge, "La recepción del decadentismo en Hispanoamérica". *Hispanic Review* 48, 1980, pp. 57-76.

OLIVIO JIMÉNEZ, José, *Antología crítica de la prosa modernista hispanoamericana*, (Selección, introducción y bibliografía), Nueva York, Eliseo Torres & Sons., 1976.

PAGEAUX, Daniel-Henri, "Historia e imagología", en *La Historia de España en la literatura Francesa*, Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), Madrid, Ed. Castalia, 2002.

-"Un aspect des relations culturelles entre la France et la Péninsule Ibérique: l'exotisme", en *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Lafarga, Francisco (Ed.), Estudios de literatura comparada, Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias, 1989, pp. 459-469.

-"Paris dans l'œuvre d'Eça de Queiros", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 1, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 97-102.

PANIAGUA, Domingo, *Revistas culturales contemporáneas. 1897-1912*. Madrid, Punta Europa, 1964.

PARRA ALBÁ, Montserrat y FIGUEROLA CABROL, María Carme, *El viatje com a font de saber*, LLeida, Universitat de Lleida, 2002.

PATOUT, Paulette, "Les Parisiens et l'esprit français vus par l'écrivain mexicain Alfonso Reyes", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 597-606.

PAYERAS, Javier, "*El despertar del alma*: retrato del artista adolescente". *Cultura de Guatemala,* Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 237-241.

PERA, Cristóbal, *Modernistas en París. El mito de París en la prosa modernista hispanoamericana,* Neuchâtel, Peter Lang, 1997.

PERA, Cristóbal, "El discurso mitificador de París en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo", *Hispanic Journal,* 1997, Fall, pp. 327-340.

PÉREZ PETIT, Víctor, *Los Modernistas.* Vol. II, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1965.

PHILIPS, Allen, "Nueva luz sobre Clarín y Gómez Carrillo". *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid, 1978, pp. 755-779.

PIKE, Burton, *The Image of the City in Modern Literature*, Princeton University Press, 1981.

PITOLLET, Camille, *Gloses*, Lille, Mercure Universel, 1933.

POPA LISEANU, Doina y FRATICELLI, Bárbara, (Eds.), *La ciudad como escritura*, Congreso Internacional *La ciudad como espacio plural.* Madrid, 2000, Bucarest, Cartea Universitaria, 2006.

PULIDO TIRADO, Genara, *El pensamiento literario: introducción teórica*, Jaén, Universidad de Jaén, 2001.

-*Literatura y Arte*, Jaén, Universidad de Jaén, 1995.

RAMA, Ángel, *La ciudad letrada,* Hanover, Ediciones del Norte, 1984.

RICCI, Cristián, "La miseria de Madrid del Guatemalteco Enrique Gómez Carrillo: esperpento, dandismo y bohemia", *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana*, Nov. 2005, pp. 185-194.

RIVAS, Pierre, "Modernité, avant-garde et capitale littéraire internationale", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de culture,* en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 831-838

RODAS, Haroldo, "Enrique Gómez Carrillo y la crítica de arte". *Cultura de Guatemala,* Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 183-192.

RODRÍGUEZ NAVARRO, María Victoria, "Cuando el espacio se llena de colores: los paisajes de Gauthier", en *Espacio y texto en la cultura francesa,* Angels Sirvent (Coord.), 2006, pp.1159-1174.

ROQUE BALDOVINOS, Ricardo, "La fascinación por el Oriente: Gómez Carrillo y Ambrogi en Japón", *Cultura de Guatemala,* Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp.143-153.

SABUGO ABRIL, Amancio, "Cosmópolis", *Cuadernos hispanoamericanos,* Revista Mensual de Cultura Hispánica, 1986 Apr., pp. 181-192.

SALVADOR, Álvaro, *El impuro amor de las ciudades*, Madrid, Visor libros, 2006.

SAMUROVIC PAULOVIC, Liliana, "Enrique Gómez Carrillo, redactor de "Lettres Espagnoles" en el *Mercure de France* (1903-1907)", *Revista Iberoamericana,* vol. XXXIII, enero-junio 1967, nº 63, Universidad de Pittsburg, pp. 71-84.

SÁNCHEZ, Luís A., "Enrique Gómez Carrillo y el modernismo". *Atenea XXVII, Revista de las Indias*, 1950.

SANSOT, Pierre, *Poétique de la ville*. Paris, Klincksieck, 1973.

SANTIS CARDOZA, Francisco, *Observaciones sobre El Evangelio del amor de Enrique Gómez Carrillo, Cultura de Guatemala,* Tercera Época, Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar.

SEOANE, Maria Cruz y SÁIZ, María Dolores, *Historia del periodismo en España. El siglo XX. 1898-1936,* Madrid, 1996.

SERIS, Chistiane, "Paris, "Le mal nécessaire"des Latino-américains autour des années 1900", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 1, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 257-262.

SCHAEFER, Claudia, "¿La liberación de la prosa? Erotismo y discurso excéntrico en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo". *Texto crítico*, enero-junio, 1988, pp. 67-76.

SCHLEBRÜGGE, Joannes, "Friedrich Schlegel à Paris, capitale de l'univers", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de culture*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 561-566.

SCHULMAN, Iván, *Génesis del modernismo,* Méjico, El Colegio de Méjico/Washington University Press, 1966.

SIMMEL, Georg, "Las grandes ciudades y la vida intelectual" en *El individuo y la sociedad*, Ensayos de crítica de la cultura, Barcelona, Península, 1986, pp. 247-263.

SHARPE, William y WALLOCK, Leonard (ed.), *Visions of Modern City*, Essais in History, Art and Litterature. Baltimore/London: The Johns Hopkins University Press, 1987.

SOLÓRZANO, Aroldo, "La bohemia triunfante de Enrique Gómez Carrillo". *Cultura de Guatemala,* Tercera Época,: Año XXVII, volumen III, Septiembre-diciembre 2006, I Congreso Internacional Reencuentro con Enrique Gómez Carrillo, 2-4-agosto de 2006, Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 213-229.

TINAJERO, Araceli, "Viajeros modernistas en Asia". *Ciberletras 2001* (publicación electrónica) URL: http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/ . Consultada el 23/03/2008.

TODOROV, Tvezan, *Nous et les autres*, París, Seuil, 1989.

TORRE MONTES, María Luisa y SUEZA ESPEJO, María José. "Visión modernista de Jerusalén y Japón en las crónicas de viajes de Pierre Loti y Enrique Gómez Carrillo", *Actas del I Congrès Luso Espagnol d'Etudes Francophones de l'Université d'Algarve*, octubre 2007. (En prensa)

TORRES, Edelberto, *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, Guatemala, Librería Escolar, 1956.

TORRES-POU, Joan, "El discurso colonial en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo", *Bulletin of Hispanic Studies*. Abril 2005, pp. 185-194.

UGARTE, Manuel, *Escritores Iberoamericanos de 1900*, Santiago de Chile, Eds. Orbe, 1943.

ULNER, Arnold, *Enrique Gómez Carrillo en el Modernismo 1888-1896*, Dissertation Abstracts Internacional. University of Missouri. Columbia: 1973.

VION-DURY, Juliette (ed.), *L'écrivain auteur de sa ville*, Limoges, Presses Universitaires de Limoges, 2001.

WENZEL WHITE, Erdmute, "Paris-Berlin-Munich-Zurich (1900-1918) : Du "Chat Noir"au "Cabaret Voltaire", l'avant-garde et l'esthétique de l'ambiguïté", en *Paris et le phénomène des capitales littéraires. Carrefour ou dialogue de cultures*, en Pierre Brunel (Ed.), vol. 2, Paris, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), 1984, pp. 541-552.

WESTPHAL, Bertrand, *Pour une approche géocritique des textes*, (Esquisse) Limoges, 2005 URL: http://www.vox-poetica.org/sflgc/biblio/gcr.htm . Página consultada el 01/05/2008.

YAHNI, Roberto, *Prosa modernista hispanoamericana*, Antología, selección, prólogo y notas, Madrid, Alianza, 1974.

ZIMA, Pierre V., *Manuel de sociocritique*, Paris, Picar, 1985.

-*Pour une sociologie du texte littéraire*, Paris, Union générale d'éditions, 1978.

ZULETA, Ignacio, *La polémica modernista. El modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1988.

-"El Nuevo Mercurio (1907)", *Inter-American review of Bibliography*, (31), 1981, pp. 385-403.

ANEXOS

ANEXO I

AUTORES Y ARTISTAS MÁS REPRESENTATIVOS TRATADOS POR GÓMEZ CARRILLO EN SUS CRÓNICAS EN PARÍS Y OBRAS EN LAS QUE APARECEN

Autores	**Obra de Enrique Gómez Carrillo**	**Título del capítulo**
1.Auguste Bartholdi	*Almas y Cerebros*	"Auguste Bartholdi"
2. Jules Bois	*Almas y Cerebros*	"Jules Bois"
3. François Coppée	*Almas y Cerebros*	"François Coppée"
4.Alphonse Daudet	*Almas y Cerebros*	"Alphonse Daudet"
	La vida parisiense	"Una visita a Alfonso Daudet"
5. Rubén Darío	*Esquisses*	"Rubén Darío"
	El despertar del alma	"Con Rubén Darío en Guatemala"
6. Anatole France	*El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres*	"En casa de Anatole France"
7.Karl Joris Huysmans	*Almas y Cerebros*	"Karl Joris Huysmans"
	El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres	"Huysmans en el convento"
8. Jean Lorrain	*Almas y Cerebros*	"Jean Lorrain"
9.Maurice Maeterlinck	*El modernismo*	"Los poetas nuevos de Francia"
10.Catulle Mendès	*El Primer libro de las crónicas*	"El ultimo café literario"
11.Stuart Merrill	*El modernismo*	"Los poetas nuevos de Francia"
	En plena bohemia	"Gloriosos amigos"
12. Jean Moréas	*El modernismo*	"Los poetas nuevos de Francia"
	El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres	"Moréas, poeta griego"
	La Grecia Eterna	
	En plena bohemia	"Mi primera visita a Moréas"
		"La filosofía de Moréas"
13. Max Nordau	*Almas y Cerebros*	"Max Nordau"
14.Francisque Sarcey	*Almas y Cerebros*	"Francisque Sarcey"
15.Armand Silvestre	*Almas y Cerebros*	"Armand Silvestre"

16.Auguste Strindberg	*Almas y Cerebros*	"Auguste Strindberg"
	La vida parisiense	"Una visita a Augusto Strindberg"
17.Paul Verlaine	*Esquisses*	"Paul Verlaine"
	Almas y Cerebros	"Paul Verlaine"
	Sensaciones de arte	"Una visita a Paul Verlaine"
	El alma encantadora de París	"El alma lamentable de Verlaine"
	El segundo libro de las crónicas: Hombres y Superhombres	"El alma lamentable de Verlaine"
	En plena bohemia	"Con el rey de los bohemios" "Una noche de emociones" "Las noches Verlenainianas"
18. Oscar Wilde	*Almas y Cerebros*	"Oscar Wilde"
	Sensaciones de arte	"Oscar Wilde"
	En plena bohemia	"Oscar Wilde" "Una cena aburrida" "La concepción de Salomé"
19. Émile Zola	*Almas y Cerebros*	"Émile Zola"
	Sensaciones de arte	"Una visita a Emilio Zola"

ANEXO II:

AUTORES CONOCIDOS EN MADRID EN 1891. (Reseñados en su obra autobiográfica *La miseria de Madrid*)

Autor	**Título del capítulo**
1. Leopoldo Alas, *Clarín*	"Una carta de Clarín"
2. Vicente Blasco Ibáñez	"La tertulia de los grandes literatos"
3.Emilio Bobadilla	"La tertulia de los grandes literatos"
4.Emilio Castelar	"Castelar"
5.José Echegaray	"Echegaray"
6.Gaspar Núñez de Arce	"Núñez de Arce en mi casa"
7.José Octavio Picón	"La tertulia de los grandes literatos"
8. Palacio Valdés	"La tertulia de los grandes literatos
9. Juan Valera	"En casa de Don Juan"